



**HENNING
MANKELL**

La leona blanca



Una tarde de la primavera de 1992, la joven agente inmobiliaria Louise Åkerblom es brutalmente asesinada en una solitaria y apartada granja de Escania. Un caso difícil para la policía, pues, a primera vista, no hay un móvil claro, y todo parece indicar que la muchacha sólo vio algo que no debía ver. Una vez más, en Ystad, el inspector Kurt Wallander debe apartar sus problemas personales y tratar de resolver el misterio. Paralelamente, en Sudáfrica, una organización de extrema derecha planea asesinar a un importante dirigente político. Para ello contrata los servicios de un asesino a sueldo, quien empieza la preparación de un atentado en Suecia, muy cerca de Ystad.



Henning Mankell

La leona blanca

ePub r1.0
dacordase 13.10.13

Título original: *Den vita lejoninnan*

Henning Mankell, 1993

Traducción: Carmen Montes Cano

Ilustración de la cubierta: detalle de una obra de Christian Kobke

Editor digital: dacordase

ePub base r1.0

más libros en bajaepub.com

A mis amigos de Mozambique

Mientras en nuestro país sigamos valorando a las personas de forma distinta según el color de la piel, no dejaremos de padecer el mal que Sócrates define como «la mentira de las profundidades de nuestro espíritu».

Jan Hofmeyr,
primer ministro de Sudáfrica, 1946

Angurumapo simba, mcheza nani?

(¿Quién se atreve a jugar cuando ruge el león?)

Proverbio africano

Hacia el anochecer del 21 de abril de 1918, tres hombres se reunieron en un modesto café del barrio de Kensington, en Johannesburgo. Los tres eran jóvenes. El menor de ellos, Werner Van der Merwe, acababa de cumplir diecinueve años. El mayor, Henning Klopper, contaba veintidós. El tercer hombre de la reunión, que se llamaba Hans du Plessis, cumpliría veintiuno en unas semanas. Precisamente aquel día habían decidido preparar su fiesta de cumpleaños y ninguno de los tres había imaginado ni albergado la menor idea de que su encuentro en aquel café de Kensington pudiese cobrar significado histórico. Pese a todo, el asunto del cumpleaños de Hans du Plessis nunca llegó a tratarse aquella noche y ni siquiera Henning Klopper, que fue el promotor de una propuesta que a la larga cambiaría toda la sociedad sudafricana, podía figurarse el alcance o las consecuencias de sus propias reflexiones inconclusas.

Eran, pues, tres hombres jóvenes, de talante diverso y con temperamento y rasgos de carácter bien distintos, aunque tenían algo en común, un rasgo del todo decisivo: los tres eran *boere*. Los tres pertenecían a familias distinguidas que habían llegado a Sudáfrica durante una de las tres primeras oleadas de inmigrantes, de hugonotes holandeses sin hogar, allá por el año 1680. Al crecer en Sudáfrica la influencia anglosajona, que terminaría por imponerse bajo la forma de clara opresión, los bóers emprendieron su largo peregrinar hacia el interior del país, hacia las inmensas llanuras de Transvaal y de Orange,

en carros tirados por bueyes. Según el sentir de aquellos tres jóvenes, al igual que el de todos los *boere*, la libertad y la independencia eran condiciones indispensables para que su lengua y su cultura no sucumbieran, pues la libertad garantizaba el que no se produjesen fusiones no deseadas con la odiada población inglesa, y menos aún ninguna mezcla con los negros que poblaban el país, o con la minoría hindú que vivía del comercio en ciudades costeras como Durban, Port Elizabeth y Ciudad del Cabo.

Así pues, Henning Klopper, Werner Van der Merwe y Hans du Plessis eran *boere*, una condición que jamás podían olvidar o ignorar y, muy especialmente, una condición de la que se sentían orgullosos, pues desde su más tierna infancia se les había inculcado que ellos constituían un pueblo elegido. Sin embargo, esto no eran más que evidencias que apenas se detenían a comentar cuando se encontraban a diario en el pequeño café, una especie de requisito que simplemente existía como razón de ser de su amistad, su grado de intimidad, sus ideas y sentimientos.

Puesto que los tres trabajaban como oficinistas en la Compañía Ferroviaria Sudafricana, se acercaban juntos tras la jornada laboral hasta aquel café en el que, por lo general, hablaban de mujeres, de los sueños de futuro o de la gran guerra que acababa de terminar en Europa. Aquel día, no obstante, Henning Klopper se hallaba sumido en reflexivo silencio. Los otros dos lo miraban con curiosidad, acostumbrados como estaban a que fuese él, precisamente, el más hablador de los tres.

—¿Estás enfermo? —preguntó Hans du Plessis—. ¿Tienes malaria?

Henning Klopper negó con un gesto ausente, sin replicar palabra.

Hans du Plessis se encogió de hombros y se volvió hacia Werner Van der Merwe.

—Está pensando —afirmó éste—. Medita sobre cómo aumentar su salario de cuatro a seis libras al mes este mismo año.

Éste era, en efecto, uno de sus temas de conversación recurrentes, cómo convencer a sus jefes, siempre reacios, de que les subiesen el escaso sueldo. Ninguno de ellos tenía la menor duda de que su carrera en la Compañía Ferroviaria Sudafricana los conduciría con el tiempo a ocupar diversos puestos de relieve. Los tres estaban equipados con una buena dosis de autoestima, eran inteligentes y estaban llenos de energía. Su único problema consistía en el hecho de que, según su firme opinión, aquel ascenso se producía con una lentitud insufrible.

Henning Klopper alargó el brazo en busca de su taza de café, tomó un sorbo y comprobó con las yemas de los dedos que el alto cuello blanco de su camisa estaba en su sitio, antes de mesarse lentamente el cabello, bien peinado con raya en medio.

—Voy a contaros algo que ocurrió hace cuarenta años —aclaró despacio.

Werner Van der Merwe frunció el ceño tras sus gafas sin montura.

—Eres demasiado joven, Henning Klopper —repuso—. Deberías tener dieciocho años más para poder acordarte de algo de hace cuarenta.

Henning Klopper negó con la cabeza.

—No es un recuerdo mío —replicó—. Ni se trata de mí, o de mi familia, sino de un sargento inglés llamado George Stratton.

Hans du Plessis interrumpió un intento de encender su cigarro puro.

—¿Desde cuándo te interesan los ingleses? —preguntó—. Un inglés bueno es un inglés muerto, ya se trate de un sargento, de un político o de un intendente de minas.

—Este inglés está muerto —lo tranquilizó Henning Klopper—. El sargento George Stratton está muerto, así que no tienes que preocuparte por eso, pues justamente quiero hablaros acerca de su muerte, hace cuarenta años.

Hans du Plessis hizo ademán de proferir una nueva objeción pero

Werner Van der Merwe lo detuvo pasando sobre su hombro una mano rápida.

—Espera —rogó—. Deja que Henning continúe.

Henning Klopper dio otro trago a su café y se limpió con pulcritud la boca y el fino bigote rubio en la servilleta.

—Ocurrió en abril de 1878 —comenzó—. Durante la guerra británica contra la insurrección de las tribus africanas.

—Esa guerra que perdieron —rememoró Hans du Plessis—. Sólo los ingleses pueden perder la guerra contra un puñado de bárbaros. En Isandlwana y Rorke's Drift la armada inglesa mostró para qué vale en realidad: para quedar aplastada por los salvajes.

—Déjalo que continúe —se impacientó Werner Van der Merwe—. No interrumpas constantemente.

—Lo que voy a contaros sucedió cerca de Buffalo River —prosiguió Henning Klopper—. El río que los autóctonos llaman Gongqo. La compañía destinada en Mounted Rifles, de la que era responsable Stratton, había establecido su campamento y tomado posiciones en campo abierto junto al río. Ante ellos se alzaba un macizo montañoso cuyo nombre no recuerdo detrás del cual los aguardaba un grupo de guerreros xhosa. No eran muchos y tampoco estaban muy bien armados. Los soldados de Stratton no tenían por qué preocuparse. Unos exploradores que habían sido enviados para estudiar la situación les aseguraron que el ejército xhosa no estaba organizado y que más bien parecía estar preparando una retirada. Por si fuera poco, Stratton y sus oficiales esperaban refuerzos de, al menos, un batallón más durante el día. De repente, y contra todo pronóstico, ocurrió algo extraño con el sargento Stratton, quien, por lo demás, tenía fama de no perder nunca el temple. Empezó a dar vueltas y a despedirse de sus soldados y no parecía, a decir de cuantos lo vieron, sino que le hubiese sobrevenido una fiebre

súbita. Acto seguido, sacó su pistola y se pegó un tiro en la cabeza, ante sus soldados. Tenía veintiséis años cuando murió en Buffalo River y era por tanto cuatro años mayor que yo.

Henning Klopper guardó silencio de improviso, como si el final de la historia le hubiese sorprendido también a él. Hans du Plessis expulsó el humo de su cigarro puro en actitud de espera. Werner Van der Merwe, por su parte, chasqueó los dedos para llamar al camarero negro, que estaba limpiando una mesa en el extremo opuesto del local.

—¿Eso es todo? —inquirió Hans du Plessis.

—Así es —repuso Henning Klopper—. ¿No te parece suficiente?

—Yo creo que necesitamos más café —sugirió Werner Van der Merwe.

El camarero negro, que renqueaba de una pierna, tomó nota del pedido y desapareció por la puerta giratoria hacia el interior de la cocina.

—¿Por qué razón nos has relatado semejante historia? —quiso saber Hans du Plessis—. ¿Un sargento inglés que cae víctima de una insolación y se pega un tiro?

Henning Klopper observaba a sus amigos lleno de asombro.

—¿No comprendéis? —preguntó—. ¿De verdad que no lo entendéis?

Su asombro era auténtico, sin teatralidad ni fingimiento. El día que él, por pura casualidad, leyó la historia de la muerte del sargento Stratton en un periódico viejo que encontró en su casa, enseguida se le ocurrió pensar que, en realidad, estaba relacionada con él mismo, como si en el destino del sargento inglés pudiese ver, en cierta medida, el suyo propio. Aquella idea lo llenó en un principio de desconcierto, pues parecía bastante inverosímil. ¿Qué podían tener en común él y un sargento del Ejército inglés que, sin ningún género de duda, había sufrido un ataque de locura antes de dirigir el cañón de su revólver contra su propia sien y apretar el gatillo?

En el fondo, no había sido la descripción del destino del sargento lo que había llamado su atención, sino más bien las últimas líneas del artículo en las que se narraba cómo un soldado raso, testigo presencial de los hechos, había revelado mucho después que el sargento, durante aquel día postrero de su vida, anduvo murmurando sin cesar, como para sí mismo, una y otra vez, las mismas palabras, al igual que se pronuncia un conjuro: «El suicidio, antes que caer con vida en manos de los guerreros xhosa».

Precisamente de aquel modo interpretaba Henning Klopper su propia condición de bóer en una Sudáfrica cada vez más subyugada por el dominio inglés, como si se hubiese dado cuenta de que él se hallaba ante la misma elección que Stratton.

«La sumisión», pensaba, «nada puede ser peor que verse obligado a vivir bajo circunstancias que escapan al propio control. Toda mi familia, todo mi pueblo se encuentra sometido a las leyes inglesas, al abuso inglés, al desprecio inglés. Por doquier se halla nuestra cultura expuesta al odio y a la difamación organizada. Los ingleses intentarán destrozarnos de forma sistemática. El mayor peligro de la sumisión es que llegue a convertirse en costumbre, en resignación que se filtra como un veneno paralizante en nuestras venas, acaso sin que uno mismo lo perciba. Es entonces cuando la sumisión alcanza el grado de perfección, cuando el último reducto ha caído y la conciencia se enturbia para acabar extinguiéndose paulatinamente».

Hasta aquel día, nunca había manifestado sus reflexiones a Hans du Plessis ni a Werner Van der Merwe, pese a haber notado que éstos, en sus conversaciones acerca de los atropellos cometidos por los ingleses, se entregaban cada vez con más frecuencia a comentarios llenos de amargura e ironía. Sin embargo, el natural sentimiento de ira, aquel que un día obligó a su propio padre a participar en la guerra contra los

ingleses, brillaba por su ausencia.

El temor lo embargaba ante aquella constatación. ¿Quién opondría resistencia a los ingleses en el futuro, si su propia generación no lo hacía? ¿Quién defendería los derechos de los bóers, si él mismo o Hans du Plessis o Werner Van der Merwe no lo hacían?

La historia del sargento Stratton le hizo ver claro algo de lo que él ya tenía perfecta conciencia, una conciencia que no podría seguir esquivando.

«Antes el suicidio que la sumisión y, puesto que estoy resuelto a vivir, serán las causas de la sumisión lo que haya que condenar al exterminio».

Así de sencillas y de difíciles, y así de inequívocas eran las alternativas.

Era incapaz de explicarse a sí mismo por qué había elegido aquel día para hablarles a sus amigos del sargento Stratton, simplemente pensó que no podía demorarse por más tiempo. Había llegado el momento, no era posible que siguieran dedicándose exclusivamente a sus sueños de futuro y a organizar celebraciones de cumpleaños las tardes y las noches que pasaban en su café habitual. Había algo más importante que todo aquello, algo que se presentaba como una condición indispensable para el futuro en términos generales. Los ingleses que no se encontraran a gusto en Sudáfrica podían regresar a su patria, o buscarse otros cargos en el, a todas luces, infinito Imperio británico. Para Henning Klopper, al igual que para otros *boere*, no existía nada fuera de aquel país. Un día, hacía ya casi doscientos cincuenta años, habían quemado los puentes que dejaron tras de sí, habían abandonado las persecuciones religiosas y hallado en Sudáfrica el paraíso perdido. Las privaciones sufridas les habían hecho sentirse un pueblo elegido que encontraría su porvenir aquí, en el extremo sur del continente africano. El porvenir o bien la sumisión, que

implicaba una aniquilación prolongada pero inexorable.

El viejo camarero se acercó renqueando con el café en una bandeja. Con manos torpes retiró las tazas vacías de la mesa antes de poner sobre ella otras limpias junto con una cafetera. Henning Klopper encendió un cigarrillo y observó a sus amigos.

—¿No lo entendéis? —insistió—. ¿No veis que nos hallamos ante el mismo dilema que el sargento Stratton?

Werner Van der Merwe se quitó las gafas y se dispuso a limpiarlas con un pañuelo.

—Tengo que verte con claridad, Henning Klopper —dijo—. He de asegurarme de que eres tú, en verdad, quien ocupa el asiento que hay frente a mí.

Klopper se sintió irritado de pronto. «¿Por qué no podían comprender lo que les quería decir? ¿Era posible que fuese el único que pensaba de aquel modo?»

—¿No veis lo que ocurre a nuestro alrededor? Si no estamos dispuestos a defender el propio derecho a ser *boere*, ¿quién lo hará por nosotros? ¿Acaso hemos de presenciar impasibles cómo nuestro pueblo queda tan humillado y debilitado que su única salida consista en hacer lo mismo que George Stratton?

Werner Van der Merwe meneó la cabeza despacio. Henning Klopper creyó advertir un mal disimulado tono de disculpa en su respuesta.

—Perdimos la gran guerra —le recordó—. Somos demasiado pocos y hemos permitido que los ingleses sean demasiados en este país que fue nuestro en su día. Nos vemos obligados a vivir en una especie de comunidad junto con los ingleses y cualquier otra solución es impensable. Somos muy pocos, y lo seguiremos siendo aunque nuestras mujeres no hiciesen otra cosa que tener hijos.

—No se trata de ser suficientes en número —insistió Klopper

indignado—. Se trata de tener creencias, de sentir responsabilidad.

—Bueno, no se trata sólo de eso, repuso Van der Merwe. Ahora empiezo a comprender la intención de tu historia y creo que tienes razón. Incluso yo necesito que me recuerden quién soy. Sin embargo, también soy de la opinión de que eres un soñador, Henning Klopper. La realidad es la que es y ni siquiera tus sargentos muertos pueden cambiarla.

Hans du Plessis escuchaba atento mientras fumaba su puro, que, en este punto de la conversación, dejó en el cenicero al tiempo que observaba a Henning Klopper.

—Tú tienes algún plan —concluyó—. ¿Qué se te ocurre que hagamos? ¿Como los comunistas en Rusia? ¿Quieres que nos armemos hasta los dientes y nos refugiemos en el Monte del Dragón, como partisanos? Me parece que olvidas que los ingleses no son los únicos habitantes demasiado numerosos de este país, sino que la gran amenaza contra nuestro modo de vida procede de los nativos, de los negros.

—Ellos nunca llegarán a significar nada —sentenció Henning Klopper—. Son tan inferiores a nosotros que siempre harán lo que les digamos y pensarán lo que les indiquemos. El futuro consiste en la lucha entre nosotros y la influencia inglesa, y nada más.

Hans du Plessis terminó de beber su café y llamó al viejo camarero, que aguardaba inmóvil junto a la puerta de la cocina. Eran los únicos clientes del café, excepción hecha de algunos hombres de edad que se hallaban inmersos en una prolongada partida de ajedrez.

—No has contestado a mi pregunta —replicó Hans du Plessis—. ¿Es o no cierto que tienes un plan?

—A Henning siempre se le ocurren buenas ideas —afirmó Werner Van der Merwe—. Ya se trate de mejorar la planificación de nuevos tramos de vía de la Compañía Ferroviaria Sudafricana o de cortejar a mujeres hermosas.

—Tal vez —admitió Henning Kloppe sonriente—. Tenía la sensación de que sus amigos habían empezado a prestarle atención. Pese a que sus ideas estaban inconclusas y eran vagas, sentía deseos de revelar aquello sobre lo que había estado reflexionando durante tanto tiempo.

El viejo camarero llegó hasta ellos.

—Tres copas de oporto —ordenó Hans du Plessis—. No me hace la menor gracia beber un vino tan del gusto de los ingleses, pero no deja de ser un vino que se produce en Portugal.

—Los ingleses son dueños de muchas de las mayores destilerías de oporto portuguesas —objetó Werner Van der Merwe—. Están por todas partes, esos malditos ingleses, ¡en todas partes!

El camarero había empezado a despejar la mesa retirando las tazas de café. Cuando Werner Van der Merwe mencionó a los ingleses, el hombre dio sin querer un empujón a la mesa de modo que la jarra de crema se volcó y salpicó la camisa de aquél. Un denso silencio se adueñó del local. Werner Van der Merwe observó al camarero. Se levantó de un salto, agarró al anciano por la oreja y lo zarandeó con violencia.

—¡Me has salpicado de crema la camisa! —rugió.

Después, propinó al camarero una bofetada. El hombre retrocedió impulsado por el fuerte golpe pero no pronunció palabra, sino que se apresuró hacia la cocina en busca del oporto.

Acto seguido, tomó asiento de nuevo y se limpió la camisa con un pañuelo.

—África podría haber sido un paraíso —aseguró— si los ingleses no hubiesen existido y no hubiese más nativos de los necesarios.

—Nosotros vamos a hacer de Sudáfrica un paraíso —afirmó Kloppe—. Vamos a convertirnos en hombres destacados de la industria ferroviaria, pero también llegaremos a ser *boere* eminentes, pues les recordaremos a todos los jóvenes de nuestra generación lo que se espera

de nosotros. Debemos restaurar nuestro propio orgullo, de modo que los ingleses se den cuenta de que nosotros nunca nos sometemos, que no somos como George Stratton, que no tenemos intención de huir.

Se interrumpió mientras el camarero depositaba sobre la mesa tres copas y media botella de oporto.

—No te has disculpado —*kaffir*—, dijo Werner Van der Merwe.

—Le ruego que perdone mi torpeza —contestó en inglés el camarero.

—Pronto aprenderás a hablar afrikaans —sentenció Van der Merwe—.

Todo *kaffir* que hable inglés será llamado a un consejo de guerra y fusilado como un perro. Y ahora vete de aquí. ¡Lárgate!

—Permitámosle que nos invite al oporto —sugirió Hans du Plessis—. Después de todo, te manchó la camisa, así que es de justicia que pague el vino con su salario.

Werner Van der Merwe asintió.

—¿Has comprendido, *kaffir*?

—Por supuesto que pagaré el vino —prometió el camarero.

—«Con mucho gusto» —añadió Van der Merwe.

—Pagaré el vino con mucho gusto —repitió el camarero.

Una vez que el hombre se hubo marchado, Henning Klopper retomó su intervención donde la había interrumpido. El incidente con el camarero había caído ya en el olvido.

—Estaba pensando que podríamos formar una asociación —prosiguió—. O tal vez un club pero, por supuesto, sólo para *boere*, en el que intercambiar opiniones y aprender más acerca de nuestra propia historia. Un club en el que nunca se permita hablar inglés, sino tan sólo nuestra propia lengua; un lugar en el que cantar nuestras propias canciones, leer a nuestros propios escritores y comer nuestros platos típicos. Si empezamos aquí en Kensington, en Johannesburgo, quizá se extienda la práctica a Pretoria, Bloemfontein, King William's Town,

Pietermaritzburg, Ciudad del Cabo..., por todas partes. Lo que necesitamos es una movilización, como una advertencia de que los *boere* nunca se dejarán someter, que nunca consentirán que su espíritu resulte vencido, aunque el cuerpo muera. Estoy convencido de que no son pocos los que esperan que esto suceda.

—Es una idea excelente —admitió Hans du Plessis—. Sólo espero que nos quede tiempo para salir con mujeres hermosas de vez en cuando.

—Por supuesto que sí —lo tranquilizó Henning Klopper—. Nada cambiará, salvo el hecho de que añadiremos a nuestras vidas una dimensión que habíamos estado reprimiendo y que les dará un nuevo sentido.

A oídos de Henning Klopper aquellas palabras resultaron altisonantes, quizás incluso patéticas pero, en aquel momento, le pareció del todo adecuado que así fuera, puesto que dichas palabras representaban grandes pensamientos, decisivos para el futuro de todo el pueblo bóer. ¿Por qué no había de ser apropiado resultar altisonante en tales circunstancias?

—¿Has pensado si las mujeres podrán pertenecer a la asociación? —inquirió Werner Van der Merwe.

Henning Klopper negó con la cabeza.

—Esto es sólo para hombres. No habrá mujeres en nuestras reuniones. Sería ajeno a nuestra tradición.

Acogieron aquellas palabras con un brindis y Henning Klopper se dio cuenta de pronto de que sus dos amigos se comportaban ya como si la intención de recuperar parte de lo que habían perdido en aquella guerra, concluida hacía dieciséis años, hubiese sido en realidad idea suya. Este hecho no lo irritó, antes al contrario, se sintió aliviado ya que eso indicaba que no había estado desacertado en sus razonamientos.

—¿Y el nombre? —quiso saber Hans du Plessis—. Unos estatutos, normas de elección, formas de reunión... Seguro que ya lo tienes

preparado.

—Es demasiado pronto —lo frenó Henning Klopper—. Hemos de ser cautos. Precisamente ahora, cuando más urgente resulta recuperar la autoestima de los bóers, es importante tener paciencia. Si nos apresuramos, corremos el riesgo de fracasar y eso es algo que no podemos permitirnos. Una asociación de jóvenes *boere* despertará las iras de los ingleses, que harán lo imposible por entorpecer nuestro camino, por estorbarnos y amenazarnos. Debemos estar bien pertrechados, por lo que se me antoja más acertado determinar hoy que tomaremos una decisión concreta dentro de, digamos, tres meses. Durante ese tiempo seguiremos nuestras conversaciones diarias aquí en el café. Empezaremos por invitar a los amigos a que se sumen a nuestras charlas para saber qué opinan pero, sobre todo, debemos indagar en nuestro interior y preguntarnos si vamos a ser capaces de llevar a término esta empresa y si estamos dispuestos a sacrificarnos por nuestro pueblo.

Henning Klopper guardó silencio, al tiempo que recorría con su mirada los rostros de los dos amigos.

—Empieza a hacerse tarde, dijo concluyente. Tengo hambre y quisiera irme a casa a cenar. Continuaremos nuestra conversación mañana. Brindemos por el sargento George Stratton —propuso—. Mostraremos la fuerza invencible de los bóers brindando por un inglés muerto.

Los otros dos se pusieron en pie y alzaron sus copas.

En la sombra, junto a la puerta de la cocina, el viejo africano permanecía de pie observando a los tres jóvenes. El intenso dolor por la injusticia de que había sido objeto le bombeaba la cabeza, aunque bien sabía él que pasaría pronto o que, al menos, descendería a las profundidades de aquella suerte de olvido que terminaba por adormecer todo pesar. Al día siguiente, volvería a servirles el café a aquellos tres jóvenes.

Unos meses más tarde, el 5 de junio de 1918, Henning Klopper, junto con Hans du Plessis, Werner Van der Merwe y un grupo de amigos, fundó una asociación a la que habían decidido llamar La Joven Sudáfrica.

Cuando, años después, el número de miembros había crecido ya de forma considerable, Henning Klopper propuso que la asociación pasara a denominarse Broederbond, la Hermandad. No era ya exclusiva para menores de veinticinco años, aunque las mujeres seguían sin poder pertenecer a ella.

Con todo, el cambio más importante se produjo la tarde del 26 de agosto de 1921, en una sala de reuniones del hotel Carlton, en Johannesburgo. En efecto, en aquella reunión se tomó la decisión de que la Hermandad se convirtiese en una asociación secreta, con ritual iniciático y exigencia de lealtad inquebrantable de los miembros hacia el principal objetivo de la agrupación, que no era otro que defender a los bóers, salvaguardar los derechos del pueblo elegido en Sudáfrica, que era su patria, sobre la que un día gobernarían con poder absoluto. La Hermandad avanzaría en silencio; sus miembros actuarían sin evidenciar su presencia.

Treinta años más tarde, el poder de la Hermandad sobre los sectores más importantes de la sociedad sudafricana era casi absoluto. Nadie podía ser elegido presidente en el país sin ser miembro de la Hermandad o sin contar con su bendición. Nadie podía formar parte de un gobierno, como tampoco era posible que nadie alcanzase un puesto destacado en la sociedad sin que la Hermandad respaldase el nombramiento o el ascenso. Sacerdotes, jueces, catedráticos, propietarios de periódicos, hombres de

negocios..., cuantos tenían posiciones influyentes o de poder eran miembros de la Hermandad; todos le habían jurado lealtad y prometido silencio ante el gran cometido que constituía la protección del pueblo elegido.

Sin esta asociación, las leyes del *apartheid*, promulgadas en 1948, nunca se habrían hecho realidad. De hecho, el presidente Jan Smuts y su partido United Party no albergaban la menor duda de ello pues, con el apoyo de la Hermandad, la distinción entre las, en su opinión, razas inferiores y los blancos dominantes podría regularse mediante un sistema feroz de leyes y preceptos capaces de garantizar, de forma definitiva, que Sudáfrica experimentase el tipo de desarrollo que los bóers deseaban. Aquello fue, sin duda, el origen de todo lo que ocurrió después.

En el año 1968, la Hermandad celebró en secreto su quincuagésimo aniversario. Henning Klopper, único superviviente de los fundadores de 1918, pronunció con este motivo un discurso que concluyó con las siguientes palabras: «¿Somos capaces de entender de verdad, en el abismo de nuestras conciencias, qué fuerzas inauditas se hallan aquí reunidas esta tarde? ¡Que alguien me indique el nombre de una organización de más supremacía en toda África! ¡O el nombre de una organización de más supremacía en todo el mundo!».

Hacia finales de 1970, disminuyó el poder de la Hermandad de forma drástica en el escenario político de Sudáfrica. La anatomía del *apartheid*, basada en la opresión sistemática de los negros y demás habitantes de otras razas del país, había empezado a descomponerse a causa de su propia inconsistencia congénita. Los blancos liberales no querían o,

simplemente, no soportaban ya ver cómo la catástrofe se aproximaba sin manifestar sus protestas.

Y, lo más importante, la mayoría negra estaba, a esas alturas, colmada. La crueldad del *apartheid* había sobrepasado ya los límites con creces. Los movimientos de resistencia crecían y se fortalecían y el momento de la confrontación avanzaba inexorable.

Pese a todo, el pueblo elegido nunca se sometería. Antes la muerte, que sentarse a una mesa a compartir la comida con un africano o con un hombre de color: ése era su punto de partida. El fanático mensaje no se había debilitado al disminuir el influjo de la Hermandad.

Más tarde, en 1990, Nelson Mandela fue puesto en libertad después de haber pasado casi treinta años como preso político en Robben Island.

El mundo entero estaba exultante mientras muchos *boere* interpretaban la liberación de Nelson Mandela como una declaración de guerra solapada pero indiscutible. El presidente De Klerk fue tachado de traidor, merecedor del odio de los suyos.

En el más absoluto secreto, un grupo de hombres resueltos a asumir la responsabilidad del futuro de los bóers celebraron en aquellos días una reunión. Eran hombres implacables, convencidos de que la misión les había sido encomendada por el mismo Dios. Nunca claudicarían, ni tenían intención de reaccionar como el sargento George Stratton.

Estaban dispuestos a defender unos derechos que se les antojaban sagrados por todos los medios a su alcance.

Celebraron aquella reunión en secreto, y en ella tomaron una decisión. Provocarían una guerra civil cuyo único desenlace posible no podría ser otro que un baño de sangre devastador.

Aquel mismo año murió, a la edad de noventa y cuatro años, Henning Klopper. Durante el último periodo de su vida había padecido ensoñaciones en las que creía fundirse con la persona del sargento George Stratton y, siempre que, en sus sueños, apuntaba la boca de la pistola contra su propia sien, se despertaba en la oscuridad del dormitorio bañado en un sudor frío. Pese a que era ya anciano y hacía tiempo que no se preocupaba por seguir los acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor, tenía perfecta conciencia de que se avecinaba una nueva era, en la que él nunca se sentiría a gusto. Allí tumbado, despierto en la oscuridad, intentaba imaginarse cómo sería el futuro. Éste era, como la oscuridad, impenetrable, por lo que a menudo se sentía invadido por una gran zozobra. Como en un sueño lejano, se veía a sí mismo con Hans du Plessis y Werner Van der Merwe, sentado en el pequeño café de Kensington, y oía sus propias palabras acerca de su grado de responsabilidad sobre el porvenir de los bóers.

«En algún lugar, también hoy, hombres en plena juventud, jóvenes bóers, se reúnen a la mesa de algún café para conversar acerca de cómo conquistar y defender el futuro. El pueblo elegido nunca se someterá ni se abandonará a sí mismo», pensaba.

Pese al desasosiego que a veces lo inundaba en las oscuras noches de su alcoba, Henning Klopper murió en la certeza de que sus sucesores nunca actuarían como el sargento George Stratton, en el cauce del río Gongqo, aquel día de abril de 1878.

El pueblo bóer nunca se rendiría.

La corredora de fincas Louise Åkerblom salió del banco Sparbanken de Skurup poco después de las tres de la tarde del viernes, 24 de abril. Se detuvo unos instantes en medio de la acera e inspiró profundamente el aire fresco, mientras pensaba qué iba a hacer. Lo que más le apetecía era dar ya por concluida la jornada laboral y dirigirse en automóvil hasta su casa en Ystad. Por otro lado, le había prometido a una viuda que la llamó por la mañana que se pasaría a ver una casa que la señora tenía intención de poner en venta. Intentaba calcular cuánto tiempo le llevaría la visita. «Una hora más o menos», se dijo, «seguro que no más de una hora.» Además, tenía que ir a comprar pan. En condiciones normales, era su marido, Robert, quien se encargaba de hornear todo el pan que necesitaban; pero precisamente aquella semana el hombre no había tenido tiempo, así que Louise cruzó la plaza y giró a la izquierda hacia la panadería. Un timbre anticuado tintineó cuando abrió la puerta. Era la única cliente y la dependienta, Elsa Person, recordaría más tarde su aparente buen humor y sus comentarios acerca de lo agradable que era el que la primavera se hubiese decidido a llegar por fin.

Compró pan de centeno y se le ocurrió dar una sorpresa a la familia con unos bollos de merengue y caramelo para el postre. Hecho esto, regresó al banco, en cuyo aparcamiento, situado a la espalda del edificio, había dejado el coche. Se cruzó por el camino con la joven pareja de Malmö que acababa de comprarle una casa y que había estado en el banco

hasta entonces, concretando los detalles de la compra, pagando al vendedor y firmando el contrato de compraventa y la hipoteca. Se alegraba con ellos por la sensación de ser dueños de su propia vivienda, aunque al mismo tiempo le preocupaba el que quizá no pudiesen satisfacer los pagos. Eran tiempos difíciles en los que casi nadie podía sentirse seguro en su puesto laboral. ¿Qué ocurriría si él se quedaba sin trabajo? Con todo, ella se había tomado la molestia de realizar un análisis exhaustivo de la economía de los dos jóvenes. A diferencia de otras muchas personas de su edad, ellos no se habían cargado de insensatas deudas contraídas por el uso inmoderado de las tarjetas de crédito. Por otro lado, la joven esposa parecía ser de esa clase de mujeres ahorrativas, así que no les costaría sacar adelante su crédito hipotecario. En caso contrario, podía llegar el día en que viese la casa puesta en venta otra vez. Quizás incluso ella misma, o quién sabe si Robert, fuesen los encargados de venderla de nuevo, ya que no habían sido pocas las ocasiones en que, en el transcurso de unos cuantos años, había vendido la misma casa dos y hasta tres veces.

Abrió el coche y marcó el número de la oficina de Ystad desde el teléfono del automóvil, pero Robert ya se había marchado a casa. Escuchó su voz en la grabación del contestador automático, en la que se informaba de que la Agencia Inmobiliaria Åkerblom había cerrado hasta el lunes a las ocho de la mañana.

Al principio se sorprendió de que Robert se hubiese ido a casa tan pronto, pero recordó enseguida que tenía una cita con el contable justamente aquella tarde. «Hasta luego, voy a ver una casa en Krageholm, después saldré para Ystad. Son las tres y cuarto, así que estaré en casa para las cinco.» Una vez grabado el mensaje, volvió a colocar el teléfono en su soporte. Era posible que Robert regresase a la oficina después de la reunión con el contable.

Echó mano de una carpeta de plástico que había en el asiento del acompañante y sacó un plano que ella misma había garabateado siguiendo las instrucciones de la viuda. La casa se encontraba en un desvío entre Krageholm y Vollsjö. Le llevaría poco más de una hora llegar hasta allí, inspeccionar la casa y la parcela y regresar a Ystad.

Sin embargo, empezó a dudar de su decisión. «La inspección puede esperar», pensó. «Mejor me voy a casa por la carretera de la costa y me paro un rato a contemplar el mar. Al fin y al cabo, ya he vendido una casa hoy, así que ya está bien».

Mientras tarareaba un salmo, puso en marcha el motor del coche y se disponía a salir de Skurup cuando, a punto de girar hacia la calle de Trelleborgsvägen, volvió a cambiar de parecer. Cayó en la cuenta de que ni el lunes ni el martes tendría tiempo de inspeccionar la casa de la viuda, que tal vez quedase decepcionada y encomendase la venta de su casa a otra inmobiliaria, un lujo que no podían permitirse. Eran tiempos bien difíciles, en que la competencia resultaba cada día más dura. En realidad, nadie podía permitirse dejar escapar un objeto de venta, a menos que fuese evidente que sería imposible deshacerse de él.

Lanzó, pues, un suspiro y torció hacia el lado contrario: la carretera de la costa y el mar tendrían que esperar. Miraba el plano de vez en cuando, y pensó que la semana siguiente compraría una pinza sujetapapeles, para no tener que estar girando la cabeza cada vez que quisiera asegurarse de que no se había equivocado de camino. La casa de la viuda no parecía muy difícil de localizar y, pese a que nunca antes había pasado por el desvío que la dueña del inmueble le había mencionado, conocía la zona con los ojos cerrados, pues el año siguiente haría diez desde que ella y Robert abrieron la inmobiliaria.

«¡Vaya!», se sorprendió. «Diez años ya.» El tiempo había pasado muy rápido, demasiado. Durante esos diez años había tenido dos hijos y había

trabajado con Robert con denuedo y ahínco para establecer la inmobiliaria. Era consciente de que habían empezado en un buen momento para poner en marcha ese tipo de negocio. De haberlo intentado hoy, jamás habrían logrado ganarse un lugar en el mercado. Por tanto, debería sentirse satisfecha, ya que Dios había sido generoso con ella y con su familia. Decidió que hablaría de nuevo con Robert sobre la posibilidad de aumentar sus donativos a la asociación benéfica infantil. Él se mostraría reticente, claro, pues pensaba más que ella en el dinero, pero al final lograría convencerlo, como siempre.

De repente, se dio cuenta de que se había equivocado de carretera y detuvo el vehículo. Las reflexiones sobre la familia y los diez últimos años la habían hecho saltarse el primer desvío. Sonrió moviendo la cabeza al tiempo que prestaba atención al camino antes de dar la vuelta y retroceder por la misma carretera por la que había llegado.

Pensó que Escania era una región hermosa, hermosa y abierta, aunque también llena de misterio. Todo aquello que, a primera vista, parecía plano, podía transformarse de pronto en profundas hondonadas donde las casas y las granjas quedaban incomunicadas como islas. Nunca dejaban de sorprenderla las variaciones radicales del paisaje cuando viajaba por la región para inspeccionar viviendas o para mostrarlas a posibles compradores.

Justo después de haber pasado Erikslund, se detuvo en el arcén para consultar la descripción de la viuda y comprobó que iba por buen camino. Giró a la izquierda con la esperanza de divisar cuanto antes el hermoso trayecto que conducía hasta Krageholm. Era una carretera ondulante que serpenteaba con suavidad hacia el bosque de Krageholm, donde el lago centelleaba abrazado por la fronda. Había hecho aquel trayecto en multitud de ocasiones, pero no se cansaba de verlo.

Después de haber recorrido unos siete kilómetros, empezó a buscar el

último desvío. La viuda lo había descrito como un acceso sin asfaltar para tractores, pero fácil de transitar. Cuando llegó a la altura del desvío, aminoró la marcha y giró a la derecha. Se suponía que la casa se encontraría en el lado izquierdo, a un kilómetro más o menos.

Unos tres kilómetros más tarde, no obstante, el camino se acabó, de lo que dedujo que, pese a todo, se había equivocado de dirección.

Por un instante sintió la tentación de dejar la inspección para otro día e ir directamente a casa, pero se arrepintió y volvió a la calle de Krageholmsvägen. A unos quinientos metros hacia el norte, giró de nuevo a la derecha. Allí tampoco estaba la casa. Respiró hondo, dio la vuelta y decidió que lo mejor sería pararse a preguntar, cuando pasó ante una casa que se vislumbraba entre los árboles.

Se detuvo, pues, ante ella, apagó el motor y salió del coche. Notó el fresco aroma que se desprendía de los árboles mientras ascendía hacia la casa, una de esas construcciones alargadas y pintadas de blanco que tanto abundan en Escania. Faltaba un ala del tejado y en medio del jardín pudo ver un pozo con su bomba pintada de negro.

Dudó unos instantes, pues parecía abandonada, y pensó que quizá fuese mejor marcharse a casa y confiar en que la viuda no se molestaría.

«No pierdo nada con llamar», resolvió al cabo.

Al dirigirse hacia la vivienda, pasó por un cobertizo pintado de rojo y no pudo resistir la tentación de mirar a través del portón entreabierto. Ante su sorpresa, había dos coches aparcados allí dentro y, aunque no era experta en vehículos, no dejó de advertir que se trataba de un lujoso Mercedes y de un no menos costoso BMW.

«Esto quiere decir que hay alguien en casa», se dijo mientras seguía avanzando hacia el edificio. «Y alguien con dinero, de eso no hay duda».

Dio varios golpecitos en la puerta, pero no obtuvo respuesta, así que volvió a golpear con más fuerza, aunque sin resultado. Probó a mirar a

través de una ventana situada junto a la puerta principal, pero las cortinas estaban corridas, así que llamó por tercera vez, antes de rodear la casa hasta la parte trasera, para ver si había allí alguna puerta.

Encontró una pequeña huerta de árboles frutales abandonada. Hacía al menos treinta años que nadie podaba aquellos manzanos, ni el peral bajo el que se hallaban los muebles de jardín medio podridos. Una urraca solitaria aleteó antes de levantar el vuelo. Allí no había ninguna puerta.

«Llamaré otra vez», decidió. «Si no me abren, volveré a casa, y hasta tendré tiempo de pararme un rato a contemplar el mar, antes de comenzar a preparar la cena».

Aporreó la puerta con energía.

Tampoco en esta ocasión obtuvo respuesta.

En ese momento intuyó, más que oyó, que alguien se aproximaba a su espalda por el jardín, y se dio la vuelta con rapidez.

El nombre se había detenido a unos cinco metros del lugar en que ella se encontraba y la observaba totalmente inmóvil. Louise vio que tenía una cicatriz en la frente.

De repente, se sintió incómoda.

¿De dónde había salido? ¿Por qué no lo oyó acercarse, a pesar de la gravilla del jardín? ¿Acaso se había deslizado hacia ella como un cazador furtivo?

Dio algunos pasos en dirección a él y trató de actuar con normalidad.

—Disculpe la molestia, se excusó. Soy agente de una inmobiliaria y me he perdido. Sólo quería preguntar por el camino.

El hombre no dijo palabra.

Era posible que no fuese sueco y que no comprendiese lo que decía. De hecho, había algo extraño en su aspecto, que le hizo pensar que tal vez fuera extranjero.

De pronto, tuvo la certeza de que debía salir de allí, pues empezaba a

sentir miedo ante la fría mirada de aquel hombre estático.

—Bien, no voy a importunar más, aseguró. Le pido disculpas de nuevo.

Se disponía a marcharse, pero se detuvo. Sin saber cómo, el hombre estático cobró vida de repente y sacó algo del bolsillo de la cazadora.

En un primer momento no pudo distinguir de qué se trataba. Era una pistola.

Muy despacio, el hombre levantó el arma y la dirigió hacia su cabeza.

«¡Dios mío!», atinó a pensar.

«¡Dios mío, ayúdame! ¡Va a matarme!»

«¡Dios mío, ayúdame!»

Eran las cuatro menos cuarto de la tarde del 24 de abril de 1992.

El inspector jefe Kurt Wallander estaba de un humor de perros cuando llegó a la comisaría de Policía de Ystad la mañana del lunes 27 de abril. Era incapaz de recordar la última vez que se había sentido tan colérico. Como claro indicio de su ira lucía en la mejilla una tirita, que cubría el corte que se había dado al afeitarse.

Fue contestando con un bufido a los buenos días de sus colegas hasta llegar a su despacho, donde cerró la puerta, descolgó el teléfono y se sentó dispuesto a dedicarse a mirar por la ventana.

Kurt Wallander tenía cuarenta y cuatro años. Gozaba de merecida fama como policía habilidoso, tenaz y, en algunas ocasiones, incluso brillante. Aquella mañana, sin embargo, no sentía más que un gran enojo y una indignación creciente. En efecto, había pasado un domingo espantoso y una de las razones había sido su padre, que vivía solo en una casa situada justo a las afueras de Löderup. La relación con su padre siempre había sido complicada, sin que los años hubiesen contribuido a hacerla más llevadera ya que el inspector comprobaba, con fastidio creciente, que cada vez se parecía más a su progenitor. Así, al intentar imaginarse su propia vejez según veía la del padre, no podía evitar malhumorarse. ¿Acaso estaba condenado a terminar sus días como un vejete huraño e impredecible, capaz de acometer cualquier desatino?

El domingo por la tarde, Wallander se había dirigido, como de costumbre, a hacerle una visita, durante la que jugaron a las cartas y

tomaron café en el porche, sentados al calor del tímido sol primaveral. Sin previo aviso, el padre le comunicó que tenía la intención de casarse. Pensó al principio que no lo había oído bien.

—No, aseguró. No pienso casarme.

—No estoy hablando de ti —corrigió el padre— sino de mí mismo.

—Él lo miró incrédulo.

—Vas a cumplir ochenta años —le recordó—. No creo que debas casarte.

—Bien, pero aún no estoy muerto —insistió el padre— y pienso hacer lo que me venga en gana. Más bien pregúntame con quién.

—Él obedeció.

—¿Con quién?

—Tendrías que imaginártelo —afirmó el padre—. Pensé que a la policía le pagaban por sacar conclusiones.

—Si no conoces a nadie de tu edad, ni tienes contacto con nadie.

—Sí que conozco a una persona —sostuvo su padre—. Y además, ¿quién ha dicho que uno tenga que casarse con alguien de su edad?

En ese momento comprendió que no había más que una posibilidad: se trataba sin duda de Gertrud Anderson, la asistente social de cincuenta años que hacía la limpieza en casa de su padre tres veces por semana.

—No irás a casarte con Gertrud, ¿verdad? ¿Acaso le has preguntado siquiera? Os lleváis treinta años. ¿Cómo te crees capaz de convivir con otra persona, si nunca has podido? Ni siquiera con mamá funcionó.

—Me he vuelto más dócil con los años —respondió el padre con dulzura.

Kurt Wallander se negaba a dar crédito a sus oídos. ¿Su padre, casado? ¿Más dócil con los años? ¡Justo ahora, cuando era más difícil que nunca!

Se enzarzaron en una discusión que terminó cuando el padre arrojó su

taza al arriate de tulipanes y se encerró en el estudio, en el que solía pintar sus cuadros, todos con el mismo motivo: una puesta de sol en un paisaje otoñal, con o sin urogallo al fondo, según el gusto del comprador.

Wallander se marchó a casa, pisando el acelerador más de la cuenta. Estaba resuelto a impedir aquel disparate. ¿Era posible que Gertrud Anderson, quien, después de todo, había trabajado para su padre durante un año, no se hubiese dado cuenta de que resultaba imposible vivir con él?

Aparcó el coche en la calle de Mariagatan, en el centro de Ystad, donde vivía, decidido a llamar inmediatamente a su hermana Kristina, que residía en Estocolmo, para pedirle que viniese a Escania. Nadie podría hacer cambiar de opinión al padre pero quizá sí apelar a la sensatez de Gertrud Anderson.

Sin embargo, no pudo llamar a su hermana. Cuando llegó a su apartamento, que se encontraba en el último piso, vio que habían forzado la puerta. Al abrirla comprobó que los ladrones se habían llevado su equipo de música, recién comprado, su lector de discos compactos, todos sus discos, la televisión y el vídeo, los relojes y una cámara. Quedó paralizado durante un buen rato, sentado en una silla, preguntándose qué hacer. Finalmente, llamó al trabajo y pidió que lo pusieran con Martinson, uno de los inspectores, que estaba de guardia aquel domingo.

Tuvo que esperar unos minutos hasta que Martinson respondió. Wallander se imaginó que estaría tomando café con algunos de los policías encargados del control de estupefacientes del fin de semana.

—Martinson al habla. ¿Dígame?

—Hola. Soy Wallander. Creo que será mejor que vengas.

—¿A tu despacho? Pensé que librabas este fin de semana.

—Estoy en casa. Ven cuanto antes.

Martinson comprendió que se trataba de algo importante, así que no

hizo más preguntas.

—Voy enseguida.

El resto de la tarde del domingo la pasaron haciendo un reconocimiento del apartamento y elaborando el correspondiente informe. Martinson, uno de los policías jóvenes con los que Wallander solía colaborar, podía ser negligente e impulsivo, pero a Wallander le gustaba trabajar con él por sus inesperados momentos de notable lucidez. Una vez que Martinson y el técnico de la policía se hubieron marchado, Wallander reparó la cerradura de la puerta de modo provisional.

Pasó la mayor parte de la noche tumbado en la cama, despierto, pensando que despedazaría a los ladrones si tenía la oportunidad de pillarlos algún día. Agotado de tanto lamentar la pérdida de todos sus discos, empezó a meditar con resignación creciente acerca de qué hacer con respecto a su padre.

Al amanecer se levantó y se preparó un café, mientras buscaba la póliza de su seguro de hogar. Sentado a la mesa de la cocina, repasó los papeles y acabó irritándose por el lenguaje intrincado e incomprensible de la compañía aseguradora. Finalmente, dejó los documentos y fue a afeitarse. Al cortarse con la cuchilla, se le ocurrió que quizá fuese mejor llamar al trabajo y decir que iba a pedir la baja por enfermedad, para luego meterse en la cama con la cabeza bajo las sábanas. Sin embargo, la idea de quedarse en el apartamento sin ni siquiera poder poner uno de sus discos se le hacía insoportable.

Así que a las siete y media de la mañana, estaba sentado a la mesa de su despacho con la puerta cerrada. Con un lamento, se obligó a recuperar su condición de policía y volvió a colgar el auricular.

Enseguida sonó el teléfono. Era Ebba, la recepcionista.

—Siento mucho lo del robo. ¿De verdad que se han llevado todos tus discos?

—Bueno, dejaron algunos de setenta y ocho revoluciones. He pensado escucharlos esta noche, si es que encuentro un tocadiscos.

—Es terrible.

—Así son las cosas. ¿Qué querías?

—Aquí fuera hay un señor que quiere hablar contigo a toda costa.

—¿Sobre qué?

—Sobre una desaparición.

Wallander contempló el montón de expedientes que tenía sobre la mesa.

—¿No puede encargarse Svedberg?

—Está fuera, cazando.

—¿Cazando qué?

—La verdad, no sé cómo explicarlo. Está buscando un novillo que se ha escapado de una granja de Marsvinsholm. Anda suelto por la E-Catorce interrumpiendo el tráfico.

—¿Por qué no ha salido la policía de tráfico? ¿Qué manera es ésta de distribuir las tareas policiales?

—Fue Björk quien lo envió tras el novillo.

—¡Dios santo!

—¿Te lo mando, entonces? Al que quiere denunciar una desaparición, digo.

—Sí, hazlo pasar.

Fueron tan discretos los toquecitos en la puerta que Wallander no estaba seguro de haber oído bien. Sin embargo, cuando dijo «¡Adelante!», la puerta se abrió de inmediato.

Wallander opinaba que la primera impresión acerca de una persona era decisiva.

El hombre que entró en su despacho no llamaba la atención en ningún sentido. Tendría unos treinta y cinco años, llevaba un traje de chaqueta azul oscuro, el pelo rubio y muy corto y usaba gafas.

Además de estos detalles, era evidente que estaba muy preocupado. Wallander comprendió que él no había sido el único que había pasado la noche en vela.

Se levantó y le tendió la mano.

—Kurt Wallander —se presentó—. Inspector de policía.

—Me llamo Robert Åkerblom —declaró—. Mi mujer ha desaparecido.

Wallander se sorprendió de que el hombre fuese tan directo al grano.

—Empecemos por el principio. Siéntese, por favor. La silla no es muy cómoda y el brazo izquierdo suele soltarse, pero no se preocupe.

El hombre tomó asiento.

De repente, rompió a llorar de modo conmovedor y desesperado.

Wallander quedó en pie perplejo al otro lado de la mesa y decidió esperar.

Transcurridos unos minutos, el hombre recuperó la calma, se enjugó las lágrimas y se sonó la nariz.

—Lo siento —se disculpó— pero es que tiene que haberle ocurrido algo a Louise. Ella nunca desaparecería de forma voluntaria.

—¿Le apetece una taza de café? —preguntó Wallander—. Quizá podamos conseguir algún bollo.

—No, gracias —respondió Robert Åkerblom.

Wallander asintió al tiempo que buscaba su bloc de notas en uno de los cajones del escritorio. Solía utilizar cuadernos escolares normales que compraba de su bolsillo en la papelería. Nunca consiguió aprender a utilizar la variedad infinita de impresos de expedientes que la Dirección General de la Policía distribuía por todo el país. En alguna ocasión había

pensado enviar una nota a la revista Svensk Polis, en la que propondría que los impresos incluyesen las posibles respuestas a las preguntas.

—¿No le importa empezar por facilitarme sus datos personales? —dijo Wallander.

—Me llamo Robert Åkerblom —repitió el hombre—. Junto con mi mujer, Louise, soy dueño de la Agencia Inmobiliaria Åkerblom.

Wallander asintió mientras escribía, pues sabía que estaba junto al cine Saga.

—Tenemos dos hijas de cuatro y siete años —prosiguió Robert Åkerblom—. Vivimos en una casa adosada en la calle de Åkarvägen, número diecinueve. Yo soy de aquí, pero mi mujer es de Ronneby.

Interrumpió su intervención para sacar una fotografía que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta y la puso sobre la mesa. El aspecto de la mujer era bastante corriente. Le sonreía al fotógrafo y Wallander comprendió que la habían tomado en un estudio fotográfico. Contempló su rostro y pensó que, en cierto sentido, iba muy bien como esposa de Robert Åkerblom.

—Se hizo esta fotografía hace tres meses, así que éste es el aspecto que tiene ahora.

—¿Y dice que ha desaparecido? —indagó Wallander.

—El viernes pasado estuvo en el banco Sparbanken de Skurup, cerrando una venta. Después tenía pensado ir a inspeccionar una casa que querían vender. Yo pasé la tarde en la oficina del contable, pero me acerqué por la inmobiliaria antes de irme a casa. Escuché el contestador y comprobé que había dejado un mensaje en el que decía que estaría en casa para las cinco. Decía que eran las tres y cuarto. Desde entonces está desaparecida.

Wallander frunció el entrecejo. Era lunes, es decir, la mujer llevaba desaparecida casi setenta y dos horas. Tres días, y dos niñas pequeñas

esperándola en casa.

Su instinto le dijo que no se trataba de una desaparición normal. Sabía que la mayoría de los desaparecidos volvían más tarde o más temprano y que la explicación solía ser más o menos natural. Por ejemplo, no era infrecuente que la gente simplemente se olvidase de avisarles a sus conocidos y parientes de que iba a estar fuera varios días, o una semana. También sabía que muy pocas mujeres abandonaban a sus hijos. Todo eso lo llenaba de preocupación.

Hizo algunas anotaciones en su bloc, antes de preguntar de nuevo.

—¿Ha conservado el mensaje que dejó en el contestador?

—Sí —contestó Robert Åkerblom—, pero no se me ocurrió traerme la cinta.

—Eso ya lo arreglaremos luego —aseguró Wallander—. ¿Decía desde dónde llamaba?

—Desde el teléfono del coche.

Wallander dejó el bolígrafo sobre la mesa y observó al hombre que estaba sentado en la silla de las visitas. Su preocupación daba la impresión de ser sincera.

—¿Encuentra alguna explicación lógica a su ausencia? —preguntó Wallander.

—No.

—Quizás esté de visita en casa de algunos amigos —sugirió.

—No.

—¿Con algún pariente?

—Tampoco.

—Espero que no se ofenda si le hago una pregunta personal...

—Nunca hemos discutido, si es a eso a lo que se refiere.

Wallander asintió.

—Sí, eso era lo que quería saber, admitió.

Y reanudó su interrogatorio desde el principio.

—Dice que desapareció el viernes pasado, a primera hora de la tarde.

¿Por qué ha esperado tres días antes de dar cuenta a la policía?

—No tuve valor.

Wallander lo miró sorprendido.

—Habría sido como aceptar que algo terrible le hubiese ocurrido — confesó Robert Åkerblom. Por esa razón no me atreví.

Wallander asintió comprensivo.

—Como es natural, habrá estado buscándola. ¿Ha intentado alguna otra cosa por su cuenta? —quiso saber el inspector, que retornó a sus notas.

—He rogado a Dios —confesó Robert Åkerblom con sencillez.

Wallander dejó de escribir.

—¿Le ha rogado a Dios?

—Somos miembros de la Iglesia metodista. Ayer elevamos una plegaria conjunta, con toda la comunidad y el pastor Tureson, pidiendo que nada malo le hubiese ocurrido a Louise.

Wallander sintió un pellizco en el estómago, aunque procuró disimular su inquietud ante aquel hombre que lo miraba desde la silla de las visitas.

«La madre de dos niños pequeños que pertenece a una comunidad religiosa» —se dijo. «No es muy probable que haya desaparecido por voluntad propia, a menos que haya sido víctima de un ataque de locura repentina, o de alguna meditación de orden religioso. La madre de dos niños pequeños no se adentra en el bosque y se quita la vida así como así. A veces sucede, pero en muy raras ocasiones».

Wallander conocía exactamente el significado de sus reflexiones.

O bien se había producido un accidente, o Louise Åkerblom había sido víctima de un crimen.

—Como es lógico, habrá pensado en la posibilidad de que haya ocurrido un accidente.

—He llamado a todos los hospitales de Escania —respondió Robert Åkerblom—. No ha ingresado en ninguno. Por otro lado, el hospital se habría puesto en contacto conmigo si algo hubiese ocurrido, pues Louise lleva siempre el carnet de identidad.

—¿Qué coche tiene? —continuó Wallander.

—Un Toyota Corolla, un modelo de 1990 azul oscuro, matrícula MHL cuatro cuatro nueve.

Wallander no dejaba de anotar.

Al cabo de unos instantes, retomó sus preguntas desde el principio para, de forma absolutamente metódica, repasar lo que Robert Åkerblom sabía de los recados que su mujer tenía que hacer la tarde del viernes, 24 de abril. Señalaron la posible trayectoria en un mapa, mientras Wallander sentía que la preocupación lo embargaba.

«Dios quiera que no se nos venga encima el asesinato de una mujer», pensó. «Cualquier cosa, menos eso.» Eran las once menos cuarto cuando el inspector dejó el bolígrafo.

—No hay motivo alguno para dudar de que Louise Åkerblom vaya a volver —dijo con la esperanza de que su propia incredulidad no aflorase en el tono de su voz—. Pero ni que decir tiene que nos tomaremos en serio su denuncia de desaparición.

Robert Åkerblom se hundió en la silla. Wallander temía que se echase a llorar de nuevo y lo compadeció. Lo que más deseaba era consolarlo, pero comprendía que no podía hacerlo sin, al mismo tiempo, desvelar su propia inquietud.

Se levantó del asiento.

—Me gustaría escuchar su mensaje —afirmó—. Luego iré al banco de Skurup. Por cierto, ¿tiene a alguien en casa que lo ayude con las niñas?

—No necesito ayuda —repuso Robert Åkerblom—. Me las arreglo bien yo solo. ¿Qué cree el señor inspector que le ha sucedido a Louise?

—Por el momento, no creo nada en absoluto —respondió Wallander—. Salvo que muy pronto la tendrá en casa de nuevo.

«Estoy mintiendo», se dijo. «No es eso lo que creo, sino lo que deseo».

Wallander siguió a Robert Åkerblom hasta la ciudad. Tan pronto como hubiera escuchado el mensaje del contestador y una vez revisados los cajones de la desaparecida, volvería a la comisaría para hablar con Björk. El procedimiento y seguimiento de los casos de desaparición eran muy claros y estaban bien definidos, pero Wallander quería contar con todos los recursos disponibles, ya que, a su parecer, la desaparición de Louise Åkerblom tenía visos, desde el principio, de estar asociada a un posible crimen.

La inmobiliaria Åkerblom estaba ubicada en una antigua tienda de comestibles que Wallander recordaba de sus primeros años en Ystad, cuando no era más que un joven policía recién llegado de Malmö. Había en el local dos mesas de escritorio y expositores con fotografías y descripciones de distintas propiedades inmobiliarias. Sobre una de las mesas, rodeada de sillas para los clientes, había archivadores con documentación en la que los interesados podían profundizar en la anatomía de las viviendas. De una pared colgaban dos mapas políticos del país, acribillados de alfileres con las cabezas de distintos colores. Detrás se veía una pequeña cocina.

Habían entrado por el patio trasero, pero Wallander pudo vislumbrar el cartel escrito a mano fijado con cinta adhesiva a la puerta principal y que rezaba «Hoy, cerrado».

—¿Cuál es su mesa? —preguntó Wallander.

Robert Åkerblom le señaló su sitio, y Wallander se sentó junto a la

otra mesa. No había nada sobre ella, salvo un almanaque, una fotografía de las dos hijas, algunos archivadores y un lapicero, por lo que al inspector le dio la impresión de que habían limpiado no hacía mucho.

—¿Quién se encarga de limpiar el local?

—Tenemos una asistente que viene tres veces por semana —aclaró Robert Åkerblom—. Aunque nosotros solemos quitar el polvo y vaciar las papeleras todos los días.

Wallander asintió. Echó una ojeada a la habitación y comprobó que lo único que le parecía fuera de lugar era el pequeño crucifijo que colgaba de la pared, junto a la puerta de la cocina.

Señaló con un gesto el contestador.

—No tardará en salir —lo tranquilizó Robert Åkerblom—. Es el único mensaje grabado el viernes después de las tres de la tarde.

«La primera impresión», pensó Wallander de nuevo. «Presta mucha atención ahora».

«Hasta luego, voy a ver una casa en Krageholm, después saldré para Ystad. Son las tres y cuarto, así que estaré en casa para las cinco».

Wallander constató que estaba alegre, entusiasta y alegre. Ni amenazada ni presa del miedo.

—Otra vez, rogó Wallander. Pero antes me gustaría escuchar lo que usted dice en el mensaje del contestador, si es que lo conserva.

Robert Åkerblom asintió, rebobinó la cinta y pulsó un botón.

«Hola, bienvenidos a la Agencia Inmobiliaria Åkerblom. En este momento estamos ocupados con servicios externos, pero les recordamos que estaremos de vuelta el lunes, a las ocho de la mañana. Si lo desean, pueden dejar un mensaje o enviar un fax después de oír la señal. Gracias por su llamada. Esperamos su visita».

Wallander notó en el tono algo forzado que el hombre no se sentía cómodo ante el micrófono del contestador.

Volvió a escuchar el mensaje de Louise Åkerblom una y otra vez, intentando captar algún indicio oculto tras las palabras, aunque sin una idea exacta de lo que buscaba.

Había escuchado la cinta unas diez veces cuando le indicó a Robert Åkerblom que ya era suficiente.

—Necesitaré llevarme la cinta, le advirtió. En la comisaría podemos amplificar el sonido.

Robert Åkerblom extrajo la pequeña casete y se la tendió a Wallander.

—Quisiera que me hiciese un favor, mientras reviso sus cajones. Sería útil que confeccionase una lista de todo lo que hizo o tenía pensado hacer el viernes pasado, a quién pensaba ver y dónde. También qué camino sabe o cree que tomó. Anote las horas a las que supone que haría cada cosa y una descripción detallada de la situación de la casa de Krageholm que iba a inspeccionar.

—Eso no es posible —respondió Robert Åkerblom.

Wallander lo miró interrogante.

—Fue ella quien contestó al teléfono cuando llamó la mujer que quería venderla, explicó. Ella misma trazó el plano según la descripción de la dueña y se lo llevó consigo. No introduciría los datos de la vivienda en una carpeta hasta hoy lunes. Si hubiésemos aceptado la casa, habríamos vuelto para tomar fotografías.

Wallander permaneció pensativo unos instantes.

—En otras palabras, la única que sabe, en este momento, dónde se encuentra la casa es la propia Louise.

Robert Åkerblom asintió.

—¿Cuándo volvería a llamar la dueña? —prosiguió Wallander.

—A lo largo de hoy lunes. Por eso Louise quería ver la casa el viernes.

—Es de suma importancia que esté aquí cuando llame de nuevo — subrayó Wallander—. Puede decirle que su mujer ha visto la casa, pero que hoy se encuentra enferma. Le pide de nuevo la descripción del camino y su número de teléfono. En cuanto se ponga en contacto con usted, me llama.

Robert Åkerblom hizo ademán de haber comprendido y se sentó a escribir lo que Wallander le había pedido.

Éste abrió los cajones del escritorio, uno tras otro, pero no encontró nada digno de interés, ni tampoco había ningún cajón sospechosamente vacío. Levantó el cartapacio verde y encontró una receta de hamburguesas, arrancada de alguna revista.

Tras contemplar la fotografía de las dos niñas, se levantó y entró en la cocina. Un almanaque y un bordado de una cita de la Biblia adornaban una de las paredes. También había una estantería, sobre la que se veía un pequeño tarro de café sin empezar, aunque sí que tenían varias clases de té. Abrió el frigorífico y encontró un litro de leche y una tarrina abierta de margarina.

Pensó en el tono de su voz y en lo que decía en el mensaje del contestador. Tenía la certeza de que el coche estaba estacionado cuando lo grabó, pues la voz era firme, lo que no habría sido posible si hubiese estado concentrada en la conducción del vehículo. La audición amplificada de la comisaría le daría la razón más tarde. Por otro lado, intuía que Louise Åkerblom era una mujer juiciosa y cumplidora de las normas, que no arriesgaba ni su vida ni la ajena hablando por teléfono mientras conducía.

«Si la información de la hora es correcta, se encuentra en Skurup. Termina de cerrar la operación en el banco y está a punto de salir para Krageholm, pero antes decide llamar a su marido. Está satisfecha con la marcha del negocio. Además, es viernes por la tarde, la jornada laboral ha

llegado a su fin y hace buen tiempo. Tiene motivos más que suficientes para estar contenta», recapituló el inspector.

Wallander dejó la cocina y se sentó de nuevo junto al escritorio de Louise Åkerblom a hojear el almanaque que había sobre la mesa. Robert Åkerblom le dio un papel en el que había anotado cuanto Wallander le había indicado.

—Por el momento sólo tengo una pregunta más aunque, en realidad, no se trata de una pregunta. Es importante que sepa cuál es el talante de Louise Åkerblom.

Ponía mucho cuidado en hablar de ella en presente, como si nada hubiese ocurrido, si bien, en sus pensamientos, la mujer había dejado de existir.

—Todo el mundo la aprecia —se apresuró a responder Robert Åkerblom, sin más—. Su humor es estable, ríe a menudo, se le da bien conversar con la gente. En el fondo, le cuesta hacer negocios, por lo que suele dejarme a mí todo lo relativo al dinero o las negociaciones complicadas. Se emociona con la misma facilidad con que se indigna. Sufre con el sufrimiento ajeno.

—¿Tiene alguna rareza? —preguntó Wallander.

—¿Rareza?

—Todos tenemos nuestras peculiaridades...

Robert Åkerblom reflexionó un instante.

—No, que yo sepa.

Wallander asintió y se levantó. Eran ya las doce menos cuarto y quería hablar con Björk antes de que éste se marchase a comer.

—Me pondré en contacto contigo por la tarde. Intenta no preocuparte demasiado. Piensa si no habrás olvidado algo que yo deba saber.

Salió por donde había entrado.

—¿Qué puede haber ocurrido? —preguntó Robert Åkerblom cuando

se dieron el apretón de manos de despedida.

—Nada, con toda probabilidad, lo tranquilizó Wallander. Seguro que todo tiene una explicación lógica.

Wallander se topó con Björk justo cuando éste iba a casa a comer y, como era habitual, parecía estresado. El inspector se figuraba que el trabajo de jefe de policía no era precisamente algo a lo que aspirar.

—Siento lo del robo —dijo Björk al tiempo que subrayaba sus palabras con una expresión de condolencia en el rostro—. Espero que los periódicos no empiecen a hablar del asunto. No da muy buena imagen el que roben en casa de un inspector de policía. Nuestro índice de casos resueltos no es muy elevado, ya sabes que la policía sueca está a la cola de la estadística internacional.

—¡Qué le vamos a hacer! —atajó Wallander—. Tengo que hablar contigo unos minutos.

Se encontraban justo a la puerta del despacho de Björk.

—No puede esperar hasta después del almuerzo —aclaró acuciante.

Björk asintió y ambos entraron en su despacho.

Wallander le contó lo ocurrido y su encuentro con Robert Åkerblom.

—Una mujer creyente, madre de dos pequeñas, desaparecida desde el viernes —resumió Björk cuando Wallander hubo terminado—. No suena nada bien.

El comisario jefe lo observó con atención.

—¿Sospechas que se haya perpetrado un crimen?

Wallander se encogió de hombros.

—No sé qué creer —confesó—. Aunque sí estoy seguro de que no se trata de una desaparición normal. Por eso pienso que deberíamos asignarle al caso los recursos suficientes desde el principio y no

contentarnos con seguir el procedimiento normal, de aguardar y ver qué ocurre, habitual para los casos de desaparición.

Björk se mostró conforme.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Con quién quieres trabajar? No olvides que andamos faltos de personal mientras Hanson esté de baja. ¡De verdad que ha tenido ojo para romperse la pierna en el momento menos oportuno!

—Martinson y Svedberg —respondió Wallander—. Por cierto, ¿consiguió Svedberg dar con el novillo que correteaba por la E-Catorce?

—Al final fue un agricultor el que lo atrapó con una cuerda —admitió Björk con pesadumbre—. Svedberg se torció el tobillo al resbalarse en una alcantarilla, pero no está de baja.

Wallander se levantó.

—Me voy a Skurup. Nos veremos a las cuatro y media a ver qué tenemos para entonces, aunque debemos empezar a buscar el vehículo de la desaparecida cuanto antes.

Dejó un papel sobre la mesa de Björk.

—Toyota Corolla —leyó Björk—. Me encargaré de ello.

Wallander marchó a Skurup. Conducía despacio a lo largo de la carretera de la playa para poder pensar por el camino.

Había empezado a soplar el viento y un banco de nubes desgajadas avanzaba en torbellino por el cielo. Un transbordador polaco hacía su entrada en el puerto.

Al llegar a Mossby Strand, se dirigió al desolado aparcamiento y se detuvo junto al quiosco, cerrado a cal y canto. Permaneció allí sentado pensando en la balsa de goma que, el año anterior, arribó a tierra en aquel preciso lugar, con dos hombres muertos a bordo^[1]. Pensó en aquella

mujer, Baiba Liepa, a la que había conocido en Riga, y reparó en el hecho de que no había podido olvidarla, pese a haberlo intentado.

Había transcurrido ya un año, pero aún pensaba en ella a todas horas.

Lo último que necesitaba en estos momentos era el asesinato de una mujer. Lo que de verdad ansiaba era paz y tranquilidad. Pensó también en su padre, que tenía la intención de casarse. En el robo y en toda su música desaparecida, como si alguien le hubiese arrebatado una parte importante de su vida.

Por último, también dedicó un pensamiento a su hija Linda, que iba a una Universidad Popular de Estocolmo y de la que sentía que se estaba alejando.

No pudo soportarlo. Salió del coche, subió la cremallera de su chaquetón y bajó hasta la orilla. Soplaban un viento helado y sintió frío.

Mentalmente, repasó todo lo que Robert Åkerblom le había contado. De nuevo se planteó distintas teorías, si no podría, pese a todo, existir una explicación lógica, o si no se habría suicidado. Recordó entonces su voz en el contestador. Su entusiasmo.

Poco antes de la una abandonó la playa y continuó en dirección a Skurup.

Su conclusión era definitiva.

Tenía la certeza de que Louise Åkerblom estaba muerta.

Kurt Wallander solía soñar despierto con algo en lo que, según sospechaba, muchas otras personas también se recreaban. Soñaba que cometía un robo en un banco y que era un asalto de tal magnitud, que el mundo entero quedaba asombrado. En sus sueños había también lugar para la consideración de cuánto dinero se guarda por lo general en una sucursal bancaria de tipo medio. ¿Menos de lo que uno pensaba? ¿Más que suficiente? A pesar de que no tenía una idea clara de cómo lo llevaría a cabo, no dejaba de disfrutar del mismo sueño una y otra vez.

Sonreía de modo imperceptible ante la idea, pero la sonrisa acababa muriendo de inmediato en sus labios, ya que le daba cargo de conciencia.

Estaba seguro de que nunca hallarían a Louise Åkerblom con vida. No disponía de ninguna prueba, ni conocía el lugar del crimen, ni siquiera había encontrado una víctima. En realidad, no tenía nada. Y a pesar de todo, lo sabía.

Una y otra vez le venía a la memoria la fotografía de las dos niñas.

«¿Cómo explicar lo inexplicable?», pensaba. «¿Cómo podrá Robert Åkerblom seguir rezando a su dios en lo sucesivo, un dios que lo ha decepcionado a él mismo y a sus dos hijas de una manera tan cruel?»

Kurt Wallander iba y venía en el interior del banco Sparbanken de Skurup mientras esperaba que el empleado del banco que, junto con Louise Åkerblom había cerrado el negocio de venta aquel viernes por la tarde, regresase del dentista. Al entrar en el banco, hacía un cuarto de

hora, habló con el director, Gustav Halldén, con quien ya se había entrevistado antes en alguna ocasión. Le expuso el porqué de su visita, explicándole que necesitaba información acerca de una mujer que había desaparecido, y le pidió que tratara el asunto con toda confidencialidad.

—No estamos seguros de que haya ocurrido nada grave —aclaró Wallander.

—Lo comprendo a la perfección —respondió Halldén—. No es más que una sospecha.

Wallander asintió. En efecto, así era. ¿Era posible determinar dónde se encontraba el límite entre creer y saber?

La voz de alguien que le dirigía la palabra interrumpió sus pensamientos.

—Creo que quería usted hablar conmigo —prorrumpió la voz turbia de un hombre a su espalda.

Wallander se dio la vuelta.

—¿El señor Moberg?

El hombre asintió con la cabeza. Era joven, asombrosamente joven, según la edad que, en opinión de Wallander, debía tener un empleado de banco. Aparte de este detalle, le llamó la atención otro rasgo de su aspecto: una de sus mejillas estaba muy inflamada.

—Aún me cuesta hablar —balbució el joven Moberg.

Wallander no lo entendió.

—Será mejor que esperemos un poco —propuso Moberg—. ¿No le parece mejor aguardar hasta que se haya atenuado el efecto de la anestesia?

—Podemos intentarlo de todos modos —insistió Wallander—. Por desgracia, no dispongo de mucho tiempo. Bueno, si es que no le duele demasiado al hablar, claro.

El contable Moberg negó con la cabeza y le indicó el camino hacia

una pequeña sala de reuniones situada al fondo del vestíbulo del banco.

—Aquí fue donde estuvimos —aclaró Moberg—. Está usted sentado en el mismo lugar en que se sentó Louise Åkerblom. Halldén me dijo que quería hablar de ella. ¿Ha desaparecido?

—Se la ha dado por desaparecida —precisó Wallander—. Lo más probable es que se encuentre en casa de algún pariente y que se le haya pasado avisar en casa.

Por la expresión de Moberg, comprendió que el joven recibía su explicación con bastante escepticismo. «Por supuesto», razonó Wallander. «Las personas desaparecidas están desaparecidas. No se puede estar desaparecido a medias».

—¿Qué quería saber? —preguntó Moberg antes de beberse un vaso de agua que se sirvió de la jarra que había sobre la mesa.

—Lo que sucedió el viernes por la tarde —respondió Wallander—. Con todo lujo de detalles, a ser posible. La hora, lo que dijo, lo que hizo. Quisiera además que me facilitara el nombre de los compradores y los vendedores de la casa, por si tuviese que ponerme en contacto con ellos más tarde. ¿Conocía usted a Louise Åkerblom de antes?

—Sí, nos hemos visto en varias ocasiones —afirmó el contable—. Hemos estado en contacto en cuatro negocios de venta inmobiliaria, en total.

—Hábleme del viernes.

El joven Moberg sacó su agenda del bolsillo interior de la chaqueta.

—Habíamos acordado que nos veríamos aquí a las dos y cuarto. Louise llegó con unos minutos de antelación, así que estuvimos intercambiando unas palabras acerca del tiempo.

—¿Parecía tensa o preocupada?

Moberg reflexionó un instante antes de responder.

—No, más bien al contrario, daba la sensación de estar contenta. Yo

me había llevado la impresión, en otras ocasiones, de que era una persona sosa y estirada; pero no fue así el viernes.

Wallander lo animó a proseguir con un gesto de asentimiento.

—Luego llegaron los clientes, la joven familia Nilson. Y el vendedor, representante de una sociedad de testamentarios de Sövde. Nos sentamos aquí y revisamos todos los pasos del negocio. No ocurrió nada especial. Todos los documentos estaban en regla, escrituras, certificado de ingresos, la documentación del crédito hipotecario y la letra de cambio, así que todo marchó con rapidez. Luego nos separamos. Supongo que nos deseamos unos a otros un buen fin de semana pero, la verdad, no lo recuerdo.

—¿Tenía Louise Åkerblom prisa por marcharse?

Moberg reflexionó de nuevo.

—Tal vez, repuso al fin. Es posible que así fuera, aunque de lo que sí estoy seguro es de que no fue directamente al coche, concluyó, señalando al mismo tiempo hacia el aparcamiento que se veía a través de la ventana. Son las plazas de aparcamiento del banco, prosiguió. Vi que aparcó el coche ahí cuando llegó. Sin embargo, cuando se marchó del banco, tardó un cuarto de hora en salir del aparcamiento en su vehículo. Me quedé aquí un rato hablando por teléfono y por eso pude verlo. Creo recordar que llevaba una bolsa cuando volvió al coche, además de su maletín.

—¿Una bolsa? ¿Cómo era?

El empleado del banco se encogió de hombros. Wallander notó que se le estaba pasando el efecto de la anestesia.

—¿Cómo son las bolsas? —repitió Moberg—. Me pareció una bolsa de papel, y no de plástico.

—¿Se marchó enseguida?

—Antes hizo una llamada telefónica desde el coche.

«La llamada a su marido», constató Wallander. «Hasta aquí, todo

coincide».

—Eran poco más de las tres —continuó Moberg—. Yo tenía otra reunión a las tres y media, debía prepararla y mi conversación telefónica estaba prolongándose demasiado.

—¿Pudo ver cuándo se puso en marcha?

—Para entonces yo había vuelto ya a mi despacho.

—Entonces, ¿la última vez que la vio fue durante la llamada que realizó desde el coche?

Moberg asintió.

—¿Qué coche tenía?

—Yo no sé mucho de marcas de coches —confesó Moberg—. Sólo le puedo decir que era negro, o tal vez azul oscuro.

Wallander cerró su bloc de notas.

—Si se le ocurre algo más, quiero que me llame de inmediato. Cualquier detalle puede ser importante.

Cuando abandonó el banco, llevaba consigo la dirección y el teléfono de los compradores y los vendedores. Salió por la puerta principal y se detuvo en la plaza.

Pensó en la bolsa de papel, de las que dan en las pastelerías. Recordó que había una en una calle cercana paralela a la vía del tren. Cruzó la plaza en diagonal y giró luego a la izquierda.

La joven dependienta había estado trabajando el viernes. Sin embargo, no reconoció a Louise Åkerblom en la fotografía que Wallander le mostró.

—Hay otra panadería —le advirtió la chica.

—¿Dónde?

La dependienta le explicó el camino y Wallander comprendió que se encontraba tan cerca del banco como la primera. Le dio las gracias a la joven y se marchó. Encontró la panadería, situada a la izquierda de la

plaza, donde, una vez dentro, una señora mayor le preguntó qué deseaba. Wallander le mostró la fotografía al tiempo que se presentaba.

—Querría saber si reconoce a esta mujer. Puede que haya estado aquí comprando minutos después de las tres, la tarde del viernes.

La mujer fue a buscar unas gafas para ver mejor la fotografía.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó curiosa—. ¿Quién es?

—Le ruego conteste simplemente si la reconoce o no —la instó Wallander con amabilidad.

—Sí, la recuerdo —obedeció ella—. Creo que compró unos bollos. Sí con toda certeza, bollos de crema y merengue, además de pan.

Wallander meditó un instante.

—¿Cuántos bollos?

—Cuatro. Recuerdo que le pregunté si no quería que se los pusiese en una caja, pero me dijo que una bolsa iría bien. Parecía tener prisa.

—¿Vio qué dirección tomaba cuando salió de la tienda?

—No me fijé. Ya había otros clientes que esperaban su turno.

—Gracias. Me ha sido de gran ayuda.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada —mintió Wallander—. Pura rutina.

Dejó la panadería y volvió al banco, a la parte trasera del edificio, donde Louise había aparcado su coche.

«Hasta aquí. Ni un metro más», concluyó. «Aquí terminan las pistas. Desde aquí se marchó a inspeccionar una casa cuya situación aún desconocemos, después de haber dejado un mensaje en el contestador. Está de buen humor, lleva unos bollos en la bolsa y estará en casa hacia las cinco».

Miró el reloj. Las tres menos tres minutos. Habían pasado setenta y dos horas desde que Louise Åkerblom había estado justo allí.

Wallander se encaminó hacia su coche, que dejó estacionado delante

de la fachada principal del banco, puso una casete de música, de las pocas que le habían quedado después del robo, e intentó sintetizar la información recabada. La voz de Plácido Domingo llenó el interior del vehículo mientras pensaba que cuatro bollos de crema suponían uno para cada miembro de la familia Åkerblom. Se preguntaba si rezaban también antes de comer bollos. Se preguntaba cómo se sentía uno cuando creía en un dios.

Esto le dio una idea. Tendría tiempo de hablar con otra persona antes de la reunión en la comisaría. ¿Cuál fue el nombre que dijo Robert Åkerblom? ¿No era Tureson, pastor Tureson?

Wallander puso en marcha el motor y salió en dirección a Ystad. Al llegar a la E-14, aceleró hasta sobrepasar ligeramente la velocidad permitida. Llamó a la recepción de la comisaría y le pidió a Ebba que buscara al pastor Tureson y le comunicase que Kurt Wallander quería verlo de inmediato. Poco antes de llegar a Ystad, Ebba le devolvió la llamada. El pastor Tureson se encontraba en la iglesia metodista y lo recibiría con mucho gusto.

—No te hará daño visitar alguna iglesia de vez en cuando —comentó Ebba.

Wallander pensó en las noches que había pasado con Baiba Liepa en una iglesia de Riga, el año anterior, pero no dijo nada. No tenía tiempo de pensar en ella, aunque le habría gustado hacerlo.

El pastor Tureson era un hombre de edad, alto y robusto, con una tupida melena blanca. Al saludarlo, Wallander notó la fortaleza que transmitían sus manos.

La sala estaba dispuesta con gran sencillez, con lo que no tuvo la sensación de opresión que solía experimentar cuando entraba en una iglesia.

Se sentaron cada uno en una silla junto al altar.

—Llamé a Robert hace unas horas —le comunicó el pastor Tureson—. ¡Pobre hombre! Está destrozado. ¿Aún no la han encontrado?

—No —contestó Wallander.

—No comprendo qué puede haber ocurrido. Louise no era de esas personas temerarias, que se exponen al peligro de forma irreflexiva.

—Hay ocasiones en que el peligro no se puede evitar —advirtió Wallander.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Hay dos tipos de situaciones peligrosas, aquellas a las que uno se expone y aquellas otras a las que uno se ve expuesto. No es lo mismo.

El pastor Tureson alzó los brazos con resignación. Su preocupación parecía auténtica, su compasión por el hombre y las dos niñas, sincera.

—Hábleme de ella —le pidió Wallander—. ¿Cómo era? ¿La conocía de hace mucho? ¿Cómo era la familia Åkerblom?

El pastor Tureson observó a Wallander con gravedad.

—Me pregunta como si ya fuese agua pasada —lo recriminó.

—Es una mala costumbre —se disculpó Wallander—. Lo que quería decir es que me gustaría que me contase cómo es.

—He sido pastor de esta parroquia durante cinco años —comenzó—. Como puede advertir por mi acento, soy de Gotemburgo. Los miembros de la familia Åkerblom han sido feligreses de esta iglesia durante todo ese tiempo. Ambos proceden de familias metodistas y se conocieron a través de la iglesia. Ahora, también sus hijas crecen en la fe verdadera. Louise y Robert son buenas personas, trabajadores, ahorrativos, generosos. Resulta difícil describirlos de otro modo. Por otro lado, es impensable hablar de ellos por separado. Ayer, en la plegaria común, sentí la consternación de los feligreses por su desaparición.

«La familia perfecta», se dijo Wallander. «Ni una sola grieta en el muro. Podría hablar con mil personas, todas dirían lo mismo. Louise

Åkerblom no tiene debilidades, ninguna debilidad. Lo único anormal es que haya desaparecido.

»Esto no encaja. Nada encaja en este asunto».

—¿El señor inspector está dándole vueltas a alguna idea? —inquirió el pastor Tureson.

—Estaba pensando en la debilidad —respondió Wallander—. ¿No es ése uno de los pilares fundamentales de todas las religiones, que será Dios quien nos ayude a superar nuestra debilidad?

—Así es.

—Sin embargo, a mí me da la impresión de que Louise Åkerblom no tenía ninguna debilidad. La imagen que todos dan de ella es tan perfecta, que me hace sospechar. ¿Existen, en la realidad, personas tan absolutamente buenas?

—Louise es una de ellas —puntualizó el pastor Tureson.

—Resulta casi angelical...

—No del todo —admitió el pastor—. Recuerdo una ocasión en que estaba haciendo café para una de las reuniones religiosas de la tarde. Se quemó y pude oír por casualidad que maldecía en voz alta.

Wallander hizo un intento de empezar de nuevo.

—¿No existe la posibilidad de que se hubiese producido un pequeño conflicto entre ella y su marido?

—De ninguna manera.

—Y ¿de que haya otro hombre?

—¡Por supuesto que no! Pero hágale la misma pregunta a Robert.

—¿Puede haber caído en una crisis religiosa?

—Esa posibilidad está fuera de toda consideración. Yo lo habría sabido.

—¿Se le ocurre algún motivo por el que haya podido suicidarse?

—No.

—¿Puede haber sido víctima de un trastorno mental transitorio?

—¿Por qué motivo le habría podido ocurrir semejante cosa? Estamos hablando de una persona muy centrada que goza de armonía interior.

—La mayoría de las personas guardan secretos —insistió Wallander—, tras un instante de silenciosa reflexión. ¿Se imagina a Louise ocultando algún secreto, algo ignorado por todos, incluso por su marido?

El pastor Tureson negó con la cabeza.

—Es cierto que todos albergamos en nuestro interior algún secreto, en no pocas ocasiones demasiado turbio. Sin embargo, estoy convencido de que a Louise no la atormentaba nada que la pudiese llevar a abandonar a su familia y a ocasionar toda esta angustia.

Wallander no tenía más preguntas.

De nuevo se le vino a la mente la idea de que aquello no encajaba, de que había algo extraño en aquella imagen de perfección.

Se levantó y le dio las gracias al pastor.

—Tengo intención de hablar con otros fieles de la parroquia —anunció Wallander—. Si es que Louise no regresa antes.

—Volverá —aseguró el pastor—. Es imposible que no vuelva.

Eran las cuatro y cinco cuando Wallander abandonó la iglesia metodista. Había empezado a llover y anduvo tiritando, con el viento azotándole el rostro, hasta llegar al coche. Una vez dentro, sintió el cansancio y lo dura que le resultaba la idea de que dos niñas pequeñas se hubiesen quedado sin madre.

A las cuatro y media se encontraban todos en la comisaría, en el despacho de Björk. Martinson estaba hundido en el sofá, Svedberg se apoyaba contra una de las paredes. Como de costumbre, se rascaba la calva como si, con aire distraído, buscase el cabello que ya no tenía.

Wallander se había sentado en una silla. Björk se inclinaba sobre la mesa, enfrascado en una conversación telefónica. Colgó por fin y advirtió a Ebba que no quería ser molestado durante la siguiente media hora. A menos que lo llamase Robert Åkerblom.

—¿Qué tenemos? —preguntó Björk—. ¿Por dónde empezamos?

—No tenemos nada —admitió Wallander.

—He informado a Svedberg y a Martinson —prosiguió Björk—. Estamos tras la pista de su coche. Hemos puesto en marcha todos los procedimientos rutinarios en las desapariciones que consideramos graves.

—No es que la consideremos grave —objetó Wallander—. Es que es grave. De haberse producido un accidente, habríamos tenido alguna noticia a estas alturas. Sin embargo, no tenemos nada, así que se trata de un crimen. Siento tener que decirlo, pero estoy convencido de que está muerta.

Martinson hizo ademán de ir a formular una pregunta, pero Wallander lo interrumpió e hizo un resumen de a qué se había dedicado durante el día: quería que sus colegas comprendieran, como él había hecho, que una persona como Louise Åkerblom no desaparece y abandona a su familia de forma voluntaria.

Alguien o algo debía haberla obligado a faltar a su promesa de encontrarse en casa hacia las cinco, tal y como había asegurado en el mensaje del contestador.

—Sin duda, suena muy raro —admitió Björk cuando Wallander hubo concluido.

—Agente inmobiliario, religiosa, con familia..., ¿no se habrá cansado de todo ello? Quizá compró los bollos y se dirigía a casa, cuando se le ocurrió que era mejor irse a Copenhague —sugirió Martinson.

—Tenemos que encontrar el coche —afirmó Svedberg—. Sin el coche no podremos hacer nada.

—Creo que es más importante encontrar la casa que iba a inspeccionar —replicó Wallander—. ¿No ha llamado Robert Åkerblom?

Nadie había recibido ninguna llamada suya.

—Si de verdad fue a inspeccionar aquella casa, que se supone se encuentra en las inmediaciones de Krageholm, debería ser posible seguir sus pasos hasta encontrarla, o hasta que se acabe el rastro.

—Peters y Norén han estado buscando por las carreteras comarcales en los alrededores de Krageholm, pero no han hallado ningún Toyota Corolla, dijo Björk. Sin embargo, sí que han encontrado un camión robado.

Wallander sacó la cinta del contestador que llevaba en el bolsillo. Aunque no resultó fácil, lograron por fin hacerse con un radiocasete apropiado. Se inclinaron sobre la mesa para escuchar la voz de Louise Åkerblom.

—Hay que revisar la cinta —aseguró Wallander—. La verdad, no sé qué podrían encontrar los técnicos, pero por si acaso.

—Al menos hay una cosa bien clara —apuntó Martinson—. Cuando llamó para dejar el mensaje no se encontraba ni amenazada ni forzada, ni tenía miedo o angustia de ningún tipo, ni tampoco estaba desesperada ni se sentía desgraciada.

—Es decir, que algo ocurrió entre las tres y las cinco —concluyó Wallander—. Algo que tuvo lugar entre Skurup, Krageholm e Ystad, hace tres días.

—¿Qué ropa llevaba? —inquirió Björk.

Wallander se dio cuenta de que había olvidado formular aquella pregunta, tan elemental, cuando habló con su marido, y así lo admitió.

—En cualquier caso, yo creo que tiene que haber una explicación natural —dijo Martinson pensativo—. Tienes razón, Kurt, no se trata de una de esas mujeres que desaparecen porque sí; sin embargo, los

crímenes y los asesinatos no son muy frecuentes en nuestros días. Creo que debemos trabajar como solemos hacer en casos de desaparición, sin ponernos histéricos.

—¡Yo no estoy histérico! —gritó Wallander, notando cómo se enfurecía—. Simplemente, tengo un convencimiento. Además, me parece que algunas de las conclusiones son bastante elocuentes.

Björk se disponía a intervenir cuando sonó el teléfono.

—Dije que no quería que nos molestasen —protestó.

Wallander echó mano del auricular con toda rapidez.

—Puede ser Robert Åkerblom. Mejor hablo yo con él, ¿no crees? —sugirió.

Se puso al teléfono y dijo su nombre.

—Hola, soy Robert Åkerblom. ¿Ha encontrado a Louise?

—No, aún no.

—La viuda llamó. Ya tengo el mapa, así que me pondré a buscarla yo mismo.

Wallander reflexionó un instante.

—Podemos ir juntos. Será lo mejor. Voy enseguida. ¿Puede hacer copias del mapa? Unas cinco serán suficientes.

—Sí.

Wallander pensó que, en general, los auténticos creyentes eran observantes de la ley y obedientes a la autoridad. Sin embargo, nadie podría haberle impedido a Robert Åkerblom salir a buscar a su mujer él solo.

Wallander colgó el teléfono con un gesto enérgico.

—Bien, ya tenemos un mapa. Empezaremos con dos coches. Robert Åkerblom quería acompañarnos, así que puede ir en mi coche.

—¿No vamos a enviar un par de coches patrulla? —quiso saber Martinson.

—No, iríamos en caravana por esas carreteras —afirmó Wallander—. Lo primero que tenemos que hacer es ver el mapa y diseñar un plan. Entonces podremos enviar todos los recursos disponibles.

—Llamadme aquí, o a casa, si ocurre algo —dijo Björk.

Wallander salió medio corriendo por el pasillo. Tenía prisa. Quería averiguar si el rastro terminaba en nada, o si Louise Åkerblom se encontraba allí, en algún lugar.

Sobre el capó del coche de Wallander, del que Svedberg había secado las gotas de la lluvia vespertina, extendieron el mapa dibujado por Robert Åkerblom siguiendo la descripción telefónica de la viuda.

—La E-Catorce —dijo Svedberg—. Hasta la salida a Katslösa y Kadesjö. Luego a la izquierda, hacia Knickarp, después a la derecha, a la izquierda otra vez, antes de empezar a buscar el camino para tractores.

—No tan aprisa —advirtió Wallander—. Si os encontraseis en Skurup, ¿qué camino tomaríais?

Había varias alternativas y, tras unos minutos de discusión, Wallander se dirigió a Robert Åkerblom.

—¿A ti qué te parece?

—Yo creo que Louise habría tomado una carretera más pequeña, respondió sin dudar. A ella no le gustaba el tráfico de la E-Catorce. Creo que se habría decidido por Svanneholm y Borda.

—¿Aunque anduviera corta de tiempo? Se supone que iba a estar en casa hacia las cinco.

—Aun así.

—Tomad ese camino, ordenó Wallander a Martinson y a Svedberg. Nosotros iremos derechos a la granja. Nos llamamos si fuese necesario.

Salieron de Ystad. Wallander dejó que Svedberg y Martinson fuesen los primeros, puesto que el recorrido que tenían que hacer era más largo. Robert Åkerblom estaba sentado, con la mirada fija en un punto

indeterminado. Wallander lo miraba de reojo de vez en cuando. Se frotaba las manos con nerviosismo, como si no fuese capaz de decidirse a cruzarlas.

Wallander sintió la tensión. ¿Qué era, en realidad, lo que podían encontrar?

Frenó al entrar en el desvío hacia Kadesjö, dejó que lo adelantara un camión y recordó que había recorrido aquella misma carretera una mañana de hacía dos años, cuando una pareja de agricultores ya ancianos fueron hallados muertos en una granja que se encontraba algo apartada^[2]. Sintió un escalofrío ante el recuerdo y pensó, como en tantas otras ocasiones, en su colega Rydberg, que había fallecido el año anterior al suceso. En efecto, siempre que Wallander se enfrentaba a la investigación de un asesinato que se salía de lo normal, echaba de menos la experiencia y los consejos de su colega, algo mayor que él.

«¿Qué está ocurriendo en nuestro país?», se preguntaba Wallander. «¿Adónde han ido a parar los ladrones y estafadores de toda la vida? ¿De dónde procede toda esta violencia irracional?»

Tenía el mapa junto a la palanca de cambios.

—¿Vamos bien? —preguntó, para romper el silencio.

—Sí, se limitó a responder Robert Åkerblom, sin apartar la vista de la carretera. Tenemos que girar a la izquierda después del próximo cambio de rasante.

Accedieron a la carretera de Krageholmsskogen. A la izquierda se hallaba el lago, centelleando entre los árboles. Wallander aminoró la marcha, atento al desvío.

Fue Robert Åkerblom quien lo descubrió. Wallander ya lo había sobrepasado, así que retrocedió y detuvo el vehículo.

—Espérame aquí sentado. Sólo voy a echar un vistazo.

La entrada al desvío estaba llena de maleza y Wallander tuvo que

agacharse para descubrir unas leves huellas de neumático, mientras sentía la mirada de Robert Åkerblom en la nuca.

Regresó al coche y llamó por radio a Martinson y Svedberg, que acababan de llegar a Skurup.

—Estamos junto al desvío —les comunicó Wallander—. Tened cuidado, cuando lo toméis, de no borrar las huellas de neumático.

—Entendido —respondió Svedberg—, salimos ahora mismo.

Wallander giró con cuidado evitando pisar las huellas.

«Dos coches», pensó. «O el mismo que llegó y se fue».

Avanzaban despacio, dando tumbos por la carreterucha empantanada. Se suponía que no había más de un kilómetro hasta la casa que buscaban y que, según Wallander vio en el mapa, con no poca sorpresa, se llamaba Soledad.

Sin embargo, tras haber recorrido tres kilómetros, la carretera se acabó. Robert Åkerblom miró el mapa, y a Wallander, sin comprender nada.

—No era éste el camino —dijo Wallander—. Habríamos visto la casa, puesto que, según las indicaciones, se encuentra junto a la carretera, así que tendremos que retroceder.

Una vez en la carretera principal, continuaron despacio hasta encontrar el siguiente desvío a unos quinientos metros. Wallander repitió su reconocimiento. Al contrario de lo ocurrido en la otra carretera, encontró aquí huellas entrecruzadas de varios neumáticos, además de notar que ésta estaba en mejores condiciones de uso y que era más transitada.

No obstante, tampoco aquí encontraron la casa en cuestión y, aunque vislumbraron una casa entre los árboles, no se detuvieron en ella, ya que no encajaba con la descripción que tenían. Cuando hubieron recorrido cuatro kilómetros más, Wallander se detuvo.

—¿Tienes aquí el teléfono de la viuda Wallin? Tengo la firme sospecha de que la señora no posee mucho sentido de la orientación.

Robert Åkerblom asintió y sacó una pequeña agenda del bolsillo. Wallander vio que tenía un punto de lectura en forma de ángel.

—Llámalas y explícale que te has extraviado y que necesitas que te repita el camino.

La señora Wallin dejó sonar muchas señales telefónicas antes de contestar.

Resultó que, en efecto, no estaba muy segura de cuántos kilómetros había hasta el desvío.

—Pídele alguna otra señal —le recomendó Wallander—. Tiene que haber algo por lo que podamos guiarnos pues, en caso contrario, tendremos que enviar un coche a buscarla.

Luego dejó que Robert Åkerblom hablase con la señora Wallin sin pulsar el botón del altavoz del teléfono.

—Hay una encina derribada por un rayo —le explicó Robert Åkerblom, una vez concluida la conversación—. Hemos de girar justo antes de llegar a ella.

Prosiguieron, pues, el camino y, dos kilómetros más tarde, encontraron la encina con el tronco quebrado por el rayo, y el desvío a la derecha. Wallander llamó de nuevo por radio a sus compañeros y les explicó cómo llegar. Acto seguido, salió del coche, por tercera vez, en busca de más huellas de neumático. Se sorprendió al no hallar ni un solo indicio de que algún vehículo hubiese transitado por allí recientemente. Pese a que aquello no tenía por qué significar nada especial, ya que las huellas podrían haber desaparecido como consecuencia de la lluvia, se sintió algo decepcionado.

Allí estaba la casa, donde tenía que estar, a un kilómetro y al filo de la carretera. Se detuvieron y se bajaron del coche justo cuando se ponía a

llover y empezaba a soplar un viento racheado.

De repente, Robert Åkerblom echó a correr hacia la casa gritando con voz desgarrada el nombre de su mujer. Wallander permaneció junto al coche, pues la rapidez de lo ocurrido lo pilló del todo desprevenido y no salió a correr tras él hasta que no desapareció detrás de la casa.

«Ni el coche ni Louise Åkerblom», pensó mientras corría.

Encontró a Robert Åkerblom justo en el momento en que se disponía a lanzar un ladrillo roto contra una de las ventanas de la parte trasera de la casa, y lo detuvo asiéndolo por el brazo.

—No merece la pena —aseguró Wallander.

—¡Tal vez esté ahí dentro! —gritó Robert Åkerblom.

—Dijo que no tenía las llaves de la casa —le recordó Wallander—. Deje ese ladrillo. Mejor busquemos alguna puerta que ya hayan intentado forzar antes. Aunque ya puedo asegurarle que no está ahí dentro.

Robert Åkerblom se hundió de pronto, dejándose caer al suelo.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

A Wallander se le hizo un nudo en la garganta. No sabía qué decir.

Tomó a Robert Åkerblom por el brazo y le ayudó a levantarse.

—Si sigue así caerá enfermo. Vamos a dar una vuelta a ver qué hay.

No había ninguna puerta forzada, así que se contentaron con mirar a través de las ventanas sin cortinas y no vieron más que habitaciones vacías. Acababan de comprender que no había nada de interés allí cuando Martinson y Svedberg entraron en el jardín.

—Nada —resumió Wallander mientras les sugería silencio, llevándose un dedo a los labios sin que Robert Åkerblom lo viese.

No quería que sus compañeros empezasen a hacer preguntas. No quería admitir que, con toda probabilidad, Louise Åkerblom nunca llegó a pisar aquel jardín.

—Nosotros tampoco encontramos nada —dijo Martinson desviando

el tema—. Ni el coche ni nada de nada.

Wallander miró el reloj y vio que eran las seis y diez. Se volvió hacia Robert Åkerblom intentando sonreír.

—Creo que donde hace más falta es en su casa, con sus dos hijas. Svedberg le llevará. Nosotros continuaremos la búsqueda sistemática, así que procure no inquietarse demasiado. Seguro que aparece.

—Está muerta —afirmó Robert Åkerblom con un hilo de voz—. Está muerta y no volverá jamás.

Los tres policías guardaban silencio.

—¡No —hombre!, protestó Wallander—. No tenemos ningún motivo para pensar lo peor. Svedberg le llevará a casa, pero le prometo que le llamaré más tarde.

Se marcharon.

—Bueno, tenemos que ponernos en serio, dijo Wallander decidido, mientras sentía que el desasosiego crecía en su interior.

Subieron a su coche, desde donde Wallander llamó a Björk para solicitar que todo el personal motorizado disponible se reuniese junto a la encina. Por otro lado, Martinson ya había empezado a planificar, de la forma más rápida y eficaz, el rastreo de todas las carreteras que rodeaban la propiedad.

—Prolongaremos la búsqueda mientras haya luz del día —dijo Wallander—. Si no obtenemos ningún resultado, continuaremos mañana, al amanecer. Daremos una batida y tendrás que ponerte en contacto con los militares.

—Y perros —dijo Martinson—. Necesitamos perros, y los necesitamos ahora mismo.

Björk prometió que él mismo iría y se encargaría de ello.

Martinson y Wallander se miraron fijamente.

—Hazme un resumen —pidió Wallander—. ¿Qué opinas?

—Nunca llegó a este lugar —respondió Martinson—. Puede que esté en los alrededores, o que se encuentre muy lejos de aquí. No sé lo que haya podido ocurrir, pero tenemos que encontrar el coche, así que lo más acertado será empezar a buscar por esta zona. Además, alguien tiene que haberlo visto. Tendremos que visitar las casas de los alrededores. Es necesario que Björk dé una conferencia de prensa mañana para que se sepa que nos tomamos esta desaparición en serio.

—¿Qué puede haber ocurrido? —inquirió Wallander.

—Algo que, con toda probabilidad, preferimos no imaginar siquiera —respondió Martinson.

La fuerte lluvia tamborileaba contra las ventanillas y el techo del coche.

—¡Joder! —exclamó Wallander.

—Pues sí —repuso Martinson.

Poco antes de medianoche se reunieron de nuevo los policías, cansados y empapados, en el jardín de la casa que Louise Åkerblom, con toda certeza, nunca visitó. No habían encontrado ni rastro del Toyota azul, y aún menos de la desaparecida Louise Åkerblom. Lo más extraordinario fue que una patrulla de perros policía encontró los cuerpos de dos alces muertos. Aparte de esto, uno de los coches de la policía que se dirigía a la reunión estuvo a punto de colisionar con un Mercedes que circulaba por una de las pequeñas carreteras a la velocidad del rayo.

Björk les agradeció el esfuerzo y acordó con Wallander que los policías podían marcharse a casa a descansar, aunque la búsqueda proseguiría a las seis de la mañana del día siguiente.

Wallander fue el último en partir hacia Ystad. Llamó a Robert Åkerblom desde el teléfono de su automóvil para comunicarle que, por

desgracia, no había novedades. Pese a ser ya algo tarde, éste le expresó a Wallander su deseo de que le hiciese una visita en aquella casa, en la que ahora se encontraba solo con sus dos hijas.

Antes de poner el motor en marcha, Wallander hizo una llamada a Estocolmo, a su hermana, para contarle los planes de su padre de casarse con la asistente. La hermana se echó a reír a carcajadas, para sorpresa de Wallander, que quedó más tranquilo cuando le aseguró que iría a Escania a primeros de mayo.

Tras colgar el auricular, puso rumbo a Ystad. La lluvia seguía azotando las lunas del coche.

Buscó hasta dar con la casa de Robert Åkerblom, que se parecía a tantas otras y que tenía la luz encendida en la planta baja.

Antes de salir del vehículo, se echó hacia atrás en el asiento y cerró los ojos un instante.

«Nunca llegó a la casa», concluyó.

«¿Qué fue lo que ocurrió por el camino?»

«Hay algo que no encaja en este asunto y no se me ocurre qué puede ser».

El despertador de Kurt Wallander sonó a las cinco menos cuarto.

Lanzó un gruñido y se cubrió la cabeza con la almohada.

«Duermo demasiado poco», pensó con resignación. «¿Por qué no puedo ser uno de esos policías que dejan el trabajo en la oficina cuando llegan a casa?»

Permaneció tumbado en la cama rememorando la corta visita de la noche anterior a la casa de Robert Åkerblom. Fue una auténtica tortura el ver su rostro implorante mientras le decía que no habían conseguido encontrar a su esposa. Dejó la casa tan pronto como le fue posible y se sintió mareado mientras conducía hasta su apartamento. Se quedó echado en la cama, sin poder conciliar el sueño, hasta las tres de la madrugada, a pesar de que se sentía agotado, casi exhausto.

«Tenemos que encontrarla», pensó. «Debemos hacerlo enseguida, como sea, viva o muerta, con tal de que la encontremos...»

Acordó con Robert Åkerblom que volvería a ponerse en contacto con él por la mañana, en cuanto reanudaran la búsqueda. Wallander comprendía que tendría que revisar los objetos personales de Louise Åkerblom si quería saber a quién estaba buscando en realidad. No cesaba de rondarle la cabeza la idea de que había algo muy extraño en aquella desaparición. En la mayoría de este tipo de casos había algún rasgo llamativo, pero justo éste se distinguía de todos los anteriores por algún motivo en particular, y él quería averiguar cuál era ese motivo.

Se obligó a levantarse de la cama, puso café y fue a encender la radio cuando recordó, con una maldición, que le habían robado, al tiempo que pensaba que nadie tenía un minuto que dedicarle a investigar ese asunto, dadas las circunstancias.

Se dio una ducha y se tomó el café. El tiempo no contribuyó a mejorar su humor, ya que no sólo llovía con la misma insistencia, sino que el viento había arreciado desde el día anterior. No podía imaginarse condiciones meteorológicas más adversas para dar una batida, durante la cual un montón de policías cansados y gruñones, perros con los rabos caídos y reclutas malhumorados llenarían los campos y los bosques de las inmediaciones de Krageholm durante todo el día. Lo único bueno era que Björk se encargaría de todo aquello, pues él había decidido revisar los objetos personales de Louise Åkerblom.

Ya en el coche, se dirigió a la encina, donde halló a Björk en nervioso ir y venir por el arcén.

—¡Vaya tiempecito! ¿Por qué siempre tiene que llover cuando se nos presenta una desaparición?

—Pues sí —admitió Wallander—. Es muy extraño.

—He estado hablando con un teniente coronel llamado Hernberg —prosiguió Björk—. Dijo que nos enviaría dos autobuses de reclutas a las siete, pero yo pensé que podíamos empezar a buscar antes. Martinson lo ha preparado todo.

Wallander asintió con aprobación, ya que sabía que Martinson era muy bueno organizando batidas.

—He pensado que las diez es buena hora para la conferencia de prensa. Estaría bien que pudieras asistir. Para entonces necesitamos una foto.

Wallander le dio la que tenía en el bolsillo. Björk contempló el rostro de Louise Åkerblom.

—Es guapa —dijo—. Espero que la encontremos viva. ¿Es reciente?

—Eso dice su marido.

Björk guardó la fotografía en una funda de plástico que llevaba en uno de los bolsillos del impermeable.

—Voy a ir a su casa —dijo Wallander—. Creo que allí seré de más utilidad.

Björk asintió. Cuando Wallander se disponía a volver al automóvil, aquél le puso la mano en el hombro.

—¿Qué crees que habrá ocurrido? ¿Está muerta? ¿Piensas que se trata de un crimen?

—No se me ocurre que pueda ser otra cosa, a menos que esté herida en algún lugar, pero lo dudo.

—No tiene buena pinta —afirmó Björk—. No la tiene en absoluto.

Wallander regresó a Ystad. Bandadas de gansos blancos caminaban sobre el gris del mar.

Cuando entró en la casa de Åkarvägen, se topó con la mirada grave de dos niñas.

—Les he dicho que es usted policía —aclaró Robert Åkerblom—. Ya saben que su madre ha desaparecido y que usted está buscándola.

Wallander asintió e intentó sonreír, pese al nudo que se le hizo en la garganta.

—Hola, me llamo Kurt. ¿Y vosotras?

—Maria y Magdalena —respondieron las niñas por orden.

—¡Qué nombres tan bonitos! Yo tengo una hija. Se llama Linda.

—Hoy pasarán el día en casa de mi hermana —le explicó Robert Åkerblom—. Llegará a recogerlas de un momento a otro. ¿Quiere una taza de té?

—Sí, gracias.

Colgó el abrigo y se quitó los zapatos antes de entrar en la cocina.

«¿Por dónde empiezo?», se preguntó Wallander. «¿Comprenderá que tengo que revisar todos los cajones y hojear todos sus papeles?»

Mientras Wallander se tomaba el té, llegaron a buscar a las niñas.

—Habrá una conferencia de prensa a las diez, y eso significa que haremos público el nombre de su mujer y que pediremos a quienes la hayan visto que se pongan en contacto con nosotros. Además, significa, como comprenderá, otra cosa: que ya no podemos excluir la posibilidad de que se haya cometido un crimen.

Wallander sabía que corría el riesgo de que Robert Åkerblom se viniese abajo ante su afirmación y se echase a llorar. Sin embargo, aquel joven pálido y ojeroso, impecablemente vestido de traje y corbata, parecía sereno aquella mañana.

—Tenemos que seguir creyendo que existe una explicación normal para todo esto —lo animó Wallander—. Pero lo cierto es que ya no podemos excluir ninguna variable.

—Lo comprendo, lo he comprendido en todo momento.

Wallander apartó la taza, dio las gracias y se levantó.

—¿Se le ha ocurrido algo más que yo deba saber?

—No —aseguró Robert Åkerblom—. Es del todo incomprensible.

—Podemos ver la casa juntos pero quiero que comprenda que tendré que revisar su ropa, sus cajones, todo lo que pueda ser importante.

—Lo tiene todo en orden —fue la respuesta de Robert Åkerblom.

Comenzaron por la planta alta de la casa y fueron descendiendo hasta llegar al sótano y al garaje. A Wallander le dio la impresión de que a Louise Åkerblom le gustaban los colores claros y los tonos pastel, pues no vio ni cortinas ni tapetes oscuros por ninguna parte. Al contrario, en toda la casa se respiraba la alegría de vivir. Los muebles constituían una

mezcla de antiguo y moderno y, ya cuando se tomó el té, se había dado cuenta de que la cocina estaba bien equipada de electrodomésticos, de lo que dedujo que su vida terrenal no estaba marcada por un puritanismo exagerado.

—Tengo que ir un rato a la oficina —dijo Robert Åkerblom una vez que le hubo enseñado toda la casa—. Supongo que no le importa quedarse aquí solo.

—No, está bien —lo tranquilizó Wallander—. Me guardaré las preguntas hasta que vuelva. Pero la conferencia de prensa es a las diez, y tendré que marcharme un poco antes.

—Estaré de vuelta antes de esa hora —prometió Robert Åkerblom.

Una vez solo en la casa, Wallander inició su metódico repaso de la vivienda, abriendo los cajones y los muebles, el frigorífico y el congelador de la cocina, donde le sorprendió encontrar una despensa bien provista de todo tipo de bebidas alcohólicas, que no encajaba con la imagen que se había forjado de la familia Åkerblom.

Continuó por el salón, donde no encontró nada interesante, y acto seguido subió a la primera planta, en la que obvió la habitación de las niñas. Inspeccionó en primer lugar el cuarto de baño, y ahí leyó y anotó los nombres de algunas medicinas de Louise Åkerblom. Se colocó sobre la balanza e hizo una mueca de disgusto al ver la cifra que indicaba. Prosiguió después con el dormitorio. Siempre que revisaba el vestuario de una mujer, lo invadía una sensación de desagrado, como si alguien lo estuviese observando sin que él lo supiese. Registró los bolsillos y las cajas de cartón del ropero antes de pasar a la cómoda, en la que guardaba su ropa interior. Nada encontró que lo turbase, nada que le pudiese poner de manifiesto algo que no supiera. Cuando hubo concluido, se sentó en el borde de la cama y contempló la habitación.

«Nada», pensó. «Nada en absoluto».

Lanzó un suspiro antes de proceder a revisar la siguiente habitación, que era el despacho. Se sentó junto al escritorio y abrió todos los cajones, uno por uno, y se concentró en los álbumes de fotografías y en los paquetes de cartas que encontró en ellos, sin descubrir ni una sola imagen en la que Louise Åkerblom no estuviese sonriendo o riendo abiertamente.

Puso mucho cuidado en colocarlo todo como estaba antes de continuar: declaraciones, pólizas de seguros, calificaciones escolares y certificados de propiedad fue cuanto halló. Nada que lo hiciese reaccionar.

Sin embargo, cuando abrió el último cajón de la última cajonera del escritorio, encontró algo que lo sorprendió sobremanera. Al principio pensó que no había más que folios en blanco pero, cuando empezó a palpar con la mano el interior del cajón, sus dedos se toparon con un objeto metálico. Lo sacó y permaneció sentado, con el entrecejo fruncido.

En efecto, eran un par de esposas, no de juguete, sino auténticas esposas, fabricadas en Inglaterra.

Las puso ante sí sobre la mesa.

«No tienen por qué significar nada extraño», intentó convencerse a sí mismo. «Pero estaban muy bien escondidas. Además, me pregunto si Robert Åkerblom no se habría encargado de hacerlas desaparecer de haber sabido de su existencia».

Cerró el cajón y se guardó las esposas en el bolsillo.

Se dirigió luego a las dependencias del sótano y al garaje, donde encontró, en una estantería apoyada sobre una mesa de carpintería, algunos modelos de aviones de madera de balsa bastante bien elaborados. Se imaginó que quizá Robert Åkerblom hubiese soñado alguna vez con ser piloto.

Oyó a lo lejos que llamaban por teléfono y fue a contestar de inmediato.

—Quisiera hablar con el inspector Wallander —oyó decir a Martinson.

—Soy yo.

—Será mejor que vengas. Y rápido.

Wallander sintió que se le aceleraba el corazón.

—¿La habéis encontrado?

—No —respondió Martinson—. Ni a ella ni el vehículo. Pero una casa de por aquí ha empezado a arder o, mejor dicho, la casa ha explotado. He pensado que podría estar relacionado.

—Voy enseguida.

Le dejó una nota a Robert Åkerblom sobre la mesa de la cocina.

De camino hacia Krageholm, se esforzó por comprender las palabras de Martinson. ¿Que una casa había explotado? ¿Qué casa?

Adelantó de una pasada a tres camiones que iban uno tras otro. La lluvia se había vuelto tan intensa que los limpiaparabrisas apenas si conseguían mantener un poco de visibilidad.

Cuando ya estaba llegando a la encina quemada, junto a la que lo aguardaba un coche de la policía, la lluvia menguó ligeramente y pudo ver una columna de humo negro que se elevaba sobre los árboles. Uno de los agentes le indicó que girase y, al alejarse de la carretera principal, Wallander comprendió que se trataba de una de las carreteras por las que se había despistado el día anterior, la que tenía más huellas de neumáticos.

Además, había ocurrido algo más en aquella carretera, pero no conseguía recordar de qué se trataba.

Una vez en el lugar del incendio, recordó el aspecto de la casa, que se encontraba a la izquierda, apenas visible desde la carretera. Salió del automóvil y sintió de inmediato el calor del incendio. Martinson le salió al encuentro.

—¿Había alguna persona? —quiso saber Wallander.

—Nadie, que yo sepa —aclaró Martinson—. En cualquier caso, resulta imposible entrar. El calor es muy intenso, tal y como suele suceder cuando todo arde a la vez. La casa ha estado vacía durante más de un año, desde la muerte del propietario. Me lo contó un agricultor. Los herederos no acaban de decirse sobre qué hacer, si alquilarla o venderla.

—Cuéntame lo ocurrido —le pidió Wallander, mientras contemplaba el violento torbellino del humo.

—Yo estaba en la carretera principal, intentando organizar el desorden en una de las cadenas de rastreo de los militares. Y, de repente, se oyó un estallido, como si hubiese explotado una bomba. Al principio pensé que sería un avión que se había estrellado, pero luego vi el humo y no tardé ni cinco minutos en llegar. Todo estaba en llamas, no sólo la vivienda, sino también el cobertizo.

Wallander intentaba llegar a alguna conclusión.

—¿Una bomba? ¿No pudo ser un escape de gas?

Martinson negó con la cabeza.

—Ni siquiera una veintena de bombonas de gasóleo habría podido ocasionar semejante estallido. Los árboles frutales del jardín trasero se han partido por la mitad, cuando no se han arrancado de raíz. Ha tenido que ser intencionado.

—Esto está plagado de policías y de militares —le recordó Wallander—. Curiosa elección de escenario y ocasión para provocar un incendio.

—Es justo lo que pensé yo —admitió Martinson—. Por eso se me ocurrió enseguida que podía tener alguna relación con la desaparición.

—¿Tienes alguna idea?

—No, ninguna.

—Entérate de quién es el dueño de la casa y de quién es el representante de los herederos —ordenó Wallander—. Estoy de acuerdo

contigo en que esto parece cualquier cosa menos una coincidencia. ¿Dónde está Björk?

—Se había marchado a la comisaría, para preparar la conferencia de prensa. Ya sabes lo nervioso que se pone cuando tiene que hablar con los periodistas, que, según él, nunca escriben lo que él dice. Svedberg lo informó de lo ocurrido y sabe que estás aquí.

—Ya lo veré con más detenimiento cuando hayan apagado el incendio —dijo Wallander—. No estaría de más que trajeras un grupo que se concentrase en peinar esta zona.

—¿En busca de Louise Åkerblom?

—Sobre todo en busca de su vehículo.

Martinson se fue a entrevistar al agricultor. Wallander permaneció allí, contemplando el terrible incendio.

En el caso de que los dos hechos estuviesen relacionados, ¿de qué modo lo estaban? Una mujer desaparecida y una casa que explota ante las narices de un nutrido grupo de reconocimiento.

Miró el reloj. Eran las diez menos diez. Le hizo señas a uno de los bomberos, que se le acercó.

—¿Cuándo podré empezar a remover aquí?

—Está ardiendo con gran rapidez —repuso el bombero—. Supongo que, hacia primera hora de la tarde, será posible al menos acercarse a la casa.

—Está bien. Parece que ha sido una buena explosión.

—Sí, seguro que no ha empezado con una cerilla —dijo el bombero—. Más bien habrán sido cien kilos de dinamita...

Wallander regresó a Ystad. Llamó a la recepción y le pidió a Ebba que le comunicase a Björk que estaba en camino.

Entonces recordó de pronto el detalle que había olvidado. La tarde anterior, uno de los agentes de un coche patrulla fue quejándose de que

casi se estrellan con un Mercedes que iba a velocidad de vértigo por aquellas carreteruchas.

Wallander tenía una idea más o menos clara de que se trataba precisamente de la carretera que conducía a la casa que había explotado.

«Demasiadas coincidencias», constataba Wallander. «Tenemos que encontrar algo que dé sentido al rompecabezas».

Björk deambulaba nervioso de un lado para otro en la recepción de la comisaría cuando Wallander llegó.

—Nunca me acostumbraré a las conferencias de prensa —se lamentó—. ¿De qué incendio hablaba Svedberg? He de admitir que se expresó de un modo extrañísimo. Decía que la casa y el cobertizo habían explotado. ¿Qué querría decir? Y además, ¿de qué casa se trata?

—La descripción de Svedberg es del todo exacta pero, puesto que no tiene nada que ver con la conferencia de prensa sobre la desaparición de Louise Åkerblom, será mejor que hablemos de ello más tarde. Para entonces, quizá los colegas que están trabajando allí hayan obtenido más información.

Björk se mostró de acuerdo.

—Bueno, esto tiene que ser algo sencillo —afirmó—. Un resumen escueto y claro de su desaparición, distribuimos las fotografías y solicitud de ayuda al público. De las preguntas acerca del estado de la búsqueda te encargas tú.

—Si es que se puede hablar de un «estado de la búsqueda»... Tendríamos que haber encontrado su coche, como mínimo, pero ni eso. No tenemos nada.

—Pues algo se te tendrá que ocurrir —insistió Björk—. Los policías que se dejan ver con las manos vacías se convierten en proscritos, en una presa fácil para los periodistas. No lo olvides nunca.

La conferencia de prensa duró algo más de media hora. Además de

los periódicos y las emisoras de radio locales, estaban allí los corresponsales de los diarios *Expressen* e *Idag*, pero ninguno de los grandes periódicos de Estocolmo.

Wallander sospechaba que no vendrían hasta que no la hubiesen encontrado, y eso, sólo si la hallaban muerta.

Björk abrió la conferencia de prensa con el comunicado de la desaparición de una mujer. Añadió que dicha desaparición se había producido bajo circunstancias que, a ojos de la policía, revestían enorme gravedad. Dio su descripción y la de su vehículo y repartió las fotografías. Hecho esto, quiso saber si había preguntas, hizo un gesto de asentimiento en dirección a Wallander y tomó asiento. Wallander subió a la pequeña tarima y aguardó el interrogatorio.

—¿Qué cree usted que ha ocurrido? —preguntó el reportero de la radio local. Wallander no lo había visto nunca antes, de lo que dedujo que la emisora local cambiaba a sus colaboradores con bastante frecuencia.

Respiró hondo antes de responder.

—No podemos olvidar que la mayoría de las personas que de un modo u otro desaparecen en este país aparecen tarde o temprano. En dos de cada tres casos, el desenlace tiene una explicación del todo normal. Una de las más frecuentes es que al desaparecido se le olvide avisar de que estará ausente, y dónde podrá localizársele. Sin embargo, hay ocasiones en que detectamos indicios de que se trata de otro motivo. En esos casos nos tomamos la desaparición muy en serio.

Björk levantó la mano.

—Como es natural, esto de ningún modo puede interpretarse como que la policía no se toma en serio todas las desapariciones, aclaró.

«Dios mío», pensó Wallander.

El reportero del *Expressen*, un joven de barba pelirroja, levantó la mano y pidió la palabra.

—¿No pueden ser algo más concretos? Entiendo que no excluyen la posibilidad de que se haya cometido un delito. ¿Por qué? Tampoco está muy claro el lugar en que desapareció, ni quién la vio por última vez.

Wallander asintió dándole la razón al periodista, ya que Björk se había expresado con vaguedad a propósito de varios puntos.

—Abandonó el banco Sparbanken de Skurup poco después de las tres del pasado viernes, según testimonio de uno de los empleados del banco, que la vio poner en marcha su coche y salir del aparcamiento a las tres y cuarto. Por lo tanto, podemos estar absolutamente seguros de la hora, así como de que eligió uno de entre dos caminos posibles: la E-Catorce hacia Ystad, o las carreteras de Slimminge y Rögla hacia Krageholm. Como ya saben, Louise Åkerblom es agente inmobiliaria y pudo decidirse bien por inspeccionar una casa que querían entregar para su venta, bien por ir directamente a la suya, pero no sabemos qué hizo.

—¿De qué casa se trata? —preguntó uno de los colaboradores de la prensa local.

—A esa pregunta no puedo responder, por razones técnicas de la investigación.

La conferencia de prensa se marchitó por sí misma. La radio local entrevistó a Björk, mientras Wallander hablaba en el pasillo con uno de los colaboradores locales. Cuando éste se hubo marchado, fue a buscar una taza de café, entró en su despacho y llamó al lugar del incendio. Consiguió hablar con Svedberg, quien le comunicó que Martinson había reorganizado un grupo de rastreadores para que concentrara sus esfuerzos en el jardín en llamas.

—Nunca he visto un incendio de este calibre —confesó Svedberg—. Cuando todo haya pasado, no quedará en pie ni una viga.

—Estaré allí después de las doce —lo tranquilizó Wallander—. Antes quiero pasarme otra vez por casa de Robert Åkerblom, así que me puedes

llamar allí si ocurre algo.

—Lo haremos. ¿Qué dijeron los periodistas?

—Nada interesante —repuso Wallander antes de colgar.

En ese preciso momento Björk llamó a su puerta.

—Salió estupenda, ¿no? Todo preguntas sensatas, nada de preguntas insidiosas... Esperemos que escriban lo que queremos.

—Mañana tendremos que designar a un par de hombres para que se ocupen de contestar al teléfono —dijo Wallander sin responder al comentario sobre la conferencia de prensa—. Cuando una mujer religiosa, madre de dos niñas, desaparece, es de temer que haya muchos que llamen, aún sin haber visto nada, con bendiciones y plegarias por la policía. Aparte, por supuesto, de quienes de verdad tengan algo que contar.

—Si es que no aparece durante el día —precisó Björk.

—Ni tú ni yo creemos que eso suceda.

Le contó entonces lo ocurrido en la casa, el incendio tan extraño, la explosión. Björk lo escuchaba con una sombra de preocupación en el rostro.

—¿Qué puede significar todo esto?

Wallander abrió los brazos con gesto interrogante.

—No lo sé. Lo que voy a hacer ahora es volver a la casa de Robert Åkerblom para proseguir mi conversación con él.

Björk abrió la puerta con intención de marcharse.

—Quedamos en mi despacho a las cinco.

Justo cuando se disponía a salir, Wallander recordó que había olvidado hacerle un encargo a Svedberg, así que llamó de nuevo al escenario del incendio.

—¿Recuerdas que un coche de la policía estuvo a punto de chocar con un Mercedes ayer tarde?

—Sí, me suena haber oído algo —repuso Svedberg.

—Recaba toda la información que puedas acerca de ese suceso. Tengo la sensación de que ese Mercedes está relacionado con el incendio, aunque no estoy tan seguro de que tenga que ver con Louise Åkerblom.

—Tomo nota —dijo Svedberg—. ¿Algo más?

—Tendremos una reunión aquí a las cinco —contestó Wallander, antes de dar por finalizada la conversación.

Quince minutos más tarde se encontraba de nuevo en la cocina de Robert Åkerblom. Se sentó en la misma silla que había ocupado horas antes, con otra taza de té en la mano.

—A veces las investigaciones se ven interrumpidas por servicios de urgencia repentinos —se excusó Wallander—. Estalló un incendio brutal, que ya está bajo control.

—Lo comprendo —respondió cortés Robert Åkerblom—. No debe de resultar fácil ser policía.

Wallander observaba al hombre que tenía frente a sí, al tiempo que tanteaba las esposas que guardaba en el bolsillo del pantalón. No sentía ningún entusiasmo por el interrogatorio que se disponía a iniciar.

—Tengo algunas preguntas que hacer —comenzó—. Puedo hacérselas aquí mismo.

—Por supuesto —afirmó Robert Åkerblom—. Pregúnteme lo que quiera.

Wallander notó que lo irritaba el tono suave y al mismo tiempo inconfundiblemente retador en la voz de Robert Åkerblom.

—La verdad, no estoy muy seguro de la primera pregunta. Su mujer, ¿tiene algún problema de salud?

El hombre lo miró sorprendido.

—No, ¿por qué?

—Se me ocurrió que podría haberse enterado de que padecía una

enfermedad grave. ¿Ha ido al médico recientemente?

—No. Además, si hubiese estado enferma, me lo habría contado.

—Hay algunas enfermedades de las que la gente prefiere no hablar o, al menos, necesitan un par de días para sosegar y poder contarlas. Es muy frecuente que sea el enfermo quien deba consolar al que recibe la noticia.

Robert Åkerblom meditó un instante antes de responder.

—Estoy seguro de que no es así en este caso.

Wallander asintió antes de proseguir.

—¿Tiene problemas con la bebida?

Robert Åkerblom se sobresaltó.

—¿Por qué me lo pregunta? —exclamó, tras un minuto de silencio—. Ninguno de nosotros prueba una gota de alcohol.

—Ya, pero el mueble del fregadero está lleno de todo tipo de bebidas.

—No tenemos nada en contra de que otros beban alcohol, siempre que sea con mesura, por supuesto. A veces tenemos invitados. Aunque seamos una agencia pequeña, también necesitamos cultivar las relaciones públicas.

Wallander comprendió que no tenía motivo para desconfiar de su respuesta. Sacó entonces las esposas del bolsillo y las puso sobre la mesa, sin dejar de observar la reacción de Robert Åkerblom, que fue exactamente la que se había figurado: la de quien no comprende absolutamente nada.

—¿Va a detenerme?

—No —lo tranquilizó Wallander—. Encontré estas esposas bajo un paquete de folios en el último cajón del escritorio de su despacho, en la planta alta.

—Unas esposas. Nunca las había visto.

—Puesto que es poco probable que hayan sido sus hijas quienes las

han puesto allí, no queda otra solución que pensar que fue su mujer —concluyó Wallander.

—Simplemente, no lo entiendo —dijo Robert Åkerblom.

De pronto, Wallander comprendió que estaba mintiendo. No fue más que un quiebro de la voz, un destello fugaz de inseguridad en la mirada del hombre que tenía frente a sí, pero fue suficiente para él.

—¿Es posible que alguna otra persona las haya colocado allí? —continuó.

—No sé. Aquí sólo vienen miembros de la parroquia, aparte de nuestros contactos laborales, que nunca suben a la planta de arriba.

—¿Nadie más?

—Nuestros padres, algunos parientes, los amigos de las niñas...

—No son pocos —advirtió Wallander.

—No entiendo nada —insistió Robert Åkerblom.

«Lo que no comprende es cómo pudo olvidarse de quitar de allí las esposas», se dijo Wallander. «La cuestión es para qué la utiliza».

Por primera vez desde que conoció a Robert Åkerblom, a Wallander le surgió la duda de si cabía la posibilidad de que le hubiese quitado la vida a su mujer. Sin embargo, rechazó la idea de inmediato. Aquellas esposas y la evidencia de que mentía no eran argumentos suficientes como para destruir la imagen que se había forjado hasta el momento.

—¿Seguro que no puede dar explicación alguna a las esposas? —insistió Wallander—. Quizá no esté de más advertirle que no hay ninguna ley que prohíba tener unas esposas, no es preciso obtener licencia ni nada parecido, aunque, como es natural, no está permitido ir por ahí apresando a la gente con ellas.

—¿Cree que no estoy diciendo la verdad?

—Yo no creo nada, simplemente quiero saber por qué estas esposas estaban escondidas en un cajón de su escritorio.

—Ya le he dicho que no entiendo cómo han venido a parar a esta casa.

Wallander asintió. No sentía ninguna necesidad de seguir presionándolo, al menos de momento, pese a tener la certeza de que le había mentido. ¿Era posible que este matrimonio ocultase prácticas sexuales anormales y en cierta medida terribles? ¿Podría ser ésta una explicación de la desaparición de Louise Åkerblom?

Wallander apartó la taza como señal de que daba por terminada la conversación. Volvió a guardarse las esposas en el bolsillo, envueltas en un pañuelo, pues un reconocimiento técnico quizá pudiese revelar algo más acerca de para qué se habían utilizado.

—Bien, eso es todo, por el momento —dijo levantándose—. Le llamaré en cuanto haya novedades. Mientras tanto, vaya preparándose para el revuelo que se formará desde esta noche, en cuanto salgan los diarios de la tarde y la radio local dé la noticia. En fin, esperemos que sirva para algo.

Robert Åkerblom asintió sin decir palabra.

Wallander le estrechó la mano y se dirigió al coche. Parecía que el tiempo iba a cambiar, pues la lluvia era ya muy fina y el viento había amainado. Se acercó a la pastelería Fridolfs Konditori, junto a la plaza de los autobuses, y se tomó un par de bocadillos con una taza de café. Eran ya las doce y media cuando, de nuevo al volante, se dirigía al lugar del incendio. Aparcó el vehículo y pasó por encima de los cordones policiales antes de comprobar que tanto la casa como el cobertizo no eran ya más que ruinas humeantes, aunque aún era demasiado pronto para que los técnicos de la policía iniciasen su reconocimiento. Wallander se acercó al foco del incendio para hablar con el jefe de la unidad de bomberos, Peter Edler, al que conocía de sobra.

—Lo estamos inundando de agua —explicó—. No podemos hacer

mucho más. ¿Está relacionado con algún crimen?

—No tengo ni idea. ¿Has visto a Svedberg o a Martinson?

—Creo que se fueron a Rydsgård a comer. El teniente coronel Hernberg también se llevó a sus reclutas empapados a los barracones, aunque volverán más tarde.

Wallander asintió y dejó que el jefe de la unidad de bomberos continuase con su trabajo.

A unos metros de allí había un agente de policía con uno de los perros. Estaba comiéndose un bocadillo mientras el perro cavaba ansioso con su pata en la gravilla mojada y llena de hollín.

De repente, el perro empezó a aullar. El policía tiró irritado de la cadena varias veces antes de ir a mirar qué había descubierto.

Wallander vio cómo al policía se le caía el bocadillo al retroceder de golpe.

No pudo resistir la curiosidad y se acercó unos metros.

—¿Qué es lo que ha encontrado el perro?

El policía, pálido y tembloroso, se volvió hacia Wallander.

Éste se acercó y se agachó para ver de qué se trataba.

Ante él, en medio de la porquería, había un dedo.

Un dedo negro. No era un pulgar, ni un meñique, aunque sí era el dedo de un ser humano.

A Wallander se le descompuso el estómago.

Le dijo al policía del perro que de inmediato se pusiera en contacto con Svedberg y Martinson.

—Tienen que venir enseguida, aunque estén a medio comer. En el asiento trasero de mi coche hay una bolsa de plástico vacía. Tráela.

El policía obedeció.

«¿Qué está ocurriendo?», se preguntaba Wallander. «Un dedo negro. El dedo de una persona negra, amputado, en mitad de Escania».

Cuando el policía regresó con la bolsa de plástico, Wallander introdujo allí el dedo, con objeto de protegerlo de la lluvia. Para entonces, ya se había extendido el rumor entre los bomberos, que se acercaron a contemplar el hallazgo.

—Tenemos que buscar restos de cadáveres entre las ruinas —le indicó Wallander al jefe de los bomberos—. Sólo Dios sabe lo que ha ocurrido aquí.

—¡Un dedo! —exclamó Peter Edler incrédulo.

Veinte minutos más tarde, Svedberg y Martinson se acercaban corriendo al lugar del hallazgo, donde, atónitos y visiblemente afectados, contemplaron el dedo negro.

Nadie tenía nada que decir.

Finalmente, fue Wallander quien rompió el silencio.

—Una cosa es segura —declaró—. Este dedo no pertenece a Louise Åkerblom.

A las cinco de la tarde se congregaron en la sala de reuniones de la comisaría de policía. Wallander no podía recordar una reunión más silenciosa.

En el centro de la mesa, sobre un trozo de plástico, estaba el dedo negro.

Se dio cuenta de que Björk había girado la silla para no verlo.

Todos los demás observaban el dedo en silencio.

Transcurridos unos minutos, un coche del hospital vino y se llevó el miembro amputado. Fue entonces cuando Svedberg trajo una bandeja con café y Björk dio comienzo a la reunión.

—Por una vez en mi vida, no encuentro palabras. ¿Hay alguien en la sala que pueda dar una explicación plausible? —preguntó.

Nadie respondió, ya que la pregunta era absurda.

—Wallander —dijo Björk, en un intento de empezar de nuevo con mejor pie—. Haznos un resumen de lo sucedido.

—No será fácil, pero lo intentaré. Los demás tendréis que ayudarme a suplir los vacíos.

Empezó a hojear su bloc de notas.

—Louise Åkerblom desapareció hace casi cuatro días, exactamente noventa y ocho horas. Desde entonces nadie, que nosotros sepamos, la ha visto. Durante nuestra búsqueda, tanto de ella como de su vehículo, explota una casa, situada justo en la zona donde creemos que ella puede

encontrarse, y que ahora sabemos que pertenece a una sociedad de testamentarios. El representante de los herederos, que es abogado y vive en Värnamo, no comprende nada de lo ocurrido, ya que la casa ha estado deshabitada durante más de un año sin que hayan podido decidir si van a venderla o si, por el contrario, se hará lo posible por mantenerla en poder de la familia. Además, existe la posibilidad de que alguno de los copropietarios compre a los otros sus partes respectivas. Hemos pedido a nuestros colegas de Värnamo que hablen de nuevo con el abogado, que se llama Holmgren, ya que, entre otras cosas, nos interesa saber el nombre y la dirección de los demás herederos.

Tomó un sorbo de café antes de proseguir.

—El incendio comenzó a las nueve debido, según claros indicios, a algún tipo de explosivo muy potente, con detonador programado. No hay, pues, razón alguna para pensar que haya sido provocado por otras causas más naturales. De hecho, el abogado Holmgren niega rotundamente la existencia de gas en las tuberías de la casa; además, sostiene que el tendido eléctrico fue renovado hace menos de un año. Durante los trabajos de extinción del incendio, uno de nuestros perros desentierro un dedo amputado, que se encuentra a unos veinticinco metros de la casa en cuestión. Se trata de un dedo índice o corazón de una mano izquierda que ha pertenecido, con toda probabilidad, a un hombre, del que además sabemos que es negro. Nuestros técnicos han peinado el área del incendio y del jardín a la que es posible el acceso, sin encontrar nada más. Tampoco los perros han contribuido con ningún nuevo hallazgo, ni las intensas batidas por la zona han dado resultado. Tanto el vehículo como Louise Åkerblom siguen sin aparecer, una casa ha explotado y hemos encontrado un dedo que ha pertenecido a un negro. Eso es todo.

Björk hizo una mueca.

—¿Qué dicen los médicos? —preguntó.

—La doctora Maria Lestadius lo ha visto —informó Svedberg—. Pero nos sugirió que hiciésemos las consultas al laboratorio de criminología directamente, aduciendo que ella no sabía leer dedos.

Björk hizo girar su silla.

—A ver, a ver: ¿«Leer dedos»?

—Esas fueron sus palabras —aseguró Svedberg con tono de resignación—, ya que era conocida la costumbre de Björk de concentrar su atención en datos insignificantes.

Björk dejó caer la mano sobre la mesa.

—Esto es terrible. En definitiva, no sabemos nada de nada. Y Robert Åkerblom, ¿no ha podido contribuir con ninguna información de valor para seguir adelante con la investigación?

Wallander tomó, de forma instantánea, la decisión de no mencionar las esposas, hasta más adelante, pues temía que les hiciesen conducir sus acciones por derroteros poco apropiados por el momento. Por otro lado, albergaba sus dudas acerca de la relación entre las esposas y la desaparición.

—Nada. Tengo la impresión de que la familia Åkerblom ha sido la más feliz del país.

—¿No puede haberle dado un ataque de locura religiosa? —indagó Björk—. Los periódicos no paran de escribir sobre todas esas sectas insensatas.

—La Iglesia metodista no puede tacharse de secta insensata, creo yo —señaló Wallander—. Es una de nuestras iglesias libres de mayor raigambre y tradición, aunque reconozco que ignoro cuáles son sus postulados o qué representan.

—Eso habrá que investigarlo —decidió Björk—. ¿Cómo habéis pensado proseguir la investigación?

—Tendremos que confiar en el día de mañana cuando la gente

empiece a llamar por teléfono —afirmó Martinson.

—Sí, por cierto, ya he designado a los encargados de tomar nota de las sugerencias telefónicas —dijo Björk—. ¿Alguna otra cosa que podamos hacer?

—Bueno, la verdad es que tenemos algo con lo que trabajar —intervino Wallander—. Tenemos un dedo, lo que significa que, en algún lugar, hay un hombre negro al que le falta un dedo de la mano izquierda, y que además necesita asistencia sanitaria. Si es que no la ha buscado ya, aparecerá más tarde o más temprano. Tampoco podemos excluir la posibilidad de que se ponga en contacto con la policía: nadie se amputa su propio dedo o, al menos, no es algo que ocurra con mucha frecuencia. Naturalmente, tampoco podemos desestimar la circunstancia probable de que ya haya abandonado el país.

—¿Y las huellas digitales? —sugirió Svedberg—. Ignoro cuántos hombres negros residen en nuestro país, de forma legal o ilegal, pero cabe la posibilidad de que hallemos su huella digital en nuestros registros. Además, podríamos enviársela a la Interpol. Por lo que yo sé, muchos estados africanos han elaborado registros de delincuentes muy actualizados durante los últimos años, según un artículo de hace unos meses publicado en la revista Svensk Polis. Yo creo que Kurt tiene razón, que aunque no esté clara la relación entre Louise Åkerblom y el dedo, tenemos que pensar en esa posibilidad.

—¿Dejamos que llegue a los diarios? —preguntó Björk—. «La policía busca al dueño de un dedo.» Al menos, daría buenos titulares.

—¿Por qué no? —inquirió Wallander—. No tenemos nada que perder si lo hacemos.

—Lo pensaré —prometió Björk—. Aguardemos un tiempo. Lo que sí me parece sensato es advertir a los hospitales del país. Por cierto, ¿no tienen los médicos obligación de dar parte si sospechan que las heridas

han sido provocadas por una acción criminal?

—También están obligados por un juramento a guardar el secreto profesional —les recordó Svedberg—. De todos modos, por supuesto que es buena idea ponerse en contacto con los hospitales, con los centros de salud y con todos los servicios sanitarios de que dispongamos en este país. ¿Alguien sabe cuántos médicos hay en Suecia?

—Dile a Ebba que lo averigüe —propuso Wallander.

Ebba no tardó ni diez minutos en llamar al Colegio de Médicos de Suecia y obtener la información.

—Hay más de veinticinco mil médicos —comunicó Wallander cuando Ebba le dio la noticia con una llamada telefónica a la sala de reuniones.

Quedaron atónitos.

¡Veinticinco mil médicos!

—¿Y dónde se meten cuando uno los necesita? —ironizó Martinson.

Björk empezó a impacientarse.

—Si no avanzamos, nos vamos, que todos tenemos mucho que hacer. Mañana a las ocho nos vemos de nuevo.

No habían terminado de reunir sus documentos y de levantarse cuando sonó el teléfono. Martinson y Wallander ya estaban fuera, en el pasillo, pero Björk les gritó que volviesen.

—¡Un paso adelante! —exclamó con la cara enrojecida—. Ha llamado Norén. Parece que han encontrado el coche. Un agricultor se presentó en el lugar del incendio y preguntó si la policía no estaría interesada en algo que había encontrado en un pantano situado a unos kilómetros de allí, creo que dijo en dirección a Sjöbo. Norén salió disparado y, cuando llegó, vio una antena de radio apuntando desde el fango. El agricultor se llama Antonson y aseguró que el coche no estaba allí hace una semana.

—¡Joder! —exclamó Wallander—. Tenemos que sacar ese coche esta misma noche. No podemos dejarlo para mañana. Tendremos que llevar focos y una grúa.

—Espero que no haya nadie en el coche —dijo Svedberg.

—Eso es lo que vamos a averiguar —señaló Wallander—. Vamos.

El pantano tenía difícil acceso, situado como estaba junto a un bosquecillo al norte de Krageholm, por la carretera que conducía hacia Sjöbo. La policía tardó más de tres horas en instalar allí los focos y la grúa. Hasta las nueve y media no lograron enganchar el coche al cable. Para entonces, Wallander ya se había deslizado, dejándose caer hasta el pantano, vestido con un mono de reserva que Norén llevaba en el coche, aunque apenas notó la humedad ni el frío de sus ropas, ya que toda su atención se concentraba en el vehículo.

Sentía una gran excitación y, al mismo tiempo, un profundo malestar ante la incertidumbre de lo que podrían encontrar dentro. Deseaba que se tratase del coche que estaban buscando, aunque temía hallar en su interior a Louise Åkerblom.

—Bueno, está claro que no se trata de ningún accidente —apuntó Svedberg—. Alguien se ha tomado la molestia de empujar el coche hasta el pantano para ocultarlo. Con toda probabilidad, en la oscuridad de la noche. El que lo hizo no se dio cuenta de que la antena sobresalía de la superficie.

Wallander comprendió que Svedberg tenía razón.

El cable empezó a tensarse lentamente y la grúa lo enganchó con sus garfios y empezó a tirar.

Poco a poco, la parte trasera del vehículo fue haciéndose visible.

Wallander miró expectante a Svedberg, que era experto en

automóviles.

—¿Es nuestro coche?

—Espera un poco, todavía no lo veo bien.

En ese momento, el cable se soltó y el vehículo se hundió de nuevo en el fango, así que tuvieron que repetir la operación desde el principio.

Wallander observaba ya el coche, que, muy despacio, salía a la superficie, ya a Svedberg.

Éste asintió de pronto.

—Es nuestro coche. Es un Toyota Corolla, sin ninguna duda.

Wallander giró uno de los focos y pudo ver que el automóvil era de color azul oscuro.

Con gran lentitud, lograron sacarlo del pantano y la grúa se detuvo. Svedberg miró a Wallander y ambos se acercaron al vehículo y se pusieron a mirar el interior, cada uno por un lado.

Estaba vacío.

Wallander abrió el maletero.

Nada.

—Está vacío —le dijo a Björk.

—Puede que el cuerpo se haya quedado en el pantano —sugirió Svedberg.

Wallander asintió y miró el pantano, que tendría unos cien metros de diámetro. Sin embargo, puesto que la antena sobresalía, dedujo que no debía de ser demasiado profundo.

—Necesitamos submarinistas —le dijo a Björk—. Ahora mismo.

—Un submarinista no vería nada en absoluto a estas horas de la noche —objetó Björk—. Debemos esperar hasta mañana.

—No tendrán más que caminar por el fondo y echar algunos cabos —insistió Wallander—. Eso no tiene por qué esperar hasta mañana.

Björk cedió al fin y se dirigió a uno de los coches patrulla para

llamar. Entretanto, Svedberg había abierto la puerta del conductor del automóvil rescatado e iluminaba el interior con una linterna. Con mucho cuidado, desacopló el teléfono mojado.

—El último número marcado suele quedar registrado —señaló—. Quizá llamase a alguien más después de telefonar a la inmobiliaria.

—¡Bien pensado, Svedberg! —exclamó Wallander.

Realizaron un primer examen del vehículo mientras esperaban a los submarinistas. En el asiento trasero, Wallander encontró una bolsa de papel con los bollos empapados.

«Hasta aquí, todo coincide», se dijo. «Pero ¿qué ocurriría por el camino? ¿Con quién te encontraste después, Louise Åkerblom? ¿Alguien con quien habías concertado una cita? O quizás otra persona. ¿Acaso alguien que quería verte a ti, sin que tú lo supieses?»

—El bolso no está, ni el maletín tampoco. En la guantera no hay más que los documentos habituales, el certificado del registro de automóviles y la póliza del seguro, además de una edición del Nuevo Testamento —informó Svedberg.

—Busca el mapa que ella dibujó —pidió Wallander.

Svedberg no lo encontró.

Wallander rodeó el automóvil lentamente. No estaba dañado, así que Louise Åkerblom no había sido víctima de un accidente de tráfico.

Se sentaron en uno de los coches patrulla y se sirvieron café de un termo.

La lluvia había cesado y el cielo estaba prácticamente limpio de nubes.

—¿Crees que el cuerpo está en el pantano? —preguntó Svedberg.

—No lo sé. Es posible —admitió Wallander.

Dos submarinistas jóvenes llegaron en uno de los vehículos de emergencia del cuerpo de bomberos. Wallander y Svedberg los saludaron. Los conocían desde hacía tiempo.

—¿Qué se supone que vamos a encontrar? —quiso saber uno de los submarinistas.

—Un cadáver, tal vez —apuntó Wallander—. O un maletín, quizás un bolso, u otros objetos en los que no se nos ha ocurrido pensar.

Los submarinistas se prepararon y se sumergieron en las sucias aguas pantanosas, amarrados a sus cuerdas.

Los policías aguardaban y observaban en silencio.

Martinson llegó justo la primera vez que los submarinistas inspeccionaron el pantano.

—Ya veo que es el coche que buscábamos —dijo.

—Es posible que el cuerpo esté en el fondo del pantano —le adelantó Wallander.

Los hombres rana eran muy concienzudos. De vez en cuando, alguno de ellos se detenía y tiraba de las cuerdas para probar. En la orilla había ya un montón de distintos objetos, un trineo roto, restos de una trilladora, ramas de árbol podridas, una bota de goma...

El reloj marcaba más de medianoche y aún no había rastro alguno de Louise Åkerblom.

A las dos menos cuarto de la madrugada, los submarinistas emergieron a tierra.

—No hay nada más —declaró uno de ellos—. En cualquier caso, podemos repetir la búsqueda mañana si creéis que puede dar algún resultado.

—No —dijo Wallander—. El cuerpo no está aquí.

Intercambiaron algunas frases y se marcharon, cada uno por su lado.

Una vez en casa, Wallander se tomó una cerveza y unas tostadas. Estaba tan cansado que no tenía ya fuerzas ni para pensar. Ni siquiera se molestó en quitarse la ropa, sino que se tumbó tal y como estaba sobre la cama y se echó una manta por encima.

El día 29 de abril, Wallander llegaba a la comisaría a las siete y media de la mañana. Por el camino, mientras conducía, se le ocurrió una idea. Buscó el teléfono del pastor Tureson, que contestó enseguida. Wallander se excusó por llamar tan temprano, antes de pedirle una cita para aquel día.

—¿Se trata de algo concreto?

—No —repuso Wallander—. Algunas dudas que me han surgido y que me gustaría que usted me resolviese. Nunca se sabe, cualquier cosa puede ser crucial para el caso.

—Escuché el programa de la radio local y también vi las noticias. ¿No se ha descubierto nada?

—Aún no la hemos encontrado —respondió Wallander—. No puedo decirle mucho más acerca de cómo se desarrolla nuestra investigación, por razones técnicas.

—Lo comprendo —aseguró el pastor Tureson—. Siento haber preguntado pero, como comprenderá, estoy muy afectado por la desaparición de Louise.

Quedaron en verse a las once, en la iglesia metodista. Colgó el auricular y se dirigió al despacho de Björk. Svedberg bostezaba sentado, mientras Martinson hablaba por el teléfono de Björk. Éste tamborileaba inquieto con los dedos sobre la mesa. Martinson colgó el auricular con una mueca de disgusto.

—Ya empieza a haber llamadas de informantes aunque, al parecer, nada relevante por ahora —explicó—. Alguien llamó diciendo que estaba seguro de haber visto a Louise Åkerblom en el aeropuerto de Las Palmas el jueves pasado, es decir, el día antes de su desaparición.

—Podemos empezar —interrumpió Björk.

Al parecer, el jefe de policía había dormido mal aquella noche y se le veía cansado y de mal humor.

—Lo retomamos donde lo dejamos ayer —propuso Wallander—. Hay que examinar el coche a fondo y procesar la información que nos proporcionen las llamadas telefónicas, según vayan entrando. Yo he pensado volver al lugar del incendio y ver qué han averiguado los técnicos. El dedo ya va camino del laboratorio y sólo queda por decidir si lo revelamos a los medios o no.

—Por supuesto que lo haremos —afirmó Björk con inesperada determinación—. Martinson me ayudará a redactar la nota de prensa, que me imagino que dará lugar a un alboroto insólito cuando llegue a las redacciones.

—Será mejor que lo haga Svedberg —sugirió Martinson—. Yo estoy intentando ponerme en contacto con veinticinco mil médicos, además de una lista interminable de centros de salud y de servicios de urgencias, y eso se lleva su tiempo.

—Está bien —aceptó Björk—. Yo me ocuparé del abogado de Värnamo. Nos vemos esta tarde, si no hay novedades.

Wallander se encaminó hacia su coche. El cielo prometía un día hermoso en Escania. Se detuvo a respirar el aire fresco y, por primera vez, sintió que la primavera estaba en camino.

En el lugar del incendio lo esperaban dos sorpresas.

El trabajo matutino de los técnicos de la policía había dado buenos resultados. Le salió al paso Sven Nyberg, que se había incorporado a la policía de Ystad hacía tan sólo unos meses. Había estado trabajando en Malmö pero, cuando surgió la posibilidad de traslado, no se lo pensó dos veces. Wallander no había tenido mucha relación con él desde su llegada, pero corría el rumor de que era bueno a la hora de investigar el escenario de un crimen. Ahora sabía también, por experiencia propia, que era atravesado y algo inaccesible.

—Creo que hay algo que deberías ver —dijo Nyberg, y lo condujo hasta un techo que, para protegerse de la lluvia, habían montado sobre cuatro postes.

Sobre un trozo de plástico, había algunas piezas deformadas de metal.

—¿Una bomba? —inquirió Wallander.

—No, aún no hemos encontrado ni rastro del explosivo. Sin embargo, esto es tan interesante como lo otro. Son las piezas de un gran equipo de transmisión por radio.

Wallander lo miró sin comprender.

—Una combinación de emisor y receptor. No puedo decirte el tipo ni la marca. Lo que sí es seguro es que no se trata del equipo de un radioaficionado. Es un tanto extraño encontrar algo así en una casa deshabitada que, por otro lado, alguien hace volar por los aires.

—Cierto. Averigua todo lo que puedas y mantenme informado.

Nyberg le mostró otra pieza de metal.

—Esto tampoco está mal. ¿Sabes lo que es?

A Wallander le pareció el cañón de una pistola.

—Un arma.

—En efecto, una pistola. Seguramente el cargador estaba lleno cuando la casa voló por los aires. La pistola quedó destrozada al explotar el cargador, por la presión o por el calor del fuego. Además, casi podría

afirmar que se trata de un modelo poco común. Como ves, el cañón es demasiado largo así que, con toda certeza, no se trata de una Luger, ni tampoco de una Beretta.

—Entonces, ¿qué modelo es?

—Es demasiado pronto para poder responder a esa pregunta —afirmó Nyberg—. Pero te lo diré en cuanto lo sepamos.

Nyberg rellenó y encendió su pipa.

—¿Qué opinas de todo esto?

Wallander meneó la cabeza.

—Rara vez me he sentido tan inseguro como ahora, admitió con total honestidad. No veo la conexión. Sólo sé que, mientras busco a una mujer desaparecida, me voy topando con distintos hallazgos, a cuál más extraño. Un dedo amputado, piezas de un potente equipo radiofónico, modelos de pistola poco comunes... Tal vez deba tomar lo extraordinario como punto de partida, pero eso es algo a lo que mi experiencia policial no había tenido que enfrentarse hasta ahora.

—Paciencia —lo alentó Nyberg—. Estoy seguro de que descubriremos la conexión en su momento.

Nyberg regresó a su laborioso rompecabezas. Wallander deambuló por allí un rato intentando sintetizar lo sucedido. Finalmente se rindió, subió al coche y llamó a la comisaría.

—¿Hay muchas llamadas? —le preguntó a Ebba.

—Llaman constantemente. Svedberg pasó por aquí hace un instante y me dijo que los datos proporcionados por algunos de los informantes parecían interesantes y fidedignos, pero no te puedo decir nada más.

Wallander le dio el teléfono de la iglesia metodista y resolvió que, tras su conversación con el pastor, iría a la inmobiliaria para revisar a fondo el escritorio de Louise Åkerblom, pues le remordía la conciencia por haberse contentado hasta el momento con aquel primer

reconocimiento superficial.

Regresó a Ystad. Puesto que aún faltaba bastante para su cita con el pastor Tureson, estacionó su automóvil junto a la plaza Torget y entró en la tienda de equipos de música. Sin pensárselo dos veces, firmó la compra a plazos de uno nuevo. Se fue a casa y lo instaló. Puso el disco que también había comprado, Turandot, de Puccini. Se tumbó en el sofá e intentó concentrar su pensamiento en Baiba Liepa. Pero el rostro de Louise Åkerblom prevalecía en su mente.

Se despertó sobresaltado, miró el reloj y profirió una maldición al comprobar que hacía ya diez minutos que tendría que haber llegado a la iglesia.

El pastor Tureson lo aguardaba en una habitación situada en la parte trasera del templo, mezcla de almacén y oficina, cuyas paredes lucían tapices con citas de la Biblia. Sobre el alféizar de la ventana había una cafetera.

—Siento llegar tarde —se disculpó Wallander.

—Ya me figuro que la policía tiene mucho que hacer —lo tranquilizó Tureson.

Wallander tomó asiento y sacó su bloc de notas. El pastor le preguntó si quería un café, pero él lo rechazó dándole las gracias.

—Estoy intentando hacerme una idea de quién es Louise Åkerblom. Cuanto he podido averiguar hasta ahora apunta en una única dirección: que se trata de una persona centrada, que jamás abandonaría a su marido y a sus hijas voluntariamente.

—Ésa es la idea que todos tenemos de ella —subrayó el pastor Tureson.

—Sí, pero eso me hace sospechar.

—¿Sospechar?

El hombre no pudo ocultar su sorpresa.

—Es que yo no creo que existan personas tan perfectas y llenas de armonía interior —explicó Wallander—. Todos tenemos nuestro lado oscuro. La cuestión es cuál es el lado oscuro de Louise Åkerblom. No creo que haya desaparecido de forma voluntaria por no poder soportar su propia felicidad.

—Cualquiera de los miembros de la parroquia le daría la misma respuesta —insistió Tureson.

Algo sucedió en aquel momento, algo que Wallander nunca lograría identificar después. Hubo algo en la respuesta del pastor Tureson que avivó su atención, era como si el pastor defendiese la imagen de Louise Åkerblom, pese a que nada, salvo los puntos de vista particulares de Wallander, la había puesto en duda. ¿Acaso intentaba protegerla de otra cosa?

Wallander cambió repentinamente de parecer al formular una pregunta que antes había considerado menos relevante.

—Hábleme de los fieles. ¿Por qué la gente se hace metodista?

—Nuestra fe y nuestra interpretación de la Biblia son las verdaderas —respondió el pastor Tureson—. Aunque, como es lógico, las demás confesiones religiosas las ponen en entredicho. Pero eso es algo natural.

—¿Hay alguien en la parroquia que no aprecie a Louise Åkerblom? —preguntó Wallander, notando enseguida cómo el hombre que tenía frente a sí se tomaba más tiempo del normal en responder.

—No me cabe en la cabeza.

«Ahí lo tenemos de nuevo», se dijo Wallander. «Hay algo esquivo, algo escurridizo en su respuesta».

—¿Por qué, pastor Tureson, no creo lo que me dice? —preguntó Wallander.

—Pues debería usted hacerlo, señor inspector. Yo conozco a mis feligreses.

Wallander sintió de pronto que lo invadía el cansancio al tomar conciencia de que tendría que formular sus preguntas de otro modo si pretendía hacer flaquear al pastor. En otras palabras, aplicaría la táctica del ataque directo.

—Me consta que Louise Åkerblom tiene enemigos entre los fieles, aseguró. El modo en que yo haya podido obtener dicha información carece de importancia. Lo que sí quiero es que me ponga al corriente de cuanto sepa al respecto.

Tureson lo observó largo rato antes de responder.

—Enemigos no tiene, pero es cierto que uno de los miembros de la congregación mantiene una relación bastante desafortunada con ella.

Se levantó y se dirigió hacia una ventana.

—He dudado sin cesar y ayer estuve a punto de llamarlo a usted, aunque al final desistí. Todos esperamos que Louise regrese y que esto tenga una explicación absolutamente normal. Sin embargo, mi desasosiego ha ido en aumento, he de reconocerlo.

Volvió a tomar asiento.

—También me debo al resto de los miembros de la parroquia. No quiero ser responsable de que alguno de ellos sea víctima de una situación desfavorable, que luego resulte ser injusta.

—Esta conversación no es un interrogatorio oficial —lo tranquilizó Wallander—. Mantendré en secreto cuanto me revele; tampoco tengo intención de redactar ningún informe.

—No sé cómo decírselo.

—Lo más fácil suele ser decir las cosas como son —lo animó Wallander.

—Hace dos años, llegó a nuestra parroquia un nuevo miembro —

comenzó el pastor Tureson—. Un maquinista de los transbordadores entre Polonia y Suecia. Empezó a visitar nuestras reuniones y supimos que estaba separado, tenía treinta y cinco años, era amable y considerado, por lo que pronto se ganó el aprecio y la estima de los demás miembros de la congregación. Hace un año, aproximadamente, Louise Åkerblom solicitó una charla conmigo. Insistió mucho en el hecho de que Robert, su marido, no supiese nada del asunto. En esta misma habitación me contó que aquel nuevo hermano había empezado a acosarla con declaraciones amorosas, que le enviaba cartas, la seguía, la llamaba por teléfono. Ella intentaba rechazarlo con tanta cortesía como podía, pero él no cejaba en su empeño y la situación llegó a ser tan insoportable que Louise me pidió que hablase con él. Así lo hice. Fue como si se hubiese convertido en otra persona, totalmente distinta: estalló en un ataque de ira mientras sostenía que Louise lo había decepcionado, que él sabía que yo constituía una mala influencia para ella y que, en realidad, ella lo amaba y deseaba abandonar a su marido. Aquello era totalmente absurdo. Dejó de acudir a nuestras reuniones, abandonó el trabajo en el transbordador, así que creímos que había desaparecido para siempre. Les dije a los demás que se había trasladado y que era demasiado tímido para venir a despedirse. Como es lógico, aquello supuso un gran alivio para Louise. Sin embargo, hace unos tres meses, empezó de nuevo. Una noche, Louise lo descubrió de pie en la calle, frente a su casa. Comprenderá el impacto que le causó el verlo allí. De nuevo comenzaron los acosos con declaraciones amorosas. He de admitir, inspector Wallander, que sopesamos la idea de ponernos en contacto con la policía, cosa que hoy lamento no haber hecho. Esto puede haber sido una casualidad pero mis dudas aumentan a medida que transcurren las horas.

«¡Por fin!», pensó Wallander. «Ahora sí que tengo algo con lo que trabajar, aunque no comprenda nada sobre dedos negros, equipos

radiofónicos que vuelan por los aires o pistolas raras. Ahora tengo algo a lo que aferrarme».

—¿Cómo se llama el individuo?

—Stig Gustafson.

—¿Tiene usted su dirección?

—No, pero tengo su número de identidad, porque le pagué una factura por un trabajo de reparación que llevó a cabo en el sistema de tuberías de la iglesia.

Tureson fue a hojear un archivador que tenía en el escritorio.

—Tome nota: cinco siete cero cinco cero tres, guión, cero cuatro siete cero.

Wallander cerró su bloc de notas.

—Ha hecho lo correcto contándomelo todo. Lo habría averiguado tarde o temprano, pero de este modo ahorramos tiempo.

—Está muerta, ¿no es así? —preguntó Tureson de pronto.

—No lo sé —admitió Wallander—. Con total sinceridad, ignoro la respuesta a esa pregunta.

Wallander le estrechó la mano al pastor y abandonó la iglesia a las doce y cuarto, pensando que por fin tenía una pista que seguir.

Se dirigió a buen paso hacia su automóvil y puso rumbo a la comisaría. Se apresuró a subir a su despacho para convocar a sus compañeros a una reunión y no había hecho más que sentarse tras su escritorio, cuando sonó el teléfono. Era Nyberg, que llamaba desde el lugar del incendio.

—¿Algún nuevo hallazgo?

—No —respondió Nyberg—. Es sólo que acabo de acordarme de cuál es la marca de la pistola, aquella cuyo cañón encontramos entre las cenizas.

—Tomo nota —dijo Wallander al tiempo que sacaba su libreta.

—Como sospechaba, se trata de un arma poco común —prosiguió Nyberg—. No creo que existan muchos ejemplares en nuestro país.

—Mejor —señaló Wallander—. Más fácil será seguirle el rastro.

—Es una Astra Constable de nueve milímetros. La vi una vez en una exposición de armas en Frankfurt, y yo tengo muy buena memoria cuando se trata de armas.

—¿Dónde se fabrica?

—Eso es lo más extraño —afirmó Nyberg—. Que yo sepa, sólo se fabrica, bajo licencia, en un país.

—¿Cuál?

—En Sudáfrica.

Wallander soltó el bolígrafo.

—¿Sudáfrica?

—Sí. Ignoro la razón, no tengo ni idea de por qué un arma se vuelve de uso común en un país y no en otro, pero así es.

—¡Joder con la pistola! ¿Sudáfrica?

—Bueno, eso nos da, sin lugar a dudas, una conexión con el dedo que encontramos.

—¿Qué hace una pistola sudafricana en nuestro país?

—Tu trabajo consiste en descubrirlo.

—Está bien —dijo Wallander—. Hiciste bien en llamarme enseguida. Seguiremos hablando del asunto esta tarde.

—Sí, pensé que te gustaría saberlo —repuso Nyberg antes de dar por terminada la conversación.

Wallander se levantó de su silla y se encaminó hacia la ventana.

Transcurridos unos minutos, tenía ya tomada una decisión.

En primer lugar, concentrarían sus esfuerzos en hallar a Louise Åkerblom y en controlar a Stig Gustafson. Todo lo demás tendría que quedar en un segundo plano, hasta nueva orden.

«Ya hemos llegado muy lejos», se animó. «Muy lejos, tras ciento diecisiete horas desde la desaparición de Louise Åkerblom».

Descolgó el teléfono.

De repente, el cansancio se había esfumado.

Peter Hanson era ladrón.

No era un delincuente de mucho éxito, pero en la mayor parte de las ocasiones lograba llevar a cabo los cometidos que le encargaba su cliente y patrono, el perista Morell, de Malmö.

Precisamente aquel día, la mañana de Walpurgis^[3], Peter Hanson detestaba a Morell. Tenía planes de tomarse el fin de semana libre, como todo el mundo, e incluso permitirse el lujo de acercarse a Copenhague. Sin embargo, Morell lo había llamado la noche antes, bastante tarde, con un encarguito urgente.

—Tienes que buscarme cuatro bombas de agua —exigió Morell—. De las antiguas, de esas que hay en el jardín de cualquier casa de campo.

—Supongo que las bombas podrán esperar hasta el lunes —repuso Peter Hanson, que estaba dormido cuando Morell llamó.

—Imposible —insistió Morell—. Una persona que vive en España quiere llevárselas en coche pasado mañana para vendérselas a otros suecos que viven allí. Son un poco nostálgicos, así que pagan bastante bien por poder tener en sus fincas una bomba de agua sueca de las de toda la vida.

—¿Y cómo quieres que consiga cuatro bombas de agua? ¿No sabes que es fiesta? Todo el mundo estará en sus casas de campo.

—Ya te las arreglarás. Cuanto antes empieces —mejor, lo apremió Morell, antes de continuar en tono amenazante—. En caso contrario,

tendré que revisar mis papeles, a ver cuánto dinero me debe tu hermano.

Peter Hanson colgó el auricular de golpe, pues sabía que Morell lo interpretaría como una respuesta afirmativa. Puesto que ya lo habían despertado y que tardaría mucho en volver a dormirse, decidió vestirse y bajar en coche al centro desde Rosengård, barrio en el que vivía. Una vez allí, se sentó en un bar y pidió una cerveza.

Peter Hanson tenía un hermano, Jan-Olof, que constituía la mayor desgracia de su vida. En efecto, Jan-Olof apostaba a las carreras de caballos que se celebraban en las pistas de Jägersro, y de vez en cuando, también en las demás pistas del país. Por regla general, apostaba mucho y mal, de modo que solía perder más de lo que podía permitirse. Así fue como cayó en manos de Morell. Dado que él mismo no podía ofrecer ningún tipo de garantía de los créditos, le tocó a Peter Hanson la suerte de ser su aval viviente.

Morell era, ante todo, un perista. Sin embargo, durante los últimos años, había llegado a la conclusión de que, como les ocurría a otros empresarios, se veía en la necesidad de decidirse por un rumbo concreto para el futuro. Así, debía elegir entre delimitar y especializar aún más su actividad o ampliar la base sobre la que se asentaba su negocio. Y se decantó por esto último.

Así, aunque contaba con una extensa red de clientes, que podían darle instrucciones claras de lo que deseaban, había optado por, además, poner en marcha el negocio de prestamista, con el que calculaba aumentar la facturación de forma considerable.

Tenía ya cumplidos los cincuenta y, después de veinte años de actividad en el ramo de la estafa, dio una nueva orientación a su negocio y montó, a finales de los setenta, un imperio de la compra-venta de objetos robados en el sur de Suecia. En sus invisibles nóminas, se contaba hasta una treintena de ladrones y de conductores que le garantizaban el

transporte semanal de bienes robados a sus almacenes situados en las inmediaciones del puerto franco de Malmö, desde donde se realizarían los envíos a los clientes en el extranjero. Desde Småland llegaban equipos de música, aparatos de televisión y teléfonos móviles. Desde Halland rodaban caravanas de coches robados hacia el sur, donde los compradores polacos, y desde no hacía mucho, también de la antigua Alemania del Este, esperaban ansiosos su encargo. Intuyó el potencial del nuevo mercado que se ofrecía en los países bálticos y, por si fuera poco, ya se había estrenado en la venta de vehículos de lujo a Checoslovaquia. Peter Hanson era uno de los rateros más insignificantes de su organización. De hecho, Morell albergaba aún sus dudas acerca de su capacidad y lo utilizaba por lo general para pedidos algo insólitos que en ocasiones se le presentaban. Birlar cuatro bombas de agua era, pues, un trabajo ideal para él.

Ésta era la razón por la que Peter Hanson maldecía en su coche la mañana de Walpurgis: Morell había destrozado su día libre. Además, estaba preocupado por el encargo, ya que sabía que habría mucha gente por todas partes y que le resultaría difícil trabajar sin ser molestado.

Peter Hanson había nacido en Hörby y conocía bien la región de Escania. No había ni un solo desvío por el que no hubiese transitado y tenía muy buena memoria. Llevaba cuatro años trabajando para Morell, es decir, desde los diecinueve. A veces se detenía a pensar en todas aquellas cosas que había cargado en su vieja furgoneta: dos novillos, cierta vez; cerdos, tan habituales en Navidad; lápidas funerarias en varias ocasiones, de las que siempre se preguntaba quién sería el morbosos que las pedía. En sus correrías, había transportado las puertas de las casas mientras sus dueños dormían dentro y hasta desmontado el campanario de una iglesia con la ayuda de una grúa que había allí muy a propósito, así que cuatro bombas de agua no suponían nada especial. Era sólo que

Morell no había elegido bien el día.

Se decidió por empezar en la zona oeste del aeropuerto de Sturup. Österleden no se le pasó por la cabeza, ya que todas las casas de campo estarían llenas aquel día.

Para contar con las mayores posibilidades de éxito, tenía que ceñirse a las inmediaciones de Sturup, Hörby e Ystad, pues sabía que por allí existían bastantes fincas abandonadas en las que podría trabajar con tranquilidad.

Encontró su primera bomba algo más allá de Krageholm, por una carretera pequeña que serpenteaba a través de una parte del bosque para luego desembocar en Sövde, en una granja semiderruida y bastante oculta. La bomba estaba algo oxidada pero entera. Empezó por intentar soltar el habitáculo de la bomba con una palanca pero, al empujar con todas sus fuerzas, éste se deshizo, ya que estaba todo podrido. Dejó la palanca y se dispuso a retirar la bomba de las planchas que cubrían la abertura del pozo, al tiempo que pensaba que, después de todo, quizá no fuese imposible conseguirle a Morell sus cuatro bombas. Otras tres granjas abandonadas, y podría estar de vuelta en Malmö poco después de mediodía, pues no eran más que las ocho y diez de la mañana. Tal vez fuese posible incluso hacer el viaje a Copenhague por la tarde.

Sacó la bomba oxidada y, al mismo tiempo, se derrumbó la base que sostenía el resto de las planchas.

Echó un ojo al interior del pozo.

Vio que había algo en la negrura del fondo, algo de color amarillo claro.

Descubrió entonces con horror que se trataba de una cabeza humana, de cabello rubio.

Allí dentro había una mujer.

Un cuerpo aplastado, comprimido, distorsionado.

Dejó caer la bomba y salió corriendo de allí. A la velocidad del rayo, abandonó la granja deshabitada y, recorridos unos kilómetros, justo antes de llegar a Sövde, detuvo el coche, abrió la puerta y vomitó.

Después, intentó reflexionar. Sabía que no habían sido figuraciones suyas. En el fondo del pozo había una mujer y pensó que, sin duda, la habían asesinado.

Cayó entonces en la cuenta de que había dejado sus huellas en la bomba que había desmontado.

Sus huellas estaban en los registros.

«Esto tiene que arreglarlo Morell», pensó desesperado.

Atravesó Sövde, a más velocidad de la debida, y se dirigió hacia el sur, rumbo a Ystad. Regresaría a Malmö y haría que Morell se encargase de todo. El hombre que se marchaba a España tendría que hacerlo sin sus bombas de agua.

Aproximadamente a la altura de la salida hacia el vertedero de Ystad, el viaje llegó a su fin. Mientras intentaba encender un cigarrillo con manos temblorosas, el coche patinó y no consiguió detenerlo del todo, de modo que se estrelló contra una valla y derribó unos cuantos buzones antes de detenerse. Peter Hanson llevaba el cinturón de seguridad, con lo que se libró de salir disparado a través del parabrisas, aunque el golpe lo aturdió y lo dejó conmocionado tras el volante.

Entretanto, un hombre que cortaba el césped en su jardín presenció lo ocurrido y salió corriendo, en primer lugar, hacia el vehículo, para asegurarse de que nadie había resultado herido de gravedad, y después hacia su casa, desde donde llamó a la policía. Hecho esto, regresó junto al coche, para evitar que el hombre que estaba al volante intentase huir, pensando que se trataba de un caso claro de conducción en estado de embriaguez, pues no podía explicarse cómo el conductor había perdido el control del vehículo en un trayecto en línea recta.

Quince minutos más tarde llegaba un coche patrulla de Ystad. Se habían hecho cargo de la llamada Peters y Norén, dos de los policías del distrito con más experiencia. Cuando comprobaron que nadie estaba herido, Peters empezó a dirigir el tráfico, de modo que los automovilistas evitasen el lugar del accidente, mientras que Norén se sentó con Peter Hanson en el asiento trasero del coche de la policía para intentar averiguar lo ocurrido. Norén lo hizo soplar, sin resultado positivo. Sí notó que el hombre parecía muy confuso y que no tenía interés alguno por explicar cómo se había producido el accidente. Cuando se puso a hablar de forma inconexa sobre bombas de agua, un perista de Malmö y una casa deshabitada y su pozo, Norén empezó a pensar que no estaba en su sano juicio.

—Hay una mujer en el pozo —dijo de pronto.

—Con que sí, ¿eh? Una mujer en un pozo.

—Estaba muerta —murmuró Peter Hanson.

Norén sintió que lo invadía un creciente malestar. ¿Qué intentaba decirle aquel hombre? ¿Que había encontrado una mujer muerta en el pozo de una casa abandonada?

Dejó al hombre sentado en el coche y se dirigió a toda prisa hacia el lugar en que Peters hacía señas a los automovilistas, que frenaban curiosos para ver lo sucedido, de que continuasen sin detenerse.

—Asegura que ha encontrado a una mujer muerta en un pozo —explicó Norén—. Una mujer rubia.

Peters dejó caer los brazos.

—¿Louise Åkerblom?

—No lo sé. Ni siquiera sé si es verdad.

—Llama a Wallander inmediatamente —recomendó Peters.

Aquella mañana de Walpurgis reinaba un ambiente expectante entre los inspectores de la comisaría de policía de Ystad. Se vieron a las ocho de la mañana en la sala de reuniones. Björk aceleró el curso de la reunión y se mostró algo falto de concentración, ya que tenía otros problemas en los que pensar más que en una mujer desaparecida. En efecto, aquella noche era, por tradición, una de las más problemáticas del año, y había mucho que organizar.

El único asunto de la reunión fue Stig Gustafson. La tarde y parte de la noche del jueves, Wallander había dado instrucciones a sus hombres para que buscasen al antiguo maquinista de transbordadores. Cuando les relató su conversación con el pastor Tureson, todos compartieron su sospecha de que aquello constituía un avance en el desarrollo de la investigación. Por otro lado, coincidieron en el hecho de que el dedo amputado y la casa volada en mil pedazos debían esperar. Hasta Martinson llegó a manifestar su opinión de que tal vez no se tratase más que de una casualidad, pese a todo, y que seguramente no habría ninguna conexión entre unas circunstancias y las otras.

—No sería la primera vez que nos ocurriese que al ir a confiscar alcohol a casa de un fabricante clandestino nos encontramos con una guarida de ladrones en casa del vecino, a quien sólo íbamos a preguntar por la dirección —señaló Martinson.

Aquel viernes por la mañana, no habían logrado averiguar todavía dónde vivía Stig Gustafson.

—Tenemos que localizarlo durante el día —apremió Wallander—. Cabe la posibilidad de que no lo encontremos en casa, pero al menos podremos comprobar si se ha marchado de allí a toda prisa.

En ese momento, sonó el teléfono. Björk echó mano del auricular, escuchó durante un instante y se lo pasó a Wallander.

—Es Norén. Está con un accidente de tráfico ocurrido a las afueras de

la ciudad.

—Pues que se encargue otro —dijo Wallander sin ocultar su irritación.

No obstante, tomó el teléfono dispuesto a escuchar lo que Norén tuviese que contar. Martinson y Svedberg, buenos conocedores de las reacciones de Wallander y siempre atentos a su humor variable, detectaron de inmediato que el contenido de la conversación era importante.

Wallander colgó despacio el teléfono y miró a sus compañeros.

—Se encuentra cerca de la salida hacia el vertedero. Se ha producido un accidente de escasa gravedad y tienen a un hombre que asegura que ha encontrado a una mujer muerta en el fondo de un pozo.

Todos esperaban que continuase, en medio de una gran tensión.

—Si no he comprendido mal —prosiguió—, el pozo se encuentra a menos de cinco kilómetros de la casa que Louise Åkerblom iba a visitar y aún más cerca del pantano en que encontramos su coche.

El silencio dominó la sala durante un instante, tras el cual todos intervinieron al mismo tiempo, levantándose de repente.

—¿Quieres realizar una salida de emergencia ahora mismo? —preguntó Björk.

—No. Antes necesitamos confirmar la noticia. Norén nos recomendó precaución, ya que el hombre parecía bastante turbado.

—Yo también lo estaría si hubiese encontrado a una mujer muerta en un pozo antes de salirme de la carretera —repuso Svedberg.

—Es justo lo que yo estaba pensando —admitió Wallander.

Salieron de Ystad en coches de emergencia, Wallander con Svedberg y Martinson solo en un vehículo. Al llegar a la salida norte, Wallander

puso en marcha la sirena. Svedberg lo miró interrogante.

—No hay demasiado tráfico —declaró.

—Ya lo sé pero, de todos modos... —respondió Wallander.

Se detuvieron junto a la salida hacia el vertedero, sentaron a un pálido Peter Hanson en el asiento trasero y siguieron sus indicaciones del camino.

—Yo no lo hice —repetía una y otra vez.

—¿Qué es lo que no hiciste? —quiso saber Wallander.

—Yo no la maté.

—En ese caso, ¿qué estabas haciendo allí?

—Sólo quería robar la bomba de agua.

Wallander y Svedberg intercambiaron una mirada.

—Morell me llamó anoche, ya tarde y me pidió cuatro bombas —mascullo Peter Hanson—. Pero yo no la maté.

Wallander no comprendía nada, pero Svedberg lo captó enseguida.

—Creo que sé de quién habla. Se refiere a un perista llamado Morell, bien conocido entre los colegas de la ciudad, al que nunca consiguen pillar.

—¿Bombas de agua dices? —preguntó Wallander con desconfianza.

—Antigüedades —aclaró Svedberg.

Giraron a la altura de la finca abandonada y salieron de los coches. A Wallander se le ocurrió que sería una hermosa noche de Walpurgis. El cielo estaba despejado, no se movía ni una ráfaga de viento y estaban a unos dieciséis o diecisiete grados como mínimo, pese a que no eran más que las nueve.

Observó el pozo y la bomba desmontada en el suelo justo al lado. Respiró hondo, se encaminó hacia allí y miró al fondo.

Martinson y Svedberg esperaban a unos metros de distancia junto a Peter Hanson.

Wallander reconoció enseguida a Louise Åkerblom.

Ni siquiera la muerte había podido borrar aquella sonrisa, aunque helada, de su rostro.

Sintió que se le descomponía el estómago, se dio la vuelta rápidamente y se sentó en cuclillas.

Martinson y Svedberg se acercaron al pozo a mirar, pero retrocedieron enseguida.

—¡Joder! —exclamó Martinson.

Wallander tragó saliva y se obligó a inspirar el aire muy hondo. Pensaba en las dos hijas de Louise Åkerblom, y en su marido, Robert. Se preguntaba cómo iban a ser capaces de seguir creyendo en un dios bueno y todopoderoso cuando su madre y esposa estaba muerta y había sido arrojada a un pozo.

Se levantó y volvió al agujero.

—Es ella, sin duda.

Martinson corrió hacia su vehículo, llamó a Björk y pidió efectivos de emergencia. Además, necesitarían la ayuda de los bomberos para sacar de allí el cuerpo. Wallander se sentó con Peter Hanson en el porche desvencijado de la casa, dispuesto a escucharlo. De vez en cuando le hacía alguna pregunta y asentía animándolo cuando le respondía. Sabía que le estaba diciendo la verdad y se le ocurrió que la policía debería estarle agradecido por haberse echado a la calle con la intención de robar bombas de agua viejas. De otro modo, les habría llevado mucho tiempo encontrar a Louise Åkerblom.

—Toma sus datos personales —pidió Wallander a Svedberg, una vez finalizada la conversación—. Después podrá marcharse. Pero procura que ese tal Morell confirme la veracidad de su historia.

Svedberg asintió.

—¿Sabes cuál de los fiscales está de servicio? —preguntó Wallander.

—Creo recordar que Björk dijo que era Per Åkeson, declaró Svedberg.

—Ponte en contacto con él y cuéntale que la hemos encontrado y que se trata de un asesinato. Dile que yo le entregaré un informe esta tarde.

—¿Y qué hacemos con Stig Gustafson?

—Tendrás que seguir buscándolo solo. Me gustaría que Martinson se quedase aquí hasta que la saquemos y realicemos el primer examen.

—En realidad, me alegro de no tener que verlo, confesó Svedberg, antes de desaparecer en uno de los coches.

Wallander volvió a respirar hondo, preparándose para regresar al pozo.

No quería estar solo cuando tuviese que contarle a Robert Åkerblom dónde habían encontrado a su mujer.

Los mismos bomberos jóvenes que dos días antes habían sondeado el pantano en el que hallaron su vehículo fueron los responsables de esta misión. Tardaron dos horas en rescatar el cadáver del pozo. La izaron en un chaleco de salvamento y la tumbaron en una tienda que habían instalado junto al pozo. Wallander vio claramente cómo había muerto antes de que la sacaran del todo, mientras los bomberos la izaban desde el fondo del pozo. Le habían dado un tiro en la frente. De nuevo lo invadió la sensación de que nada era normal en aquella investigación. Aún no había encontrado a Stig Gustafson, si es que era él el asesino, pero se preguntaba si habría sido capaz de dispararle de frente. Aquello no era normal.

Le preguntó a Martinson cuál había sido su primera impresión.

—Un disparo limpio en la frente no me hace pensar en la indignación incontrolada de un amor no correspondido, sino que más bien lo asocio a

una ejecución a sangre fría.

—Es lo mismo que yo pensaba —admitió Wallander.

Los bomberos secaron el pozo y bajaron. Cuando salieron del interior, traían consigo el bolso, el maletín y uno de los zapatos de la víctima, que conservaba el otro en el pie. Habían bombeado el agua hasta un depósito de plástico que habían montado a tal efecto. Allí la filtraron, sin encontrar ningún otro objeto que pudiera resultar de interés.

Los bomberos volvieron a descender a las profundidades del pozo, provistos de potentes linternas, pero lo único que encontraron fue el esqueleto de un gato.

La doctora salió pálida de la tienda.

—Es terrible.

—Sí —asintió Wallander—. Ya sabemos lo más importante, que le dispararon. Lo que quiero que me digan los patólogos de Malmö es, primero, cuál es el tipo de proyectil, segundo, si presenta otras heridas que indiquen que fue maltratada o que la mantuvieron prisionera en algún lugar. Toda la información que nos puedas proporcionar. ¡Ah! Y, por supuesto, si ha sido objeto de abuso sexual.

—La bala sigue alojada en la cabeza, porque no he visto ningún orificio de salida.

—Bueno, una cosa más —recordó Wallander—. También quiero que examinen las muñecas y los tobillos, para comprobar si hay indicios de que alguien le haya puesto unas esposas.

—¿Unas esposas?

—Eso es, unas esposas —repitió Wallander.

Björk se mantuvo algo apartado mientras izaban el cuerpo desde el fondo del pozo y, hasta que no lo pusieron en una camilla y se lo llevaron en ambulancia, no llamó a Wallander para intercambiar unas palabras con él.

—Tenemos que avisar a su marido.

«¿Nosotros?», pensó Wallander. «Lo que quieres decir es que yo tengo que avisar a su marido».

—Pediré al pastor Tureson que me acompañe —dijo Wallander.

—Intenta averiguar cuánto le llevará comunicar la noticia a los familiares más próximos —prosiguió Björk—. Me temo que no podremos mantenerlo en secreto durante mucho tiempo. Por otro lado, no comprendo cómo pudisteis dejar marchar a ese ladrón así, sin más. Se le puede ocurrir dirigirse a uno de los diarios de la tarde y sacar una buena suma por revelar la historia.

A Wallander lo irritó su tono recriminatorio, aunque en su fuero interno admitía que se exponían a correr el riesgo de que así sucediese.

—Sí, la verdad, ha sido una imprudencia. Era responsabilidad mía —concedió Wallander.

—Creía que había sido Svedberg quien lo dejó ir.

—Así es, fue Svedberg pero, aun así, la responsabilidad era mía.

—No tienes por qué enfadarte por mi comentario —señaló Björk.

Wallander se encogió de hombros.

—Estoy enfadado con quien le hizo esto a Louise Åkerblom. Y a sus hijas y a su marido.

La finca estaba cercada por la policía, que continuaba con el reconocimiento. Wallander se sentó en el coche, llamó al pastor Tureson, que contestó casi de inmediato, y le dio la noticia. El pastor guardó silencio durante largo rato, antes de prometer que lo esperaría a la puerta de la iglesia.

—¿Se vendrá abajo cuando se lo digamos? —quiso saber Wallander.

—Encontrará consuelo en Dios —aseguró el pastor.

«Ya veremos», dudó Wallander. «Ya veremos si eso es suficiente».

Sin embargo, no añadió nada más.

El pastor Tureson lo aguardaba cabizbajo en la calle.

A Wallander le costaba ordenar sus pensamientos mientras se dirigían al centro, pues no había nada que le resultase más difícil en este mundo que comunicar a una familia la muerte de algún pariente cercano. En realidad, daba igual que se tratase de una muerte por accidente, de un suicidio o de un asesinato. Sus palabras se le antojaban siempre igual de crueles, por más cuidado y delicadeza con que las revistiese al pronunciarlas. Se sentía como el último mensajero de la tragedia. Se le vinieron a la mente las palabras de su amigo y colega Rydberg poco antes de fallecer. «Los policías nunca podrán encontrar el modo apropiado de transmitir la noticia de una muerte repentina. De ahí que debemos ser siempre nosotros quienes lo hagamos, sin encomendar la misión a otra persona, ya que, con toda probabilidad, somos nosotros los que más capacidad de aguante hemos acumulado, los que hemos visto en más ocasiones que ninguna otra persona todo aquello que nadie debería estar obligado a ver».

De camino a la ciudad se impacientó también con la idea de que esa sensación de inquietud constante, de que algo no encajaba, de que se les escapaba alguna circunstancia crucial para el caso, se disiparía cuando hallasen una explicación. Decidió que preguntaría sin rodeos a Martinson y a Svedberg si ellos no experimentaban la misma sensación. ¿Habría alguna conexión entre el dedo negro amputado y la desaparición y la muerte de Louise Åkerblom? ¿No sería todo una amalgama de coincidencias imprevisibles?

A su parecer, existía además una tercera posibilidad, la de que alguien hubiese provocado el desconcierto de forma intencionada.

¿Por qué se había producido esta muerte inesperada?

El único motivo que habían podido vislumbrar hasta el momento era un amor no correspondido pero no parecía suficiente como para cometer un asesinato, y actuar después de forma tan fría, ocultando el vehículo en un lugar y el cuerpo en otro muy distinto.

Pensó que quizá no hubiesen descubierto ni una sola pista en la que mereciese la pena profundizar y se preguntaba qué harían en el caso de que Stig Gustafson resultase ser una de esas pistas.

Recordó las esposas, la sonrisa eterna de Louise Åkerblom, la familia feliz que había dejado de serlo.

¿Sería la imagen la que se había resquebrajado, o sería la realidad?

Cuando el pastor Tureson subió al coche, tenía lágrimas en los ojos. A Wallander se le hizo un nudo en la garganta en cuanto lo vio.

—Está muerta. La encontramos en una finca abandonada, a algunos kilómetros de Ystad. No puedo decir más, por el momento —declaró Wallander.

—¿Cómo murió?

Wallander se lo pensó un instante antes de responder.

—Le dispararon.

—Me gustaría hacerle otra pregunta, aparte de quién llevó a cabo semejante crimen atroz. ¿Sufrió mucho antes de morir?

—Aún no lo sabemos —admitió Wallander—. Pero, aunque lo supiese, le diría a su marido que la muerte fue rápida y por tanto en absoluto dolorosa.

Antes de ir a la iglesia, Wallander había pasado por la comisaría para recoger su coche, ya que no quería presentarse en un vehículo policial. Cuando llegaron, se detuvieron ante la casa.

Robert Åkerblom abrió la puerta en cuanto llamaron al timbre. Wallander pensó que los habría visto, que seguramente estaría atento a cualquier vehículo que frenase al entrar en la calle, que se habría

apresurado hacia la ventana más próxima para ver quién era.

Los hizo pasar y, una vez dentro, Wallander aguzó el oído, pero las dos niñas no parecían estar en casa.

—Lamento mucho tener que comunicarle que su mujer está muerta. La encontramos en una finca abandonada, a unos kilómetros de la ciudad. Murió asesinada —explicó Wallander.

Robert Åkerblom lo observó con el rostro impasible, como si esperase una continuación.

—No sabe cuánto lo siento, pero no puedo hacer más que decir la verdad. Por desgracia, me veo además en la necesidad de pedirle que la identifique, aunque eso puede esperar, no hay por qué hacerlo hoy. Por supuesto, también podría hacerlo el pastor Tureson —continuó.

Robert Åkerblom seguía mirándolo fijamente.

—¿Están sus hijas en casa? —preguntó Wallander en voz baja—. Para ellas será sin duda un golpe terrible.

El joven miró implorante al pastor Tureson.

—Cuenta con mi ayuda —prometió el pastor.

—Gracias por decírmelo —reaccionó al fin Robert Åkerblom—. La incertidumbre se me hacía ya insoportable.

—Le acompaño en el sentimiento —dijo Wallander—. Cuantos hemos trabajado en el caso esperábamos que hubiese un desenlace natural.

—¿Quién lo ha hecho? —quiso saber Robert Åkerblom.

—Aún no lo sabemos, pero no pensamos rendirnos hasta haberlo averiguado.

—Nunca lo lograrán —afirmó Robert Åkerblom.

Wallander lo miró interrogante.

—¿Por qué no?

—Porque nadie ha podido querer matar a Louise. ¿Cómo van a

encontrar al culpable?

Wallander no supo qué contestar, pues Robert Åkerblom había puesto el dedo en la llaga, en lo que constituía su mayor problema.

Unos minutos más tarde se levantó para marcharse. El pastor Tureson lo acompañó hasta el vestíbulo.

—Tienen un par de horas para ponerse en contacto con los familiares más próximos —aseguró Wallander—. Si no lo consiguen en ese tiempo, avísenme. No nos será fácil mantenerlo en secreto mucho más.

—Lo comprendo —asintió el pastor, antes de preguntar en un susurro—: ¿Y Stig Gustafson?

—Seguimos buscándolo. Aún no sabemos si fue él —admitió Wallander.

—¿Tienen alguna otra pista?

—Tal vez —repuso Wallander evasivo—. Pero, por desgracia, no puedo hablar de ello.

—¿Por razones técnicas de la investigación? —adivinó el pastor.

—Exacto.

Wallander intuyó que el pastor tenía una pregunta más que formular.

—¡Adelante! ¡Pregunte!

El pastor Tureson bajó tanto el tono de la voz que a Wallander le resultó difícil comprender lo que decía.

—¿Se trata de un delito sexual?

—Tampoco a eso puedo contestarle aún, pero es posible —concedió de nuevo el inspector.

Cuando abandonó el hogar de los Åkerblom, Wallander experimentó una curiosa sensación, mezcla de hambre y malestar. Se detuvo junto a un quiosco de salchichas de Österleden y engulló una hamburguesa, pues era

incapaz de recordar cuándo había sido la última vez que había comido algo, y continuó a toda prisa hacia la comisaría de policía. Lo recibió Svedberg, quien le contó que Björk se había visto obligado a improvisar urgentemente una conferencia de prensa y que, como no quería molestarlo mientras daba la noticia al viudo, se había llevado a Martinson.

—A ver si adivinas cómo llegó la noticia a los medios —lo retó Svedberg.

—Pues, ¿Peter Hanson?

—¡No! ¡Otra oportunidad!

—¿Alguno de nosotros?

—Esta vez no —aclaró Svedberg—. Fue Morell, el perista de Malmö. Vio clara la ocasión de sacarle dinero a un diario vespertino por el soplo, y no se lo pensó. No hay duda de que es un canalla pero ahora los compañeros de Malmö podrán pillarlo por fin. Mandarle a alguien que robe cuatro bombas de agua es un delito.

—Sí, pero no le caerá más que la prisión condicional —se lamentó Wallander.

Entraron al comedor y se sirvieron un café cada uno.

—¿Cómo se lo tomó Robert Åkerblom? —preguntó Svedberg.

—No lo sé. Tiene que ser algo parecido a perder media vida. No creo que nadie que no haya pasado por algo parecido pueda imaginárselo. Por lo menos yo no puedo. Lo único que sé es que debemos celebrar una reunión en cuanto la conferencia de prensa haya terminado. Entretanto, me sentaré en mi despacho e intentaré elaborar un resumen de lo que tenemos.

—Yo pensaba hacer un esquema de la información de las llamadas. Es posible que alguien viese a Louise Åkerblom el viernes con un hombre, que pudiera ser Stig Gustafson.

—Sí, hazlo —respondió Wallander—. Y tráenos toda la información que puedas recabar sobre ese hombre.

La conferencia de prensa se prolongó bastante, pero concluyó al fin tras una hora y media. Mientras tanto, Wallander había intentado redactar una sinopsis del caso, articulada en varios puntos, además de elaborar un plan para la siguiente fase de la investigación.

Björk y Martinson estaban absolutamente rendidos cuando entraron en la sala de reuniones.

—Ahora comprendo cómo te sientes cuando hay conferencia de prensa —confesó Martinson al tiempo que se hundía en una silla—. Lo único que les faltó por preguntar fue el color de su ropa interior.

La reacción de Wallander fue inmediata:

—Ese comentario estaba de más.

Martinson hizo un gesto con las manos a modo de disculpa.

—Intentaré hacer un resumen —empezó Wallander—. Todos conocemos el principio de la historia, así que me saltaré esa parte. El caso es que ya hemos encontrado a Louise Åkerblom y sabemos que ha sido asesinada, de un tiro en la frente. Me imagino, además, que le dispararon desde una distancia muy corta, pero ese dato nos lo confirmarán más adelante. Ignoramos si abusaron sexualmente de ella, o si la maltrataron o la retuvieron prisionera en algún lugar. Finalmente, tampoco estamos en condiciones de determinar dónde o cuándo la asesinaron. De lo que sí podemos estar seguros es de que estaba muerta cuando la metieron en el pozo y, además, hemos encontrado su coche. Es importante que recibamos el informe preliminar del hospital lo antes posible, sobre todo si se trata de un delito de abuso sexual. En tal caso, podremos empezar a vigilar a los autores probables que ya conozcamos.

Hizo una pausa para tomar un trago de café, antes de continuar.

—En cuanto a los motivos y al autor del delito, no contamos por el momento más que con una única pista a seguir, el maquinista Stig Gustafson, de quien sabemos que la estuvo persiguiendo y acosando con desesperadas declaraciones de amor. Todavía no lo hemos localizado, pero de ese tema sabes tú más que yo, Svedberg. Además, puedes hacernos un resumen de la información obtenida a través de las llamadas telefónicas. Lo que viene a complicar la investigación es el hallazgo del dedo negro y el hecho de que aquella casa explotase. Aún más intrincado resulta todo si tenemos en cuenta los restos, que Nyberg encontró entre las cenizas del incendio, de un moderno equipo de transmisión radiofónica, junto con el cañón de una pistola de uso común sobre todo en Sudáfrica, si no lo entendí mal. Es cierto que, de este modo, el dedo y el arma parecen relacionados, aunque este hecho no arroje ninguna luz sobre el asunto. Tampoco sobre el hecho de si existe algún tipo de conexión entre ambos sucesos.

Wallander dio por concluida su exposición y miró a Svedberg, quien hojeaba sus papeles, siempre en desorden.

—Empezaré por las llamadas. Algún día me haré rico con un libro que pienso escribir: *Los que quieren ayudar a la Policía*. Como de costumbre, hemos recibido maldiciones, mentiras, bendiciones, confesiones, sueños, alucinaciones..., amén de algún que otro soplo sensato. Sin embargo, por lo que deduzco de lo que aquí tengo, tan sólo una es de interés claro e inmediato. El administrador de la finca de Rydsgård afirma sin asomo de duda que vio pasar a Louise Åkerblom el viernes por la tarde. La hora también coincide, lo que significa que sabemos qué camino tomó. Por lo demás y por sorprendente que parezca, es muy poco el material que puede sernos de utilidad. También es cierto que, como sabemos, los mejores soplos tienen una tendencia clara a

tardar algunos días en entrar y que suele tratarse de personas juiciosas que se lo piensan antes de llamar. Por lo que respecta a Stig Gustafson, no hemos logrado dar con su nuevo paradero, aunque sí hemos descubierto que tiene un familiar, una joven soltera que vive en Malmö. Por desgracia, ignoramos su nombre de pila. Por supuesto, podemos buscar en la guía telefónica de Malmö, pero la lista de los Gustafson es para morir. Tendremos que continuar por ese camino y repartirnos los nombres. Y eso es todo lo que tenía que decir.

Wallander guardó silencio un momento. Björk lo miró instándolo a proseguir.

—Vamos a concretar —concluyó Wallander—. Nuestro principal objetivo es localizar a Stig Gustafson. Y si nuestro único recurso es buscar a su pariente de Malmö, lo haremos. Todos los empleados de la comisaría que puedan levantar un auricular tendrán que ayudar. Yo también me sentaré a llamar, aunque antes quiero apremiar a los del hospital. Hemos de continuar toda la tarde, le dijo a Björk.

—De acuerdo —asintió éste conforme—. Yo estaré aquí, por si ocurriese algo decisivo.

Svedberg empezó a organizar la búsqueda del familiar de Stig Gustafson, mientras Wallander se dirigía a su despacho. Antes de llamar al hospital, marcó el número de su padre, que tardó en contestar, de lo que Wallander dedujo que estaría fuera, pintando en el estudio. Enseguida percibió su malhumor.

—Hola, soy yo —dijo Wallander.

—¿Quién?

—Sabes perfectamente quién soy.

—Había olvidado el sonido de tu voz —le reprochó el padre.

Wallander se aguantó las ganas de colgarle el teléfono.

—Estoy trabajando. Acabo de encontrar a una mujer muerta,

asesinada, en el fondo de un pozo, así que no voy a poder ir a verte hoy. Espero que lo comprendas.

Para su sorpresa, el tono del padre se tornó amable de repente.

—Comprendo que no puedas venir hoy. Suena bastante desagradable eso que me cuentas.

—Sí, lo es. Aunque no pueda ir, quería desearte que lo pasaras bien esta noche, y decirte que intentaré acercarme mañana.

—Siempre y cuando tengas tiempo —repuso el padre—. Ahora he de dejarte.

—¿Por qué?

—Espero visita.

Wallander oyó que la conversación se cortaba y permaneció un instante sentado con el auricular en la mano.

«Espera visita», se dijo. «Es decir, que Gertrud Anderson viene a visitarlo incluso fuera del horario de trabajo.» Meneó la cabeza preocupado. «Tengo que encontrar el modo de dedicarle más tiempo. Sería una auténtica catástrofe si se casase».

Se levantó y fue a ver a Svedberg, que le dio una lista de nombres y números de teléfono, con la que regresó a su despacho. Marcó el primer número. Recordó que tenía que ponerse en contacto con el fiscal de guardia.

A las cuatro de la tarde, aún no habían localizado al familiar de Gustafson y a las cuatro y media consiguió hablar con Per Åkeson, que ya se encontraba en casa. Lo puso al corriente de lo sucedido y le dijo que, por ahora, estaban concentrando sus esfuerzos en localizar al maquinista. El fiscal no tenía nada que objetar y le pidió a Wallander que se pusiese en contacto con él a lo largo de la tarde si había novedades.

A las cinco y cuarto, volvió al despacho de Svedberg por otra lista, la tercera de la tarde, y seguían sin dar con el familiar. Wallander lamentó

el hecho de que fuese víspera del 1 de mayo, fiesta de Walpurgis, ya que la mayoría de la gente se había ido de viaje el fin de semana.

Nadie contestó en los dos primeros números que marcó. El tercero era de una señora mayor que negaba rotundamente que hubiese ningún Stig en la familia.

Wallander abrió la ventana y sintió que empezaba a dolerle la cabeza. Volvió al teléfono y marcó el cuarto número. El teléfono estuvo sonando durante un buen rato y ya estaba a punto de colgar cuando contestaron. Era una mujer joven. Él se presentó y le explicó el motivo de su llamada.

—¡Claro que sí! —dijo la mujer, que se llamaba Monica—. Mi hermanastro se llama Stig. Es maquinista de transbordadores. ¿Le ha ocurrido algo?

Wallander notó que el cansancio y la desgana desaparecían de repente.

—No —la tranquilizó Wallander—. Es sólo que necesitamos ponernos en contacto con él lo antes posible. ¿No sabrás tú dónde vive?

—Claro que lo sé, vive en Lomma, pero también sé que no está en casa.

—¿Y dónde está?

—Está en Las Palmas, aunque vuelve mañana. Me dijo que aterrizaría en Copenhague a las diez de la mañana. Creo que volaba con la compañía Scanair.

—¡Excelente! —exclamó Wallander—. Te estaría muy agradecido si pudieses proporcionarme su dirección y su número de teléfono.

Tomó nota de los datos solicitados, pidió disculpas por la molestia y se despidió. Acto seguido, entró como una tromba en el despacho de Svedberg, junto con Martinson, con el que se topó por el camino. Nadie sabía dónde estaba Björk.

—Iremos a Malmö a buscarlo nosotros mismos, aunque los

compañeros de la ciudad nos ayuden. Björk tendrá que disponer vigilancia y control de pasaportes de todas las personas que lleguen en los distintos transbordadores.

—¿Te dijo cuánto tiempo ha estado fuera? —preguntó Martinson—. Si sacó un vuelo de una semana, salió de viaje el sábado pasado...

Se miraron en silencio, conscientes de lo que implicaba la observación de Martinson.

—Creo que lo mejor será que os vayáis a casa —propuso Wallander—. Alguno de nosotros tendrá que estar descansado para mañana. Nos veremos aquí a las ocho y saldremos para Malmö.

Cuando Martinson y Svedberg se hubieron marchado, Wallander habló con Björk, quien prometió llamar a los colegas de Malmö para que preparasen la vigilancia que Wallander solicitaba.

A las seis y cuarto llamó al hospital, pero la doctora no le supo dar más que alguna vaga respuesta a sus preguntas.

—El cuerpo no presenta heridas visibles, ni contusiones ni fracturas. A simple vista, no parece que se trate de un delito de abuso sexual, aunque ya volveré sobre ese asunto. Tampoco encontré magulladuras en las muñecas ni en los tobillos.

—Está bien, gracias. Volveré a llamar mañana —prometió Wallander.

Dejó la comisaría y se dirigió a Kåseberga, donde recaló un instante para contemplar el mar desde la colina.

Llegó a casa poco después de las nueve.

Kurt Wallander tuvo un sueño al alba, justo antes de despertar.

Descubría que tenía una mano negra.

Y no era que tuviese puesto un guante negro, no. Era simplemente que la piel de su mano se había ennegrecido hasta volverse tan oscura como la de un africano.

En el sueño, anduvo vacilando entre reacciones de horror y de satisfacción. Rydberg, su antiguo colega fallecido hacía casi dos años, contempló la mano con disgusto y le preguntó a Wallander por qué tan sólo una de las dos manos era negra.

—Algo tendrá que ocurrir también el día de mañana —le contestó Wallander en el sueño.

Al despertar, recordaba lo soñado, y permaneció tumbado en la cama pensando en la respuesta que le había dado a Rydberg, sin saber exactamente qué le habría querido decir.

Se levantó y se acercó a mirar por la ventana. Constató que el 1 de mayo sería este año un día de sol y cielo despejado, aunque el viento soplaría en Escania.

Eran las seis de la mañana.

No se sentía cansado, pese a no haber dormido más que dos horas. Precisamente aquella mañana sabrían por fin si Stig Gustafson tenía alguna coartada para la tarde del viernes de la semana pasada, cuando, con toda probabilidad, Louise Åkerblom fue asesinada.

«Si resolvemos el caso hoy mismo, habrá sido todo de una simpleza sorprendente», razonó. «Los primeros días no teníamos nada a lo que aferramos pero luego todo empezó a rodar. La resolución de un crimen casi nunca sigue el ritmo de la vida cotidiana, sino que tiene un ritmo y una vida propios. Sus campanadas deforman el curso del tiempo, haciéndolo detenerse o precipitarse, sin que nadie pueda predecir cómo o cuándo lo harán».

Se vieron a las ocho en la sala de reuniones. Wallander tomó la palabra.

—No hay motivo alguno para que mezclemos en esto a la policía danesa. Si su hermanastra nos dijo la verdad, Gustafson aterrizará en Copenhague, con un vuelo de Scanair, a las diez de la mañana. Svedberg, tú controlarás esa información. Desde allí, puede elegir entre tres posibilidades para llegar a Malmö: por Limhamn, en uno de los barcos que salen del aeropuerto o con los trenes que van hasta allí. Es decir, hemos de vigilar los tres puntos.

—Digo yo que un maquinista se decidirá por el transbordador, sugirió Martinson.

—Puede ser, pero también cabe la posibilidad de que se haya cansado —objetó Wallander—. Seremos dos en cada puesto de vigilancia. Lo detendremos directamente, informándolo del motivo. No vendrá mal ser algo precavidos. Cuando lo tengamos, lo traemos aquí. He pensado que lo mejor será que yo empiece el interrogatorio.

—Me parece poco, dos personas. ¿No crees conveniente que haya al menos un coche patrulla en la zona?

Wallander aceptó.

—He hablado con los colegas de Malmö —prosiguió Björk—.

Recibiremos toda la ayuda necesaria. Tendréis que poneros de acuerdo con los policías del control de pasaportes sobre cuál será la señal de aviso cuando aparezca.

Wallander miró el reloj.

—Si no hay más que concretar, lo dejamos ya. Será mejor que estemos en Malmö con bastante margen de tiempo.

—El vuelo puede traer un retraso de veinticuatro horas —les recordó Svedberg—. Esperad que lo compruebe.

Quince minutos más tarde, les comunicó que el vuelo de Las Palmas tenía previsto su aterrizaje en Kastrup a las nueve y veinte.

—Ya está en el aire —aclaró Svedberg—. Y tienen viento favorable.

Partieron hacia Malmö de inmediato y, una vez allí, hablaron con sus colegas y se repartieron los puestos de vigilancia. Wallander se hizo cargo de la terminal de los trenes del aeropuerto, junto con un joven policía llamado Engman, que era un completo novato y que había ido a sustituir a Näslund. Éste era natural de Gotland, y Wallander había colaborado con él durante muchos años. Näslund no pensaba más que en regresar a su hogar, y aprovechó la ocasión en cuanto apareció una vacante en la policía de Visby. Wallander lo echaba de menos de vez en cuando, sobre todo porque siempre estaba de buen humor.

Martinson se hizo responsable de vigilar el acceso por Limhamn, junto con otro colega, mientras Svedberg permanecía en los muelles de los transbordadores del aeropuerto. Se mantendrían en contacto mediante transmisores-receptores. A las nueve y media, todo estaba organizado. Wallander consiguió que los colegas de la terminal de trenes del aeropuerto los invitasen a café a él y al ayudante.

—Es la primera vez que participo en la detención de un asesino, confesó Engman.

—Aún no sabemos si es él —respondió Wallander—. En este país,

uno es inocente mientras no se demuestre lo contrario. No lo olvides nunca.

Oyó con desagrado su propio tono doctrinal y pensó que debería suavizarlo con unas palabras amables, pero no se le ocurrió nada.

A las diez y media, Svedberg y su colega detenían, junto a los transbordadores y sin dramatismo alguno, a Stig Gustafson, que era pequeño, de constitución delgada, de pelo escaso y que venía muy moreno después de sus vacaciones.

Svedberg le explicó que era sospechoso de asesinato, lo inmovilizó con las esposas y le comunicó que sería interrogado en Ystad.

—¡No tengo ni idea de lo que me hablan! —exclamó—. ¿Por qué he de ir esposado? ¿Por qué tengo que ir a Ystad? ¿A quién se supone que he matado?

Svedberg se dio cuenta de que parecía sorprendido de verdad. Como un rayo, se le pasó por la cabeza la idea de que Stig Gustafson pudiera ser inocente.

A las doce menos diez estaba ya Wallander sentado frente a Stig Gustafson en una de las salas de interrogatorios de la comisaría de Ystad, después de haber informado al fiscal Per Åkeson de la detención.

Empezó preguntándole al detenido si quería café.

—No —repuso éste—. Lo que quiero es irme a casa y, sobre todo, quiero saber por qué estoy aquí.

—Tengo que hablar contigo^[4] —aclaró Wallander—. Y las respuestas que obtenga decidirán si puedes marcharte a casa o si has de quedarte.

Comenzó desde el principio, anotando los datos personales de Stig Gustafson, que se llamaba Emil de segundo nombre y había nacido en Landskrona. Era evidente que estaba nervioso, pues tenía el pelo húmedo

de sudor, aunque Wallander sabía que eso no significaba nada necesariamente, que hay gente que le tiene pavor a la policía como hay quien teme a las serpientes.

Emprendió, pues, el interrogatorio propiamente dicho yendo directo al grano, atento a la reacción que sus preguntas podían provocar en aquel hombre.

—Estás aquí para responder a una serie de preguntas relativas a un asesinato brutal. El asesinato de Louise Åkerblom.

Wallander vio que el hombre quedaba petrificado. ¿Acaso no se esperaba que encontrasen el cuerpo tan pronto, o era auténtica su sorpresa?

—Louise Åkerblom desapareció el pasado viernes —prosiguió—. Hallamos su cuerpo hace unos días. Lo más probable es que la asesinaran a lo largo de la tarde del viernes. ¿Tienes algo que decir al respecto?

—¿Se trata de la misma Louise Åkerblom que yo conozco?

Wallander notó que la sorpresa se había transformado en miedo.

—Sí, la misma que conociste en la iglesia metodista.

—¿La han asesinado?

—Sí.

—¡Eso es terrible!

Wallander empezó a sentir un resquemor en el estómago, una sensación de que se habían equivocado, de que habían metido la pata hasta el cuello. La expresión emocionada de Stig Gustafson parecía absolutamente honesta. Desde luego, Wallander sabía por experiencia que había delincuentes que, aun habiendo cometido los crímenes más horribles, eran capaces de aparentar la propia inocencia de un modo más que verosímil.

Sin embargo, el ardor de estómago persistía.

¿No habrían seguido desde el principio una pista falsa?

—Quiero saber qué hiciste el viernes pasado —exigió Wallander—. Empieza desde después del mediodía.

La respuesta lo pilló por sorpresa.

—Estuve en la policía, declaró Stig Gustafson.

—¿En la policía?

—Sí, en la comisaría de Malmö. Salía de viaje para Las Palmas al día siguiente y me di cuenta de que mi pasaporte había caducado, así que fui a la policía para renovarlo. La secretaría había cerrado cuando llegué, pero se portaron bien y aun así me lo dieron. A las cuatro de la tarde ya tenía pasaporte nuevo.

En su fuero interno, Wallander supo en aquel momento que Stig Gustafson quedaba fuera de juego, pero sentía como si se resistiese a admitirlo. Necesitaban con tanto apremio resolver el misterio de aquel asesinato... Por otro lado, incurriría en un delito de prevaricación grave si permitiese que sus sentimientos gobernasen el curso del interrogatorio.

—Aparqué el coche junto a la Estación Central y se me ocurrió ir al bar a tomar algo, añadió Gustafson.

—¿Hay alguna persona que pueda dar fe de que estuviste en el bar poco después de las cuatro del viernes pasado? —continuó Wallander.

Stig Gustafson meditó un instante, antes de responder.

—No lo sé. Estuve allí solo. Quizás alguno de los camareros me recuerde, aunque no voy al bar con demasiada frecuencia, así que mi cara no es de las conocidas.

—¿Cuánto tiempo permaneciste en el bar?

—Una hora, tal vez. No más.

—¿Hasta las cinco y media, más o menos?

—Sí, más o menos. Había pensado llegar al Systemet^[5] antes de que cerraran.

—¿A cuál de ellos?

—Al que está detrás de los grandes almacenes NK, no sé cómo se llama la calle.

—¿Y fuiste a comprar?

—Sí. No compré más que unas cervezas.

—¿Hay alguien que pueda confirmarnos que estuviste allí?

Stig Gustafson negó con la cabeza.

—El dependiente tenía la barba pelirroja... Pero es posible que guarde el recibo en alguna parte. En los recibos suele poner la fecha, ¿no?

—Continúa —lo animó a proseguir Wallander.

—Después fui a buscar el coche, para ir a los almacenes B&W de Jägersro a comprar una maleta.

—¿No habrá alguien allí que te recuerde? —inquirió Wallander.

—No compré ninguna. Me llevé un buen chasco. Eran demasiado caras, así que pensé que tendría que aguantarme con la vieja.

—¿Qué hiciste después?

—Me fui al McDonald's de por allí cerca, a comerme una hamburguesa, pero allí no hay más que chavales sirviendo, y éstos no se acuerdan de nada.

—La gente joven suele tener buena memoria —apuntó Wallander, recordando a la joven cajera de un banco que le había sido de gran utilidad en una investigación hacía ya algunos años.

—Por cierto, ahora recuerdo algo que ocurrió mientras estuve en el bar —dijo de repente Stig Gustafson.

—¿Qué?

—Bajé al meadero y allí estuve un rato hablando con un tío. Se quejó de que no hubiese toallitas de papel para secarse las manos. Estaba algo borracho, nada grave. Dijo que se llamaba Forsgård y que tenía una floristería en Höör.

Wallander no dejaba de anotar.

—Tendremos que investigarlo. Volvamos al McDonald's de Jägersro. Debían de ser las seis y media, aproximadamente.

—Seguramente.

—¿Qué hiciste después?

—Me fui a casa de Nisse a jugar a las cartas.

—¿Quién es Nisse?

—Un viejo carpintero con el que estuve saliendo a hacer vela durante muchos años. Se llama Nisse Strömgren y vive en la calle de Föreningsgatan. Jugamos a las cartas de vez en cuando, a un juego que aprendimos en Extremo Oriente. Es muy complicado, pero divertido cuando se sabe cómo jugar. Consiste en acumular el mayor número posible de jotas.

—¿Hasta cuándo estuviste allí?

—Serían casi las doce de la noche cuando me fui. Era un poco tarde y tenía que madrugar, ya que el autobús para Kastrup salía de la Estación Central a las seis de la mañana.

Wallander asintió. Estaba claro que, si su historia era cierta y si realmente a Louise Åkerblom la asesinaron el viernes, Stig Gustafson tenía una coartada.

En cualquier caso, no había motivos suficientes para solicitar su detención. El fiscal no lo aceptaría nunca.

«No es él», se dijo Wallander. «Aunque lo presionara con el tema de su acoso a Louise Åkerblom, no llegaríamos a ninguna parte».

Se levantó.

—Espérame aquí —le ordenó antes de salir.

En la sala de reuniones, todos escucharon abatidos las conclusiones de Wallander.

—Tendremos que investigar su versión pero, sinceramente, no lo creo culpable. Ha sido un fiasco.

—A mí me parece que te precipitas —objetó Björk—. La verdad es que aún no sabemos si murió durante la tarde del viernes. De hecho, Stig Gustafson puede haberse dirigido desde Lomma hasta Krageholm después de concluida la partida de cartas.

—Eso no me parece verosímil —repuso Wallander a su vez—. ¿Qué podría haber retenido a Louise Åkerblom fuera de casa hasta tan tarde? No olvides que dejó un mensaje en el contestador diciendo que estaría en casa hacia las cinco. No tenemos motivo para dudar de sus palabras, es decir, que algo ocurrió antes de esa hora.

Nadie añadió palabra.

Wallander recorrió la sala con la mirada.

—He de hablar con el fiscal. A menos que tengáis algo en contra, dejaré libre a Stig Gustafson.

No hubo objeciones a sus palabras.

Kurt Wallander cruzó hasta el extremo opuesto el edificio de la comisaría, donde se encontraban las oficinas de la fiscalía. Per Åkeson lo recibió y escuchó el resumen del interrogatorio. A Wallander le llamaba la atención, cada vez que lo visitaba en su despacho, el sorprendente desorden que allí reinaba. Montones de papeles desorganizados ocupaban mesas y sillas, la papelera desbordada... Sin embargo, Per Åkeson era un buen fiscal, a quien, por otro lado, nadie podía reprocharle el haber perdido nunca un documento importante.

—Entonces, no podemos someterlo a prisión preventiva —concluyó cuando Wallander hubo terminado—. Supongo que no será difícil confirmar su coartada.

—No. Sinceramente, yo no creo que sea nuestro hombre.

—¿Tenéis más pistas?

—Bastante imprecisas —admitió Wallander—. Nos hemos cuestionado si no habrá contratado a alguien para que la mate. Haremos

un análisis profundo después del almuerzo, antes de proseguir con la investigación, pero no tenemos ningún otro sospechoso, así que tendremos que movernos en varias direcciones, hasta que surja algo concreto. Ya te llamaré.

Per Åkeson asintió y entornó los ojos mirando inquisitivo a Wallander.

—¿Se puede saber cuánto duermes, si es que duermes? ¿Te has mirado al espejo? Tienes un aspecto lamentable.

—Mi aspecto no es nada, comparado con mi estado de ánimo —replicó Wallander al tiempo que se levantaba.

Recorrió el largo pasillo hasta la sala de interrogatorios.

—Te llevaremos hasta Lomma —le anunció a Stig Gustafson—. Seguramente, volveremos a llamarte.

—¿Estoy libre?

—Nunca has dejado de estarlo —declaró Wallander—. Un interrogatorio no es lo mismo que una orden de prisión preventiva.

—Yo no la maté. No sé cómo habéis podido creer tal cosa.

—¿Ah, no? Pero sí que te dedicabas a pisarle los talones de vez en cuando.

Wallander vio que la angustia ensombrecía su rostro.

«Así al menos sabrás que lo sabemos», pensó.

Acompañó a Stig Gustafson a la recepción, donde pidió que le facilitaran el transporte hasta su domicilio.

Wallander sabía que nunca más volvería a verlo, que podían borrarlo de la lista.

Tras una pausa de una hora, para el almuerzo, que Wallander aprovechó para comerse un par de bocadillos en la cocina de su casa, se vieron de nuevo en la sala de reuniones.

—¿Dónde están los ladrones de toda la vida? —suspiró Martinson—.

Esto parece una historia de piratas, en la que no tenemos más que el cadáver de una mujer creyente arrojado a un pozo y un dedo negro amputado.

—Tienes razón pero, por más que queramos, no podemos ignorar ese dedo —subrayó Wallander.

—Hay demasiadas pistas navegando a la deriva —dijo Svedberg sin ocultar su irritación y rascándose la calva—. Hemos de organizar lo que tenemos y hemos de hacerlo ya o, de lo contrario, no avanzaremos ni un milímetro.

Wallander adivinó, tras la crítica de Svedberg, el enojo por su modo de conducir la investigación y, a decir verdad, no le parecía del todo injustificada. Era consciente del riesgo que entrañaba el concentrarse en una sola pista en el estadio inicial del estudio de un caso. La metáfora de Svedberg reflejaba, ni más ni menos, una imagen perfecta del desconcierto que sentía.

—Estoy de acuerdo —admitió Wallander—. Veamos, pues, qué es lo que tenemos en realidad. Louise Åkerblom resulta asesinada, sin que sepamos con exactitud dónde ni por quién, aunque sí tenemos una idea de cuándo. En las inmediaciones del lugar en que encontramos su cadáver, explota una casa que se supone ha estado vacía durante un año. Entre los escombros del incendio, Nyberg encuentra algunas piezas de un transmisor de radio de alta tecnología y el cañón quemado de una pistola, que se fabrica en Sudáfrica bajo licencia. Por otro lado hallamos, en el jardín de la casa, un dedo negro amputado. También sabemos que alguien ha intentado ocultar el vehículo de Louise Åkerblom en un pantano. En realidad, fue una casualidad lo que hizo que lo encontráramos tan pronto, y lo mismo podemos decir de su cadáver. Asimismo, conocemos el hecho de que fue asesinada de un disparo en medio de la frente, como si se tratase de una ejecución. Antes de venir a

la reunión llamé al hospital. Según los especialistas, no hay indicio alguno de abuso sexual. Simplemente, la mataron.

—Tenemos que clasificar todos esos datos —concluyó Martinson—. Hemos de obtener más material acerca del dedo, del transmisor de radio y de la pistola. Tenemos que ponernos en contacto con el abogado de Värnamo de inmediato: no cabe la menor duda de que había alguien en aquella casa.

—Nos repartiremos el trabajo antes de concluir la reunión —decidió Wallander—. Por mi parte, no tengo más que dos dudas que manifestar.

—Empecemos por ahí —propuso Björk.

—La primera, ¿quién puede haber acabado con la vida de Louise Åkerblom? Un violador tal vez, pero no parece probable que haya sido violada, según los resultados preliminares del examen médico. Tampoco presenta señales de haber sufrido malos tratos o de haber sido retenida contra su voluntad. Por otro lado, no tenía enemigos. Lo único que se me ocurre es que se trate de un error, que haya sido asesinada en lugar de otra persona. La otra posibilidad es que, por casualidad, fuese testigo de algo que no debió haber visto u oído.

—Eso encaja bastante bien con la casa, pues estaba cerca de aquella otra que ella iba a inspeccionar —apuntó Martinson—. Además, no cabe duda de que algo extraño estaba sucediendo allí. No es del todo descabellado que ella lo presenciase y por eso la asesinaran. Peters y Norén visitaron la casa que tenía que haber visto ella, la de la viuda Wallin. Ambos coincidieron al afirmar que era perfectamente posible equivocarse de camino.

—Continúa —lo animó Wallander.

—No hay mucho más que añadir —admitió Martinson—. Por alguna razón, había allí un dedo amputado, si es que no fue consecuencia de la explosión, aunque no lo parece, a juzgar por el aspecto. Una explosión de

esa magnitud es capaz de pulverizar un cuerpo humano, y el dedo estaba separado del resto, pero entero.

—No es mucho lo que sé de Sudáfrica, salvo que es un país racista con constantes e intensos brotes de violencia —declaró Svedberg—. Suecia no tiene relaciones diplomáticas con su gobierno, ni tampoco jugamos al tenis ni hacemos negocios con ellos. Al menos, no de forma oficial. Lo que no me cabe en la cabeza es de qué modo unos hilos que se mueven desde Sudáfrica pueden conducir hasta Suecia. Podrían haber llegado a cualquier lugar, menos aquí.

—Quizá por eso —musitó Martinson.

Wallander se aferró enseguida a su comentario.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, simplemente creo que nos conviene pensar de modo muy distinto al aplicado hasta ahora si queremos aclarar este caso.

—Eso es, justamente, lo que yo pienso —prorrumpió Björk—. Cada uno de vosotros me presentará un comentario escrito del asunto mañana. Quién sabe si la reflexión individual no nos permitirá avanzar.

Se repartieron los distintos cometidos. Björk, que concentraría sus esfuerzos en obtener un informe preliminar del examen del dedo, cedió el asunto del abogado de Värnamo a Wallander.

Éste llamó al bufete y pidió que lo pusiesen al habla con el abogado Holmgren, aduciendo que se trataba de algo urgente. Holmgren tardó tanto en ponerse al teléfono que a Wallander le dio tiempo de enfadarse.

—Se trata de un inmueble situado en Escania y que usted administra —explicó Wallander—. Aquella casa que quedó reducida a cenizas.

—Sí, algo totalmente inexplicable —repuso Holmgren—. En cualquier caso, ya he comprobado que el seguro de los herederos cubre el siniestro. ¿Tienen ya alguna explicación de cómo pudo ocurrir?

—Aún no —confesó Wallander—. Estamos trabajando en ello. Hay

una serie de preguntas que necesito que me responda ahora mismo, por teléfono.

—Estoy muy ocupado, así que espero que no nos lleve mucho tiempo —advirtió el abogado.

—Si no podemos solucionarlo por teléfono, la policía de Värnamo puede citarlo en la comisaría —replicó Wallander, sin preocuparse del tono brusco de su respuesta.

El abogado tardó un instante en contestar.

—Pregunte, le escucho.

—Aún no hemos recibido el fax que nos prometió con el nombre y la dirección de cada uno de los testamentarios.

—Haré que se lo envíen.

—Además, me pregunto quién es el responsable directo del inmueble.

—Soy yo, pero no entiendo su pregunta.

—A las casas hay que echarles un ojo de vez en cuando, arreglar las tejas, procurar que no haya ratones... ¿Se encarga usted de todo eso?

—Uno de los testamentarios, que vive en Vollsjö, suele ir por la casa. Se llama Alfred Hanson.

Wallander anotó la dirección y el número de teléfono.

—Vamos a ver, la casa ha estado deshabitada durante un año, ¿no es así?

—Más de un año. No han llegado a ponerse de acuerdo acerca de si debían venderla o no.

—Es decir, ¿nadie ha vivido en ella durante todo ese tiempo?

—Por supuesto que no.

—¿Está usted seguro?

—No sé qué pretende insinuar. La casa ha estado cerrada a cal y canto, y Alfred Hanson me ha llamado con regularidad para informarme de que todo estaba en orden.

—¿Cuándo fue la última vez que llamó?

—¿Cómo quiere que lo recuerde?

—No lo sé, pero sí quiero que responda a mi pregunta.

—Creo que fue por Año Nuevo, pero no puedo asegurárselo. ¿Por qué es tan importante?

—Por el momento, todo es importante. Gracias por la información.

Wallander puso fin a la conversación, abrió la guía de teléfonos y buscó en el plano la dirección de Alfred Hanson. Luego se levantó, echó mano de su cazadora y abandonó la habitación.

—Me voy a Vollsjö —dijo entreabriendo la puerta del despacho de Martinson—. Algo raro hay con el tema de la casa que explotó.

—Yo lo veo todo raro —respondió Martinson—. Por cierto, acabo de hablar con Nyberg. Según me dijo, el transmisor de radio calcinado parece de fabricación rusa.

—¿Cómo? ¿Ruso?

—Yo qué sé. Eso me dijo.

—Otro país implicado —advirtió Wallander—. Suecia, Sudáfrica y Rusia. ¿Dónde acabará todo esto?

Poco más de media hora después entraba en el jardín de la casa donde se suponía que vivía Alfred Hanson. Era una casa relativamente moderna, que se destacaba bastante del resto de las edificaciones antiguas. Cuando Wallander se bajó del coche, los pastores alemanes que había encerrados en una caseta empezaron a ladrar desaforados. Eran ya las cuatro y media de la tarde y se sentía hambriento.

—¿Alfred Hanson?

El hombre hizo un gesto de asentimiento.

—Soy de la policía de Ystad —aclaró Wallander.

—¡Mierda! —exclamó el hombre antes de que Wallander hubiese tenido tiempo de presentarse.

—¿Perdón?

—¿Quién les ha dado el soplo? ¿Ha sido ese condenado de Bengtson?

Wallander meditó un momento antes de responder.

—Siento no poder contestar a esa pregunta. La policía protege a todos sus informantes.

—Ha tenido que ser Bengtson. ¿Estoy detenido?

—Eso podríamos discutirlo —sugirió Wallander.

El hombre lo hizo pasar a la cocina, donde enseguida percibió un débil pero inconfundible olor a matarratas, con lo que se hizo una clara composición de lugar: Alfred Hanson se dedicaba a la destilación clandestina de alcohol y pensaba que Wallander estaba allí para arrestarlo.

Convencido de ello, se hundió en una silla al tiempo que se rascaba la cabeza.

—Me persigue la mala suerte —se lamentó.

—Hablaremos de la destilería más tarde —dijo Wallander—. Estoy aquí por otro motivo, aparte de la destilería, claro.

—¿Qué asunto es éste?

—La casa que se quemó.

—Yo no sé nada de eso.

Wallander notó que se había puesto nervioso.

—¿Que no sabe nada de qué?

El hombre encendió un cigarrillo arrugado, con pulso tembloroso.

—En realidad soy barnizador, pero no soporto levantarme todos los días a las siete de la mañana para trabajar, así que pensé que podía sacarle algún rendimiento a la casa si conseguía alquilarla. Lo que yo quiero es venderla, pero la familia no hace más que complicarlo todo.

—¿Y quién se interesó por alquilarla?

—Un tipo de Estocolmo que había estado buscando por la zona. La vio y le gustó la situación. Lo que aún me pregunto es cómo pudo dar conmigo.

—¿Cómo se llamaba?

—Dijo que se llamaba Nordström, pero eso no se lo cree nadie.

—¿Por qué?

—Su sueco era bueno, pero hablaba con acento. ¿Cómo coño se va a llamar Nordström un extranjero?

—En cualquier caso, ¿dice que quería alquilar la casa?

—Sí, y pagó bien. Diez mil coronas al mes, y a eso no puede uno negarse. Además, sin percances. Los testamentarios y Holmgren, que me pagan bastante poco por cuidar la casa, no tenían por qué enterarse.

—¿Por cuánto tiempo quería tenerla en alquiler?

—Vino a primeros de abril y la ocuparía hasta finales de mayo.

—¿Dijo para qué la quería?

—Para una gente que necesitaba tranquilidad para pintar.

—¿Para pintar?

Aquello le hizo pensar en su padre.

—Sí, para unos artistas, vaya. Me puso los billetes aquí, sobre esta mesa, así que no me lo pensé dos veces.

—¿Cuándo volvió a verlo?

—Nunca.

—¿Nunca?

—Era algo así como una condición tácita, el que yo me mantuviese lejos de la casa. Y así lo hice, por supuesto. Le di las llaves y eso fue todo.

—¿Le ha devuelto las llaves?

—No, dijo que me las enviaría por correo.

—¿No tiene su dirección?

—No.

—¿Puede describir a aquel hombre?

—Era terriblemente gordo.

—¿Qué más?

—¿Cómo coño quiere que describa a un gordo? Estaba medio calvo, amoratado y gordo, pero gordo a reventar. Como un tonel.

Wallander asintió.

—¿Le queda aún algún billete? —inquirió Wallander, por si encontraban huellas dactilares.

—Ni un céntimo. Por eso he empezado a destilar otra vez.

—Si lo deja hoy mismo, no me lo llevaré a Ystad —prometió Wallander.

Alfred Hanson no daba crédito a sus palabras.

—Lo digo en serio. Por supuesto, lo tendré bajo vigilancia, para asegurarme de que lo deja. Además, tendrá que vaciar todo lo que tenga destilado.

Cuando Wallander se marchó, el hombre quedó boquiabierto sentado a la mesa de la cocina.

«Prevaricación», se reprochó Wallander. «Pero es que ahora no tengo tiempo para alcohol clandestino».

Regresó a Ystad y, sin saber con exactitud por qué, se desvió y dejó el vehículo en un aparcamiento cercano al lago de Krageholm. Salió del coche y bajó hasta la orilla.

Había algo en aquel caso y en la muerte de Louise Åkerblom que le infundía terror, como si todo aquello no hubiese hecho más que empezar.

«Tengo miedo. Como si el dedo negro me estuviese señalando a mí. Creo que no reúno los requisitos necesarios para comprender el alcance de este asunto».

Se sentó sobre una piedra, pese a que estaba húmeda. De repente el cansancio y el desaliento se le antojaron insuperables.

Mientras contemplaba el mar, se le ocurrió que había cierta similitud entre la investigación que tenía entre manos y la sensación que experimentaba en su interior. No tenía control sobre sí mismo, del mismo modo que no era capaz de dirigir la investigación de aquel caso. Suspiró al comprender que, incluso a él mismo, le resultaba patética la idea de estar tan perdido en su propia vida como en la investigación del asesinato de Louise Åkerblom.

«¿Cómo continuar?», se preguntó en voz alta. «No quiero tener que vérmelas con asesinos sin escrúpulos y sin respeto por la vida. No quiero verme obligado a pasarme la vida investigando una violencia que nunca, mientras viva, llegaré a comprender. Tal vez la próxima generación de policías de este país viva otras experiencias, de las que extraer otra visión de su trabajo. Para mí, es demasiado tarde. Nunca llegaré a ser distinto del que soy, un policía más o menos habilidoso de un distrito policial sueco más o menos grande».

Se levantó y permaneció unos instantes contemplando cómo una urraca se alejaba aleteando de la copa de un árbol.

«Todas las preguntas quedan sin respuesta. Dedico mi vida a intentar atrapar y declarar culpables a los autores de diversos crímenes. Unas veces lo consigo, las más, no. Sin embargo, el día que yo muera, habré fracasado con la mayor de todas las investigaciones. La vida seguirá siendo un misterio inexplicable.

»Tengo que ver a mi hija. A veces la echo tanto de menos que me duele el alma. Tengo que atrapar a un hombre negro al que le falta un dedo. Sobre todo, si es él el asesino de Louise Åkerblom. Hay una pregunta a la que quiero que me responda: *¿Por qué la mataste?*

»Tengo que seguir a Stig Gustafson, no puedo perderlo de vista

demasiado pronto, aunque ya esté convencido de que es inocente».

Volvió al coche.

El miedo y el hastío se resistían a desaparecer. El dedo no dejaba de apuntarle.

Apenas si resultaba visible, acurrucado como estaba a la sombra de aquel coche abandonado. Inmóvil y con el rostro negro sobre el fondo oscuro de la carrocería, era imposible distinguirlo.

Había elegido con mucho esmero el lugar en que habían de recogerlo. Llevaba esperando desde primera hora de la tarde y el sol empezaba ya a desaparecer más allá de la polvorienta silueta del gueto de Soweto. La tierra roja y reseca ardía bajo el sol poniente. Era el 8 de abril de 1992.

Había recorrido un largo camino para no llegar con retraso al punto de encuentro. El hombre blanco que se había puesto en contacto con él le advirtió que debía salir con tiempo. Por razones de seguridad, no le habían dicho la hora exacta a la que irían a buscarlo. Poco después de la puesta de sol, fue toda la información que le proporcionaron.

No habían pasado más que veintiséis horas desde que el hombre blanco, que se presentó como Stewart, lo esperase a la puerta de su casa en Ntibane. Cuando oyó los golpes en la puerta, pensó primero que era la policía de Umtata, que lo buscaba por algún motivo, pues no solía pasar más de un mes entre una y otra visita. En cuanto se producía un atraco a un banco o un asesinato, tenía a alguno de los agentes de la unidad antidisturbios de Umtata llamando a su puerta. En algunas ocasiones se lo llevaban a la ciudad para interrogarlo, pero lo normal era que aceptasen su coartada, aunque ésta había consistido últimamente en estar borracho en alguno de los bares de la zona.

Cuando salió de la barraca de uralita en la que vivía, no reconoció al hombre que tenía delante, a la intensa luz del sol, y que aseguró llamarse Stewart.

Victor Mabasha comprendió enseguida que mentía. Podía haberse llamado de cualquier modo, pero no Stewart. Pese a que le habló en inglés, Victor pudo adivinar por su acento que era bóer. Y los *boere* no se llaman Stewart.

El hombre fue a buscarlo por la tarde. Victor Mabasha estaba tumbado durmiendo cuando llamaron a la puerta. No se dio ninguna prisa en levantarse, ponerse los pantalones y abrir. Se había habituado al hecho de que nadie llegara en su busca con ningún asunto importante. La mayoría de las veces se trataba de alguien a quien debía dinero o alguien lo suficientemente ingenuo como para creer que él podría prestarle dinero, si es que no era la policía quien lo requería; pero ellos nunca daban toquitos en la puerta, sino que la aporreaban, cuando no la arrancaban directamente.

El hombre que se presentó como Stewart tenía unos cincuenta años de edad, vestía un traje desgarrado y sudaba de forma abundante. Había aparcado su coche bajo un baobab que se erguía al otro lado de la calle. Victor se dio cuenta de que tenía matrícula de Transvaal y se preguntó fugazmente por qué razón había viajado desde tan lejos hasta la provincia de Transkei para verlo precisamente a él.

El hombre no preguntó si podía entrar, sino que simplemente le tendió un sobre y le dijo que una persona quería verlo al día siguiente a las afueras de Soweto, y que se trataba de un asunto importante.

—Esa carta contiene toda la información que necesitas —le aseguró.

Unos niños medio desnudos jugaban con la tapa abollada de un cubo justo al lado de la barraca. Les gritó que se esfumaran y desaparecieron en el acto.

—¿Quién? —quiso saber Mabasha.

Desconfiaba de todos los blancos pero, en especial, le inspiraban poca confianza los blancos que mentían mal y que, por si fuera poco, pensaban que se iba a conformar con que le pusieran un sobre en la mano.

—Eso no puedo decírtelo —respondió Stewart.

—Siempre hay alguien que quiere verme a mí. La cuestión es si yo quiero ver a ese alguien.

—Todo está en el sobre —insistió Stewart.

Victor extendió la mano y tomó aquel sobre grueso y marrón. Enseguida notó que contenía un fajo de billetes, lo que le hizo sentir tanta tranquilidad como desconfianza. Necesitaba dinero, pero no sabía por qué se lo daban y eso le preocupaba, pues no quería verse involucrado en un negocio del que nada sabía.

Stewart se enjugó el sudor de la cara y de la calva con un pañuelo empapado.

—Hay un mapa en el que han señalado el punto de encuentro, cerca de Soweto. No habrás olvidado cómo es aquello, ¿verdad?

—Todo cambia —repuso Victor—. Sé el aspecto que tenía Soweto hace ocho años, pero no tengo ni idea de cómo estará hoy.

—No es en el centro de Soweto donde os encontraréis, sino en un desvío hacia la carretera principal de Johannesburgo. Allí, todo sigue igual. Tendrás que salir a primera hora de la mañana si no quieres llegar tarde.

—¿Quién quiere verme? —insistió Victor.

—Prefiere no decir su nombre. Ya lo verás mañana.

Victor negó lentamente con la cabeza y le devolvió el sobre.

—Quiero un nombre —afirmó—. Si no me das un nombre no llegaré a mi hora a la cita. No llegaré nunca.

El hombre que dijo llamarse Stewart dudaba. Victor lo observaba con

los ojos fijos. Tras vacilar un buen rato, Stewart pareció comprender que Victor iba en serio. No había rastro de los niños y los vecinos más cercanos, que vivían en una barraca de chapa tan miserable como la suya, se encontraban a unos cincuenta metros. A la puerta de aquella barraca, una mujer molía el grano envuelta en remolinos de polvo. Unas cabras husmeaban en busca de algunas briznas de hierba en la tórrida tierra rojiza.

—Jan Kleyn —musitó al fin—. Él es quien quiere verte. Olvidarás que te revelé su nombre. Debes ser puntual.

Se dio media vuelta y regresó al coche. Victor se quedó allí mirando cómo desaparecía entre una nube polvorienta. Conducía a demasiada velocidad y Victor pensó que era el típico hombre blanco que se siente inseguro y expuesto cuando visita los barrios de los negros. Para Stewart era como pisar territorio enemigo. Y así era, en efecto.

Sonrió ante la idea.

Los blancos son gente asustada.

No comprendía cómo Jan Kleyn había caído tan bajo como para utilizar semejante mensajero.

¿O acaso era aquello otra mentira de Stewart? ¿Era posible que Jan Kleyn no lo hubiese enviado, que hubiese sido otra persona?

Los niños de la tapa metálica volvieron. Él entró de nuevo en su barraca, encendió el candil, se sentó sobre la cama desvencijada y rasgó el sobre despacio.

Tenía la costumbre de abrir los sobres por el canto inferior, ya que sabía que las cartas bomba casi siempre llevaban el detonador en la parte superior del sobre. Casi ninguna de las personas que suponían que les podía llegar por correo una carta bomba la abrían como todo el mundo.

El sobre contenía un mapa, minuciosamente dibujado a mano con rotulador negro, en el que una cruz roja indicaba el punto de encuentro.

Recordaba perfectamente el lugar. Sería imposible no dar con él. Además del sobre, había un fajo de billetes rojos de cincuenta rand. Él sabía, sin necesidad de contarlos, que había cinco mil rand.

Y eso era todo. No había ningún mensaje con una explicación de por qué Jan Kleyn quería verlo.

Victor dejó el sobre en el suelo de tierra y se tumbó en la cama. Notó que las sábanas olían a moho. Una mosca invisible zumbaba sobre su cara. Giró la cabeza y contempló el candil.

«Así que Jan Kleyn quiere verme», pensó. «Hace ya dos años que me dijo que nunca más haríamos negocios juntos. Y ahora resulta que quiere verme otra vez. ¿Por qué?»

Se sentó en la cama y miró su reloj de pulsera. Si quería estar en Soweto al día siguiente, tendría que salir de Umtata en el autobús de la tarde. Stewart estaba equivocado, no podría esperar hasta por la mañana, pues había casi novecientos kilómetros hasta Johannesburgo.

No tenía que tomar ninguna decisión. Puesto que había aceptado el dinero, no le quedaba más remedio que ponerse en marcha. No le apetecía lo más mínimo deberle a Jan Kleyn cinco mil rand. Sería como dictar su propia sentencia de muerte. Lo conocía demasiado bien como para saber que nadie que osase traicionarlo escapaba a su castigo.

Sacó una bolsa de viaje que tenía enrollada debajo de la cama. Puesto que ignoraba cuánto tiempo estaría fuera y lo que Jan Kleyn quería que hiciese, no preparó más que unas camisas, algo de ropa interior y un par de zapatos de suela gruesa. En caso de que la duración de su misión se prolongase demasiado, siempre podría comprar la ropa necesaria. Luego desenroscó con mucho cuidado uno de los largueros de la cama donde, envueltos en plástico y engrasados, guardaba sus dos cuchillos. Les limpió la grasa con una gamuza y se quitó la camisa. De un cáncamo que había en el techo colgaba un cinturón especialmente confeccionado para

los cuchillos. Se lo ajustó a la cintura y comprobó satisfecho que aún podía usar el mismo agujero que antes y que, pese a haber dedicado los últimos meses, mientras le duró el dinero, a beber cerveza, no había ganado peso. Todavía se encontraba en forma, aunque pronto cumpliría treinta y un años.

Introdujo los dos cuchillos en sus fundas tras haber pasado las yemas de los dedos por la punta. No tenía más que ejercer una leve presión con la mano para que la sangre empezase a gotear. Luego desenroscó el otro larguero y sacó una pistola, también embadurnada en grasa de coco y envuelta en plástico. Sentado en la cama, la limpió minuciosamente. Era una Parabellum de nueve milímetros. La cargó con la munición adecuada, muy especial, que sólo podía adquirirse a través de un traficante ilegal de armas de Ravenmore. En una de las camisas que había guardado en la bolsa envolvió otros dos cargadores. Se ajustó entonces la cartuchera e introdujo la pistola en la funda. Estaba dispuesto para el viaje y para el encuentro con Jan Kleyn.

Minutos después abandonaba la barraca. Echó el candado oxidado y se puso en camino hacia la parada del autobús, que se encontraba a varios kilómetros de allí, por la carretera hacia Umtata.

Entrecerró los ojos ante el sol deslumbrante, que desaparecía veloz sobre Soweto, y recordó la última vez que estuvo allí, hacía ya ocho años. En aquella ocasión había recibido, de un comerciante local, la cantidad de quinientos rand por matar a otro comerciante que le hacía la competencia. Como de costumbre, había tomado todas las precauciones imaginables y había trazado un plan minucioso. Sin embargo, algo se torció desde el principio. Por pura casualidad, una patrulla de policía pasó por allí y se vio obligado a huir apresuradamente de Soweto. Desde

entonces, nunca había vuelto a la ciudad.

El atardecer africano era fugaz. De repente se vio rodeado de una densa oscuridad. Se oía en la distancia el zumbido de los coches que pasaban por la autopista que se bifurcaba hacia Ciudad del Cabo y Port Elizabeth. Una sirena de la policía aullaba a lo lejos. Pensó que el asunto que Jan Kleyn se traía entre manos debía de ser muy especial, y que por eso se había puesto en contacto con él precisamente. Había muchos candidatos dispuestos a dispararle a cualquiera por mil rand. Pero Jan Kleyn le había dado un adelanto de cinco mil, y eso no podía deberse sólo a que se le considerase el asesino a sueldo más eficaz y con más sangre fría de toda Sudáfrica.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas cuando oyó el ruido de un motor que se destacaba del zumbido de la autopista. Poco después vislumbró las luces de unos faros que se aproximaban. Se encogió cuanto pudo entre las sombras y sacó la pistola. Hizo un amplio movimiento con el brazo y quitó el seguro del arma.

El vehículo se detuvo donde finalizaba el desvío. Los faros arrojaban su luz sobre la maleza polvorienta y los restos de coches descuartizados. Victor Mabasha aguardaba en tensión al abrigo de la oscuridad.

Un hombre salió del coche. Victor vio de inmediato que no se trataba de Jan Kleyn, pero tampoco se lo esperaba. Jan Kleyn solía enviar a otros a recoger a aquellos a quienes quería ver.

Se deslizó con gran sigilo en torno al coche tras el que se ocultaba, describiendo un círculo con el fin de poder acercarse al hombre por detrás. Éste había detenido su vehículo en el lugar exacto en que Victor supuso que lo haría, así que había estado practicando cómo desplazarse sin hacer ruido.

Se paró justo detrás del hombre y apretó el cañón contra su cabeza. El hombre se estremeció sobresaltado.

—¿Dónde está Jan Kleyn? —preguntó Mabasha.

El hombre giró la cabeza muy despacio.

—Te llevaré hasta él —respondió sin poder ocultar el miedo.

—¿Dónde está?

—En una granja a las afueras de Pretoria, en Hammanskraal.

Mabasha comprendió que no se trataba de ninguna trampa, pues ya en otra ocasión se había visto con Jan Kleyn en Hammanskraal, así que guardó la pistola en la funda.

—Será mejor que nos vayamos. Nos quedan cien kilómetros hasta la granja.

Se acomodó en el asiento trasero. El hombre que había tras el volante guardaba silencio. Al poco vio las luces de Johannesburgo, cuando sobrepasaron por la autopista la zona norte de la ciudad.

Siempre que se encontraba en Johannesburgo notaba que se le avivaba el odio desaforado que sentía por la ciudad. Aquel odio era como un animal salvaje que lo perseguía sin tregua, que resucitaba una y otra vez para recordarle cuanto deseaba olvidar por encima de todo.

En efecto, Victor Mabasha había crecido en Johannesburgo. Su padre era minero y aparecía poco por casa. Trabajó en las minas de diamantes de Kimberly durante muchos años, para luego matarse a trabajar en las del nordeste de Johannesburgo, en Verwoerdburg. A los cuarenta y dos años, sus pulmones dejaron de funcionar. Victor Mabasha recordaba aún el silbido insoportable que emitía su padre cuando se esforzaba por respirar durante el último año de su vida. Nunca olvidaría el resplandor de la angustia en sus ojos. Durante todos aquellos años, su madre procuró mantener la casa y a sus nueve hijos. Vivían en un barrio de chabolas, y Victor recordaba toda su niñez como una humillación prolongada y sin límite. No tardó en rebelarse contra dicha situación pero sus protestas se malinterpretaron y se tergiversaron. Llegó a formar parte de un círculo de

jóvenes ladronzuelos. En una ocasión, lo pillaron y los policías blancos lo apalearon en la celda de la cárcel. Todo aquello incrementó su amargura, volvió a las calles y a la delincuencia. A diferencia de muchos de sus compinches, emprendió su propio camino para sobrevivir al desprecio y así, en lugar de abrazar los movimientos negros de concienciación que crecían paulatinamente, se determinó a tomar el camino contrario y, pese a que era la opresión de los blancos la que destruía su vida, concluyó que la única manera de librarse de dicha opresión era estar a bien con los opresores. Empezó, pues, a realizar distintos trabajos para peristas blancos, a cambio de su protección. El día que, poco después de haber cumplido los veinte años, le prometieron mil doscientos rand por matar a un político negro que había insultado a un hombre de negocios blanco, no se lo pensó dos veces. Ésa sería la prueba definitiva de que estaba del lado de los blancos. Por otro lado, su venganza consistiría en que ellos, los blancos, nunca llegarían a sospechar cuan profundamente los despreciaba. Creerían que él no era más que un simple *kaffir*, que sabía cómo comportarse en Sudáfrica pero, en el fondo de su alma, odiaba a los blancos y precisamente por eso les obedecía.

A veces leía en el periódico que alguno de sus antiguos camaradas había muerto ahorcado o había sido condenado a prisión por muchos años y, aunque le dolía su destino, nunca se planteaba si él iría por el camino adecuado para sobrevivir. Quién sabe si, siguiendo esta pauta, no podría al fin, un día, construir su vida lejos de los barrios bajos.

Había conocido a Jan Kleyn a los veintidós años y, aunque tenían la misma edad, aquél lo trató entonces con soberbia y menosprecio.

Jan Kleyn era un fanático y Victor Mabasha sabía que odiaba a los negros y que pensaba que eran como animales que los blancos debían domesticar sin cesar. Desde muy joven había entrado a formar parte de la oposición fascista de los bóers, de cuya dirección logró ser miembro en

muy poco tiempo. Sin embargo, él no era un político sino que trabajaba a la sombra, desde su puesto en el servicio de inteligencia sudafricano. Su mayor aportación era su brutalidad, pues era sabido que lo mismo le daba matar a un negro que a una rata.

Victor Mabasha sentía por él tanto odio como admiración. Su convencimiento inamovible de que los bóers eran un pueblo elegido así como su odio aniquilador y su sangre fría lo impresionaban. Era como si Jan Kleyn tuviese el poder de controlar en todo momento sus pensamientos y sus sentimientos. Sus intentos de descubrir algún punto débil en su persona habían sido en vano, pues no los tenía.

En dos ocasiones había llevado a cabo sendos asesinatos por encargo de Jan Kleyn, ambos de forma satisfactoria, y él se había mostrado complacido. Sin embargo, pese a que, por motivos de trabajo, se habían visto de forma regular en aquella ocasión, Jan Kleyn nunca le tendió la mano.

Las luces de Johannesburgo desaparecían despacio tras ellos. El tráfico de la autopista hacia Pretoria era cada vez menos intenso. Victor Mabasha echó la cabeza sobre el respaldo del asiento y cerró los ojos. No tardaría en saber qué había hecho cambiar la decisión de Jan Kleyn de no volver a verlo nunca más. Muy a su pesar, sentía que su cuerpo estaba en tensión, pues era consciente de que Jan Kleyn no lo habría buscado de no tratarse de algo muy importante.

La casa se hallaba sobre una colina, a unos diez kilómetros a las afueras de Hammanskraal. Estaba rodeada de una alta valla y vigilada por perros pastores alemanes que andaban sueltos y disuadían a los extraños de entrar en la propiedad.

Aquella tarde, en una habitación llena de trofeos de caza, dos

hombres esperaban sentados la llegada de Victor Mabasha. Las cortinas estaban echadas y el personal de servicio tenía el día libre. Los dos hombres estaban sentados cada uno a un lado de la mesa cubierta con un mantel verde. Bebían whisky y hablaban en voz baja, como si no hubiesen estado solos y alguien pudiese oírlos.

Uno de los hombres era Jan Kleyn. Su aspecto era en extremo demacrado y no parecía sino que acabase de sufrir una enfermedad grave. El rostro anguloso lo asemejaba a un pájaro atento. Tenía los ojos grises; el pelo, ralo y rubio, y vestía un traje de color oscuro, camisa blanca y corbata. Al hablar, su voz sonaba bronca y se expresaba de modo parco y despacioso.

El otro hombre era la cara opuesta. Franz Malan era alto y muy grueso. La barriga le colgaba por encima del cinturón y su rostro amoratado brillaba de sudor. Se trataba, pues, de una pareja de aspecto muy desigual.

Jan Kleyn miró su reloj de pulsera.

—Media hora más y lo tendremos aquí —aseguró.

—Eso espero —replicó Franz Malan.

Jan Kleyn se sobresaltó, como si hubiese descubierto de pronto que alguien le apuntaba con un arma.

—¿Me he equivocado alguna vez? —inquirió, siempre en voz baja, aunque en claro tono amenazador.

Franz Malan lo observó pensativo.

—Por ahora, no —admitió—. No era más que una conjetura.

—No piensas en lo que tienes que pensar —lo recriminó Kleyn—. Pierdes el tiempo preocupándote en vano. Todo irá tal y como lo hemos planeado.

—Esperemos que así sea. Mis jefes pondrían precio a mi cabeza si algo saliese mal.

Jan Kleyn sonrió.

—Yo me suicidaría —declaró sin titubear—. Y no tengo interés alguno en morir. Cuando hayamos reconquistado lo que hemos perdido durante los últimos años, me retiraré. No antes.

Jan Kleyn era el resultado de una carrera sorprendente. Su odio indiscriminado hacia cuantos deseaban acabar con la política del *apartheid* en Sudáfrica era bien conocido o conocido por todos, según el punto de vista desde el que se considerase. No eran pocos los que lo rechazaban como el más insensato representante de la Oposición Bóer. Sin embargo, quienes lo conocían bien sabían que era un hombre cruel y calculador y que su sangre fría nunca lo llevaba a cometer despropósitos fruto de la precipitación. Solía definirse a sí mismo como un cirujano político, cuya misión era extirpar los tumores que constituían una constante amenaza para el saludable cuerpo bóer sudafricano. Muy pocos conocían su labor como uno de los funcionarios más eficaces del servicio de inteligencia.

Franz Malan llevaba más de diez años trabajando para el Ejército sudafricano, que contaba con su propia sección secreta de seguridad, después de haber sido oficial con destino en campaña y de haber dirigido operaciones en el sur de Rodesia y en Mozambique. A los cuarenta y cuatro años, sufrió un infarto que puso fin a su carrera militar, aunque sus habilidades le valieron un puesto inmediato en la sección de seguridad. Sus cometidos eran de lo más variado, desde colocar coches bomba en las inmediaciones de los hogares de reconocidos adversarios del *apartheid*, hasta organizar acciones terroristas contra las reuniones y los representantes del Congreso Nacional Africano. También él era miembro de la Oposición Bóer pero actuaba, como Kleyn, entre bastidores. Los dos juntos habían diseñado el plan que empezaría a ponerse en práctica aquella noche, con la llegada de Victor Mabasha. Habían pasado días y

noches enteras discutiendo qué debían hacer, hasta ponerse de acuerdo, elaborando el plan de una organización secreta a la que siempre se aludía con el nombre de Comité.

Y fue este Comité el que les encargó el trabajo desde el principio.

Todo comenzó cuando Nelson Mandela fue liberado tras sus casi treinta años de encarcelamiento en Robben Island. Para Jan Kleyn y Franz Malan, al igual que para otros *boere* ortodoxos, aquello significó una declaración de guerra. El presidente De Klerk había traicionado a su propio pueblo, la Sudáfrica blanca. El sistema del *apartheid* quedaría erradicado, a no ser que se tomaran medidas drásticas. Un grupo de *boere* con cargos relevantes, entre ellos Jan Kleyn y Franz Malan, comprendieron que los comicios democráticos conducirían de forma ineludible a un gobierno de mayoría negra, lo cual equivalía para ellos a una catástrofe, un día del juicio final para el derecho del pueblo elegido a gobernar Sudáfrica a su antojo. Así pues, estuvieron discutiendo un sinnúmero de acciones alternativas hasta que por fin se decidieron por una de ellas.

Habían tomado la determinación hacía cuatro meses, cuando se vieron en aquella misma casa, propiedad del Ejército sudafricano, que la utilizaba para celebrar todas aquellas reuniones y conferencias que debían transcurrir con la mayor discreción. De forma oficial, ni el servicio de inteligencia ni el ejército tenían relación alguna con conspiraciones secretas. Su lealtad estaba formalmente ligada al gobierno vigente y a la Constitución sudafricana. No obstante, la realidad era muy distinta. Así, tanto Jan Kleyn como Franz Malan habían establecido un nutrido número de contactos en todos los niveles de la sociedad sudafricana ya durante los años de hegemonía de la Hermandad. La operación cuyo plan habían pergeñado para el Comité y que se disponían a poner en práctica tenía su base en miembros de las altas esferas del

Ejército sudafricano, del Movimiento Inkatha, que se oponía al Congreso Nacional Africano, y en hombres de negocios y banqueros bien establecidos.

Sentados en la misma habitación y a la misma mesa protegida por el mantel verde donde se hallaban ahora, Jan Kleyn le había preguntado entonces:

—¿Quién es la persona más relevante de Sudáfrica en la actualidad?

A Franz Malan no le llevó muchos minutos de reflexión averiguar a quién se refería.

—Hazte una composición de lugar —prosiguió—. Imagínatelo muerto. No por causas naturales, claro está, pues eso no contribuiría más que a convertirlo en un santo. No, imagínatelo asesinado.

—Provocaría en los suburbios de población negra un tumulto de alcance inimaginable. Huelga general, caos. El resto del mundo nos condenaría a un aislamiento aún más severo.

—Sigue pensando. Supongamos que se pudiese probar que fue asesinado por un hombre negro.

—Eso contribuiría aún más a la confusión. Estallaría una guerra abierta e indiscriminada entre Inkatha y el Congreso Nacional Africano. Podríamos sentarnos tranquilamente a mirar cómo se destruían mutuamente con palas, hachas y lanzas.

—Justo. Pero da un paso más en tu reflexión. Figúrate que el hombre que lo asesina es miembro del Congreso Nacional Africano.

—Estallaría el caos en el movimiento. Los príncipes herederos se arrancarían los ojos unos a otros.

Jan Kleyn asintió con entusiasmo.

—¡Eso es! ¡Continúa!

Franz Malan meditó un momento antes de responder.

—Al final los negros se rebelarían contra los blancos. Como a esas

alturas el movimiento político negro se encontraría al borde del cataclismo y la anarquía totales, nos veríamos obligados a permitir que la policía y el ejército interviniesen. La consecuencia sería una breve guerra civil. Si lo planeásemos debidamente, nos daría tiempo a eliminar a cuantos son importantes entre los negros. Le gustase o no, el resto del mundo se vería obligado a aceptar que fueron los negros los que iniciaron la guerra.

Jan Kleyn aprobó sus palabras.

Franz Malan lo observaba estudiando la expresión de su rostro.

—¿No estarás hablando en serio? —preguntó despacio.

Jan Kleyn lo miró sorprendido.

—¿En serio?

—¿Que lo matemos?

—Por supuesto que hablo en serio. Antes del próximo verano, ese hombre habrá sido liquidado. Me lo imagino como la Operación Spriengboek.

—¿Por qué?

—Todo tiene que llevar un nombre. ¿No has disparado nunca contra un antílope? Si aciertas, el animal da una carrera antes de morir. Esa carrera es la que pretendo ofrecer a nuestro mayor enemigo.

Estuvieron despiertos hasta el amanecer. Franz Malan no podía por menos de admitir que estaba impresionado al ver que Jan Kleyn se había preparado a fondo. El plan era osado, pero no entrañaba riesgos injustificados. Cuando, a la luz de los primeros rayos del sol, ambos salieron al porche a estirar las piernas, a Franz Malan no le quedaba más que una objeción que manifestar.

—Tu plan es excelente —admitió—. En realidad, sólo veo un peligro. Tú confías en que Victor Mabasha no nos decepcione. Olvidas que pertenece a la tribu de los zulúes. En cierta medida, se parecen a los

boere: la lealtad última la deben a su propio pueblo y a sus antepasados, a quienes dirigen sus plegarias. Eso significa además que haces recaer una enorme responsabilidad y depositas una confianza extrema en las manos de un hombre negro. Pese a que sabes que su lealtad nunca puede estar de nuestro lado. Probablemente tengas razón, lo que le interesa es convertirse en un hombre rico y seguramente será más adinerado de lo que nunca se atrevió a soñar. Aun así... El plan se basa en que hemos de confiar en un negro.

—La respuesta es bien sencilla —afirmó Jan Kleyn—. Yo no confío en nadie, al menos no por completo. En ti sí confío, aunque no olvido que todo el mundo tiene un punto débil en alguna parte. Esta falta de confianza procuro suplirla con una buena dosis de cautela y atando bien todos los cabos. Eso también lo aplico, como es natural, a Victor Mabasha.

—Es decir, que sólo confías en ti mismo.

—Así es. Yo carezco de ese punto débil. Como es lógico, Mabasha estará siempre vigilado y así se lo haré saber. Por otro lado, recibirá entrenamiento de uno de los mejores expertos en atentados de todo el mundo. Si nos falla, será consciente de que padecerá una muerte tan lenta y tortuosa que maldecirá el haber nacido. Victor Mabasha sabe muy bien qué es la tortura, así que comprenderá también qué es lo que queremos y esperamos de él.

Horas más tarde se separaron y partieron cada uno por su lado.

Cuatro meses después, el plan estaba listo y todos los detalles estudiados por un grupo de conspiradores comprometidos que juraron silencio.

La misión había empezado a hacerse realidad.

Cuando el coche frenó ante la casa de la colina, Franz Malan ató a los perros a sus correas. Victor Mabasha, que detestaba los pastores alemanes, permaneció sentado en el interior del vehículo hasta estar seguro de que no se le echarían encima. Jan Kleyn aguardaba en el porche para recibirlo. Victor Mabasha no pudo resistir la tentación de tenderle la mano, pero Kleyn lo pasó por alto y le preguntó directamente cómo había ido el viaje.

—Cuando uno pasa la noche entera sentado en un autobús, tiene tiempo de hacerse muchas preguntas —respondió Mabasha.

—¡Excelente! Tendrás todas las respuestas que necesites.

—¿Quién decide cuáles son las que necesito?

Antes de que Kleyn tuviese tiempo de contestar, Franz Malan irrumpió de entre las sombras. Tampoco él le tendió la mano.

—Será mejor que entremos —atajó Kleyn—. Tenemos mucho de que hablar y el tiempo apremia.

—Me llamo Franz —se presentó Malan—. Levanta los brazos por encima de la cabeza.

Victor no protestó. El estar desarmado pertenecía al conjunto de reglas tácitas de toda negociación. Malan guardó la pistola de Victor y se quedó mirando los cuchillos.

—Los fabricó un herrero africano —aclaró Mabasha—. Son excelentes en la lucha cuerpo a cuerpo pero también como arma arrojadiza.

Entraron y se sentaron junto a la mesa del mantel verde mientras el chófer preparaba café.

Victor Mabasha aguardaba con la esperanza de que los dos hombres no se percataran de su estado de tensión.

—Un millón de rand —prorrumpió Kleyn—. Empecemos por el final, por esta vez. Quiero que tengas en mente, en todo momento, lo que te ofrecemos por el servicio que tú vas a prestarnos a nosotros.

—Un millón puede ser mucho o poco, según las circunstancias —repuso Mabasha—. Por cierto, ¿quién hay detrás de ese nosotros?

—Deja las preguntas para después. Ya me conoces. Sabes que puedes confiar en mí. A Franz lo has de considerar como una prolongación de mi persona y confiarás en él tanto como en mí mismo.

Victor Mabasha asintió. Lo comprendía muy bien. El juego había empezado, pues todos aseguraban al otro su fiabilidad, aunque en realidad nadie se fiaba más que de sí mismo.

—Tenemos la intención de pedirte que nos hagas un pequeño favor —insistió Kleyn, haciendo que sus palabras sonasen como si le fuese a pedir un vaso de agua—. Por otro lado, a ti no te interesa demasiado saber quiénes estamos detrás de esto.

—Un millón de rand —repitió Mabasha—. Supongamos que eso es mucho dinero. Me figuro que lo que queréis es que mate a alguien y, en ese caso, un millón es demasiado. Sin embargo, si consideramos que se trata de demasiado poco dinero, ¿cuál es la conclusión?

—¿Cómo cono puedes decir que un millón es demasiado poco? —barbotó Malan asombrado.

Jan Kleyn alzó una mano solicitando calma.

—Describámoslo diciendo que es una buena suma por un trabajo muy concreto y que te llevará poco tiempo —precisó.

—A ver, vosotros queréis que mate a alguien —reiteró Mabasha.

Kleyn lo miró largo rato antes de contestar. A Victor Mabasha le dio la sensación de que una corriente de aire frío atravesaba la habitación.

—Exactamente, queremos que mates a una persona.

—¿A quién?

—Eso lo sabrás en su momento.

Victor Mabasha empezó a ponerse nervioso. Así era como debía abrirse el juego, con la revelación del dato más importante, el nombre de la persona contra la que debía dirigir su arma.

—Esta misión es muy especial —continuó Kleyn—. Conlleva viajes, quizá meses de preparación, entrenamiento y extrema precaución. Digamos, por lo pronto, que queremos que mates a un hombre, y que se trata de un hombre muy importante.

—¿Un sudafricano? —inquirió Mabasha.

Jan Kleyn dudó un momento antes de contestar.

—Sí, un sudafricano.

Victor Mabasha intentó adivinar de quién podía tratarse, aunque la información era demasiado escasa e imprecisa. Además, ¿quién era aquel gordo que estaba allí sentado, taciturno y hundido en la oscuridad, al otro lado de la mesa? Tenía la vaga sensación de que lo conocía de algo. ¿No lo había visto antes? Pero ¿dónde? ¿No habría visto su foto en algún periódico? Rebuscó febril entre sus recuerdos, sin hallar respuesta.

El chófer puso unas tazas y dejó la cafetera en el centro de la mesa. Nadie pronunció palabra hasta que éste no hubo salido de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

—Dentro de unos diez días, abandonarás Sudáfrica —comenzó Kleyn—. Ahora volverás directamente a Ntibane y dirás a cuantos te conocen que piensas irte a Botsuana a trabajar en una ferretería en Garabone. Recibirás una carta, con matasellos de Botsuana, en la que encontrarás la oferta de trabajo. Mostrarás la carta siempre que puedas. El 15 de abril, es decir, dentro de siete días, tomarás el autobús para Johannesburgo. Alguien te recogerá en la estación de autobuses y pasarás la noche en un apartamento, en el que yo estaré esperándote para darte las últimas instrucciones. Al día siguiente tomarás un avión para Europa, que te

llevará a San Petersburgo. Tendrás pasaporte de Zimbabue y otro nombre, que podrás elegir tú mismo si lo deseas. Te recogerán en el aeropuerto de San Petersburgo. Desde allí partiréis en tren hasta Finlandia, donde tomaréis un barco para Suecia. En ese país permanecerás unas semanas. Conocerás al hombre que ha de proporcionarte las instrucciones definitivas y más importantes. En una fecha aún no determinada regresarás a Sudáfrica. A partir de entonces, seré yo el responsable de la última fase del trabajo. Hacia finales de junio, como mucho, todo habrá terminado. Recibirás el dinero en el país que desees, y cien mil rand por adelantado en cuanto aceptes hacernos este pequeño favor.

Jan Kleyn guardó silencio y lo observó con atención. Victor Mabasha se preguntaba si había oído bien. ¿San Petersburgo? ¿Finlandia? ¿Suecia? Se esforzó por imaginarse un mapa de Europa sin conseguirlo.

—Sólo me queda una pregunta —aseguró transcurridos unos minutos—. ¿Qué significa todo esto?

—Significa que somos cautelosos y muy meticulosos —afirmó Kleyn—. Dos cualidades que debes apreciar y agradecer, ya que supone una garantía también para tu seguridad.

—De mi seguridad ya me ocupo yo —replicó Mabasha—. Empecemos por el principio. ¿Quién me esperará en San Petersburgo?

—Como sabes, la Unión Soviética ha experimentado grandes cambios durante los últimos años. Unos cambios que a todos satisfacen pero que, pese a todo, han contribuido a que un gran número de personas de talento se hayan quedado sin empleo, incluidos algunos oficiales de la policía secreta, el KGB. El resultado es que un buen número de estas personas nos envía sus ofertas, por si nos interesan su experiencia y sus servicios. En la mayoría de los casos, están dispuestos a hacer cualquier cosa por obtener el permiso de residencia en nuestro país.

—Yo no pienso trabajar con el KGB —declaró Mabasha—. En

realidad, yo no trabajo con nadie. Haré lo que tenga que hacer, pero lo haré solo.

—Muy bien —aceptó Kleyn—. Trabajas solo, pero sacarás partido de la valiosa experiencia de nuestros amigos, que te aguardarán en San Petersburgo. Te advierto que son muy buenos.

—¿Por qué Suecia?

—Buena pregunta, y muy lógica. Para empezar, se trata de una maniobra para despistar. Aunque ninguna persona de nuestro país ajena al asunto sabe lo que está cociéndose, es conveniente disponer cortinas de humo aquí y allá. Suecia, que es un país pequeño e insignificante, y además neutral, se ha mostrado siempre muy agresivo respecto de nuestro sistema social. Nadie se imaginará que el cordero haya ido a ocultarse en la boca del lobo. Por otro lado, nuestros amigos de San Petersburgo tienen excelentes contactos en Suecia. Por si fuera poco, no resulta difícil entrar en el país, ya que los controles en las fronteras son, por así decirlo, ocasionales, si no del todo inexistentes. Muchos de nuestros amigos rusos se han establecido ya en Suecia. En cualquier caso, lo más importante es que te mantengas alejado de Sudáfrica. Hay demasiada gente interesada en saber qué me traigo entre manos y, ya se sabe, los planes pueden llegar a descubrirse.

Victor Mabasha meneó la cabeza.

—Tengo que saber a quién he de matar.

—En su momento —insistió Kleyn—. No antes. Permíteme, para terminar, que te recuerde una conversación que mantuvimos hace ocho años. En aquella ocasión dijiste que podías matar a cualquiera con tal de que estuviese todo bien planificado. Así, nadie queda excluido como víctima si lo que afirmaste entonces sigue siendo válido hoy. Por tanto, esperamos tu respuesta.

En aquel instante, Mabasha comprendió a quién tenía que matar.

La sola idea le produjo vértigo. Pero así todo tenía sentido. El odio irracional de Jan Kleyn por los negros, la creciente liberalización de Sudáfrica.

Un hombre importante. Querían que disparase contra el presidente De Klerk.

Lo primero que se le vino a la cabeza fue negarse. Era un riesgo demasiado grande. ¿Cómo burlar a todos aquellos guardias de seguridad que rodeaban al presidente día y noche? ¿Qué posibilidad había de evitarlos? El presidente De Klerk era el típico objetivo para un terrorista dispuesto a sacrificar su propia vida en el atentado.

Al mismo tiempo, no podía negar que seguía pensando lo que le había dicho a Jan Kleyn hacía ocho años. Ante un buen terrorista, nadie tenía garantizada la protección.

Luego estaba el millón de rand. La suma era escalofriante. No, no podía negarse.

—Quiero trescientos mil por adelantado. Los ingresaréis en un banco de Londres, lo más tarde pasado mañana. Quiero tener el derecho a negarme a seguir el plan definitivo si lo considero demasiado arriesgado. En ese caso, podréis exigirme que trace un plan alternativo. Bajo esas condiciones, acepto.

Jan Kleyn sonrió.

—¡Excelente! Ya lo sabía.

—El nombre del pasaporte será Ben Travis.

—Por supuesto. Un buen nombre, fácil de recordar.

En el suelo, junto a la silla de Kleyn, había una carpeta de plástico de la que aquél extrajo una carta con matasellos de Botsuana y que entregó a Mabasha.

—El 15 de abril, a las seis de la mañana, sale un autobús de Umtata para Johannesburgo. Ése es el que tomarás.

Jan Kleyn y el hombre que había dicho llamarse Franz se levantaron.

—Te llevaremos a casa en coche. Puesto que no hay mucho tiempo, lo mejor será que salgas esta misma noche. Podrás dormir en el asiento trasero.

Mabasha asintió. Tenía prisa por llegar a casa. Una semana no era demasiado tiempo para todo lo que tenía que hacer, entre otras cosas, enterarse de quién era Franz en realidad.

Se trataba de su propia seguridad y eso requería su total concentración.

Se despidieron en el porche. En esta ocasión, Mabasha no les tendió la mano. Le devolvieron sus armas y fue a sentarse en el asiento trasero del coche.

«¡El presidente De Klerk!», pensó. «Nadie se escapa, ni siquiera tú».

Jan Kleyn y Franz Malan permanecieron en el porche hasta ver desaparecer las luces del coche.

—Creo que tienes razón —concedió Malan—. Seguro que lo consigues.

—¡Por supuesto que lo consigues! —repuso Kleyn—. ¿Por qué crees que elegí al mejor?

Franz Malan contempló pensativo el cielo estrellado.

—¿Crees que se figuró de quién se trata?

—Creo que ha adivinado que se trata del presidente De Klerk. Es casi inevitable imaginárselo.

Malan desvió la vista de las estrellas y miró a Jan Kleyn.

—Ésa era tu intención, ¿no es así? Dejarlo adivinar.

—Naturalmente —confirmó Kleyn—. Yo nunca hago nada sin tener una intención clara. Pero ahora, lo mejor será que nos separemos. Mañana tengo una reunión importante en Bloemfontein.

El 17 de abril, Victor Mabasha, alias Ben Travis, tomó un avión a Londres. Para aquel entonces, ya sabía quién era Franz Malan. Ese dato lo terminó de convencer de que su víctima habría de ser el presidente De Klerk. En el equipaje de mano llevaba algunos libros sobre él, pues quería averiguar tanto como fuera posible acerca de su persona.

Al día siguiente prosiguió su viaje hacia San Petersburgo. Allí lo esperaba un hombre llamado Konovalenko.

Dos días más tarde, un transbordador atracó en el puerto de Estocolmo. Tras un largo viaje en coche, en dirección sur, llegó, ya entrada la noche, a una finca algo aislada. El hombre que conducía el vehículo hablaba un inglés excelente, aunque tenía acento ruso.

El amanecer del lunes 20 de abril, Victor Mabasha despertó, salió al jardín y orinó. Los campos aparecían cubiertos de una niebla estática. El aire helado lo hizo estremecerse.

«Suecia», se dijo. «Así recibes a Ben Travis, con niebla, frío y silencio».

Fue el ministro de Asuntos Exteriores Botha quien descubrió la serpiente.

Eran casi las doce de la noche y la mayoría de los miembros del gobierno sudafricano se habían retirado ya a sus bungalows. En torno a la hoguera no quedaban más que el presidente De Klerk, el ministro de Asuntos Exteriores, Botha, el de Interior, Vlok, y su secretario, además de un par de guardias de seguridad elegidos por el presidente y el gabinete gubernamental. Eran éstos oficiales que habían prestado un juramento individual de silencio y lealtad al presidente De Klerk personalmente. Algo más allá, apenas visibles desde la hoguera, aguardaban los sirvientes negros al abrigo de la oscuridad.

Era una mamba verde. No resultaba fácil distinguirla allí, inmóvil como estaba fuera del resplandor inestable del fuego. Con toda probabilidad, el ministro Botha jamás la habría descubierto de no haber tenido que inclinarse para rascarse el tobillo. Se estremeció al divisarla y permaneció después muy quieto. Había aprendido, a edad muy temprana, que las serpientes sólo son capaces de ver y atacar objetivos en movimiento.

—Hay una serpiente venenosa a dos metros de mis pies —musitó.

El presidente De Klerk estaba sumido en sus reflexiones, medio tumbado en la hamaca. Como de costumbre, se había sentado a cierta distancia de sus colegas. En alguna ocasión se le había ocurrido que sus

ministros nunca se sentaban demasiado cerca de él cuando se reunían en torno al fuego en señal de respeto hacia su persona. Tal recato le convenía sobremanera, ya que era uno de esos hombres que sienten a menudo la necesidad imperiosa de estar solos.

Poco a poco, las palabras del ministro penetraron su cerebro y alteraron sus pensamientos. Volvió la cabeza y miró el rostro de Botha a la luz vacilante de las llamas.

—¿Decías algo?

—Hay una serpiente verde, de las venenosas, a unos pasos de mis pies —reiteró Pik Botha—. Estoy casi seguro de que nunca he visto una mamba tan grande en mi vida.

El presidente De Klerk se incorporó sigiloso en su hamaca. Detestaba las serpientes. Sentía auténtico pánico por los reptiles en general. En su residencia, el personal de servicio estaba bien instruido en la tarea de realizar una revisión diaria de cada rincón, a la caza de arañas, escarabajos u otros insectos. Lo mismo se veían obligados a hacer quienes limpiaban su despacho, sus coches o las salas de reunión del gabinete.

Estiró el cuello despacio hasta detectar la serpiente. Una sensación de agudo malestar lo invadió de inmediato.

—¡Mátala! —ordenó.

El ministro del Interior se había adormecido en su hamaca y su secretario estaba sentado, escuchando música con los auriculares puestos. Uno de los guardaespaldas sacó cauteloso un cuchillo que llevaba en el cinturón y, con extrema precisión, le cortó la cabeza. Acto seguido, echó mano del cuerpo, que aún se sacudía nerviosamente y lo arrojó al fuego. Horrorizado, De Klerk descubrió que la cabeza de la serpiente, que seguía en el suelo, abría y cerraba la boca mostrando sus dientes venenosos. El malestar se acentuó convirtiéndose en puro mareo, como si estuviese a

punto de desmayarse. Se tendió en la hamaca y cerró los ojos.

«Una serpiente muerta», pensó. «Sin embargo, el cuerpo sigue dando latigazos, de modo que, quien no lo sepa, puede creer que sigue viva. Así se puede describir lo que ocurre aquí, en mi país, en mi Sudáfrica. Gran parte de las ideas de antaño que creíamos muertas y enterradas siguen aún con vida. Nuestra lucha no es sólo contra lo que está vivo. También tenemos que combatir lo que se empecina en persistir».

Cada cuatro meses aproximadamente, el presidente De Klerk se llevaba a sus ministros y a unos cuantos elegidos a un retiro campestre situado en Ons Hoop, al sur del límite con Botsuana. Solían permanecer allí un par de días y los viajes se emprendían sin ningún tipo de secreto. La versión oficial decía que el presidente y su gabinete se reunían allí para deliberar acerca de cuestiones de capital importancia y de diversa índole. De Klerk instauró esta rutina desde sus primeros meses como jefe de la República. Ahora, después de casi cuatro años como presidente, podía afirmar que buena parte de las determinaciones más decisivas del gobierno se habían adoptado en el ambiente informal creado en torno a la hoguera de Ons Hoop. El dinero con que se había construido el complejo procedía de las arcas del Estado, pero De Klerk no tuvo dificultad alguna para motivar la existencia del mismo. No parecía sino que tanto él como sus colaboradores pensarán con mayor claridad y quizá también con más libertad sentados en torno a las hogueras, bajo el cielo nocturno y aspirando el perfume del África primigenia. De Klerk sospechaba que debían de ser reminiscencias de su sangre bóer, de hombres libres en contacto permanente con la naturaleza y que nunca habían conseguido acostumbrarse a esta nueva era de habitaciones con aire acondicionado y coches blindados. Aquí, en Ons Hoop, podían disfrutar de las montañas

en el horizonte, de los interminables prados y, cómo no, de un succulento asado *braai* bien aderezado. De Klerk comprendía que aquí podían mantener sus diálogos, sin sentirse víctimas de las prisas, con excelentes resultados.

Pik Botha observaba la serpiente que se consumía en el fuego. Miró a De Klerk, que seguía sentado con los ojos cerrados. Sabía que aquello significaba que el presidente deseaba estar solo. Rozó con cuidado el hombro del ministro del Interior, que estaba dormido. Vlok se despertó sobresaltado. Cuando se levantaron, el secretario apagó al momento su aparato de música y recogió unos documentos que había bajo la silla.

Se marcharon todos, escoltados por un criado que llevaba una lamparilla, pero Pik Botha quedó rezagado. Había ocasiones en que el presidente manifestaba su deseo de intercambiar algunas palabras con su ministro de Asuntos Exteriores.

—Creo que me voy a retirar —le dijo.

De Klerk abrió los ojos y le dirigió la mirada. Aquella noche no tenía nada que comentar con él.

—Sí, vete a descansar. Tenemos que aprovechar todas las horas de sueño que podamos.

Pik Botha dio las buenas noches y dejó solo al presidente.

En condiciones normales, De Klerk solía quedarse un rato sentado, él solo, pensando en las conversaciones mantenidas durante el día ya que, siempre que iban a Ons Hoop, era para discutir cuestiones cruciales de estrategia política, más que asuntos gubernamentales de carácter rutinario. Junto a la hoguera, hablaban del futuro de Sudáfrica, exclusivamente. Aquí era donde se aplicaban a concebir las distintas estrategias que había que seguir a fin de favorecer la transformación del

país, sin que ello comportase un gran sacrificio de poder para los blancos.

Sin embargo, aquella noche del lunes 27 de abril de 1992, De Klerk esperaba a un hombre al que quería ver a solas, sin que lo supiese ni siquiera su ministro de Asuntos Exteriores, su hombre de confianza en el gobierno. Le hizo una seña a uno de los guardaespaldas y éste desapareció enseguida. Minutos después, reapareció acompañado de un hombre de unos cuarenta años, que vestía un sencillo traje color caqui. Saludó a De Klerk y acercó una silla al lugar donde se encontraba el presidente, al tiempo que éste indicaba a los guardaespaldas que podían retirarse. Los quería cerca, pero también deseaba evitar que escuchasen la conversación.

Sólo había cuatro personas en el mundo en las que el presidente De Klerk confiaba plenamente. La primera de todas era su mujer. Botha, su ministro de Asuntos Exteriores, venía en segundo lugar. Una de las otras dos era Pieter Van Heerden, que ahora ocupaba una silla junto a él y que trabajaba en el servicio de inteligencia sudafricano, aunque desempeñaba además otra tarea mucho más importante para la seguridad de la república. En efecto, era responsable directo de mantener al presidente informado acerca del estado de la nación. A través de Pieter Van Heerden, De Klerk recibía regularmente informes sobre cuáles eran las ideas dominantes entre el alto mando militar, el cuerpo de policía, los demás partidos políticos y, sobre todo, en las organizaciones del cuerpo de seguridad. Si alguna facción del ejército planeaba un golpe militar, si se fraguaba una conspiración, Van Heerden lo sabría e informaría de inmediato al presidente. Sin él, De Klerk se vería privado de la brújula que le indicaba cuáles eran las fuerzas que se le oponían. En su trabajo habitual de agente de la policía secreta, Van Heerden fingía ser un hombre muy crítico hacia el presidente De Klerk. Lo hacía con habilidad, siempre de forma equilibrada, nunca con exageración, de modo que nadie

pudiera llegar a sospechar que él fuese espía personal del presidente.

De Klerk era consciente de que aceptar la ayuda de Van Heerden significaba poner límites a la confianza de su propio gabinete, pero no veía ninguna otra posibilidad de asegurarse la información que consideraba imprescindible para llevar a cabo la gran transformación que Sudáfrica necesitaba, si es que querían evitar una catástrofe nacional.

Por otro lado, dichas reformas estaban en relación directa con la cuarta persona en la que De Klerk tenía depositada su confianza.

Nelson Mandela.

El líder del Congreso Nacional Africano, el hombre que había sufrido un presidio de veintisiete años en Robben Island, a las afueras de Ciudad del Cabo, condenado a cadena perpetua a principios de la década de los sesenta por presuntas, aunque jamás probadas, maniobras de sabotaje.

El presidente De Klerk no tenía muchas alegrías en la vida. Sabía que los únicos que, aunando esfuerzos, podían evitar la guerra civil y el consiguiente baño de sangre eran él mismo y Nelson Mandela. No habían sido pocas las noches en que, insomne, recorría la residencia presidencial y, mientras contemplaba las luces de Pretoria, se convencía de que el futuro de la República de Sudáfrica dependía de los términos en que él y Nelson Mandela cifraran el acuerdo político al que esperaba pudiesen llegar.

A Nelson Mandela podía hablarle con total sinceridad, como también aquél se comunicaba con el presidente abiertamente. Ni la personalidad ni el carácter de ambos eran afines. Nelson Mandela era un buscador, un hombre que gustaba de filosofar y que, mediante la reflexión, lograba la capacidad de decisión y de acción que también poseía. El presidente De Klerk carecía de esta dimensión filosófica. Él iba siempre a la caza de soluciones prácticas cada vez que surgía un problema. Su imagen de la República estaba formada por una serie de realidades políticas

cambiantes y un imperativo constante de elección entre lo que era viable y lo que no lo era. Sin embargo, entre esas dos personas, de formas de ser y experiencias tan diversas, había un lazo de confianza que tan sólo una traición flagrante podría quebrantar. Todo ello implicaba el que nunca tuviesen que ocultar su desacuerdo, ni caer en huera retórica cuando hablaban cara a cara; pero al mismo tiempo significaba que luchaban en dos frentes distintos. La población blanca estaba dispersa y De Klerk sabía que todo podía venirse abajo si no conseguía avanzar gradualmente mediante compromisos aceptables por una mayoría blanca. A las fuerzas ultraconservadoras nunca las podría domeñar, como tampoco sería capaz de moderar a los miembros racistas de los cuerpos de oficiales del ejército y la policía. Sabía, no obstante, que era su obligación procurar que no se hiciesen demasiado fuertes.

De Klerk conocía el hecho de que Nelson Mandela tenía problemas similares a los suyos, que también los negros estaban divididos, como demostraban con toda claridad las relaciones entre el movimiento Inkatha, dominado por los zulúes, y el Congreso Nacional Africano. De ahí que ambos líderes pudiesen negociar en un ambiente de comprensión, sin necesidad de negar sus divergencias.

Van Heerden constituía para De Klerk la garantía de que estaría siempre al corriente de la información precisa. Sabía que era conveniente mantener cerca a los amigos, pero aún más cerca había que estar de los enemigos y sus ideas.

En condiciones normales se veían una vez a la semana en el despacho del presidente, la mayoría de las veces la tarde del sábado. En esta ocasión, sin embargo, Van Heerden había solicitado una reunión urgente. De Klerk se mostró reacio en un principio a permitirle que visitase el retiro, pues no resultaría fácil verse con él sin que el resto de los miembros del gobierno tuviese conocimiento de ello, pero Van Heerden

persistió en su petición aduciendo que la reunión de ningún modo podía retrasarse hasta que el presidente hubiese regresado a Pretoria. De Klerk consintió al fin, ya que sabía que su informante secreto era una persona del todo imperturbable y de gran prudencia, y que nunca reaccionaría de forma precipitada, de lo que deducía que debía de tratarse de un asunto grave en extremo.

—Ahora estamos solos —aseguró De Klerk—. Pik descubrió una serpiente venenosa ante sus pies hace tan sólo un instante. Se me ocurrió pensar que podría haber llevado un micrófono en su interior.

Van Heerden sonrió.

—Aún no hemos empezado a utilizar serpientes venenosas como espías, pero quién sabe si no lo tendremos que hacer algún día.

De Klerk lo observó con atención. «¿Qué podía ser tan importante que no podía esperar?»

Van Heerden se humedeció los labios antes de comenzar.

—En estos momentos está fraguándose una conspiración cuya finalidad es acabar con su vida —empezó—. No cabe la menor duda de que se trata, a estas alturas, de una amenaza real para usted, para la política de todo el gobierno y, a la larga, para toda la nación.

Van Heerden hizo una pausa después de la introducción, pues conocía el hábito del presidente de hacer alguna que otra pregunta de vez en cuando. En esta ocasión, De Klerk no dijo nada, sino que se quedó observándolo con vivo interés.

—Ignoro aún la mayoría de los detalles del complot —prosiguió—. Pero sí conozco las líneas generales del plan y puedo decir que sus consecuencias pueden ser muy graves, pues tiene brazos en el alto mando del ejército y en los círculos ultraconservadores, sobre todo en Oposición Bóer, aunque conviene tener en cuenta que muchos de los conservadores, la mayoría, no están organizados políticamente. Por otro lado, hay

indicios de que están involucrados expertos terroristas extranjeros, principalmente del KGB.

—El KGB ya no existe —lo interrumpió De Klerk—. Al menos, no tal y como lo conocíamos.

—No, pero sí que hay oficiales en paro del KGB —señaló Van Heerden—. Como ya le he revelado con anterioridad, estamos recibiendo un crecido número de ofertas de servicios procedentes de antiguos oficiales de los servicios de inteligencia soviéticos.

De Klerk asintió. Lo recordaba.

—Las conspiraciones suelen tener un epicentro —añadió tras un instante—. Una o varias personas, a menudo poquísimas aunque crueles, muy crueles, que mueven los hilos. ¿Quiénes son?

—No lo sé —confesó Van Heerden—. Y es algo que me preocupa. El agente Franz Malan, del servicio de inteligencia, está, con absoluta certeza, involucrado. Lo sé porque ha sido tan poco precavido que ha almacenado en sus archivos una serie de datos relativos al complot sin bloquear el acceso a los mismos. Ésa fue la primera pista de que se estaba maquinando algo con que me topé. Lo descubrí cuando pedí a uno de mis hombres de confianza que realizase un control de rutina.

«Si la gente lo supiera», pensó De Klerk. «Hemos llegado tan lejos que los oficiales del servicio de inteligencia se espían los unos a los otros, leen a escondidas los archivos ajenos, sospechan de la deslealtad política de sus colegas».

—¿Por qué yo, exclusivamente? ¿Por qué no quieren acabar con Mandela al mismo tiempo?

—Es demasiado pronto para responder a esa pregunta —advirtió Van Heerden—. Sin embargo, no entraña la menor dificultad imaginarse las consecuencias que un atentado contra su vida tendría en la situación actual.

De Klerk alzó la mano para que no continuase. No era necesario que ampliase la explicación. Podía hacerse una idea clara de la catástrofe.

—Hay otra circunstancia que me preocupa. Como sabe, existe un grupo de asesinos a sueldo, tanto blancos como negros, a los que tenemos bajo vigilancia constante. Se trata de hombres que matarían a cualquiera por una suma sustanciosa de dinero. En este sentido, creo poder afirmar que nuestro plan de prevención de posibles atentados contra personajes políticos está bastante bien conseguido. Ayer recibí un informe de la policía secreta de Umtata en el que se comunica que un tal Victor Mabasha realizó una corta visita a Johannesburgo hace unos días y que regresó a Ntibane con mucho dinero.

De Klerk hizo una mueca.

—Eso muy bien puede ser una casualidad.

—Yo no estaría tan seguro —repuso Van Heerden—. Si yo planease matar al presidente del país, seleccionaría a Victor Mabasha.

De Klerk levantó las cejas.

—¿Aunque tuvieses la intención de atentar contra la vida de Nelson Mandela?

—Aun así.

—Un asesino a sueldo negro.

—Es muy bueno.

De Klerk se levantó de la hamaca y atizó el fuego, que estaba extinguiéndose. En aquel preciso momento no tenía ningún interés en saber qué caracterizaba a un buen asesino a sueldo. Echó un par de leños a la lumbre y estiró un poco la espalda. Su coronilla despoblada relucía a la luz del fuego que volvía a arder. Contempló el cielo nocturno y la forma estrellada de la Cruz del Sur. Estaba muy cansado, pero intentaba comprender el alcance de lo que Van Heerden acababa de revelarle. Comprendía que era más que verosímil que se estuviese maquinando una

conspiración. No habían sido pocas las ocasiones en que se había imaginado muerto a manos de algún terrorista, enviado por boere blancos que, fuera de sí, lo acusaban de estar vendiendo el país a los negros. Por supuesto que también había reflexionado acerca de lo que ocurriría si Mandela muriese, con independencia de que la muerte fuese natural o menos natural. Nelson Mandela era un hombre viejo y, aunque era de naturaleza fuerte y resistente, no podía dejar de tenerse en cuenta el hecho de que había pasado casi treinta años en la cárcel.

De Klerk volvió a su hamaca.

—Ni que decir tiene que debes emplearte a fondo en la tarea de desvelar la conspiración —afirmó—. Puedes utilizar los medios que consideres oportunos. El dinero tampoco será un problema. Te pondrás en contacto conmigo, a la hora que sea, si sucede algo importante. Por el momento, habrá que adoptar dos medidas o, al menos, considerarlas. La una es evidente: la seguridad en torno a mi persona ha de aumentar con la mayor discreción posible. En cuanto a la conveniencia de la otra, no estoy tan seguro.

Van Heerden imaginaba en qué estaba pensando el presidente, pero esperó a que éste continuase.

—¿Lo informo del asunto o no? ¿Cuál será su reacción? ¿No será mejor esperar hasta que sepamos algo más?

Van Heerden sabía que De Klerk no le estaba pidiendo consejo, sino que más bien se dirigía las preguntas a sí mismo y que también las respuestas habrían de ser las suyas.

—Tendré que pensar qué hago. Ya te avisaré, en breve. ¿Alguna otra cosa?

—No —respondió Van Heerden antes de levantarse.

—¡Hermosa noche! —exclamó De Klerk—. Vivimos en el país más hermoso del planeta. Sin embargo, los monstruos se agazapan en las

sombras. A veces quisiera tener el don de ver el futuro. Quisiera poder hacerlo, aunque, a decir verdad, no sé si me atrevería.

Se despidieron y Van Heerden desapareció en la noche.

De Klerk miraba el fuego fijamente. Estaba demasiado cansado como para poder tomar una decisión. ¿Debía informar a Mandela de la conspiración, o sería más sensato esperar?

Permaneció allí sentado, viendo cómo el fuego iba extinguiéndose.

Finalmente, tomó una decisión.

No le diría nada a su amigo, por el momento.

En vano había intentado Victor Mabasha convencerse de que lo ocurrido había sido un sueño, que la mujer que había aparecido a la puerta de la casa no existió nunca en la vida real y que Konovalenko, el hombre al que odiaría ya por el resto de su vida, no la había matado. No se trataba más que de un sueño con el que algún espíritu, una *songoma*, había envenenado sus pensamientos para hacerlo flaquear y quizás incluso conseguir que se sintiese incapaz de llevar a cabo su misión. Sabía que era una maldición que pesaba sobre él, por su condición de sudafricano negro, el no saber quién era en realidad ni tampoco quién le estaba permitido ser. Un hombre que, unas veces, se entregaba a la violencia sin contemplaciones mientras que otras se sentía incapaz de comprender que alguien pudiese matar a otro ser humano. Por todo ello, sabía ya que los espíritus habían enviado tras él sus perros. Éstos lo vigilaban, lo retenían, eran sus guardianes últimos, mucho más alerta de lo que Jan Kleyn nunca podría llegar a estar...

Todo se había torcido desde el principio. De forma instintiva, desconfió del hombre que lo aguardaba en el aeropuerto de San Petersburgo; simplemente no le gustó. Había en él algo escurridizo y Victor Mabasha detestaba a las personas difíciles de captar, pues sabía por experiencia que terminaban por originarle graves problemas.

Por otro lado, se dio cuenta enseguida de que aquel hombre, que respondía al nombre de Anatoli Konovalenko, era racista. En varias ocasiones estuvo a punto de agarrarlo por el gaznate y decirle abiertamente que él tenía ojos en la cara, que sabía que Konovalenko no lo consideraba más que un *kaffir*, uno de los inferiores.

Sin embargo, no lo hizo. Había aprendido a ser disciplinado. Tenía una misión y nada podía interponérsele. En realidad, estaba sorprendido ante la violencia de sus propias reacciones. El racismo había sido, durante toda su vida, su ambiente natural, de modo que había aprendido a convivir con él desde niño. De ahí que se preguntase por qué lo crispaba la actitud de Konovalenko. ¿Acaso no soportaba el ser considerado como un ser inferior por un blanco que no fuese de origen sudafricano? Ésa tenía que ser la explicación.

El viaje de Johanesburgo a Londres, y de allí a San Petersburgo, transcurrió sin incidentes. La noche de tránsito en Londres la pasó despierto, contemplando la oscuridad de la calle. De vez en cuando creía vislumbrar las llamas de las hogueras a sus pies. Pero comprendió que no eran más que imaginaciones suyas. No era la primera vez que salía de Sudáfrica. En una ocasión, tuvo que eliminar a un representante del Congreso Nacional Africano en Lusaka; en otra, participó en un atentado, cuyo escenario fue la entonces llamada Rodesia del Sur, contra el dirigente revolucionario Joshua Nkomo. Ésa fue la única vez que fracasó en su objetivo y decidió, por este motivo, que en el futuro actuaría siempre solo.

Yebo, yebo. Nunca volvería a ponerse a las órdenes de nadie en una operación. En cuanto pudiese regresar a Sudáfrica y abandonar aquel helado país escandinavo, Anatoli Konovalenko pasaría a ser una simple anécdota del mal sueño con que la *songoma* lo había envenenado. Konovalenko sería una nube de humo desdibujada que se vería expulsada

de su cuerpo. El espíritu sagrado que se ocultaba en los cánticos de los perros lo obligaría a huir. Su recuerdo envenenado no tendría que vérselas nunca más con aquel ruso arrogante de dientes grises y cariadados.

Konovalenko era menudo y rechoncho y apenas le llegaba a Victor a los hombros. Sin embargo, éste se dio cuenta al momento de que era bastante inteligente. Por supuesto que esto no era de extrañar, ya que Jan Kleyn sólo se contentaba con lo mejor de lo que se ofrecía en el mercado.

Lo que Victor nunca pudo imaginarse era la crueldad de aquel hombre. Sí sospechaba que un antiguo oficial del KGB, cuya especialidad era el exterminio de infiltrados y desertores, no iba a sucumbir a ningún remordimiento de conciencia a la hora de matar. Sin embargo, él consideraba la brutalidad gratuita como una característica propia de aficionados. Un asesinato debía producirse *mningi checha*, es decir, sin que la víctima tuviese que sufrir de modo innecesario.

Abandonaron San Petersburgo al día siguiente de la llegada de Mabasha. En el transbordador hacia Suecia pasó tanto frío, que permaneció todo el viaje en su camarote, envuelto en mantas. Bastante antes de llegar a Estocolmo, Konovalenko le había entregado su nuevo pasaporte junto con las instrucciones. Ante su sorpresa comprobó que ahora se llamaba Shalid y que era ciudadano sueco.

—Eras un refugiado eritreo apátrida, aclaró Konovalenko. Llegaste a Suecia a finales de los sesenta y se te concedió la nacionalidad en el año 1978.

—¿Y no debería de hablar algo de sueco, después de veinte años?

—Será suficiente con que sepas decir *tack*, repuso Konovalenko. Nadie va a preguntarte nada.

Konovalenko tenía razón.

Para su asombro, la mujer que estaba detrás del control de pasaportes no hizo más que echarle un ojo al suyo y devolvérselo de inmediato. ¿Era

posible que resultase tan fácil entrar y salir de un país? Empezó a pensar que, después de todo, tal vez existiese una buena razón para que al último estadio de su misión se le hubiese asignado un escenario tan alejado de Sudáfrica.

Aunque desconfiaba de su instructor, que además no le gustaba lo más mínimo, no podía evitar quedar impresionado por la organización invisible que parecía respaldar y controlar cuanto sucedía a su alrededor. Cuando llegaron al puerto de Estocolmo, un coche los estaba esperando. Las llaves estaban sobre la rueda trasera izquierda. Puesto que Konovalenko no conocía bien la salida de la ciudad, otro vehículo los fue guiando hasta la autopista en dirección sur y desapareció una vez los dejó allí. Victor pensó que las organizaciones secretas, y los seres como su *songoma*, eran capaces de controlar el mundo, que era en las esferas subterráneas donde el mundo se formaba y se transformaba. Las personas como Jan Kleyn no eran más que transmisores, simples mensajeros. Victor ignoraba cuál era su lugar en esta organización fantasma. Pero tampoco estaba seguro de querer saberlo.

Atravesaron aquel país llamado Suecia. De vez en cuando divisaban restos de nieve entre los pinos. Konovalenko no conducía demasiado deprisa y tampoco habló mucho durante el trayecto. A Victor no le importaba, puesto que estaba cansado tras el largo viaje. De vez en cuando lo vencía el sueño y se adormilaba en el asiento trasero. Entonces, su espíritu aprovechaba para hablarle. El aullido del perro se dejaba oír en la oscuridad del sueño y, al despertar, no tenía idea de dónde se encontraba. La lluvia caía incesante. A Victor le llamó la atención lo limpio y ordenado que parecía estar todo. Cuando se detuvieron para comer, tuvo la sensación de que nada podría romperse nunca en aquel país.

Sin embargo, faltaba algo. Intentó dar con lo que era, sin éxito. Sí se

dio cuenta de que el paisaje que estaban atravesando lo llenaba de nostalgia.

El viaje en coche les llevó todo el día.

—¿Adónde vamos? —preguntó después de tres horas en el vehículo.

Konovalenko se tomó varios minutos antes de contestar.

—Hacia el sur. Ya lo verás cuando hayamos llegado.

El mal sueño del *songoma* era aún algo remoto. Ni la mujer había aparecido en el jardín, ni su frente había reventado por el disparo de la pistola de Konovalenko. Mabasha no tenía ningún otro plan más que hacer aquello por lo que Jan Kleyn le había pagado. El prestar atención a lo que Konovalenko le dijese, o incluso pudiese enseñarle, era parte de su trabajo. Los espíritus, tanto los malos como los buenos, se habían quedado en Sudáfrica, en las cavernas de las montañas al pie de las que se extendía Ntibane. Los espíritus no suelen abandonar su país, ni atravesar fronteras.

Llegaron a la apartada finca poco antes de las ocho de la tarde. Ya en San Petersburgo, Victor había notado que ni el atardecer ni la noche se asemejaban a los de África. Había luz cuando tendría que reinar la oscuridad y el atardecer no caía sobre la tierra como el pesado puño de la noche, sino que se posaba sobre ella como una hoja transportada por una corriente imperceptible.

Llevaron las maletas al interior y se instalaron cada uno en un dormitorio. Victor notó que la casa estaba bien caldeada y pensó que eso también debía reconocérsele como mérito a la organización secreta. Se supone que un hombre negro ha de verse afectado por el rigor del frío en este reino polar y, quien pasa frío, al igual que quien padece hambre o sed, no puede hacer ni aprender nada.

Los techos eran bajos, de modo que Victor casi rozaba las vigas, que quedaban a la vista. Dio una vuelta por las habitaciones y percibió el extraño aroma de muebles y alfombras; el olor a detergente. Añoraba el perfume de las hogueras.

África estaba lejos. Pensó que quizá fuese ésa la intención, encontrar un lugar en el que probar, comprobar y llevar a cabo un plan sin que nada lo importunase, sin que nada le recordase lo que lo aguardaba después.

Konovalenko sacó algo de comida preparada de un gran congelador. Victor decidió comprobar más tarde cuántas porciones había, para así poder calcular cuánto tiempo tendrían que quedarse en aquella casa.

De su propio equipaje, Konovalenko extrajo una botella de vodka ruso. Una vez que se hubieron sentado a la mesa, le ofreció una copa a Victor, pero éste la rechazó, ya que solía beber con moderación cuando se preparaba para un trabajo y no tomaba más de una, a lo sumo dos cervezas al día. Pero Konovalenko sí que bebía y ya la primera noche pilló una buena borrachera. Victor pensó que esta circunstancia bien podía constituir una ventaja para él, ya que, en una situación extrema, le sería posible aprovechar la clara debilidad del ruso por el alcohol.

El vodka lo desinhibió y lo hizo irse de la lengua, así que empezó a hablar acerca de aquel paraíso perdido que era el KGB de los años sesenta y setenta, durante los que, sin ningún tipo de restricción, ejercían su dominio sobre el régimen soviético. Era una época en la que ningún político podía estar seguro de que el KGB no estuviese controlando y registrando sus más profundos secretos. A Victor se le ocurrió que el KGB quizás hubiese venido a sustituir a la *songoma* en aquel imperio soviético en el que quedaba prohibido creer en espíritus sagrados concretos. Él consideraba que las sociedades que intentan expulsar de su seno a los dioses están condenadas a muerte.

«Eso, en mi país, lo sabe muy bien *nkosis*. Por eso nuestros dioses no

se han visto afectados por el *apartheid*. Ellos viven en libertad, nunca se les ha obligado a acatar ninguna ley, siempre se mueven a placer, sin que se los humille. Si nuestros espíritus hubiesen sufrido la suerte de verse acorralados en aisladas prisiones apartadas, si nuestros *perros aulladores* hubiesen sido expulsados y relegados al desierto de Kalahari, ningún blanco, hombre, mujer o niño habría podido sobrevivir en Sudáfrica. Todos, tanto *boere* como ingleses, habrían desaparecido hace ya tiempo y no serían más que lamentables restos óseos enterrados en la tierra roja».

Antiguamente, cuando sus antepasados aún mantenían una lucha abierta contra los usurpadores blancos, los guerreros zulúes solían cortar de un tajo la mandíbula inferior de los enemigos caídos. Un *impi* que regresó de una batalla de la que resultaron vencedores las llevaba como trofeos de guerra con los que adornar la entrada al templo del jefe de la tribu. Ahora ya nadie mantenía la rebelión contra los blancos, salvo los dioses, pero ellos nunca quedaban vencidos.

La primera noche que pasaron en aquella casa extraña, Víctor Mabasha durmió sin soñar. El reposo lo liberó de las últimas sensaciones del largo viaje y, cuando despertó al amanecer, se sentía descansado y repuesto. Procedentes de algún rincón de la casa, se oían los ronquidos de Konovalenko. Se levantó con cuidado, se vistió e hizo un reconocimiento profundo de la casa. No sabía lo que buscaba con exactitud, pero sentía que, en cierta medida, Jan Kleyn estaba siempre presente, como si su mirada revolotease vigilante por cada rincón.

En el desván de la casa, que curiosamente despedía un ligero aroma a grano, como de sorgo, encontró un avanzado transmisor de radio. Él no era ningún experto en electrónica de alta tecnología, pero no le cabía la menor duda de que, mediante aquel aparato, era posible tanto enviar como recibir mensajes de Sudáfrica. Siguió buscando hasta encontrar lo que sospechaba que hallaría: una puerta de acero cerrada con llave en uno

de los extremos de la casa. Tras ella se hallaba sin duda la razón por la que había realizado aquel largo itinerario.

Salió de la casa y orinó en el jardín. Nunca había orinado tan amarillo, y pensó que se debía sin duda a la alimentación, a aquella comida extraña y sin condimentos. «Un largo trayecto. Pero los espíritus se agitan en mis sueños. África va conmigo allá donde yo vaya».

La niebla se posaba estática sobre el paisaje. Rodeó la casa y se encontró con un jardín, sumido en el abandono, lleno de árboles frutales de los que sólo reconocía algunos. El silencio lo dominaba todo y se le antojó que aquél podía ser un escenario de cualquier otro lugar, incluso una mañana de julio en Natal.

Tenía frío y volvió a la casa. Konovalenko ya se había despertado y estaba preparando café en la cocina, enfundado en un chándal de color rojo. Cuando se dio la vuelta para mirar a Víctor, éste pudo ver que llevaba estampadas las siglas del KGB.

Después del desayuno, empezaron el trabajo. Konovalenko abrió la cerradura de la puerta que daba paso a la habitación secreta, en la que no había nada más que una mesa y una lámpara de techo que proporcionaba una luz muy intensa. Sobre la mesa había un fusil y una pistola. Víctor comprobó de inmediato que se trataba de modelos que le eran desconocidos. Su primera impresión fue que, en especial el fusil, parecía bastante poco manejable.

—Uno de nuestros principales motivos de orgullo —declaró Konovalenko—. Muy eficaz, aunque poco estético, quizá. Desarrollado a partir de un modelo Remington trescientos setenta y cinco HH, aunque los técnicos del KGB lo mejoraron hasta la perfección. Con él podrás dispararle a cualquier objeto situado a una distancia de hasta ochocientos metros. La mirilla láser no tiene parangón más que con la de las armas más exclusivas e inasequibles del Ejército americano. Por desgracia,

nunca tuvimos oportunidad de poner a prueba esta obra maestra en ninguna misión. Es decir, que tú tendrás el honor de estrenarlo.

Victor Mabasha se acercó a la mesa y observó el fusil.

—Tómalo en tus manos —lo animó Konovalenko—. A partir de ahora formaréis una pareja inseparable.

Mabasha se sorprendió de que, pese a ser tan ligero, proporcionaba un buen punto de equilibrio al apoyarlo sobre su hombro.

—¿Qué tipo de munición?

—Súper plástico. Una variante de fabricación especial, basada en el clásico prototipo Spitzer. El proyectil describirá una línea larga y rápida. Su forma puntiaguda le permite vencer mejor la resistencia del aire.

Mabasha dejó el fusil y tomó la pistola, una Glock Compact de nueve milímetros. Había leído sobre ella en alguna revista, pero nunca había tenido una entre sus manos.

—Para ésta, lo mejor será usar la munición estándar —aclaró Konovalenko—. No hay razón para complicar más las cosas de forma gratuita.

—Tengo que practicar con el fusil —puntualizó Mabasha—. Y eso me costará tiempo, si quieres que consiga una distancia de casi un kilómetro. ¿Dónde encontraremos un campo de tiro apartado y de esas dimensiones?

—Aquí. Esta casa fue seleccionada con mucho esmero.

—¿Quién la eligió?

—Los encargados de hacerlo —cortó Konovalenko.

Victor notó que a Konovalenko lo irritaban las preguntas que no tenían relación directa con lo que él decía.

—Aquí no hay vecinos —continuó Konovalenko—. Además, siempre sopla el viento, así que nadie nos oirá. Pero volvamos al salón. Antes de empezar nuestro trabajo, quisiera repasar y aclarar lo que se espera de ti.

Se sentaron el uno frente al otro en sendos sillones de piel, viejos y desgastados.

—Es muy simple y se puede reducir a tres puntos, quizá cuatro —comenzó Konovalenko—. En primer lugar, y esto es lo más importante, has de llevar a cabo un asesinato, el más difícil que jamás pueda presentársete. Y lo es no sólo porque existe una complicación de tipo técnico como es la distancia, sino, sobre todo, porque no puedes fracasar. Sólo tendrás una oportunidad. Por otro lado, el plan definitivo se adoptará con muy poca antelación a los hechos, es decir, que no contarás con mucho tiempo para organizarlo todo en la última fase. No habrá ocasión para titubeos y consideraciones de las distintas alternativas posibles. No se te ha elegido sólo porque seas bueno y puedas actuar con frialdad, sino también porque trabajas bien solo y, en este asunto, estarás más solo que nunca. Nadie podrá ayudarte, nadie te conoce, nadie habrá que te preste su apoyo. Por último, hay una dimensión psicológica en esta misión que no debemos menospreciar y que consiste en el hecho de que no sabrás a quién has de matar hasta el último momento. No debes perder tu sangre fría en ese instante crucial. Ya sabes que la persona a la que vas a liquidar es muy relevante, por lo que supongo que dedicas mucho tiempo a darle vueltas a la cabeza intentando adivinar de quién se trata. Sin embargo, no lo sabrás con certeza hasta que no tengas el dedo en el gatillo.

A Mabasha lo puso de malhumor el tono prepotente de Konovalenko. Estuvo a punto de caer en la tentación de decirle que ya sabía a quién tenía que eliminar, pero no lo hizo.

—¿Sabes? Teníamos tu nombre en los archivos del KGB —le reveló Konovalenko con media sonrisa—. Si no recuerdo mal, se te calificaba de «lobo solitario de gran utilidad». Por desgracia, no podrás comprobarlo nunca, ya que los archivos que no están destruidos son un puro caos.

Konovalenko guardó silencio y pareció caer en una lúgubre

rememoración de aquellos soberbios órganos de seguridad que ya no existían. Pero el silencio duró poco.

—No disponemos de mucho tiempo —continuó—. Esa circunstancia no tiene por qué ser un factor negativo, sino que te forzará a extremar la concentración. Dedicaremos los días a prácticas de tiro con el fusil, entrenamiento psicológico y preparación de las distintas situaciones probables que pueden surgir en el momento de liquidar al sujeto. Por otro lado, creo haber comprendido que no eres buen conductor, por lo que te haré practicar unas dos horas todos los días.

—En este país se conduce por la derecha, y yo estoy acostumbrado a conducir por la izquierda.

—Exacto. Eso también te obligará a concentrarte aún más. ¿Alguna pregunta?

—En realidad, tengo montones de preguntas, pero ya sé que no me contestarás más que a unas cuantas.

—Cierto.

—¿Cómo te localizó Jan Kleyn? Él detesta a los comunistas. Y, como hombre del KGB, eras comunista. Quizás aún lo seas, quién sabe.

—Uno no tira piedras contra su propio tejado. El estar asociado a una organización secreta de seguridad es una cuestión de lealtad hacia las manos en las que se halle el poder. Por supuesto que hubo un tiempo en que era posible encontrar a algunos comunistas convencidos dentro del KGB. Sin embargo, la mayoría eran profesionales que realizaban las misiones que se les encomendaban.

—Eso no explica tu relación con Jan Kleyn.

—Cuando uno se queda sin empleo de repente, lo busca, a menos que prefiera pegarse un tiro. Sudáfrica siempre nos ha parecido, a mí y a muchos de mis colegas, un país disciplinado y bien organizado, sin tener en cuenta las turbulencias que lo importunan en la actualidad.

Simplemente, ofrecí mis servicios a través de ciertos canales que ya existían entre los servicios de inteligencia de ambos países. Al parecer, mis méritos resultaron del interés de Jan Kleyn, así que hicimos un trato. Yo acepté el hacerme cargo de ti durante unos días; a cambio, él pagaría el precio previamente acordado.

—¿Cuánto?

—No se trata de dinero, sino de la posibilidad de emigrar a Sudáfrica con ciertas garantías de perspectivas de trabajo.

«Importación de asesinos», reflexionó Mabasha. «Aunque, en verdad, es bastante inteligente si se ve desde el punto de vista de Jan Kleyn. Tal vez yo mismo hubiese hecho otro tanto».

—¿Alguna otra pregunta?

—Más tarde, repuso Mabasha. Creo que será mejor dejarlo para otro momento.

Konovalenko saltó del sillón con rapidez inesperada.

—La niebla se ha disipado un poco y además hace viento, así que propongo que empecemos a familiarizarnos con el fusil.

Mabasha recordaría los días que se sucedieron en aquella finca solitaria donde siempre soplaban el viento como una espera interminable ante un desenlace catastrófico e ineludible. Pero, cuando este desenlace se produjo, resultó muy distinto de como él se lo esperaba, pues se presentó como un torbellino, atropellado y caótico hasta el punto de que, cuando el insólito final se había producido y él se había dado a la fuga, seguía aún sin comprender qué había ocurrido exactamente.

En apariencia, los días transcurrían según el plan y las instrucciones que Konovalenko le había suministrado. Mabasha aprendió enseguida a apreciar el fusil que tenía entre manos. Tumbado, sentado o de pie, se

dedicaba a hacer prácticas de tiro en un prado situado detrás de la casa. En un lugar en el que terminaba el terreno arcilloso había un montículo de arena sobre el que Konovalenko colocaba distintos objetivos. Así, Mabasha tuvo ocasión de disparar contra pelotas de fútbol, caretas de cartón, una maleta vieja, un aparato de radio, cacerolas, bandejas y otros objetos que apenas si sabía para qué servían. Después de cada disparo, Konovalenko le daba el resultado a través de un transmisor-receptor. Ajustaba la puntería, pero con movimientos muy cortos, apenas perceptibles y se dio cuenta de que el fusil, poco a poco, iba obedeciendo sus deseos.

Cada día se dividía en tres ciclos, marcados por las comidas, de las que se encargaba Konovalenko. Mabasha opinaba que su instructor poseía grandes conocimientos, además de una gran capacidad para compartir lo que sabía. Jan Kleyln supo elegir a su hombre.

La sensación de que lo amenazaba el advenimiento de una catástrofe procedía de otra fuente bien distinta, de la actitud de Konovalenko hacia su persona, un asesino negro. Victor Mabasha intentaba en la medida de lo posible no prestar atención al tono despreciativo de Konovalenko, pero resultaba imposible. Por otro lado, puesto que su instructor ruso solía finalizar las jornadas emborrachándose de vodka, su menosprecio se hacía aún más evidente. No obstante, nunca se produjeron alusiones racistas directas, que podrían haber justificado una reacción por su parte, lo cual hacía la situación aún más insoportable. Victor Mabasha sentía que no podría aguantarlo mucho más.

De seguir así las cosas, se vería obligado a matar a Konovalenko, aunque eso lo estropearía todo sin posibilidad de solución viable.

Cada vez que, sentados en los sillones de piel, celebraban sus sesiones de preparación psicológica, Mabasha constataba que Konovalenko lo suponía del todo ignorante de las reacciones humanas más elementales.

No se le ocurrió mejor medio de paliar su odio creciente hacia aquel enano arrogante de dientes grises y mellados que representar el papel que se le había asignado, es decir, seguirle el juego y hacerse pasar por necio entreteniéndose en observaciones absurdas, de modo que Konovalenko disfrutaba al ver confirmados sus prejuicios.

Por las noches, los cánticos de los perros resonaban en su oído. A veces se despertaba con la sensación de que Konovalenko estaba inclinado sobre su rostro con un arma en la mano. Nunca había nadie, pero ya no podía conciliar el sueño, y permanecía despierto hasta el amanecer, que tanto se apresuraba en llegar cada día.

Los únicos respiros que encontraba se los proporcionaban los paseos en coche. En el cobertizo del jardín había dos coches. Uno de ellos, el Mercedes, era para él. El otro lo utilizaba Konovalenko para sus excursiones, de cuya finalidad nunca hablaba.

Victor Mabasha conducía por las pequeñas carreteras comarcales, hasta llegar a una ciudad llamada Ystad, continuaba luego por las carreteras que encontraba junto al mar, lo cual le ayudaba a sobrellevar la situación. Una noche se levantó a contar las porciones de comida que había en el congelador y dedujo del cálculo que se quedarían una semana más en aquella finca solitaria.

«Tengo que aguantar», se repetía. «Jan Kleyn espera que cumpla y lo haré, por ese millón de rand».

Supuso que Konovalenko tenía contacto regular con Sudáfrica y que la comunicación se producía mientras él estaba fuera con el coche. Tenía la certeza de que Konovalenko sólo emitía juicios positivos sobre él.

Sin embargo, la sospecha de proximidad de la catástrofe no lo abandonaba. Cada hora que pasaba se acercaba al punto de ruptura en el que tendría que matar a Konovalenko. Sabía que estaba obligado a ello, para no herir a sus antepasados y para no perder la autoestima.

A pesar de esto, nada resultó ser como esperaba.

Aquella tarde, a las cuatro más o menos, sentados como de costumbre en los sillones de piel, Konovalenko le hablaba de las dificultades y las posibilidades de llevar a cabo un asesinato desde distintos tipos de tejado.

De pronto, quedó petrificado y en ese momento Mabasha oyó lo que había motivado su reacción: un coche se aproximaba a la casa y se había detenido ante ella.

Permanecieron inmóviles y atentos. La puerta del coche se abrió y se cerró.

Konovalenko, que siempre llevaba encima su pistola, una Luger, un modelo sencillo, en uno de los bolsillos del chándal, se levantó rápido y le quitó el seguro.

—Escóndete donde no puedan verte por la ventana —le ordenó.

Victor Mabasha obedeció y fue a sentarse en cuclillas junto a una ventana ciega que había tras la chimenea. Konovalenko abrió con gran sigilo una puerta que daba al huerto y desapareció.

No sabía cuánto tiempo estuvo sentado tras la chimenea, aunque aún seguía allí cuando el disparo estalló como un latigazo.

Se levantó cautelosamente. A través de una ventana, vio que Konovalenko se inclinaba sobre algo en la parte delantera de la casa y salió.

Era una mujer, tendida boca arriba sobre la gravilla mojada. Konovalenko le había disparado en la frente.

—¿Quién es?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —repuso Konovalenko—. Pero iba sola en el coche.

—¿Qué quería?

Konovalenko se encogió de hombros y, al tiempo que le cerraba los ojos a la muerta con la punta del pie, dejando rastros del barro de sus

suelas en el rostro respondió:

—Preguntaba por una dirección. Al parecer, se había perdido.

Victor Mabasha nunca pudo averiguar si fueron los pegotes de barro que la suela de Konovalenko había dejado en el rostro de la mujer, o si fue el hecho de que la matasen por haber preguntado por una dirección lo que lo llevó a decidirse de forma irrevocable por matar a Konovalenko. Ahora tenía un motivo más que añadir: la brutalidad incontrolada e inmotivada de aquel hombre.

Para él habría sido imposible matar a una mujer que se había extraviado, como tampoco podría cerrar los ojos de una persona muerta poniéndole el pie encima.

—¡Estás loco! —sentenció.

Konovalenko alzó las cejas asombrado.

—¿Qué querías que hiciera?

—¡Podrías haberle dicho que no sabías dónde estaba la calle que buscaba! —exclamó Mabasha.

Konovalenko se guardó la pistola en el bolsillo.

—Sigues sin comprender. Nosotros no existimos. Dentro de unos días, desaparecemos de este lugar y nunca habremos estado aquí.

—Lo único que hizo fue preguntar por una dirección, insistió Mabasha, notando que empezaba a transpirar a causa de la indignación. Para matar a una persona tiene que haber un motivo.

—Entra en la casa, dijo Konovalenko. Yo me encargaré de esto.

A través de la ventana, vio cómo Konovalenko hacía retroceder el coche de la mujer y metía su cuerpo en el maletero, antes de marcharse.

Poco menos de una hora más tarde estaba de vuelta. Llegó a pie por el camino de tractores y el coche había desaparecido.

—¿Dónde está? —preguntó Mabasha.

—Enterrada —aseguró Konovalenko.

—¿Y el coche?

—También.

—Pues ha ido rápido.

Konovalenko había puesto la cafetera. Se volvió hacia Victor Mabasha y sonrió.

—Otra lección: por más que uno lo organice todo, siempre ocurre algo inesperado. Pero precisamente por eso es imprescindible elaborar un plan detallado a partir del cual sea posible improvisar. Sin organización, las sorpresas de última hora son fuente segura de caos y desconcierto.

Konovalenko regresó a la cafetera.

«Lo mataré», pensó Victor Mabasha. «Una vez que todo haya concluido, cuando vayamos a despedirnos, lo mataré. Ya no hay vuelta atrás».

Pasó la noche en vela. A través de la pared, podía oír los ronquidos de Konovalenko. «Jan Kleyn me comprenderá», continuó reflexionando. «Él es como yo. Él da por supuesto que se actuará con limpieza y planificación, y odia la brutalidad, la violencia gratuita. Quiere que elimine al presidente De Klerk para poner fin a la matanza incontrolada que hoy caracteriza a nuestro desgraciado país. Un monstruo como Konovalenko no puede tener asilo en nuestro país. A un monstruo de su calaña nunca le estará permitido entrar en el paraíso terrenal».

Tres días después, su instructor le comunicó que se marchaban de allí.

—Te he enseñado cuanto sé. Ahora dominas el fusil y sabes cómo habrás de discurrir cuando averigües quién es la persona a la que verás por la mirilla. También conoces la manera en que has de planear el modo de cumplimentar tu intervención. Ha llegado el momento de que vuelvas a casa.

—Hay algo que no entiendo. ¿Cómo voy a llevarme el fusil a Sudáfrica?

—Como es natural, no viajaréis juntos, explicó Konovalenko sin ocultar su menosprecio por una pregunta tan absurda. Utilizaremos para el arma otra vía de transporte totalmente distinta, que tú no tienes por qué conocer.

—Tengo una pregunta más que hacer, prosiguió Mabasha. La pistola. No la he probado ni una sola vez.

—No es necesario. La pistola es para ti, por si fracasas. Se trata de un arma que nunca podrán localizar.

«Te equivocas», se dijo Mabasha. «Nunca me apuntaré a mí mismo con esa pistola. Pienso utilizarla contra ti».

Aquella misma noche, Konovalenko se emborrachó más de lo que Víctor Mabasha había presenciado en ocasiones anteriores. Con los ojos enrojecidos y sentado al otro lado de la mesa, miraba fijamente a Mabasha.

«¿Qué estará pensando?», se preguntaba Víctor. «Este hombre, ¿habrá experimentado alguna vez el sentimiento del amor? ¿Cómo se sentirá una mujer compartiendo el lecho con él?»

Aquellas reflexiones lo indignaron. El cadáver de la mujer sobre la gravilla no daba tregua a su conciencia.

—Tienes muchos defectos, dijo Konovalenko interrumpiendo el hilo de sus reflexiones. Pero el más grave de todos es que eres bastante sensible.

—¿Sensible?

Sabía lo que significaba, pero no estaba seguro de las connotaciones que Konovalenko le atribuiría a aquella palabra.

—No te gustó que matase a aquella mujer. Estos últimos días has estado distraído y tu puntería ha sido pésima. En el informe final que he de enviarle a Jan Kleyn haré constar esa debilidad tuya, pues me preocupa.

—A mí me parece más preocupante el que alguien pueda ser tan cruel como tú.

Sabía que ya no había remedio, que le diría a Konovalenko lo que pensaba.

—Eres más necio de lo que suponía. Imagino que será una característica intrínseca a la raza negra.

Victor Mabasha dejó que las palabras descendiesen al fondo de su conciencia. Luego se levantó despacio.

—Voy a matarte.

Konovalenko negó sonriente con la cabeza.

—No. No lo harás.

Mabasha iba todas las noches a buscar la pistola que había sobre la mesa, tras la puerta de acero. La sacó y apuntó con ella a Konovalenko.

—No tendrías que haberla matado. Al hacerlo, me humillaste a mí y también a ti mismo.

Entonces vio el miedo en el rostro de Konovalenko.

—¡Has perdido el juicio! No puedes matarme.

—No hay nada que sepa hacer mejor que lo que es necesario hacer, replicó Mabasha. Levántate. Despacio. A ver las manos. Date la vuelta.

Konovalenko le obedeció.

Victor Mabasha no tuvo tiempo más que de pensar que había algo extraño, cuando Konovalenko se echó a un lado, con asombrosa rapidez. Mabasha disparó, pero la bala alcanzó una estantería.

No supo de dónde salió el cuchillo, pero allí estaba, en la mano de Konovalenko, que se lanzó hacia él con un rugido. La mesa sobre la que

ambos forcejeaban se partió en dos. Los dos eran fuertes, pero Mabasha quedó en situación de desventaja. El cuchillo se acercaba poco a poco, cada vez más, a su cara. Consiguió golpear a Konovalenko en la espalda y librarse de la amenaza. Había perdido la pistola. Konovalenko no reaccionó a su puñetazo y, antes de zafarse de él, sintió un pinchazo en la mano izquierda que le paralizó todo el brazo. Aún así, consiguió alcanzar la botella de vodka medio vacía, se dio la vuelta y la estrelló contra la cabeza de su enemigo. Konovalenko cayó y quedó tendido en el suelo.

En ese momento, Mabasha descubrió que el dedo índice de la mano izquierda estaba cortado, que colgaba de una delgada tira de piel.

Abandonó la casa tambaleándose. Estaba seguro de haberle partido la cabeza a Konovalenko. Miró la sangre, que le salía a borbotones de la mano. Apretó los dientes y arrancó la tira de piel. El dedo quedó allí, en la gravilla. Regresó al interior de la vivienda, se vendó la mano sangrante con un paño de cocina, metió algo de ropa en su bolsa de viaje y buscó hasta encontrar la pistola. Cerró la puerta tras de sí, puso en marcha el Mercedes y salió disparado de allí. Conducía a una velocidad de vértigo por aquella carretera para tractores. De forma inesperada, se topó con otro vehículo, con el que estuvo a punto de colisionar. Buscó la salida hacia la carretera principal y se obligó a reducir la velocidad.

«Mi dedo», pensó. «A ti te lo ofrezco, *songoma*. Ahora, llévame a casa. Jan Kleyn comprenderá lo ocurrido. Él es un nkosi razonable y sabe que puede confiar en mí. Haré lo que me ha pedido, aunque no sea con un fusil para largas distancias. Haré lo que me pide y él me pagará un millón de rand. Pero ahora, *songoma*, necesito tu ayuda. Por eso he sacrificado mi dedo».

Konovalenko estaba inmóvil, sentado en uno de los sillones de piel.

La cabeza le bombeaba de dolor. Si la botella le hubiese alcanzado de frente y no en un lado, ahora estaría muerto. Sin embargo, aún vivía. De vez en cuando se aplicaba una toalla con cubitos de hielo contra la sien. A pesar del intenso dolor, se obligó a pensar con claridad. No era ésta la primera ocasión en que se veía inmerso en una situación crítica.

La consideración de todas las alternativas le llevó una hora, aproximadamente. Ya sabía lo que tenía que hacer. Miró el reloj. Llamaba a Sudáfrica y se comunicaba directamente con Jan Kleyn dos veces al día. Faltaban veinte minutos para la próxima llamada. Se dirigió a la cocina y puso nuevos cubitos en la toalla.

Llegado el momento, se sentó en el desván, ante el transmisor de radio, para ponerse en contacto con Sudáfrica. Pasaron varios minutos hasta que Jan Kleyn respondió. Nunca mencionaban nombre alguno cuando se comunicaban por radio.

Konovalenko le resumió lo ocurrido. *La jaula se había abierto y el pájaro había huido, sin haber logrado aprender a cantar.*

Transcurrió un instante hasta que Jan Kleyn alcanzó a comprender lo que había sucedido. Una vez que se hubo hecho la composición de lugar, su respuesta fue inequívoca. *El pájaro había de ser capturado y tendrían que enviar otro pájaro en su lugar. Recibiría el aviso más adelante. Todo tendría que volver al punto departida, durante un tiempo.*

Concluida la conversación, Konovalenko sintió una gran satisfacción. Jan Kleyn había comprendido que él había cumplido con su deber.

El cuarto punto, el que nunca revelaron a Mabasha, era muy simple.

—Ponlo a prueba, le había ordenado Jan Kleyn cuando se vieron en Nairobi para diseñar el futuro próximo de Mabasha. Examina su resistencia, localiza sus puntos débiles. Tenemos que estar seguros de que dará la talla. Lo que hay en juego es demasiado importante para exponerlo a accidentes de ningún tipo. Si no se muestra a la altura, habrá

que sustituirlo.

Victor Mabasha no dio la talla. Tras aquella superficie de dureza se ocultaba un simple africano, sensiblero y desorientado.

Ahora, la principal misión de Konovalenko consistía en encontrarlo y matarlo. Después llegaría el momento de enfrentarse al nuevo candidato de Jan Kleyn.

Tenía conciencia de que su cometido más inmediato no resultaría nada fácil de llevar a cabo. Victor Mabasha estaba herido y se comportaba de manera imprevisible. Sin embargo, no albergaba la menor duda de que lo conseguiría. Era célebre entre los miembros del KGB por su capacidad para persistir. Él nunca se rendía.

Se echó en la cama y consiguió dormir unas horas.

Bien temprano, al amanecer, hizo su maleta y la llevó al BMW.

Antes de echar la llave, ajustó el detonador que haría saltar la casa por los aires. Lo programó para tres horas más tarde, de modo que, cuando la explosión se produjese, él se encontrara ya muy lejos.

Poco después de las seis, abandonó la casa. Calculaba que llegaría a Estocolmo al atardecer.

En la salida de la E-14 había dos coches de la policía. Durante un instante temió que Mabasha hubiese delatado la existencia de ambos en el país, pero ninguno de los agentes reaccionó cuando pasó ante ellos.

Jan Kleyn llamó al domicilio de Franz Malan poco antes de las siete de la mañana del martes.

—Tenemos que vernos, dijo lacónico. El Comité ha de reunirse lo antes posible.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí, repuso Kleyn. El primer pájaro no superó la prueba. Habrá que

seleccionar otro.

El apartamento estaba en Hallunda.

Konovalenko aparcó fuera del edificio, ya tarde, la noche del martes, 28 de abril. Se había tomado el viaje desde Escania sin prisas. Aunque disfrutaba conduciendo a gran velocidad y el potente BMW se prestaba a ello, se cuidó mucho de mantenerse dentro de los límites establecidos. A las afueras de Jönköping pudo constatar con disgusto que la policía le había dado el alto a unos cuantos conductores que lo habían adelantado, de lo que dedujo que los habían detectado mediante radar.

Por otro lado, el Cuerpo de Policía sueco no le inspiraba la menor confianza. Él mismo suponía que esto se debía, en el fondo, a su profundo desprecio por ese tipo de sociedad abierta y democrática de que la sueca era un claro ejemplo. Konovalenko no sólo desconfiaba de la democracia, sino que la odiaba intensamente, pues le había robado gran parte de su vida. Aunque la introducción del sistema democrático hubiese acabado siendo un proceso largo, quizá ni siquiera llegara a hacerse realidad nunca, él había abandonado Leningrado en cuanto comprendió que la antigua sociedad hermética del sistema soviético no tenía salvación. Ésta había quedado herida de muerte con el intento fallido de golpe de Estado en agosto de 1991, en que un grupo de altos cargos militares y de viejos zorros de la escuela del Politburó intentaron restaurar el anterior sistema jerárquico. Cuando el fracaso ya era un hecho, Konovalenko inició su plan de fuga inmediata. Sabía que no le sería posible vivir en una

democracia de ningún tipo. El uniforme que había llevado desde que fue reclutado por el KGB, a los veinte años de edad, se había convertido en una capa más, la última, de su epidermis. Si se desollaba a sí mismo, ¿qué quedaría de él?

Tampoco era el único que pensaba de este modo. Durante los últimos años, en los que el KGB había sido objeto de severas reformas, cuando el muro de Berlín fue brutalmente destruido, él y sus colegas se habían dedicado a discutir cómo sería el futuro que los aguardaba.

Una de las reglas oficiosas de los servicios de inteligencia consistía en exigir responsabilidades cuando un Estado totalitario se derrumbaba. Demasiadas personas se habían visto expuestas al trato del KGB, demasiados parientes había que querían vengar a sus muertos y desaparecidos. Konovalenko no tenía ningún interés en acabar ante un tribunal, del mismo modo en que había visto que hacían con sus colegas de la Stasi en la nueva Alemania. Así, había estado durante horas estudiando un mapamundi que tenía en una de las paredes de su despacho. Muy a su pesar tuvo que reconocer que el mundo, tal y como se presentaba a finales del siglo XX, no se adaptaba lo más mínimo a sus deseos. Le costaba imaginarse viviendo en alguna de las brutales pero poco estables dictaduras sudamericanas, como tampoco le inspiraban confianza los autócratas que aún gobernaban en algunos estados africanos. Sin embargo, sí que había considerado la posibilidad de fraguarse un futuro en alguno de los estados fundamentalistas árabes. La religión islámica le era a veces indiferente y a veces odiosa, pero sabía que los gobernantes mantenían unas fuerzas de seguridad de carácter abierto y secreto al mismo tiempo, lo que era fuente de no pocas prerrogativas. Finalmente, desechó también esta opción, ya que no creía que lograrse adaptarse a una cultura tan radicalmente diferente, cualquiera que fuese el país islámico que eligiese, además de no tener la menor

intención de renunciar al vodka.

También había pensado en ofrecer sus servicios a alguna empresa internacional de seguridad, pero le faltó decisión, ya que se trataba de un mundo que no conocía.

En realidad y a fin de cuentas, no había más que un país en el que podría vivir, y ese país era Sudáfrica. Había leído toda la información, que tanto le costó conseguir acerca de aquella República. Sirviéndose de la autoridad de que aún gozaban los oficiales del KGB, pudo localizar y abrir algunos de los archivos de documentación política. Aquellas lecturas fortalecieron en él la idea de que Sudáfrica era una alternativa apropiada para organizar su futuro. Le atraían las diferencias raciales y comprendió que la organización policial, tanto la uniformada como la secreta, estaba bien cimentada y gozaba de gran influencia.

No le gustaba la gente de color y menos aún los negros. Para él eran personas de condición inferior, imprevisibles, la mayoría de ellos delincuentes. No tenía una visión clara de si se trataba o no de prejuicios, simplemente había decidido que así era, y no le desagradaba la idea de disponer de chica de la limpieza, sirvientes y jardinero.

Anatoli Konovalenko estaba casado, pero esta nueva vida la planeaba sin contar con su mujer, Mira. Hacía ya muchos años que se había cansado de ella. Seguramente Mira estaría tan harta como él, aunque nunca se tomó la molestia de preguntarle. Después de tantos años, no quedaba más que el hábito, vacío de contenido, sin sentimientos. Él había compensado este vacío iniciando, de forma reiterada, relaciones con otras mujeres, a las que conocía a través de su trabajo.

Sus dos hijas eran ya mayores y vivían su propia vida, así que no tenía que preocuparse por ellas.

Se figuraba su huida de aquel imperio que se deshacía como una desaparición fantasmal. Anatoli Konovalenko dejaría de existir.

Cambiaría de identidad, quizá también de aspecto. Su mujer tendría que arreglárselas como pudiese con la pensión que le quedaría cuando lo dieran por muerto.

Al igual que la mayoría de sus colegas, Konovalenko había organizado, durante el transcurso de los años, un sistema de salidas secretas a través de las cuales podría escabullirse, si fuese necesario, y evitar posibles situaciones críticas. Había acumulado una reserva considerable de moneda extranjera, se había agenciado una serie de identidades alternativas mediante distintos pasaportes y otros documentos. Además, contaba con una gran red de contactos con personas que ocupaban posiciones importantes desde el punto de vista estratégico: en las líneas aéreas Aeroflot, entre las autoridades aduaneras, en la administración del Ministerio de Asuntos Exteriores... Aquellos que pertenecían a la nomenclatura constituían una especie de secta secreta. Se ayudaban y eran la garantía mutua de que nadie podría eliminar su modo de vivir. Ésa había sido su creencia, al menos hasta que los sorprendió la incomprensible caída del imperio.

Al final, poco antes de la huida, todo ocurrió muy aprisa. Se puso en contacto con Jan Kleyn, que era una oficial de enlace entre el KGB y los servicios de inteligencia sudafricanos. Se habían conocido durante la visita de Konovalenko a la estación moscovita de Nairobi, que fue además su primer viaje al continente africano. Encajaron bien en aquel primer encuentro. Jan Kleyn no tuvo reparo en dejar claro que los servicios de Konovalenko serían apreciados por su país, ofreciéndole la posibilidad de emigrar a una vida placentera.

Sin embargo, aquello tardaría en llegar. Necesitaba una estación intermedia después de abandonar la Unión Soviética, y se decidió por Suecia, país recomendado por muchos de sus colegas. Aparte del hecho de que gozaba de un alto nivel de vida, no resultaba difícil atravesar sus

fronteras, como tampoco era complicado ocultarse en el anonimato, si uno así lo deseaba. Por si fuera poco, había ya una colonia rusa en crecimiento constante, integrada en su mayor parte por delincuentes, organizados en ligas, que habían empezado a establecer su actividad en Suecia. Como suele decirse, eran las ratas las primeras en abandonar el navío que se hunde. Konovalenko sabía que aquellas personas le serían de utilidad. Los resultados de la cooperación anterior entre el KGB y los delincuentes rusos habían sido excelentes, de modo que ahora podrían prestarse servicios mutuos también en el exilio.

Salió del coche y se le ocurrió que incluso en aquel país que se consideraba ejemplar había vestigios socialmente vergonzosos. El triste barrio en el que se encontraba le recordaba a Leningrado o a Berlín. Era como si la destrucción futura estuviera inscrita en las fachadas de las casas. Al mismo tiempo, comprendía que Vladimir Rykoff y su esposa Tania habían acertado al establecerse en Hallunda, en cuyos bloques de pisos de alquiler habitaba una gran cantidad de gentes de todas las nacionalidades. Aquí podían vivir en el anonimato que tanto deseaban.

«El mismo que yo persigo», añadió Konovalenko en su reflexión.

Cuando llegó a Suecia, utilizó a Rykoff para adaptarse rápidamente a su nueva realidad. Llevaba aquél en Estocolmo más de diez años, desde principios de la década de los ochenta. Había disparado, por error, a un coronel del KGB en Kiev y supo enseguida que tenía que huir del país. Puesto que era de tez oscura y de rasgos arábigos, entró en Suecia como refugiado iraní y no tardó en obtener asilo político, a pesar de no saber ni una palabra de persa. Cuando, con el tiempo, consiguió la ciudadanía sueca, recuperó su verdadero nombre, Rykoff. Era iraní sólo en las ocasiones en que tenía que vérselas con las autoridades. A fin de procurarse su sustento y el de su supuesta esposa iraní, empezó por cometer un par de delitos de robo en sendos bancos, ya en los primeros

meses de estancia en el campo de refugiados de Flen, que le proporcionaron un capital inicial decente. Por aquel entonces, ya se había dado cuenta de que podría ganar dinero instaurando un servicio de acogida para otros ciudadanos rusos, que llegaban a Suecia en número creciente, de manera más o menos legal. Su curiosa agencia de viajes no tardó en cobrar fama y había periodos en los que recibía a más personas de las que en realidad podía hacerse cargo. En su lista de asalariados figuraban distintos representantes de las autoridades suecas y, de vez en cuando, incluso funcionarios de la Dirección Nacional de Inmigración, todo lo cual contribuyó a que la agencia de viajes ganase celebridad por su eficacia y buena gestión. A veces lo irritaba el que los funcionarios suecos fuesen tan difíciles de sobornar pero, al final, si se andaba con cuidado, casi siempre lo lograba. Rykoff había establecido además una costumbre muy apreciada por todos los recién llegados, que consistía en invitarlos a una comida típicamente rusa en el apartamento de Hallunda.

Konovalenko comprendió poco después de su llegada que, tras la dura apariencia, Rykoff era en realidad una persona dócil y de personalidad endeble. Por otro lado, empezó bien pronto a insinuársele a su esposa, quien no pareció incomodarse lo más mínimo, con lo que Konovalenko no tardó en ejercer su control sobre Rykoff a placer. Organizó sus días de modo que Rykoff fuese el encargado de todos los recados de tipo práctico, todas las tareas rutinarias y monótonas.

Cuando Jan Kleyn se puso en contacto con él y le ofreció el cometido de hacerse cargo de un asesino profesional africano, al que debía instruir para una misión importante en Sudáfrica, dejó que Rykoff gestionase todos los preparativos relativos a la intendencia. Así, fue él quien se responsabilizó de alquilar la casa en Escania, de agenciarse los coches y de comprar y almacenar la comida. Era él quien mantenía el contacto con los falsificadores de documentos y quien fue a recoger el arma que

Konovalenko había conseguido sacar de San Petersburgo de forma clandestina.

Konovalenko sabía que Rykoff tenía, además, otra cualidad: que no dudaba ante la necesidad de matar.

Cerró el coche y, maleta en mano, subió hasta el quinto piso. Tenía la llave, pero, en lugar de abrir directamente, llamó al timbre, de un sonido sencillo, una especie de versión codificada del ritmo de *La Internacional*.

Le abrió la puerta Tania, que pareció sorprendida al no ver a Victor Mabasha.

—¿Ya estás aquí? ¿Dónde está el negro?

—¿Y Vladimir? —preguntó a su vez Konovalenko, sin molestarse en contestarle.

Le dio la maleta y entró en el apartamento, que tenía cuatro habitaciones amuebladas con costosos sillones de piel, mesas de mármol y los últimos modelos de equipos de música y de vídeo. Todo denotaba una falta de gusto que desagradaba profundamente a Konovalenko, aunque ahora se viese obligado a vivir allí.

Vladimir salió del dormitorio cubierto con una lujosa bata de seda. A diferencia de Tania, que era esbelta, Vladimir Rykoff había engordado en todas las direcciones imaginables. Konovalenko pensó que no parecía sino que él mismo le hubiese ordenado que se pusiese hecho una foca. Con total seguridad, tampoco habría protestado si lo hubiesen conminado a semejante locura.

Tania puso la mesa y sirvió una comida ligera y una botella de vodka. Konovalenko les refirió lo que consideró necesario que conociesen, sin mencionar una palabra acerca de la mujer a la que se había visto obligado a matar.

Lo más importante era que Victor Mabasha había sido víctima de un ataque inexplicable, que ahora se encontraba en algún lugar de Suecia y que debía ser eliminado sin falta.

—¿Por qué no acabaste con él en Escania? —quiso saber Vladimir.

—Me topé con ciertas dificultades —repuso Konovalenko.

Ni Vladimir ni Tania hicieron más preguntas.

Durante el viaje en coche, tuvo tiempo de meditar a conciencia acerca de lo ocurrido, y de lo que, en consecuencia, debía ocurrir. Sabía que Mabasha no tenía más que un medio de salir del país, y ese medio era Konovalenko, pues él tenía su pasaporte y su billete de avión; él podía darle el dinero necesario.

Lo más probable era que Victor Mabasha intentase llegar a Estocolmo, si es que no estaba ya en la ciudad. Y allí lo recibirían Konovalenko y Rykoff.

Konovalenko tomó unos tragos de vodka, pero se guardó mucho de emborracharse pues, aunque era lo que más le apetecía en aquel momento, tenía una tarea importante que realizar.

En efecto, debía llamar a Jan Kleyn a un número de teléfono de Pretoria que sólo le estaba permitido utilizar en casos de extrema urgencia.

—Entrad en el dormitorio —ordenó a Tania y a Vladimir—. Cerrad la puerta y poned la radio. Tengo que hacer una llamada importante y no quiero ser molestado.

Sabía que tanto Tania como Vladimir escuchaban a escondidas si se les presentaba la ocasión y en esta ocasión no quería darles la oportunidad de hacerlo, sobre todo porque tenía la intención de contarle a Jan Kleyn lo ocurrido con la mujer a la que tuvo que asesinar, lo cual sería, además, la explicación perfecta para interpretar el ataque de Mabasha como un suceso muy positivo. Por si fuera poco, también

quedaría claro que el haber descubierto la debilidad de Mabasha antes de que fuese demasiado tarde había sido mérito exclusivo de Konovalenko.

El asesinato de aquella mujer podía cumplir también otra función. Jan Kleyn comprendería, si es que no lo había hecho ya, que Konovalenko era un hombre totalmente frío y calculador.

Eso era lo que Jan Kleyn le explicó en Nairobi que más necesitaban en Sudáfrica en aquellos momentos.

Hombres blancos con poco respeto por la vida ajena.

Konovalenko marcó el número que se había aprendido de memoria en cuanto lo oyó una sola vez en Sudáfrica. Durante todos aquellos años en que sirvió como oficial del KGB, entrenó su capacidad de concentración y su memoria grabando en ella números de teléfono.

Tuvo que marcar la larga cifra cuatro veces, antes de que el satélite sobre el ecuador recibiese las señales y las reenviase a la Tierra.

Alguien levantó el auricular desde Pretoria.

Reconoció de inmediato aquella voz ronca y despaciosa.

Al principio le costó controlar el eco y la descompensación de un segundo de tiempo que había hasta el sur de África, pero pronto se habituó.

Relató de nuevo lo ocurrido, hablando siempre en clave. Victor Mabasha era el «contratista». Se había preparado bien durante el viaje a Estocolmo y Jan Kleyn no lo interrumpió ni una sola vez para pedirle aclaraciones.

Una vez que hubo concluido, se hizo el silencio entre los dos.

Él se mantenía a la espera.

—Enviaremos un nuevo contratista —se oyó al fin decir a Jan Kleyn—. Como es natural, el otro ha de ser despedido sin dilación. Nos pondremos en contacto contigo cuando sepamos quién será el sustituto.

Ahí acabó la conversación.

Colgó el auricular con el convencimiento de que ésta había surtido el efecto deseado. Jan Kleyn había interpretado los acontecimientos como él esperaba: Konovalenko había evitado que el desenlace del atentado que habían planeado resultase catastrófico.

No pudo resistir la tentación de acercarse hasta la puerta del dormitorio y aplicar el oído. No se oían más que la radio y el silencio.

Se sentó a la mesa y se sirvió medio vaso de vodka. Ahora sí que podía permitirse beber más de la cuenta pero, puesto que necesitaba estar solo, dejó que la puerta del dormitorio permaneciese cerrada. En su momento, se llevaría a Tania a la habitación que él ocupaba cuando se quedaba en el apartamento.

Al día siguiente, muy temprano, se levantó con cuidado para no despertarla. Rykoff ya se había levantado y estaba sentado en la cocina tomando café. Konovalenko se sirvió una taza y se sentó frente a él.

—Victor Mabasha debe morir —afirmó—. Antes o después vendrá a Estocolmo. No le quedará otro remedio, si quiere encontrarme. En realidad, tengo el fuerte presentimiento de que ya está aquí. Le corté un dedo antes de que desapareciese, así que llevará una venda o un guante en la mano izquierda. Lo más seguro es que se incline por visitar las discotecas de la ciudad en las que se suelen ver los inmigrantes africanos. Por esta razón, dedicarás el día de hoy a difundir el rumor de que se ha puesto precio a su cabeza: cien mil coronas para quien lo liquide. Visitarás a todos tus contactos, a todos los delincuentes rusos que conozcas. No menciones mi nombre. Di simplemente que quien hace el encargo es solvente.

—Cien mil coronas es mucho dinero —advirtió Vladimir.

—Eso es problema mío —repuso Konovalenko—. Tú haz lo que te

digo. Por cierto, que nada impide que seas tú el merecedor de esas cien mil coronas. O, ¿por qué no?, yo mismo.

Konovalenko no tendría ningún inconveniente en disparar su pistola contra la cabeza de Victor Mabasha. Sin embargo, sabía que esto no sucedería. Sería demasiado pedir.

—Esta noche, tú y yo haremos una ronda por los bares africanos. Para entonces, el rumor ha de estar bien extendido, de modo que cuantos deban saberlo estén ya informados. Es decir, que tienes mucho que hacer.

Vladimir asintió levantándose. Konovalenko sabía que, a pesar de su deforme obesidad, era muy eficaz cuando la situación lo requería.

Media hora más tarde Vladimir abandonaba el apartamento. Konovalenko permaneció junto a la ventana viéndolo alejarse por el asfalto hacia un Volvo que le pareció un último modelo, más moderno que el que le había visto con anterioridad.

«Se matará comiendo», pensó. «Su mayor felicidad consiste en cambiar de coche constantemente. Morirá sin conocer el incomparable placer de sobrepasar los propios límites. La diferencia entre él y un rumiante debe de ser casi imperceptible».

También Konovalenko tenía aquella mañana una misión importante que cumplir.

Tenía que conseguir cien mil coronas y no le cabía la menor duda de que lo haría robando un banco. La cuestión era simplemente cuál elegir.

Volvió al dormitorio y se sintió tentado, por un instante, a acurrucarse bajo el edredón y despertar a Tania, pero rechazó la idea y se vistió rápidamente y en silencio.

Poco antes de las diez dejó el apartamento de Hallunda.

El aire soplaba frío y estaba lloviendo.

Se preguntó fugazmente dónde se encontraría Victor Mabasha justo en aquel momento.

A las dos y cuarto del miércoles 29 de abril, Anatoli Konovalenko atracó la sucursal de Akalla del banco Handelsbanken. No le llevó más de dos minutos. Salió del banco a la carrera, dobló la esquina y abrió la puerta del coche. Había dejado el motor en marcha y no tardó en esfumarse.

Calculaba que se había llevado el doble de lo que necesitaba. Al menos, podría permitirse una cena de lujo con Tania en algún restaurante cuando Victor Mabasha hubiese desaparecido del mapa.

La carretera por la que conducía describía una curva muy cerrada a la derecha, justo antes de llegar a la calle de Ulvsundavägen. De repente, frenó en seco. Dos policías, de pie frente a él, bloqueaban la calle. Durante el transcurso de unos segundos las ideas le cruzaron la mente en torbellino. ¿Cómo había tenido tiempo la policía de organizar un control y cortar la calle? No hacía más de diez minutos que había abandonado el banco y que había sonado la alarma. ¿Cómo podían saber que elegiría justo aquel camino para huir?

No le cabía más que actuar.

Echó marcha atrás y oyó el chirrido de los neumáticos contra el asfalto. Cuando giró para volver por donde había venido, derribó una papelera que había en la acera y arrancó el parachoques trasero estrellándose contra un árbol. Ya no tenía intención de seguir conduciendo despacio. Tenía que improvisar su huida.

Oía las sirenas tras de sí. Maldijo en voz alta preguntándose sin cesar cómo podía ser. Además, lo encolerizaba el hecho de no conocer la zona norte de Sundbyberg, donde se hallaba. Las carreteras entre las que habría podido elegir para escapar lo habrían conducido a alguna nacional y ésta, a su vez, al centro de la ciudad. Sin embargo, ahora no tenía ni idea de

dónde se encontraba y no podía planificar cómo librarse de la policía.

Tampoco tardó en perderse del todo en un polígono industrial, antes de comprender que se encontraba en una calle sin salida. La policía seguía tras sus pasos, aunque había aumentado la distancia que los separaba saltándose dos semáforos en rojo. Salió del coche de un salto, con la bolsa de plástico en una mano y la pistola en la otra. Cuando el primero de los coches policiales se paró en seco, levantó el arma y disparó contra el parabrisas, sin saber si el proyectil había alcanzado a alguien. Ahora podría sacar la ventaja que necesitaba, ya que los policías no continuarían en su persecución hasta haber conseguido refuerzos.

Saltó con rapidez y agilidad la valla que cercaba una zona que le careció un cementerio de coches o un edificio en construcción, no estaba seguro. Tuvo suerte. Desde el otro lado, una joven pareja se había introducido en aquel lugar apartado para estar a solas. Konovalenko no se lo pensó. Se acercó a hurtadillas por la parte trasera del coche y apuntó a la sien del hombre a través de la ventanilla abierta.

—Quieto. Haz lo que te digo, le ordenó con su fuerte acento extranjero. Sal del coche y deja las llaves puestas.

Los dos jóvenes estaban atónitos. Konovalenko no tenía tiempo que perder. Abrió con brusquedad la puerta del coche, sacó al conductor de un tirón, se sentó en su lugar y miró a la chica que estaba a su lado.

—Me largo. Dispones de un segundo exactamente para decidir si te vienes o te quedas.

Ella lanzó un grito y se tiró del coche. Konovalenko se marchó. Ya no tenía prisa. El sonido de las sirenas se aproximaba desde distintos puntos de la ciudad, pero sus perseguidores no podían saber que había encontrado otro medio de transporte.

«¿Llegué a matar a alguien?», se preguntó. «Ya me enteraré cuando ponga la tele esta noche».

En la estación de metro de Duvbo dejó el coche robado y regresó a Hallunda. Ni Tania ni Vladimir estaban en casa cuando llamó a la puerta, así que la abrió con su llave, dejó la bolsa en la mesa del comedor y fue a buscar la botella de vodka. Después de unos cuantos tragos ya no estaba tan excitado y constató que todo había salido bien. Si había herido o tal vez incluso matado a alguno de los policías, habría complicaciones, naturalmente. No obstante, no veía cómo este hecho podía impedir, ni siquiera retrasar, la muerte de Victor Mabasha.

Contó el dinero: ciento sesenta y dos mil coronas.

A las seis de la tarde, encendió el televisor para escuchar el primer informativo. Tania ya había vuelto y estaba en la cocina haciendo la cena.

El informativo se abrió con la noticia que Konovalenko esperaba. Para su sorpresa, se dio cuenta de que aquel disparo con el que sólo pretendió hacer añicos el parabrisas delantero del coche patrulla habría podido considerarse un tiro magistral en otras circunstancias. El proyectil había alcanzado a uno de los policías del vehículo justo en el ángulo entre la nariz y la frente, en medio de los ojos. El agente murió en el acto.

Apareció luego una fotografía del policía asesinado. Se llamaba Klas Tengblad, de veintiséis años, casado y con dos hijos pequeños.

La policía sabía que el autor actuaba solo y que minutos antes había robado la sucursal del Handelsbanken en Akalla, nada más.

Konovalenko hizo una mueca y se levantó para buscar el mando del televisor. En ese instante descubrió que Tania estaba de pie contemplándolo en el umbral de la puerta.

—El policía bueno es el policía muerto, sentenció al tiempo que apagaba con el mando a distancia. ¿Qué hay de cena? Tengo hambre.

Vladimir llegó a casa y se sentó a la mesa cuando Tania y él estaban terminando de comer.

—Un robo a un banco —irrumpió Vladimir—. Y un policía muerto.

Un asesino solitario que habla sueco con acento extranjero. No serán pocos los policías que esta noche hagan la ronda por la ciudad.

—Son cosas que pasan —respondió Konovalenko—. ¿Has terminado de transmitir la información?

—No habrá ni una sola persona de los bajos fondos que no sepa, antes de medianoche, que puede ganar cien mil coronas.

Tania le sirvió un plato.

—¿Fue de verdad necesario dispararle a un policía, hoy precisamente?

—¿Qué te hace pensar que lo maté yo? —preguntó Konovalenko.

Vladimir se encogió de hombros.

—Un tiro magistral, un robo a un banco para que salgan las cuentas con Victor Mabasha, acento extranjero... Parece bastante probable que hayas sido tú.

—Te equivocas si piensas que di en la diana, aseguró Konovalenko. Fue pura suerte. O mala suerte, según se mire. Pero por si acaso, creo que será mejor que vayas tú solo al centro esta noche. O llévate a Tania, si quieres.

—Hay algunas discotecas en la zona de Söder adonde suelen acudir los africanos —dijo Vladimir—. Había pensado empezar por allí.

A las ocho y media, Tania y Vladimir se fueron al centro. Konovalenko se dio un baño y se sentó ante el televisor. Los distintos informativos ofrecían largas intervenciones acerca del policía muerto, aunque no tenían pistas seguras sobre las que investigar.

«Por supuesto», se dijo Konovalenko. «Yo no suelo dejar huellas.» Se había adormilado en la silla cuando el teléfono lo despertó de repente. Sonó una vez y se cortó. Luego llamaron de nuevo. En esta ocasión lo

dejó sonar siete veces. Cuando volvieron a llamar una tercera vez, descolgó el auricular. Sabía que era Vladimir, pues aquélla era la señal que habían acordado. Pudo oír, por el ruido de fondo, que se encontraba en una discoteca.

—¿Me oyes? —gritó Vladimir.

—Sí.

—Yo casi no me oigo a mí mismo. Tengo noticias frescas.

—¿Alguien ha visto a Victor Mabasha en Estocolmo? —Konovalenko se figuraba que era ése el motivo de la llamada.

—Mejor aún. Está aquí mismo.

Konovalenko respiró hondo.

—¿Te ha visto?

—No, pero está en guardia.

—¿Va con alguien?

—Está solo.

Konovalenko reflexionó. Eran las once y veinte. Dudaba acerca de cuál sería la decisión correcta, pero no tardó en adoptar una.

—Dame la dirección. Salgo hacia allí. Espérame en la entrada. Fíjate bien en cómo es el local. Sobre todo, en dónde se encuentran las salidas de emergencia.

—Así lo haré —respondió Vladimir, antes de colgar.

Examinó su pistola y se guardó en el bolsillo un cargador de reserva. Entró luego en su habitación y abrió un cofre metálico que había en el suelo, contra una de las paredes, del que sacó dos granadas de gas lacrimógeno y dos máscaras antigás. Después, lo metió todo en la misma bolsa que había estado usando durante el día para guardar el dinero del robo al banco.

Finalmente, se peinó con mucho esmero ante el espejo del cuarto de baño, como solía hacer, a modo de ritual, siempre que se preparaba para

una misión importante.

A las doce menos cuarto abandonó el apartamento de Hallunda y se marchó a la ciudad en taxi. Pidió que lo llevaran a Östermalmstorg. Una vez allí, y tras haber pagado el primer taxi, tomó otro que lo dejaría en Söder.

La discoteca estaba en el número 45 de la calle, pero Konovalenko le pidió al taxista que lo dejase en el 60. Allí se bajó y retrocedió para recorrer a pie el mismo trayecto que el taxi, hasta llegar a la discoteca.

Vladimir apareció de repente de entre las sombras.

—Sigue ahí. Tania se ha ido a casa.

Konovalenko asintió lentamente.

—¡Vamos a por él!

Le pidió a Vladimir que le describiese la discoteca.

—¿En qué parte del local se encuentra Mabasha? —preguntó Konovalenko una vez que se hubo hecho una idea clara de la distribución del establecimiento.

—Junto a la barra —explicó Vladimir.

Minutos después, con las máscaras puestas y las armas preparadas, se dirigieron hacia la entrada.

Vladimir abrió la puerta bruscamente y quitó de en medio de un empujón a los sorprendidos vigilantes.

En ese momento, Konovalenko lanzó las granadas de gas lacrimógeno.

«Otórgame la noche, *songoma*. ¿Cómo voy a soportar si no esta luz nocturna que no me permite hallar ningún escondrijo? ¿Por qué me has enviado a este país tan extraño, en el que al hombre se le niega el derecho a su oscuridad? Te ofrezco mi dedo amputado, *songoma*. Te entrego una parte de mi cuerpo a cambio de mi oscuridad. Pero, parece que me has abandonado. Que me has dejado solo. Tan solo como el antílope cuando no tiene ya fuerzas para huir del cazador *cheeta*».

Victor Mabasha vivió su huida como un viaje realizado en un estado onírico, de ingravidez. Como si su espíritu transitase independiente de su cuerpo, invisible, cercano pero ilocalizable. Le parecía sentir su propio aliento en la nuca. En el Mercedes, cuyos asientos de piel le traían a la memoria el perfume lejano de las pieles, de antílopes desollados, no quedaba ahora más que su cuerpo y, sobre todo, su mano dolorida. El dedo no estaba, pero era como si estuviera, como un dolor sin hogar en un país extraño.

Desde el principio de aquella fuga salvaje intentó obligarse a controlar sus pensamientos y actuar con sensatez. «Yo soy un zulú», se repetía a sí mismo sin cesar, como si fuera un sortilegio. «Pertenezco a un pueblo guerrero indómito, soy uno de los Hijos del Cielo. Mis antepasados iban siempre en primera fila cuando nuestros *impis* atacaban.

Nosotros vencimos a los blancos mucho antes de que éstos persiguiesen a los hombres salvajes, allá, en aquellos desiertos infinitos en los que no tardaron en sucumbir. Los derrotamos mucho antes de que nuestro país fuese suyo. Los abatimos al pie de Isandlwana, y les cortamos las mandíbulas, que luego utilizamos para adornar los *kraal* de los reyes. Yo soy un *zulu*. Uno de mis dedos está amputado. Aun así, soportaré el dolor, y me quedan todavía nueve dedos, tantos como vidas tiene el chacal».

Cuando ya no pudo más, eligió al azar una pequeña carretera que discurría junto a un bosque y se detuvo a la orilla de un lago que espejeaba en la oscuridad. Las aguas tenían un color tan sombrío que pensó al principio que era petróleo. Allí se sentó sobre una roca que había al filo del agua, desenrolló el paño empapado en sangre y se obligó a mirar su propia mano. Aún sangraba. Sentía aquella mano como ajena: el dolor se hallaba más bien en su conciencia, y no en la herida provocada por el corte.

¿Cómo pudo Konovalenko ser más rápido que él mismo? Aquella flaqueza de unas décimas de segundo fue lo que lo hizo sucumbir. Comprendía que su huida había sido una insensatez, que se había comportado como un niño perdido. Había actuado de modo indigno, para consigo mismo y para con Jan Kleyn. Tendría que haberse quedado y haber registrado el equipaje de Konovalenko hasta encontrar los billetes de avión y el dinero. Pero lo único que hizo fue llevarse algo de ropa y la pistola. Ni siquiera podía recordar cuál era el camino por el que había huido, así que tampoco podía volver, pues nunca daría con la casa.

«La flaqueza», pensó. «Nunca he conseguido domeñarla, pese a haber

renunciado a todos mis lazos de lealtad, a todos los propósitos con los que crecí. Esa flaqueza es un castigo de mi *songoma*. Ella ha estado escuchando a los espíritus y ha permitido que los perros entonen mi canto, un canto que trata de la flaqueza que nunca lograré vencer».

El sol, que parecía no hallar nunca el reposo en ese país tan raro, se había elevado ya sobre el horizonte. Una rapaz alzó el vuelo desde la cima de un árbol y se alejó aleteando sobre el espejo del lago.

Ante todo, tenía que dormir. Al menos unas horas, pues sabía que no necesitaba más. Unas cuantas horas de sueño y el cerebro estaría de nuevo en condiciones de prestarle sus servicios.

En una época para él tan lejana como la que perteneció a sus antepasados, su padre, Okumana, aquel hombre capaz de forjar las mejores puntas de lanza, le explicó que siempre hay una salida mientras se esté vivo. La muerte era el último escondite, del que habría de guardarse hasta que no quedase ninguna otra posibilidad de deshacerse de una amenaza insuperable. Siempre había otras escapatorias, aquellas que uno no es capaz de ver al principio, y ésa era la razón por la que el hombre, a diferencia de los animales, tenía un cerebro, para poder ver hacia dentro, y no sólo hacia el exterior. Hacia adentro, hacia los lugares secretos en los que los espíritus de los antepasados aguardaban a poder ser la guía de los hombres en la vida.

«¿Quién soy yo? Un ser humano que ha perdido su identidad no es ya un ser humano, sino un animal. Eso es lo que me ha ocurrido a mí. Empecé a matar personas porque yo mismo estaba muerto. Cuando era niño y veía los rótulos, aquellos condenados rótulos que indicaban dónde podían estar los negros y qué lugares eran sólo para blancos... fue entonces cuando empezó a menguar mi persona. Los niños han de tener la

oportunidad de crecer, de expandirse. Sin embargo, en mi país, el niño negro debe aprender a disminuir cada vez más. Yo veía a mis padres sucumbir bajo su propia condición de invisibles, su propia amargura reprimida. Yo era un niño obediente, que aprendió a ser nadie entre otros nadie. Mi condición de ser diferente fue mi auténtico padre. Ella me enseñó lo que nadie debería verse obligado a aprender: a vivir en la falsedad, en el desprecio, en una mentira que, en mi país, adquirió la categoría de única verdad. Una mentira por la que velaban la policía y las leyes y, sobre todo, un río de aguas blancas, un río de palabras acerca de la diferencia natural entre el blanco y el negro, acerca de la superioridad de la civilización blanca.

»A mí, *songoma*, esa superioridad me convirtió en un asesino y me figuro que ésta es la consecuencia última de todo cuanto aprendí de niño, por tener que disminuir día a día. Pues, ¿en qué ha consistido esta distinción entre blanco y negro, esta superioridad falsificada de los blancos, si no en el saqueo sistemático de nuestros espíritus?

»En las ocasiones en que nuestra desesperación ha estallado en rabiosa destrucción, los blancos se han mostrado incapaces de detectarla, como tampoco han sido sensibles a nuestro odio, tanto mayor que aquélla.

»Y es precisamente en mi fuero interno donde puedo avistar la sima que, como una espada, divide mis pensamientos y mis sentimientos. Puedo prescindir de uno de mis dedos pero ¿cómo voy a poder vivir sin saber quién soy?»

Se estremeció y se dio cuenta de que había estado a punto de dormirse y, en esa línea fronteriza entre el sueño y la vigilia, medio adormilado, aquellos pensamientos que se habían mantenido lejos durante tanto tiempo regresaron a su mente.

Permaneció allí, sentado en la roca, durante un buen rato.

Los recuerdos lo requerían sin que él tuviese que reclamar su presencia.

Era el verano de 1967. Acababa de cumplir seis años cuando descubrió que tenía una habilidad que lo distinguía de los otros niños con los que solía jugar en el polvoriento barrio de las afueras de Johannesburgo en el que vivía. Se habían fabricado una pelota de papel y cuerdas y, mientras jugaban, se dio cuenta de que tenía un dominio del balón como ningún otro de sus compañeros de juegos. Podía controlar la pelota a su antojo, ésta lo seguía como un perro sumiso. De aquel descubrimiento nació su primer gran sueño, que quedaría después destrozado por la sagrada diferencia. Se convertiría en el mejor jugador de rugby de Sudáfrica.

Lo invadió una alegría incomprensible. Pensó que los espíritus de sus antepasados lo habían tratado bien. Llenó una botella de agua de una fuente y la ofreció a la tierra rojiza.

Un día, aquel mismo verano, un blanco, comerciante de alcohol, detuvo su vehículo en medio de la polvareda en la que Víctor y sus amigos jugaban a la pelota. El conductor estuvo largo tiempo observando a aquel niño negro cuyo talento para manejar la pelota parecía ilimitado.

En una ocasión, el balón fue a parar junto al coche. Víctor se acercó temeroso, se inclinó y recogió la pelota.

—¡Si hubieses sido blanco! —se lamentó el hombre—. Nunca he visto a nadie con semejante dominio del balón. Es una lástima que seas negro.

Siguió con la mirada la estela blanca que dejaba un reactor en el

cielo.

«El caso es que no recuerdo el dolor», se dijo. «Sin embargo, debió existir ya entonces. O ¿acaso habían logrado inculcar en aquel niño de seis años que la injusticia era el estado natural en la vida, hasta el punto de que ni siquiera reaccionó? Pero, diez años después, a mis dieciséis años, todo había cambiado por completo».

Junio de 1976. Soweto. En las inmediaciones del instituto West Junior se habían reunido más de quince mil alumnos. Él no era uno de ellos. Él vivía en las calles; él vivía esa vida mezquina pero tanto más industriosa y cruel del ratero. Por aquel entonces las víctimas de sus hurtos eran aún sólo los negros, pero ya empezaba a orientar su punto de mira hacia los barrios de los blancos, en los que podría llevar a cabo robos de otra magnitud. Se vio arrastrado por la corriente de jóvenes sin querer, aunque compartía su ira ante el hecho de que, a partir de entonces, el instrumento de transmisión de la enseñanza pasaría a ser la odiosa lengua bóer. Aún hoy era capaz de reproducir en su memoria la imagen de aquella joven que, con el puño cerrado, le gritaba a un presidente ausente: «¡Vorster! ¡Cuando tú hables zulú, nosotros hablaremos afrikaans!». Al principio, el caos se había alojado tan sólo en su interior, pero cuando él mismo resultó apaleado, se vio también como víctima del drama que se desarrollaba en el exterior, víctima del ataque de la policía y de su bestialidad al asestar los golpes de *sjambok*^[6].

Él había sido uno de los que lanzaban piedras. Su habilidad no le falló y daba en el blanco con casi todo lo que arrojaba. Vio cómo un policía se echaba mano a la mejilla que le sangraba. Recordó entonces las palabras del hombre blanco aquella vez, cuando él se detuvo junto a su vehículo para recuperar la pelota de papel. Luego lo atraparon y lo golpearon. Los

látigos le mordían la piel como una tenaza tan dura que sintió el dolor también por dentro. Pero sobre todo recordaba a un policía corpulento y rubicundo que olía a vino añejo pues, de repente, descubrió el miedo en sus ojos. En ese momento comprendió que él era el más fuerte. El miedo del hombre blanco le haría ya, y para siempre, sentir por él un desprecio sin límite.

Lo devolvió a la realidad el ruido de algo que se movía al otro lado del lago. Era un bote de remos, según pudo ver, que avanzaba despacio en dirección a él. Un hombre lo gobernaba, con lentos golpes de remo, cuyo sonido le llegaba a pesar de la distancia.

Se levantó de la roca y se tambaleó, presa de un repentino mareo. Comprendió que tenía que procurarse asistencia médica. Como siempre, la hemorragia de su herida tardaría en cortársele. Además, necesitaba ingerir algún líquido de forma urgente. Se sentó al volante, puso el motor en marcha y comprobó que no le quedaba gasolina más que para una hora de camino, como mucho.

Cuando salió a la autovía, continuó en la misma dirección que hasta entonces.

Tardó cuarenta y cinco minutos en llegar a una ciudad pequeña llamada Älmhult. Intentó imaginarse cómo se pronunciaría aquel nombre. Se detuvo en una gasolinera. Como Konovalenko le había dado dinero para gasolina cuando salía con el coche, sabía cómo manejar la caja automática con los dos billetes de cien coronas que tenía. Sin embargo, la mano herida le impedía hacerlo y se dio cuenta enseguida de que llamaba la atención de la gente.

Un hombre mayor se ofreció a ayudarle. Victor Mabasha no comprendió lo que decía, pero asintió y se esforzó por sonreír. Invirtió uno de los billetes de cien coronas en repostar y constató que sólo le alcanzaba para poco más de diez litros, pero necesitaba comer algo y,

sobre todo, tenía que apagar su sed. Después de musitar su agradecimiento al hombre que le había ayudado y de apartar el coche del surtidor para que no molestase, entró en la tienda. Compró pan y dos botellas grandes de Coca-Cola; le quedaban cuarenta coronas. Junto a la caja había un mapa, en medio de multitud de anuncios de ofertas, en el que intentó localizar Älmhult, sin conseguirlo.

Salió en dirección al coche y cortó un trozo de pan con los dientes. Se bebió una de las botellas de Coca-Cola, que no consiguió quitarle del todo la sed.

Trató de decidir qué hacer. ¿Cómo iba a encontrar un médico o un hospital? No tenía dinero para pagarlos. El personal del hospital lo rechazaría y se negaría a atenderlo.

Sabía que aquello significaba que tendría que cometer un robo, que la pistola que llevaba en la guantera era su única salida.

Dejó tras de sí la ciudad y prosiguió a través de los bosques suecos, que se le antojaban infinitos.

«Espero no tener que matar a nadie. No quiero matar a nadie antes de haber llevado a cabo mi misión. No antes de haber liquidado a De Klerk».

«La primera vez que maté a una persona, *songoma*, no estaba solo. No puedo olvidarlo, pese a que me cuesta recordar a otras personas a las que he eliminado después. Fue aquella mañana de enero de 1981, en el cementerio de Duduza. Recuerdo con claridad las lápidas agrietadas, *songoma*, y que pensé que iba andando por los tejados de las viviendas de los muertos. Íbamos a enterrar a un viejo pariente, un primo de mi padre, creo. En otros lugares del cementerio se celebraban otros entierros. De repente, se originó un alboroto en alguna parte, uno de los cortejos fúnebre se deshacía en el desorden. Vi a una joven que corría entre las

lápidas como una cierva perseguida. De hecho, *estaban persiguiéndola*. Alguien gritaba que era una delatora, una negra que le hacía los recados a la policía. La atraparon. Ella gritaba. Yo nunca había presenciado antes una penuria mayor que la de aquella joven. La derribaron a cuchilladas y a golpes, pero aún vivía allí, tendida entre las lápidas. Entonces empezamos a llevar ramas secas y manojos de hierba que crecían entre las grietas de las lápidas. Digo “empezamos” porque, de pronto, yo también me vi envuelto en lo que estaba sucediendo. Una mujer negra que proporcionaba información a la policía, ¿por qué razón habría de vivir? Ella suplicaba clemencia, pero su cuerpo quedó enseguida cubierto de hierba y maleza seca y la quemamos viva allí mismo. En vano intentaba escapar, pues la sujetamos con fuerza hasta que su rostro se ennegreció. Aquella muchacha fue la primera persona que maté, *songoma*, y no la olvidaré nunca pues, al matarla a ella, me quité la vida también a mí mismo. La distinción entre las razas había triunfado. Me había convertido en un animal, *songoma*. Ya no había vuelta atrás».

La mano empezaba a dolerle de nuevo. Victor Mabasha procuraba mantenerla inmóvil para atenuar el dolor. El sol se hallaba aún muy alto en el cielo y ni siquiera se molestó en mirar el reloj. Le quedaba todavía mucho tiempo para estar sentado en el coche y dejar que los pensamientos le hiciesen compañía.

«No tengo ni idea de dónde estoy», prosiguió su reflexión. «Sé que me encuentro en un país llamado Suecia, nada más. ¿Acaso es así el mundo, en realidad? Tal vez no exista ningún aquí ni ningún allí, tan sólo un ahora».

Poco a poco empezó a caer aquel extraordinario y apenas perceptible atardecer nórdico.

Introdujo en la pistola uno de los cargadores y se guardó el arma en la cintura del pantalón.

Echaba de menos sus cuchillos, pero estaba resuelto a no matar a nadie, a menos que fuese absolutamente preciso.

Miró el indicador del nivel de gasolina. Tendría que repostar muy pronto, así que se veía obligado a resolver el problema del dinero cuanto antes. Seguía albergando la esperanza de no tener que herir de muerte a ninguna persona.

Unos kilómetros más adelante descubrió un pequeño comercio que cerraba tarde. Se detuvo ante él, apagó el motor y aguardó hasta que no quedó ningún cliente dentro. Le quitó el seguro a la pistola, salió del coche y entró rápidamente en el local. En la caja había un hombre de edad. Victor señaló la caja registradora con la pistola. El hombre intentó decir algo, pero Victor lanzó un disparo contra el techo y volvió a señalar. El hombre abrió la caja, con manos temblorosas. Él se inclinó, se cambió la pistola a la mano herida y agarró todo el dinero que había dentro. Después, se dio la vuelta y abandonó la tienda a toda prisa.

Mabasha nunca vio que el hombre se desplomaba detrás del mostrador ni que, al caer, se dio un fuerte golpe en la cabeza contra el suelo de cemento. Más tarde todos interpretarían este hecho suponiendo que el ladrón lo había derribado.

Sin embargo, el hombre que había tras el mostrador había muerto antes de caer: su corazón no fue capaz de resistir el sobresalto.

Al salir del comercio a la carrera, el vendaje improvisado de la mano quedó enganchado en la manivela de la puerta. No tenía tiempo de soltarlo, así que se obligó a aguantar el dolor y dio un tirón para liberar la mano.

En ese preciso instante, descubrió a una niña que estaba observándolo a la entrada de la tienda. Tendría unos trece años y miraba fijamente, con

sus enormes ojos, la mano ensangrentada de Victor.

«Tengo que matarla», pensó. «No puedo marcharme dejando un testigo».

Sacó la pistola y le apuntó; no tuvo valor. Dejó caer la mano y se encaminó al coche con paso presuroso para salir de allí cuanto antes.

Se le cruzó por la mente la idea de que a partir de ahora, en cualquier momento, la policía le seguiría los pasos. Empezarían a buscar a un hombre negro con una mano mutilada. La niña a la que no había matado hablaría. Así que se dio un máximo de cuatro horas para encontrar otro coche.

Se detuvo junto a una gasolinera sin personal y llenó el depósito. Con anterioridad, había pasado un indicador con el nombre de Estocolmo y en aquella ocasión había tomado la precaución de memorizar cómo regresar por el mismo camino.

Se sintió, de repente, muy cansado. Tendría que detenerse a dormir junto a la carretera.

Deseaba poder encontrar en algún lugar otro lago de aguas negras y tranquilas.

Y lo encontró. En las grandes llanuras al sur de Linköping. A aquellas alturas ya había cambiado de coche. A las afueras de Huskvarna se había desviado hacia un motel y había conseguido forzar la puerta y poner en marcha otro Mercedes. Continuó conduciendo mientras se lo permitieron sus fuerzas, hasta que, en las proximidades de Linköping, tomó un desvío por una carretera comarcal para luego decidirse de nuevo por otra aún menor. Finalmente, allí estaba el lago. Era más de medianoche. Se acurrucó en el asiento trasero y se durmió.

«Ya sé que estoy soñando, *songoma*. Y que eres tú, y no yo, quien toma ahora la palabra. Sé que estás refiriéndome las hazañas del gran Chaka, el gran guerrero, el creador de la supremacía del pueblo zulú, el temido por todos. Los hombres caían muertos a tierra ante su ira. Era capaz de ordenar que ejecutasen a todo el regimiento si éste no había hecho gala del valor debido durante alguna de las interminables y siempre inconclusas guerras. Él es uno de mis antepasados, acerca del cual me hablaban los míos por las noches, junto a la hoguera, cuando era un niño. Ahora comprendo que su recuerdo le ayudaba a mi padre a olvidar el mundo blanco en que lo obligaban a vivir. A fin de soportar las minas, el pánico a los derrumbamientos en los túneles subterráneos, a los gases que le corroían los pulmones.

»Sin embargo, *songoma*, también me traes a la memoria otros recuerdos. Aquellos que cuentan que Chaka, hijo de Senzangakhona, dejó de ser el que era cuando murió Noliwa, la mujer que amaba. Su corazón se llenó de una densa oscuridad, dejó de albergar sentimientos de amor hacia las personas o hacia la tierra. Tan sólo quedó en él espacio para un odio que lo devoraba desde dentro, como un parásito. Poco a poco fue perdiendo todos sus rasgos humanos, hasta que no quedó de él más que un animal, sin la capacidad de sentir alegría más que ante la visión de sus matanzas y de la sangre y el sufrimiento que éstas ocasionaban. Y, ¿por qué me cuentas todo esto, *songoma*? ¿Acaso soy ya como él, un animal creado por la diferencia de razas sediento de sangre? No quiero creerte, *songoma*. Es cierto que yo también mato, pero no de forma indiscriminada. Yo aún soy capaz de disfrutar viendo danzar a las mujeres, sus cuerpos negros sobre el fondo de las llameantes hogueras. También me gustaría ver bailar a mis propias hijas, *songoma*. Quiero verlas bailar sin fin, hasta que se me cierren los ojos y me llegue la hora

de regresar a las profundidades de la tierra, donde habré de reunirme contigo y donde podrás revelarme el último de los secretos...»

Se despertó sobresaltado poco antes de las cinco de la mañana.

A través de la ventanilla del coche oyó cantar a un pájaro de un modo extraordinario y desconocido para él.

Prosiguió su camino hacia el norte.

Llegó a Estocolmo hacia las once de la mañana.

Era el miércoles 29 de abril, la víspera de la fiesta de Walpurgis del año 1992.

Fueron tres hombres. Los tres enmascarados. Entraron justo después de que se hubiese servido el postre, que consistía en una ensalada de frutas. En el transcurso de dos minutos, realizaron más de trescientos disparos con sus armas automáticas. Hecho esto, desaparecieron en un vehículo que los esperaba a la salida.

El silencio fue absoluto durante un instante. Después, empezaron los gritos procedentes de los huéspedes heridos y conmocionados.

Era la reunión anual del famoso club de catadores de vinos de Durban. El comité organizador puso especial empeño en los aspectos de seguridad cuando decidió que la cena con que se clausuraría la reunión se celebrase en el restaurante del club de golf de Pinetown, a pocos kilómetros de Durban. Pinetown no había sufrido, hasta el momento, la violencia de intensidad y alcance crecientes que reinaba en la provincia de Natal. Por otro lado, el responsable del restaurante les había prometido intensificar la vigilancia durante la noche.

Sin embargo, los vigilantes se vieron reducidos antes de poder dar la alarma. Quienes perpetraron el atentado habían cortado la valla metálica que rodeaba el local con unas tijeras de acero y hasta se las habían arreglado para estrangular a un pastor alemán.

Había un total de cincuenta y cinco personas en el restaurante la noche que los tres enmascarados irrumpieron en él con sus armas. Todos los miembros del club de catadores eran blancos. Los encargados del

servicio eran cinco negros, cuatro hombres y una mujer. Los cocineros y las mujeres que servían los aperitivos, negros todos, junto con el jefe de cocina portugués, huyeron por la puerta trasera del restaurante tan pronto como comenzaron los disparos.

Cuando todo hubo concluido, había nueve personas muertas entre las mesas y sillas volcadas, la porcelana rota y la estructura del techo parcialmente derribada. Diecisiete personas resultaron heridas de gravedad, el resto de los comensales estaban conmocionados, entre ellos una señora de edad que moriría más tarde víctima de un ataque cardíaco.

Los individuos dispararon contra más de doscientas botellas de vino tinto de modo que, cuando la policía llegó al lugar de los hechos no le resultó fácil la tarea de distinguir entre lo que era sangre y lo que era licor.

El primero en llegar al restaurante fue el inspector Samuel de Beer de la sección de homicidios de la policía de Durban, acompañado del inspector Harry Sibande. Pese a que De Beer no ocultaba que su visión del mundo era absolutamente racista, Harry Sibande había aprendido a ser indulgente con su desprecio por los negros. A esta actitud tolerante había contribuido en gran parte el que Sibande hubiese constatado, hacía ya tiempo, que él era mucho mejor policía de lo que De Beer nunca llegaría a ser.

Recorrieron juntos aquel escenario de desolación, vieron cómo las ambulancias llevaban a muertos y heridos en incesante ir y venir entre los distintos hospitales de Pinetown y Durban.

Los testigos con los que pudieron contar, fuertemente impresionados, no tenían mucho que decir, salvo que habían sido tres hombres, que iban enmascarados, pero que sus manos eran negras.

De Beer comprendió que se trataba de uno de los atentados políticos más graves de los cometidos hasta entonces en Natal, aquel año, por las

facciones de las fuerzas militares negras. En efecto, aquella noche del 30 de abril de 1992, la guerra civil abierta entre blancos y negros, que había empezado a germinar en dicha provincia, se presentó como aún más inminente.

Y aquella misma noche, De Beer llamó al servicio de inteligencia de Pretoria, desde donde le prometieron que recibiría apoyo logístico a primera hora del día siguiente, además de poner a su disposición a un investigador experimentado de la sección especial de atentados políticos y acciones terroristas.

El presidente De Klerk fue informado acerca del suceso poco antes de medianoche. Fue su ministro de Asuntos Exteriores, Pik Botha, quien lo llamó a su residencia por la línea especial para cuestiones urgentes.

El ministro percibió en el tono de De Klerk la irritación que le había provocado la llamada intempestiva.

—Sufrimos los asesinatos de inocentes a diario —le recordó De Klerk—. ¿Qué es lo que hace este caso tan especial?

—El alcance —le explicó el ministro—. Esta vez han sido demasiados muertos, demasiado graves los daños, demasiado cruel la acción. Si no haces una declaración terminante mañana por la mañana, se producirá una reacción violenta en el seno del partido. Estoy convencido de que los dirigentes del Congreso Nacional Africano, probablemente el propio Mandela, condenarán lo ocurrido, al igual que los responsables eclesiásticos negros. No darías muy buena imagen si no te manifestases tú también.

El ministro de Asuntos Exteriores Botha era una de las pocas personas a quienes el presidente De Klerk prestaba oídos sin reservas y cuyos consejos seguía.

—Haré como sugieres —respondió De Klerk—. Redáctame algo. Procura que esté en mi poder a las siete de la mañana.

Aquella misma noche, también a hora tardía, se produjo otra conversación telefónica entre Johannesburgo y Pretoria relacionada con el ataque de Pinetown. El coronel del servicio de inteligencia especialísimo y secreto del poder militar, Franz Malan, recibió una llamada de su colega Jan Kleyn. Ambos habían sido informados de lo acontecido horas antes en el restaurante de Pinetown. Ambos reaccionaron en su momento dando muestras de consternación y rechazo, es decir, interpretaron los papeles a los que ya estaban habituados. Tanto Jan Kleyn como Franz Malan estaban implicados en la planificación de la masacre de Pinetown, como un elemento más de su estrategia para aumentar la sensación de inseguridad en el país. Al final, como corolario de un número creciente de atentados y asesinatos cada vez más graves, llegaría aquel del que Victor Mabasha, o su sustituto, habría de responder.

Sin embargo, no fue ése el motivo, sino otro bien distinto, por el que Jan Kleyn llamó a Franz Malan aquella noche. En efecto, había descubierto, a lo largo del día, que alguien se había introducido en los ficheros de datos privados y secretos de su ordenador. Tras unas horas de reflexión y utilizando el método de las alternativas excluyentes, pudo por fin deducir quién era la persona que lo sometía a vigilancia. Comprendió enseguida que esto suponía una seria amenaza contra la operación cuyo plan estaban diseñando.

Cuando se llamaban por teléfono nunca pronunciaban sus nombres, ya que cada uno reconocía sin dificultad la voz del otro. Si la conexión no era buena en alguna ocasión, tenían previsto servirse de un código especial de frases de saludo que intercambiarían para identificarse mutuamente.

—Tenemos que vernos —afirmó Jan Kleyn—. Ya sabes hacia dónde

parto mañana, ¿verdad?

—Sí —aseguró Malan.

—Procura hacer tú lo mismo —ordenó Jan Kleyn.

Franz Malan había sido informado de que un capitán llamado Breytenbach sería el enviado secreto de su departamento a la hora H investigar la masacre. Sin embargo, también sabía que una llamada telefónica al capitán bastaría para poder viajar en su lugar, ya que Malan tenía orden expresa de introducir las modificaciones que considerase convenientes en las directrices recibidas para casos concretos, sin necesidad de realizar consulta previa alguna a sus superiores.

—Allí estaré —aseguró Malan.

Terminada la conversación, Malan telefoneó al capitán Breytenbach para comunicarle el cambio de planes: volaría a Durban él mismo. Hecho esto, empezó a preguntarse a qué podría deberse la preocupación de Jan Kleyn. Suponía que estaba relacionado con la gran operación que se traían entre manos y abrigaba la esperanza de que el proyecto no corriese el riesgo de naufragar.

A las cuatro de la madrugada del 1 de mayo, Jan Kleyn abandonaba Pretoria. Sobrepasó Johannesburgo y no tardó en acceder a la autovía N-3 hacia Durban, donde calculaba que se encontraría hacia las ocho.

A Jan Kleyn le gustaba conducir. De haberlo deseado, habría podido ordenar que un helicóptero se encargase de su traslado a la ciudad, pero entonces el viaje habría transcurrido con demasiada rapidez. El hecho de estar solo en el vehículo y ver cómo el paisaje pasaba a toda velocidad le proporcionaba tiempo para la reflexión.

Al tiempo que pisaba el acelerador, iba pensando que los problemas que habían surgido en Suecia pronto estarían resueltos. Durante algunos

días se cuestionó si Konovalenko era, en realidad, tan bueno y tan calculador como él mismo se jactaba de ser. ¿No habría cometido un error al contratarlo? Tras largo tiempo de meditación, concluyó que no era ése el caso: Konovalenko haría lo que fuese necesario. Victor Mabasha no tardaría en ser eliminado, si es que no lo había liquidado ya. Y otro hombre, llamado Sikosi Tsiki, el segundo de su lista, ocuparía su lugar y recibiría de Konovalenko la misma instrucción que Mabasha.

Lo único que aún seguía intrigando a Jan Kleyn era el suceso que, al parecer, había provocado la reacción incontrolada de Mabasha. ¿Cómo era posible que un hombre respondiese de modo tan violento sólo porque una insignificante mujer sueca hubiese resultado muerta? ¿Acaso existía, pese a las apariencias, un punto débil, cierto grado de sensiblería en la personalidad de Mabasha? En tal caso, había sido una suerte el que lo hubieran descubierto a tiempo, pues no quería ni imaginarse lo que habría ocurrido cuando Victor Mabasha hubiese divisado a su víctima por la mirilla del arma.

Ahuyentó las reflexiones acerca de Mabasha y volvió a sus temores sobre la vigilancia a la que se había visto sometido sin saberlo. En realidad, no había detalles en sus archivos, ni nombres, ni lugares, nada. Sin embargo, era consciente de que un oficial lo suficientemente habilidoso del servicio de inteligencia podía, pese a todo, sacar ciertas conclusiones. Entre ellas, por supuesto, que se estaba planeando la perpetración de un atentado político de carácter extraordinario y decisivo.

Jan Kleyn pensó que, en verdad, había tenido suerte al descubrir a tiempo la intromisión en los ficheros, ya que de este modo podría ponerle algún remedio.

El coronel Franz Malan subió al helicóptero que lo aguardaba en el aeropuerto de la base militar de Johannesburgo. Eran las siete y cuarto, así que calculaba que estaría en Durban hacia las ocho. Tras hacer una señal

a los pilotos, se ajustó el cinturón de seguridad y se dispuso a contemplar el suelo que se extendía a sus pies mientras elevaban el vuelo. Estaba cansado, pues había pasado la noche dándole vueltas a la idea de por qué Jan Kleyn estaría tan preocupado.

Contempló meditabundo el barrio sudafricano que estaban sobrevolando en aquel momento. Vio la ruina, las chabolas, el humo de las hogueras.

«¿Cómo podrían vencernos ellos?», se preguntó. «No tenemos más que hacerles ver, con mano de hierro, que vamos en serio. Ello costará sin duda el derramamiento de mucha sangre; también de sangre de hombres blancos, como en Pinetown ayer noche. Pero la perpetuidad del dominio blanco en Sudáfrica no puede conseguirse de forma gratuita, sino que exige sus víctimas».

Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos e intentó dormirse.

Muy pronto sabría qué era lo que inquietaba a Jan Kleyn.

Llegaron al restaurante de Pinetown, que estaba acordonado por la policía, con un intervalo de diez minutos entre uno y otro. Pasaron más de una hora en el baño de sangre del restaurante, junto con los investigadores locales, bajo la dirección del inspector Samuel de Beer. Tanto Jan Kleyn como Franz Malan pudieron constatar que los asesinos habían hecho un buen trabajo. El número de muertos había sido calculado en algo más de nueve, pero ése era un aspecto de menor importancia, después de todo. Lo verdaderamente relevante era que la matanza de los inocentes catadores había surtido el efecto deseado pues los gritos de ira y el deseo de venganza de los blancos ya se habían dejado sentir. En la radio del coche, Jan Kleyn había escuchado las palabras de condena de Nelson Mandela y del presidente De Klerk. Éste, además, había

amenazado a los terroristas con aplicar duras represalias.

—¿Hay alguna pista que nos oriente sobre quiénes han podido llevar a cabo semejante barbaridad? —preguntó Jan Kleyn.

—Nada, por ahora —admitió De Beer—. Ni siquiera hay ningún testigo que haya visto el vehículo en el que se dieron a la fuga.

—Lo mejor habría sido que el gobierno hubiese prometido una recompensa en la primera declaración —aseguró Franz Malan—. Se lo propondré personalmente al ministro de Defensa en el próximo pleno.

En ese instante se oyó un alboroto procedente de la calle, donde se había reunido un buen número de blancos. Muchos de ellos llevaban armas, en gesto desafiante, de modo que los negros que veían la muchedumbre tomaban otro camino. De repente, se abrió la puerta del restaurante y una mujer blanca, de unos treinta años, irrumpió en el local. Estaba indignada, casi histérica. En cuanto divisó al inspector Sibande, que era el único hombre negro que había allí dentro, sacó una pistola y le disparó. Harry Sibande tuvo el tiempo justo de echarse al suelo y protegerse detrás de una de las mesas derribadas. Entonces, la mujer se dirigió hacia la mesa y continuó disparando su arma, que sujetaba con las dos manos de forma compulsiva y que no cesaba de gritar en afrikaans que pensaba vengar la muerte de su hermano, asesinado la noche antes. No se rendiría hasta asegurarse de que ni un solo *kaffir* quedaba con vida.

Samuel de Beer se lanzó sobre ella y la desarmó antes de acompañarla hasta la salida, donde aguardaba un coche de la policía. Harry Sibande se levantó. Estaba herido. Uno de los proyectiles había atravesado el tablero de la mesa y le había alcanzado en el brazo.

Jan Kleyn y Franz Malan observaban el suceso con suma atención. Todo transcurrió con gran rapidez, pero ambos tuvieron el mismo pensamiento: ésa era, precisamente, la reacción que esperaban ante la masacre del día anterior, la misma que habían visto en aquella mujer

blanca, pero a mayor escala. El odio desbordaría al país, como una ola gigante.

De Beer regresó y se enjugó el rostro, bañado en sudor y sangre.

—Tenemos que comprenderla —comentó indulgente.

Sibande no pronunció palabra.

Jan Kleyn y Franz Malan prometieron aportar toda la ayuda que pudiesen necesitar y terminaron la conversación asegurándose unos a otros que la acción terrorista debía quedar aclarada lo antes posible. Después, abandonaron juntos el restaurante en el coche de Kleyn y se alejaron de Pinetown, en dirección norte, por la autovía N-2, desde la que se desviaron hacia el mar al llegar a la salida de Umhlanga Rocks. Jan Kleyn tomó una curva que desembocaba en un pequeño restaurante situado junto a la playa y cuya especialidad eran los platos de pescado y marisco. Aquí no los molestaría nadie. Pidieron cigalas y agua mineral. Hacía un tiempo agradable y soplaba una suave brisa marina. Franz Malan se quitó la chaqueta.

—Según tengo entendido, el inspector De Beer es un perfecto inútil como investigador criminal —afirmó—. Dicen que el *kaffir* de su colega tiene la mente mucho más despierta, además de ser bastante perseverante.

—Sí, a mí me ha llegado la misma información. La investigación irá girando sobre su propio eje hasta que nadie, salvo los allegados de las víctimas, recuerde lo sucedido.

Dejó el cuchillo sobre la mesa y se limpió la boca con la servilleta.

—La muerte nunca es agradable —prosiguió—. A nadie se le ocurre instigar a un baño de sangre a menos que sea absolutamente necesario. Por otro lado, no hay vencedores sin vencidos, como tampoco hay victoria sin víctimas. Supongo que en el fondo no soy más que un darwinista primitivo. El más fuerte es el que sobrevive, y el superviviente es, en consecuencia, quien tiene la razón de su parte. Cuando se declara

un incendio en una casa, nadie se dedica a preguntar dónde se originó el fuego antes de iniciar las tareas de extinción.

—¿Qué ocurrirá con esos tres hombres? —quiso saber Franz Malan—. No recuerdo haber leído nada acerca de lo que se acordara hacer con ellos.

—Después de comer, daremos un paseo —repuso Kleyln con media sonrisa.

Malan comprendió que ésa era, por el momento, la respuesta a su pregunta y conocía a Jan Kleyln lo suficiente como para saber que de nada serviría insistir: llegada la ocasión, recibiría la información requerida.

Cuando les hubieron servido el café, Jan Kleyln empezó a contarle por qué tenían que verse.

—Como ya sabes, quienes trabajamos en los servicios secretos y en los distintos departamentos de los servicios de inteligencia, nos regimos por una serie de normas y prescripciones tácitas, no escritas, una de las cuales consiste en la vigilancia mutua, de modo que la confianza que depositamos en nuestros colegas se ve siempre limitada por dicha regla. Así, todos creamos nuestros propios instrumentos con los que controlar la seguridad personal y, por supuesto, mediante los que asegurarnos de que nadie se adentre en nuestro territorio más allá del límite recomendable. Y, para ello, lo sembramos de minas, en definitiva porque todos los demás también lo hacen. De este modo se alcanza ese equilibrio que nos permite realizar nuestro trabajo de forma conjunta. Por desgracia, he descubierto que alguien ha mostrado un interés por mis ficheros rayano en la fisgonería. Es decir, que alguien ha recibido órdenes de espiarme, y esa orden debe de tener su origen en las altas esferas.

Franz Malan palideció al oír las palabras de Kleyln.

—¿Han descubierto nuestro plan?

Jan Kleyln le clavó una mirada helada.

—Como es natural, no soy tan poco juicioso, le recriminó Kleyn. Ninguno de los datos que contienen mis archivos puede revelar la misión que nos hemos propuesto y que, de hecho, estamos llevando a cabo. Los ficheros no contienen nombres ni ninguna otra información. Sin embargo, no podemos prescindir del hecho de que una persona con la inteligencia suficiente sea capaz de sacar las conclusiones correctas, lo cual agrava la situación.

—No resultará fácil averiguar quién ha sido —afirmó Malan.

—Te equivocas —negó Kleyn—. Ya sé quién ha sido.

Franz Malan lo miró sorprendido.

—Pensé que para avanzar lo mejor era retroceder —aseguró Jan Kleyn—. Es éste, con bastante frecuencia, un método excelente para llegar a la solución de un problema. Me pregunté en primer lugar de dónde procedería la orden. No me llevó mucho tiempo concluir que quienes pueden tener interés en saber a qué me dedico son, en realidad, dos personas, ambas del más alto rango imaginable. El presidente y el ministro de Asuntos Exteriores.

Franz Malan hizo amago de ir a formular una objeción.

—Permíteme que continúe —lo interrumpió Kleyn—. Si reflexionas un instante, comprenderás que resulta evidente. Un miedo, justificado por demás, a que se maquine una conspiración domina el país. De Klerk tiene motivos sobrados para sentir temor por las ideas que sabe que existen en el seno de ciertas facciones de los altos mandos militares. Asimismo, es consciente de que no puede contar con la lealtad incondicional de quienes gobiernan los servicios de inteligencia del país. La inseguridad impera en Sudáfrica, así que resulta imposible pronosticar o prever cuanto haya de suceder. Todo lo cual implica que la necesidad de información es ilimitada. En el gabinete del presidente no hay más que una persona en la que éste confíe plenamente, el ministro de Asuntos Exteriores Botha.

Llegado a este punto de mi deducción, no me quedaba más que hacer un repaso de quiénes podían ser candidatos al cargo de mensajero secreto del presidente. Por motivos que ahora no vienen al caso, no me quedó, tras una breve meditación, más que un candidato de estos posibles. Pieter Van Heerden.

Franz Malan lo conocía y lo había visto en varias ocasiones.

—Pieter Van Heerden —repitió Jan Kleyn—. Él ha sido el emisario secreto del presidente, él le ha revelado nuestros secretos.

—Sé que es una persona muy inteligente —declaró Malan.

—En efecto —admitió Kleyn—. Es un hombre muy peligroso, un enemigo digno de respeto aunque, por desgracia para él, está ligeramente enfermo.

Franz Malan arqueó las cejas.

—¿Enfermo?

—Hay dificultades en la vida que se resuelven por sí solas. Da la casualidad de que sé que ingresará en un hospital privado de Johannesburgo la semana próxima, para someterse a una operación. Nada serio: tiene problemas de próstata.

Jan Kleyn tomó un sorbo de café.

—Van Heerden no abandonará nunca ese hospital —continuó—. Me encargaré de ello personalmente. Después de todo, intentaba darme caza a mí, y fueron mis ficheros los que abrió sin permiso.

Permanecieron en silencio mientras un camarero negro retiraba los platos vacíos de la mesa.

—Como ves, ya he resuelto el problema, pero quería ponerte en antecedentes por una razón: para que sepas que también tú debes actuar con la mayor cautela pues, con toda probabilidad, habrán designado a alguien que te controle a ti.

—Está bien saberlo —subrayó Malan—. Comprobaré de nuevo todas

mis rutinas de seguridad.

El camarero les trajo la cuenta, que Jan Kleyn se encargó de pagar.

—Vamos a dar un paseo —propuso—. Me hiciste una pregunta cuya respuesta obtendrás en breve.

Siguieron un sendero que, al filo de los acantilados, conducía hacia las peñas escarpadas que daban nombre a la playa.

—Sikosi Tsiki saldrá el miércoles para Suecia.

—¿Quieres decir que él es el mejor? —inquirió Malan.

—Es el número dos de mi lista. Tengo plena confianza en él.

—¿Y Victor Mabasha?

—Supongo que a estas alturas estará muerto. Espero que Konovalenko se ponga en contacto conmigo esta noche o, a lo más tardar, mañana.

—Nos han llegado rumores de que se celebrara una reunión importante en Ciudad del Cabo el 12 de junio, apuntó Malan. Estoy investigando si puede ser ése el momento apropiado.

Jan Kleyn se detuvo.

—Sí —admitió—. La fecha sería inmejorable.

—Te mantendré informado —aseguró Malan.

Jan Kleyn se paró junto al filo de un despeñadero que se precipitaba hacia el mar en pronunciada pendiente.

Franz Malan miró hacia abajo.

Al fondo del profundo declive pudo ver los restos de un coche.

—Al parecer, aún no han descubierto el vehículo —constató Kleyn—. Cuando lo hagan, encontrarán en su interior los cadáveres de tres hombres. Hombres negros, de unos veinticinco años. Alguien les disparó y después echó el coche a rodar por el acantilado.

Jan Kleyn señaló un aparcamiento que había justo detrás del lugar donde se encontraban.

—Según lo acordado, recibirían su dinero aquí —aclaró—. Sin embargo, y como ves, eso no llegó a suceder.

Dieron la vuelta y regresaron sobre sus pasos.

Franz Malan no se molestó en preguntar quién había ejecutado a los tres autores de la masacre en el restaurante. Había ciertos detalles que, simplemente, prefería ignorar.

Justo después de la una de la tarde Jan Kleyn dejó a Franz Malan en una base militar situada a las afueras de Durban. Se dieron la mano antes de separarse rápidamente.

Jan Kleyn evitó la autopista en el camino de regreso a Pretoria. Prefería las carreteras menos transitadas que cruzaban la provincia de Natal. No tenía prisa y sí la necesidad de sintetizar lo ocurrido. Era mucho lo que estaba en juego para él mismo, para sus conjurados y para todos los blancos que vivían en Sudáfrica.

Cayó en la cuenta de que estaba atravesando la ciudad natal de Nelson Mandela, el lugar donde había nacido y crecido y adonde probablemente lo llevarían cuando muriese.

Había ocasiones en que Jan Kleyn se amedrentaba ante su propia frialdad. Sabía que él era lo que suele llamarse un fanático. No obstante, no conocía ningún otro tipo de vida que le gustase llevar.

En realidad, no había más que dos cosas en el mundo que lo inquietasen. La primera, las pesadillas que le arruinaban el sueño algunas noches y en las que se veía a sí mismo prisionero en un mundo habitado exclusivamente por personas negras. Había perdido la facultad de hablar y las palabras que profería por su boca se convertían en sonidos de animal, como los alaridos de una hiena.

La otra, el hecho de que nadie supiese cuánto tiempo le había tocado

vivir a cada uno. No era que él quisiese vivir eternamente, pero sí lo suficiente como para ver que los blancos de Sudáfrica habían afianzado su dominio.

Después, podría morir en paz. No antes.

Se detuvo a cenar en un pequeño restaurante de Witbank, no sin antes haber repasado a conciencia su plan, con todas sus circunstancias favorables y desfavorables. Se sentía tranquilo. Todo saldría tal y como él se había propuesto. Quizá la sugerencia de Franz Malan de optar por el 12 de junio en Ciudad del Cabo tampoco fuese tan mala.

Poco antes de las nueve de la noche, divisó la vía de acceso a su gran mansión, situada a las afueras de Pretoria.

Su vigilante negro le abrió la verja.

Antes de dormirse, dedicó su último pensamiento a Victor Mabasha.

Ya le costaba hasta recordar su rostro.

Pieter Van Heerden sentía una gran desazón.

La sensación de malestar, de un temor insidioso, no era una experiencia nueva para él. Los instantes de tensión y de peligro formaban parte incuestionable de su trabajo en el servicio de inteligencia. Sin embargo, el hecho de estar en la camilla de la clínica Brenthurst a la espera de ser intervenido lo hacía sentirse más indefenso.

Brenthurst era una clínica privada de Hillbrow, la zona norte de Johannesburgo. Si hubiese querido, podría haber elegido una alternativa mucho más costosa, pero aquella clínica le parecía bien. Era famosa por su elevado nivel médico, el equipo de facultativos altamente experimentados, a decir de todos, y la atención al paciente, impecable. No obstante, no se caracterizaba precisamente por sus lujosas habitaciones. Muy al contrario, el edificio en general presentaba un aspecto de profundo deterioro. Van Heerden era una persona adinerada, sin que pudiese afirmarse que fuera rico, exactamente, pero no le gustaba alardear. Durante sus vacaciones y los viajes que emprendía en su tiempo libre, siempre evitaba alojarse en hoteles de lujo, en los que solía sentirse envuelto en esa clase especial de vacío de que parecían ser expertos en rodearse los sudafricanos blancos. Ésa era la razón por la que tampoco quería que lo operasen en ninguno de los hospitales al servicio de los blancos económicamente mejor situados del país.

La habitación de Van Heerden estaba en la segunda planta. Desde allí

pudo oír unas risas procedentes del pasillo y enseguida el traqueteo del carrito del té. Miró por la ventana. Una paloma solitaria se erguía sobre un tejado. Al fondo, el cielo presentaba ese tono azul oscuro que tanto le gustaba. El atardecer africano no tardaría en morir y, con la presurosa y creciente oscuridad, volvería la inquietud.

Era lunes, 4 de mayo. A las ocho de la mañana del día siguiente, los doctores Plitt y Berkowitsch llevarían a cabo una intervención quirúrgica de escasa complejidad, pero que esperaba acabase de una vez por todas con sus problemas al orinar. La operación en sí no le preocupaba, ya que los médicos que estuvieron examinándolo durante el día lo habían convencido de que no entrañaba mayor riesgo. No tenía ningún motivo para desconfiar de ellos. Pocos días más tarde, podría abandonar el hospital y tan sólo una semana después no recordaría el incidente.

Era otra la fuente de su desasosiego. Se debía éste, en parte, a su enfermedad. Tenía treinta y seis años y se veía afectado por una anomalía física que no padecían más que los hombres de sesenta. Se preguntaba si estaba ya acabado, si había envejecido de forma tan drástica con tanta antelación. Ciertamente era que el trabajo en el servicio de inteligencia le imponía durísimas exigencias, cosa que ya sabía desde hacía tiempo. Por otro lado, el ser el emisario secreto del presidente incrementaba la presión con la que se veía obligado a convivir continuamente. Sin embargo, procuraba mantenerse en buena forma física, no fumaba y apenas si probaba el alcohol.

Lo que lo angustiaba y lo que, con total seguridad, constituía la causa indirecta de que hubiese enfermado, era la creciente impotencia a la hora de controlar la situación del país.

Pieter Van Heerden era bóer. Había crecido en Kimberley, inmerso desde su nacimiento en todas las tradiciones de los bóers. Bóers eran sus vecinos, sus compañeros de clase y también sus profesores. Su padre

había trabajado para De Beer, empresa que era, en su totalidad, propiedad de familias bóers y que dominaba la producción de diamantes en Sudáfrica y en el resto del mundo. Su madre había desempeñado el papel tradicional de esposa bóer, sometida a su marido, dedicada a la tarea de educar a los hijos y de transmitirles una representación religiosa que constituyese la base del orden de las cosas. Ella había dedicado todo su tiempo y sus fuerzas a Pieter y a sus cuatro hermanos. Hasta la edad de veinte años, cuando ya cursaba segundo en la Universidad de Stellenbosch, en Ciudad del Cabo, nunca se había cuestionado la vida que llevaba. El haber conseguido convencer a su padre de que le permitiese matricularse en aquella universidad, de radicalismo reconocido, supuso su primera victoria en la guerra por su independencia. Comoquiera que no había detectado ningún talento especial en sí mismo y dado que tampoco tenía unos proyectos de futuro sorprendentes, se había propuesto ejercer la carrera de funcionario, pues no le atraía lo más mínimo la idea de seguir los pasos de su padre y dedicar su vida a la minería y a la producción de diamantes. Estudió derecho y descubrió enseguida que era éste un campo que se adecuaba bien a su personalidad, aunque en ningún modo fue un alumno sobresaliente.

El gran cambio se produjo el día en que un compañero de clase lo convenció para que hiciesen una visita a uno de los barrios negros, situado a unas decenas de kilómetros de Ciudad del Cabo. En efecto algunos estudiantes empezaron a realizar visitas, por pura curiosidad a las zonas de población negra como muestra inequívoca de transigencia y de que, después de todo, eran otros tiempos. El radicalismo que caracterizaba a los estudiantes liberales de la Universidad de Stellenbosch se había limitado, hasta el momento, al discurso. La transformación consistía ahora en el hecho de que, por primera vez, se obligaban a sí mismos a ver la realidad con sus propios ojos.

Para Van Heerden supuso una experiencia traumática el ver las condiciones de miseria y humillación bajo las cuales vivían los negros. El contraste entre los recintos residenciales y fabulosos de los blancos y los barrios de chabolas de los negros le resultó hiriente. Simplemente, no podía comprender que estos dos mundos opuestos se hallasen alojados en el mismo país. La visita a los suburbios negros provocó una profunda alteración en sus sentimientos. Se tornó introspectivo y empezó a rehuir a sus compañeros. Mucho después llegaría a la conclusión de que aquello fue como descubrir una falsificación de calidad extraordinaria, sólo que no se trataba de un cuadro que, colgado de una pared, lucía una firma falseada. Era toda su vida, la que había vivido hasta entonces, la que llevaba el sello del engaño. Hasta los recuerdos le parecían distorsionados e ilegítimos, como el de aquella nanny negra que tuvo de niño y que tan intensa sensación de seguridad le transmitía cuando lo alzaba con sus fuertes brazos y lo apretaba contra su pecho. Pero ahora pensaba que ella, seguramente, lo odiaría entonces, lo que implicaba que no eran sólo los blancos los que vivían una ficción, sino también aquellos negros que se veían obligados, para asegurar su supervivencia, a disimular el odio que sentían por la injusticia sin límite a la que se veían expuestos en todo momento. Y todo ello en un país que una vez fue suyo y que les había sido robado. De este modo, los firmes cimientos sobre los que creía basada su vida, con un derecho heredado de Dios, naturaleza y tradición, habían resultado ser una ciénaga. Su visión del mundo, nunca cuestionada, estaba construida sobre la base de una injusticia vergonzosa, que él había ido a descubrir en los arrabales negros de Langa, situados a la distancia de la blanquísima Ciudad del Cabo que los arquitectos de la segregación de razas consideraron apropiada.

Aquella vivencia le afectó a él más profundamente que al resto de sus compañeros. Cada vez que intentaba sacar el tema llegaba a la conclusión

de que lo que para él había derivado en una experiencia traumática grave, no pasaba de tener visos de sentimentalismo en sus amigos. Mientras él creía ver una catástrofe de dimensiones apocalípticas ante sí, sus compañeros planeaban organizar días de recogida de ropa usada.

El día que se graduó, no había terminado de procesar aún aquella vivencia y cuando, en una ocasión en que tenía vacaciones, visitó a su familia en Kimberley, pudo ver cómo su padre, al oír el relato de su visita al arrabal negro, montaba en cólera por la ocurrencia. Comprobó entonces que sus ideas eran, como él mismo, unas ideas sin hogar en que ser acogidas.

Después de su graduación, le ofrecieron un puesto, que aceptó sin dudar, en el Ministerio de Justicia, en Pretoria. Al cabo de un año, y una vez confirmada su capacidad, le propusieron el traslado al servicio de inteligencia. Para aquel entonces ya se había acostumbrado a convivir con su trauma, pues nunca halló cómo resolverlo, sino convirtiendo su dilema en sinónimo de su personalidad. Así, era capaz de interpretar el papel del bóer recto y convencido, haciendo y diciendo cuanto se esperaba de su condición pero, en su interior, crecía la sensación de catástrofe inminente. Temía que aquella fantasía se quebrase un buen día y que los negros decidiesen exigir una venganza despiadada. Se sentía solo, no tenía con quién hablar y se aislaba cada vez más.

Comprendió enseguida que su cargo en el servicio de inteligencia llevaba aparejadas una serie de ventajas, de las que no era la menos interesante la posibilidad de seguir de cerca los procesos políticos de los que el pueblo no tenía más que un conocimiento vago o incompleto.

Cuando Frederik de Klerk resultó elegido presidente e hizo aquella declaración pública en la que aseguraba que Nelson Mandela sería puesto en libertad y el Congreso Nacional Africano legalizado, se le ocurrió que tal vez existiese, pese a todo, una posibilidad de evitar el desastre. La

vergüenza de cuanto había sido quedaría indeleble en las conciencias, pero quizá, después de todo, cabía abrigar la esperanza de un futuro para Sudáfrica.

Pieter Van Heerden no tardó en empezar a idolatrar al presidente De Klerk. Comprendía a quienes lo consideraban un traidor, pero no compartía su opinión sino que, todo lo contrario, veía en él un redentor. Finalmente, el día que lo designaron como enlace entre el servicio de inteligencia y el presidente, experimentó un sentimiento que pudo identificar como de orgullo. Entre él y De Klerk no tardó en crecer la confianza mutua. Por primera vez en su vida, tenía Van Heerden la sensación de que estaba haciendo algo trascendental pues, al proporcionar al presidente toda aquella información de la que no era el destinatario deseado, contribuía a fortalecer las posiciones de quienes querían crear una Sudáfrica sin opresión racista.

Acerca de todo ello cavilaba mientras esperaba en su cama del hospital Brenthurst. Mientras Sudáfrica no sufriese una profunda transformación y Nelson Mandela se convirtiese en el primer presidente negro del país, aquella zozobra que siempre lo atenazaba no desaparecería.

La puerta de su habitación se abrió y dio paso a una enfermera negra llamada Marta.

—El doctor Plitt acaba de llamar —le comunicó—. Llegará dentro de media hora para tomar una muestra para el análisis de médula.

—¿Un análisis de médula? —preguntó atónito Van Heerden.

—A mí también me resultó extraño —admitió la enfermera—. Pero él lo dijo muy decidido. Le recomiendo que se tumbe ya sobre el lado izquierdo. Será mejor seguir las instrucciones. La operación tendrá lugar mañana temprano. Cuando el doctor Plitt lo ha dispuesto así, será por algo.

Van Heerden asintió, pues tenía plena confianza en el joven médico. Sin embargo, no por ello dejaba de parecerle extraño el momento elegido para realizar semejante prueba.

Marta le ayudó a adoptar la posición adecuada.

—El doctor aseguró que debe usted permanecer totalmente quieto, sin moverse lo más mínimo.

—Yo soy un paciente muy obediente. Siempre hago lo que me ordenan los médicos. Y también suelo hacerte caso a ti, ¿no es así?

—Sí, usted no plantea nunca problemas —afirmó Marta—. Nos veremos mañana, cuando haya despertado después de la operación. Mi turno de hoy termina ahora.

La enfermera abandonó la habitación y Van Heerden pensó que ahora le esperaba una hora larga de viaje en autobús hasta llegar a su casa. En realidad no lo sabía, pero se imaginaba que vivía en Soweto.

Estaba a punto de vencerlo el sueño cuando oyó que abrían la puerta. La habitación estaba a oscuras, iluminada únicamente por una lamparita de noche. En los cristales de la ventana pudo ver reflejada la imagen del doctor que entraba en ese momento.

—Buenas noches —saludó sin moverse.

—Buenas noches, Pieter Van Heerden —oyó que le respondía una voz.

Aquella voz no pertenecía al doctor Plitt. Aunque la reconocía, tardó un par de segundos en identificar a la persona que estaba a su espalda y, cuando lo hizo, se volvió con toda rapidez.

Jan Kleyn sabía que los médicos de la clínica Brenthurst casi nunca llevaban las habituales batas blancas cuando visitaban a sus pacientes. En realidad, sabía cuanto era necesario acerca de las rutinas del hospital, por lo que le había resultado muy fácil hacerse pasar por uno de los doctores. No era infrecuente que los médicos se intercambiasen las guardias sin

que fuese necesario que trabajasen en el mismo hospital, como tampoco era extraordinario que visitasen a sus pacientes a deshoras, especialmente antes o después de una intervención quirúrgica. Cuando supo a qué hora se producía el relevo de enfermeras, pudo dar su plan por pergeñado. Había aparcado el coche en la parte delantera del hospital y pasó por delante de la recepción saludando con la tarjeta de identificación de una empresa de transportes cuyos servicios solían contratar hospitales y laboratorios.

—Vengo a recoger una muestra de sangre urgente —mintió—. Un paciente de la sección dos.

—¿Sabes dónde está? —preguntó el guardia.

—No es la primera vez que vengo —aseguró Jan Kleyn mientras apretaba el botón del ascensor. Y, en ese punto, no había dicho más que la verdad, pues el día antes había realizado una visita al hospital, provisto de una bolsa de fruta, con el pretexto de hacerle una visita a un paciente de la sección dos. Es decir, que sabía perfectamente cómo llegar hasta allí.

Atravesó la galería desierta en dirección a la habitación en la que sabía que aguardaba Van Heerden. Al final del pasillo, una enfermera de guardia leía concentrada un informe médico. Él avanzó en silencio y abrió la puerta con sigilo.

Cuando Van Heerden, aterrado, se dio la vuelta, Jan Kleyn ya había sacado la pistola provista de silenciador y la sostenía en la mano derecha.

En la otra mano llevaba la piel de un chacal.

Kleyn se permitía el lujo, de vez en cuando, de aderezar su existencia con algún que otro detalle macabro. En este caso concreto, la piel del animal haría la función de pista falsa con objeto de desorientar a los inspectores encargados de investigar el caso. Un oficial del servicio de inteligencia asesinado en un hospital provocaría una gran agitación en la

policía criminal de Johannesburgo. Empezarían a buscar conexiones entre el asesinato y la labor desarrollada por Pieter Van Heerden. Era de esperar, además, que sus contactos con el presidente De Klerk fuesen motivo para intensificar el despliegue de medios a fin de resolver el caso. Por esta razón, Jan Kleyn había decidido orientar a la policía en una dirección errónea. Los asesinos negros solían gustar de caracterizar sus crímenes con toques rituales, especialmente cuando se trataba de asesinatos por robo. No se contentaban, en aquellas ocasiones, con pringar las paredes de sangre sino que, con frecuencia, los autores del delito dejaban junto a la víctima algún símbolo: una rama partida, unas cuantas piedras dispuestas formando una imagen determinada o la piel de un animal.

Kleyn pensó enseguida en un chacal pues, para él, ése era el papel que había estado representando Van Heerden. Él había utilizado los conocimientos ajenos, la información ajena, y la había transmitido de un modo altamente reprobable.

Contempló la expresión de terror en el rostro del paciente.

—La operación se ha aplazado —declaró Jan Kleyn con aquella voz bronca tan característica.

Extendió entonces la piel del chacal sobre la cara de Van Heerden y le disparó en la cabeza tres veces. La almohada empezó a oscurecerse. Kleyn se guardó la pistola en el bolsillo y abrió el cajón de la mesilla de noche. Cogió el monedero de Van Heerden y abandonó la habitación antes de desaparecer tan inadvertido como había llegado. Los guardias no podrían dar ningún detalle concreto sobre el hombre que robó y asesinó a Van Heerden.

Robo con homicidio fue, de hecho, la denominación de la policía, que optó por el sobreseimiento del caso. Sin embargo, el presidente De Klerk no se dejó engañar. Para él, la muerte de Van Heerden fue portadora de su

último mensaje: no cabía ya la menor duda de que la conspiración era un hecho.

Y los conspiradores iban muy en serio.

Un rebaño de cabras en la niebla

El lunes 4 de mayo, Kurt Wallander estaba dispuesto a delegar en alguno de sus colegas la responsabilidad de la investigación del asesinato de Louise Åkerblom. Pero no porque, como policía, se sintiese responsable de que no avanzasen lo más mínimo. Su tentación de capitular se debía a otro motivo muy distinto, a una sensación que crecía día a día en su interior. Simplemente, no podía más.

Durante el fin de semana, el progreso en el esclarecimiento del caso había sido nulo. La gente estaba fuera o no estaba disponible y había resultado prácticamente imposible obtener una respuesta de la unidad técnica. La inmovilidad era general, con una excepción concreta: la búsqueda del desconocido que había acabado con la vida de un joven agente de policía en Estocolmo continuaba con la misma intensidad inicial.

Sin embargo, la investigación acerca de la muerte de Louise Åkerblom se había estancado. Björk había sufrido un cólico hepático severo y repentino durante la noche del viernes y había tenido que ingresar en el hospital. Wallander fue a hacerle una visita temprano, la mañana del sábado, para recibir instrucciones, antes de ver a Martinson y Svedberg en la sala de reuniones de la comisaría de Policía.

—Suecia estará cerrada hoy y mañana —declaró Wallander—. Hasta el lunes no obtendremos ninguno de los resultados de los exámenes técnicos que estamos esperando, así que podremos invertir los dos días

que tenemos por delante en repasar el material de que ya disponemos. Por otro lado, creo que sería sensato que tú, Martinson, te dices una vuelta por tu casa y atendieses a tu familia. Me temo que la próxima semana habrá mucho que hacer. Ahora vamos a concentrarnos un poco en revisar todo el caso desde el principio. Además, me gustaría que contestaseis a una pregunta, todos y cada uno de vosotros.

Hizo una pequeña pausa antes de proseguir.

—Ya sé que no es una pregunta profesional desde el punto de vista policial, pero la sensación de que hay algo anormal en esta investigación me ha estado atormentando desde el principio. Siento no poder expresarme con mayor claridad. Lo que quiero saber es si alguno de vosotros ha tenido también la impresión de que nos hallamos ante un crimen que no sigue ninguno de los patrones a los que nos enfrentamos normalmente.

Wallander suponía que acogerían su pregunta con sorpresa o incluso un atisbo de recelo. Sin embargo, Martinson y Svedberg compartían su inquietud.

—Yo no he visto nunca nada igual —confesó Martinson—. Claro que no tengo tanta experiencia como tú, Kurt, pero he de reconocer que me siento impotente ante la maraña que se nos ha presentado. Empezamos intentando detener al autor del terrible asesinato de una mujer. Cuanto más profundizamos, más difícil resulta entender por qué la han asesinado. Al final no queda más que la sensación de que su muerte no pasa de ser un suceso anecdótico, un apéndice de otro muy distinto y de mayor envergadura. Durante toda la semana pasada me ha costado conciliar el sueño y eso es algo insólito en mí.

Wallander asintió y miró a Svedberg.

—¿Qué queréis que os diga? —empezó diciendo mientras se rascaba la calva—. Coincido con Martinson. Él lo ha expresado mejor de lo que

yo lo habría hecho. Ayer noche, cuando llegué a casa, me hice una lista: mujer muerta, pozo, dedo negro, explosión en casa, transmisor de radio, pistola, Sudáfrica. Me quedé mirándola más de una hora, como si fuese el jeroglífico del periódico. A mí me resulta difícil detectar la posible relación entre la conexión que vincula los elementos de esa lista y el contexto en el que hay que insertarlos. Yo no he sufrido nunca antes, como en esta investigación, la sensación de estar dando palos de ciego en la oscuridad.

—Eso es lo que yo quería saber —intervino Wallander—. Porque no me parece totalmente secundario el hecho de que compartamos esa sensación. Pero veamos si somos capaces de abrir una brecha de luz en esa oscuridad de la que habla Svedberg.

Revisaron todos los datos desde el principio durante casi tres horas y llegaron a la conclusión de que, pese a los escasos resultados, no habían cometido ningún error importante a lo largo de la investigación, como tampoco habían descubierto ninguna nueva pista que seguir.

—A fin de cuentas, no hay nada claro —sintetizó Wallander—. La única pista real con la que podemos contar es un dedo negro. Además, podemos estar seguros de que el hombre que perdió el dedo no estaba solo, si es que es él el autor del crimen, pues Alfred Hanson no le alquiló la casa a un africano. Seguimos sin tener idea de quién es el hombre que se hacía llamar Nordström y que puso diez mil coronas sobre la mesa de Hanson, al igual que ignoramos para qué querían la casa. En cuanto a la relación entre estas personas y Louise Åkerblom o la casa que voló por los aires, el transmisor de radio y la pistola, no tenemos más que teorías imprecisas y por confirmar. Lo más peligroso con lo que podemos encontrarnos en nuestro trabajo es una investigación que obligue a la adivinación más que a la deducción lógica. La más verosímil de las teorías hasta ahora propuestas es, pese a todo, que Louise Åkerblom vio,

por pura casualidad, algo que nunca debió presenciar. Pero, si es así, ¿qué clase de personas son capaces de ejecutar sin más a un testigo? Eso es lo que tenemos que descubrir.

Permanecieron callados en torno a la mesa reflexionando sobre cuanto se había dicho. Una limpiadora abrió la puerta y se asomó a la sala.

—Ahora no —dijo Wallander.

La mujer cerró la puerta y se marchó.

—Yo pensaba dedicar el día de hoy a revisar los soplos telefónicos —afirmó Svedberg—. Si necesito ayuda, ya avisaré. No creo que me dé tiempo de mucho más.

—No estará de más cerrar el asunto de Stig Gustafson —les recordó Martinson—. Yo puedo encargarme de comprobar su coartada, en la medida de lo posible en un día de fiesta como hoy. Si hace falta, iré a Malmö, pero antes quiero encontrar a ese tal Forsgård, el dueño de la floristería, a quien dice que conoció en los servicios del bar.

—Lo que tenemos entre manos es la investigación de un asesinato —subrayó Wallander—. Así que apretadle las clavijas a todo el mundo y no hagáis caso si no quieren que los molesten en sus casas de campo.

Quedaron en verse de nuevo a las cinco para hacer balance. Wallander fue a buscar un café, se retiró a su despacho y llamó a casa de Nyberg.

—Tendrás mi informe el lunes —afirmó éste—. Pero, en realidad, ya sabes lo más importante.

—No —disintió Wallander—. Sigo sin saber por qué razón se quemó la casa. Aún no tenemos la causa del incendio.

—En realidad, eso es cosa del jefe de bomberos, ¿no? Quizás él tenga una buena explicación. Nosotros no hemos terminado aún.

—Yo creía que tú colaborabas con nosotros —insistió Wallander en tono irritado—. ¿O es acaso el cuerpo de bomberos quien ha de colaborar

con la policía? En fin, tal vez estén aplicándose nuevas reglas que yo desconozco.

—No tenemos ninguna explicación irrefutable —dijo Nyberg.

—¿Y qué piensas tú? ¿Qué creen los bomberos? ¿Qué opina Peter Edler?

—Tiene que haber sido una explosión tan fuerte, que no ha quedado ni rastro del detonador. Hemos pensado que pudo tratarse de una serie de explosiones.

—No —rebatí Wallander—. No hubo más que una explosión.

—No quería decir eso exactamente —precisó Nyberg, armado de paciencia—. Pueden provocarse diez explosiones en un segundo, si uno tiene los conocimientos y la habilidad suficientes. Se trata de una cadena en la que las cargas se programan a intervalos de una décima de segundo, con lo que se consigue intensificar el efecto de forma extraordinaria.

Wallander pensó rápidamente.

—Es decir, que no son unos aficionados.

—En absoluto —afirmó Nyberg.

—¿Hay alguna otra explicación posible del incendio?

—Lo dudo.

Wallander echó un ojo a sus papeles antes de continuar.

—¿Tienes más datos que aportar sobre el transmisor de radio? Corre el rumor de que es de fabricación rusa.

—No se trata de un rumor. Lo he comprobado con ayuda de los técnicos del ejército.

—¿Qué conclusiones sacas de ello?

—Ninguna en absoluto. Los militares están muy interesados en saber cómo ha venido a parar a Suecia. Es un misterio.

—¿Y el cañón de la pistola?

—Ninguna novedad al respecto.

—¿Alguna otra cosa?

—A decir verdad, nada. El informe no revelará ningún dato sorprendente.

Wallander dio por finalizada la conversación. Luego hizo algo por lo que se había decidido a lo largo de la reunión de la mañana. Marcó el número de la Jefatura Superior de Policía de Kungsholmen y pidió que lo pusiesen al habla con el inspector Lovén. Había tenido la oportunidad de conocerlo el año anterior, durante la investigación del caso de los dos cadáveres que aparecieron en un bote hallado en Mossby Strand. Pese a que en aquella ocasión no trabajaron juntos más que durante unos días, Wallander pudo comprobar que era un buen investigador, y muy perspicaz.

—El inspector Lovén no está localizable en este momento —le explicó la telefonista de Kungsholmen.

—Soy el inspector Wallander, de la policía de Ystad. Tengo un asunto muy urgente que tratar con él. Se trata del policía que resultó asesinado en Estocolmo hace unos días.

—Intentaré encontrar al inspector —prometió la telefonista.

—Es muy urgente —insistió Wallander.

Tuvieron que pasar exactamente doce minutos antes de que Lovén se pudiera poner al teléfono.

—¡Hombre, Wallander! Me acordé de ti hace unos días, cuando leí la noticia del asesinato de aquella mujer. ¿Cómo va el asunto?

—Muy despacio —respondió Wallander—. ¿Cómo os va a vosotros?

—Lo atraparemos —aseveró Lovén—. Tarde o temprano, acabamos pillando a los que disparan contra nosotros. Me han dicho que era de eso de lo que querías hablar.

—Puede ser —repuso Wallander—. Resulta que la mujer recibió un disparo en la frente, exactamente igual que Tengblad. Se me ocurrió

pensar que no estaría de más comparar los proyectiles lo antes posible.

—Sí. Parece ser que nuestro hombre disparó contra la ventanilla de un coche. No puede haber sido muy fácil distinguir las caras tras el cristal. Desde luego, tiene que haberse tratado de un tirador excelente para acertar en mitad de la frente de alguien que está en un vehículo en movimiento. Pero creo que tienes razón. Debemos investigarlo.

—¿Tenéis la descripción del individuo?

La respuesta fue rápida.

—Le robó el coche a una pareja joven después de cometer el asesinato, le explicó Lovén. Por desgracia, estaban tan atemorizados que los datos de uno y de otro acerca del aspecto de quien los atacó se contradecían.

—No lo oirían hablar, ¿verdad? —preguntó Wallander.

—Pues sí. Y eso fue lo único en lo que coincidieron: aquel hombre tenía un acento extranjero difícil de identificar.

Wallander sintió que la tensión crecía en su interior. Le refirió a Lovén su conversación con Alfred Hanson y lo que éste le contó sobre aquel hombre que había pagado diez mil coronas por alquilar una casa abandonada.

—Es evidente que debemos considerar cuanto me dices en el desarrollo de nuestra investigación, por extraño que parezca.

—Todo este asunto es muy raro —precisó Wallander—. Yo podría salir para Estocolmo el lunes. Sospecho que mi africano ya se encuentra allí.

—Tu africano puede estar implicado en un atentado con gas lacrimógeno que se produjo en una discoteca del barrio de Söder —le indicó Lovén.

Wallander hizo memoria de algo que había visto en el diario *Ystads Allehanda* del día anterior.

—¿De qué atentado me hablas?

—Alguien lanzó granadas de gas lacrimógeno en una discoteca de Söder —aclaró Lovén—. Se trata de una discoteca con mayoría de público africano. Nunca nos había dado problemas hasta ahora. Además alguien realizó varios disparos en el interior del local.

—No pierdas de vista esas balas —le recomendó Wallander—. Tendremos que examinarlas junto con las demás.

—¡Para ti no parece haber más que un arma en todo el país!

—No es eso. Estoy buscando alguna conexión. Aunque sea una inesperada.

—Me encargaré de todo —prometió Lovén—. Gracias por llamar. Yo les comunicaré a los jefes de la investigación que llegas el lunes.

Acudieron a la sala de reuniones a las cinco, como habían acordado. El encuentro fue muy breve. Martinson había conseguido verificar la mayor parte de los detalles sobre la coartada de Stig Gustafson, así que ya podían empezar a descartarlo. Sin embargo, Wallander albergaba aún sus dudas, sin poder explicar por qué.

—No lo dejaremos escapar aún, no del todo. Revisaremos todo el material que tengamos sobre Gustafson una vez más.

Martinson lo miró sin poder ocultar su sorpresa.

—¿Qué crees, en realidad, que puedes encontrar?

Wallander se encogió de hombros.

—No lo sé. Me inquieta que lo dejemos ir demasiado pronto.

Martinson estuvo a punto de protestar, pero se arrepintió, pues respetaba profundamente el buen juicio y la intuición de Wallander.

Svedberg había estado removiendo en la montaña de datos que los ciudadanos habían dejado por teléfono, sin hallar en ellos nada que arrojase un mínimo de luz sobre la muerte de Louise Åkerblom o sobre la explosión en la casa.

—No es posible que nadie haya visto a un africano al que le falta un dedo —comentó Wallander.

—A lo mejor ni siquiera existe —apuntó Martinson.

—Tenemos el dedo —le recordó Wallander—. No creo que se lo hayan cortado a ningún fantasma.

Wallander los informó sobre lo que él mismo había conseguido. Todos se mostraron de acuerdo en cuanto a la conveniencia de que viajase a Estocolmo. Por inverosímil que resultase, las muertes de Louise Åkerblom y del agente Tengblad podían estar relacionadas.

Finalizaron la reunión repasando los datos sobre los herederos de la casa que explotó.

—Eso puede esperar —decidió Wallander—. No es muy probable que encontremos ahí nada que nos permita avanzar.

Les dijo a Svedberg y a Martinson que se marchasen a casa. Él permaneció todavía un rato en su despacho y llamó a casa del fiscal, Per Åkeson, para informarle brevemente de la situación.

—Tendríamos que resolver este asesinato lo antes posible —apuntó Åkeson.

Wallander no tuvo más remedio que darle la razón. Decidieron que se verían temprano, el lunes por la mañana, para examinar a fondo el trabajo de investigación que se había llevado a cabo hasta el momento. Wallander comprendió que Åkeson temía recibir críticas por haber conducido la investigación con negligencia. Concluida la conversación, Wallander apagó la lámpara del escritorio y abandonó la comisaría de Policía. Bajó la prolongada pendiente hasta el hospital y giró al llegar al aparcamiento.

Björk estaba algo mejor y contaba con que le dieran el alta a lo largo del lunes. Wallander lo informó de los últimos acontecimientos y también Björk opinó que era muy acertado que fuese a Estocolmo el

lunes.

—Éste era un distrito tranquilo —se lamentó Björk cuando Wallander se preparaba para marcharse—. Casi nunca ocurría nada que despertase gran interés. Ahora parece otro.

—No se trata sólo de nuestro distrito —objetó Wallander—. La situación de la que hablas pertenece ya a otra época.

—Me estoy haciendo viejo —suspiró Björk.

—Sí, pero no eres el único —lo consoló Wallander.

Aquellas palabras seguían rondándole la cabeza cuando dejó el hospital. Eran casi las seis y media y se sentía hambriento. Sin embargo, la idea de ponerse a cocinar en su apartamento le resultó tan desagradable, que, sin pensárselo mucho, decidió permitirse el lujo de comer fuera. Se fue a casa, se dio una ducha y se cambió de ropa. Después intentó hablar con su hija Linda, que estaba en Estocolmo. Dejó sonar el teléfono un buen rato pero, al final, se dio por vencido. Bajó al sótano y se apuntó en el horario de la lavandería de la comunidad. Hecho esto, fue dando un paseo hasta el centro. El viento había cesado, pero hacía fresco.

Pensó en el hecho de hacerse viejo. «Sólo tengo cuarenta y cuatro años y ya empiezo a sentirme extenuado».

La sola idea lo hizo encolerizarse. Era él mismo, y nadie más, el único responsable de decidir si se sentía viejo antes de tiempo o no. No podía culpar a su trabajo ni tampoco a una separación que se había producido hacía ya cinco años. La cuestión era de qué manera podría él cambiar su situación.

Al llegar a la plaza, pensó un instante sobre adonde ir a comer. En un arrebató de despilfarro, se decidió por el Continental. Fue caminando calle abajo por Hamngatan, se detuvo un momento ante el escaparate de la tienda de lámparas y continuó hasta llegar al hotel. Al entrar, saludó

con un gesto a la chica de la recepción y recordó que había sido compañera de clase de su hija.

El comedor estaba casi vacío. Dudó un instante, medio arrepentido, pues le pareció demasiado decadente sentarse a comer solo en un restaurante donde él era el único comensal. Se sentó, pese a todo, pues no se sentía con fuerzas para cambiar de idea después de haber tomado una decisión.

«Mañana iniciaré la gran transformación de mi vida», se prometió con una mueca. Siempre dejaba lo más importante para el día siguiente cuando se trataba de su propia vida. Mientras que en el trabajo, se mostraba invariablemente como un tozudo partidario de lo contrario. Lo más importante era lo primero. Es decir, era un alma dividida en dos mitades.

Tomó asiento, pues, en el bar del restaurante. Un joven camarero se acercó a su mesa y le preguntó qué iba a tomar. Wallander tuvo la sensación de que lo conocía de algo, sin conseguir acordarse de qué.

—Un whisky, sin hielo. Y un vaso de agua.

Se tomó la copa de un trago y pidió otra inmediatamente. No era frecuente en él aquel deseo de beber hasta embriagarse, pero aquella noche no pensaba contenerse.

Ya le habían servido el tercer whisky cuando cayó en la cuenta de quién era el camarero. Hacía algunos años lo había interrogado por un asunto de allanamiento y coches robados por el que más tarde fue arrestado y juzgado.

«Así que le ha ido bien», pensó Wallander. «No le pienso recordar su pasado. No sé si podría afirmarse que le ha ido mejor a él que a mí, si tenemos en cuenta las condiciones previas».

Enseguida empezó a sentir los efectos del alcohol.

Poco después, se levantó para acomodarse en el restaurante y pidió

primero, segundo y postre. Se bebió una botella de vino con la comida y dos copas de coñac con el café.

A las once de la noche, cuando abandonó el hotel, estaba totalmente ebrio y no tenía la menor intención de irse a casa a dormir.

Se dirigió a la parada de taxis que había enfrente de la plaza Busstorget y pidió que lo llevaran a la única discoteca de la ciudad. Para su sorpresa, el local estaba lleno de gente, por lo que no le resultó fácil encontrar un hueco junto a una mesa del bar. Pidió otro whisky y se puso a bailar. No era mal bailarín y siempre estaba dispuesto a saltar a la pista de baile con cierta seguridad en sí mismo. Pero la música pop sueca lo puso sentimental y melancólico e hizo que se enamorase de todas las mujeres con las que bailaba. Asimismo, se imaginó, con todas ellas, la continuación del encuentro en su apartamento. La ilusión se desvaneció cuando empezó a sentir un fuerte mareo que apenas si le permitió salir a toda prisa de la discoteca para vomitar. No volvió a entrar, sino que regresó tambaleándose al centro de la ciudad. Cuando llegó a su casa, se quitó la ropa y se colocó desnudo ante el espejo de la entrada.

—Kurt Wallander —profirió en voz alta—. Ésta es la vida que tienes.

Entonces decidió llamar a Riga para hablar con Baiba Liepa. Eran más de las dos y sabía que no debería hacerlo. Pero dejó que el teléfono sonase hasta que ella respondió al fin.

De pronto se dio cuenta de que no sabía qué decir, ni tampoco era capaz de hallar las palabras que necesitaba en inglés. Estaba claro que la había despertado y que su llamada intempestiva la alarmó.

Le dijo que la amaba. Al principio, ella no comprendió lo que decía. Cuando lo hizo, se percató de que estaba borracho y el propio Wallander sintió que había sido un error lamentable. Le pidió disculpas por haber llamado y la conversación se interrumpió. Se fue a la cocina y sacó una botella de vodka casi llena que tenía en el frigorífico. Pese a que aún se

sentía mareado, se obligó a beber.

Despertó al alba, tumbado en el sofá del comedor, con una resaca colosal. Lo que más remordimientos le causaba era haber llamado a Baiba Liepa.

Lanzó un suspiro al recordarlo, entró dando tumbos en el dormitorio y se acurrucó en la cama. Allí tumbado, se obligó a no pensar. No se levantó hasta bien entrada la tarde. Se preparó un café y se sentó ante el televisor a ver un programa tras otro. No se molestó en llamar a su padre, y tampoco intentó hablar con su hija. Hacia las siete se calentó una bandeja de pescado gratinado, lo único que tenía en el congelador, y regresó al televisor. Intentaba evitar por todos los medios el recuerdo de la conversación de la noche anterior.

A las once se tomó una pastilla para dormir, se metió en la cama y se tapó la cabeza con el edredón.

«Mañana será otro día», se dijo. «La llamaré entonces y le daré una explicación. Claro que también le puedo escribir una carta, o algo así».

Pero el lunes 4 de mayo resultó ser un día muy distinto a como Wallander se lo había imaginado.

No parecía sino que todo hubiese ocurrido al mismo tiempo.

Acababa de llegar a su despacho, poco después de las siete y media cuando sonó el teléfono. Era Lovén, que llamaba desde Estocolmo.

—Corren rumores por la ciudad de que han puesto precio a la cabeza de un africano. Su principal característica es que lleva vendada la mano izquierda.

Wallander tardó en comprender sus palabras.

—¡Joder! —exclamó al cabo.

—Sí, eso pensé que dirías cuando lo supieras —afirmó Lovén—. También quería saber cuándo llegarás, para ir a buscarte.

—Aún no lo sé, pero no será antes de esta tarde. Björk, supongo que

lo recuerdas, ha sufrido un cólico hepático. Antes de irme tengo que organizar el trabajo aquí. Pero te llamo en cuanto me entere.

—Estaremos esperándote —repuso Lovén.

No había hecho más que colgar cuando el teléfono sonó de nuevo al mismo tiempo que Martinson entraba en el despacho muy excitado, agitando un papel. Wallander le indicó que se sentase y descolgó el auricular.

Era Högberg, el forense de Malmö, que había concluido la investigación médica preliminar del cuerpo de Louise Åkerblom. Wallander lo conocía de otras ocasiones y sabía que era un profesional exhaustivo. Alargó el brazo para alcanzar su bloc de notas y le hizo señas a Martinson para que le diese un bolígrafo.

—Queda totalmente descartada la violación —comenzó Högberg—. A menos que el violador no haya usado preservativo y todo haya ocurrido en la más incomprensible avenencia. Tampoco presenta heridas que indiquen que haya sido víctima de malos tratos, si exceptuamos unas rozaduras que bien pudo sufrir en el interior del pozo. Finalmente, no encontré señales de que haya estado esposada, ni en las muñecas ni en los tobillos. Lo único que le ha ocurrido es que le han disparado.

—Necesito la bala lo antes posible —le urgió Wallander.

—La tendrás a lo largo de la mañana, pero el informe completo tardará algo más, como es lógico.

—Gracias por tu ayuda —se despidió Wallander, antes de volverse hacia Martinson—. Louise Åkerblom no fue violada, así que podemos descartar el delito sexual.

—En fin, al menos ya lo sabemos con seguridad —dijo Martinson—. Además, sabemos que el dedo negro es el índice de la mano izquierda de un hombre de unos treinta años. Eso dice este fax, que acaba de llegar de Estocolmo. Me pregunto cómo pueden saberlo con tanta exactitud.

—No tengo ni idea —confesó Wallander—. Pero cuanto más sepamos nosotros, mejor. Si Svedberg está en la comisaría, creo que sería conveniente que nos reuniéramos cuanto antes. Esta tarde salgo para Estocolmo. Además, he prometido celebrar una conferencia de prensa a las dos, pero de eso tendréis que encargáros Svedberg y tú. Si hay novedades, me llamáis enseguida.

—Svedberg se pondrá muy contento cuando le diga lo de la conferencia de prensa —bromeó Martinson—. ¿Seguro que no puedes irte un poco más tarde?

—Seguro —afirmó Wallander levantándose de la silla.

—Me he enterado de que los colegas de Malmö detuvieron a Morell —comentó Martinson ya en el pasillo.

—¿Quién? —preguntó Wallander.

—Morell, el perista de Malmö, el de las bombas de agua.

—¡Ah, sí! Ése... —dijo Wallander distraído.

Continuó hacia la recepción y le pidió a Ebba que le reservara un billete de avión para las tres de la tarde y una habitación en el hotel Central, que estaba situado en la calle Vasagatan y no era demasiado caro. Regresó a su despacho e hizo ademán de descolgar el auricular con la intención de llamar a su padre, pero se arrepintió. Como si no quisiese arriesgarse a que lo pusieran de mal humor, pues necesitaba mantener las constantes de su concentración. Entonces se le ocurrió que podría pedirle a Martinson que llamase a Löderup más tarde, que dijera que llamaba de parte de Wallander para explicarle a su padre que él había tenido que viajar a Estocolmo de forma imprevista. Eso le demostraría que Wallander estaba extremadamente ocupado en asuntos de capital importancia.

La sola idea lo animó, pues quizá resultase útil para ocasiones futuras...

A las cuatro menos cinco aterrizaba Wallander en el aeropuerto de Arlanda, donde caía una lluvia fina. Atravesó la sala de espera, que tenía el aspecto de un hangar, hasta que vislumbró a Lovén, que lo aguardaba al otro lado de las puertas giratorias.

Le dolía la cabeza después de un día de tanto estrés. Había estado con el fiscal durante casi dos horas, pues Per Åkeson tenía muchas preguntas que hacerle y se había mostrado muy crítico con sus respuestas.

Wallander no sabía cómo explicarle a un fiscal que hasta los policías se veían obligados a veces a confiar en su instinto cuando tenían que decidir a qué asuntos conceder prioridad. Åkeson no se había mostrado satisfecho con los informes que había recibido mientras que, por su parte, Wallander defendía la marcha de la investigación, todo lo cual abocó en una situación bastante tensa. Antes de que Peters lo llevase al aeropuerto de Sturup, pasó por su apartamento y llenó una maleta pequeña con algo de ropa. También aprovechó para llamar a su hija, con la que sí pudo hablar en esta ocasión. Comprobó además, por el tono de su voz, que se alegraba de saber que iría a Estocolmo. Quedaron en que él la llamaría por la noche, por tarde que fuese.

No se dio cuenta del hambre que tenía hasta que no estuvo sentado en el avión y éste hubo despegado. Los bocadillos de las Líneas Aéreas Escandinavas eran lo primero que comía en todo el día.

Durante el viaje en coche hasta la Jefatura de Policía de Kungsholmen, Wallander fue recibiendo toda la información relativa a la búsqueda del asesino de Tengblad. Lovén y sus compañeros no parecían tener ninguna pista segura y Wallander comprendió que su trabajo estaba convirtiéndose en un sinvivir. Además, Lovén tuvo tiempo de darle una idea de lo ocurrido en la discoteca donde se produjo el ataque con las

granadas de gas lacrimógeno. Todo parecía indicar que se trataba de una gamberrada muy seria o de una venganza. Tampoco en ese punto tenían pistas seguras a las que aferrarse.

Después, Wallander quiso enterarse de los detalles de aquella nueva práctica de los contratos criminales, pues para él era algo tan nuevo como aterrador, algo que había empezado a surgir durante los tres últimos años y que sólo acontecía en las tres ciudades más grandes. Pero no se hacía ilusiones, pues sospechaba que no tardaría en llegar a la suya. La operación consistía en la firma de un acuerdo entre un contratista y un asesino, como una transacción comercial cualquiera. Wallander pensó que ése era sin duda el indicio más decisivo de que la brutalidad social estaba alcanzando proporciones que nadie habría podido imaginar.

—Tenemos gente en la calle que intenta averiguar de qué se trata exactamente —explicó Lovén cuando pasaban cerca del cementerio Norra Kyrkogården, a la altura del desvío hacia Estocolmo.

—Yo no consigo que nada me cuadre —admitió Wallander—. Me siento como el año pasado, cuando aquel bote arribó a tierra^[7]. Aquello fue igual, ninguna pieza encajaba en el rompecabezas.

—Tendremos que confiar en nuestros técnicos —suspiró Lovén—. En que saquen algo en claro de los proyectiles.

Wallander se palpó el bolsillo de la chaqueta en el que llevaba la bala que mató a Louise Åkerblom. Llegaron al subterráneo de la comisaría de Policía y tomaron el ascensor para subir a la central de la unidad que organizaba la búsqueda del asesino de Tengblad.

Cuando entró en la sala, lanzó un grito de asombro ante la cantidad de agentes. En efecto, había allí más de quince personas que lo observaban mientras él reflexionaba acerca de la diferencia con la cantidad de efectivos de que disponía Ystad.

Lovén lo presentó y lo recibieron con un murmullo a modo de saludo.

El jefe de la investigación era un hombre de baja estatura y de pelo ralo que se dio a conocer como Stenberg.

Se sintió nervioso y mal preparado, además de estar preocupado por si no entendían su dialecto de Escania. Pese a todo, se sentó a la mesa y les refirió cuanto había sucedido. No fueron pocas las cuestiones que le plantearon, de lo que dedujo que tenía que vérselas con investigadores expertos, capaces de incorporarse rápidamente a una investigación, detectar lo puntos débiles y formular las preguntas adecuadas.

La reunión se prolongó más de dos horas. Finalmente, cuando el decaimiento empezó a adueñarse de todos los presentes y Wallander se había visto obligado a pedir unas pastillas para su dolor de cabeza, Stenberg les hizo un resumen.

—Necesitamos información rápida sobre los resultados del análisis de la munición —concluyó—. Si hay alguna relación entre las armas utilizadas, habremos conseguido enredarlo todo aún más.

Algunos de los policías sonrieron desganados, pero la mayoría permanecieron inmóviles, con la mirada perdida.

Eran casi las ocho cuando Wallander dejó la Jefatura de Kungsholmen. Lovén lo llevó al hotel de la calle Vasagatan.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Lovén a la puerta del hotel.

—Mi hija está aquí —contestó Wallander—. Por cierto, ¿cómo se llamaba la discoteca donde lanzaron las granadas de gas lacrimógeno?

—Aurora, pero no creo que sea un lugar de tu estilo.

—Lo más seguro —repuso Wallander.

Lovén hizo una seña de asentimiento antes de marcharse. Wallander recogió la llave y resistió la tentación de visitar algún bar cercano al hotel, pues tenía aún demasiado fresco el recuerdo de la noche del sábado en Ystad. Subió a su habitación, se dio una ducha y se cambió de camisa. Se tumbó a descansar en la cama durante una hora y se dispuso luego a

buscar en la guía telefónica la dirección de la discoteca Aurora. A las nueve menos cuarto abandonó el hotel. Estuvo dudando de si llamar a su hija antes de salir, pero al final decidió que esperaría, pues supuso que la visita a la discoteca no le llevaría mucho tiempo. Por otro lado, sabía que Linda solía estar despierta hasta tarde. Cruzó la calle hasta llegar a la Estación Central, tomó un taxi y le indicó al taxista una dirección de Söder. Wallander contemplaba meditabundo la ciudad que estaban atravesando. En algún lugar, entre sus calles, se encontraba su hija Linda; en algún otro, su hermana Kristina. Oculto entre los edificios y las gentes estaría probablemente también un africano al que le habían amputado el dedo índice de la mano izquierda.

De repente, experimentó una sensación desagradable, como si se maliciase que algo imprevisto fuese a suceder, algo que debería imbuirlo de un intenso temor.

Columbró de forma fugaz, en su interior, el rostro sonriente de Louise Åkerblom.

¿Tuvo tiempo siquiera de comprender? ¿Llegó a darse cuenta de que iba a morir?

Una escalera estrecha descendía desde la calle hacia una puerta de hierro pintada de negro, sobre la cual colgaba un letrero de neón sucio que despedía una luz rojiza. Varias de las letras estaban apagadas. Wallander vaciló un instante, preguntándose por qué razón habría decidido visitar el lugar en el que alguien había lanzado unas granadas de gas varios días antes. Sin embargo, se hallaba inmerso en un desconocimiento tal que no podía menospreciar la menor posibilidad de encontrar a un hombre negro con un dedo amputado. Bajó los peldaños, abrió la puerta y entró en una sala oscura en la que le costó, al principio,

distinguir nada. Se oía una música tenue procedente de los altavoces que colgaban del techo. El local estaba lleno de humo. Creyó que era el único cliente, hasta que descubrió unas sombras en las que pudo distinguir el brillo del blanco de los ojos y la barra de un bar, más iluminada que el resto del establecimiento. Cuando sus ojos se habituaron a la falta de claridad, se dirigió al bar y pidió una cerveza. El hombre que se la sirvió tenía la cabeza afeitada.

—Nos las arreglamos muy bien solos —espetó el camarero.

Wallander no comprendía qué quería decirle.

—Nos procuramos la vigilancia necesaria nosotros mismos —insistió el hombre.

Entonces cayó en la cuenta, algo desconcertado, de que aquel hombre sabía que él era policía.

—¿Cómo sabes que soy policía? —preguntó, arrepintiéndose al momento.

—Secreto profesional —repuso el otro.

Wallander notó que comenzaba a alterarse, que lo irritaba la arrogancia y la confianza en sí mismo de que hacía gala aquel camarero.

—Tengo algunas preguntas que hacerte —explicó—. Puesto que ya sabes que soy policía, no es necesario que me identifique.

—No suelo responder preguntas —lo retó el individuo.

—En esta ocasión sí que lo harás. De lo contrario, te la vas a cargar.

El hombre lo miró sorprendido.

—Tal vez pueda contestar.

—Aquí vienen muchos africanos —empezó Wallander.

—Les encanta este lugar.

—Estoy buscando a un hombre negro, de unos treinta años, con una característica muy especial.

—¿Como cuál?

—Un dedo amputado. De la mano izquierda.

El hombre reaccionó de una manera absolutamente inesperada para él: se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia?

—Eres el segundo —dijo el hombre.

—¿El segundo?

—Sí, el segundo que pregunta. Ayer por la tarde vino una persona que también quería saber si había visto a un africano con la mano tullida.

Wallander meditó un segundo, antes de continuar.

—¿Qué respondiste?

—No.

—¿No?

—No he visto a nadie a quien le falte un dedo.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Quién te preguntó?

—No lo había visto en mi vida —repuso el camarero, al tiempo que se ponía a secar vasos.

Wallander sospechó que mentía.

—Te haré la pregunta otra vez, sólo una.

—No tengo nada más que decir.

—¿Quién te preguntó por el africano?

—Ya te lo he dicho, un desconocido.

—¿Hablabas sueco?

—Más o menos.

—¿Qué quieres decir?

—Que no sonaba como tú y como yo.

«Nos estamos acercando», pensó Wallander. «Ahora se trata de no dejarlo escapar».

—¿Cómo era?

—No lo recuerdo.

—Si no me respondes como Dios manda, se va a armar una gorda.

—Su aspecto era totalmente normal. Cazadora negra, pelo claro.

De repente, Wallander intuyó que el camarero tenía miedo.

—Aquí no nos oye nadie. Te prometo que nunca transmitiré lo que me digas ahora.

—Es posible que se llame Konovalenko. Te invito a la cerveza si te vas ya.

—¿Konovalenko? ¿Estás seguro?

—¿Cómo cono puede nadie estar seguro de nada en este mundo?

Wallander se marchó y encontró taxi enseguida. Se hundió en el asiento trasero y le dio al taxista la dirección del hotel.

Ya en la habitación, levantó el auricular del teléfono para llamar a su hija, pero se arrepintió. La llamaría por la mañana temprano.

Se quedó despierto, tumbado en la cama.

«Konovalenko», se dijo. Ya tenía un nombre pero ¿lo orientaría en la dirección adecuada?

Repasó mentalmente todo lo sucedido desde la mañana en que Robert Åkerblom entró en su despacho.

No consiguió conciliar el sueño hasta el amanecer.

La mañana siguiente, cuando Wallander llegó a la comisaría le dijeron que Lovén estaba ya reunido con el grupo de investigación encargado de encontrar al asesino de Tengblad. Sacó un café de una de las máquinas, entró en el despacho de Lovén y llamó a Ystad. Tras una breve espera, respondió Martinson.

—¿Qué tal todo? —quiso saber éste.

—Bien. A partir de ahora me concentraré en un hombre que tal vez sea ruso y que puede que se llame Konovalenko —le explicó Wallander.

—¡Por lo que más quieras! ¿No se te habrá ocurrido dar con otro de los países bálticos?

—Ni siquiera sabemos si Konovalenko se llama así realmente. Tampoco si es ruso. Puede muy bien ser sueco.

—Sí, pero Alfred Hanson dijo que el hombre al que le alquiló la casa hablaba sueco con acento extranjero.

—Exacto, pero dudo mucho de que fuese Konovalenko.

—¿Por qué?

—Una corazonada, como tantas otras en este caso. Y no es que me gusten, precisamente. Pero además, Hanson dijo que el arrendatario era un hombre extremadamente grueso, y ese detalle no coincide con la descripción del hombre que mató a Tengblad, si es que se trata del mismo hombre.

—¿Qué pieza del rompecabezas es el africano sin dedo?

Wallander le refirió en pocas palabras su visita de la noche anterior a la discoteca Aurora.

—Bueno, puede que eso sea algo a lo que aferrarse —dijo Martinson escéptico—. Supongo que te quedarás en Estocolmo, ¿no?

—Sí. No hay más remedio. Al menos, un par de días aún. ¿Está todo tranquilo en Ystad?

—Robert Åkerblom preguntó, a través del pastor Tureson, cuándo podría enterrar a su esposa.

—En realidad, no hay ningún inconveniente, ¿verdad?

—Björk quería que te preguntase antes.

—Bien, ya lo has hecho. ¿Qué tiempo hace por allí?

—El que tiene que hacer.

—¿Qué quiere decir eso?

—El típico del mes de abril. Muy cambiante. No puede decirse que haga calor.

—¿Podrías llamar a mi padre otra vez y decirle que sigo en Estocolmo?

—La última vez que lo llamé me invitó a su casa, pero no tenía tiempo de ir.

—¿Puedes llamarlo?

—Ahora mismo.

Wallander dio por concluida la conversación y llamó a su hija. Oyó por el tono de su voz que acababa de despertarse.

—Ibas a llamarme ayer —le reprochó ella.

—Terminé demasiado tarde —se excusó Wallander.

—Podemos vernos ahora, por la mañana.

—No va a poder ser —repuso Wallander—. Estaré ocupadísimo las próximas horas.

—A lo mejor no tienes muchas ganas de verme...

—Ya sabes que sí. Te llamaré más tarde.

Wallander se despidió deprisa cuando Lovén entró dando zapatazos en el despacho. Se dio cuenta de que había herido a su hija. En realidad, ¿por qué no quería que Lovén oyese que estaba hablando con Linda? Él mismo ignoraba la respuesta.

—¡Vaya pinta que tienes! —exclamó Lovén—. ¿No has dormido bien esta noche?

—Quizá sea que he dormido demasiado —respondió Wallander evasivo—. Eso puede sentar tan mal como lo otro. ¿Cómo va la cosa?

—Ningún avance decisivo, pero todo llegará.

—Quería decirte algo —empezó Wallander—, que había tomado la determinación de no mencionar su visita a la discoteca. A los colegas de Ystad les ha llegado un soplo anónimo sobre un ruso, cuyo nombre probablemente sea Konovalenko y que puede estar implicado en el asesinato del policía.

Lovén frunció el ceño.

—¿Crees que debemos tomárnoslo en serio?

—Puede que sí. El que reveló los datos parecía bien informado.

Lovén reflexionó un instante antes de responder.

—A decir verdad, estamos teniendo problemas con todos los delincuentes rusos que han empezado a establecerse en Suecia. Además, tenemos muy claro que el problema no va a disminuir con el tiempo, así que estamos intentando aclarar lo que se cuece en ese terreno.

Rebuscó en los archivadores de la estantería hasta encontrar lo que quería.

—Tenemos a un hombre, llamado Rykoff, Vladimir Rykoff. Vive en Hallunda. Si hay algún Konovalenko en esta ciudad, seguro que él lo sabe.

—¿Por qué?

—Tiene fama de estar muy bien informado acerca de cuanto ocurre en los círculos de inmigrantes. Podríamos ir a hacerle una visita.

Lovén le tendió el archivador a Wallander.

—Dale un repaso a esto. Te enterarás de muchas cosas.

—Puedo ir a visitarlo solo, no tenemos que ir los dos —sugirió Wallander.

—Por mí, encantado. De todos modos, ya tenemos bastantes pistas que seguir en el asunto Tengblad, aunque la pista decisiva parece hacerse esperar. Los técnicos creen que a la mujer de Escania le dispararon con la misma arma, aunque no pueden afirmarlo de manera categórica: probablemente sea la misma arma. Por otro lado, no sabemos si es la misma mano la que ha efectuado los disparos en ambas ocasiones.

Era casi la una cuando Wallander consiguió encontrar Hallunda. Antes de llegar, se había parado a comer y a leer el material que Lovén le había facilitado acerca de aquel hombre, Vladimir Rykoff. Una vez que hubo llegado y que logró encontrar la casa, se detuvo un instante a observar los alrededores. Le llamó la atención el hecho de que casi ninguna de las personas que pasaban cerca de él hablara sueco.

«Es aquí donde está el futuro», se dijo. «Alguno de los niños que crecen en este entorno quizá llegue a ser policía. Pero tendrá unas experiencias de la vida muy distintas a las mías».

Entró en el portal y buscó el nombre de Rykoff antes de subir en el ascensor.

Fue una mujer quien le abrió la puerta. Wallander notó enseguida que estaba a la defensiva, aunque ni siquiera le había dado tiempo de decirle que era policía. Le enseñó su placa antes de dirigirse a ella.

—Busco a Rykoff, comenzó. Tengo algunas preguntas que hacerle.

—¿Sobre qué?

Wallander percibió su acento extranjero y pensó que procedía, con toda probabilidad, de alguno de los antiguos países del Este.

—De eso hablaré con él.

—Es mi marido.

—¿Está en casa?

—Voy a avisarle.

Cuando la mujer desapareció por una puerta que Wallander supuso daba al dormitorio, éste echó un vistazo a su alrededor. El apartamento estaba amueblado con muebles lujosos pero, a pesar de ello, transmitía una sensación de algo provisional, como si la gente que allí vivía estuviese preparada para romper con todo y marcharse en cualquier momento.

Se abrió la puerta y Vladimir Rykoff apareció en la habitación, vistiendo una bata que a Wallander también le pareció de aspecto muy costoso. Wallander pensó que estaría durmiendo, a juzgar por lo encrepado de su cabello.

Al igual que su esposa, Rykoff parecía estar en guardia.

De repente, tuvo la certeza de que comenzaba a aproximarse a algo crucial, algo que haría que la investigación, iniciada hacía casi dos semanas, el día en que Robert Åkerblom fue a su despacho para denunciar que su esposa había desaparecido, diese un giro copernicano. Aquella investigación que tendía a disolverse en una serie de pistas desconcertantes y entrecruzadas, sin llegar a proporcionarle ningún contexto en el que profundizar. La sensación de hallarse ante un descubrimiento importante no era nueva para él y casi siempre había resultado justificada.

—Siento venir a molestarle, pero tengo algunas preguntas que hacerle.

—¿Acerca de qué?

Rykoff no lo había invitado aún a tomar asiento y su tono de voz era brusco y de rechazo. Wallander decidió que iría derecho al grano. Se sentó en una silla y le indicó a Rykoff y a su esposa que hiciesen lo propio.

—Según tengo entendido, usted llegó a Suecia como refugiado iraní, empezó Wallander. Obtuvo la ciudadanía sueca en los años setenta. El nombre de Vladimir Rykoff no suena especialmente iraní.

—Como yo me llame es cosa mía.

Wallander lo observaba sin cesar.

—Por supuesto —admitió—. Sin embargo, la concesión del derecho de ciudadanía puede ser reconsiderada en este país, si concurren ciertas circunstancias, como por ejemplo, si se demuestra que los datos personales que se presentaron en la solicitud son falsos.

—¿Me está amenazando?

—En absoluto. ¿En qué trabaja usted?

—Tengo una agencia de viajes.

—¿Que se llama?

—Rykoffs Reseservice.

—¿A qué países suele organizar los viajes?

—Según.

—¿Puede darme algún ejemplo?

—Polonia.

—¡Más!

—Checoslovaquia.

—Continúe.

—¡Por Dios! ¿Adónde quiere ir a parar?

—Su agencia de viajes figura en el Registro Mercantil, sin embargo, según las autoridades tributarias, usted no ha presentado declaración de

los dos últimos ejercicios. Puesto que supongo que no pretende engañar al fisco, debo concluir que la agencia no ha desarrollado actividad alguna durante los dos últimos años.

Rykoff lo miraba atónito.

—Vivimos de los beneficios de los buenos tiempos —intervino de pronto su mujer—. No hay ninguna ley que obligue a trabajar siempre.

—Cierto —concedió Wallander—. Aunque, no sé por qué razón, la mayoría de la gente sí lo hace.

La mujer encendió un cigarrillo y Wallander detectó su nerviosismo. El marido la miró displicente, por lo que ella se levantó con un gesto ostensivo y abrió la ventana, que estaba tan encasquillada que Wallander se hallaba ya a punto de ir a ayudarle cuando se abrió por fin.

—Tengo un abogado que se encarga de todo el papeleo de la agencia —aseguró Rykoff, que ya empezaba a dar muestras de indignación, sin que Wallander supiese si se trataba de rabia o de miedo.

—Hablemos claro —propuso Wallander—. Usted tiene tantas raíces en Irán como yo. No es probable que pueda arrebatársele su ciudadanía sueca, pero tampoco es ése el motivo de mi visita. Sin embargo, es usted originario de Rusia, Rykoff, y tiene conocimiento de lo que ocurre en los círculos de inmigrantes rusos y, entre ellos, de aquellos de sus compatriotas que se dedican a negocios ilegales. Hace unos días, un policía resultó muerto aquí, en Estocolmo. Ése es, en realidad, el mayor error que puede cometer nadie, pues, en estos casos, los policías nos enfadamos de una manera muy especial. No sé si me explico.

Rykoff parecía haber recuperado la calma, aunque Wallander notó que su mujer seguía intentando ocultar su inquietud y que, de vez en cuando, miraba la pared que él tenía detrás, de la que, según vio al entrar, colgaba un reloj.

«Espera que ocurra algo», se dijo. «Algo que yo no debo presenciar».

—Estoy buscando a un hombre llamado Konovalenko —explicó Wallander pausadamente—. ¿Conoce usted a alguien con ese nombre?

—No, no que yo recuerde.

En ese instante, Wallander comprendió tres cosas. La primera, que Konovalenko existía. La segunda, que Rykoff lo conocía perfectamente. La tercera, que no le había gustado lo más mínimo que la policía anduviese preguntando por él.

Rykoff lo negó todo, pero el inspector había lanzado una mirada disimulada hacia la mujer de aquél cuando formuló la pregunta. En su rostro, en el movimiento nervioso de sus ojos, se hallaba la respuesta.

—¿Está completamente seguro? Yo pensaba que Konovalenko era un apellido muy común.

—No conozco a nadie que se llame así.

Entonces, se volvió hacia su esposa.

—No conocemos a nadie con ese apellido, ¿verdad?

Ella negó con un gesto.

«¡Claro que lo conocéis!» —afirmó Wallander para sí. «Y gracias a vosotros, acabaremos encontrándolo».

—En fin, es una lástima que sea así.

Rykoff lo miró lleno de asombro.

—¿Eso era todo lo que quería saber?

—Por el momento —advirtió Wallander—. Pero estoy seguro de que volveremos a ponernos en contacto con ustedes. No pensamos descansar hasta dar con el asesino de nuestro compañero.

—Yo no sé nada de ese asunto —se defendió Rykoff—. Como es natural, opino igual que todo el mundo, que es muy triste que un policía joven resulte muerto.

—Sí, claro, como es natural —repitió Wallander levantándose—. ¡Ah, sí! Hay otro asunto del que quería hablarles. Quizás hayan leído en

los periódicos acerca de aquella mujer que fue asesinada en el sur de Suecia, hace unas semanas. O quién sabe si incluso no lo han visto en la televisión. Pues bien, creemos que Konovalenko también estuvo implicado en esa muerte.

En esta ocasión, fue Wallander quien se quedó de una pieza.

Percibió algo en la expresión de Rykoff que no alcanzó a identificar en el acto.

Pero enseguida comprendió que se trataba de su absoluta inexpresividad ante la revelación de aquella sospecha.

Wallander concluyó que ésa debía de ser la pregunta que Rykoff había estado esperando. A fin de ocultar su propia reacción, empezó a dar vueltas por la habitación.

—¿Les importa que eche un vistazo?

—¡Faltaría más! —repuso Rykoff—. Tania, abre las puertas de todas las habitaciones.

Wallander echó una ojeada a través de la abertura de cada una de las puertas, pero su cerebro estaba al cien por cien ocupado en analizar la reacción de Rykoff.

Lovén no sabía hasta qué punto tenía razón. En aquel apartamento de Hallunda los esperaba una pista.

Le sorprendía su propio temple. En realidad, debería haber abandonado el apartamento de inmediato y haber telefoneado a Lovén para pedir refuerzos de emergencia. Rykoff debería verse sometido a largos interrogatorios; la policía no abandonaría hasta que aquél no hubiese admitido la existencia de Konovalenko y, a ser posible, hasta que no hubiese revelado su paradero.

Cuando le tocó el turno a una de las habitaciones más pequeñas, que él supuso destinada a los huéspedes, hubo algo que captó su atención sin que pudiese decir de qué se trataba exactamente, pues no había en ella

nada llamativo: una cama, un escritorio, una silla y cortinas azules ante las ventanas. Unos cuantos libros y figuras de adorno llenaban la estantería. Wallander se esforzó por comprender qué era lo que despertaba el interés de su subconsciente, sin éxito. Memorizó el contenido de la habitación y se volvió hacia Rykoff.

—En fin, ya les dejo.

—No tenemos ningún asunto pendiente con la policía —aseguró Rykoff.

—Bien, en tal caso, tampoco tienen por qué preocuparse.

Regresó al centro en coche.

«Es el momento de atacar», pensó. «Les contaré a Lovén y al grupo de investigación toda esta historia sorprendente. Haremos que Rykoff, o su mujer, nos lo cuenten todo.

»Lo importante es que ya los tenemos», se dijo. «Ya los tenemos».

Poco faltó para que a Konovalenko le hubiese pasado inadvertida la señal de Tania. Cuando, ya en Hallunda, hubo aparcado el coche a la puerta del edificio, lanzó una mirada rápida a la fachada, como de costumbre. Era una señal que habían pactado Tania y él: ella dejaría una ventana abierta, en caso de que él, por alguna razón, no debiese subir al apartamento. La ventana estaba cerrada. Pero cuando estaba a punto de entrar en el ascensor, recordó que había dejado en el coche una bolsa con dos botellas de vodka. Volvió a recogerlas y, en un acto reflejo, miró de nuevo a la ventana. Vio entonces que estaba abierta, regresó al coche y se sentó al volante.

Al ver salir a Wallander comprendió que Tania había querido advertirlo de la presencia de un policía en el apartamento, sospecha que ella le confirmó más tarde. Aquel hombre se llamaba Wallander, era

inspector de la brigada criminal y, según pudo ver en su placa de identificación, era de la policía de Ystad.

—¿Qué quería? —preguntó Konovalenko.

—Quería saber si conocíamos a alguien llamado Konovalenko —respondió Rykoff.

—¡Estupendo! —repuso aquél.

Tania y su esposo lo miraron sin comprender.

—Por supuesto, es algo muy positivo —explicó Konovalenko—. ¿Quién puede haberle hablado de mí, si no habéis sido vosotros? Sólo hay una persona: Victor Mabasha. Es decir, que podremos localizarlo a través del policía.

Dicho esto, le pidió a Tania que trajese unos vasos y se sentaron a beber vodka.

Sin pronunciar palabra, Konovalenko ofreció, mentalmente, un brindis por el policía de Ystad. De pronto, se sintió muy satisfecho consigo mismo.

Wallander regresó directamente al hotel tras su visita a Hallunda. Lo primero que hizo fue llamar a su hija.

—¿Podemos quedar? —le preguntó.

—¿Ahora? Creía que tenías trabajo.

—Dispongo de unas horas libres. Si tienes tiempo...

—¿Dónde quieres que nos veamos? ¿Te orientas tan mal en Estocolmo!

—La Estación Central sí sé dónde está.

—Entonces, ¿nos vemos allí? En el centro de la sala principal, dentro de tres cuartos de hora. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

Terminaron la conversación y Wallander bajó a la recepción.

—No estaré localizable el resto de la tarde —anunció—. Quienquiera que me busque, personalmente o por teléfono, recibirá la misma respuesta. Díganles que se me ha presentado un asunto urgente y que no estoy disponible.

—¿Hasta cuándo? —quiso saber la recepcionista.

—Hasta nueva orden.

Cuando, ya en la Estación Central, vio entrar a Linda, apenas si pudo reconocerla. Se había teñido el pelo de negro y lo llevaba bastante corto. Además, iba muy maquillada. Vestía un mono negro y una gabardina de color rojo chillón, y llevaba botines de tacón alto. Wallander descubrió que algunos hombres se volvían a mirarla y sintió una mezcla de irritación y vergüenza. Él había quedado con su hija, pero se encontró con una mujer joven y segura de sí misma. Al parecer, la timidez de antes había desaparecido. La abrazó con la sensación de que, en realidad, aquello no era posible.

Linda tenía hambre. Había empezado a llover y corrieron a cobijarse al interior de una cafetería de Vasagatan, situada frente al edificio principal de Correos.

Él la observaba mientras comía y dijo que no cuando ella le preguntó si no iba a tomar nada.

—Mamá estuvo aquí la semana pasada, dijo ella de repente, entre bocado y bocado. Quería presentarme a su nuevo novio. ¿Lo conoces?

—Hace más de seis meses que no he hablado con tu madre —repuso Wallander.

—La verdad, no me gustó mucho —prosiguió ella—. En realidad, creo que tenía más interés por mí que por mamá.

—Ah, ¿sí?

—Se dedica a la importación de maquinaria. De Francia. Pero se pasó

todo el rato hablando de golf. Sabrás que mamá ha empezado a jugar al golf, ¿no?

—No —respondió Wallander sorprendido—. No tenía ni idea.

Ella lo observó un instante antes de continuar.

—No está bien que ignores a qué se dedica —sentenció—. Después de todo, es la mujer más importante de tu vida, hasta el momento. Ella lo sabe todo sobre ti. Hasta lo de esa mujer de Letonia.

Wallander no salía de su asombro, pues nunca le había hablado a su ex mujer de Baiba Liepa.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Pues, ¡porque alguien se lo habrá contado!

—¿Quién?

—¿Y eso qué importa?

—No, era simple curiosidad.

De pronto, cambió de tema de conversación.

—¿Qué has venido a hacer a Estocolmo? —le preguntó—. No me creo que sea sólo para verme a mí.

Él le contó lo ocurrido, retrocediendo en el tiempo hasta llegar al día en que su padre le había contado que tenía intención de casarse y cuando Robert Åkerblom entró en su despacho para denunciar la desaparición de su esposa. Ella lo escuchaba con suma atención y, por primera vez, Wallander tuvo la impresión de que su hija era ya una persona adulta que tal vez hubiese adquirido, en muchos campos, más experiencia de la que él mismo tenía.

—Echo de menos a alguien con quien poder hablar —concluyó—. Si al menos Rydberg estuviese vivo... ¿Te acuerdas de él?

—¿Aquel que siempre parecía estar enfadado?

—No lo estaba, aunque sí era algo serio.

—Sí, lo recuerdo. Siempre deseé que nunca te parecieses a él.

En este punto fue Wallander quien cambió de tema.

—¿Qué sabes tú de Sudáfrica?

—No demasiado —admitió ella—. Tan sólo que allí a los negros los tratan como a esclavos. Por supuesto, también sé que estoy en contra de esta actitud. En la Escuela Superior recibimos la visita de una sudafricana negra. No parecía verdad lo que contaba.

—El caso es que sabes más que yo —reconoció Wallander—. Cuando estuve en Letonia el año pasado me asaltó a menudo la duda de cómo era posible que hubiese llegado a los cuarenta sin saber nada del mundo.

—Es que no sabes seguir el ritmo. Eso mismo recuerdo que te pasaba cuando yo tenía doce o trece años e intentaba preguntaros algo. Ni mamá ni tú os preocupabais lo más mínimo de lo que ocurría al otro lado de nuestra verja. Lo único que existía eran la casa, los setos y tu trabajo. Nada más. Fue por eso por lo que os separasteis, ¿no es así?

—¿Tú crees?

—Habíais convertido la vida en una cuestión de tubérculos de tulipán y nuevos grifos para el cuarto de baño. Era de eso de lo que hablabais, las veces que lo hacíais.

—Pues no veo qué tiene de malo hablar de flores.

—Los setos llegaron a ser tan altos que os impedían ver lo que sucedía en el exterior.

Linda interrumpió bruscamente la conversación.

—¿Cuánto tiempo tienes?

—Un rato más, por lo menos —respondió Wallander.

—O sea, que en realidad no te queda ya ni un minuto. Pero podemos vernos luego por la noche, si te apetece.

Salieron a la calle. Había dejado de llover.

—¿No resulta incómodo andar con esos zapatos de tacón tan alto? —preguntó tímidamente.

—Claro que sí. Pero se aprende. ¿Quieres probar?

Wallander sintió una intensa alegría por el hecho de que su hija existiera. Era como si el peso interior se le aligerase. La vio desaparecer diciendo adiós con la mano hacia la boca del metro.

Y en aquel preciso momento, descubrió qué era aquello que había visto en el apartamento de Hallunda y que tanto le había llamado la atención sin que pudiese decir con exactitud de qué se trataba.

Ahora ya lo sabía.

En la pequeña estantería de la habitación de huéspedes vislumbró un cenicero. Él había visto uno igual antes. Podía ser una casualidad, pero no lo creía.

Se acordó de la noche en que fue a comer al hotel Continental, en Ystad. Antes de cenar, estuvo un rato sentado en el bar. Allí, sobre la mesa y ante sus ojos, había un cenicero de cristal exactamente igual que el que vio en la habitación del apartamento de los Rykoff.

«Konovalenko», se dijo. «Tú has estado en el Continental en alguna ocasión. Hasta es posible que hayas estado sentado a la misma mesa que yo. Y no pudiste resistir la tentación de llevarte uno de los pesados ceniceros de cristal. Una debilidad humana, de las más habituales. Nunca imaginaste que un inspector de la brigada criminal de Ystad le echaría un ojo a la habitación en la que pasas alguna que otra noche cuando estás en Hallunda».

Wallander subió a su habitación pensando que, después de todo, no era tan mal policía. Todavía no se le había escapado el tiempo de entre las manos. Tal vez aún conservase la capacidad necesaria para resolver aquel asesinato tan carente de sentido, el de una mujer que, por casualidad, tomó un camino equivocado en las proximidades de Krageholm.

Hizo una nueva síntesis de lo que creía saber. Louise Åkerblom y

Klas Tengblad habían recibido sendos disparos realizados con la misma arma. Además, a Tengblad le había disparado un hombre blanco que hablaba sueco con acento extranjero. El africano negro que estuvo presente cuando Louise Åkerblom fue asesinada fue perseguido por un hombre que también hablaba con acento extranjero y que, con toda probabilidad, se llamaba Konovalenko. Este tal Konovalenko era conocido de Rykoff, pese a que él lo había negado. A juzgar por su aspecto de mole humana, Rykoff podía muy bien ser el hombre que le alquilara la casa a Alfred Hanson. Y en la casa de Rykoff había un cenicero, prueba evidente de que alguno de los que allí vivían había estado en Ystad. Es decir, no era mucho lo que tenía y, de no ser por las balas, la conexión habría sido más débil aún. Sin embargo, también contaba con su intuición y estaba convencido de que no era descabellado confiar en ella. Una redada imprevista en la casa de Rykoff podría proporcionarles las respuestas que tan ansiosamente buscaban.

Aquella misma noche cenó con Linda en un restaurante próximo al hotel.

Esta vez se sintió menos inseguro en su compañía. Cuando se fue a dormir, poco antes de la una de la mañana, constató que aquella había sido la noche más agradable de cuantas había vivido en mucho tiempo.

Wallander llegó a la Jefatura de Kungsholmen poco antes de las ocho del día siguiente. Expuso los resultados obtenidos de su visita a Hallunda y sus propias conclusiones ante un grupo de policías boquiabiertos. Percibió, mientras hablaba, la gran desconfianza con que acogían sus palabras. No obstante, el deseo de los policías de atrapar al hombre que había disparado contra su compañero era tan intenso, que el ambiente fue transformándose poco a poco. Hacia el final de la exposición, ninguno de

los allí presentes cuestionaba ya sus teorías.

A lo largo de la mañana, todo transcurrió muy deprisa. El edificio de Hallunda quedó sometido a una discreta vigilancia, mientras preparaban la redada. Un fiscal joven y enérgico decidió, sin dudar ni un segundo, aprobar los arrestos propuestos por la policía.

La redada se proyectó para las dos de la tarde. Wallander se mantuvo taciturno y en segundo plano mientras Lovén y sus colegas planificaban su intervención paso a paso. Hacia las nueve, en mitad del caos de los preparativos, entró en el despacho de Lovén y llamó a Ystad para hablar con Björk. Le contó la decisión que habían tomado de hacer una redada por la tarde y que era bastante probable que tuviesen resuelto el asesinato de Louise Åkerblom muy pronto.

—He de admitir que todo lo que me cuentas resulta increíble —intervino Björk.

—Vivimos en un mundo increíble —apuntó Wallander.

—Comoquiera que sea, has hecho un buen trabajo —admitió Björk—. Pondré al corriente de lo que está sucediendo a todos los compañeros.

—Pero nada de ruedas de prensa —le advirtió Wallander—. Y, por el momento, que nadie hable tampoco con Robert Åkerblom.

—Por supuesto que no. ¿Cuándo crees que estarás de vuelta?

—En cuanto pueda. ¿Qué tal tiempo hace por ahí?

—Magnífico. Ya casi se siente que la primavera está cerca. Svedberg se pasa el día estornudando como un condenado, por la alergia. Ése suele ser un indicio inequívoco de la llegada de la primavera, como bien sabes.

Wallander experimentó cierta nostalgia de su tierra cuando colgó el auricular.

No obstante, la tensión ante la próxima redada era todavía más fuerte.

A las once, Lovén reunió a cuantos iban a participar en la intervención de Hallunda aquella tarde. Los informes de quienes

vigilaban el edificio indicaban que tanto Tania como Vladimir se encontraban en el apartamento, aunque era imposible saber si había allí alguien más.

Wallander escuchó con atención las instrucciones de Lovén. Se dio cuenta de que una redada en Estocolmo era algo muy distinto de aquello a lo que él estaba acostumbrado a ver. Por otro lado, las operaciones de esta magnitud eran prácticamente inexistentes en Ystad. Tan sólo podía recordar un suceso del año anterior, en que un toxicómano bajo los efectos de las drogas ocupó un chalet de Sandskogen.

Lovén le había preguntado a Wallander, antes de la reunión, si él quería participar activamente en la operación.

—Sí. Si Konovalenko se encuentra allí, puede decirse que, en cierto modo, es mío. Al menos, la mitad. Además, tengo unas ganas irrefrenables de ver la cara de Rykoff.

Lovén dio por terminada la reunión a las once y media.

—No sabemos con qué vamos a encontrarnos. Es posible que sólo haya dos personas que acepten amablemente nuestra presencia en su casa. Pero también puede resultar algo diferente por completo...

Wallander almorzó con Lovén en la comisaría.

—¿No has pensado nunca en lo que haces realmente? —preguntó Lovén de pronto.

—Lo pienso todos los días —confesó Wallander—. ¿No crees que los demás policías también lo hacen?

—Lo ignoro —admitió Lovén—. Sólo sé lo que pienso yo, y que mis pensamientos me dejan abatido. Aquí, en Estocolmo, estamos perdiendo el control por completo. No sé cómo será en un distrito más pequeño, como Ystad. Pero la vida del delincuente en esta ciudad debe de ser

bastante agradable. Al menos, en lo que respecta al riesgo de que te pillen.

—Creo que nosotros tenemos aún el control —afirmó Wallander—. Pero las diferencias entre los distritos disminuyen sin cesar. Lo que sucede aquí ocurre también en Ystad.

—Muchos de los policías de Estocolmo aspiran al traslado a las afueras porque creen que allí la profesión es menos dura.

—Sí, pero seguro que también hay muchos que quieren venirse aquí, los que opinan que las provincias son demasiado tranquilas.

—Dudo mucho que yo fuese capaz de cambiar esto por nada —reconoció Lovén.

—A mí me pasa lo mismo —aseguró Wallander—. Si no soy policía en Ystad, no seré policía en ningún sitio.

El tema se fue agotando y Lovén se marchó a resolver varios asuntos después de la comida.

Wallander buscó una sala de descanso y se tumbó en un sofá. Se detuvo a pensar que, en realidad, no había dormido ni una sola noche entera desde que Robert Åkerblom llamó a la puerta de su despacho.

Dio una cabezada de unos minutos y se despertó sobresaltado.

Pero se quedó allí, tumbado, pensando en Baiba Liepa.

La redada en el apartamento de Hallunda se produjo a las dos en punto de la tarde. Wallander, Lovén y otros tres policías aguardaban en el descansillo de la escalera. Llamaron al timbre dos veces y esperaron antes de abrir la puerta haciendo palanca. A sus espaldas, una brigada especial provista de armas automáticas se mantenía a la espera. Todos, menos Wallander, empuñaban sus pistolas. Lovén le había preguntado si quería un arma, pero él declinó la oferta. Sin embargo, sí que había

aceptado, lleno de gratitud, ponerse un chaleco antibalas, como los demás.

Irrumpieron en el apartamento, se dividieron y la operación terminó sin apenas haber comenzado.

El apartamento estaba vacío. No quedaban en él más que los muebles.

Los policías se miraban sin comprender nada. Lovén sacó un transmisor-receptor y llamó al mando de la brigada que aguardaba en la calle.

—Aquí no hay nadie. No habrá detenciones. Todos los efectivos se retiran. Pero quiero que vengan los técnicos a examinar el lugar.

—Tienen que haber huido por la noche —concluyó Wallander—. O esta mañana, al amanecer.

—Los vamos a pillar —sostuvo Lovén—. Dentro de media hora daremos la alarma de búsqueda y captura en todo el país.

Dicho esto, le tendió a Wallander un par de guantes de plástico.

—Por si quieres levantar los colchones.

Mientras Lovén hablaba por su teléfono móvil con un jefe de la policía de Kungsholmen, Wallander entró en la pequeña habitación de huéspedes. Se puso los guantes y retiró con cuidado el cenicero de la estantería. No se había equivocado. Era una copia exacta del que había estado mirando fijamente durante tanto rato tan sólo unos días antes, mientras bebía más whisky de la cuenta. Le dio el cenicero a uno de los técnicos.

—Aquí habrá huellas digitales. Lo más seguro es que no figuren en nuestros registros, pero seguro que aparecen en los de la Interpol.

Vio cómo el técnico introducía el cenicero en una bolsa de plástico.

Se dirigió entonces a una de las ventanas y se puso a contemplar, con mirada ausente, los edificios de los alrededores y el gris del cielo. Recordó que era la misma ventana que Tania había abierto el día antes

para dejar salir el humo que tanto irritaba a Vladimir. Aún no estaba seguro de si se encontraba abatido o irritado por el fracaso de la redada. Entró en el dormitorio grande y miró en los armarios, donde todavía estaba colgada la mayoría de la ropa. Sin embargo, no encontró ninguna maleta. Se sentó en el borde de la cama y sacó con desgana uno de los cajones de la mesita de noche, en el que no halló más que una bobina de hilo y medio paquete de cigarrillos. Comprobó que Tania fumaba Gitanes.

Entonces se agachó para mirar debajo de la cama, donde había un par de zapatillas viejas. Rodeó la cama y abrió el cajón de la otra mesita, que estaba vacío. Pero sobre ella había un cenicero lleno de colillas y media chocolatina.

Wallander se dio cuenta de que las colillas tenían filtro, miró uno de ellos y vio que eran de la marca Camel.

De repente, el detalle le dio que pensar.

Reflexionó acerca de la visita del día anterior. Tania había encendido un cigarrillo. Vladimir se irritó por el humo y ella abrió una ventana que se resistía.

No es habitual que los fumadores se quejen cuando otros fuman. Sobre todo, si no hay demasiado humo en la habitación. ¿Acaso Tania fumaba distintas clases de tabaco? Eso era poco probable. Es decir, que Vladimir también fumaba.

Meditabundo, volvió al salón. Abrió la misma ventana que ella y también a él le costó trabajo. Intentó abrir las otras ventanas y las cristaleras del balcón, lo consiguió sin problemas.

Permaneció allí con el ceño fruncido. ¿Por qué decidió Tania abrir la única ventana que estaba atascada? Y ¿por qué lo estaba?

De pronto, lo acució la necesidad de encontrar respuesta a sus preguntas.

Tania había abierto la ventana atascada porque, por alguna razón, era importante que ésa, y no otra, estuviese abierta. Y estaba atascada porque no se abría más que en contadas ocasiones.

Se colocó de nuevo junto a la ventana. Se le ocurrió que, si uno se encontraba en un coche estacionado en el aparcamiento, ésta era la ventana que mejor se veía. La otra estaba junto al balcón, que sobresalía. La puerta del balcón no se podía ver desde el aparcamiento.

Repasó su reflexión una vez más.

Al fin comprendió. Tania parecía nerviosa, miraba el reloj que había detrás de él y luego se fue a abrir una ventana que sólo se utilizaba para indicarle a alguien en la calle que no era conveniente que subiese al apartamento.

«Konovalenko», concluyó. «Tan cerca de mí has estado».

En una de las pausas de Lovén entre dos conversaciones telefónicas, Wallander le refirió su observación.

—Puede que tengas razón —admitió—. Si es que no era otra persona...

—Por supuesto —repuso Wallander—. Pudo haber sido otra persona.

Regresaron a Kungsholmen mientras los técnicos continuaban con su trabajo. Justo cuando entraban al despacho de Lovén, sonó el teléfono. En un cofre metálico que había en el apartamento, los técnicos habían encontrado unas granadas de gas lacrimógeno del mismo tipo de las que habían lanzado en la discoteca de Söder la semana anterior.

—Las piezas van encajando —resolvió Lovén—. O quizá nada encaje, en realidad. Lo que no alcanzo a comprender es qué podían tener en contra de aquella discoteca. En cualquier caso, ya hemos dado la alarma y haremos que la prensa y la televisión cubran la noticia intensamente.

—En tal caso, puedo irme a Ystad mañana mismo. Cuando encontréis a Konovalenko, nos lo prestaréis a los colegas de Escania, ¿verdad?

—Siempre es una lata que fracase una redada —afirmó Lovén—. Me pregunto dónde se esconden.

La pregunta quedó en el aire. Wallander volvió a su habitación y decidió ir a la discoteca Aurora aquella misma noche. Ahora tenía otras preguntas que hacerle al camarero rapado del bar.

Tenía la sensación de que estaba acercándose a algo definitivo.

El hombre que se hallaba sentado en una silla a la puerta del despacho del presidente De Klerk había estado esperando mucho tiempo.

Habían dado ya las doce de la noche y llevaba allí sentado desde las ocho de la tarde. Estaba totalmente solo a la luz tenue de la sala de espera. Un conserje venía de vez en cuando para lamentar que tuviese que seguir aguardando. Era un hombre de edad que vestía un traje oscuro y que, poco después de las once, apagó todas las luces salvo la lámpara de pie, aún encendida.

A Georg Scheepers le dio la impresión de que aquel hombre habría podido trabajar para una funeraria. Su discreción y su forma de hablar en susurros, su gesto solícito, rayano en el servilismo, le recordaron al encargado del entierro de su madre, hacía ya algunos años.

«Es una comparación llena de simbolismo que tal vez no resulte del todo descabellada», se dijo Scheepers. «Es posible que el presidente De Klerk esté gestionando los últimos despojos, los restos mortales del imperio blanco sudafricano. Tal vez sea ésta la antesala del despacho de un hombre que está organizando un entierro, más que el gobierno futuro de un país».

Durante las cuatro horas que se mantuvo a la espera, tuvo tiempo sobrado de reflexionar. De vez en cuando el conserje abría la puerta sin hacer ruido y se disculpaba aduciendo que el presidente seguía ocupado en un asunto de máxima urgencia. A las diez de la noche le sirvió una

taza de té tibio.

Georg Scheepers pensaba en cuál sería la razón por la que el presidente lo había mandado llamar aquella tarde del miércoles 7 de mayo. El día anterior, a la hora del almuerzo, había recibido una llamada del secretario de su jefe, Henrik Wervey. Georg Scheepers era ayudante del temido fiscal jefe de Johannesburgo, y no estaba habituado a verlo más que en el tribunal, cuando no en las regulares reuniones de los viernes. Mientras se apresuraba por los pasillos, iba preguntándose para qué lo habría llamado Wervey. Al contrario de lo que estaba ocurriendo aquella tarde, en esa otra ocasión había sido recibido de inmediato por el fiscal. Wervey le hizo una seña para que tomase asiento al tiempo que continuaba firmando algunos documentos que un secretario esperaba para llevarse. Hecho esto, quedaron a solas.

Henrik Wervey no era un hombre temido sólo por los delincuentes. Tenía casi sesenta años, medía más de un metro noventa y era de complexión robusta. Era de todos conocido el hecho de que, alguna que otra vez, había dado muestras de su enorme fuerza física realizando distintas pruebas. En una ocasión en que estaban llevándose a cabo reformas en los despachos de la fiscalía, años atrás, transportó él solo un archivo metálico que luego requirió la fuerza de dos hombres para meterlo en una carretilla.

Sin embargo, no era su fuerza física la que infundía tan hondo temor en todo el mundo. Se debía esta circunstancia más bien al hecho de que, durante sus numerosos años de ejercicio como fiscal, había solicitado la pena de muerte cada vez que hubo ocasión. En aquellos casos, que no habían sido pocos, el tribunal seguía siempre su solicitud y condenaba al acusado a la horca y, llegado el momento de aplicar la pena, el propio Wervey solía asistir a la ejecución. Todo ello había contribuido a que cobrase fama de hombre despiadado. No obstante, nadie había podido

acusarlo nunca de aplicar sus principios según criterios racistas, de modo que un delincuente blanco tenía tantos motivos para temerle como uno negro.

Georg Scheepers había estado pensando, sumido en una gran inquietud, si no habría cometido algún error digno de reprobación. En efecto, Wervey era conocido también por aplicar correctivos durísimos a sus ayudantes si consideraba que estaba justificado.

Pese a todo, la conversación se había centrado en un tema bien distinto del que esperaba. Wervey dejó el escritorio y se sentó a su lado.

—Ayer noche un hombre fue asesinado en una cama de una clínica privada de Hillbrow —comenzó—. Se llamaba Pieter Van Heerden y trabajaba en el servicio de inteligencia. La brigada criminal considera que todo indica que se trata de un robo con homicidio, pues su cartera había desaparecido. Nadie vio llegar a ninguna persona, nadie vio desaparecer al asesino. Aparentemente, el autor estaba solo y hay indicios de que se hizo pasar por mensajero de un laboratorio cuyos servicios suele utilizar la clínica Brenthurst. Puesto que ninguna de las enfermeras de guardia oyó disparos, tuvo que usar un arma con silenciador. Es decir, que concurren bastantes circunstancias como para poder afirmar que la tesis de la policía de robo con homicidio es correcta. Pero, como es natural, el hecho de que Van Heerden fuese funcionario del servicio de inteligencia ha de ser tomado en consideración.

Wervey alzó las cejas y Georg Scheepers supo que aguardaba una reacción por su parte.

—Parece lógico —admitió Scheepers—. Es necesario averiguar si se trata o no de un robo con homicidio normal y corriente.

—El hecho es que concurre otra circunstancia que lo complica todo aún más —prosiguió el fiscal—. Ante todo, debe quedar claro que lo que voy a decirle es absolutamente confidencial.

—Por supuesto —repuso Scheepers.

—Van Heerden era responsable de que el presidente De Klerk recibiese información constante, con independencia de los canales oficiales, acerca del trabajo realizado por el servicio de inteligencia, de lo que se desprende que ocupaba una posición muy delicada.

En este punto, Wervey guardó silencio mientras Scheepers esperaba impaciente la continuación.

—El presidente De Klerk me llamó hace unas horas —continuó—. Quería que designase a uno de los fiscales para que lo mantuviese especialmente informado del curso de la investigación policial. Al parecer, está convencido de que el móvil del asesinato guarda relación con la labor desarrollada por Van Heerden en el servicio de inteligencia. Así, sin tener la más mínima prueba, nuestro presidente rechaza de plano la idea de un simple robo con homicidio.

Wervery miraba fijamente a Scheepers.

—Por otro lado, no podemos tener conocimiento de qué tipo de información facilitaba Van Heerden al presidente —dijo pensativo.

Georg Scheepers asintió en señal de haber comprendido.

—El hecho es que has sido tú el elegido para mantener al presidente informado como él desea —concluyó—. A partir de este momento, abandonarás cualquier otro trabajo que tengas entre manos y te concentrarás de forma exclusiva en la investigación policial sobre las circunstancias en que se produjo la muerte de Van Heerden. ¿Está claro?

Georg Scheepers asintió de nuevo, aunque aún le costaba ver las posibles consecuencias de lo que Wervey acababa de decirle.

—El presidente te citará con regularidad. No redactarás ningún protocolo, tan sólo algunas notas que quemarás tras cada visita. No hablarás más que con el propio presidente o conmigo. Si alguien de tu sección te pregunta qué estás haciendo, la explicación oficial será que te

he pedido que lleves a cabo una estimación de la necesidad de contratación de fiscales para los próximos diez años. ¿Todo claro?

—Sí —respondió Scheepers.

Werver se levantó, tomó una carpeta de su escritorio y se la entregó.

—Aquí está el escaso material con que contamos, por ahora, acerca del caso. Van Heerden no lleva muerto más de doce horas. Un inspector llamado Borstlap es el jefe de la investigación. Te sugiero que te dirijas a la clínica Brenthurst y hables con él —dijo dando así por finalizada la reunión—. Espero que lleves este asunto de la mejor manera. Te he escogido a ti porque has dado sobradas muestras de ser un buen fiscal. No me gusta que me decepcionen.

Georg Scheepers regresó entonces a su despacho intentando comprender lo que en realidad se esperaba de él. Luego cayó en la cuenta de que debía comprarse un traje nuevo. Ninguno de los que tenía sería apropiado cuando el presidente lo llamase a su despacho.

Aquella tarde, sentado en la sombría antesala, vestía un traje de chaqueta azul marino que le había costado una fortuna. Al preguntarle su mujer por qué lo compró, le explicó que iba a participar en una asamblea en la que sería portavoz el ministro de Justicia, respuesta que ella aceptó sin más.

Era ya la una menos veinte de la noche cuando el discreto conserje abrió la puerta y le comunicó que el presidente estaba por fin en disposición de recibirlo. Georg Scheepers se levantó de un salto, y notó que estaba muy nervioso. Siguió al conserje, que se detuvo ante una puerta alta y de doble hoja y dio unos golpecitos antes de abrir.

Sentado a una mesa, a la luz de un simple flexo, lo aguardaba aquel hombre de cabello escaso con el que había de encontrarse. Scheepers

permaneció de pie, indeciso junto a la puerta, hasta que el hombre le indicó que se acercase señalándole una silla.

El presidente De Klerk parecía cansado. A Georg Scheepers no le pasaron inadvertidas sus profundas ojeras.

De Klerk fue derecho al grano. Su voz tenía un atisbo de impaciencia, como si siempre se viese obligado a hablar con personas que no comprendían nada.

—Estoy convencido de que Pieter Van Heerden no murió víctima de un homicidio consecuencia de un robo. Su misión será, a partir de ahora, lograr que los investigadores de la policía se den cuenta de que el motivo de su muerte debe estar relacionado con su trabajo en el servicio de inteligencia. Quiero que se examinen todos sus ficheros, todos sus archivadores de documentación escrita, todo aquello a lo que se haya dedicado durante el año pasado. ¿Lo ha comprendido?

—Sí —musitó Scheepers.

De Klerk se inclinó hacia él con un gesto de confidencia. La luz del flexo le iluminó la cara dándole un aspecto fantasmagórico.

—Van Heerden me informó sobre su sospecha de que está maquinándose una conspiración de consecuencias nefastas para todo el país —le confió De Klerk—. Una confabulación de tal naturaleza que nos conduciría al caos. El hecho de su muerte debe investigarse a la luz de estos datos. Simplemente. Eso es cuanto debe saber —afirmó De Klerk recobrando su postura inicial—. El fiscal jefe Wervej lo ha designado a usted como informante porque lo considera de total confianza y leal para con el Estado. Sin embargo, me gustaría subrayar una vez más la naturaleza plenamente confidencial del asunto. Revelar lo que acabo de decirle sería un crimen de alta traición. Puesto que es usted fiscal, no tengo que recordarle cuál es la pena para tal delito.

—Por supuesto que no —puntualizó Scheepers, estirándose de forma

involuntaria.

—Siempre que tenga algo que comunicarme, lo hará de inmediato y directamente ante mí. No tendrá más que pedirle cita a mi secretario. Gracias por haber venido.

Así terminó la audiencia. De Klerk se aplicó de nuevo sobre sus papeles.

Georg Scheepers se levantó, hizo una leve inclinación y se dirigió hacia la puerta con paso silencioso sobre la gruesa alfombra.

El conserje lo acompañó escaleras abajo. Un guardia armado lo escoltó hasta el aparcamiento en el que había dejado su coche. Cuando se sentó al volante, notó que le sudaban las manos.

«¡Una conspiración!», pensó. «¿Será posible? Una componenda capaz de amenazar al país entero y llevarlo al caos... ¿No estamos ya en el caos más absoluto? ¿Acaso se puede llegar más cerca del desastre de lo que ya estamos?»

La pregunta quedó sin respuesta. Puso en marcha el motor y abrió la guantera, donde guardaba una pistola. La cargó y le quitó el seguro antes de dejarla sobre el asiento del acompañante.

A Georg Scheepers no le gustaba conducir de noche. Era demasiado arriesgado y peligroso. Los robos y atracos con armas de fuego resultaban cada vez más frecuentes y brutales.

Se puso en camino hacia su casa, atravesando la noche africana. Pretoria dormía.

Scheepers tenía mucho sobre lo que cavilar.

«¿Cuándo conocí el miedo, *songoma*? ¿En qué momento de mi vida me vi, por primera vez, solo y abandonado ante el rostro convulso del terror? ¿Cuándo comprendí que el temor existe en el interior de todos los hombres, con independencia del color de su piel, de su edad, de su origen? Nadie se libra del miedo, sin él no hay vida posible. El caso es que no lo recuerdo, *songoma*. Pero sé que es así. Soy prisionero en este país en que las noches son tan incomprensiblemente cortas, donde a la oscuridad le está prohibido cobijarme. No puedo recordar la primera vez que el temor vino hasta mí, *songoma*, pero sí recuerdo el temor mismo, ahora que intento encontrar una salida, un resquicio de noche por el que huir lejos de aquí, a Ntibane, mi hogar».

Los días y las noches habían llegado a fundirse en un todo cuyas partes era incapaz de distinguir. Victor Mabasha no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que dejara atrás el cadáver de Konovalenko en aquella casa situada en medio de campos fangosos. El hombre que, resucitado, había disparado contra él en aquella discoteca llena de gas lacrimógeno... Se había llevado un susto de muerte. Estaba convencido de que había matado a Konovalenko al estrellar la botella contra su sien. Sin embargo, a pesar del escozor en los ojos, había entrevisto a Konovalenko a través de la cortina de humo. Victor Mabasha había

logrado salir del local a través de una escalera situada en la parte trasera, donde ya se agolpaban bastantes personas que, presas del pánico, profiriendo gritos de auxilio y propinando patadas indiscriminadamente, intentaban huir del humo. Por un instante se creyó transportado a Sudáfrica, donde no eran infrecuentes los ataques con gas lacrimógeno a los barrios negros. Pero estaba en Estocolmo, y Konovalenko se había levantado de entre los muertos para perseguirlo y acabar con su vida.

Había llegado a la ciudad al amanecer y anduvo conduciendo sin rumbo y sin saber con certeza qué hacer. Estaba muy cansado, exhausto hasta tal punto que no se atrevía a confiar en su propio juicio. Eso lo llenó de temor. En efecto, siempre había estado seguro de que su buen juicio, su capacidad de salir de situaciones complicadas gracias a su claridad de mente, constituía su mejor seguro de vida. Consideró la idea de alojarse en un hotel, pero no tenía pasaporte, ni ningún otro documento que pudiese acreditar su identidad. Era nadie entre todas aquellas personas, un hombre armado y sin nombre, y nada más.

El dolor provocado por la herida se intensificaba de vez en cuando, a intervalos irregulares. Tenía que encontrar un médico. La sangre negra había traspasado el vendaje. No se podía permitir el lujo de que se le infectara la herida y le subiera la fiebre, pues en tal caso estaría indefenso. Sin embargo, el sangriento muñón que había quedado en lugar del dedo no le afectaba lo más mínimo, como si éste nunca hubiese existido. En su imaginación, lo había transformado en un sueño; en una ensoñación en la cual había nacido sin dedo índice en la mano izquierda.

Durmió en un cementerio, acurrucado en un saco de dormir que había

comprado y a pesar del cual pasó frío. En sus sueños, los cánticos de los perros lo perseguían sin tregua. Mientras, allí tendido, despierto, miraba las estrellas, se le ocurría pensar que tal vez no pudiese regresar nunca a su país. La tierra roja y reseca de Sudáfrica jamás volvería a arremolinar a su paso. La idea lo llenó de un pesar repentino, tan profundo que no recordaba haber sentido nada igual desde la muerte de su padre. Reflexionó asimismo sobre Sudáfrica, un país basado en una mentira global, en el que no había lugar para falsedades de menor envergadura. Finalmente, pensó también en aquella mentira que era la médula de su propia vida.

Las palabras de la *songoma* llenaron sus noches en el cementerio.

Durante aquellas noches, rodeado tan sólo de un campo de muertos que le eran desconocidos, hombres blancos a quienes no había visto nunca antes y a quienes no llegaría a conocer más que en los abismos de la tierra, entre los espíritus, cayó en un estado propicio para recordar su niñez. Así, veía el rostro de su padre, su sonrisa, incluso oía su voz. Se le ocurrió pensar que quizás el mundo de los espíritus también estuviese dividido como Sudáfrica, que tal vez el otro mundo estuviese compuesto de un mundo blanco y otro negro. Se imaginaba, sumido en la pena, que pudiera ser que los espíritus de sus antepasados se viesan obligados a vivir en chabolas de barrios medio quemados. Intentó por todos los medios obtener respuestas de la *songoma*. Pero todo lo que percibió fue el arrullo de los cánticos de los perros, y sus aullidos, que él no conseguía descifrar.

El segundo día, al alba, dejó el cementerio tras esconder el saco de dormir en una cripta cuya bomba de ventilación había logrado abrir. Unas horas más tarde, robó otro coche. Fue bastante rápido. La ocasión se le

presentó de improviso y no se lo pensó ni un segundo. Estaba recobrando su buen juicio. Mientras caminaba por una calle, vio que un hombre salía del coche, dejaba el motor en marcha y entraba a un portal. No había nadie alrededor. Reconoció la marca, un Ford, que ya había conducido antes muchas veces. Se sentó al volante, dejó en la calle el maletín que el hombre tenía dentro y se marchó de allí. Al cabo de un rato pudo al fin salir del centro y empezó a buscar de nuevo un lago junto al que sentarse a pensar en soledad.

No encontró ningún lago, pero sí llegó al mar o, al menos, eso creyó él. No sabía cuál era ni cómo se llamaba pero, cuando probó el agua, comprobó que estaba salada. No tanto como aquella a la que estaba habituado, la de las playas de Durban o de Port Elizabeth. Pero ¿habría lagos salados en aquel país? Trepó a unas rocas e intuyó el infinito entre dos islas del archipiélago. Corría un aire fresco y sintió frío, pero permaneció en pie, sobre una de las rocas más salientes, pensando que hasta allí había llegado en su vida, y que no había sido corto el trayecto, mas, ¿cómo se presentaría el resto del viaje?

Tal y como recordaba que hacía de niño, se sentó en cuclillas y creó con piedrecillas un pequeño laberinto en forma de espiral, al tiempo que intentaba volverse hacia lo más profundo de su ser, a fin de oír la voz de la *songoma*. Pero no conseguía llegar hasta el fondo. El rumor del mar era demasiado fuerte y su capacidad de concentración, demasiado débil. El haber amontonado las piedras como un laberinto diminuto no le ayudó lo más mínimo y aquello lo asustó ya que, si perdía la capacidad de hablar con los espíritus, sus fuerzas quedarían tan menguadas que quizá corriese el riesgo de morir. No dispondría ya de defensas frente a cualquier enfermedad, las ideas abandonarían su mente y su cuerpo se vería reducido a una cáscara a resquebrajarse a la menor influencia externa.

Lleno de desasosiego se apartó del mar y regresó al vehículo. Intentó

concentrarse en lo más importante. Había conocido a algunos africanos de Uganda en una hamburguesería. Ellos le habían indicado la discoteca en la que apareció Konovalenko. ¿Cómo pudo éste dar con él con tanta facilidad?

Ésa era la primera pregunta.

La segunda era cómo saldría del país para volver a Sudáfrica.

Comprendió que se vería obligado a hacer aquello que menos deseaba. Buscar a Konovalenko. No sería fácil. Resultaría tan ardua la tarea de localizarlo como la de capturar a un *spriengboek* solitario en uno de los infinitos bosques africanos. Sin embargo, debía encontrar el modo de atraer a Konovalenko, pues él tenía su pasaporte y era la única persona de la que podía conseguir ayuda para salir de allí. No veía otra posibilidad, ya que seguía confiando en no tener que matar a nadie que no fuese el propio Konovalenko.

Aquella noche volvió a acudir a la discoteca, poco concurrida en esta ocasión. Se sentó a una mesa situada en un rincón y pidió una cerveza. Cuando se acercó a la barra para pedir otra, el hombre de la cabeza afeitada empezó a hablar con él. Al principio no entendió lo que le decía, hasta que intuyó que dos personas distintas habían estado allí la noche antes preguntando por él. Comprendió por la descripción que el primero había sido Konovalenko, pero ¿quién podía ser el otro? El camarero le dijo que era policía y que hablaba con el acento típico de los habitantes del sur de Suecia.

—¿Qué quería? —inquirió Mabasha.

El camarero rapado señaló su sucio vendaje.

—Iba buscando a un hombre al que le faltaba un dedo —le aclaró.

Sin tomarse la segunda cerveza, abandonó la discoteca a toda prisa.

Sospechaba que Konovalenko podía volver y aún no se sentía en disposición de enfrentarse a él, pese a que siempre tenía preparada la pistola. Ya en la calle, supo enseguida qué debía hacer. El policía le ayudaría a encontrar a Konovalenko.

En algún lugar del país se estaba desarrollando una investigación acerca de la desaparición de una mujer. Tal vez incluso hubiesen encontrado el cuerpo a aquellas alturas, donde quiera que Konovalenko lo hubiese ocultado. Y, si habían logrado saber de su propia existencia, no era descabellado pensar que también estuviesen al corriente de la de Konovalenko.

«Yo dejé una huella tras de mí», se decía. «Un dedo. Es posible que Konovalenko también hubiese olvidado algo al partir».

El resto de la noche se mantuvo aguardando agazapado al abrigo de las sombras, cerca de la puerta de la discoteca. Sin embargo, ni Konovalenko ni el policía se presentaron aquella noche. El hombre de la cabeza afeitada le había proporcionado una descripción del policía. Victor Mabasha pensó que un hombre blanco y cuarentón no podía ser un cliente habitual de aquella discoteca, precisamente.

Bien entrada la noche, regresó al cementerio. Al día siguiente robó otro coche y, al caer la tarde, se apostó de nuevo a la puerta de la discoteca, a esperar.

Exactamente a las nueve de la noche, un taxi se detuvo a la entrada del local. Victor estaba sentado en el asiento delantero del coche. Se agachó hasta que la cabeza quedó a la altura del volante. El hombre que supuestamente era el policía salió del taxi y desapareció escalera abajo. En cuanto el hombre hubo entrado en la discoteca, aparcó el coche tan cerca de la puerta como le fue posible y salió para ir a esconderse en la esquina más sombría, dispuesto a seguir esperando, con la pistola preparada en uno de los bolsillos del chaquetón.

El hombre, que un cuarto de hora más tarde salía del local dando muestras de gran desconcierto o, al menos, de estar sumido en profunda reflexión, no parecía, sin embargo, estar en guardia. Antes al contrario, daba la impresión de un noctámbulo solitario, inofensivo e indefenso. Victor Mabasha sacó la pistola y, dando un salto, apretó el cañón contra su gáznate.

—Quietos —le ordenó en inglés—. No hagas el menor movimiento.

El hombre se puso totalmente tenso pero entendió lo que le decía y no se movió.

—Encamínate hacia el coche, abre la puerta y deslízate hacia el asiento del acompañante —prosiguió Mabasha.

El hombre le obedeció. Era evidente que tenía miedo.

Con gran rapidez, Victor se asomó al interior del coche y le propinó un puñetazo en la mandíbula con la fuerza suficiente como para dejarlo inconsciente, pero sin llegar a provocarle una fractura. Victor Mabasha tomó conciencia de su propia fuerza y de su control sobre la situación, recursos de los que no había dado muestras aquella nefasta noche que fue la última que pasó con Konovalenko.

Registró los bolsillos del policía, que, ante su sorpresa, no llevaba encima ningún arma. Victor Mabasha se reafirmó en su idea de que en verdad se encontraba en un país muy raro, en el que los policías salían a la calle desarmados. Acto seguido, le ató las manos delante del pecho y lo amordazó con cinta adhesiva. Un fino hilo de sangre brotaba de la comisura de los labios. Nunca resultaba fácil evitar las heridas totalmente. Al parecer, el hombre se había mordido la lengua.

Victor Mabasha había invertido las tres horas con que había contado aquella tarde, antes de llegar a la discoteca, en memorizar el camino que pensaba tomar, pues sabía hacia dónde quería ir y no deseaba arriesgarse a cometer ningún error.

Cuando se paró ante el primer semáforo en rojo y mientras esperaba la luz verde, sacó la cartera del hombre y comprobó que se llamaba Kurt Wallander y que tenía cuarenta y cuatro años.

Continuó al cambiar el semáforo sin dejar de controlar, vigilante el espejo retrovisor.

Después del segundo semáforo empezó a sospechar que los seguían. ¿Acaso el policía llevaba algún tipo de escolta? En tal caso, no tardaría en haber problemas. Salió a una carretera de varios carriles y aumentó la velocidad. De repente, ya no estaba tan seguro de que alguien les fuese a la zaga. Cabía la posibilidad de que el policía estuviera solo, sin escoltas.

El hombre del asiento de al lado lanzó un gemido y empezó a moverse. Victor Mabasha constató que lo había golpeado con la intensidad justa, como había planeado.

Giró a la altura del cementerio y se detuvo al amparo de la sombra que proyectaba una casa de color verde donde había una floristería. Ahora estaba cerrada y las luces apagadas. Apagó los faros del coche y contempló atento el flujo del tráfico hacia la salida, pero no vio ningún vehículo que frenase para tomar ese desvío.

Esperó diez minutos más, que no brindaron otra novedad que el lento despertar del policía.

—Ni una palabra —le advirtió Mabasha al tiempo que retiraba la cinta adhesiva que lo amordazaba.

«Se supone que un policía será capaz de comprender», se decía. «Él sabe cuándo un hombre va en serio».

Se preguntaba si también en este país colgaban a quienes tomaban a un policía como rehén.

Salió del coche, aguzó el oído y echó un vistazo a su alrededor. A excepción del rumor del tráfico, el silencio era absoluto. Abrió la puerta del acompañante y le hizo al hombre una seña para que saliese. Lo llevó

después hasta una de las verjas y ambos desaparecieron rápidamente en la oscuridad de las veredillas de grava.

Victor Mabasha lo condujo hasta la bóveda de la tumba cuya verja había forzado sin dificultad. Olía a cerrado y a moho en el pequeño recinto, pero a él no le daban miedo los cementerios ya que no era la primera vez que había encontrado refugio entre los muertos.

Había comprado una lámpara de gasóleo y otro saco de dormir.

El policía se negaba a seguirlo al interior del recinto abovedado, se resistía.

—No tengo intención de matarte —susurró tranquilizador—. Ni siquiera pretendo herirte. Pero tienes que entrar ahí.

Apremió al policía a que se metiera en uno de los sacos de dormir, encendió la lámpara y salió para comprobar que no se vislumbraba el resplandor. Aplicó de nuevo el oído, sometido a un entrenamiento tenaz durante años. Algo se había movido por los pequeños senderos. Los refuerzos del policía..., o un animal nocturno.

Decidió por fin que no había nada que temer. Regresó al escondite y se sentó en cuclillas frente al policía llamado Kurt Wallander, cuyo temor de hacía unos minutos se había transformado ahora en terror evidente, casi pánico.

—Si haces lo que te digo, no te ocurrirá nada. Pero has de contestar a mis preguntas, y habrás de hacerlo con sinceridad. He observado que diriges tu mirada pertinaz al vendaje de mi mano izquierda. Deduzco de ello que has encontrado mi dedo, el que me cortó Konovalenko. Antes que nada te diré que fue él quien mató a la mujer. Tú decides si creerme o no. También te confieso que vine a este país para quedarme por poco tiempo y que he tomado la decisión de matar a una persona; sólo una: Konovalenko. Sin embargo, necesito que me ayudes revelándome su paradero. En cuanto Konovalenko haya muerto, tú quedarás libre.

Victor Mabasha esperaba una respuesta, cuando recordó de repente un olvido.

—No habrá ningún coche siguiéndote, ¿verdad?

El hombre denegó con la cabeza.

—O sea que estás solo.

—Así es —repuso el policía con una mueca de dolor.

—No me quedó otro remedio que cerciorarme de que no opondrías resistencia —se excusó Victor Mabasha—. Pero no creo que te golpeará tan fuerte.

—No —admitió el inspector con un nuevo mohín.

Mabasha guardó silencio. En aquel preciso momento no tenía ninguna prisa. La quietud apaciguaría el desasosiego del policía.

Victor Mabasha comprendía su miedo, pues conocía bien el grado de indefensión que es capaz de sentir una persona presa del pavor.

—Konovalenko —susurró—. ¿Sabes dónde se encuentra?

—No lo sé —repuso Wallander.

Victor Mabasha lo observaba sin tregua y comprendió por el tono de su respuesta que decía la verdad, que sabía de su existencia pero que ignoraba su paradero. Con este contratiempo no había contado. Eso lo complicaría y retrasaría todo, aunque sin cambiar las cosas. Podrían buscar a Konovalenko los dos juntos.

Victor Mabasha le contó despacio todo lo ocurrido en relación con la muerte de la mujer, aunque sin decir una palabra del motivo real de su presencia en Suecia.

—Entonces, fue él quien hizo volar la casa por los aires —concluyó Wallander una vez que él hubo finalizado su relato.

—A partir de ahí, eres tú quien conoce la historia y quien debe contarme a mí lo sucedido.

El policía parecía ahora más tranquilo, aunque era obvio que le

desagradaba estar en un mausoleo lúgubre y húmedo, con todos aquellos ataúdes y sarcófagos de piedra amontonados a sus espaldas.

—¿Cómo te llamas?

—Puedes llamarme Goli —repuso Victor Mabasha.

—Eres de Sudáfrica, ¿verdad?

—Es posible, pero ese detalle carece de importancia.

—Para mí sí la tiene.

—Lo único que nos importa a ti y a mí es averiguar dónde está Konovalenko.

El policía captó la dureza del tono con que pronunció estas palabras y el temor empañó de nuevo su mirada.

En ese instante, Victor Mabasha quedó petrificado. Su actitud alerta no se había relajado ni un minuto durante la conversación con el policía. Su aguzado oído había percibido claramente un ruido procedente del exterior. Le hizo al inspector seña de que no se moviese. Echó después mano de la pistola y dejó la lámpara a medio gas.

Había alguien a la puerta del mausoleo, una persona, no un animal, pues los movimientos delataban una cautela consciente.

Se inclinó con rapidez hacia el policía y le atenazó la garganta con la mano.

—Por última vez, siseó. ¿Te seguía alguien?

—Nadie, te lo juro.

Victor Mabasha aflojó el puño. «Konovalenko», pensaba enfurecido. «No sé cómo lo haces, pero ahora entiendo por qué Jan Kleyn te quiere a su servicio en Sudáfrica».

Ya no podían permanecer en el mausoleo. Miró la lámpara: era su oportunidad de escapar.

—Cuando abra la puerta, arrójala hacia la izquierda —le dijo mientras le desataba las manos.

Después le dio la lámpara, con la llama a todo gas.

—Echa a correr hacia la derecha —susurró—. Agáchate y no te pongas a tiro.

Vio que el policía tenía intención de protestar, pero él alzó la mano para detenerlo y Wallander no pronunció palabra. Mabasha le quitó el seguro a la pistola y ambos se prepararon para salir.

—Contaré hasta tres —dijo Mabasha.

Dio un empujón a la puerta y el policía lanzó la lámpara hacia la izquierda. Al mismo tiempo, Victor Mabasha disparó. El agente lo seguía trastabillando, a punto de perder el equilibrio y caer.

En ese momento oyó disparos procedentes de dos armas distintas, como mínimo. Se echó a un lado y fue arrastrándose a buscar refugio detrás de una lápida. El policía gateó en otra dirección. La lámpara iluminaba el mausoleo. Victor notó movimiento en una esquina y disparó, pero la bala alcanzó la portezuela de hierro y desapareció silbando hacia el interior. Efectuó entonces otro disparo que rompió la lámpara en mil pedazos y los dejó sumidos en la oscuridad. Alguien huyó a la carrera por uno de los pequeños senderos y la calma volvió a reinar en el cementerio.

Kurt Wallander sentía cómo le bombeaba el corazón. Tenía la sensación de que le faltaba el aire y llegó a pensar que había sido alcanzado por un disparo. Sin embargo, no estaba herido, no tenía sangre más que en la lengua, que se había mordido al recibir el puñetazo de Mabasha. Se arrastró con cautela hacia una lápida bastante elevada y allí permaneció inmóvil. Le parecía que el corazón quería salirse del pecho. Victor Mabasha había desaparecido. Una vez que se hubo asegurado de que estaba solo, echó a correr. Recorrió veloz y a trompicones los senderos entre las lápidas, en dirección a las luces de la autovía y al rumor del flujo de un tráfico cada vez más escaso a aquellas horas. Corrió

hasta pasar la verja que rodeaba el cementerio. Se detuvo en una parada de autobús donde logró dar el alto a un taxi que venía vacío del aeropuerto de Arlanda.

—Al hotel Central —pidió con voz quejumbrosa.

El taxista lo miró suspicaz.

—No estoy seguro de querer llevarte a ninguna parte —declaró—. Me vas a poner el coche perdido.

—¡Soy policía! —rugió Wallander—. ¡Arranca de una vez!

El taxista obedeció. Ya en la puerta del hotel pagó el taxi, sin esperar el cambio ni el recibo y fue a recoger su llave en recepción. El recepcionista miró su aspecto lleno de asombro. Era más de medianoche cuando cerró la puerta y se dejó caer sobre la cama.

Una vez que hubo recuperado la calma, llamó a su hija Linda.

—¡Vaya horas de llamar!

—He estado liado hasta ahora —se excusó él—. Me fue imposible llamarte antes.

—Te noto raro. ¿Ha ocurrido algo?

A Wallander se le hizo un nudo en la garganta y estuvo a punto de echarse a llorar, pero logró dominarse.

—No, no me pasa nada.

—¿Seguro?

—Seguro, ¿qué iba a pasarme?

—Tú sabrás.

—¿No recuerdas cuando vivías conmigo, que siempre trabajaba a horas intempestivas?

—Pues sí, debo de haberlo olvidado.

Se decidió de repente.

—Voy a ir a tu casa. No me preguntes por qué. Ya te lo explicaré.

Abandonó el hotel y tomó un taxi hacia Bromma, donde vivía Linda. Se sentaron a la mesa de la cocina y le contó lo ocurrido mientras se tomaban una cerveza.

—Dicen que es positivo que los hijos tengan nociones acerca del trabajo de sus padres —concluyó ella—. ¿No pasaste miedo?

—Por supuesto que sí. Esta gente no tiene el menor respeto por la vida humana.

—¿Por qué no mandas a la policía tras ellos de inmediato?

—Yo soy policía; además, necesito pensar antes de hacerlo.

—¿Y si entretanto se dedican a matar a más personas?

—La verdad es que tienes razón. Iré a la Jefatura de Kungsholmen. Pero necesitaba hablar contigo antes.

—Me ha gustado mucho que vinieras.

Linda lo acompañó hasta la entrada.

—¿Por qué preguntaste ayer si estaba en casa? —quiso saber de repente, cuando Wallander estaba a punto de irse—. ¿Por qué no me has dicho que viniste y que preguntaste por mí?

Él la miró sin comprender.

—No sé de qué me hablas.

—Me encontré con la señora Nilson, la vecina de al lado, al volver a casa ayer noche. Me dijo que habías estado aquí y que habías preguntado por mí. Pero tú tienes una copia de la llave, ¿no?

—Yo no he hablado nunca con ninguna señora Nilson.

—Entonces es que no la entendí bien.

A Wallander se le heló la sangre de pronto.

¿Qué le había dicho su hija, en realidad?

—A ver si he comprendido. Llegaste a casa y te encontraste con la señora Nilson, y ella te dijo que yo había estado aquí, ¿es así?

—Sí, eso creo.

—Repite exactamente sus palabras.

—«Tu padre ha estado preguntando por ti.» Nada más.

Wallander sintió que lo invadía el miedo.

—Yo no sé quién es la señora Nilson. No la he visto en mi vida.

¿Cómo puede saber cómo soy ni si era yo en realidad?

Ella empezó a comprender.

—¿Quieres decir que fue otra persona? Pero ¿quién? ¿Por qué?

¿Quién sería capaz de hacerse pasar por ti?

Wallander la miró vehemente. Apagó la luz y se acercó con sigilo a una de las ventanas del comedor.

Comprobó que la calle estaba desierta y regresó a la entrada.

—Ignoro quién pudo ser, pero mañana te vendrás conmigo a Ystad.

Por ahora, no quiero que te quedes aquí sola.

Ella comprendió que tenía razón.

—Claro —dijo simplemente—. ¿Debo estar asustada esta noche?

—No tienes que estar asustada en absoluto —repuso él—. No vas a estar sola en este apartamento ni una sola noche.

—No me digas más —le rogó—. Quiero saber lo menos posible, por el momento.

Después le preparó un colchón; pero Wallander no dormía, sino que escuchaba la respiración de su hija.

«Konovalenko», pensó.

Cuando estuvo seguro de que Linda dormía, se levantó y se acercó a la ventana.

La calle seguía tan desierta como antes.

Wallander llamó a un contestador automático que lo informó de que

salía un tren para Malmö a las siete y tres minutos, así que se marcharon del apartamento de Bromma a las seis.

Su sueño de aquella noche había sido inquieto y poco reparador, un duermevela del que despertaba sobresaltado de vez en cuando. De ahí que hubiese elegido el viaje en tren, pues el avión lo habría llevado a Ystad demasiado rápido, y necesitaba descansar y reflexionar.

A las afueras de Mjöby estuvieron parados casi una hora a causa de una avería en los motores, pero Wallander agradeció el retraso. Alternaban la charla distraída con la lectura y la reflexión.

«Catorce días», pensó mientras observaba un tractor que araba un campo en apariencia infinito. Intentó contar el número de gaviotas que sobrevolaban el surco, sin conseguirlo. «Catorce días han pasado desde que Louise Åkerblom desapareció. Su imagen estará ya desdibujada en la conciencia de las dos niñas.» Se preguntaba si Robert Åkerblom seguiría aferrándose a su dios. ¿Qué respuestas podría darle el pastor Tureson?

Miró a su hija, que dormía con la mejilla contra la ventana. ¿Cómo sería su más íntimo temor? ¿Habría algún lugar en el que sus pensamientos más indefensos y solitarios se encontraran sin que ellos mismos lo supieran?

«No conocemos a nadie y menos aún a nosotros mismos. ¿Acaso Robert Åkerblom llegó a conocer a su mujer?»

El tractor se perdió en una hondonada. Wallander se imaginó que se hundía en un mar de fango sin fondo.

De repente, el tren echó a andar. Linda se despertó y lo miró.

—¿Hemos llegado? —preguntó somnolienta—. ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Un cuarto de hora más o menos —respondió él con una sonrisa—. Aún no hemos llegado a Nässjö.

—Me apetece un café —dijo ella con un bostezo—. ¿A ti no?

Permanecieron en el vagón-restaurant hasta llegar a Hässleholm. Entonces le contó, por primera vez, la verdadera historia de los dos viajes que había realizado a Riga el año anterior. Ella lo escuchaba fascinada.

—Parece increíble que tú hayas estado involucrado en semejante aventura —confesó cuando él hubo terminado su relato.

—Yo tengo la misma sensación —admitió Wallander.

—Podrían haberte matado. ¿No pensabas en mí y en mamá?

—En ti sí que pensaba pero, la verdad, no pensé ni una sola vez en tu madre.

Una vez en Malmö, sólo tuvieron que esperar media hora hasta que el tren hacia Ystad estuvo listo para salir. Poco antes de las cuatro llegaban al apartamento. Le preparó a su hija una cama en la habitación de invitados y, al ir a buscar sábanas limpias, se acordó de que había olvidado por completo la hora reservada para la lavandería de la comunidad. Hacia las siete de la tarde se fueron a cenar a una de las pizzerías de la calle de Hamngatan. Los dos estaban cansados y volvieron a casa antes de las nueve.

Linda llamó a su abuelo mientras Wallander escuchaba a su lado. Ella le prometió visitarlo al día siguiente.

Él se sorprendió de lo distinto que sonaba su padre cuando hablaba con la nieta.

Se le ocurrió que debería llamar a Lovén pero desistió, pues no sabía cómo explicarle el que no se hubiese puesto en contacto con la policía inmediatamente después de lo ocurrido en el cementerio. Él mismo no lo comprendía. Aquello constituía una falta clara en el desempeño de sus funciones como policía. ¿No habría empezado a perder el control sobre su capacidad de decisión, o había sido el miedo tan intenso como para paralizar su voluntad?

Cuando Linda se hubo dormido, Wallander permaneció un buen rato

de pie junto a la ventana mirando hacia la calle desierta.

A su mente acudía ya la imagen de Victor Mabasha, ya la de aquel hombre llamado Konovalenko.

Al mismo tiempo que Wallander miraba por su ventana en Ystad, Vladimir Rykoff constataba que la policía seguía interesándose por su apartamento. Rykoff se encontraba en otro apartamento dos pisos más arriba, en el mismo edificio. Había sido idea de Konovalenko, quien, en una ocasión, había propuesto que se buscasen un refugio alternativo en previsión de la eventualidad de que, por alguna razón, resultase imperativo o simplemente recomendable abandonar el habitual. Asimismo, fue él quien les aclaró que el escondite más seguro no tiene por qué ser el más alejado, sino que era más inteligente optar por lo inesperado. De ahí que Rykoff hubiese alquilado, en nombre de Tania, un apartamento idéntico al primero, pero dos plantas más arriba, lo cual comportaba, además, la ventaja de que el traslado de la ropa y otras pertenencias necesarias resultase mucho más fácil.

El día anterior, Konovalenko les había ordenado a Vladimir y Tania que vaciasen el apartamento. Además, los interrogó acerca del policía y comprendió que era muy bueno y que no era conveniente subestimarlos. Tampoco podían pasar por alto el hecho de que la policía decidiese inspeccionar a fondo la vivienda. Lo que más temía Konovalenko, no obstante, era que sometieran a Tania y a Vladimir a nuevos y más exhaustivos interrogatorios, pues no estaba seguro de que no empezasen a dudar sobre lo que podían revelar a la policía y lo que ésta debía seguir desconociendo.

Konovalenko sopesó además la conveniencia de pegarles un tiro, pero no lo estimó necesario. De hecho, necesitaba aún los servicios de

Vladimir y, por si fuera poco, la policía se pondría más nerviosa, si cabe, con otros dos cadáveres.

Se mudaron al otro apartamento la misma noche. Konovalenko le había dado a Vladimir y a Tania órdenes estrictas de mantenerse dentro de la vivienda durante los próximos días.

Una de las primeras cosas que había aprendido como joven oficial del KGB era que existían ciertos pecados mortales en el mundo tenebroso de los servicios de inteligencia. Estar al servicio de lo secreto conllevaba ser partícipe de una hermandad cuyas reglas de oro estaban escritas con tinta invisible. El pecado mortal de mayor gravedad era por supuesto, la doble traición, engañar a la propia organización para prestar un servicio a un poder extranjero. En el mítico infierno de que los servicios de inteligencia se dotaban a sí mismos, eran precisamente los topos los que se hallaban más próximos al fuego del averno.

Había, además, otros pecados capitales, como el de llegar tarde; y no sólo a una cita, a vaciar un buzón secreto, a un secuestro o simplemente al aeropuerto, sino que se consideraban negligencia de la misma magnitud los retrasos con respecto a uno mismo, a los propios planes, a las propias determinaciones.

A pesar de todo, eso fue lo que le ocurrió a Konovalenko en la mañana del 7 de mayo. Su fallo consistió en depositar toda su confianza en el BMW. En sus primeros años de oficial del KGB, sus superiores le recomendaron que planificase siempre la hora de salida de un viaje a partir de dos situaciones probables. Si uno de los vehículos fallaba, debería contar con el tiempo suficiente como para recurrir a una alternativa preparada desde el principio. Sin embargo, aquel viernes por la mañana, cuando su BMW se detuvo de forma inesperada a la altura del puente de Sankt Eriksbron, sin que resultase posible ponerlo en marcha de nuevo, Konovalenko se encontró sin recursos. Por supuesto que podía

tomar un taxi o incluso el metro. Puesto que tampoco sabía a qué hora tenían pensado abandonar el apartamento el policía y su hija, ni siquiera era seguro que llegase tarde. Pese a todo, se sentía responsable del retraso, como si hubiese sido culpa suya por no haberlo previsto, en lugar de un fallo del coche. Estuvo intentando arrancarlo durante casi veinte minutos, como empeñado en una reanimación. Pero el coche no respondió.

Finalmente se dio por vencido y logró tomar un taxi. Tenía pensado llegar al edificio rojo de ladrillo visto a las siete, como muy tarde; pero, dadas las circunstancias, le fue imposible llegar antes de las ocho menos cuarto.

No le había resultado muy difícil averiguar que Wallander tenía una hija que vivía en Bromma. Había llamado a la policía de Ystad haciéndose pasar por compañero, y allí lo informaron de que el inspector se alojaba en Estocolmo en el hotel Central. Se dirigió entonces al hotel y, bajo pretexto de contratar la reserva de habitaciones para un nutrido número de turistas que visitarían la ciudad dentro de unos meses, estuvo discutiendo los detalles con el encargado. En un momento en que éste buscaba las tarifas en una carpeta, leyó a hurtadillas un mensaje dirigido a Wallander en el que figuraban el nombre de Linda y un número de teléfono, que memorizó de inmediato. Tras abandonar el hotel, buscó, con ayuda del número de teléfono, la dirección de Bromma. En las escaleras del edificio mantuvo una inocente conversación con una señora que le aclaró la situación.

Aquella mañana, pues, estuvo esperando en la calle hasta las ocho y media. En ese momento, una señora de edad salió por el portal. Él la saludó y ella reconoció enseguida al amable señor con el que había estado conversando días antes.

—Salieron de viaje esta mañana temprano —respondió ella a la

pregunta de Konovalenko.

—¿Los dos?

—Eso es, los dos.

—¿Sabe si tenían pensado estar fuera mucho tiempo?

—No lo sé. Ella prometió que me llamaría.

—Supongo que le diría adonde pensaban ir.

—De vacaciones al extranjero, aunque no consigo recordar a qué país exactamente.

Konovalenko veía los esfuerzos de la mujer por hacer memoria y esperó pacientemente.

—A Francia, me parece que dijo. Pero no estoy segura del todo.

Le dio las gracias a la señora y se marchó. Enviaría a Rykoff a revisar el apartamento. Puesto que no tenía prisa y necesitaba reflexionar, se dirigió a pie hasta Brommaplan, donde podría encontrar algún taxi. El BMW había prestado un buen servicio, pero ahora Rykoff tendría que agenciarle otro coche aquel mismo día.

Ni por un momento consideró como real la posibilidad de que se hubiesen marchado al extranjero. El policía era una persona lúcida y calculadora. Con toda probabilidad, se habría enterado de que alguien había estado haciéndole preguntas a la señora y se había figurado que ese alguien volvería con otras nuevas, así que había decidido ponerlo tras una pista que señalaba en una dirección equivocada, hacia Francia.

«¿Adónde habrán ido?», se preguntaba Konovalenko. «Lo más probable es que haya regresado a Ystad con su hija, aunque también puede haber elegido cualquier otro escondite imposible de descubrir para mí. Una retirada pasajera. Bien, le daré algo de ventaja, que podré recuperar más tarde».

Finalmente concluyó que el policía de Ystad estaba preocupado. De no ser así, no se habría llevado consigo a su hija. En su rostro se dibujó

una media sonrisa fugaz ante la idea de que ambos, tanto él mismo como el insignificante policía del sur de Suecia, pensaban de forma muy similar. Recordó las palabras de un coronel del KGB a los reclutas el día que acababan de comenzar su largo periodo de entrenamiento: ni la formación académica ni un árbol genealógico de abolengo ni siquiera una dosis considerable de inteligencia constituían garantía alguna para convertirse en un buen jugador de ajedrez.

Lo más importante ahora era dar con Victor Mabasha, matarlo y poner punto final a la operación que había fracasado tanto en la discoteca como en el cementerio.

Con una vaga sensación de inquietud, recordó lo ocurrido la noche anterior. Poco antes de medianoche, llamó a Sudáfrica, al número especial para las situaciones críticas, para hablar con Jan Kleyn. Había preparado la conversación cuidadosamente. No había ya ninguna razón de peso que justificase que Victor Mabasha continuase con vida. Por lo tanto, había tenido que mentir, diciéndole a Kleyn que había muerto el día anterior. Le contó que había instalado una granada de mano en el depósito de gasolina de su coche. Cuando la cinta de goma que sujetaba el seguro de la granada se deshizo por la acción de la gasolina, el coche explotó. Victor Mabasha había muerto en el acto.

Pese a todo, Konovalenko creyó percibir cierto descontento en Jan Kleyn, un conflicto de confianza entre él mismo y los servicios de inteligencia sudafricanos que no se podía permitir, pues podría poner en juego todo su futuro.

Konovalenko aceleró. Ya no tenía tiempo que perder. Había que localizar y matar a Victor Mabasha en el transcurso de los próximos días.

El extraño atardecer se abatía lento sobre la ciudad, pero Mabasha

apenas si lo notó. De vez en cuando pensaba en el hombre al que debía matar. Jan Kleyn lo comprendería y le permitiría conservar su misión. Algún día podría ver al presidente sudafricano a través de la mirilla de su arma. No dudaría ni un instante, llevaría a cabo la misión que aceptó en su momento.

Se preguntaba si el presidente era consciente de su muerte inminente. Tal vez los blancos también contasen con su propia *songoma*, y ésta les hablara en sueños.

Decidió que así tenía que ser pues, ¿cómo podría una persona vivir sin tener contacto con el mundo de los espíritus, que gobernaba la vida, a los vivos y a los muertos?

En cualquier caso, en esta ocasión los espíritus se habían mostrado benevolentes con él, ya que le habían indicado cómo actuar.

El inspector Wallander se despertó poco después de la seis de la mañana. Por primera vez desde el inicio de las pesquisas tras la pista del asesino de Louise Åkerblom, el sueño había sido verdaderamente reparador. A través de la puerta entreabierta oía los ronquidos de su hija. Se levantó y se detuvo a contemplarla. De pronto, lo inundó una felicidad intensa al pensar que el sentido de la vida no era otra cosa que ocuparse de los propios hijos. Nada más. Fue al cuarto de baño y estuvo un buen rato bajo la ducha hasta que tomó la determinación de pedir cita para el médico de la Policía, pues algún tipo de ayuda médica debían de poder prestarle a un policía que estaba decidido a perder peso y mejorar su condición física.

Todas las mañanas le venía a la mente aquella ocasión, el año anterior, en que despertó a medianoche cubierto de un sudor frío y creyó que había sufrido un ataque cardíaco. El médico que lo reconoció afirmó

que aquello era un aviso de que había algo en su vida que no iba nada bien. Un año después constataba que no había hecho el menor esfuerzo por cambiar lo más mínimo su estilo de vida. Por si fuera poco, su exceso de peso se había agravado en unos tres kilos, como mínimo.

Se tomó un café sentado a la mesa de la cocina. La niebla se extendía sobre Ystad como una pesada capa blanquecina, pero pronto llegaría de verdad la primavera y pensó que hablaría con Björk acerca de las vacaciones aquel mismo lunes.

A las siete menos cuarto abandonó el apartamento, tras haber dejado una nota con su número directo sobre la mesa.

Una vez en la calle, se vio de repente envuelto por una niebla tan espesa que apenas podía distinguir su propio coche, aparcado a unos metros del edificio. Se le ocurrió que tal vez debería dejarlo allí e ir paseando al trabajo.

De repente, adivinó un movimiento al otro lado de la calle, como si la farola se hubiese balanceado.

Después descubrió que se trataba de una persona, alguien tan arropado por la niebla como él mismo.

Enseguida se dio cuenta de quién se trataba: Goli había regresado a Ystad.

Jan Kleyn tenía una debilidad, un secreto que guardaba con mucho celo.

Dicha debilidad respondía al nombre de Miranda y era negra como la sombra del cuervo.

Esta flaqueza de Kleyn constituía un contrapunto decisivo en su vida. Para todos cuantos lo conocían, esto habría sido impensable; sus colegas del servicio de inteligencia habrían rechazado de plano cualquier rumor acerca de su existencia como un despropósito infundado, Jan Kleyn era, en efecto, una de esas raras estrellas a las que se consideraba del todo inmaculadas.

Sin embargo, había una mancha llamada Miranda.

Tenían la misma edad y se conocían desde la niñez. La madre de Miranda, Matilda, había servido en casa de los padres de Kleyn, aquella villa enorme situada sobre una colina a las afueras de Bloemfontein, a escasos kilómetros de la cual vivía Miranda, en una chabola como tantas otras de las que constituían el hogar de los africanos. Todas las mañanas, bien temprano, se arrastraba Matilda por la trabajosa pendiente hasta llegar a la blanca residencia en la que iniciaba su jornada de trabajo sirviéndole el desayuno a la familia. La infame cuesta era como una penitencia por el delito cometido al nacer negra. Jan Kleyn disponía, al igual que el resto de sus hermanos, de un sirviente cuya única misión consistía en cuidar de los niños, aunque él había sentido siempre especial

inclinación por Matilda. Un día, a la edad de once años, empezó a preguntarse de dónde vendría su sirvienta favorita cada mañana, hacia dónde se dirigía al finalizar la jornada. Con la inclinación por las cosas prohibidas propia de la edad, pues su padre no le permitía abandonar el jardín vallado sin compañía, la siguió en secreto. Aquella fue la primera vez que tuvo oportunidad de ver de cerca el conglomerado de barracones de latón en que vivían las familias africanas. Naturalmente, conocía el hecho de que la existencia de los negros discurría bajo circunstancias muy distintas a las suyas: había oído sin cesar de boca de sus padres que era un imperativo natural que los blancos y los negros viviesen de modo diferente. Los blancos como Jan Kleyn, eran personas. Los negros, por su parte, no habían logrado llegar a convertirse en tales. Algún día, en un futuro muy lejano, quizá consiguieran alcanzar el nivel de los blancos. Entonces, su piel se volvería más clara y su entendimiento más capaz, todo ello como resultado de las pacientes enseñanzas de los blancos. A pesar de todo, jamás había imaginado que sus hogares fueran tan ruines como los que tenía ante sus ojos.

Hubo, además, otro detalle que le llamó la atención. Al encuentro de Matilda salió una niña de edad similar a la suya, una niña delgada de piernas largas, y supuso que sería hija de Matilda. Nunca se le había ocurrido pensar con anterioridad en la posibilidad de que ella tuviera sus propios hijos pero, en aquella ocasión, comprendió que tenía una familia y una vida aparte del trabajo en la residencia de los Kleyn. Fue aquél un descubrimiento que le causó profundo malestar e irritación. Sentía como si Matilda lo hubiese engañado, pues él había creído en todo momento que ella no existía sino para él.

Matilda murió dos años después. Miranda no reveló nunca la causa real de su muerte. Adujo, simplemente, que algo había ido corroyéndola por dentro, hasta que la vida la abandonó. Con su desaparición, la familia

se dispersó. El padre de Miranda se llevó consigo a dos hijos y a una hija a su lejano pueblo natal, situado en la yerma región fronteriza con Lesotho. Era su intención que Miranda se quedase con una de las hermanas de Matilda. Sin embargo, la madre de Jan Kleyn, en un acceso de inesperada consideración, se propuso hacerse cargo de la hija de su fallecida sirvienta. Así, decidió que viviría con el jardinero, que tenía su caseta en un rincón apartado del espacioso jardín. Le enseñarían a Miranda a realizar las mismas tareas que su madre, de modo que el espíritu de ésta siguiese estando presente en la blanca residencia. La madre de Jan Kleyn no era partidaria de lo no bóer. La preservación de las tradiciones constituía una especie de garantía de la conservación de la familia y de la sociedad afrikáner. El tener en el servicio a la misma familia, generación tras generación, contribuía a fortalecer la sensación de inamovilidad y estabilidad.

Jan Kleyn y Miranda continuaron creciendo el uno cerca del otro, sin que la distancia hubiese disminuido lo más mínimo. Miranda era, a todas luces, muy hermosa. No obstante, la belleza negra era algo que, en realidad, no existía, además de formar parte del elenco de prohibiciones en que había sido educado. A escondidas, oía contar a otros niños de su edad cómo los boere blancos viajaban al vecino Mozambique, la colonia portuguesa, durante el fin de semana, para poder irse a la cama con una mujer negra. Pero esas historias no hacían más que confirmar esa verdad que le habían enseñado a no cuestionar. De ahí que continuase observando a Miranda, sin querer verla realmente, cada vez que ésta les servía el desayuno en la terraza. Pero Miranda empezó a aparecer en sus sueños, unos sueños intensos y violentos cuyo recuerdo lo indignaba al día siguiente. En ellos, la realidad era muy distinta, pues no sólo captaba la belleza de Miranda sino que la afirmaba como tal. En sus sueños podía, además, permitirse amarla mientras las muchachas de las familias bóer

con las que se veía en la vida real palidecían ante la hija de Matilda.

Su primer encuentro tuvo lugar cuando ambos contaban diecinueve años. Fue un domingo en que toda la familia, menos Jan, acudió a una cena familiar en Kimberley. Él no pudo acompañarlos, pues aún se hallaba débil y convaleciente tras un prolongado ataque de malaria. Estaba sentado en la terraza. Miranda era la única sirvienta que había en la casa. De repente, se levantó y se dirigió a la cocina, donde ella se encontraba. Mucho tiempo después seguía pensando que, desde aquel día, nunca la había abandonado. Se le antojaba que se había quedado en aquella cocina, que ella había tomado el poder y que él no sería capaz de recuperarlo del todo jamás.

Dos años más tarde, ella quedó embarazada.

Por aquel entonces, él estudiaba en la Universidad de Rand, en Johannesburgo. El amor que sentía por Miranda era su gran pasión y, al mismo tiempo, fuente de un pánico indecible. Comprendía que aquel sentimiento lo había convertido en un traidor a su propio pueblo y sus tradiciones. No fueron pocas las ocasiones en que intentó interrumpir cualquier contacto con ella, obligarse a abandonar aquel amor prohibido, pero fue en vano. Se veían en secreto, durante horas en que imperaba el temor a que alguien llegase a descubrirlos. Cuando ella le reveló que estaba esperando un hijo, su primera reacción fue golpearla. Pero comprendió de inmediato que nunca podría vivir sin ella, aunque tampoco fuese posible vivir con ella abiertamente. Miranda dejó el trabajo en la villa blanca y él le buscó un lugar en Johannesburgo. Gracias a la ayuda que sus amigos ingleses le prestaron, los cuales tenían otra visión de las relaciones con mujeres negras, compró una casa modesta en Bezuidenhout Park, en la zona este de la capital. En ella le permitió habitar como sirvienta de un inglés que vivía casi todo el año en su granja de Rodesia del Sur. Allí podían verse y allí, en Bezuidenhout Park, nació

la hija de ambos, a la que, sin necesidad de discutirlo siquiera, llamaron Matilda. Siguieron viéndose, no tuvieron más hijos y Jan Kleyn no se casó nunca con una mujer blanca, llevando con ello la amargura y el desconsuelo al corazón de sus padres. Un bóer que no formaba una familia numerosa era un disidente, alguien que no observaba las normas impuestas por la tradición afrikáner. Jan Kleyn se convirtió en un misterio para sus padres, pero él sabía que nunca podría explicarles que amaba a Miranda, la hija de la sirvienta Matilda.

Aquella mañana del sábado 9 de mayo, Jan Kleyn meditaba acerca de todos estos recuerdos tumbado en la cama. Esa tarde iría a visitar la casa de Bezuidenhout Park. Era una costumbre sagrada para él y de la que sólo podía apartarlo algo relacionado con su trabajo en el servicio de inteligencia. Precisamente aquella mañana sabía que su visita sufriría un retraso considerable, a causa de una cita de capital importancia que tenía concertada con Franz Malan y que era imposible posponer.

Se levantó temprano, como de costumbre. Siempre se acostaba tarde y se levantaba temprano, pues había aprendido a subsistir con pocas horas de sueño. Sin embargo, aquella mañana se permitió quedarse en la cama remoloneando. Procedentes de la cocina, se oían los ruidos de su sirviente Moses, que le estaba preparando el desayuno.

Pensaba en la conversación telefónica que había mantenido la noche antes, poco después de medianoche. Konovalenko le había anunciado, por fin, la noticia que esperaba. Victor Mabasha estaba muerto, lo que no sólo significaba que tenían un problema menos del que preocuparse, sino que además disipaba las dudas que había estado albergando durante los últimos días acerca de la capacidad de Konovalenko.

A las diez de la mañana se encontraría con Franz Malan en Hammanskraal. Había llegado el momento de decidir dónde y cuándo se llevaría a cabo el atentado. El sustituto de Mabasha ya había sido elegido.

Jan Kleyn no se planteaba siquiera el haber acertado también en esta ocasión al elegir a Sikosi Tsiki. Él sabría llevar a cabo lo que se le exigía. Tampoco consideraba la elección inicial de Victor Mabasha como un fallo. Sabía que en todo ser humano hay debilidades ocultas, hasta en los más intransigentes. De ahí que hubiese decidido que Konovalenko lo pusiese a prueba. Konovalenko había pesado a Mabasha en su balanza, y éste había resultado ser demasiado ligero. Sikosi Tsiki se vería sometido a la misma prueba. Jan Kleyn no podía creer que dos personas, una tras otra, pecaran del mismo grado de flaqueza.

Poco después de las ocho y media, abandonó su casa y se puso en marcha hacia Hammanskraal. El humo se extendía como plomo sobre el barrio de chabolas africano levantado junto a la autovía. Intentó imaginarse que Miranda y Matilda se hubiesen visto obligadas a vivir allí, entre latones y perros callejeros y con la mirada siempre empañada por los efluvios irritantes del carbón vegetal. Miranda había tenido suerte al librarse del infierno de las chabolas. Su hija, Matilda, había heredado esta suerte. Gracias a la intervención de Jan Kleyn, a sus concesiones al amor prohibido, no habían tenido que compartir la penosa y desesperanzada existencia de sus hermanas y hermanos negros.

Pensaba que su hija había heredado la hermosura de su madre, aunque existía una diferencia que presagiaba otro futuro. En efecto, Matilda tenía la piel más clara que ella. En el caso de que, algún día, llegase a tener hijos con un hombre blanco, el proceso seguiría su curso. En el futuro, más allá de su propia vida, los sucesores de Jan Kleyn tendrían hijos cuyo aspecto jamás revelaría que, en el pasado, había existido en la familia sangre negra.

A Jan Kleyn le gustaba conducir y pensar en el futuro. Nunca supo comprender a quienes afirmaban que el porvenir era imposible de predecir. Para él, el futuro se fraguaba exactamente en aquel momento.

Franz Malan lo aguardaba en el porche de Hammanskraal. Se saludaron con un apretón de manos y se dirigieron sin más dilación a la consabida mesa del mantel verde.

—Victor Mabasha está muerto —anunció Kleyne una vez que hubo tomado asiento.

En el rostro de Malan se dibujó una amplia sonrisa.

—Sí, ya empezaba a inquietarme.

—Konovalenko acabó con él ayer. Los suecos se han caracterizado siempre por fabricar granadas de mano de calidad excelente.

—Aquí solemos usarlas —admitió Malan—. Aunque no resulte fácil conseguirlas, nuestros intermediarios suelen arreglárselas bastante bien para resolver los problemas.

—En realidad, eso es lo único que tenemos que agradecer a nuestros vecinos de Rodesia —ironizó Kleyne, al tiempo que, de forma fugaz, rememoraba lo que decían que había ocurrido en Rodesia del Sur hacía ya casi treinta años. Como parte de su formación en la prestaciones debidas al servicio de inteligencia, oyó contar a un oficial de qué modo habían conseguido los blancos de Rodesia del Sur burlar las sanciones a que pretendía someterlos el entorno mundial. Aquella anécdota le enseñó que los políticos siempre tienen las manos sucias. Quienes participan en el juego para hacerse con el poder crean unas reglas que luego incumplen, según el desarrollo del propio juego. Así, pese a las sanciones a las que se adhirieron todos los países del mundo salvo Portugal, Taiwán, Israel y Sudáfrica, Rodesia del Sur nunca padeció carencia alguna de los productos que necesitaba importar, como tampoco su balanza de exportaciones sufrió ningún revés digno de mención. Por supuesto que a esta situación contribuyó sin duda el hecho de que tanto políticos americanos como soviéticos se hubiesen presentado en Salisbury para ofrecer sus servicios. Los americanos eran en su mayoría senadores del

sur, que consideraban importante prestar su apoyo a la mayoría blanca del país. A través de sus contactos, los comerciantes griegos e italianos articularon rápidamente una serie de compañías aéreas y una red de intermediarios que, de forma solapada, se harían cargo de que las sanciones fuesen quedando abolidas. Por su parte, los políticos rusos se aseguraron, como retribución por acciones de índole similar, el acceso a algunos de los metales de Rodesia que necesitaban para su industria. Muy pronto no quedaría más que un pálido reflejo del supuesto aislamiento, aunque los políticos de todo el mundo continuaron ocupando sus escaños de oradores desde los que reiteraban su rechazo del régimen racista de los blancos y las excelencias de las sanciones.

Años más tarde, Jan Kleyn constató que la Sudáfrica blanca también tenía muchos amigos a lo largo y ancho del planeta, si bien el apoyo que recibía resultaba menos llamativo que el que se dispensaba a los negros. No obstante, él no dudó nunca de que lo que sucedía en el silencio y discreción más absolutos era, como mínimo, tan valioso como el apoyo que se voceaba por calles y plazas. Estaba produciéndose una lucha a vida o muerte, en la que todos los medios habían empezado a ser aceptables.

—¿Y el sustituto? —inquirió Franz Malan.

—Sikosi Tsiki —repuso Kleyn—. Era el número dos de mi lista. Tiene veintiocho años y nació en un barrio de East London. Ha conseguido llevar a cabo la hazaña de ser expulsado tanto del Congreso Nacional Africano como del movimiento Inkatha por falta de lealtad y por hurtos, en ambos casos. El odio que hoy siente por las dos organizaciones podría calificarse de fanático.

—Un fanático... —replicó Franz Malan—. Suelen caracterizarse por un elemento incontrolable. Aunque sus actos se vean presididos por una temeridad escalofriante, no siempre saben atenerse a los planes establecidos.

A Jan Kleyn lo irritaba el tono aleccionador de Malan, pero consiguió ocultarlo al responder.

—Yo lo califico de fanático, sin que eso signifique que él viva como tal. Su sangre fría muy bien puede compararse con la tuya o con la mía.

Franz Malan se contentó con la respuesta pues, como de costumbre, no tenía ningún motivo para desconfiar de las palabras de Kleyn.

—Ya he hablado con el resto de los miembros del Comité —continuó Kleyn—. Pedí que se sometiese a votación ya que, después de todo, íbamos a elegir a un sustituto. Nadie se mostró en desacuerdo.

Franz Malan se imaginaba a los miembros del Comité, sentados en torno a la mesa ovalada de madera de avellano, alzando la mano uno tras otro. Jamás se producían sufragios anónimos, como garantía de confianza mutua, dado que, excepción hecha de su deseo de defender los derechos de los bóers, y en general de todos los blancos de Sudáfrica, a cualquier precio, los miembros del Comité tenían poco o nada en común. El dirigente fascista, Terrace Blanche, soportaba el mal disimulado desprecio de muchos de los restantes miembros del grupo, por más que su presencia fuese necesaria. El representante de la familia De Beers, los magnates de las minas de diamantes, un señor de edad a quien nadie vio reír jamás, inspiraba ese dudoso respeto que suele provocar la riqueza. El juez Pelser, el representante de la Hermandad, era célebre por su crueldad aunque su influencia era tal que rara vez se le oponía nadie. Finalmente, el general Stroesser, del alto mando de las Fuerzas Aéreas, era un hombre al que le costaba relacionarse con mineros y funcionarios civiles.

Todos ellos habían dejado clara su conformidad a la hora de confiar la misión a Sikosi Tsiki. Es decir, que Jan Kleyn y él debían continuar adelante con el plan.

—Tsiki saldrá de viaje dentro de tres días —prosiguió Kleyn—. Konovalenko está al tanto y preparado para recibirlo. Volará vía

Amsterdam, con pasaporte zambiano, hasta Copenhague, donde lo recogerá un barco que lo llevará a Suecia.

Franz Malan asintió. Ahora era su turno, así que sacó de su maletín una serie de fotografías en blanco y negro, que él mismo había tomado y revelado en el estudio que tenía en su domicilio, y un mapa que había copiado en su despacho sin que nadie se diese cuenta.

—El viernes 12 de junio —empezó—. La policía local calcula la presencia de cuarenta mil asistentes, por lo menos. Todo parece indicar que es una buena ocasión para llevar a cabo nuestro plan. En primer lugar, existe una pequeña colina, Signal Hill, justo al sur del estadio. La distancia desde allí hasta el lugar en que está prevista la instalación de la tribuna de oradores es de setecientos metros. La colina no está urbanizada, aunque se puede acceder a ella desde el sur por carretera, con lo que Sikosi Tsiki no tendrá ningún problema ni para llegar ni para marcharse una vez cumplida su misión. En caso necesario, también puede esconderse allá arriba y bajar luego la colina antes de mezclarse con la muchedumbre negra y perderse en el caos que sin duda se originará entre el público.

Jan Kleyn estudiaba las fotografías mientras esperaba que Malan continuara.

—Otro argumento favorable puede ser —prosiguió Malan— el hecho de que el atentado se produciría en el corazón de lo que podemos llamar la zona inglesa del país. Los africanos suelen reaccionar de forma muy primitiva y creerán enseguida que es alguien de Ciudad del Cabo quien ha perpetrado el atentado, así que descargarán su ira contra sus habitantes. Todos esos ingleses que tanto se preocupan por los negros se verán obligados a enfrentarse con una muestra de lo que les esperaba en caso de que éstos tomasen el poder en Sudáfrica.

Jan Kleyn asintió, pues él mismo había pensado en ese detalle.

Consideró fugazmente lo que Franz Malan le había expuesto. La experiencia le decía que todo plan adolece de un punto débil.

—¿Cuáles son los inconvenientes?

—Me cuesta encontrar alguno.

—Recuerda que siempre hay un punto débil. Hasta que no lo descubramos, no podemos decidirnos.

—Sólo se me ocurre una cosa —declaró Malan tras un minuto de silencio—. Que Sikosi Tsiki falle.

Jan Kleyn replicó sobresaltado:

—No fallará. Yo siempre elijo gente que consigue su objetivo.

—Setecientos metros no son pocos —insistió Malan—. Una ráfaga de viento, un movimiento incontrolado del brazo, un rayo de sol que nadie pudo prever... El disparo se desvía unos centímetros y alcanza a otra persona.

—Eso, simplemente, no puede suceder —rechazó Kleyn.

Franz Malan pensó que muy bien podía no encontrar el punto débil del plan que estaban pergeñando, pero el que sí había detectado era el de Jan Kleyn: cuando los argumentos racionales se mostraban insuficientes, se volvía un fatalista. Las cosas, simplemente, no podían suceder. Sin embargo, Malan no dijo nada.

Un criado les sirvió el té. Repasaron otra vez todo el proyecto analizando detalles y anotando las cuestiones por resolver. Cuando ya eran casi las cuatro de la tarde se dieron cuenta de que no avanzarían mucho más.

—Tenemos prácticamente un mes hasta el 12 de junio —afirmó Kleyn—. Eso significa que disponemos de un tiempo limitado para tomar una determinación. El próximo viernes tendremos que decidir si el atentado tendrá lugar en Ciudad del Cabo. Para esa fecha, habremos considerado todas las variables y resuelto todas las cuestiones. Nos

veremos aquí de nuevo la mañana del 15 de mayo. Convocaré a todo el Comité para las doce. La semana que viene nos dedicaremos a revisar el plan cada uno de forma individual, con objeto de localizar posibles puntos débiles en el mismo, pues ya conocemos sus puntos fuertes, los argumentos a favor... Ahora debemos encontrar los argumentos en contra.

Franz Malan asintió. No tenía nada que objetar.

Se despidieron y abandonaron la casa de Hammanskraal con un intervalo de diez minutos.

Jan Kleyn se puso en marcha hacia Bezuidenhout Park.

Miranda Nkoyi observaba a su hija, que estaba sentada con la mirada fija en el vacío. Pudo apreciar, sin embargo, que no se trataba de una mirada muerta, sino que estaba viendo algo. A veces, cuando contemplaba a su hija, veía, como presa de una suerte de mareo pasajero, un parecido asombroso con su propia madre. Cuando ella nació, también su madre había cumplido apenas los diecisiete años. Ahora su hija tenía la misma edad.

«¿Qué será lo que ve?», se preguntaba Miranda. No eran pocas las ocasiones en que, con un escalofrío, reconocía también en Matilda rasgos de su padre. En especial aquella mirada como perdida, en entregada concentración, pese a no tener nada más que aire frente a sí. Aquella mirada interior que ninguna otra persona era capaz de captar.

—Matilda —la llamó con cautela, como para reconducirla, con la máxima suavidad, a la habitación en la que en realidad se encontraba.

La joven salió de su abstracción bruscamente y la miró a los ojos con fijeza.

—Ya sé que mi padre está al llegar —declaró—. Puesto que no me

permities que lo odie cuando está aquí, aprovecho para hacerlo mientras lo espero. Así, tú puedes decidir cuándo, pero nunca lograrás arrebatarme el odio que siento por él.

Miranda sentía deseos de gritar que comprendía sus sentimientos, que ella misma compartía a menudo. Pero era incapaz. Ella era como su madre, la vieja Matilda, que se zafaba como podía del dolor que le causaba la humillación constante de no poder vivir una vida plenamente digna en su propio país. Miranda sabía que ella se había ablandado como su madre, que había ido enmudeciendo sumida en una impotencia que sólo podía compensar mediante la traición constante al padre de su hija.

«Pronto», se decía. «Muy pronto llegará el momento de revelarle a mi hija que su madre, pese a todo, ha conservado parte de su impulso vital. He de decírselo, si quiero recuperarla y mostrarle que la distancia no es, después de todo, un abismo insalvable».

Matilda pertenecía en secreto a la organización juvenil del Congreso Nacional Africano. Era un miembro muy activo y había prestado ya sus servicios en varias misiones de confianza, hasta el punto de que la policía la había detenido en más de una ocasión. Miranda vivía con el miedo constante a que la hiriesen o la matasen. Cada vez que los ataúdes de los negros desfilaban acompañados de melodiosos cortejos serpenteantes, rogaba a todos los dioses en los que creía que protegiesen a su hija. Así, se dirigía al dios cristiano, a los espíritus de los antepasados, a su madre muerta, a la songoma de la que siempre le hablaba su padre. Nunca se sentía convencida de que la escuchasen de verdad y lo que la reconfortaba realmente era el agotamiento que le provocaban las plegarias.

Miranda comprendía la doble impotencia de que era víctima su hija, al tener un padre bóer, por haber sido engendrada por el enemigo. Era como si la hubiesen herido de muerte a la hora de nacer.

Pese a todo, sabía que una madre nunca se arrepiente de su propio

hijo. Cuando tuvo a Matilda, hacía ya diecisiete años, amaba a Jan Kleyn tan poco como hoy; su hija había sido engendrada en la sumisión y el temor. Fue como si el lecho en el que yacían hubiese estado flotando en un universo solitario y sin aire. Se encontró después sin fuerzas para deshacerse de aquella sumisión. Aquel hijo vendría al mundo, tenía un padre que les había procurado el sustento, una casa en Bezuidenhout, dinero para vivir. Desde el principio, Miranda tomó la determinación de no tener más hijos con él. Si era necesario, Matilda sería su única descendiente, aunque su corazón africano estallara de dolor ante la idea. Tampoco Jan Kleyn había manifestado nunca su deseo de tener más hijos con ella. Los requisitos que le imponía a su participación en el amor eran pura forma. Ella consentía en recibirlo por las noches y lo soportaba tan sólo gracias a que había aprendido a vengarse mediante la traición.

Contemplaba a su hija, de nuevo perdida en un mundo al que a ella se le negaba el acceso. Veía que Matilda había heredado su belleza, con la diferencia de que su piel era más clara. Se preguntaba a menudo qué diría Jan Kleyn si supiera que el mayor deseo de su hija era tener la piel más oscura.

«Mi hija también lo traiciona», seguía diciéndose Miranda. «Sin embargo, nuestra traición no es maléfica. Es el clavo ardiendo al que nos agarramos convulsivamente mientras Sudáfrica se consume. La maldad está de su lado, toda entera. Y un buen día, esa maldad lo destruirá. La libertad que disfrutemos no procederá, en principio, del voto que depositemos con nuestras propias manos, sino de la liberación de esas cadenas interiores que nos han mantenido prisioneros».

El coche se detuvo a la entrada del garaje.

Matilda miró a su madre.

—¿Por qué no lo has matado ya?

Era la voz del padre la que se dejaba oír en las palabras de la hija.

Pero ella se había asegurado de que su corazón no se asemejara al de un bóer. El aspecto, aquella piel tan clara, eso no le había sido posible modificarlo. Sin embargo, sí había defendido su corazón de forma apasionada, infatigable. Aquel reducto, tal vez el último, nunca sería invadido por Jan Kleyn.

Lo más vergonzoso era que él no parecía darse cuenta de nada. Cada vez que iba a Bezuidenhout, llevaba el coche cargado de comida para que ella pudiese cocinarle un *braai*, tal y como recordaba que ocurría en la casa blanca en la que él había crecido. Nunca comprendió que quería convertir en su propia madre a aquella mujer esclavizada. Jamás tomó conciencia de que le exigía que interpretase papeles muy distintos: de cocinera, de amante, de sirvienta que cepillaba su ropa... Como tampoco detectó el odio contenido de su hija. Tan sólo veía un mundo estático, petrificado, que consideraba su deber proteger. La falsedad, la mentira, el engaño sin límite sobre el que descansaba todo el país, todo eso no lo veía.

—¿Todo bien? —preguntó tras dejar las bolsas de comida en el recibidor.

—Sí —repuso Miranda—. Todo bien.

Se puso a preparar el *braai* mientras él intentaba entablar conversación con su hija, que se ocultaba tras un simulacro de cortedad y timidez. Él hizo ademán de ir a acariciarle el cabello y Miranda pudo ver desde la cocina la tensión y el rechazo de la joven. Cenaron las típicas salchichas afrikáner, la carne apenas troceada, la ensalada de col. Miranda sabía que Matilda iría al cuarto de baño a provocarse el vómito después de la cena. Entonces, él manifestaría su deseo de charlar acerca de temas del todo superfluos, la casa, el papel de las paredes, el jardín... Matilda se había encerrado en su habitación y Miranda quedó a solas con él, respondiendo lo que él deseaba oír, antes de irse a la cama. Su cuerpo

quemaba de puro frío. Al día siguiente sería domingo. Puesto que no podían verlos juntos, darían el consabido paseo en el interior de la casa, dando vueltas, girando el uno en torno al otro, y comerían en silencio. Matilda solía escabullirse en cuanto podía, para no volver hasta que él se hubiese marchado. La vida normal no se restablecería hasta el lunes.

Cuando él ya estaba dormido y su respiración era pausada y regular, Miranda se levantó con sigilo. Había aprendido a moverse por el dormitorio sin hacer el menor ruido. Fue a la cocina, aunque dejó la puerta abierta, para poder controlarlo en todo momento. Siempre dejaba preparado un vaso de agua, que sería la explicación de por qué se había levantado en caso de que él despertase. Como de costumbre, ella había dejado su ropa en una silla de la cocina que no se veía desde el dormitorio, «para poder cepillarla antes de que él se vistiese por la mañana»; ésa era la explicación.

Con gran cautela, revisó sus bolsillos. Sabía que llevaba la cartera en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta y que las llaves estaban en el bolsillo derecho del pantalón. La pistola que siempre llevaba encima solía dejarla en la mesilla de noche, junto a la cama.

Eso era, por lo general, cuanto encontraba habitualmente en sus bolsillos. Pero precisamente aquella noche había además un trozo de papel con algunas anotaciones a mano en las que ella reconoció su letra. Con un ojo siempre atento al dormitorio, memorizó en pocos segundos lo que decía la nota: «Ciudad del Cabo, 12 de junio, ¿distancia hasta el lugar?, ¿viento?, ¿acceso?».

Devolvió el papel a su lugar tras asegurarse de que lo había doblado tal y como estaba antes.

No alcanzaba a comprender lo que podían significar aquellas

palabras, pero actuaría como le habían pedido que lo hiciera si encontraba algo en sus bolsillos. Se lo contaría todo al hombre al que solía ver al día siguiente de la marcha de Jan Kleyn. Ese hombre intentaría, con la ayuda de sus amigos, interpretar el sentido del mensaje.

Se bebió el agua y regresó a la cama.

Jan Kleyn solía hablar en sueños, casi siempre una hora después de haberse dormido. También aquellas palabras, que surgían de sus labios como un murmullo unas veces y en un grito sordo otras, tenían que ser memorizadas para luego transmitírselas al hombre que vendría al día siguiente. Él tomaría nota de cuanto pudiera recordar, así como de todo lo ocurrido durante la visita de Jan Kleyn. En alguna ocasión le había revelado de dónde venía cuando llegaba a la casa de Bezuidenhout Park o adonde se dirigiría después, aunque lo normal era que no le contase nada. Nunca, ni de forma consciente ni por error o negligencia le había descubierto nada acerca de su trabajo en el servicio de inteligencia.

Hacía ya mucho tiempo le había dicho que trabajaba como jefe de sección en el Ministerio de Justicia, en Pretoria.

Cuando, algo después, el hombre que quería obtener información acerca de Jan Kleyn se puso en contacto con ella y supo por él que éste trabajaba para la policía secreta del país, le advirtieron que procurase que Kleyn nunca tuviera conocimiento de que ella lo sabía.

Jan Kleyn abandonó la casa de Miranda el domingo por la noche, mientras ella lo despedía diciéndole adiós con la mano.

Lo último que le dijo fue que, el viernes siguiente, llegaría a última hora de la tarde.

Sentado en su coche sintió la excitación que le provocaban los acontecimientos que tendrían lugar aquella semana. El plan había empezado a adquirir forma y todos sus contenidos estaban bajo control.

Sin embargo, había algo que él ignoraba: que Victor Mabasha aún

seguía con vida.

La noche del 12 de mayo, justo un mes antes de que tuviese que perpetrar el atentado contra Nelson Mandela, Sikosi Tsiki partió de Johannesburgo hacia Amsterdam, en un vuelo regular de la compañía aérea KLM. Al igual que Victor Mabasha, también él estuvo preguntándose quién habría de ser su víctima si bien, al contrario de lo que le ocurrió a Mabasha, Tsiki no llegó a adivinarlo, por lo que se dio finalmente por vencido y dejó la pregunta sin respuesta.

Ni siquiera se le ocurrió pensar que podría tratarse de Nelson Mandela.

El miércoles 13 de mayo, poco después de la seis de la tarde, un pesquero atracó en un muelle de Limhamn.

Sikosi Tsiki bajó a tierra. El pesquero dio la vuelta de inmediato rumbo a Dinamarca.

En el muelle lo recibió un hombre extraordinariamente obeso.

Aquella misma tarde, una borrasca tormentosa procedente del sudoeste empezó a soplar sobre Escania.

Hasta bien entrada la tarde del día siguiente, no amainó el viento.

Después, llegó el calor.

Poco después de las tres de la tarde del domingo, Peters y Norén atravesaban con su coche patrulla el centro de Ystad a la espera de que acabase su turno. Había sido un día tranquilo con una única intervención de importancia. En efecto, poco antes de las doce recibieron una llamada de la central: un hombre desnudo estaba derribando una casa a las afueras de Sandskogen. Su mujer había avisado a la policía. Según ella, el marido había sido víctima de un ataque de cólera por tener que dedicar todo su tiempo libre a reparar la casa de campo de sus suegros así que, para quedarse tranquilo de una vez por todas, había decidido echarla abajo. Lo que él quería, en realidad, a decir de la esposa, era sentarse a pescar a la orilla de un lago.

—Tendréis que ir a apaciguarlo —concluyó la operadora de la central de alarmas.

—¿Qué delito es ése? —preguntó Norén— quien se encargaba de la radio mientras Peters conducía. ¿Escándalo público?

—Ya no hay ningún delito bajo esa denominación pero, puesto que se trata de la casa de los suegros, debería poder calificarse como tomarse la justicia por su mano, digo yo. Pero no te preocupes de cómo se llame. Lo importante es que lo calméis.

Se pusieron, pues, en marcha hacia Sandskogen, aunque sin aumentar la velocidad.

—Creo que comprendo a ese sujeto —confesó Peters—. El tener casa

propia puede convertirse en una pesadilla. Siempre hay algo que uno debería haber arreglado y que no hace por falta de tiempo o de dinero. El tener que andar lo mismo, pero con la casa de otro, no puede ser mucho más agradable.

—O sea, que lo que tendríamos que hacer en realidad es ayudarle a derribar la casa... —ironizó Norén.

Anduvieron buscando la dirección exacta hasta divisar a un grupo de gente que se agolpaba en la calle, ante una verja. Norén y Peters salieron del coche y observaron cómo el hombre desnudo trepaba por el tejado de la casa levantando las tejas con una palanca. En ese momento apareció corriendo su mujer. Norén se dio cuenta de que había estado llorando. Escucharon su explicación incoherente acerca de lo ocurrido. Lo más importante era que comprendiesen que su marido no tenía derecho a hacer lo que se había propuesto. Se acercaron a la casa y empezaron a llamar a gritos al hombre, que estaba sentado a horcajadas sobre el caballete del tejado. Era tal su concentración en la retirada de las tejas, que no se había percatado de que se acercaba un coche de la policía. Así, quedó tan sorprendido al ver a los dos agentes que se le escapó la palanca. Ésta rebotó sobre el tejado y de allí cayó al suelo, no sin antes obligar a Norén a apartarse para evitar que lo alcanzara.

—¡Ten cuidado con eso! —gritó Peters—. Creo que lo mejor será que bajes. No tienes permiso para derribar la casa.

El hombre obedeció sin pensárselo dos veces, ante la sorpresa de todos. Dejó caer la escalera por la que había subido y descendió por ella. Su mujer se le acercó corriendo con una bata, que él se puso enseguida.

—¿Van a detenerme? —preguntó el hombre.

—No —lo tranquilizó Peters—. Pero tendrás que abandonar tu actitud. Para serte sincero, no creo que vuelvan a pedirte que les hagas ningún otro arreglo en la casa.

—Lo único que yo quiero es pescar —explicó el hombre.

Regresaron atravesando Sandskogen. Norén transmitió el informe por radio a la central de alarmas y, justo cuando se disponían a girar hacia la autovía de Österleden, Peters descubrió el coche. Venía en sentido contrario y reconoció sin dificultad tanto el color como la matrícula.

—Ahí viene Wallander.

Norén levantó la vista de su bloc de notas. Wallander no pareció verlos cuando los coches se cruzaron, lo cual resultaba muy extraño, ya que iban en un coche reglamentario de la policía. Sin embargo, lo que llamó la atención de los dos agentes no fue tanto la mirada ausente de Wallander como el hombre que iba sentado en el asiento de al lado. Aquel hombre era negro.

Peters y Norén cruzaron una mirada fugaz.

—¿No iba un negro en el coche? —preguntó Norén.

—¡Vaya! —exclamó Peters—. Pues sí que era negro, sí.

Ambos pensaron en el dedo negro que habían encontrado hacía unas semanas y en el hombre de color sobre el que pesaba una orden de búsqueda y captura en todo el país.

—Seguro que Wallander lo ha detenido —dijo Norén no muy convencido.

—Entonces, ¿por qué va en dirección contraria a la comisaría? —objetó Peters—. Y ¿por qué no se ha parado al vernos?

—Es como si no nos hubiese visto —explicó Norén—. Como los niños, que creen que nadie los ve sólo porque ellos tienen los ojos cerrados.

Peters asintió.

—¿Crees que tiene algún problema?

—No —denegó Norén—. Pero ¿dónde diablos habrá conseguido dar con el negro?

Otra llamada de alarma, esta vez sobre una moto abandonada, hallada en Bjäresjö, de la que se sospechaba que había sido robada, interrumpió su conversación. Una vez terminado su turno, regresaron a la comisaría. En la sala de reposo preguntaron por Wallander y quedaron sorprendidos al oír que no había aparecido por allí en todo el día. Peters estaba a punto de empezar a contar lo extraño de su encuentro cuando vio el gesto de Norén indicándole silencio.

—¿Por qué no querías que lo contase? —le preguntó ya en los vestuarios, mientras se cambiaban para irse a casa.

—Si Wallander no se ha pasado por aquí en todo el día, será por algo. El motivo no es cosa tuya ni mía. Además, puede que se trate de otro negro. Martinson me contó una vez que la hija de Wallander estuvo saliendo con un africano. Podía ser ése, cualquiera sabe.

—Bueno, pero yo sigo pensando que es muy extraño —sostuvo Peters.

Esa sensación no lo abandonó al llegar a casa, una vivienda adosada situada cerca de la salida hacia Kristianstad. Después de cenar y de jugar un rato con sus hijos, salió a pasear al perro. Martinson vivía en el mismo barrio y Peters estaba decidido a hacerle una visita y contarle lo que habían visto Norén y él. Peters tenía un labrador hembra y Martinson le había preguntado hacía poco si no podía ponerse en cola para cuando tuviese crías.

El propio Martinson abrió la puerta e invitó a Peters a pasar.

—No, tengo que volver a casa enseguida —se excusó Peters—. Pero hay algo de lo que quisiera hablar contigo. ¿Tienes un momento?

Martinson, que era ya hombre de confianza del partido Folkpartiet y que confiaba en obtener en el futuro un puesto en el Ayuntamiento, estaba leyendo unos informes políticos soporíferos que el partido le había enviado cuando Peters llamó a la puerta, de modo que se puso

rápidamente una cazadora con la idea de acompañarlo. Peters le contó lo ocurrido aquella tarde.

—¿Estás seguro? —inquirió Martinson una vez que Peters hubo concluido.

—No podemos habernos equivocado de persona los dos —arguyó Peters.

—¡Qué raro! —dijo Martinson pensativo—. Wallander me lo habría dicho de inmediato si se hubiese tratado del africano al que le falta un dedo.

—Tal vez se tratase del amigo de su hija —sugirió Peters sin convencimiento.

—No, Wallander me dijo que habían terminado —respondió Martinson.

Continuaron caminando en silencio durante un rato, mirando al perro, que no cesaba de tirar de la cadena.

—Fue como si no quisiera vernos —apuntó Peters con cautela—. Y eso sólo puede significar una cosa: que no quería que lo descubriésemos.

—Es posible que no le interesara que descubrieseis al africano que llevaba en el coche —repuso Martinson ausente.

—Seguro que todo esto tiene una explicación lógica —concluyó Peters—. En modo alguno quiero dar a entender que Wallander se dedica a lo que no debe.

—No, claro que no; pero has hecho bien en contármelo —afirmó Martinson.

—Yo no tengo ningún interés en ir por ahí contando chismes —prosiguió Peters.

—Esto no son chismes.

—¡Norén se pone tan furioso...! —insistió Peters.

—No te preocupes, que no se va a enterar —aseguró Martinson.

Se despidieron ante la puerta de Martinson. Peters le prometió que, llegado el momento, le vendería un cachorro.

Martinson estuvo dudando de si llamar a Wallander, pero decidió esperar para hablar con él al día siguiente. Con un suspiro, se inclinó de nuevo sobre los aburridos documentos de su partido, que parecían no tener fin.

Cuando Wallander llegó a la comisaría al día siguiente, minutos después de las ocho de la mañana, tenía ya preparada una respuesta definitiva a la pregunta que sabía que le harían. El día anterior, cuando, después de mucho reflexionar, tomó la determinación de llevarse a Victor Mabasha a dar una vuelta en el coche, consideró que el riesgo de toparse con algún conocido o con alguien de la policía era prácticamente inexistente. Había elegido carreteras que casi nunca transitaba la policía. Sin embargo, se cruzó con Peters y Norén, claro está y se dio cuenta tan tarde que no tuvo tiempo de decirle a Mabasha que se agazapase en el asiento para que no lo viesan, ni de girar en otra dirección. Mirando por el rabillo del ojo, se percató de que los dos agentes habían visto a su acompañante. Al día siguiente le pedirían una explicación, como era natural. Se arrepintió enseguida de su salida, aunque tarde, y maldijo su mala suerte, que se le antojaba inagotable. Una vez que hubo recuperado la calma, fue a ver a su hija para pedirle ayuda, como de costumbre.

—Es preciso que Herman Mboya reaparezca como tu novio. Si es que alguien te pregunta, lo cual es poco probable.

Ella lo miró y se echó a reír con resignación.

—¿Recuerdas lo que me decías cuando era pequeña? Que una mentira conduce siempre a otras mentiras y al final todo se enreda de tal modo que nadie es capaz de determinar qué es verdad y qué no lo es.

—A mí me gusta tan poco como a ti —admitió Wallander—. Pero no la mantendremos mucho tiempo. Él no tardará en estar fuera del país y olvidaremos que una vez lo tuvimos aquí.

—Por supuesto que diré que Herman Mboya ha vuelto, si me preguntan. La verdad es que a veces pienso que no estaría nada mal que así fuese.

De modo que, cuando Wallander llegó a la comisaría el lunes por la mañana, tenía una explicación que dar al hecho de haber llevado en su coche a un africano el domingo por la tarde. En una situación como aquella en la que se encontraba, en la que todo parecía escapársele de las manos, dicha circunstancia se le antojaba un problema menor. La mañana del domingo, cuando descubrió a Victor Mabasha en la calle, inmerso en la densa niebla, como si de un espejismo se tratase, su primer impulso fue regresar al apartamento y solicitar apoyo logístico de sus colegas. Sin embargo, algo lo detuvo, algo que lo hizo actuar en contra de su habitual sentido policial. Ya la noche del cementerio de Estocolmo había experimentado la clara sensación de que lo que aquel hombre negro decía era cierto. No había sido él el asesino de Louise Åkerblom. Seguro que había estado allí, pero era inocente. Había sido otro hombre, el que se llamaba Konovalenko, el mismo que, días después, había intentado matar a Mabasha. Existía la posibilidad de que el hombre negro al que le habían cortado el dedo hubiese intentado impedir los hechos que tuvieron lugar en el jardín de aquella casa aislada y deshabitada. Wallander reflexionaba sin cesar acerca de lo que podía haber detrás de todo aquello.

Así, cuando se lo llevó a su apartamento, pensaba sobre todo en su inocencia; pero era consciente de que no había que descartar la posibilidad de que estuviese cometiendo un error. En más de una ocasión,

el inspector de Ystad se había servido de medios, cuando menos, poco convencionales, en su relación con sospechosos o con delincuentes probados. Y en más de una ocasión, Björk se había sentido en la obligación de recordarle a Wallander lo que el reglamento establecía como conducta correcta desde el punto de vista policial. Esta vez, al menos, había tomado la precaución de pedirle al hombre negro que dejara las armas que llevara encima. Se guardó la pistola y lo cacheó. El hombre negro permaneció asombrosamente inmóvil, como si el que Wallander lo invitase a subir a su casa hubiese sido lo más normal del mundo. A fin de no parecer demasiado incauto, el inspector le preguntó cómo había encontrado su dirección.

—De camino al cementerio —aclaró el hombre—. Rebusqué en tu cartera y memoricé la dirección de tu casa.

—En aquella ocasión me atacaste —lo recriminó Wallander—. Y ahora vienes a buscarme hasta mi propia casa, a tantos kilómetros de Estocolmo. Espero que sepas darme la respuesta a las preguntas que pienso hacerte.

Se sentaron en la cocina y Wallander cerró la puerta para no despertar a Linda. Después recordaría las horas durante las que estuvieron sentados el uno frente al otro como una de las conversaciones más extraordinarias de su vida, no sólo porque tuvo ocasión de estar muy próximo a aquel mundo tan ajeno a él mismo del que Mabasha procedía y al que había de regresar muy pronto, sino también porque se vio obligado a preguntarse cómo podía nadie estar compuesto de tantos fragmentos a todas luces irreconciliables. ¿Cómo era posible que un asesino cruel que consideraba sus actos como una prestación de servicios, fuese al mismo tiempo un ser pensante, con sentimientos y con un pensamiento político sólido? Lo que, por supuesto, no fue capaz de vislumbrar fue el detalle de que la conversación formaba parte de un timo en el que había caído sin remedio.

Victor Mabasha se había percatado de que su capacidad de parecer honesto podía granjearle la libertad de regresar a Sudáfrica. En realidad, fueron los espíritus quienes le susurraron al oído que buscase al policía que iba tras Konovalenko y consiguiese su ayuda para abandonar el país.

Lo que mejor recordaría Wallander, tras la conversación, era aquello que Victor Mabasha le contó acerca de una planta que tan sólo crecía en el desierto de Namibia y que podía llegar a tener dos mil años. Como una sombra protectora, posaba sus amplias hojas sobre la flor y las intrincadas raíces. Victor Mabasha veía en aquella curiosa planta un símbolo de las fuerzas encontradas que actuaban en su país y que también se enfrentaban por el dominio sobre su propia persona.

—Nadie abandona de forma voluntaria los privilegios de que disfruta—aseguró—. Se convierten en un hábito de raíces tan profundas que llegan a sentirse como una parte del cuerpo. No es correcto pensar que se trata de un defecto racial. En mi país, son los blancos los transmisores del poder de este hábito. Sin embargo, en otras circunstancias, habríamos podido ser yo y mis hermanos. No puede combatirse el racismo con más racismo. Llegará el día en que, en ese país mío, tan castigado y tan herido durante siglos, se quiebre la fuerza de la costumbre. Los blancos han de comprender que su futuro más inmediato consiste en renunciar. Deben restituir a los negros desposeídos esa tierra que se les ha estado arrebatando durante cientos de años. Tienen que ceder la mayor parte de su riqueza a quienes nada poseen. Se verán abocados a aprender a considerar a los negros como seres humanos.

»La barbarie se presenta siempre bajo un rostro humano y es eso, precisamente, lo que la hace tan inhumana. Los negros, habituados a someterse, a considerarse a sí mismos como seres anónimos, como nadie, entre otros seres tan anónimos como ellos, también se verán obligados a luchar contra la fuerza de la costumbre. Es posible que el sentimiento de

inferioridad sea la enfermedad humana más difícil de curar. Es una costumbre que se asienta en lo más hondo, que deforma al hombre entero sin respetar ningún miembro. La transición de sentirse nadie a experimentarse a uno mismo como alguien es el viaje más largo que una persona puede realizar pues, una vez adquirida la costumbre de soportar la propia inferioridad, aquélla domina toda nuestra vida.

»Estoy convencido de que las soluciones pacíficas no son más que fantasías. La separación de las razas en mi país ha alcanzado un punto próximo al estado de corrupción, de absurdo total. Contamos con nuevas generaciones de negros que se niegan a someterse. Son negros impacientes que presienten que el colapso está próximo, pero que lo desean inminente. Por otro lado, no son pocos los blancos que piensan del mismo modo, que se niegan a aceptar unos privilegios que los obligan a vivir como si todos los negros del país fuesen invisibles, como si no existiesen más que en calidad de sirvientes o de una curiosa especie animal a la que se mantiene prisionera en apartados reductos deprimentes. Tenemos en mi país unos parques zoológicos enormes, en los que los animales pueden vivir en libertad. Y tenemos, sobre el mismo suelo, enormes parques humanos cuyos habitantes son prisioneros de por vida. De este modo, las condiciones de vida de los animales son allí mejores que las de las personas.

Victor Mabasha guardó silencio y miró a Wallander como esperando que le formulase alguna pregunta o que le presentase alguna objeción. Éste pensaba que seguramente todos los blancos serían iguales para él, con independencia de que viviesen o no en Sudáfrica.

—Muchos de mis hermanos y hermanas piensan que el sentimiento de inferioridad se puede vencer mediante su opuesto, el de superioridad —prosiguió Mabasha—. Pero ni que decir tiene que esto es un grave error, pues no conduce más que a crear rechazo y tensión entre distintos

grupos que deberían estar gobernados por un sentimiento de unidad. Es capaz, además, de dispersar a las familias y te diré, inspector Wallander, que quien no posee una familia está exento de valor en mi país, pues para el africano la familia es el punto de partida de todas las cosas.

—Yo pensaba que eran vuestros espíritus —intervino Wallander.

—Los espíritus son parte de la familia —explicó Mabasha—. Son nuestros antepasados, que velan por nosotros. Viven como miembros invisibles de la familia, pero no por ello olvidamos que existen, ni por un momento. De ahí que no haya calificativo posible para el delito que han cometido los blancos al obligarnos a abandonar la tierra en la que hemos vivido durante generaciones. A los espíritus no les gusta que los expulsen de una tierra que les ha pertenecido durante siglos. Los espíritus odian profundamente, aún más que los vivos, los barrios en que los blancos nos han obligado a vivir.

Guardó silencio de repente, como si lo que acababa de decir le hubiese hecho reparar en una realidad tan infame que a él mismo le costase trabajo creer que fuese cierta.

—Yo crecí en el seno de una familia dispersa desde el principio —continuó retomando el hilo de su discurso—. Los blancos sabían que el mejor medio de debilitarnos era descomponer nuestras familias. Así, mis hermanos empezaron a actuar como conejos ciegos, acelerados en nerviosa carrera en un círculo sin fin, sin conciencia de su punto de partida ni de la meta que debían perseguir. Por eso yo decidí tomar otro camino. Aprendí a odiar. Bebí del negro manantial cuyas aguas despiertan el deseo de venganza. Pero al mismo tiempo aprendí que los blancos, en su supremacía, en su arrogante convencimiento de que el poder que detentan es un don divino, también tenían puntos débiles.

Tenían miedo, pues hablaban de modelar Sudáfrica hasta convertirla en una obra de arte perfecta, un palacio blanco en el paraíso, sin

comprender o sin querer admitir que su sueño era absurdo.

»De este modo, la base de su plan resultó ser una gran mentira que llevó el temor a sus noches. Para combatir este temor, llenaron sus hogares de armas; pero el miedo se instaló en ellos hasta conseguir que la violencia se convirtiese en un componente más del pánico diario. Al comprender todo esto, supe que tendría que mantener cerca a mis amigos pero, aún más, a mis enemigos. Deseaba interpretar el papel del hombre negro que sabe lo que quieren los blancos. Cultivaría mi desprecio al tiempo que les prestaba mis servicios. Trabajaría en sus cocinas y escupiría en sus soperas antes de servirles el almuerzo. Continuaría siendo *un nadie* que, en secreto, se había convertido en *un alguien*.

Se produjo un nuevo silencio. Wallander pensó que su contertulio había dicho lo que quería, sin estar muy seguro de haberlo comprendido todo. Desde luego, seguía sin tener una idea clara de cuál era el motivo por el que Víctor Mabasha había venido a Suecia ni de qué era lo que se traía entre manos, aunque sí entendía mejor la situación de política racista que estaba destruyendo Sudáfrica. Pero, y aquel atentado, ¿contra quién lo planeaban? ¿Quiénes o qué organización se hallaba detrás de todo aquello?

—Necesito más información —lo acució Wallander—. Aún no me has dicho nada de los responsables, de quienes pagan tu viaje a Suecia.

—La gente despiadada es como una sombra. Los espíritus de sus antepasados los abandonaron hace ya mucho tiempo. Se reúnen en secreto para maquinan la desdicha de nuestro país.

—Y tú trabajas para ellos.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Tienes que matar a otros.

—Otros me matarán a mí algún día.

—¿Qué quieres decir?

—Sé que es algo que tiene que ocurrir.

—Pero tú no mataste a Louise Åkerblom, ¿no es así?

—No.

—Fue un hombre llamado Konovalenko, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Eso sólo puede decirlo él mismo.

—Un hombre emprende un viaje desde Sudáfrica y otro desde Rusia.

Se reúnen en una granja aislada de Escania, donde cuentan con un potente transmisor de radio, armas... ¿Por qué?

—Así estaba decidido.

—¿Quién lo decidió?

—Los que nos pidieron que viniésemos.

«Así no vamos a ninguna parte», pensó Wallander. «No consigo las respuestas que necesito.» Sin embargo, siguió intentándolo.

—Creo haber entendido que se trata de preparar el terreno para un delito que ha de cometerse en tu país. Un delito que tú habrás de cometer, quizás un asesinato, pero ¿a quién se supone que debes asesinar? Y ¿por qué?

—He intentado explicarte el enigma de mi país.

—Sí, pero mis preguntas son sencillas y quiero respuestas igual de sencillas.

—Tal vez las respuestas tengan que ser las que son.

—No te comprendo —concluyó Wallander tras una pausa—. Eres un hombre que no duda en matar por encargo, al parecer. Pero al mismo tiempo, tengo la impresión de que eres una persona sensible que sufre por el estado de su país. Me parece un contrasentido.

—Nada resulta lógico para un negro que vive en Sudáfrica —sentenció Mabasha, antes de proseguir con el relato de su castigado país.

A Wallander le costaba creer lo que estaba oyendo. Cuando Mabasha puso punto final a su narración, el inspector sintió que había realizado un viaje muy largo y que su guía le había mostrado lugares de cuya existencia no había sospechado antes.

«Vivimos en un país donde nos han enseñado a creer que todas las verdades son sencillas», se decía Wallander. «Y que la verdad es una e indivisible. Todo nuestro sistema de derechos descansa sobre esa base. Ahora estoy empezando a comprender que quizá la realidad indique todo lo contrario, que la verdad es complicada, versátil y paradójica. Sin embargo, en la mentira todo es o blanco o negro. Si el concepto del ser humano, de la vida humana, es irrespetuoso y despreciativo, la verdad tendrá un color muy distinto al que mostraría en caso de que la vida se entienda como un derecho inviolable».

Observó a Victor Mabasha, que lo miraba fijamente a los ojos.

—¿Mataste a Louise Åkerblom? —le preguntó sospechando que aquélla sería la última vez.

—No —repitió Mabasha—. Aunque sí ofrecí mi dedo por su espíritu.

—¿Sigues sin querer contarme lo que esperan que hagas cuando regreses?

Antes de que Mabasha le diese una respuesta, Wallander percibió un cambio, algo que no pudo identificar se había transformado en el rostro del hombre negro. Más tarde llegó a pensar que tal vez fuese la máscara de inexpresividad que empezó a desdibujarse y desaparecer en aquel momento.

—Sigo sin poder decir de qué se trata, pero sí te diré que no ocurrirá.

—No te comprendo.

—La muerte no vendrá por mi mano —afirmó Mabasha—. Aunque

no podré impedir que otras manos la hagan realidad.

—¿Un atentado?

—Exacto. Un atentado que se me había encargado a mí, pero cuya realización abandono en este momento. Lo dejo a merced de otros y me retiro.

—Tus respuestas son demasiado enigmáticas. ¿Qué es lo que dejas a merced de otros? ¡Quiero saber contra quién se perpetrará el atentado!

Sin embargo, Victor Mabasha no dio ninguna otra respuesta. Simplemente negó con la cabeza, y Wallander supo que no conseguiría nada más. También comprendió, aunque bastante más tarde, que aún le quedaba mucho que aprender para ser capaz de distinguir las verdades cuya explicación había que buscar en un lugar distinto a aquel en que él estaba habituado a hallarlas. En definitiva, supo mucho después que la última confesión de Mabasha, la que le había permitido deshacerse de la máscara, era totalmente falsa. Mabasha no tenía la menor intención de abandonar su misión, pero había comprendido que era un requisito indispensable si quería obtener la ayuda necesaria para salir del país; tuvo que mentir para que dieran crédito a sus palabras, y tuvo que hacerlo con habilidad para que el policía sueco no lo advirtiese.

Wallander no tenía más preguntas que hacer, por el momento.

Se sentía agotado, aunque satisfecho en la creencia de que había conseguido detener el atentado, al menos por mano de Victor Mabasha, si es que éste le había dicho la verdad. De este modo, sus colegas sudafricanos dispondrían de un mayor margen de tiempo para reaccionar. Para él resultaba imposible comprender que, aquello a lo que Mabasha había renunciado, pudiese resultar nada negativo para los negros de Sudáfrica.

«Ya es suficiente», se dijo. «Me pondré en contacto con la policía sudafricana a través de la Interpol y los pondré al corriente de la

información que poseo. Es todo lo que puedo hacer. Ahora sólo falta encontrar a Konovalenko. Si hago que Per Åkeson detenga a este hombre, el desconcierto será aún más grande. Por otro lado, el riesgo de que Konovalenko abandone el país es cada vez mayor. Ya no necesito saber más. Ya puedo cometer mi último acto ilegal en el caso de Victor Mabasha, ayudándole a salir de Suecia».

La hija del inspector había asistido al final de la conversación. Se había despertado y, sorprendida al oír el susurro de sus voces, se había acercado a la cocina. Wallander le explicó brevemente quién era aquel hombre.

—¿El que te atacó en Estocolmo? —inquirió Linda.

—El mismo.

—Y ¿ahora lo tienes aquí tomando café?

—Así es.

—A ti eso no te resulta nada raro, ¿verdad?

—La vida de un policía es rara.

Linda no hizo más preguntas. Se vistió y volvió a la cocina, donde permaneció sentada escuchando hasta el final. Entonces, Wallander le pidió que fuese a la farmacia a comprar unas vendas. Además, le dio a Mabasha unas pastillas antibióticas que había encontrado en el armario del cuarto de baño en lugar de llamar a un médico, que habría sido lo correcto. Limpió luego la herida, no sin sentir algo de repulsión, y la vendó con uno de los apósitos limpios.

Hecho esto, llamó a Lovén, al que localizó casi de inmediato, para preguntarle si se sabía algo de Konovalenko y de los desaparecidos del apartamento de Hallunda. Nada dijo, sin embargo, de la presencia de Victor Mabasha en su cocina.

—Sabemos dónde se refugiaron tras abandonar el apartamento en el que hicimos la redada. Simplemente, se mudaron dos pisos más arriba, en el mismo bloque. Una salida excelente y muy cómoda. Tenían una vivienda de reserva en el mismo bloque, alquilada a nombre de la mujer, pero ya no están allí.

—En tal caso, también sabemos que siguen en el país —afirmó Wallander—. Lo más probable es que hayan huido a Estocolmo, donde les resultará más fácil esconderse.

—¡Si hace falta, me encargaré personalmente de echar abajo las puertas de todos los apartamentos de la ciudad! —exclamó Lovén—. ¡Tenemos que pillarlos, cuanto antes mejor!

—Tú concéntrate en Konovalenko. Creo que el africano es menos importante para el caso.

—¡Si alcanzase a comprender lo que los relaciona a los dos...! —se lamentó Lovén.

—Ambos estaban en el mismo lugar cuando Louise Åkerblom fue asesinada —aclaró Wallander—. Después, Konovalenko perpetró un asalto a un banco y mató a un policía, pero el africano ya no estaba con él.

—Pero ¿qué significa todo esto? —insistió Lovén—. Yo no veo la relación por ninguna parte, tan sólo una leve conexión que carece de lógica.

—A pesar de todo, tenemos bastante información —objetó Wallander—. Konovalenko parece estar obsesionado con la idea de matar al africano, así que lo más lógico es pensar que han pasado de no ser enemigos a serlo.

—Pero entonces, ¿qué pinta tu agente inmobiliario en toda esta historia?

—Nada. Creo que podemos afirmar sin temor a equivocarnos que la

asesinaron por casualidad. Como ya sabemos, la crueldad de Konovalenko no tiene límites.

—En fin, todo esto puede resumirse en una sola pregunta —concluyó Lovén—. ¿Por qué?

—El único que conoce la respuesta es Konovalenko —respondió Wallander.

—O el africano, Kurt. No te olvides del africano.

Tras la conversación con Lovén, Wallander no albergaba ya la menor duda acerca de la conveniencia de sacar a Mabasha del país, no sin antes quedar totalmente seguro de que él no era el asesino de Louise Åkerblom.

«¿Cómo voy a averiguarlo?», se preguntaba. «Nunca he visto un rostro menos expresivo en mi vida. Es imposible leer en él en qué punto la verdad empieza a convertirse en mentira».

—Lo más conveniente por el momento es que te quedes aquí, en el apartamento —le dijo al fin a Mabasha—. Aún tengo muchas preguntas sin respuesta, así que será mejor que te vayas acostumbrando a la idea.

Salvo la salida del domingo, permanecieron todo el fin de semana en el apartamento. Victor Mabasha se sentía exhausto y pasó durmiendo la mayor parte del tiempo. A Wallander le preocupaba que la herida le provocase septicemia, al tiempo que le atormentaba la idea de haber ocultado al sospechoso en su casa. Tal y como solía hacer, se había dejado llevar por su intuición en lugar de atender a su sentido común. Sin embargo, llegado a este punto, no encontraba ninguna solución inmediata al problema.

El domingo por la tarde, llevó a Linda a casa de su abuelo. La dejó por el camino, poco antes de llegar, para no tener que oír los reproches de su padre por que no tuviese tiempo ni de tomarse un café con él.

Llegó el lunes, por fin, y Wallander regresó a la comisaría. Björk le dio la bienvenida y acto seguido se vieron todos en la sala de reuniones. Él les contó una selección de lo ocurrido en Estocolmo. Fueron muchas las preguntas, aunque al final nadie tenía nada que objetar. La clave de todo el misterio era Konovalenko.

—Es decir, tendremos que esperar hasta atraparlo —resumió Björk—. Eso nos permitirá dedicarnos a los montones de casos que nos aguardan.

Hicieron una lista de los asuntos más urgentes. A Wallander le tocó investigar lo ocurrido con tres caballos de carreras robados de unos establos a las afueras de Skårby, y ante esta perspectiva, rompió a reír con una sonora carcajada, para asombro de sus colegas.

—Resulta un poco absurdo —explicó excusándose—. Primero una mujer desaparecida y ahora unos caballos robados.

Tan pronto como entró en su despacho, recibió la visita que estaba esperando. No sabía quién vendría a hacerle la pregunta; podía ser cualquiera de sus colegas. Pero fue Martinson el que llamó a la puerta antes de entrar.

—¿Tienes un momento? —le preguntó.

Wallander asintió.

—Tengo que hacerte una pregunta —prosiguió Martinson.

Wallander notó que la situación le resultaba algo embarazosa.

—Te escucho —dijo Wallander.

—Ayer te vieron con un africano —dijo Martinson yendo directo al grano—. Ibais en tu coche. Se me ocurrió que tal vez...

—¿Qué?

—No lo sé, la verdad.

—Linda ha vuelto a salir con su chico de Kenia.

—Me lo imaginaba.

—¡Si acabas de decir que no supiste qué pensar!

Martinson hizo un ademán de desidia con los brazos y salió rápidamente del despacho.

Wallander dejó a un lado el informe sobre los caballos robados, cerró la puerta, que Martinson había dejado abierta al salir, y se sentó dispuesto a reflexionar. ¿Cuáles eran las preguntas a las que quería que respondiese Victor Mabasha? ¿Cómo podría comprobar si le estaba diciendo la verdad?

Durante los últimos años y de forma frecuente, Wallander había establecido contacto con ciudadanos extranjeros, en relación con distintas investigaciones. Había tenido que hablar con ellos tanto en calidad de víctimas como de posibles autores del delito. En no pocas de esas ocasiones se le había ocurrido pensar que lo que él había imaginado ser verdades absolutas acerca del bien y del mal, la culpabilidad y la inocencia, no tenían por qué ser tan absolutas. Tampoco había reparado con anterioridad en el hecho de que lo que se consideraba un delito, más o menos grave, variaba según las distintas culturas. No era extraño que se sintiera desamparado en dichas situaciones. En su opinión, carecía de las condiciones necesarias para formular las preguntas adecuadas, las que podrían llevarlo a resolver un crimen o a demostrar la inocencia de un sospechoso en estos casos. Durante el mismo año en que falleció Rydberg, su viejo colega y maestro, hablaron a menudo de la gran transformación que estaba produciéndose en el país y en el mundo entero. Rydberg bebía a tragos cortos su whisky al tiempo que pronosticaba que, durante los próximos diez años, la policía sueca se vería obligada a sufrir las mayores modificaciones de su historia; y no sólo en lo relativo a serias medidas de intendencia, sino de forma directa, en la actuación policial.

—Es algo que yo no podré presenciar —predecía Rydberg una tarde en que los dos se apretujaban sentados en su minúsculo balcón—. Cada uno de nosotros tiene sus días contados. Hay ocasiones en que me invade la melancolía de no poder participar de lo que depare el futuro. No será fácil, lo sé. Pero será emocionante. Tú, en cambio, estarás aquí para verlo. Y te verás obligado a pensar de modo muy diferente.

—No sé si lo conseguiré —dudaba entonces Wallander—. Últimamente me pregunto con frecuencia creciente si no habrá otra vida más allá de la comisaría de Policía.

—Si viajas en barco a la India, procura no volver jamás —ironizó Rydberg—. Quienes se marchan rara vez encuentran consuelo en su aventura cuando regresan. Y es que lo único que consiguen es ampliar sus propias fronteras, pero sin comprender que uno siempre se lleva encima a sí mismo, vaya donde vaya.

—Eso no me ocurrirá a mí —repuso Wallander—. Yo no aspiro a llevar a cabo planes de tal envergadura. A lo sumo, me planteo si no habrá otro trabajo que me guste tanto como éste.

—Tú serás policía mientras vivas —atajó Rydberg—. Tú eres como yo. Cuanto antes lo aceptes, mejor para ti.

Wallander ahuyentó los recuerdos, sacó un bloc de notas nuevo y tomó el lápiz.

Permaneció así, sentado, meditando sobre las preguntas y sus respuestas. Se le ocurrió que era probable que el primer error consistiese precisamente en ese modo de plantear las cosas. Algunas personas, sobre todo procedentes de continentes remotos, necesitan narrar una historia para poder formular una respuesta. Era algo que creía haber aprendido tras haber mantenido conversaciones con una serie de africanos, árabes y latinoamericanos en distintos contextos, en los que había notado que las prisas de nuestro mundo les causaban cierto recelo, pues las interpretaban

como una suerte de desprecio. El no tener tiempo para una persona, no poder estar sentado, en silencio, en compañía de alguien, es una especie de rechazo, de burla socarrona.

«Contar una historia», escribió en la primera página del bloc.

Pensó que aquello quizá lo condujese por el camino correcto.

«Contar una historia. Nada más que eso».

Dejó a un lado el bloc de notas y puso los pies sobre la mesa. Llamó a casa para cerciorarse de que Linda estaba bien. Le prometió que se encontraría de vuelta en un par de horas.

Leyó distraído la denuncia sobre los caballos desaparecidos, que no contenía ningún dato importante, salvo que tres animales muy valiosos habían desaparecido la noche del 6 de mayo. Los habían dejado en sus compartimentos por la tarde pero, por la mañana, cuando una de las chicas que cuidaban los establos llegó a las cinco y media, los compartimentos estaban vacíos.

Miró el reloj y decidió darse una vuelta por los establos. Después de haber hablado con tres de los cuidadores y con el representante del dueño, empezó a inclinarse por la posibilidad de que se tratase de un asunto de fraude sofisticado a la compañía de seguros. Tomó algunas notas antes de despedirse, asegurándoles que volvería.

De regreso a Ystad, se detuvo en la cafetería Fars Hatt y pidió un café.

Con la mente algo dispersa se preguntó si en África habría caballos de carreras.

Sikosi Tsiki llegó a Suecia la noche del miércoles 13 de mayo.

Aquella misma noche supo por Konovalenko que permanecería en el sur del país, pues allí se llevaría a cabo su instrucción y desde allí partiría de nuevo. Cuando Jan Kleyn informó a Konovalenko de que el sustituto estaba en camino, éste sopesó la posibilidad de organizar la estancia a las afueras de Estocolmo. Había allí muchas y buenas posibilidades, sobre todo en las inmediaciones del aeropuerto de Arlanda, donde el ruido de los aviones que despegaban y aterrizaban atenuaba la mayor parte de los demás ruidos. En ese lugar podrían realizar sin problemas las prácticas de fusil pertinentes.

Por otro lado, quedaba aún por resolver el problema de Mabasha y el policía sueco al que llegaría a odiar. Si aún se encontraban en Estocolmo, tendría que quedarse allí hasta haber liquidado a ambos. Tampoco podía ignorar el hecho de que la vigilancia se había intensificado en todo el país tras la muerte del policía. Con la idea de no dejar ningún cabo suelto, decidió actuar en dos frentes al mismo tiempo. Así, mientras él se quedaba con Tania en Estocolmo, envió a Rykoff al sur de Suecia para que de nuevo buscara una casa lo suficientemente aislada. Éste señaló entonces en un mapa una zona al norte de Escania llamada Småland, asegurando que allí resultaría mucho más sencillo encontrar una casa solitaria.

Sin embargo, Konovalenko quería permanecer cerca de Ystad. Si no

lograban localizar a Mabasha y al policía en Estocolmo, ambos acabarían por aparecer en la ciudad donde vivía Wallander tarde o temprano. Estaba tan seguro de ello como del hecho de que el negro y Wallander habían iniciado algún tipo de relación inesperada, cuya naturaleza le costaba comprender. En cualquier caso estaba convencido de que donde se hallase el uno, estaría también el otro.

A través de la Oficina de Información Turística de Ystad, Rykoff consiguió alquilar una casa al noreste de la ciudad, en dirección a Tomelilla. La situación de la casa podría haber sido más favorable, pero había junto a la propiedad una gravera abandonada que resultaba ideal para los ejercicios de tiro. Puesto que Konovalenko había decidido que Tania los acompañaría en esta ocasión, Rykoff no tuvo que llenar de provisiones el congelador. A cambio, Konovalenko le ordenó que invirtiese el tiempo en averiguar dónde vivía Wallander y en mantener su casa bajo vigilancia. Así lo hizo; pero Wallander no se dejaba ver. El día antes de la llegada de Sikosi Tsiki, el martes 12 de mayo, Konovalenko tomó la decisión de permanecer en Estocolmo pues, pese a que ninguno de los sicarios que envió tras su pista supo darle razón de que estuviese en la ciudad, él tenía la firme sensación de que Mabasha se ocultaba allí, en alguna parte. Por otro lado, le costaba creer que un policía tan cauto y previsor como Wallander determinase volver demasiado pronto a su casa, que sospecharía vigilada.

Pese a todo, fue precisamente allí donde Rykoff lo descubrió por fin, poco después de las cinco, la tarde del martes, mientras salía del portal. Iba solo y Rykoff comprendió enseguida que estaba alerta. El policía echó a andar, de modo que él no pudo seguirlo en coche si no quería ser descubierto en el acto. De ahí que aún estuviese en el mismo lugar cuando, diez minutos más tarde, la puerta se abrió de nuevo. Rykoff quedó perplejo. En efecto, una joven de quien supuso sería la hija del

policía y a la que él no había visto nunca apareció por la puerta seguida muy de cerca por Victor Mabasha. Los dos cruzaron la calle, se metieron en un coche y se marcharon de allí. Tampoco se preocupó lo más mínimo por seguirlos a ellos, sino que permaneció en el coche y marcó el número del apartamento de Järfälla donde Konovalenko y Tania vivían por el momento.

Fue ella quien respondió. Él la saludó brevemente y dijo que quería hablar con Konovalenko, quien tomó una decisión inmediata tras haber escuchado a Rykoff. Tania y él llegarían a Escania a la mañana siguiente. Allí permanecerían hasta haber recogido a Sikosi Tsiki y tras haber matado a Mabasha y a Wallander e incluso a su hija, si fuese preciso. Entonces decidirían qué hacer a continuación, aunque el apartamento de Järfälla seguía disponible.

Konovalenko y Tania emprendieron el viaje a Escania por la noche. Rykoff fue a su encuentro en un aparcamiento situado a las afueras del acceso a la zona oeste de Ystad, desde el que se encaminaron directamente a la casa que Rykoff había alquilado. Aquella misma tarde, Konovalenko realizó una visita a la calle de Mariagatan. Allí permaneció largo rato, observando el edificio en el que vivía Wallander. A la vuelta se detuvo también un instante en la pendiente que conducía a la comisaría de Policía.

Pensaba que la situación era, en realidad, bastante simple. Un nuevo fracaso implicaría el fin de sus sueños de una vida futura en Sudáfrica. Sabía que ya estaba corriendo un gran riesgo, puesto que le había mentido a Jan Kleyn y que Victor Mabasha seguía con vida. Existía una posibilidad, aunque mínima, de que Kleyn tuviese a alguien que le informase sin que Konovalenko tuviese conocimiento de ello. Él había enviado de vez en cuando a algún espía para que descubriese a sus posibles seguidores, pero ninguno le había dicho nada que indicase que

Kleyn lo tuviese controlado.

Konovalenko y Rykoff pasaron el día discutiendo cómo actuar. Konovalenko tenía las ideas claras: debían hacerlo con dureza y decisión, un ataque brutal y directo.

—¿De qué material disponemos? —preguntó.

—Tenemos prácticamente de todo, salvo lanzagranadas —aclaró Rykoff—. Contamos con explosivos, detonadores a distancia, granadas, armas automáticas, escopetas de perdigones, pistolas y equipos de comunicación.

Konovalenko se tomó un vodka. En realidad, prefería atrapar a Wallander vivo, pues tenía una serie de preguntas que hacerle antes de matarlo, pero desechó la idea dado el riesgo que eso supondría.

Entonces expuso su plan.

—Mañana por la mañana, mientras Wallander está fuera, Tania entrará en la casa para ver cómo son las escaleras y la puerta de entrada, explicó. Puedes fingir que eres repartidora de folletos publicitarios, que conseguiremos en algún supermercado. El edificio debe permanecer bajo vigilancia constante. Atacaremos mañana por la noche, tras habernos asegurado de que se encuentran allí. Irrumpiremos con una explosión seguida de un tiroteo. Si no ocurre ningún imprevisto, los matamos a los dos y nos largamos.

—Son tres —señaló Rykoff.

—Dos o tres, ¿qué más da? —repuso Konovalenko—. No podemos permitir que sobreviva ninguno.

—El africano nuevo, el que tengo que ir a buscar esta noche, ¿va a acompañarnos o no?

—No. Se quedará aquí con Tania mientras estamos fuera.

Les dirigió una cruda mirada a ambos, antes de decir, a modo de advertencia:

—Resulta que Victor Mabasha lleva ya unos días muerto o, al menos, eso es lo que Sikosi Tsiki debe creer. ¿Está claro?

Ambos asintieron.

Konovalenko se sirvió otro vodka y le puso uno a Tania. Rykoff no tomó nada, ya que iba a preparar el explosivo y no quería hallarse bajo los efectos del alcohol. Además, tendría que ir a recoger a Sikosi Tsiki a Limhamn en unas horas.

—¿Por qué no recibir al hombre de Sudáfrica con una comida de bienvenida? —propuso Konovalenko—. A ninguno de nosotros le gusta compartir mesa con un negro, pero a veces es necesario, en beneficio de la causa.

—A Victor Mabasha no le gustaba la comida rusa —le recordó Tania. Konovalenko meditó un instante.

—¡Pollo! —irrumpió al fin—. A todos los africanos les gusta el pollo.

Rykoff recogió a Sikosi Tsiki en Limhamn a las seis de la tarde. Pocas horas después, todos estaban sentados a la mesa. Konovalenko alzó su copa.

—Mañana tienes el día libre. Empezamos el viernes.

Sikosi Tsiki asintió. El sustituto era tan parco en palabras como su antecesor.

«Hombres taciturnos», pensó Konovalenko. «Implacables cuando la situación lo requiere. Tan implacables como yo mismo».

Wallander dedicó los días que sucedieron a su regreso a Ystad a planear diversas formas de actividad delictiva, preparando con encono y

decisión la salida del país de Victor Mabasha. Profundamente atormentado concluyó que aquélla era la única posibilidad de tener la situación bajo control. Sus remordimientos de conciencia no eran leves y no podía evitar pensar a todas horas que sus acciones eran más que reprobables.

Aunque fuese cierto que Victor Mabasha no había asesinado a Louise Åkerblom, también lo era que había estado presente cuando ocurrieron los hechos. Además, había cometido un delito de robo de un vehículo y otro a un comercio. Por si fuera poco, se encontraba en Suecia de forma ilegal y tenía planes de cometer un crimen en su propio país, Sudáfrica. Wallander trataba de convencerse de que, de este modo, podría evitarse que llevase a cabo este último delito. Por otro lado, todo ello contribuiría a impedir que Konovalenko asesinase también a Victor Mabasha. Aquél sería castigado por el asesinato de Louise Åkerblom en cuanto lograsen detenerlo. Lo que haría sería enviar un mensaje a sus colegas de Sudáfrica, a través de la Interpol, si bien quería tener a Mabasha fuera del país antes de hacerlo.

A fin de evitar llamar demasiado la atención, se había puesto en contacto con una agencia de viajes de Malmö para averiguar cómo podría volar Mabasha hasta Lusaka, en Zambia, pues éste le había explicado que no podría entrar en Sudáfrica sin visado. Sin embargo, si viajaba como ciudadano sueco, no necesitaría ningún visado para entrar en Zambia. Aún le quedaba dinero para el billete y para pagarse el resto del viaje desde Zambia, pasando por Zimbabue y Botsuana. Una vez en Sudáfrica, cruzaría la frontera por alguno de los puntos de vigilancia menos intensa.

La agencia de Malmö lo puso en conocimiento de las distintas alternativas hasta que Wallander decidió que Victor Mabasha viajaría vía Londres, y de allí, con Zambia Airways, hasta Lusaka. De todo ello se desprendía que Wallander tenía que proporcionarle un pasaporte falso.

Esta parte del plan no sólo constituía el mayor reto de tipo práctico, sino que además le causaba un remordimiento de conciencia indecible, ya que implicaba que tenía que ponerse a falsificar un pasaporte en su propia comisaría de Policía, lo cual suponía una traición contra su profesión. En nada lo aliviaba la circunstancia de haber hecho prometer a Mabasha que destruiría el documento inmediatamente después de pasar el control de pasaportes en Zambia.

—Lo quemarás el mismo día —le había exigido Wallander.

El inspector había comprado una cámara barata con la que le hizo algunas fotos para el pasaporte. El único escollo que le quedaba por salvar era conseguir que Victor Mabasha superase el control de pasaportes sueco. Aunque tuviese un pasaporte auténtico desde el punto de vista técnico, que además no figuraba en las listas de la policía de aduanas, existía un riesgo considerable de que ocurriese algo inesperado. Tras no pocas consideraciones, Wallander decidió que lo haría salir por la terminal de aerodeslizadores de Malmö, con un billete de primera clase. Suponía que la tarjeta de embarque contribuiría a que la policía del control de pasaportes no mostrase excesivo interés en su persona. Finalmente, Linda representaría el papel de novia de Mabasha. Wallander le enseñaría algunas frases en un sueco perfecto y los novios se despedirían ante las narices de la policía.

Según el billete, Mabasha abandonaría Suecia la mañana del viernes 15 de mayo. Para esa fecha, tenía que haberse agenciado el pasaporte falso.

El martes por la mañana Wallander tenía ya la solicitud de pasaporte cumplimentada para su padre y dos fotografías. El proceso de expedición de pasaportes había sufrido recientemente una profunda transformación, de modo que, en la actualidad, el pasaporte se expedía sobre la marcha, mientras el solicitante aguardaba el documento. Wallander esperó hasta

que la mujer que se encargaba de los pasaportes hubo atendido al último cliente y se disponía a cerrar la ventanilla.

—Disculpe que llegue tan tarde —se excusó—. Mi padre sale de viaje a Francia con un grupo de jubilados. ¿Se imagina? Quemó el pasaporte sin querer mientras hacía limpieza en el escritorio.

—Son cosas que pasan —concedió Irma, que así se llamaba la empleada—. ¿Lo necesita para hoy?

—Si puede ser... —repuso Wallander—. Siento haber llegado tan tarde.

—¡Mira que no poder resolver el asesinato de la mujer aquella! —exclamó Irma en tono de vago reproche, al tiempo que se hacía cargo de las fotografías y la solicitud.

Wallander seguía sus movimientos con interés y pudo ver cómo el pasaporte iba tomando forma. Una vez que lo tuvo en su mano, se sintió seguro de poder repetir el procedimiento él solo.

—¡Es impresionante lo fácil que resulta! —exclamó.

—Sí, pero muy aburrido —se quejó Irma—. ¿Por qué será que todos los trabajos se vuelven aburridos cuando se hacen más simples?

—Hazte policía —propuso Wallander—. Nosotros no nos aburrimos nunca.

—Ya soy policía, pero no creo que quiera cambiarme por ti. Debe de ser tremendo tener que sacar un cadáver del fondo de un pozo. ¿Qué es lo que se siente, en realidad?

—No sé, la verdad —respondió Wallander—. Es probable que la sensación sea tan intensa que uno queda como anestesiado y no siente nada en absoluto. Pero seguro que hay un informe en el Ministerio de Justicia que trata precisamente acerca de lo que sienten los policías cuando sacan cadáveres de mujeres de los pozos.

Se quedó un rato charlando con ella mientras cerraba. Todos los

pasaportes en blanco se guardaban en una caja fuerte, pero él sabía dónde estaban las llaves.

Habían acordado que Victor Mabasha abandonaría el país bajo el nombre del ciudadano sueco Jan Berg. Wallander había probado una serie de combinaciones de nombre y apellido para comprobar cuál de todas ellas le resultaría más fácil pronunciar a Mabasha, hasta que, al fin, se decidieron por Jan Berg. Victor Mabasha le preguntó qué significaba aquel nombre y se mostró satisfecho cuando oyó la traducción: «Montes». Durante sus conversaciones de aquellos días, el inspector había comprendido que el sudafricano vivía en un contacto muy próximo con un mundo espiritual que a él le era totalmente ajeno. Nada era accidental, ni siquiera un cambio provisional de nombre.

Linda le había hecho algunas aclaraciones de por qué el hombre de Sudáfrica pensaba de aquel modo, pero él seguía creyendo que no estaba preparado para comprender aquel mundo. Victor Mabasha hablaba de sus antepasados como si estuviesen vivos. Había incluso ocasiones en las que Wallander no tenía una idea clara de si los hechos que mencionaba habían ocurrido hacía cien años o, por el contrario, se habían producido en los últimos días. No podía evitar sentir fascinación por aquel hombre. A medida que lo iba conociendo, le resultaba más difícil aceptar que fuese un delincuente que estuviese preparando un grave atentado en su país.

Wallander permaneció en su despacho hasta muy tarde aquel martes. Para hacer la espera menos aburrida, empezó a escribirle una carta a Baiba Liepa, la mujer de Riga, pero la rompió después de haberla leído. Algún día escribiría una carta que le enviaría de verdad. Pero aún era pronto, y él lo sabía.

Hacia las diez de la noche no quedaba en la comisaría más que el personal del turno de noche. Puesto que no se atrevía a encender la luz de

la habitación en la que se elaboraban los pasaportes, iba preparado con una linterna con pantalla que daba una luz azul. Cruzó el pasillo, deseando haber estado haciendo algo totalmente distinto. Pensó en el mundo de los espíritus de Victor Mabasha y se preguntó de forma fugaz si los policías suecos contaban con la asistencia de algún espíritu protector que vigilase sus pasos cuando se disponían a cometer acciones indebidas.

La llave estaba en el consabido lugar de la caja fuerte donde se guardaban los documentos. Se quedó un momento contemplando el aparato que convertía las fotografías y la información del impreso de solicitud en un pasaporte. Después, se puso unos guantes de goma y empezó el trabajo. Por un momento le pareció oír ruido de pasos que se aproximaban. Se agazapó detrás del aparato y apagó la linterna y no continuó hasta que los pasos se hubieron alejado. Notaba cómo el sudor le chorreaba bajo la camisa. Pero, al fin, allí estaba el pasaporte. Apagó el aparato y dejó la llave en su sitio después de cerrar. Era cuestión de tiempo el que un control rutinario revelase que faltaba un documento en blanco. Teniendo en cuenta los números de registro, eso era algo que podía ocurrir incluso al día siguiente, lo cual sería origen de no pocas complicaciones para Björk. Sin embargo, no habría nada que los llevase hasta Wallander.

Hasta que no estuvo en su despacho, hundido en su sillón, no se dio cuenta de que había olvidado sellar el pasaporte. Lanzó una maldición para sus adentros y arrojó el pasaporte sobre la mesa.

En ese preciso momento, la puerta se abrió y dio paso a Martinson. Quedó sorprendido al ver a Wallander.

—¡Disculpa! No me esperaba que estuvieras aún aquí. Sólo iba a mirar si me había dejado el gorro.

—¿El gorro? ¡Pero si estamos a mediados de mayo!

—Es que creo que me estoy resfriando... —explicó Martinson—. Lo tuve aquí ayer cuando estuvimos hablando.

Wallander no recordaba haberle visto ningún gorro el día anterior cuando él y Svedberg estuvieron en su despacho para repasar las últimas novedades de la investigación y de la, hasta el momento, infructuosa persecución de Konovalenko.

—Mira en el suelo, debajo de la silla —sugirió Wallander.

Aprovechando que Martinson se agachaba para buscar el gorro, se guardó rápidamente el pasaporte en el bolsillo.

—Nada, aquí no está. Siempre me dejo el gorro perdido por ahí.

—Pregúntale a la limpiadora —propuso Wallander.

Martinson estaba ya a punto de irse, pero se detuvo al recordar algo.

—¿Te acuerdas de Peter Hanson?

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—Svedberg lo llamó hace un par de días para preguntarle acerca de algunos detalles del informe del interrogatorio. Entonces le contó que habían robado en tu apartamento. Ya sabes, los ladrones se controlan los unos a los otros, así que Svedberg pensó que merecía la pena intentarlo. Peter Hanson lo llamó hoy. Le dijo que era posible que supiese quién había cometido el robo.

—¡Joder! —exclamó Wallander—. Si puede hacer que recupere mis discos y mis cintas, me haré el loco con el equipo de música.

—Habla con Svedberg mañana. Y no te quedes aquí hasta muy tarde.

—No, si ya me iba —dijo Wallander levantándose.

Martinson se paró al otro lado de la puerta.

—¿Crees que conseguiremos atraparlo?

—¡Por supuesto! —aseguró Wallander—. Claro que lo atraparemos. Konovalenko no se nos escapará, ya verás.

—Es que puede que ya esté fuera del país —objetó Martinson.

—Sí, claro. Con eso hay que contar —convino Wallander.

—¿Y el africano que perdió el dedo?

—No me cabe la menor duda de que Konovalenko sabrá explicarlo todo.

Martinson asintió poco convencido.

—¡Ah! Otra cosa. El entierro de Louise Åkerblom se celebrará mañana.

Wallander lo miró, sin añadir nada más.

El entierro se desarrolló a las dos de la tarde del miércoles. Wallander estuvo dudando si acudir o no hasta el último momento. En realidad, no tenía ninguna relación personal con la familia Åkerblom. La mujer a la que iban a enterrar ya estaba muerta cuando él la conoció. Por otro lado, tal vez podría malinterpretarse el hecho de que un policía asistiese al entierro, sobre todo teniendo en cuenta que el autor del crimen aún no había sido detenido. Wallander no podía explicarse ni siquiera por qué consideró la posibilidad de ir. ¿Por curiosidad? ¿O quizá porque le remordía la conciencia? En cualquier caso, al dar la una de la tarde se puso un traje oscuro y buscó hasta encontrar su corbata blanca. Victor Mabasha lo observaba sentado mientras él se hacía el nudo de la corbata ante el espejo de la entrada.

—Voy a un entierro —explicó Wallander—. El de la mujer a la que mató Konovalenko.

Mabasha lo miró con asombro.

—¿Y hasta ahora no la habían enterrado? En mi país enterramos a los muertos lo antes posible, para que no se nos aparezcan luego.

—Nosotros no creemos en fantasmas —declaró Wallander.

—Los espíritus no son fantasmas —explicó Mabasha—. A veces me pregunto cómo es posible que los blancos comprendan tan pocas cosas.

—Puede que tengas razón. Pero también puede que estés equivocado.

Es posible que sea todo lo contrario.

Dicho esto, se marchó. Se dio cuenta de que lo había irritado la pregunta prepotente de Victor Mabasha.

«¡Va a venir ese negro de mierda a enseñarme a mí!», exclamó para sus adentros. «¡A saber lo que habría sido de él sin mí y sin mi ayuda!»

Aparcó el coche a poca distancia de la capilla que había junto al crematorio y aguardó mientras tañían las campanas y las personas enlutadas desaparecían una a una a través de la puerta. Cuando el conserje ya estaba a punto de cerrar, se apresuró a entrar él también y fue a instalarse en la última fila. Un hombre sentado unas hileras de bancos más adelante se volvió y lo saludó. Era un periodista de *Ystads Allehandai*.

Al escuchar las notas del órgano, se le hizo un nudo en la garganta. Los entierros eran una dura prueba para él, pues le hacían pensar con horror en el día en que él tuviese que acompañar a su padre a la tumba. De hecho, el entierro de su madre, hacía ya once años, aún despertaba en él recuerdos muy ingratos. En aquella ocasión, todos esperaban que él pronunciase unas palabras. Pero se vino abajo y salió de la iglesia a la carrera.

Intentó contener su emoción concentrando su atención en las personas que había en la capilla. En primera fila se veía a Robert Åkerblom con sus dos hijas, ambas vestidas de blanco. Junto a él se encontraba el pastor Tureson, que oficiaría en la inhumación.

De repente se acordó de las esposas que había encontrado en casa de los Åkerblom, en el cajón del escritorio. Hacía más de una semana que no pensaba en aquellas esposas.

«Existe una especie de curiosidad policial», pensaba, «que excede los límites del mero trabajo de investigación. Tal vez se trate de una deformación profesional que padecemos después de dedicar tantos años a

rebuscar en los rincones más íntimos de la gente. Ya sé que lo de las esposas puede quedar excluido de la investigación, que no son relevantes para el caso. Y, a pesar de todo, estaría dispuesto a dedicar mi esfuerzo a intentar comprender por qué estaban escondidas en el cajón, qué significaban para Louise Åkerblom y quizá también para su marido».

Ahuyentó con disgusto sus pensamientos y se concentró en el acto religioso. Hubo un momento durante la homilía del pastor Tureson en el que su mirada se encontró con la de Robert Åkerblom. A pesar de la distancia, pudo percibir en ella su infinito pesar y su sensación de abandono. Volvió a hacérsele un nudo en la garganta y, esta vez, empezó a llorar.

A fin de recuperar la calma, decidió pensar en Konovalenko. Al igual que, probablemente, la mayor parte de los policías del país, tampoco Wallander estaba del todo en contra de la pena de muerte. Aparte del escándalo que había supuesto el que se hubiese anulado dicho castigo para los traidores a la patria en tiempo de guerra, no era exactamente que él considerase que se trataba de una pena aplicable a ciertos tipos de delito, sino más bien que ciertos asesinatos, ciertas violaciones, ciertos delitos relacionados con los estupefacientes, podían llevarlo a pensar, por su extrema violencia, que algunas personas habían perdido su derecho a la propia vida. Comprendía que su razonamiento era paradójico y que una legislación que lo contemplase sería tan imposible como absurda. Dicho razonamiento no era, en el fondo, más que un reflejo de sus experiencias en bruto, no clasificadas ni sometidas a reflexión, aunque sí bastante tormentosas. Era, en definitiva, todo aquello que se veía obligado a presenciar como policía lo que propiciaba en él reacciones irracionales y dolorosas.

Concluida la ceremonia, le estrechó la mano a Robert Åkerblom y demás allegados, pero evitó mirar a las dos niñas, pues temía romper a

llorar de nuevo si lo hacía.

El pastor Tureson lo llevó a un lado, ya fuera de la capilla.

—Es muy de agradecer que haya venido —le dijo a Wallander—. Estoy seguro de que nadie contaba con que la policía enviase al entierro a ningún representante del cuerpo.

—No estoy aquí en representación de nadie, sino en mi propio nombre —afirmó Wallander.

—En ese caso, su presencia aquí resulta aún más valiosa. ¿Siguen buscando al responsable de esta tragedia?

Wallander asintió.

—Pero al final lo atraparán, ¿no es así?

—Sí —aseguró el inspector—. Más tarde o más temprano. ¿Cómo le va a Robert Åkerblom y a sus dos hijas?

—Lo más significativo para ellos en estos momentos es el sentimiento de comunidad con la parroquia, explicó el pastor. Además, cuenta con la ayuda de su dios.

—Pero... ¿aún conserva la fe? —preguntó Wallander pausadamente.

El pastor Tureson arqueó las cejas.

—¿Por qué habría de abandonar a su dios a causa de una mala acción de los hombres contra él y su familia?

—No, claro —admitió Wallander—. ¿Por qué habría de hacer algo así?

—Nos reuniremos en la iglesia dentro de una hora. Si quieres, puedes asistir.

—Gracias —repuso el inspector—. Tengo que volver al trabajo.

Se despidieron con un apretón de manos y Wallander fue a buscar su coche. Descubrió de pronto que la primavera había estallado a su alrededor.

«En cuanto Victor Mabasha haya partido y tengamos a Konovalenko,

me dedicaré de lleno a disfrutar de ella», pensó.

El jueves por la mañana, Wallander llevó a su hija a casa del abuelo, en Löderup. Una vez allí, a ella se le ocurrió quedarse a pasar la noche. Al ver el jardín abandonado, sintió deseos de arreglarlo antes de volver a Ystad, lo que le llevaría dos días, como mínimo.

—Si cambias de idea, no tienes más que llamarme —dijo Wallander.

—Podrías agradecerme que te haya limpiado el apartamento. Estaba hecho una pocilga —aseguró ella.

—Ya lo sé. Bueno, gracias.

—¿Hasta cuándo tengo que quedarme aquí? La verdad, tengo un montón de cosas que hacer en Estocolmo.

—No mucho más —prometió Wallander poco convencido. Sin embargo, ante su asombro, Linda se contentó con aquella respuesta.

Ya en la fiscalía, mantuvo una larga conversación con el fiscal Åkeson acerca de todo el material relativo a la investigación que él mismo había ordenado, con la ayuda de Martinson y de Svedberg.

Hacia las cuatro de la tarde fue a comprar algo de comida y se marchó a casa. Al abrir la puerta, se encontró con una montaña de folletos publicitarios de algún supermercado, que tiró a la basura sin ojearlos siquiera. Después preparó la cena y repasó una vez más todos los aspectos de tipo práctico relacionados con el viaje de Victor Mabasha. Comprobó que la pronunciación de las frases aprendidas era cada vez mejor.

Terminada la cena, se aplicaron a ensayar el último detalle. Mabasha llevaría una gabardina en el brazo izquierdo a fin de ocultar las vendas con las que aún necesitaba cubrir su mano tullida. Se trataba de practicar cómo sacar el pasaporte del bolsillo interior mientras sostenía la

gabardina con el brazo izquierdo. Wallander se mostró satisfecho: nadie sería capaz de descubrir la herida.

—Volarás a Londres con una compañía inglesa —explicó—. Sería demasiado arriesgado volar con las líneas escandinavas SAS. Es más que probable que las azafatas suecas hayan leído los periódicos y visto las noticias en la televisión. Podría ser que vieran tu mano y que diesen la alarma.

Cuando ya no les quedaba ninguna tarea de tipo práctico por realizar, se adueñó de la habitación un profundo silencio que ninguno de los dos se atrevió a romper durante un buen rato. Finalmente, Mabasha se incorporó y se quedó en pie ante Wallander.

—¿Por qué me has ayudado?

—No lo sé —confesó el inspector—. A veces me da por pensar que lo que tendría que hacer es ponerte un par de esposas. Sé que estoy corriendo un gran riesgo al dejarte escapar. Tal vez fuiste tú, después de todo, quien asesinó a Louise Åkerblom. Tú mismo me has contado cómo, en tu país, os convertís en mentirosos profesionales. Es posible que esté poniendo en libertad a un asesino.

—Y a pesar de tus dudas, ¿estás decidido a hacerlo?

—Sí, a pesar de mis dudas, lo haré.

Victor Mabasha se quitó la gargantilla que llevaba al cuello y se la tendió a Wallander. Éste pudo ver que llevaba colgado el diente de un animal salvaje.

—El leopardo es un cazador solitario, explicó Mabasha. A diferencia del león, que vive en manadas, el leopardo sigue su propio camino y sus propias huellas. Durante el día, en los momentos de calor más intenso, se tiende a descansar entre las ramas de los árboles, junto con las águilas. Por la noche sale de caza, siempre solo. El leopardo es un experto cazador y el mayor reto al que se pueden enfrentar los demás cazadores.

Esto es un diente de leopardo. Quiero que lo lleves tú.

—No estoy seguro de haber comprendido tus palabras —se excusó Wallander—. Pero acepto el regalo.

—Uno no puede comprenderlo todo. Una historia es un viaje que no tiene fin.

—Ésa es, probablemente, la mayor diferencia entre tú y yo. Yo estoy acostumbrado a que las historias tengan un final, y así lo espero. Para ti, en cambio, una buena historia es una historia infinita.

—Es posible —admitió Mabasha—. Saber que uno no volverá a ver a una persona puede ser fuente de felicidad, pues nos queda entonces algo que pervive.

—Probablemente —repitió Wallander—. Pero yo no lo creo así. En realidad, no creo que sea como dices.

Victor Mabasha no replicó.

Una hora después dormía tendido en el sofá, cubierto con una manta, mientras Wallander observaba el diente que le había regalado.

De pronto, se dio cuenta de que estaba nervioso. Entró en la cocina a oscuras y miró hacia la calle por la ventana, pero todo estaba en calma. Se dirigió entonces al vestíbulo para comprobar que la puerta se hallaba bien cerrada. Se sentó en un taburete que había junto a la mesa del teléfono y pensó que lo único que le pasaba era que estaba cansado. Doce horas más y Mabasha habría desaparecido.

Miró el diente de nuevo.

«De todos modos, nadie me creería», se dijo. «Aunque sólo sea por esa razón, será mejor que no le hable a nadie nunca sobre los días y las noches que pasé con un hombre negro al que un día le amputaron un dedo en una casa abandonada de Escania. Será uno de los secretos que me lleve a la tumba».

Cuando Jan Kleyn y Franz Malan se vieron en Hammanskraal la mañana del viernes 15 de mayo, no tardaron mucho en concluir que ninguno de los dos había hallado ningún inconveniente decisivo en el plan que se habían trazado.

El atentado se perpetraría en Ciudad del Cabo el día 12 de junio. Desde la cima de Signal Hill, al otro lado del estadio donde Nelson Mandela pronunciaría su discurso, Sikosi Tsiki tendría una posición ideal para disparar su fusil de larga distancia. Y, además, podría desaparecer sin que nadie lo advirtiese.

No obstante, había dos detalles que Jan Kleyn no había revelado ni a Franz Malan ni a los demás miembros del Comité, y que no tenía la menor intención de mencionar nunca ante ninguna persona. En efecto, por el bien de Sudáfrica y por la pervivencia del dominio blanco, estaba dispuesto a llevarse a la tumba una selección de secretos, con lo que ciertos acontecimientos y circunstancias de la historia del país serían siempre un misterio.

En primer lugar, no pensaba permitir que Sikosi Tsiki viviera sabiendo a quién había matado. No era que dudase de la capacidad del sustituto para guardar silencio; pero le agradaba la idea de actuar como los antiguos faraones, que mandaban matar a quienes habían construido las cámaras secretas de las pirámides con el fin de que nadie supiese de su existencia. Con ese mismo espíritu pensaba sacrificar a Tsiki. Lo mataría él mismo y se encargaría personalmente de que el cadáver nunca fuese hallado.

El segundo de los secretos que tenía la intención de mantener era que Victor Mabasha había estado vivo hasta la tarde anterior. Ahora sí estaba muerto, de eso no cabía ya la menor duda. No obstante, él interpretaba como un fracaso personal el hecho de que Mabasha hubiese logrado

mantenerse vivo durante tanto tiempo. Así, se sentía responsable directo de los errores de Konovalenko y de sus muestras reiteradas de incapacidad para concluir el capítulo llamado Victor Mabasha.

El hombre del KGB había revelado carencias sorprendentes. Sus intentos de ocultar dichos defectos mediante una mentira constituían, a ojos de Kleyn, su mayor debilidad. Jan Kleyn sufría siempre como una humillación personal el que alguien dudase de su capacidad para obtener la información que necesitaba. Una vez que el atentado contra Mandela hubiese tenido lugar, tomaría una decisión definitiva sobre si estaba dispuesto o no a acoger a Konovalenko en Sudáfrica. No ponía en duda la capacidad del ruso de dirigir la instrucción que Sikosi Tsiki precisaba. Pensaba que tal vez la causa de la caída del imperio soviético radicara en la misma incompetencia titubeante de que Konovalenko estaba dando testimonio. De ahí que no desdeñase la posibilidad de que también Konovalenko tuviese que desaparecer sin dejar ni rastro, al igual que sus colaboradores, Vladimir y Tania. Toda la operación exigía una exhaustiva limpieza posterior y ésa era una misión que no pensaba dejar en manos de ninguna otra persona.

Sentados a la mesa del mantel verde, repasaron el plan una vez más. Durante la semana anterior, Franz Malan había realizado una visita a Ciudad del Cabo y al estadio desde el que Nelson Mandela se dirigiría al país y al mundo. Por otro lado, había pasado una tarde en el lugar desde el que Sikosi Tsiki efectuaría su disparo. Desde allí grabó una película que vieron hasta tres veces en el televisor de la habitación contigua. Lo único que aún echaban en falta era el informe sobre las condiciones de presión barométrica y turbulencias, tan habituales en Ciudad del Cabo durante el mes de junio. Haciéndose pasar por representante de un club marítimo, Franz Malan se puso en contacto con el Instituto Nacional de Meteorología, que le prometió hacerle llegar la información solicitada a

un nombre y una dirección que nunca nadie podría hallar con posterioridad.

Jan Kleyn no se había dedicado lo más mínimo a este tipo de tareas de intendencia. Su contribución se encontraba a otro nivel muy diferente. La disección teórica del plan, ése era su cometido. El considerar imprevistos, un papel de lobo solitario, hasta estar seguro de que no surgiría ningún problema.

Dos horas más tarde, habían terminado el trabajo.

—Sólo nos queda ya una cosa —advirtió Kleyn—. Tenemos que averiguar las medidas exactas que adoptará la policía de Ciudad del Cabo ante el evento del 12 de junio.

—De eso me encargo yo —aseguró Malan—. Enviaremos una circular a todos los distritos policiales del país exigiendo copias de los planes de seguridad que deben aplicarse con motivo de cualquier acontecimiento político capaz de convocar a un público multitudinario.

Salieron al porche a esperar la llegada del resto de los miembros del Comité. Miraban el paisaje en silencio. En el horizonte se divisaba una pesada capa de humo sobre uno de los suburbios negros.

—Será un baño de sangre —dijo de repente Franz Malan—. Me cuesta imaginar lo que ocurrirá.

—Procura verlo como un proceso de saneamiento —lo animó Kleyn—. Es una expresión que sugiere pensamientos más agradables que «baño de sangre». Además de ser exactamente eso lo que nos proponemos.

—Sí, pero... —vaciló Malan—. A veces no me siento del todo seguro. ¿Seremos capaces de controlar los acontecimientos?

—La respuesta es bien sencilla —resolvió Kleyn—. No nos queda otro remedio.

«Ahí lo tenemos de nuevo, el rasgo fatalista», se dijo Malan. Observaba de hito en hito a aquel hombre, a unos metros de distancia de

donde él se encontraba. En algunas ocasiones lo asaltaba una pregunta: ¿no estaría loco? Quién sabe si no era un psicópata que ocultaba la violenta verdad sobre sí mismo bajo una apariencia de permanente autocontrol.

Le disgustaba la idea. Lo único que podía hacer era intentar no pensar en ello.

A las dos de la tarde, todos los miembros del Comité estaban presentes. Franz Malan y Jan Kleyn les mostraron la película y expusieron el plan. No hubo muchas preguntas y las objeciones resultaron fáciles de rechazar. La discusión les llevó menos de una hora, con lo que, poco antes de las tres, sometieron el proyecto a votación. Habían tomado una decisión.

Veintiocho días más tarde, Nelson Mandela sería asesinado mientras pronunciaba un discurso en un estadio a las afueras de Ciudad del Cabo.

Los asistentes a la reunión abandonaron uno a uno Hammanskraal a intervalos de varios minutos. El último en partir fue Jan Kleyn.

Había empezado la cuenta atrás.

El ataque se produjo poco después de medianoche.

Victor Mabasha dormía en el sofá y Wallander estaba en la cocina, intentando decidir si tenía hambre o si sólo le apetecía una taza de té.

Se preguntaba si su padre y su hija estarían despiertos. Suponía que así era, pues siempre tenían una cantidad incomprensible de cosas de las que hablar.

Mientras esperaba que el agua empezase a hervir, pensó que habían pasado ya tres semanas desde el día en que empezaron a buscar a Louise Åkerblom. Después de aquellas tres semanas, sabían que había sido asesinada por un hombre llamado Konovalenko, quien, con toda probabilidad, también habría matado al agente Tengblad.

Dentro de unas horas, cuando ya Mabasha estuviese fuera del país, podría referir todo lo ocurrido. Sin embargo, tenía decidido hacerlo de forma anónima. Sabía que probablemente nadie encontraría verosímil el contenido de la carta sin firma que pensaba enviar a la policía. Todo dependía, en última instancia, de lo que Konovalenko estuviese dispuesto a reconocer. La cuestión era, en este caso, si al menos lo creerían a él.

Wallander vertió el agua hirviendo en la tetera y se sentó en una silla de la cocina.

En ese preciso momento se produjo una explosión en la puerta de entrada y en el vestíbulo. La tremenda presión de la onda expansiva hizo que Wallander saliese disparado hacia atrás y se diese un golpe contra la

puerta del frigorífico. La cocina se llenó de humo rápidamente y él se dirigió tambaleándose a la puerta del dormitorio. Acababa de llegar a la mesilla de noche y tenía ya la pistola en la mano cuando oyó tras de sí cuatro disparos consecutivos. Con gran rapidez, se tendió en el suelo. Los disparos procedían del salón.

«Konovalenko», pensó angustiado. «Ahora vendrá a por mí».

Se deslizó bajo la cama a toda prisa. Era tal el miedo que sentía que estaba convencido de que su corazón no resistiría la tensión. Más tarde recordaría que lo asaltó la idea de lo humillante que resultaba tener que morir bajo su propia cama.

Oyó unos golpes sordos y gritos ahogados que venían del salón. Entonces, alguien entró en el dormitorio, permaneció allí inmóvil unos segundos y se marchó de nuevo. Wallander oyó que Victor Mabasha gritaba unas palabras ininteligibles y se tranquilizó al pensar que aún estaba vivo. Percibió entonces unos pasos que se alejaban por la escalera y, al mismo tiempo, unos gritos procedentes de la calle o de alguno de los apartamentos vecinos.

Salió arrastrándose de debajo de la cama y se incorporó despacio para mirar la calle desde la ventana, pero el humo le escocía en los ojos y le impedía ver con claridad. Al cabo, divisó a dos hombres que arrastraban a Mabasha, cada uno de un brazo. Uno de ellos era Rykoff. Sin pensárselo dos veces, Wallander abrió de un tirón la ventana del dormitorio y lanzó un disparo al aire. Rykoff soltó el brazo de su víctima, se dio la vuelta y lanzó contra Wallander una ráfaga de metralla que atravesó los cristales de la ventana; los fragmentos le dieron en la cara. Al oír los gritos de la gente y el motor de un Audi negro que desaparecía calle abajo, salió corriendo a la calle, donde había empezado a aparecer gente a medio vestir. Al ver a Wallander pistola en mano, se hicieron a un lado entre gritos. Con manos temblorosas, abrió la puerta del coche e intentó

introducir la llave en el contacto varias veces, maldiciendo hasta que lo consiguió y salió en persecución del Audi. Oyó a lo lejos el sonido de sirenas que se aproximaban. Resolvió tomar la autovía de Österleden y acertó, pues el Audi salió derrapando por la calle de Regementsgatan para desaparecer en dirección este. Pensó que quizá no sospechasen que era él quien conducía el coche.

La única explicación que encontraba al hecho de que el hombre que había entrado en el dormitorio no hubiese mirado debajo del colchón era que la cama estaba hecha, de donde habría deducido que no se encontraba en casa.

En condiciones normales, Wallander solía dejar la cama sin hacer por las mañanas. Sin embargo, aquel día su hija le había limpiado y ordenado el apartamento y le había cambiado las sábanas.

Salieron de la ciudad a toda velocidad. Wallander mantenía la distancia y se sentía como en una pesadilla. Tenía la certeza de estar quebrantando todas las normas que había que seguir en la detención de un delincuente peligroso. Empezó a frenar con la intención de detenerse y dar la vuelta, pero se arrepintió enseguida. Habían pasado ya Sandskogen y el campo de golf, que quedaban a la izquierda, y Wallander empezaba a preguntarse si el Audi giraría hacia Sandhammaren o si continuaría recto en dirección a Simrishamn y Kristianstad.

De pronto, vio cómo las luces traseras del coche que llevaba delante empezaban a moverse de forma extraña al tiempo que quedaban cada vez más cerca. Al parecer, se les había pinchado una rueda. El coche se salió de la carretera y quedó fuera del arcén, tumbado sobre un costado. Wallander dio un frenazo ante la entrada de una casa que había al borde de la carretera y se metió en el jardín. Cuando salió del coche vio a un hombre junto a la puerta iluminada.

El inspector tenía la pistola en la mano. Intentó hablar con un tono

amable y decidido al mismo tiempo.

—Me llamo Wallander. Soy policía —farfulló entre resoplidos—. Llama al noventa mil y di que voy tras la pista de un hombre que se llama Konovalenko. Explícales dónde vives y diles que empiecen a buscar en el campo de prácticas militares. ¿Te has enterado?

El hombre, que debía de tener unos treinta años, asintió.

—Te conozco —respondió apaciblemente—. He visto tu fotografía en los periódicos.

—Llama ahora mismo —atajó Wallander—. Tienes teléfono, ¿verdad?

—¡Claro que tengo teléfono! ¿No crees que te vendría bien un arma mejor que esa pistola?

—Seguro que sí —admitió Wallander—. Pero ahora no tengo tiempo de cambiar de arma.

Echó a correr hacia la calle.

El Audi se veía a unos metros de distancia. Intentaba mantenerse en la sombra mientras se acercaba sigiloso. Seguía preguntándose cuánto tiempo aguantaría su corazón tanta presión. No obstante, se sentía muy satisfecho de no haber muerto debajo de su cama y consideró que tal vez el propio miedo fuese el motor que lo impulsaba a actuar. Se detuvo al abrigo de un indicador de la carretera y aguzó el oído. Ya no había nadie junto al coche. Descubrió que habían arrancado un trozo de la valla que rodeaba el campo de prácticas de tiro. Un banco de niebla procedente del mar se posaba abigarrado y presuroso sobre el campo de tiro. Contempló unas ovejas que había tendidas en el suelo, inmóviles. Luego, de repente, oyó que una de las ovejas, a la que no podía ver a causa de la niebla, empezaba a balar mientras otra le respondía con un balido inquieto.

«Eso es», se dijo. «Las ovejas me guiarán».

Corrió agazapado hacia el agujero de la valla y se tendió en el suelo a

mirar entre la niebla. No podía ver ni oír nada. Entonces llegó un coche por la carretera de Ystad que se detuvo a la altura del lugar en que él se encontraba. Un hombre salió del vehículo. Wallander vio que se trataba del joven que había prometido llamar al número de teléfono que le había indicado y que llevaba una escopeta de perdigones. Wallander se arrastró a través de la valla hasta llegar a su lado.

—¡Quédate aquí! —ordenó—. Retrocede con el coche unos cien metros y aguarda allí hasta que llegue la policía. Muéstrales dónde está el agujero. Diles que hay al menos dos hombres armados, uno de ellos con un arma automática. ¿Lo recordarás?

El hombre asintió.

—Te he traído una escopeta.

Wallander dudó un instante.

—Explícame cómo funciona. No sé casi nada de escopetas de perdigones.

El hombre lo miraba asombrado mientras le enseñaba dónde estaba el seguro y cómo se cargaba el arma. Wallander comprendió que se trataba de un modelo de bomba neumática. Tomó la escopeta y el hombre le metió unos cuantos cargadores en el bolsillo. Luego, retrocedió con el coche, tal y como Wallander le había indicado que hiciese. El inspector volvió a colarse por el agujero. De nuevo se oyó balar a las ovejas por la derecha, en algún lugar entre una hondonada y la llanura que se extendía hasta el mar. Se guardó la pistola en el cinturón y empezó a arrastrarse con gran cautela hacia los desapacibles balidos de las ovejas.

La niebla era ya muy densa.

Martinson se despertó con la llamada de la central de emergencias, que lo puso al corriente del incendio y el tiroteo en la calle de

Mariagatan, así como del mensaje que Wallander le había dejado al hombre que vivía en las afueras de Ystad. Se despejó enseguida y empezó a vestirse al tiempo que marcaba el número de Björk. A Martinson le pareció que sus palabras tardaban en penetrar la conciencia somnolienta de su jefe. Sin embargo, el mayor número de efectivos que era posible reunir en treinta minutos se encontraba dispuesto, después de ese tiempo, a la puerta de la comisaría. Además, varios equipos de refuerzos venían en camino desde diversos distritos cercanos. Finalmente, encontró un momento para llamar y despertar al director general de la Policía, quien había solicitado que se le informase cuando se fuese a efectuar la detención de Konovalenko.

Martinson y Svedberg contemplaron con disgusto el pelotón de policías, pues ambos eran de la opinión de que un equipo menor podría prestar el mismo servicio en mucho menos tiempo. Pero Björk había seguido el reglamento; no quería aventurarse a recibir ninguna crítica.

—Esto se va a ir al garete —se lamentó Svedberg—. Tendríamos que encargarnos de la operación tú y yo solos. Lo único que hará Björk será enredarlo todo. Si Wallander está allí solo y si Konovalenko es tan peligroso como sospechamos, nos necesita ya, y no dentro de una hora.

Martinson se mostró de acuerdo y se dirigió hacia Björk.

—Mientras tú reúnes a la gente, nos adelantaremos Svedberg y yo —le dijo.

—De ninguna manera, atajó Björk terminante. En estos casos, hay que seguir las normas.

—Tú puedes seguir las normas del reglamento; Svedberg y yo seguiremos las del sentido común —replicó Martinson irritado antes de darse media vuelta y alejarse.

Svedberg y él subieron a uno de los coches y se marcharon de allí, con los gritos de Björk a sus espaldas. Al pasar, le hicieron una señal a

Peters y a Norén para que los siguieran.

Abandonaron Ystad a toda velocidad. Dejaron pasar al coche patrulla para que les abriera paso con las sirenas y las luces de emergencia. Martinson iba al volante y Svedberg estaba a su lado manoteando torpemente con su pistola.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Martinson—. El campo de prácticas que hay antes de la salida hacia Kåseberga, dos hombres armados, uno de ellos Konovalenko.

—No tenemos ni idea de cuál es la situación —resumió Svedberg—. La verdad, no me apetece nada esta aventura.

—Una explosión y un tiroteo en la calle de Mariagatan —prosiguió Martinson imperturbable—. ¿Cuál será la relación entre lo uno y lo otro?

—Esperemos que Björk pueda averiguarlo estudiando la normativa —ironizó Svedberg.

Fuera del edificio de la comisaría de Policía de Ystad la situación de caos aumentaba por momentos. Los ciudadanos residentes en Mariagatan no paraban de llamar por teléfono, asustados por el incidente. Los bomberos estaban llevando a cabo las tareas de extinción del incendio provocado por la explosión. Ahora le tocaba a la policía intentar localizar a los responsables de los disparos. El jefe del cuerpo de bomberos, Peter Edler, les comunicó que había abundantes restos de sangre en la calle, cerca del edificio.

Björk, presionado desde varios frentes, decidió finalmente esperar con lo de Mariagatan. Lo primero y más importante era detener a Konovalenko y a su cómplice y ayudar a Wallander.

—¿Alguno de vosotros sabe hasta dónde llega el campo de prácticas? —preguntó Björk.

Nadie lo sabía con exactitud, pero alguien dijo que se extendía hasta la carretera que pasaba junto a la playa. Por otro lado, comprendió que

desconocían el terreno hasta tal punto que lo único que podrían hacer sería acordonar toda la zona de prácticas de tiro.

Los coches de los distritos circundantes no cesaban de llegar y, puesto que se trataba de atrapar a un tipo que había matado, entre otros, a un policía, habían acudido incluso algunos agentes que libraban aquel día.

Junto con uno de los mandos de Malmö, Björk decidió que no perfilarían el plan de asedio hasta que no se encontrasen sobre el terreno. Finalmente, habían enviado un coche de la policía a la base militar, donde les proporcionarían un mapa fiable de la zona.

Así, poco después de la una, una larga caravana de coches patrulla abandonaba Ystad. Algunos automovilistas civiles se sumaron curiosos a la procesión. La bruma comenzaba a extenderse con gran rapidez sobre el centro de la ciudad.

Ya en el campo de tiro, los recibió el hombre que había transmitido los mensajes de Wallander a Svedberg y Martinson.

—¿Alguna novedad? —preguntó Björk.

—Nada —repuso el hombre.

En ese preciso momento, un disparo aislado procedente de algún punto impreciso del campo retumbó en la oscuridad, seguido de una descarga múltiple que precedió a un nuevo silencio.

—¿Dónde estarán Svedberg y Martinson? —inquirió Björk dejando traslucir el miedo en su voz.

—Se internaron corriendo en el campo de tiro en cuanto llegaron —explicó el hombre.

—¿Y Wallander?

—No he vuelto a verlo desde que desapareció en la zona de prácticas.

Los focos de los coches de la policía arrojaban su luz sobre la niebla y las ovejas.

—Tenemos que hacerles saber que estamos aquí —concluyó Björk—.

Acordonaremos la zona en la medida de lo posible.

Unos minutos después, su voz atravesaba la soledad del campo. El eco de los altavoces le confería un tono fantasmagórico. Acto seguido, empezaron a tomar posiciones en torno al campo de tiro y se dispusieron a esperar.

Una vez que Wallander se hubo internado en la zona de prácticas y ya rodeado por la espesura de la neblina, los acontecimientos se desarrollaron a gran velocidad. Caminaba hacia los balidos de los corderos, con movimientos rápidos, agazapado, pues tenía el presentimiento de que llegaba demasiado tarde. En varias ocasiones tropezó con alguna oveja, que salió corriendo balando su queja. Se dio cuenta de que los corderos no sólo le servían de guía, sino que también delataban su proximidad. Entonces los descubrió.

Estaban justo en el límite del campo con la pendiente hacia la playa. La escena tenía el aspecto de un fotograma. Habían obligado a Victor Mabasha a arrodillarse, Konovalenko ante él con una pistola en la mano, el obeso Rykoff unos metros más allá. Wallander oyó a Konovalenko preguntar una y otra vez:

—¿Dónde está el policía?

—No lo sé —se oía replicar a Mabasha.

Wallander percibió el tono retador de Mabasha y sintió una irritación incontenible. Sentía crecer su odio hacia el asesino de Louise Åkerblom y con total certeza también de Tengblad y buscaba febrilmente una salida. Si intentaba acercarse arrastrándose, lo descubrirían enseguida. Por otro lado, dudaba mucho de poder acertar desde donde se encontraba con la pistola o con la escopeta, pues ninguna tenía el alcance necesario. Finalmente, un ataque por sorpresa resultaría sin remedio un suicidio,

pues el arma automática que empuñaba Rykoff lo eliminaría al momento.

Así, no le quedaba otra salida que aguardar y confiar en que sus colegas apareciesen lo antes posible. Sin embargo, Konovalenko se mostraba cada vez más impaciente y ya empezaba a dudar de que llegasen a tiempo. Wallander tenía la pistola preparada e intentó tumbarse de modo que pudiese apuntar con mano firme y el cañón centrado en la persona de Konovalenko.

Pese a todo, el final llegó de forma precipitada y antes de tiempo, de modo que Wallander no tuvo ocasión de reaccionar hasta que no fue demasiado tarde. Después del suceso comprendió, con mayor claridad que nunca, lo poco que se tarda en acabar con una vida.

Konovalenko reiteró la pregunta por última vez y obtuvo la misma respuesta huidiza y provocativa de Mabasha. Entonces, el ruso alzó su arma y disparó en mitad de la frente de Mabasha, del mismo modo en que, tres semanas antes, había asesinado a Louise Åkerblom.

Wallander lanzó un grito y disparó demasiado tarde. Victor Mabasha cayó hacia atrás y quedó inmóvil, tendido en una postura antinatural. El disparo de Wallander no había alcanzado a Konovalenko. Comprendió entonces que la pistola automática de Rykoff constituía ahora la amenaza más importante. Apuntó al voluminoso ruso y le disparó una y otra vez. Ante su asombro, vio cómo Rykoff se encogía de repente antes de caer al suelo.

Cuando Wallander apuntó con su arma a Konovalenko, éste llevaba el cuerpo de Mabasha, como un escudo, e intentaba recular hacia la playa. Sabía que Victor Mabasha estaba muerto, pero no fue capaz de disparar. Se incorporó entonces y le ordenó a gritos a Konovalenko que tirase el arma y se entregase. Lo único que obtuvo por respuesta fue un disparo. Wallander se echó a un lado. El cuerpo de Mabasha lo salvó, pues ni siquiera Konovalenko era capaz de disparar con mano firme al tiempo

que mantenía de pie y pegado a sí un cuerpo inerte. Oyó aproximarse en la distancia el silbido de una sirena solitaria. La niebla se espesaba a medida que se acercaban a la playa. Wallander lo seguía con un arma en cada mano. De repente, Konovalenko dejó caer el cadáver, echó a correr pendiente abajo y desapareció. En ese mismo instante, Wallander oyó gemir a un cordero a su espalda. Se dio la vuelta rápidamente y levantó la pistola y la escopeta al mismo tiempo. Entonces vio que eran Martinson y Svedberg quienes se hacían visibles de entre la bruma. Ambos estaban horrorizados, llenos de asombro.

—¡Aparta las armas! —gritó Martinson—. ¿No ves que somos nosotros?

Wallander sabía que Konovalenko estaba a punto de escapar de nuevo y que no tenía tiempo para detenerse a dar explicaciones.

—¡Quedaos donde estáis! —les gritó—. ¡No se os ocurra seguirme!

Empezó entonces a retroceder, sin bajar las armas. Martinson y Svedberg permanecieron inmóviles hasta que desapareció en la niebla.

Ambos compañeros se miraron aterrados.

—¿Estás seguro de que era Kurt? —preguntó Svedberg.

—Sí —repuso Martinson—. Pero parecía fuera de sí.

—Bueno, está vivo, después de todo —se consoló Svedberg.

Se deslizaron con gran cautela hacia la pendiente que desembocaba en la playa, en la que Wallander había desaparecido. La densa niebla no les permitía distinguir ningún movimiento. Oían el rumor vago del lento vaivén del agua hacia la orilla.

Martinson se puso en contacto con Björk mientras Svedberg empezaba a examinar los dos cuerpos que había en el suelo. Martinson solicitó el apoyo de ambulancias y dio instrucciones a su jefe para que pudiese localizar el lugar donde se encontraban.

—¿Y Wallander? —preguntó Björk.

—Está vivo —fue la respuesta de Martinson—. Pero no puedo decirte dónde se encuentra ahora mismo.

Dicho esto, apagó el transmisor-receptor sin darle la oportunidad de hacer más preguntas.

Se acercó hasta donde se encontraba Svedberg y observó al hombre al que había matado Wallander. Dos proyectiles lo habían atravesado justo por encima del ombligo.

—Tenemos que decírselo a Björk —señaló Martinson—. Que Wallander parecía histérico.

Svedberg asintió. Sabía que era inevitable.

Fueron hacia donde estaba tendido el otro cuerpo.

—El hombre sin dedo —constató Martinson—. Ahora ha perdido la vida también. —Se agachó y miró el agujero de la frente.

A los dos les vino a la mente la imagen de Louise Åkerblom.

Luego llegaron los coches de la policía y minutos después dos ambulancias. Mientras procedían al examen de los dos cuerpos, Svedberg y Martinson se sentaron con Björk en uno de los coches patrulla, con la intención de contarle lo que habían presenciado. Björk los miraba incrédulo.

—¡Qué raro! —dijo al fin—. Es cierto que Kurt puede actuar de forma insólita a veces, pero me cuesta creer que haya perdido la razón...

—Tendrías que haberlo visto —aseguró Svedberg—. Parecía descompuesto. Además, nos apuntó con sus armas, una en cada mano.

Björk meneaba la cabeza.

—Y decís que después desapareció caminando por la orilla, ¿no es así?

—Sí, tras los pasos de Konovalenko —aclaró Martinson.

—¿Por la orilla?

—Fue por ahí por donde desapareció.

Björk intentaba hallar una explicación a lo que le habían contado los dos agentes.

—Haremos venir unas patrullas de perros —concluyó transcurridos unos segundos—. Tendremos que establecer controles y pedir algunos helicópteros en cuanto la niebla se disperse y sea de día.

No acababan de salir del coche cuando oyeron un disparo procedente de la playa, de algún punto impreciso, en dirección este. El silencio inundó de nuevo la zona. Los policías, el personal de las ambulancias y los perros se mantenían expectantes.

Finalmente, un cordero quebró la calma con un balido que hizo que Martinson se estremeciera.

—Debemos ayudar a Kurt —resolvió—. Está solo, en mitad de la niebla, y tiene que enfrentarse a un hombre que no duda en dispararle a cualquiera. Hemos de ir en su ayuda ahora mismo, Otto.

Svedberg nunca había oído a Martinson llamar a Björk por su nombre de pila. A éste también le sorprendió, como si no hubiese comprendido de inmediato a quién se dirigía Martinson.

—Guías de perros con chalecos antibalas —ordenó.

Poco después daba comienzo la batida con los perros policía, que enseguida detectaron la pista que había que seguir y tiraban inquietos de las correas. Martinson y Svedberg seguían a los guías pisándoles los talones.

Los perros descubrieron una mancha de sangre en la arena, a unos doscientos metros del lugar del crimen. Empezaron a husmear en círculos, pero no hallaron nada más. De repente, uno de los perros echó a correr en dirección norte. Se encontraban en el límite del campo de tiro, siguiendo la valla. La pista que habían olfateado los perros los condujo al otro lado de la carretera, hacia Sandhammaren.

Después de dos kilómetros, el rastro desapareció como por encanto,

sin dejar el menor indicio. Los perros iniciaron el regreso gruñendo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Martinson a uno de los guías.

Éste denegó con la cabeza.

—El rastro se ha esfumado —repuso.

Martinson lo miraba sin comprender.

—Es imposible que Wallander se haya esfumado.

—Ya, pero eso es lo que parece —insistió el guía.

Prosiguieron la búsqueda hasta el amanecer. Había controles por toda la zona y todos los efectivos policiales del sur de Suecia estaban involucrados, de un modo u otro, en la búsqueda de Konovalenko y de Wallander. Cuando la niebla empezó a desvanecerse, iniciaron el rastreo con helicópteros.

Pese a todo, no hallaron nada. Los dos hombres habían desaparecido.

A las nueve de la mañana, Svedberg y Martinson se vieron con Björk en la sala de reuniones. Estaban todos agotados y empapados por la humedad de la neblina. Martinson había empezado a manifestar los primeros síntomas de un resfriado fenomenal.

—¿Qué le voy a decir al director general? —se lamentaba Björk.

—Hay ocasiones en que lo mejor es decir las cosas como son —sentenció Martinson con calma.

Björk movió la cabeza.

—¿Os imagináis los titulares? —insistió—. «Un inspector jefe que ha perdido el juicio es el arma secreta de la policía en la búsqueda y captura del asesino de un agente».

—Los titulares tienen que ser más cortos para ser buenos —objetó Svedberg.

Björk se levantó.

—Marchaos a casa a comer algo y cambiaros de ropa —les aconsejó—. Tenemos que continuar con esto.

Martinson alzó la mano, como un escolar.

—Yo pensaba ir a Löderup, a casa de su padre, para hablar con su hija. Quizás ella sepa algo que nos ayude a comprender lo ocurrido.

—De acuerdo —convino Björk—. Pero no te entretengas demasiado allí.

Dicho esto, se encerró en su despacho y llamó al director general.

Cuando consiguió poner punto final a la conversación, estaba tan encolerizado que se lo llevaban los demonios. En efecto, se había visto obligado a escuchar todas las quejas que ya se había imaginado.

Martinson charlaba con la hija de Wallander en la cocina de la casa de Österleden mientras ella preparaba café. Nada más llegar, fue al estudio a saludar al padre de Kurt, aunque no le contó nada de lo ocurrido la noche anterior, pues quería hablar primero con su hija.

Al confiarle los detalles del suceso, Martinson vio que ella se asustaba y que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—En realidad, yo tendría que haber dormido allí ayer noche —explicó.

Le sirvió una taza de café con manos temblorosas.

—No puedo creer que Victor Mabasha esté muerto —prosiguió—. Simplemente, me resulta increíble.

Martinson dejó oír un murmullo por respuesta.

Dedujo que, al parecer, ella podría contarles muchas cosas sobre lo que ocurrió realmente entre su padre y el africano muerto. Comprendió además que el joven negro al que habían visto los compañeros en el coche de Wallander no era el novio africano de Linda, y se preguntaba por qué razón les habría mentado.

—Tenéis que encontrar a mi padre antes de que suceda algo

irremediable —irrumpió ella.

—Haremos cuanto esté en nuestra mano.

—Eso no es suficiente —objetó ella—. Tendréis que hacer más.

—Sí, claro, haremos más de lo que podamos —repitió Martinson.

Media hora después, Martinson abandonaba la casa y partía hacia Ystad. Linda le había prometido contarle a su abuelo todo lo ocurrido y Martinson le aseguró a su vez que la mantendría informada de cuanto sucediese en las próximas horas.

Después del almuerzo, Björk se sentó con Svedberg y Martinson en la sala de reuniones de la jefatura e hizo algo insólito: cerró la puerta con llave.

—Es que no quiero que nos moleste nadie —declaró—. Tenemos que terminar con este lío endemoniado antes de que se nos escape de las manos más de la cuenta.

Martinson y Svedberg miraban fijamente el tablero de la mesa, sin saber qué decir.

—¿Alguno de vosotros ha detectado algún indicio de que Kurt esté volviéndose loco? —preguntó a bocajarro—. Tenéis que haber visto algo. Yo siempre he opinado que se comportaba de forma un tanto extraña de vez en cuando, pero sois vosotros quienes trabajáis con él día a día.

—Yo no creo que haya perdido la razón —afirmó Martinson rompiendo un silencio que terminó por hacérsele insoportable—. Tal vez no se trate más que de exceso de trabajo.

—En ese caso, todos y cada uno de los policías del país serían víctimas de arrebatos de violencia alguna que otra vez —objetó Björk rechazando la sugerencia—. Y no es algo que suceda muy a menudo, la verdad. Lo que ocurre es que se ha vuelto loco, o perturbado mental, si os suena mejor. ¿No le vendrá de familia? Creo que su padre estuvo deambulando por una plantación hace unos años, ¿no?

—Sí, pero estaba borracho —apuntó Martinson—. O víctima de un ataque transitorio de locura senil; pero Kurt no es ningún vejestorio.

—¿No padecerá Alzheimer, locura senil prematura? —sugirió Björk.

—No sé de qué enfermedad estás hablando —atajó Svedberg de repente—. ¡Dios santo! ¿Por qué no podemos centrarnos en el asunto? Será un médico quien tenga que decidir si a Kurt le ha dado un ataque de locura transitorio o no, creo yo. Lo que nosotros tenemos que hacer es encontrarlo. Sabemos que se vio envuelto en un violento tiroteo en el que murieron dos personas; lo vimos en el campo, nos apuntó con su arma, pero no dio muestras de una conducta peligrosa en absoluto. Parecía más bien desesperado, quizá confundido, no sabría precisarlo. Pero el hecho es que está desaparecido desde aquel momento.

Martinson asintió despacio.

—Kurt no se encontraba en el lugar de los hechos por casualidad —dijo reflexivo—. Habían atacado su apartamento. Hemos de suponer que el hombre negro se encontraba allí. Nada sabemos de lo que ocurrió después. Podemos conjeturar que Kurt se lanzó en persecución de alguien y que no tuvo oportunidad de comunicárnoslo, o que decidió que nos lo contaría más tarde, ¿quién sabe? No sería la primera vez que lo hiciese, pese a que sabe perfectamente que no nos gusta su actitud. Es igual. Lo único que debe importarnos ahora es encontrarlo.

Los tres hombres guardaban silencio.

—Nunca pensé que me vería en semejante situación —admitió Björk al fin.

Martinson y Svedberg adivinaban a qué se refería.

—Ya, pero es necesario —afirmó Svedberg—. Tienes que dictar una orden de búsqueda y captura y dar la alarma a escala nacional.

—Es tremendo —musitó Björk—. Tremendo e inevitable.

No tenían más que añadir.

Con paso lento y semblante grave se dirigió a su despacho para dar la orden de búsqueda y captura de su colega y amigo Kurt Wallander.

Era el 15 de mayo de 1992 y la primavera había llegado a Escania. Se presentaba un día muy caluroso.

Mientras caía la noche, una tormenta se cernía sobre Ystad.

A la luz de la luna, la leona parecía totalmente blanca.

Georg Scheepers contuvo la respiración sin moverse de la plataforma del jeep mientras la observaba. Estaba tendida, estática, junto al río, a unos treinta metros de donde él se hallaba. Lanzó una mirada fugaz a su mujer, Judith, que estaba de pie a su lado. Ella le devolvió la mirada y él vio que tenía miedo. Scheepers denegó despacio con la cabeza.

—No te preocupes —musitó—. No nos hará nada.

Él creía en lo que acababa de decir aunque, en su fuero interno, no estuviese del todo convencido. Los animales del parque Kruger, en el que se encontraban, estaban habituados a que las personas los contemplasen desde sus jeeps incluso a medianoche, como era el caso. Sin embargo, no podía olvidar que la leona era un depredador, impredecible, guiado por sus instintos y nada más. Era un animal joven. Su fortaleza y su rapidez no alcanzarían nunca mayor esplendor. Por lo tanto, no le llevaría más de tres segundos, como máximo, incorporarse de aquella postura indolente en la que se hallaba y ganar el vehículo con unos cuantos saltos de sus vigorosas zarpas. El chófer negro no parecía muy atento. Ninguno de ellos iba armado. Si ella quisiese, podría matarlos a los tres en unos segundos. Tres mordeduras de sus poderosas mandíbulas en la garganta o la columna serían más que suficiente.

De repente, como si la leona hubiese reaccionado a su reflexión, levantó la cabeza y dirigió la mirada hacia el coche. Scheepers sintió la

mano de Judith aferrada a su brazo. Se diría que la leona miraba más allá, que penetraba sus rostros con su mirada. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos, que despedían fosforescencias. A Georg Scheepers se le aceleraba el corazón. Deseaba con todas sus fuerzas que el chófer pusiese en marcha el motor, pero el hombre negro permanecía inmóvil tras el volante. Lo llenó de un súbito terror la idea de que se hubiese dormido.

Entonces, la leona se levantó de la arena sin dejar de observar a los humanos en su vehículo. Georg Scheepers sabía que la proximidad de un león podía paralizarlo a uno. Todos los pensamientos, toda sensación de temor, todo deseo de huida permanecía. Pero no la capacidad para moverse.

La fiera se quedó totalmente inmóvil, observándolos.

La robusta articulación de sus patas delanteras sobresalía oscilando bajo su piel. Scheepers pensó que era muy hermosa. «Su belleza está en su fuerza», se dijo. «Lo imprevisible de sus movimientos define su naturaleza».

Consideró el hecho de que era, ante todo, un león. Su color era algo secundario. La idea se aferró a su mente, como una advertencia de que había olvidado algo importante. Pero ¿qué? No se le ocurría de qué podría tratarse.

—¿Por qué no arranca el coche? —le susurró Judith al oído.

—No hay peligro —insistió él—. No vendrá hacia nosotros.

La leona escrutaba inmóvil a los humanos del coche que se encontraba muy cerca de la orilla. La luz de la luna era muy intensa y hacía una noche clara y calurosa. Desde algún lugar impreciso de las oscuras aguas del río se oían los movimientos despaciosos de un hipopótamo.

Georg Scheepers pensó que la situación en sí era como una advertencia. La sensación de peligro inminente, que podía convertirse en

cualquier momento en violencia incontrolada, era una característica de la vida diaria de su país. Todo el mundo esperaba constantemente que algo sucediera. El depredador los acechaba con su mirada. Ese depredador que llevaban en su interior. Los negros con su impaciencia ante la morosidad de los cambios. Los blancos con su miedo a perder sus privilegios, su miedo al futuro. Era igual que la espera junto al cauce de un río donde un león los observara.

Aquella era una leona albina. Pensó en todos los mitos que rodeaban a los albinos, personas o animales. Eran seres inmortales de poder indómito.

De pronto, la leona empezó a moverse en dirección hacia ellos con concentración pertinaz y movimientos sinuosos. El chófer puso en marcha el motor y encendió las luces, que deslumbraron al animal. La fiera se detuvo en mitad de un movimiento, dejando una de las zarpas en el aire. Georg Scheepers sentía que las uñas de su mujer le atravesaban la camisa color caqui.

«¡Ponte en marcha!», pensó. «Sal antes de que nos ataque».

El chófer metió la marcha atrás y el motor emitió un sonido de carraspeo. A Georg Scheepers casi se le para el corazón al oír que el ronquido del motor menguaba como queriendo extinguirse. Entonces, el chófer pisó el acelerador y el coche empezó a retroceder. La leona volvió la cabeza para no quedar deslumbrada.

Se acabó. Las uñas de Judith ya no le arañaban el brazo. Se aferraban a la barandilla mientras el jeep traqueteaba en dirección al bungalow en el que se alojaban. Su aventura nocturna estaba a punto de concluir, pero el recuerdo de la leona y las reflexiones que había despertado en ellos la presencia del felino junto a la orilla del río permanecerían indelebles en sus mentes.

Había sido sugerencia de Scheepers el ir a pasar unos días al parque

Kruger. Hacía ya algo más de una semana que intentaba dilucidar el contenido de los documentos del fallecido Van Heerden y necesitaba tiempo para pensar. No estarían fuera más que el viernes y el sábado, pues pensaba dedicar el domingo 17 de mayo a investigar los ficheros informáticos. Prefería entregarse a esta misión a solas, cuando los pasillos de la fiscalía se encontraban desiertos. Los agentes de la policía encargados del caso habían dejado todo el material, escrito o informatizado, en una caja de cartón en la fiscalía. Su jefe, el fiscal Wervey, había sido el artífice de que los servicios de inteligencia recibiesen la orden de poner a su disposición todo el material. La versión oficial era, en efecto, que sería él mismo quien revisaría la información que los servicios de inteligencia se habían apresurado a clasificar como secreta. Cuando los jefes de Van Heerden se negaron a proporcionar dicho material hasta que ellos mismos no lo hubiesen revisado primero, Wervey tuvo uno de sus habituales ataques de ira y se puso en contacto de inmediato con el ministro de Justicia. Pocas horas después, los jefes del servicio de inteligencia se habían dado por vencidos. Entregarían el material en la fiscalía. La responsabilidad nominal había de recaer sobre Wervey pero, en realidad, sería Scheepers quien, en el secreto más absoluto, se encargaría de revisarlo todo. De ahí que hubiese decidido trabajar en domingo, cuando el edificio estaba vacío y desolado.

Habían salido de Johannesburgo temprano la mañana del viernes 15 de mayo y tomaron la N-4 hacia Nelspruit, que los condujo rápidamente hacia su objetivo. Se desviaron por una carretera comarcal y alcanzaron enseguida el parque Kruger, junto al Nambi. Judith había reservado por teléfono el bungalow en uno de los campamentos más alejados, el Nwanetsi, próximo a la frontera con Mozambique. No era la primera vez que iban allí y les agradaba volver de vez en cuando. Aquel campamento, con sus bungalows, su restaurante y sus oficinas, solía atraer a huéspedes

tranquilos, que se acostaban temprano y se levantaban de madrugada para ver a los animales que bajaban a beber al río. De camino a Nelspruit, Judith le había preguntado acerca de la investigación que estaba realizando para el ministro de Justicia. Él respondió con evasivas, asegurándole que aún no sabía mucho sobre el asunto, aunque necesitaba tiempo para establecer las pautas según las cuales iba a trabajar. Ella dejó de indagar, pues sabía que su marido era un hombre muy parco en palabras.

Durante los dos días que pasaron en Nwanetsi, realizaron varias excursiones en el transcurso de las cuales se concentraron en los animales y el paisaje, sintiendo que la vida de Johannesburgo y las preocupaciones quedaban muy lejos. Después de las comidas, Judith se enfrascaba en alguno de sus libros mientras Georg Scheepers reflexionaba sobre lo que sabía hasta el momento acerca de Van Heerden y su trabajo secreto.

Había revisado los archivadores de Van Heerden de modo sistemático y concluyó muy pronto que tenía que ejercitar su capacidad de leer entre líneas si quería sacar algo en claro. Entre memorandos e informes impecables en cuanto a la forma, había hallado apuntes sueltos con anotaciones precipitadas. Las había ido descifrando despacio, con gran esfuerzo. La escritura poco legible de Van Heerden le hacía pensar en un maestro cascarrabias. Aquellas hojas sueltas se le antojaban borradores de poemas, pues contenían pinceladas líricas, bocetos de metáforas y apotegmas. Y fue en esa etapa del proceso de investigación, al intentar comprender la selección menos formalmente aceptable de los documentos de Van Heerden, cuando tuvo el presentimiento de que algo iba a ocurrir. Sus informes, memorandos y anotaciones, aquellos «versos divinos», como había empezado a llamarlos, se remontaban a muchos años atrás. Al principio eran observaciones exactas y reflexiones objetivas, expresadas de forma fría e imparcial. Sin embargo, unos seis

meses antes de su muerte, las anotaciones empezaron a adquirir otro tono que, de forma imperceptible, revelaba una forma de pensar diferente, más negativa. «Aquí ha ocurrido algo», se decía Scheepers. «O en el trabajo, o en su vida privada, se ha producido un cambio radical».

En efecto, Van Heerden había empezado a albergar otras ideas. Las que antes eran inamovibles o más o menos seguras comenzaron a presentarse como altamente dudosas. El tono impecable se tornó quebradizo, vacilante. Por si fuera poco, había detectado otra diferencia, pues la redacción de las anotaciones del primer periodo carecía de cohesión, mientras que las del segundo periodo, próximo a su muerte, contenían fechas y a veces incluso la hora exacta. Scheepers pudo comprobar que Van Heerden se había quedado trabajando hasta muy tarde durante aquella época, ya que en buena parte de las notas se podían leer indicaciones horarias de la madrugada. Le parecía que toda aquella documentación se asemejaba a un diario poético. Scheepers intentó encontrar una línea básica y organizadora por la que guiarse. Puesto que Van Heerden no mencionaba nunca nada relacionado con su vida privada, supuso que todas las anotaciones contenían detalles acerca de su trabajo; pero no había en ellas dato concreto alguno que le fuese de ayuda.

El agente secreto escribía su diario con sinónimos y comparaciones. Estaba claro que con «la patria» se refería a Sudáfrica, pero ¿a quién aludiría cuando hablaba del «camaleón»? ¿Quién sería «la madre» y quién «el hijo»? Van Heerden no estaba casado y tampoco tenía parientes próximos, según el informe personal que Scheepers había pedido al inspector Borstlap, de la policía de Johannesburgo. Escribió los nombres en el ordenador e intentó descubrir alguna conexión, sin lograrlo. El lenguaje de Van Heerden era escurridizo, como si lo que persiguiera en realidad fuese escapar de lo que estaba anotando. Había, pensaba el fiscal una y otra vez, una atmósfera de amenaza inminente, de confesión. El

agente secreto había descubierto algo que afectaba de forma inesperada a su concepción del mundo. Así, había escrito unas notas acerca de un reino de la muerte que, al parecer, todos llevamos dentro. Tenía visiones de algo que se quebraba y se derrumbaba. Al mismo tiempo, le pareció detectar un sentimiento de culpabilidad y de tristeza en Van Heerden que se intensificó durante las últimas semanas anteriores a su muerte.

Lo que había escrito trataba casi exclusivamente sobre los negros, los blancos, los bóers, Dios y el perdón; pero en ningún momento mencionaba la palabra conspiración o confabulación. «Lo que se supone que tengo que buscar, lo que Van Heerden fue a comunicarle a De Klerk», se decía, «¿por qué no aparece ni una sola palabra al respecto?»

La noche del jueves, antes de que Judith y él partiesen para Nwanetsi, se quedó un buen rato en su despacho. Había apagado ya todas las luces, salvo la del escritorio. De vez en cuando oía hablar a los vigilantes nocturnos por la ventana entreabierta.

Pieter Van Heerden era un servidor leal que, en su trabajo en un servicio de inteligencia cada vez más autónomo y disperso, había hallado indicios de una conspiración contra el Estado. Una maquinación cuya finalidad era preparar un golpe de Estado. Van Heerden se había dedicado de lleno a localizar el núcleo de dicha confabulación. No eran pocas las cuestiones que había que resolver y, sin embargo, Van Heerden escribía poemas sobre su desazón y sobre el infierno que llevaba dentro.

Scheepers observaba su archivador, en el que guardaba bajo llave los disquetes que Wervey había tomado prestados de los jefes de Van Heerden. «La respuesta debe estar ahí», se decía. Las cavilaciones por demás desconcertantes e introspectivas de Van Heerden, aquellas que aparecían en las notas sueltas de sus informes, bien podían constituir una parte del todo. La verdad estaría, sin duda, en sus disquetes.

La mañana del domingo 17 de mayo, muy temprano, emprendieron el

regreso desde el parque Kruger a Johannesburgo. Llevó a Judith a casa, desayunó y se puso en marcha hacia el edificio inteligente de la fiscalía, en el centro de la ciudad, desolada a aquellas horas, como si la hubiesen desalojado para siempre. Pasó ante los vigilantes armados y atravesó el eco de los pasillos hasta su despacho.

Notó enseguida que alguien había estado allí. Unos cambios nimios, apenas perceptibles, así lo delataban. Lo más probable era que se tratase del personal de limpieza, aunque no podía estar seguro de ello.

«Estoy empezando a sufrir una especie de contagio», concluyó. «La preocupación de Van Heerden, su temor constante a ser vigilado, amenazado, me está afectando a mí también».

Ahuyentó aquella desagradable sensación con un gesto, se quitó la chaqueta, abrió el archivador y empezó a introducir los disquetes. Dos horas después, tenía ya organizado todo el material. Los ficheros de Van Heerden no revelaban ningún dato de interés. Lo más llamativo era el orden minucioso que reinaba en todos sus trabajos. Finalmente, no le quedaba más que un disquete por estudiar.

Pero no consiguió abrirlo. Se figuraba que en él estaría el testamento secreto del confidente de De Klerk. Una ventana intermitente en la pantalla del ordenador lo invitaba a introducir el código que abriría las numerosas puertas secretas del disquete. «No lo lograré. El código puede ser cualquier palabra. Podría pasar el disquete por un programa con una lista de palabras muy completa pero ni siquiera sé si el código estará en inglés o en afrikaans.» Ahí no encontraría la solución. Van Heerden no impediría el acceso a su disquete máspreciado con un código absurdo; su elección tenía que haber sido consciente.

Scheepers se arremangó, se sirvió otro café del termo que había traído de casa y se aplicó a repasar de nuevo las notas. Empezaba a temer que su hombre hubiese programado el disquete para que éste destruyese la

información tras una serie de intentos fallidos de abrirlo con un código incorrecto. Era, pensaba, como intentar abordar una vieja fortaleza. El puente levadizo estaba elevado, el foso lleno de agua, así que no quedaba más que trepar por los muros. En alguna parte habría hendiduras en las que sujetarse y eso era lo que él estaba buscando, un primer punto de apoyo.

A las dos de la tarde seguía sin dar con la clave. Estaba a punto de darse por vencido y se sentía algo irritado con aquel hombre y su código indescifrable. Otras dos horas más tarde se encontraba ya dispuesto a abandonar. No se le ocurrían más entradas para el código. Experimentaba la sensación constante de no haberse aproximado siquiera a la solución correcta. La elección de Van Heerden respondía a una motivación y significado concretos que él aún no había conseguido identificar. Sin muchas esperanzas, echó mano del memorando y el informe que le había entregado el inspector Borstlap pensando que tal vez allí hubiese algo que lo pusiese sobre la pista. Leyó con repulsión el protocolo de la autopsia, cerrando los ojos cuando aparecieron las fotos del cadáver. Se le ocurrió que, a pesar de todo, bien podría haber sido un homicidio normal. Pero no halló en los documentos nada de interés, por lo que volvió al memorando del perfil personal de la víctima.

En la carpeta de Borstlap encontró en último lugar un inventario de los objetos que la policía había encontrado en su despacho del servicio de inteligencia. El inspector Borstlap se había permitido un comentario irónico en el que aseguraba que, como era de esperar, nadie podía garantizar que los jefes de Van Heerden no hubiesen retirado documentos u objetos que no convenía que la policía confiscase. Algo distraído ojeó la lista de ceniceros, portarretratos con fotografías de sus padres, algunas litografías, lapiceros, almanaques, cartapacios... Se disponía ya a interrumpir su lectura cuando, de repente, se detuvo. Entre aquellos

objetos, Borstlap había anotado una pequeña escultura de marfil que representaba un antílope. «Una antigüedad, de gran valor», añadía el inspector.

Dejó el informe sobre la mesa y tecleó la palabra «antílope». El ordenador respondió solicitando el código correcto. Reflexionó un instante y tecleó de nuevo: «kudú», pero la respuesta fue negativa. Descolgó el auricular y llamó a su esposa.

—Necesito tu ayuda. ¿Podrías mirar en nuestra enciclopedia, en la sección de fauna, la palabra «antílope»?

—¿Qué es lo que estás haciendo, en realidad? —preguntó Judith con extrañeza.

—En mi misión se incluye, entre otras cosas, la elaboración de un estudio sobre el desarrollo de nuestras familias de antílopes —mintió—. Simplemente, quiero asegurarme de que no he olvidado ninguna.

Ella fue a buscar el libro y le leyó la lista de familias que figuraba en él.

—¿Cuándo crees que llegarás a casa? —inquirió después.

—Puede que muy pronto —repuso él—. Pero también es posible que llegue muy tarde. Ya te llamaré.

Ahora sabía de qué palabra se trataba, siempre que la pequeña escultura del inventario fuese la auténtica pista que seguir.

«¡Springbuck!», se dijo. «Nuestro símbolo nacional. ¿Es posible que sea tan sencillo?»

Tecleó despacio la palabra y aguardó un segundo antes de pulsar la tecla de la última consonante. La reacción del ordenador fue inmediata: negativo.

«Un último intento», decidió. «La misma palabra, pero en afrikaans». Escribió la palabra: «*Spriengboek*».

La pantalla se iluminó y enseguida apareció una lista con el contenido

del disquete. Ya estaba dentro. Había encontrado la clave de acceso al mundo de Van Heerden.

La excitación lo hacía transpirar y pensó que la sensación sería similar a la experimentada por un delincuente al abrir la caja fuerte de un banco.

Se puso a leer. Cerca ya de las ocho de la tarde había dado cuenta de todos los documentos guardados en el disquete y, para entonces, sabía dos cosas. En primer lugar, tenía la certeza de que Van Heerden había sido asesinado a causa de su trabajo como agente secreto. En segundo lugar, que su temor a un peligro inminente estaba más que justificado.

Se inclinó hacia atrás en la silla y se estiró.

Sintió un escalofrío.

Van Heerden había anotado sus observaciones con gran frialdad y exactitud. Pero comprendía que su alma estaba dividida, pues los descubrimientos relacionados con su sospecha de una conspiración habían reforzado la sensación incipiente de que su vida como bóer se basaba en una falacia. Cuanto más se adentraba en la realidad de la trama, más profundizaba en la suya propia. El mundo de las notas sueltas y desmelenadas y el de la gélida exactitud luchaban por ocupar el interior de una misma persona. Van Heerden había estado siempre muy próximo a su propia destrucción.

Se levantó y se acercó a la ventana. En la distancia se oían las sirenas de la policía.

«¿Qué es lo que nos hemos creído?», se preguntaba. «¿Que nuestros sueños de un mundo inamovible se harían realidad? ¿O que las endebles concesiones a los negros serían suficientes, pese a no constituir ningún cambio sustancial?»

Un sentimiento de vergüenza se adueñó de él. Él era, ciertamente, uno de los nuevos bóers, uno de los que no consideraban a De Klerk como un

traidor. Sin embargo, con su pasividad, había contribuido hasta las últimas consecuencias, al igual que su mujer Judith, a que la política racista hubiese podido sobrevivir. También él llevaba en su interior aquel reino infernal al que aludía Van Heerden. También él era culpable.

En efecto, aquella aceptación tácita era, en el fondo, la base de las intenciones de los conspiradores, que contaban con que su indolencia, su gratitud no pronunciada, persistirían.

De nuevo se sentó ante el ordenador. Van Heerden había dado con la tecla. Las conclusiones a las que Scheepers había llegado y que al día siguiente comunicaría al presidente De Klerk eran incuestionables.

Nelson Mandela, el dirigente indiscutible de la población negra, iba a ser asesinado. Durante sus últimos meses de vida, Van Heerden intentó, con denodado esfuerzo, averiguar dónde y cuándo. Cuando cerró el ordenador por última vez, seguía sin tener las respuestas a estas preguntas, aunque sí contaba con indicios de que ocurriría en un futuro próximo y en relación con algún acto público del líder negro. Así, había anotado una serie de lugares y fechas para los tres meses siguientes: Durban, Johannesburgo, Soweto, Bloemfontein, East London y Ciudad del Cabo, con sus fechas respectivas. Por otro lado, en algún lugar fuera de las fronteras de Sudáfrica, un asesino profesional estaba preparándose para el atentado. Asimismo, Van Heerden había logrado vislumbrar la sombra imprecisa de algún antiguo oficial desocupado del KGB tras la figura del asesino. Sin embargo, había aún mucho que aclarar.

Finalmente, quedaba la cuestión más importante. Georg Scheepers leyó de nuevo el archivo en el que Van Heerden analizaba los datos relativos al núcleo de la conspiración. Hacía en él alusión a un *Kommité*, una serie de personas unidas de forma muy superficial, representantes de los grupos sociales más poderosos de los bóers sudafricanos. Sin embargo, Van Heerden no tenía nombres, salvo los de Jan Kleyn y Franz

Malan.

El fiscal comprendió que Van Heerden los consideraba los actores principales y que, a través de ellos, confiaba en identificar al resto de los miembros del Comité, su organización y finalidad.

«Golpe de Estado, ¿guerra civil?, ¿caos?», había escrito Van Heerden al final del último texto, fechado dos días antes de su muerte. No daba respuestas, simplemente formulaba las preguntas.

Pero había otra anotación, del mismo día, el domingo antes de que ingresase en el hospital: «La semana que viene. Sigue adelante. Bezuidenhout. 559».

«Me está indicando, desde su tumba, lo que tengo que hacer», se dijo Georg Scheepers. «Era eso lo que él pensaba hacer la semana siguiente. Ahora debo hacerlo yo en su lugar. Pero ¿qué, exactamente? Bezuidenhout es un barrio de Johannesburgo y el número es seguramente el de una casa».

Cerró el ordenador y guardó el disquete bajo llave. Eran ya las nueve de la noche. Las sirenas de la policía aullaban sin cesar, como hienas que, invisibles, guardasen la noche. Abandonó el solitario edificio de la fiscalía y se encaminó a su coche. Sin haber formulado mentalmente la decisión, se dirigió hacia la zona este de la ciudad, a Bezuidenhout. No le llevó mucho tiempo encontrar lo que buscaba. El número 559 correspondía a una casa situada junto al parque que había dado nombre al barrio. Detuvo el coche, paró el motor y apagó las luces. Era una casa blanca de ladrillo esmaltado. Se veían las luces encendidas tras las cortinas. Había un coche a la entrada.

Se encontraba aún demasiado cansado e inquieto como para poder decidir cómo proseguir. Los resultados obtenidos tras aquel largo e intenso día de trabajo tenían que sedimentar antes en su conciencia. Recordó la figura de la leona inmóvil junto al río y cómo se había

levantado para dirigir su paso hacia ellos. «El depredador nos ataca con su zarpa», pensó.

De pronto comprendió qué era lo más importante. Lo peor que podría ocurrirle al país en aquel momento era que Nelson Mandela fuese asesinado. Las consecuencias serían tremendas. Todo cuanto estaban construyendo, la frágil voluntad de conseguir una solución entre blancos y negros, quedaría aniquilada en una milésima de segundo. Los diques se vendrían abajo y el diluvio arrasaría el país.

Cierto que existía una serie de personas que deseaban ese diluvio, los artífices del Comité encargado de derribar los diques.

En este punto de su razonar se vio interrumpido por la silueta de un hombre que salía de la casa y se sentaba al volante del coche estacionado a la puerta. Al mismo tiempo, una cortina se descorrió y dejó ver a una mujer negra, detrás de la cual había otra, más joven. La mujer se despedía con la mano. La joven permanecía detrás, inmóvil.

Scheepers no pudo ver al hombre del coche, pues estaba demasiado oscuro. Pese a todo, sabía que se trataba de Jan Kleyn. Se agazapó en el asiento cuando el coche pasó a su lado. Cuando volvió a sentarse, la cortina ya estaba echada.

Frunció el ceño meditando sobre lo que había visto. «¿Dos mujeres negras? Jan Kleyn ha salido de su casa. ¿El camaleón, la madre y el hijo?» No veía la conexión, pero no tenía ningún motivo para no dar crédito a las palabras de Van Heerden. Si él había dejado escrito que aquello era importante, lo sería.

Van Heerden sospechaba la existencia de algo que se mantenía en secreto y era su deber seguir aquella pista.

Al día siguiente llamó al secretario del presidente De Klerk y le pidió

audiencia urgente. Le dijeron que el presidente lo recibiría a las diez de la noche. Pasó todo el día elaborando un informe sobre sus conclusiones. Cuando se sentó en la sala de espera del presidente, donde lo recibió el mismo conserje sombrío de la primera visita, no podía estar más nervioso. Aquella noche, sin embargo, no tuvo que esperar. Estaban dando las diez cuando el conserje le comunicó que podía pasar. Al entrar en el despacho, experimentó la misma sensación que la última vez. El presidente De Klerk tenía un aspecto agotado, la mirada sin brillo y el rostro lívido. No parecía sino que las pesadas bolsas que colgaban bajo sus párpados lo tuviesen clavado en el suelo.

Georg Scheepers le refirió, con la mayor brevedad posible, los descubrimientos del día anterior, aunque sin mencionar nada, por el momento, acerca de la casa de Bezuidenhout Park. El presidente De Klerk lo escuchaba con los ojos entrecerrados y permaneció en la misma posición una vez que el fiscal hubo concluido. Por un instante pensó que De Klerk se había dormido durante su exposición. Entonces, el presidente abrió los ojos y lo observó con atención.

—A menudo me pregunto cómo es posible que yo siga aún con vida —afirmó al fin—. Hay miles de *boere* que me consideran un traidor y, a pesar de ello, los informes parecen apuntar a la persona de Nelson Mandela como víctima del atentado.

Guardó silencio. Scheepers lo veía concentrado en su reflexión.

—Hay algo en el informe que me preocupa —continuó tras unos minutos—. Supongamos que existe una serie de falsas pistas dispuestas en los lugares adecuados. Imaginemos dos situaciones alternativas. Una en la que soy yo, el presidente del país, el auténtico objetivo del atentado. Quiero que lea el informe teniendo en cuenta esa posibilidad, Scheepers. Del mismo modo, le ruego considere la circunstancia de que esas personas pueden tener la intención de atacar a mi amigo Mandela y a mí

mismo a la vez. Quiere esto decir que no desecho del todo la posibilidad de que esos locos quieran asesinar a Mandela realmente. Lo único que pretendo es que considere lo que está haciendo con espíritu crítico. Pieter Van Heerden fue asesinado. Eso implica que hay ojos y oídos por todas partes. La experiencia me ha enseñado que las pistas falsas son una parte importante del trabajo del servicio de inteligencia. ¿Está claro?

—Sí —aseguró Scheepers.

—Espero sus conclusiones dentro de dos días. Por desgracia, no puedo concederle más tiempo.

—Señor, yo sigo creyendo que las conclusiones de Pieter Van Heerden apuntan a que es Nelson Mandela el objetivo.

—¿Usted *cree*? —atajó De Klerk—. Yo creo en Dios, pero no sé si existe o no. Ni siquiera sé si hay más de uno.

Scheepers quedó mudo ante semejante respuesta, aunque comprendió lo que el presidente quería decirle. Éste alzó las manos y las dejó caer de nuevo sobre el escritorio.

—Así que un comité —dijo pensativo—. Una delegación que pretende destruir lo que estamos construyendo. La desarticulación gradual y adecuada de la política actual que, al parecer, no ha tenido éxito. Intentan desencadenar un diluvio universal sobre nuestro país. Y no podemos permitirselo.

—Por supuesto que no —convino Scheepers.

De Klerk desapareció de nuevo en su mar de pensamientos mientras el fiscal aguardaba en silencio.

—No pasa un día sin que contemple la posibilidad de que un fanático consiga llegar hasta mí —dijo meditabundo—. Pienso con frecuencia en lo que le ocurrió a mi antecesor Verwoerd, muerto de una puñalada en el Parlamento. Cuento con que puede suceder, pero no me asusta. Lo que sí me llena de temor, sin embargo, es que no hay nadie que pueda tomarme

el relevo. Al menos, no en estos momentos.

De Klerk esbozó una sonrisa.

—Usted es un hombre joven. Pero ahora el futuro de este país depende de dos hombres viejos, Nelson Mandela y yo mismo. De ahí que sea conveniente que ambos podamos seguir con vida por algún tiempo.

—¿No debería aumentar sensiblemente la defensa personal de Mandela? —inquirió Scheepers.

—Nelson Mandela es un hombre muy especial —repuso De Klerk—. No le gustan demasiado los guardaespaldas, como suele sucederle a todo gran hombre. Fíjese en De Gaulle, por ejemplo. De ahí que tengamos que llevar el asunto con extrema discreción. Por supuesto que he dado orden de que aumenten la vigilancia en torno a su persona, pero no es necesario que él lo sepa.

La audiencia había terminado.

—Dos días —le recordó De Klerk—. Ni uno más.

Scheepers se levantó y se inclinó levemente.

—Un último detalle —dijo el presidente—. No conviene que olvide lo que le aconteció a Van Heerden. Tenga cuidado.

No comprendió el alcance de las palabras de De Klerk hasta que no hubo abandonado las dependencias gubernamentales. También a él lo vigilaban unos ojos invisibles. Presa de un sudor frío, se sentó al volante y se dirigió a casa.

De nuevo dio en pensar en la leona, casi blanca a la fría y pálida luz de la luna.

Kurt Wallander siempre había imaginado la muerte de color negro.

Pero en la playa donde se encontraba, envuelto en la niebla, comprendió que la muerte no se aliaba con ningún color. Allí era de color blanco. La bruma lo rodeaba por completo. Le pareció oír el vago chapoteo de las olas contra la orilla, pero lo más palpable era la niebla, que reforzaba su sensación de estar en un callejón sin salida.

Antes, en el campo de tiro, circundado de corderos a los que no podía ver, había analizado la situación con toda claridad. Sabía que Victor Mabasha estaba muerto, que él mismo había matado a una persona y que Konovalenko se había escabullido de nuevo, como si se lo hubiese tragado todo aquella blancura que los envolvía. Svedberg y Martinson aparecieron en medio de la neblina al igual que dos imágenes fantasmales de sí mismos. En sus rostros se reflejaba el horror ante la visión de los cadáveres tendidos a su alrededor. Él había sentido al mismo tiempo el deseo de huir para no regresar jamás y el de salir en persecución de Konovalenko. Recordaba lo ocurrido durante aquellos instantes como algo a lo que él hubiese estado asistiendo en calidad de espectador. Era otro Wallander el que blandía sus armas. No era él, sino alguien que se había adueñado de su personalidad. Después de haber gritado a sus compañeros que se quitasen de en medio, y de haber resbalado y caído por la pendiente hasta quedar solo en la niebla, empezó a comprender lo que había sucedido. Victor Mabasha estaba muerto, de un tiro en la

frente, como Louise Åkerblom. El hombre obeso lanzó los brazos hacia atrás con un estremecimiento. También él estaba muerto, a manos de Wallander.

Profirió un alarido, como un espíritu de la niebla con atributos humanos. «No hay marcha atrás», pensó desesperado. «Desapareceré en este mar de brumas, como en un desierto. Cuando se disipe, habré dejado de existir».

En un intento de reunir los restos de sentido común que aún creía conservar se dijo a sí mismo que lo mejor era dar la vuelta, regresar al lugar donde se encontraban los cadáveres, donde aguardaban sus colegas, que le ayudarían a buscar a Konovalenko.

Pero no lo hizo. No podía volver. Tenía un deber que cumplir: encontrar a Konovalenko y matarlo, si no había otro remedio, aunque lo mejor sería capturarlo y entregárselo a Björk. Después podría dormir tranquilo y, al despertar, la pesadilla habría terminado. Sin embargo, esto no era del todo cierto. Al matar a Rykoff, había cometido una acción que lo perseguiría para siempre. Así que ya no importaba si salía él solo en busca de Konovalenko. Sospechaba que lo que perseguía era expiar su culpa por la muerte del otro.

En algún lugar, en medio de la niebla, acechaba Konovalenko. Incluso era probable que se encontrase muy cerca. Wallander lanzó un disparo impotente al aire blanco, como si intentase dispersarlo. Se retiró el cabello sudoroso que se le adhería a la frente y descubrió que sangraba. Pensó que se habría cortado cuando Rykoff quebró los cristales de su apartamento con la metralla. Se miró la ropa, impregnada de sangre que goteaba sobre la arena. Quedó inmóvil aguardando a que su respiración recobrase el ritmo habitual, antes de continuar. Podía seguir las huellas de Konovalenko en la arena. Llevaba la pistola en el cinturón y empuñaba la escopeta con ambas manos, a la altura de la cadera, lista para disparar.

Le dio la impresión, a juzgar por las huellas, de que Konovalenko se movía deprisa, casi a la carrera. Aceleró el paso, siguiendo la pista como un perro.

La densidad de la bruma le hizo experimentar una sensación repentina de que no era él, sino la arena, la que se movía. Notó que Konovalenko se había detenido y se había vuelto antes de seguir corriendo en otra dirección. Las huellas lo conducían de vuelta al acantilado y Wallander comprendió que, tan pronto como llegasen al prado, las huellas desaparecerían en la hierba. Trepó por la pendiente y vio que se encontraba en el extremo este del campo de tiro. Se detuvo a escuchar. Oyó en la distancia el sonido de una sirena que se alejaba. Después, muy cerca, el balido de un cordero. De nuevo el silencio. Fue siguiendo la valla en dirección norte, pues no tenía otra guía. A cada segundo temía que Konovalenko apareciese de entre la densa neblina. Intentaba imaginarse qué se sentiría cuando a uno le disparan en la frente, pero era incapaz de sentir nada. Lo único que tenía sentido en su vida en aquellos momentos era seguir la valla que rodeaba el campo de tiro, nada más. En algún lugar se encontraba Konovalenko, listo para disparar. Lo que tenía que hacer era encontrarlo.

En la carretera de Sandhammaren no halló nada más que niebla.

Al otro lado del asfalto creyó distinguir la silueta de un caballo, estático, con las orejas alerta.

Se paró en medio de la carretera y se puso a orinar. Se oía el zumbido remoto de un coche que pasaba en dirección a Kristianstad.

Empezó a caminar hacia Kåseberga. No había rastro de Konovalenko. Había escapado de nuevo. Caminaba sin rumbo fijo, pero continuaba avanzando, pues le resultaba más fácil andar que permanecer parado. Deseaba que la figura de Baiba Liepa se desprendiese de todo aquel albor y apareciese caminando hacia él. Pero no había nada a su alrededor, más

que él mismo y el húmedo asfalto.

Encontró una bicicleta apoyada contra los restos de un viejo taburete. No tenía candado, así que Wallander pensó que era como si la hubiesen dejado allí para él. Sujetó la escopeta en el portaequipajes y empezó a pedalear. A la primera oportunidad, se desvió de la carretera hacia los caminos de grava que surcaban el prado entrecruzándose, hasta llegar a la casa de su padre. Todas las luces estaban apagadas, salvo una lámpara solitaria que alumbraba la entrada. Aplicó el oído; fue a ocultar la bicicleta en la parte trasera del cobertizo. Con suma precaución, fue caminando sobre la gravilla hasta el lugar donde sabía que su padre guardaba la llave del estudio, en una maceta rota que había en la escalera hacia el sótano. Abrió el estudio y entró en una habitación interior, sin ventanas, en la que su padre guardaba las pinturas y lienzos viejos, cerró la puerta y encendió la luz. Lo sorprendió el resplandor de la bombilla, como si hubiese esperado que la niebla ocupase también el interior de la habitación. Intentó lavarse los restos de sangre de la cara bajo el chorro del agua fría y fue a mirarse en un espejo resquebrajado que colgaba de la pared, pero no pudo reconocer sus propios ojos desorbitados, inyectados en sangre, angustiosamente inquietos. Se preparó un café en la sucia hornilla eléctrica que su padre usaba cuando trabajaba. Eran las cuatro de la mañana. Sabía que el anciano solía levantarse a las cinco y media y que tendría que marcharse antes de esa hora. Necesitaba un escondite. Se le ocurrieron varias opciones, a cual más descabellada, hasta que dio con la solución. Se tomó el café y abandonó el estudio, atravesó el jardín y abrió la puerta de la casa procurando no hacer ruido. Permaneció un momento en el vestíbulo, percibiendo el olor viciado a hombre viejo y escuchó con atención. Todo estaba en silencio. Fue a la cocina, donde estaba el teléfono, y cerró la puerta. Para su sorpresa, aún recordaba el número. Con el auricular en la mano, pensó en lo que iba a decir antes de

marcar.

Sten Widén respondió casi de inmediato. Wallander supo por el tono de su voz que hacía rato que estaba despierto. «La gente que se dedica a los caballos madruga mucho», se dijo.

—¿Sten? Soy Kurt Wallander.

Habían sido muy buenos amigos, hacía ya tiempo. Wallander sabía que casi nunca daba muestras de sorpresa.

—Ya lo veo, ya. ¿Y me llamas a las cuatro de la mañana?

—Necesito que me ayudes.

Widén no dijo nada, sino que aguardó a que Wallander continuase.

—Tienes que venir a buscarme, por la carretera hacia Sandhammaren. Necesito esconderme en tu casa un tiempo, unas horas, por lo menos.

—¿Dónde exactamente? —preguntó Widén tosiendo de forma convulsiva.

«Sigue fumando aquellos puros», pensó Wallander.

—Te esperaré junto al desvío hacia Kåseberga —le dijo—. ¿Qué coche tienes?

—Un Duett bastante viejo.

—¿Cuánto tardarás?

—Hay mucha niebla..., unos cuarenta y cinco minutos, quizás algo menos.

—Allí estaré. Gracias por ayudarme.

Colgó el auricular y salió de la cocina. No pudo resistir la tentación y atravesó el salón, descorrió la cortina que lo separaba de la habitación de huéspedes donde dormía su hija. Al tenue reflejo de la luz de la calle pudo distinguir su cabello, su frente, parte de la nariz... Dormía profundamente.

Salió de la casa y limpió la taza y el lavabo de la habitación interior del estudio. Subió a la bicicleta y pedaleó hasta el cruce con la carretera

principal, donde giró a la derecha. Al llegar al desvío hacia Kåseberga, dejó la bicicleta detrás de una caseta de la compañía telefónica Televerket y se dispuso a esperar al abrigo de las sombras. La niebla no remitía. De pronto, vio pasar un coche de la policía en dirección a Sandhammaren. Le pareció que era Peters quien iba al volante.

Mientras esperaba, pensaba en Sten Widén. Hacía ya más de un año que no se veían, cuando Wallander, a causa de una investigación de un delito relacionado con caballos de carreras, tuvo el impulso de hacerle una visita en sus establos, próximos a las ruinas del castillo de Stjärnsund. Allí Widén se encargaba del entrenamiento de un nutrido número de corredores. Vivía solo, bebía, seguramente, más de la cuenta y con demasiada frecuencia y tenía relaciones difícilmente definibles con sus empleadas. Hubo un tiempo en el que ambos tuvieron un sueño común. Sten Widén tenía una hermosa voz de barítono. Él se convertiría en cantante de ópera y Wallander sería su agente. Pero el sueño se les fue escapando de las manos, su relación de amistad se fue evaporando hasta desaparecer del todo.

«A pesar de todo», se decía Wallander mientras aguardaba en la niebla, «creo que, en realidad, es el único amigo verdadero que he tenido jamás, aparte de Rydberg. Claro que lo de Rydberg era otra cosa. Nunca habríamos llegado a ser buenos amigos si los dos no hubiésemos sido policías».

Transcurridos cuarenta minutos, el Duett burdeos de Widén apareció deslizándose entre la neblina. Wallander salió de su escondite y entró en el coche. El amigo observó su rostro sucio y manchado de sangre, pero sin mostrar el menor atisbo de asombro, como de costumbre.

—Ya te lo contaré.

—Cuando quieras —repuso Widén, que olía a alcohol y que llevaba un puro apagado colgando de la comisura de los labios.

Al pasar el campo de tiro, Wallander se agachó para no ser visto, pues había varios coches de la policía a un lado de la carretera. Sten Widén aminoró la marcha sin detenerse. La carretera no estaba cortada ni había ningún control. De nuevo observó a Wallander, que intentaba ocultarse, aunque no le preguntó por qué. Dejaron atrás Ystad y Skurup y giraron a la izquierda hacia Stjärnsund. La niebla seguía teniendo el mismo espesor cuando llegaron a los establos. Una joven de unos diecisiete años bostezaba fumando un cigarrillo a la puerta de una caballeriza.

—Mi cara ha aparecido en los periódicos y en la televisión, así que prefiero que no me vea nadie —afirmó Wallander.

—Ulrika no lee el periódico —aseguró Widén—. Y lo único que ve en la tele son películas de vídeo. Tengo otra chica, Kristina. Pero ella tampoco dirá nada.

Entraron en la casa, sucia y caótica. Wallander pensó que estaba igual que durante su visita anterior. Widén le preguntó si tenía hambre. Él asintió y ambos se sentaron en la cocina, donde se tomó varios bocadillos y un café. De vez en cuando, Widén entraba en la habitación contigua. Cuando volvía, el olor a alcohol era más intenso.

—Gracias por venir a recogerme —dijo Wallander.

Sten Widén se encogió de hombros.

—Las cosas son como se presentan.

—Necesitaría dormir unas cuantas horas. Después te lo explicaré todo.

—Yo tengo que atender a los caballos, así que puedes dormir aquí.

Se levantó y Wallander lo siguió. Ahora sentía el cansancio. Widén le mostró una pequeña habitación con un sofá.

—Dudo mucho de que haya sábanas limpias, pero te puedo dar una manta y una almohada.

—Eso será más que suficiente —aseguró Wallander.

—Ya sabes dónde está el cuarto de baño, ¿no?

Sí, Wallander lo recordaba.

Al quitarse los zapatos, se oyó el chisporroteo de la arena sobre el suelo. Colgó la chaqueta en una silla y se tumbó. Sten Widén lo miraba desde la puerta.

—¿Cómo te va? —preguntó Wallander.

—He empezado a cantar otra vez —contestó Widén.

—Eso tienes que contármelo.

Widén dejó la habitación. Fuera se oía relinchar a un caballo. Lo último que pensó antes de dormirse fue que Sten Widén no había cambiado mucho. Tenía el mismo cabello encrespado, el mismo eccema reseco en la nuca... Pese a todo, había algo que era distinto...

Cuando despertó, no sabía dónde se encontraba. Le dolía la cabeza y todo el cuerpo. Se puso la mano en la frente y notó que tenía fiebre. Se quedó tumbado bajo la manta, que despedía un penetrante olor a establo. Fue a mirar el reloj pero no lo tenía. Lo habría perdido durante la noche. Se levantó y se encaminó a la cocina, donde un reloj de pared indicaba las doce y media. Había dormido más de cuatro horas. La niebla se había dispersado ligeramente sin desaparecer por completo. Se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa. Después se levantó y fue abriendo las puertas de los muebles hasta encontrar un tubo de analgésicos. Entonces, sonó el teléfono. Wallander oyó que Widén entraba y atendía la llamada. Hablaba de heno. Discutía el precio de un pedido. Al concluir la conversación, entró en la cocina.

—¿Ya estás despierto?

—Necesitaba dormir.

Le contó entonces todo lo ocurrido. Sten Widén lo escuchaba con su

rostro impasible. Wallander empezó con la desaparición de Louise Åkerblom y terminó con el hombre al que había matado.

—Tenía que quitarme de en medio —concluyó—. Por supuesto que comprendo que mis colegas están buscándome en estos momentos. Pero tendré que contarles alguna mentira de emergencia. Algo así como que estuve desmayado bajo un arbusto. Pero he de pedirte un favor, que llames a mi hija y le digas que estoy bien, y que se quede donde está.

—Y eso, ¿sin decirle dónde estás?

—No, todavía no. Pero tienes que ser convincente.

Sten Widén asintió y marcó el número que le dio Wallander. Nadie respondía.

—Tienes que seguir intentándolo hasta que la localices —rogó Wallander.

Una de las chicas de los establos entró en la cocina. Wallander la saludó con un gesto y ella se presentó como Kristina.

—Vete a comprar unas pizzas —dijo Widén—. Y algunos periódicos también. No hay nada que llevarse a la boca en toda la casa.

Sten Widén le dio a la joven algo de dinero. El motor del Duett se puso en marcha y el coche se alejó.

—Dijiste que habías empezado a cantar otra vez —empezó Wallander.

Por primera vez desde que se vieron, Widén sonrió. Wallander recordaba aquella sonrisa, aunque hacía muchos años que no la veía.

—Me uní al coro de la iglesia de Svedala —explicó—. A veces canto solo en los entierros. Un día descubrí que lo echaba de menos. Pero a los caballos no les hace ninguna gracia que cante en los establos.

—No necesitarás un agente, ¿verdad? Me cuesta creer que pueda continuar como policía después de todo lo que ha sucedido.

—Mataste a ese hombre en defensa propia. Yo habría hecho lo

mismo. Puedes estar contento de haber tenido un arma a mano.

—Creo que nadie puede comprender lo que se siente.

—Ya se te pasará.

—Nunca.

—Todo termina pasándosele a uno.

Widén intentó llamar de nuevo, pero seguían sin contestar. Wallander fue al cuarto de baño y se dio una ducha. Su amigo le prestó una camisa, que también olía a caballo.

—¿Qué tal te va? —inquirió Wallander.

—¿Qué?

—Lo de los caballos.

—Tengo uno que es bueno. Y otros tres que quizá puedan llegar a serlo. Pero *Niebla* tiene talento. Sus carreras siempre dan dinero. Tal vez sea una posibilidad para el Derby de este año.

—¿Se llama *Niebla*?

—Sí, ¿por?

—No, estaba pensado en la noche pasada. Si hubiese tenido un caballo, quizás habría alcanzado a Konovalenko.

—Pero no *Niebla*. Ella tira al jinete que no conoce. Los caballos con talento suelen ser ariscos, como las personas. Egocéntricos y caprichosos. A veces me pregunto si no le gustaría tener un espejo en el establo... Pero sabe galopar.

La joven Kristina regresó, dejó las cajas de pizza y los periódicos y salió de nuevo.

—¿No va a comer con nosotros? —preguntó Wallander.

—Ellas comen en los establos. Tenemos allí una cocina más pequeña.

Tomó el primero de los periódicos y empezó a hojearlo. Uno de los artículos llamó su atención.

—Aquí hablan de ti.

—Prefiero no saber nada. Al menos, por ahora.

—Como quieras.

Cuando Sten Widén realizó su tercer intento, Linda respondió al teléfono. Wallander pudo oír sus insistentes preguntas, pero Widén no dijo más de lo que debía.

—Se ha quedado más tranquila —aclaró después de colgar—. Me prometió que no se movería de allí.

Empezaron a comer. Un gato apareció de un salto sobre la mesa. Wallander le dio un trozo de pizza y notó que hasta el gato olía a caballo.

—La bruma está empezando a levantar. ¿Te he contado alguna vez que estuve en Sudáfrica? A propósito de tu historia.

—No —repuso Wallander sorprendido—. No lo sabía.

—Al ver que mi carrera operística no fraguaba, me marché. Quería alejarme de todo, como recordarás. Pensaba hacerme cazador de fieras, o buscador de diamantes en Kimberley. Ya no sé si es que leí algo sobre aquel país. El caso es que me fui. Llegué a Ciudad del Cabo y me quedé allí tres semanas, hasta que me harté. Huí y regresé a Suecia. Luego, al morir mi padre, empecé a dedicarme a los caballos, un poco sin querer.

—¿Has dicho que huiste?

—Sí. Huí del trato que se les daba a los negros. Sentía vergüenza. No soportaba verlos con el sombrero en la mano pidiendo disculpas por existir en su propio país. Es lo peor que he visto en mi vida. No lo olvidaré jamás.

Se limpió con una servilleta y salió. Wallander se quedó pensando en lo que le había dicho, hasta que recordó que no podía demorarse mucho más en aparecer por la comisaría de Ystad.

Entró en la habitación del teléfono, donde encontró lo que buscaba: una botella de whisky medio vacía. Desenroscó el tapón y tomó un buen trago, y otro más. Vio pasar por la ventana a Sten Widén montando un

caballo castaño.

«Primero me roban en el apartamento», reflexionaba Wallander.
«Luego lo vuelan por los aires. ¿Qué pasará después?»

Se tumbó otra vez en el sofá y se tapó con la manta hasta la barbilla. Lo de la fiebre habían sido figuraciones suyas y ya no le dolía la cabeza. No disponía de mucho tiempo para descansar.

Victor Mabasha estaba muerto. Konovalenko le había pegado un tiro. La investigación sobre la desaparición y muerte de Louise Åkerblom estaba marcada por una serie de cadáveres. No veía ninguna salida. ¿Cómo iban a atrapar a Konovalenko?

Pocos minutos después, volvió a vencerlo el sueño y estuvo durmiendo otras cuatro horas.

Sten Widén estaba sentado en la cocina leyendo un periódico vespertino.

—Hay una orden de búsqueda y captura sobre ti.

Wallander lo miró sin comprender.

—¿Sobre quién?

—Sobre ti —repitió Widén—. Te busca la policía. También han dado la alarma en todo el país. Además, se puede leer entre líneas que eres víctima de un trastorno mental transitorio.

Wallander le arrebató el periódico. Allí estaba su fotografía, junto con la de Björk. Era cierto, lo buscaban. Y también a Konovalenko. Según decían, temían que no fuese capaz de cuidar de sí mismo.

Miró a su amigo, horrorizado.

—¡Llama a mi hija!

—Ya la he llamado. Le expliqué que aún estás en tu sano juicio.

—¿Te creyó?

—Sí, me creyó.

Meditó un instante antes de tomar una decisión. Interpretaría el papel

que le habían asignado. Un inspector jefe de la policía de Ystad, temporalmente desequilibrado, desaparecido y buscado por la policía. Eso le daría lo que más necesitaba en aquellos momentos: tiempo.

Cuando Konovalenko vislumbró en la niebla a Wallander, junto al mar, en el campo donde pacían los corderos, comprendió enseguida que se enfrentaba a un adversario de su talla. Lo supo en el mismo momento en que Victor Mabasha fue lanzado hacia atrás por el disparo, exánime antes de alcanzar el suelo. Konovalenko oyó un alarido que se abría paso entre la bruma y se dio la vuelta agazapado. Allí estaba aquel policía de provincias regordete al que se veía obligado a enfrentarse una y otra vez. Comprendió que lo había subestimado al ver caer a Rykoff, alcanzado por dos proyectiles que le desgarraron el pecho. Con el cadáver del africano como escudo, inició su retirada siguiendo la orilla del mar, con la certeza de que el policía iría tras él, de que no se rendiría. Y era evidente que se trataba de un rival peligroso.

Corrió, cortando la niebla por la línea de la playa. Llamó a Tania desde el móvil. Lo esperaba con un coche junto a la plaza de Ystad. Konovalenko alcanzó la cerca del campo de tiro, buscó la salida hacia la carretera hasta ver el indicador de Kåseberga. Fue orientando a Tania, por el móvil, hacia la salida de Ystad y, sin dejar de hablarle, la conminaba a conducir despacio. Por el momento, le ocultó la muerte de Vladimir, ya se lo contaría más tarde. Al mismo tiempo, no dejaba de mirar hacia atrás, pues sabía que Wallander le iba a la zaga y que era una amenaza, el primer sueco peligroso con el que se había topado jamás. A pesar de todo, no acababa de creerse lo que había visto. Aquel hombre era un policía de pueblo. Había algo en su comportamiento que no encajaba en absoluto con esa imagen.

Al fin apareció Tania. Konovalenko se puso al volante y ambos regresaron a la casa a las afueras de Tomelilla.

—¿Dónde está Vladimir?

—Llegará después. Tuvimos que separarnos, así que iré a recogerlo más tarde.

—¿Y el africano?

—Muerto.

—¿El policía?

Él no respondió, de lo que Tania dedujo que algo había salido mal. Konovalenko conducía demasiado deprisa, como perseguido por algo que alterase su habitual aplomo.

Fue entonces, mientras iban en el coche, cuando Tania comprendió que Vladimir estaba muerto. Pero no dijo nada, sino que se contuvo hasta que llegaron a la casa, donde Sikosi Tsiki, al verlos entrar, los miró inexpresivo desde el sofá. Entonces empezó a gritar. Konovalenko la golpeó, primero abofeteándole las mejillas, luego cada vez con más fuerza. Pero ella seguía gritando hasta que él la obligó a tragarse unos cuantos tranquilizantes que la dejaron casi dormida. Sikosi Tsiki continuaba sin inmutarse. Konovalenko tuvo la sensación de estar representando una escena cuyo único aunque atento espectador era el nuevo africano. Una vez que Tania había desaparecido en la frontera entre el sueño profundo y la inconsciencia, se cambió de ropa y se sirvió un vaso de vodka. El que Victor Mabasha hubiese muerto por fin no le comportaba la satisfacción que había imaginado. Había resuelto los inconvenientes prácticos más acuciantes, también en lo relativo a su delicada situación ante la persona de Jan Kleyn. Pero sabía que Wallander no cejaría en su empeño.

Wallander no se rendiría. Como un perro de presa, volvería a husmear su pista.

Se tomó otro vaso de vodka.

«El africano, en su sofá, es un animal silencioso», concluyó. «Me mira fijamente, sin cesar, sin simpatía, sin aversión. Simplemente, me mira. Ni habla ni pregunta. Así podría estar día tras día, si fuese necesario».

Konovalenko no tenía aún nada que decirle. Wallander estaría más cerca cada minuto que transcurriese. Se imponía, pues, una ofensiva por su parte. Los preparativos para su auténtica misión, el atentado en Sudáfrica, tendrían que posponerse.

Conocía bien el punto débil de Wallander y hasta él quería llegar. Pero ¿dónde estaba la hija del policía? En algún lugar de por allí, seguramente en Ystad, aunque no en el apartamento.

Le llevó una hora diseñar un plan que resolviese el problema. Era un plan que entrañaba un sinnúmero de riesgos, pero había llegado a la conclusión de que no existía ninguna estrategia segura contra aquel extraño agente.

Tania era la clave de su plan, pero ella seguiría dormida durante muchas horas, así que no le cabía más que esperar. Sin embargo, no olvidaba ni por un segundo que el inspector sueco estaba allá fuera, en la noche brumosa, cada vez más próximo.

—Creo haber comprendido que el hombre corpulento no va a volver—irrumpió de pronto Sikosi Tsiki. Tenía un tono de voz muy grave y se expresaba en un inglés melodioso.

—Cometió un error —explicó Konovalenko—. Fue demasiado lento. Tal vez creyó que había una vuelta atrás. Pero esa posibilidad no existe.

Eso fue todo lo que el africano dijo aquella noche. Se levantó del sofá y se retiró a su habitación. Konovalenko constató que, pese a todo, le gustaba más el sustituto enviado por Jan Kleyn. Pensó que se lo comentaría cuando llamase a Sudáfrica la noche siguiente.

En la casa de Tomelilla, el único que no dormía era Konovalenko. Se aseguró de que las cortinas estuviesen bien corridas y llenó de nuevo su vaso. Poco antes de las cinco de la mañana, también él se fue a dormir.

Tania llegó a la comisaría de Policía de Ystad a eso de la una de la tarde del 16 de mayo. Seguía aturdida no sólo por el efecto de los tranquilizantes que Konovalenko le había administrado, sino también por la muerte de Vladimir. Pese a todo, estaba decidida. Wallander, el policía que los visitó en el apartamento de Hallunda, había matado a su esposo. Konovalenko le había descrito la muerte de Vladimir de un modo que en nada coincidía con lo que realmente había ocurrido en aquel mar de bruma. Lo importante era que, para Tania, Wallander representase un monstruo de crueldad sádica e incontrolada. Así, por la memoria de Vladimir, ella se prestaría a interpretar el papel que Konovalenko le iba a proponer, pues les brindaba la ocasión de acabar con él.

Así pues, Tania entró en la recepción de la comisaría. Una mujer sentada en una jaula de cristal le dedicó su sonrisa.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Quería presentar una denuncia. Me han abierto el coche —declaró Tania.

—¡Vaya por Dios! Vamos a ver si hay alguien que pueda recibirla. Toda la comisaría está revuelta hoy.

—Lo comprendo —aseguró Tania—. Lo que está pasando es terrible.

—Jamás imaginé que nada semejante pudiese ocurrir aquí, en Ystad —se lamentó la recepcionista—. Pero es que no aprendemos nunca.

Intentó ponerse en contacto con varios agentes hasta que alguien respondió.

—¿Martinson? ¿Tienes un momento? Es un asalto a un coche.

Tania oyó por el auricular el tono de indignación de una respuesta negativa y acelerada. Pero la mujer insistió.

—Ya lo sé, pero tenemos que seguir funcionando con normalidad, a pesar de todo. Tú eres el único al que he podido localizar. No te llevará mucho tiempo.

El hombre cedió al fin.

—El agente Martinson la recibirá —dijo al tiempo que le indicaba el camino con un dedo—. La tercera puerta a la izquierda.

Tania llamó a la puerta antes de entrar en una habitación en la que imperaba el caos más absoluto. El hombre que había al otro lado del escritorio parecía agotado y estresado. Tenía la mesa atestada de papeles y la miraba con mal disimulado disgusto. No obstante, la invitó a sentarse y empezó a buscar un impreso en uno de los cajones.

—Robo a un vehículo.

—Así es. Los ladrones se llevaron la radio —mintió Tania.

—Sí, es lo que suelen hacer.

—Disculpe, ¿no podría traerme un vaso de agua? Es que tengo un picor en la garganta que no me deja hablar.

Martinson la miró sorprendido.

—Por supuesto. Enseguida se la traigo.

Se levantó y salió del despacho.

Tania le había echado el ojo a una agenda que había sobre la mesa. Tan pronto como Martinson hubo desaparecido, la abrió por la letra W. Allí estaba el número de la casa de Wallander, en la calle Mariagatan, además del número de su padre. Lo anotó rápidamente en un papel que llevaba en el bolsillo del abrigo y devolvió la agenda a su lugar.

Martinson regresó con un vaso de agua para ella. Él tomaría café. El teléfono empezó a sonar, pero lo descolgó e inició el interrogatorio pertinente. Ella le describió el robo imaginario proporcionándole el

número de matrícula de un coche que había visto aparcado en el centro. Le habían robado la radio y una bolsa con bebidas alcohólicas. Martinson tomaba nota. Finalmente, le pidió que leyese el informe antes de firmarlo. Se había presentado como Irma Alexanderson, con domicilio en la calle Malmövägen. Le devolvió la denuncia con su firma a Martinson.

—Imagino que estarán ustedes muy preocupados por su colega —comentó solícita—. ¿Cuál era el nombre? ¿Wallander?

—Sí —admitió Martinson—. Están siendo momentos muy duros.

—Recuerdo a su hija —afirmó—. Yo fui su profesora de música hace unos años. Pero luego se mudó a Estocolmo.

Martinson la miró con algo más de atención.

—Bueno, ahora está aquí.

—¡Ah! ¿Sí? Tuvo suerte, entonces, cuando se prendió fuego en el apartamento.

—No, está con su abuelo —explicó Martinson colgando de nuevo el auricular.

Tania se puso en pie.

—En fin, no le robaré más tiempo. Gracias por atenderme.

—No hay de qué —respondió Martinson estrechándole la mano.

Tania se dio cuenta de que aquel hombre habría olvidado su aspecto en cuanto ella hubiese abandonado el despacho. La peluca negra que cubría su cabello rubio era una garantía de que tampoco podría reconocerla nunca.

Le hizo una seña a la recepcionista, sorteó al nutrido grupo de periodistas que se agolpaban a la espera de que diese comienzo la conferencia de prensa y abandonó la comisaría.

Konovalenko la esperaba en el coche junto a una gasolinera situada en la pendiente que descendía hasta el centro. Ella se sentó a su lado.

—La hija de Wallander está con su abuelo —lo informó—. Aquí

tengo su número de teléfono.

Konovalenko la miró y empezó a sonreír.

—Bien, entonces, ya la tenemos —dijo tranquilamente—. Ya la tenemos. Y si tenemos a la hija, también tendremos al padre.

Wallander soñó que caminaba sobre las aguas.

Se encontraba inmerso en un mundo de un extraño color azulado. El cielo, con sus nubes desgarradas, era azul, al igual que un lindero apartado del bosque, los acantilados y hasta las aves que en ellos se cobijaban. En algún rincón del sueño también estaba Konovalenko. Wallander había ido siguiendo su huella en la arena pero, en lugar de continuar por la orilla, el rastro se perdía en el mar. En el sueño, era evidente que no podía cesar en su persecución, así que empezó a caminar por el agua. Era como desplazarse sobre una delgada capa de polvo de cristal. La superficie del agua era irregular, pero capaz de soportar su peso. En algún lugar al otro lado de los violáceos islotes se hallaba Konovalenko.

Al despertar temprano, la mañana del domingo 17 de mayo, recordaba lo que había soñado. Estaba tumbado en el sofá en casa de Widén. Se levantó y fue andando de puntillas hasta la cocina, donde el reloj indicaba las cinco y media. Lanzó una ojeada al dormitorio de su amigo y vio que él ya se había levantado y supuso que, a aquellas horas, estaría en los establos. Se sirvió un café y se sentó a la mesa.

La noche antes había estado esforzándose por pensar de nuevo. Su situación se encontraba a un nivel de fácil análisis. Lo buscaban. Nadie creía que hubiese cometido un delito, pero temerían que estuviese herido o incluso muerto. Por otro lado, había dirigido sus armas contra sus

propios colegas, de lo que no costaba deducir que se encontraba en un estado de desequilibrio psíquico. Para poder atrapar a Konovalenko era necesario descubrir el rastro del inspector Wallander de la policía de Ystad. Hasta ese punto no era complicado comprender cuál era su situación. El día anterior, cuando Sten Widén le contó lo que decían los periódicos, tomó la decisión de representar el papel que la prensa le había asignado, pues eso le proporcionaría el tiempo que necesitaba para capturar a Konovalenko y matarlo, si fuese necesario.

Era consciente de que ofrecía una víctima: él mismo. Desconfiaba de que la policía tuviese la posibilidad de atrapar a Konovalenko sin que más agentes resultasen heridos, quizá muertos. De ahí que no se le ocurriese nada mejor que hacerlo él personalmente. La sola idea lo hacía temblar, pero la sensación de que no podía eludir aquella responsabilidad era más fuerte. Debía llevar a término lo que se había propuesto sin tener en cuenta las consecuencias.

Había intentado imaginarse la manera de pensar de Konovalenko y concluyó que éste estaría preocupado por su existencia y tenacidad. Aun en el caso de que no lo considerase como un adversario de su categoría, tenía que haber comprendido que el policía Wallander elegía sus propios métodos y no dudaba en utilizar las armas de fuego en caso necesario. Esto debería haberlo imbuido de cierto respeto por la persona del inspector, aunque Konovalenko barruntase, en su fuero interno, que la presuposición era falsa. Wallander era un policía que nunca se arriesgaba de modo innecesario. Era tan cobarde como cauto. Sus primitivas reacciones eran siempre consecuencia de las distintas situaciones de emergencia en las que tenía la mala fortuna de recalar.

«Pero, por mí, Konovalenko puede seguir alimentando la ilusión de que Wallander es quien no es en realidad», se dijo.

Del mismo modo, había intentado figurarse los planes de su rival.

Había regresado a Escania y había logrado su propósito de matar a Victor Mabasha. Le costaba creer que actuase por cuenta propia. En un principio había contado con la ayuda de Rykoff, pero ¿cómo habría logrado escabullirse sin otro apoyo? Estaba seguro de que Tania, la esposa de Rykoff, también había estado disponible, tal vez incluso otros cómplices que él no conocía. Habían alquilado una villa bajo un nombre falso, así que era posible que se ocultasen en alguna casa de las afueras. Al llegar a este punto de su reflexión, Wallander cayó en la cuenta de que faltaba por contestar una pregunta importante.

«Una vez muerto Victor Mabasha, ¿qué será del atentado que se supone que es el motivo de todo lo ocurrido? ¿Qué será de esa organización secreta que mueve todos y cada uno de los hilos, incluidos los de Konovalenko? ¿Quedará en nada toda la operación, o irán a perseverar, esos hombres sin rostro, en el camino hacia su objetivo?»

Se tomó el café y resolvió que no le quedaba otra solución que facilitarle las cosas a Konovalenko para que lo encontrase. Sabía que, cuando atacaron el apartamento, también lo buscaban a él. Lo último que dijo Mabasha antes de morir fue que él no sabía dónde estaba Wallander: eso era lo que Konovalenko quería saber.

Oyó pasos en el vestíbulo. Sten Widén entró en la cocina. Vestía un sucio mono de trabajo y calzaba unas botas de goma embarradas.

—Hoy tenemos una carrera en Jägersro. ¿Te apetece acompañarnos?

Se sintió tentado por un momento, pues agradecía cualquier actividad que lo distrajese de su problema.

—¿Correrá *Niebla*?

—Correrá y ganará —aseguró Widén—. Aunque no creo que los jugadores confíen demasiado en ella, así que podrás ganar un buen dinero si apuestas por *Niebla*.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que será la mejor? —inquirió

Wallander.

—Su estado de ánimo es algo irregular —explicó Widén—. Pero hoy parece tener ganas de competir. La pone nerviosa estar encerrada en el compartimento. Creo que sabe que va en serio. Además, sus adversarios no son los mejores, que digamos. Hay algunos caballos de Noruega de los que no sé demasiado, pero creo que les puede ganar a ellos también.

—¿De quién es ese caballo, en realidad? —quiso saber Wallander.

—Se llama Morell. Es un hombre de negocios.

Wallander reaccionó enseguida al oír el nombre. Sabía que lo había oído en alguna parte, pero no recordaba en relación con qué.

—¿De Estocolmo?

—No, de Escania. Vive en Malmö.

Entonces se acordó de Peter Hanson y sus bombas de agua. ¡El perista Morell!

—¿A qué tipo de negocios se dedica en realidad ese tal Morell?

—Si he de serte sincero, yo creo que es un tipo sucio. La gente habla. Pero paga puntualmente el entrenamiento del caballo. A mí me da igual de dónde proceda el dinero.

Wallander no hizo más preguntas.

—En fin, creo que no voy a ir con vosotros de todas maneras —resolvió Wallander.

—Ulrika ha comprado comida. Saldremos con el transporte para los caballos en un par de horas. Tendrás que arreglártelas solo.

—Y el Duett. ¿Lo dejarás aquí?

—Puedes usarlo si quieres, pero échale gasolina, que a mí siempre se me olvida.

Wallander vio cómo metían a los caballos en un vehículo especial antes de marcharse. Poco después, él mismo abandonó la casa. Al llegar a Ystad, se aventuró a acercarse a Mariagatan. El desastre era considerable.

Un agujero en la fachada, rodeado de ladrillos cubiertos de hollín, indicaba el lugar donde antes había estado su ventana. Pero no se detuvo más que un momento, antes de salir de Ystad.

Al pasar el campo de tiro, vio que había un coche de la policía aparcado en medio. Ahora que la niebla se había disipado por completo, comprobó que las distancias eran más cortas de lo que él las recordaba. Siguió conduciendo hasta la salida al puerto de Kåseberga. Sabía que existía la posibilidad de que lo reconociesen. La fotografía que habían publicado en la prensa no era muy buena, pero sí podía ocurrir que se topase con algún conocido. Entró en una cabina y llamó a casa de su padre. Fue su hija la que contestó, tal y como había supuesto.

—¿Dónde estás? —preguntó Linda—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Escúchame. ¿Hay alguien ahí que pueda oír lo que dices?

—¿Quién iba a estar aquí? El abuelo está pintando.

—¿Nadie más?

—¡Te digo que no hay nadie más!

—¿No ha ordenado la policía ninguna vigilancia, ningún coche aparcado en la calle?

—El tractor de Nilson está fuera, en el campo. Eso es todo.

—¿Nada más?

—Papá, aquí no hay nadie, no me preguntes más.

—Estaré ahí dentro de un momento. Pero no le digas nada al abuelo.

—¿Has visto los periódicos?

—Sí, ya hablaremos de eso más tarde.

Colgó el auricular y constató con cierto alivio que aún no se le había atribuido la muerte de Rykoff. Después de tantos años en el cuerpo, estaba seguro de que aunque la policía sí lo supiera, no darían a conocer el hecho hasta que él no hubiese regresado.

Desde Kåseberga fue directamente a casa de su padre. Aparcó el coche junto a la carretera principal e hizo a pie el último trecho, por el que era más difícil que nadie lo viese.

Su hija lo esperaba en la puerta. Una vez en el vestíbulo, se abrazaron en silencio. No sabía lo que estaría pensando su hija, pero aquel abrazo supuso para él la confirmación de que estaban alcanzando una relación tan íntima que no sería necesario comunicarse mediante la palabra en todas las ocasiones.

Se sentaron en la cocina, cada uno a un lado de la mesa.

—El abuelo tardará aún en venir de su estudio. Supongo que podría aprender muchas cosas de su concepción moral del trabajo.

—O de su tozudez —señaló Wallander.

Ambos rompieron a reír al mismo tiempo. Pero él recuperó enseguida el gesto grave antes de referirle, muy despacio, lo que había ocurrido y por qué había decidido aceptar el papel de policía a la deriva, perseguido y de reacciones poco previsibles.

—¿Qué crees que puedes hacer tú solo?

Wallander no pudo determinar si su comentario estaba dictado por el miedo o por la desconfianza.

—Atraerlo. Sé de sobra que yo solo no soy un ejército, pero también que el primer paso para poner fin a todo este asunto he de darlo en solitario.

De forma repentina, como emitiendo una protesta solapada contra lo que acababa de decir, Linda cambió de tema de conversación.

—¿Sufrió mucho? Me refiero a Victor Mabasha.

—No. Fue una muerte rápida. Ni siquiera creo que fuese consciente de que iba a morir.

—¿Qué ocurrirá con su cuerpo?

—No lo sé. Supongo que le practicarán la autopsia y luego será

cuestión de averiguar si su familia quiere que se lo entierre aquí o en Sudáfrica. Si es que ése es su país de origen.

—¿Quién era, en realidad?

—Tampoco lo sé. Hubo ocasiones en que sentí una especie de proximidad a su persona. Pero aquella sensación quedaba después desvaída y desaparecía. La verdad es que no puedo decir cuáles eran sus pensamientos o qué sentía. Era una persona muy especial y compleja en extremo. Si, por vivir en Sudáfrica, uno se vuelve así, debe de tratarse de un país al que uno no enviaría ni a su peor enemigo.

—Quiero ayudarte —resolvió Linda.

—Podrás hacerlo —indicó Wallander—. Quiero que llames a la comisaría y digas que te pongan con Martinson.

—No era eso lo que quería decir. Quisiera hacer algo que ninguna otra persona pueda hacer por ti.

—Esas cosas no se pueden planificar de antemano. Esas situaciones se producen sin más, en el mejor de los casos.

Linda llamó a la comisaría y pidió hablar con Martinson, pero en la centralita no consiguieron localizarlo. Tapó el auricular con la mano y le preguntó a su padre qué debía hacer. Wallander vaciló un instante, pero comprendió que no estaba en disposición de esperar, ni tampoco de elegir, así que le dijo que preguntara por Svedberg.

—Está en una reunión y no puede salir —explicó Linda.

—Diles quién eres. Hazles saber que es importante. Tiene que salir de la reunión.

Transcurrieron algunos minutos hasta que Svedberg se puso al teléfono. Linda le dio el auricular a su padre.

—Soy yo. Kurt. Pero disimula. ¿Dónde estás?

—En mi despacho.

—¿Has cerrado la puerta?

—Espera un poco.

Wallander oyó el golpe de la puerta al cerrarse.

—¡Kurt! ¿Dónde estás?

—Estoy en un lugar en el que jamás podríais encontrarme.

—¡Joder, Kurt!

—¡Escúchame! No me interrumpas. Tengo que verte, pero sólo si me prometes que no le dirás nada a nadie, ni a Björk, ni a Martinson, ni a nadie. Si no puedes prometérmelo, dejamos la conversación en este preciso instante.

—Estamos reunidos justamente para organizar cómo localizaros a Konovalenko y a ti. Es un poco absurdo que yo vuelva a la reunión y no pueda decir que acabo de hablar contigo.

—Pues no hay otro remedio —sostuvo Wallander—. Creo que tengo buenas razones para pedírtelo. Pienso aprovechar el hecho de que se haya declarado mi búsqueda y captura.

—¿Cómo?

—Te lo diré cuando nos veamos. ¡Tienes que decidirte ya!

Se hizo el silencio. Wallander aguardaba, sin poder imaginar cuál sería la respuesta de Svedberg.

—Dime adonde tengo que ir —se lo oyó decir al fin.

—¿Seguro?

—Sí.

Wallander le describió el camino hasta Stjärnsund.

—Dentro de dos horas, ¿podrás?

—Tendré que poder.

Terminaron la conversación.

—Quiero que haya alguien que sepa lo que estoy haciendo —le explicó a su hija.

—¿Por si ocurriese algo?

La pregunta lo pilló tan por sorpresa que no se le ocurrió responder con una evasiva.

—Eso es, por si ocurriese algo...

Se tomó otra taza de café. Cuando ya se disponía a marcharse, dijo en tono vacilante:

—No es mi intención preocuparte más de lo que ya estás, pero no quiero que abandones esta casa en los próximos días. No es que vaya a pasar nada. Es sólo que así dormiré más tranquilo.

Ella le acarició la mejilla.

—Me quedaré aquí. No te preocupes.

—Sólo otro par de días. No creo que necesite más. Después, esta pesadilla habrá concluido y, entonces, empezaré a habituarme a la idea de haber matado a una persona.

Se dio la vuelta y se marchó sin darle tiempo a replicar. En el retrovisor, pudo ver que su hija había salido a la calle a verlo partir.

Svedberg fue puntual.

Eran las tres menos diez cuando tomó la curva y entró en el patio. Wallander se puso el chaquetón y salió a recibirlo. Al verlo, su colega lo miró moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —inquirió.

—Creo que sé lo que estoy haciendo —replicó Wallander—. Gracias por venir.

Llegaron al puente que conducía al antiguo foso en torno a las ruinas del castillo. Svedberg se detuvo, se apoyó sobre la barandilla y quedó meditabundo, observando las aguas cenagosas a sus pies.

—No resulta fácil comprender que ocurran estas cosas —afirmó.

—Yo he llegado a la conclusión de que, en la mayoría de los casos,

vivimos en contra del sentido común —aseguró Wallander—. Creemos que podemos frenar un proceso si nos negamos a enfrentarnos a él.

—Pero ¿por qué Suecia? —insistía Svedberg—. ¿Por qué han elegido este país como punto de partida?

—Victor Mabasha tenía una explicación posible —apuntó Wallander.

—¿Quién?

Cayó en la cuenta de que su compañero nunca supo el nombre del africano. Lo repitió y prosiguió.

—En cierto modo se debe, como es lógico, al hecho de que Konovalenko estaba aquí. Pero también, y en la misma medida, para despistar. Para los responsables de este atentado, resulta crucial el no dejar ninguna pista. Suecia es un país donde uno puede esconderse fácilmente. No es complicado pasar desapercibido por la frontera y tampoco lo es desaparecer. Él tenía una buena comparación para esto. Decía que Sudáfrica es un cuco que suele poner sus huevos en nido ajeno.

Continuaron caminando hasta el castillo, arruinado desde hacía ya tiempo. Svedberg miró a su alrededor.

—Nunca había estado aquí. Me pregunto cómo sería trabajar de policía en aquellos tiempos, cuando el castillo aún se hallaba en pie.

Paseaban en silencio, contemplando los restos esparcidos de los muros, tan altos en otro tiempo.

—Como comprenderás, Martinson y yo nos quedamos impresionados. Estabas lleno de sangre, tenías el pelo revuelto y hacías molinetes con un arma en cada mano.

—Sí, claro que lo comprendo.

—Pero fue un error decirle a Björk que parecías haber perdido el juicio.

—A veces me pregunto si no sería verdad.

—¿Qué piensas hacer?

—Tengo la intención de atraer a Konovalenko hacia mí. Estoy convencido de que es la única posibilidad que tenemos de hacerlo salir de su escondite.

Svedberg le clavó una mirada grave.

—Eso es peligroso.

—No lo es tanto cuando uno puede prever el peligro, objetó Wallander, al tiempo que se preguntaba a sí mismo lo que aquellas palabras querrían decir en realidad.

—Tienes que llevar una escolta de apoyo —intervino Svedberg.

—Entonces no vendrá —refutó Wallander—. No será suficiente que crea que estoy solo. Él comprobará que es así. Hasta que no esté totalmente convencido, no se aventurará a atacar.

—¿A atacar?

—Sí, intentará matarme. Pero ya me encargaré yo de que no lo consiga.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé.

Svedberg lo observó incrédulo, aunque no dijo nada.

Iniciaron el regreso, pero se detuvieron de nuevo sobre el puente.

—Quería pedirte un favor. Estoy preocupado por mi hija. Es imposible pronosticar lo que hará Konovalenko. Por eso quiero que la tengáis bajo vigilancia.

—Björk exigirá una explicación —apuntó Svedberg.

—Lo sé. Por eso te lo pido a ti. Si hablas con Martinson, quizá Björk no tenga por qué enterarse de nada...

—Lo intentaré. Comprendo tu preocupación.

Retomaron el paseo, pasaron el puente y remontaron la pendiente.

—Por cierto, Martinson recibió ayer a alguien que conocía a tu hija —comentó Svedberg, con la clara intención de iniciar un tema menos

serio.

Wallander lo miró extrañado.

—¿En su casa?

—En su despacho. Una mujer fue a presentar una denuncia. Le habían robado en el coche. Por lo visto, había sido profesora de tu hija. No recuerdo los detalles.

Wallander se paró en seco.

—A ver, a ver, ¿qué es lo que me estás diciendo?

Svedberg repitió lo que le acababa de referir.

—¿Cómo se llamaba?

—No tengo ni idea.

—¿Cómo era?

—Eso tendrás que preguntárselo a Martinson.

—¡Intenta recordar lo que te dijo exactamente!

Svedberg meditó un instante.

—Estábamos tomando café. Martinson se quejó de las constantes interrupciones. Dijo que le saldría una úlcera de estómago si seguía amontonándose el trabajo. «¡Si al menos no tuviéramos que encargarnos también de un simple robo a un coche...! Ha venido una señora a la que le habían robado la radio en el suyo. Me preguntó por la hija de Wallander y si aún vivía en Estocolmo...» Eso fue más o menos lo que dijo.

—¿Qué le dijo Martinson? ¿Le dijo que está aquí?

—Pues no lo sé.

—Tenemos que llamar a Martinson —dijo Wallander apremiando el paso hacia la casa, adonde llegó a la carrera con Svedberg pisándole los talones—. Llámalo, requirió Wallander una vez dentro. Pregúntale cómo se llama la mujer y si le dijo dónde estaba mi hija. Si quiere saber el porqué de tu pregunta, dile que ya se lo explicarás más tarde.

—No crees que se tratase realmente de un robo, ¿verdad?

—No sé, pero no quiero correr ningún riesgo.

Svedberg localizó a Martinson casi de inmediato. Tomó algunas notas en el reverso de una hoja de papel. Wallander dedujo que Martinson quedaba algo desconcertado ante las preguntas del compañero. Después de la conversación, Svedberg empezaba a compartir la inquietud de Wallander.

—Dice que sí se lo dijo.

—¿Que le dijo qué?

—Que está en casa de tu padre, en Österleden.

—¿Por qué hizo tal cosa?

—Ella preguntó y...

Wallander miró el reloj de la cocina.

—Tienes que llamar. Puede que sea mi padre el que conteste al teléfono. Ahora estará en la casa almorzando. Dile que quieres hablar con Linda y entonces me pondré yo.

Le dio el número. El teléfono estuvo sonando un buen rato hasta que alguien respondió. Era el padre de Wallander. Svedberg preguntó por la nieta y colgó al minuto.

—Ha bajado a la playa en bicicleta.

Wallander sintió que se le encogía el estómago.

—¡Mira que le dije que se quedase en casa!

—Se fue hace media hora.

Salieron en el coche de Svedberg, a toda velocidad. Wallander iba muy callado. Su colega lo miraba de hito en hito, sin decir nada.

—Continúa hasta la próxima salida —dijo Wallander al llegar al desvío hacia Kåseberga. Aparcaron tan cerca del acantilado como les fue posible. No había otros coches. Wallander corría por la orilla y Svedberg le seguía. La playa estaba desierta. Presa del pánico, Wallander empezó a

sentir de nuevo el aliento de Konovalenko en la nuca.

—Puede que se haya sentado al abrigo de alguna duna.

—¿Estás seguro de que vino a esta playa? —quiso saber Svedberg.

—Ésta es *su* playa. Si ha ido a la playa, habrá venido aquí. Tendremos que buscar cada uno por un lado.

Svedberg retrocedió hacia Kåseberga mientras Wallander continuaba hacia el este. Intentaba convencerse de que su inquietud era infundada. A su hija no le había sucedido nada. Pero no podía comprender por qué no se había quedado en la casa, tal y como le había prometido. ¿Acaso seguía sin comprender el alcance del peligro pese a todo lo ocurrido?

De vez en cuando se volvía a mirar en la dirección en la que iba Svedberg. Nada de nada. De repente, se acordó de Robert Åkerblom. Pensó que en una situación como ésta, él habría rezado una plegaria.

«Pero yo no tengo ningún dios al que dirigir mi ruego. Ni siquiera cuento con espíritus, como Victor Mabasha. Lo único que poseo es mi felicidad y mi dolor».

Un hombre acompañado de su perro contemplaba el mar desde el acantilado. Wallander le preguntó si había visto a una joven sola paseando por la playa. Pero el hombre negó con la cabeza. Había salido a pasear con el perro y llevaba en la playa unos veinte minutos. No había visto a nadie en ese tiempo.

—¿Tampoco ha visto a ningún hombre? —inquirió Wallander antes de describirle a Konovalenko.

El hombre negó de nuevo.

Wallander prosiguió la búsqueda. Sentía frío, pese a que la brisa anunciaba la proximidad del calor primaveral. Se apresuró escaleras abajo, hacia la orilla, que se le antojaba infinita. Giró de nuevo sobre sus propios pies para ver si divisaba a Svedberg, que se hallaba muy lejos, y descubrió que había alguien a su lado. Svedberg empezó a hacerle señales

con la mano.

Wallander recorrió el camino a grandes zancadas, de modo que llegó exhausto hasta donde ellos lo esperaban. La miraba sin decir nada, mientras recobraba el aliento.

—No ibas a abandonar la casa —le recriminó Wallander—. ¿Por qué lo has hecho?

—No pensé que un paseo por la playa entrañase ningún peligro. Al menos, no mientras sea de día. Todo lo malo ocurre por la noche, ¿no?

Svedberg conducía mientras ellos hablaban en el asiento trasero.

—¿Qué le digo al abuelo?

—Nada —señaló Wallander—. Ya hablaré yo con él esta noche. Mañana jugaremos una partida de cartas. Se pondrá muy contento.

Se despidieron en la carretera, junto a la casa, y Svedberg y Wallander regresaron a Stjärnsund.

—Quiero que empecéis con la vigilancia a partir de esta misma noche —ordenó Wallander.

—Hablaré con Martinson enseguida. De algún modo nos las arreglaremos.

—Que haya un coche aparcado en la calle. Es preciso que se vea que la casa está vigilada.

Svedberg ya se preparaba para marcharse.

—Necesito un par de días —calculó Wallander—. Entretanto, seguiréis buscándome. Pero me gustaría que llamasess por teléfono de vez en cuando.

—¿Qué le digo a Martinson?

—Tú mismo has llegado a la conclusión de que es necesario vigilar la casa de mi padre, así que ya encontrarás los argumentos más idóneos.

—¿De verdad no quieres que le revele a Martinson tu paradero?

—Es más que suficiente con que lo sepas tú —aseguró Wallander.

Svedberg se marchó y Wallander entró en la cocina y se hizo unos huevos fritos. Dos horas después regresaron los caballos.

—¿Ganó *Niebla*? —preguntó Wallander cuando Widén entró en la cocina.

—Ganó, repuso éste. Pero por los pelos.

Peters y Norén bebían café en el coche patrulla.

Ambos estaban malhumorados, ya que habían recibido órdenes de Svedberg de vigilar la casa del padre de Wallander, y ningún servicio les aburría tanto como aquellos que los obligaban a estar parados. En efecto, allí tendrían que aguardar sentados en el coche hasta que les llegara el relevo y para eso faltaban aún muchas horas. Eran las once y cuarto de la noche y ya había anochecido.

—¿Qué crees que le habrá ocurrido a Wallander? —preguntó Peters.

—¡No lo sé! —exclamó Norén—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no lo sé?

—Es difícil dejar de darle vueltas a la cabeza —se excusó Peters—. Me pregunto si no será que se ha convertido en un alcohólico.

—¿Qué te hace pensar algo semejante?

—¿No habrás olvidado aquella ocasión en que lo detuvimos por conducir bebido?

—Ya, pero eso no es lo mismo que ser alcohólico.

—No, pero aun así...

Se agotó el tema y Norén salió del coche, se abrió de piernas y se puso a orinar.

Entonces, divisó el resplandor de un fuego.

—¡Algo está ardiendo! —le gritó a Peters, que salió de inmediato del coche.

—¿Será un incendio en el bosque? —se preguntó Norén.

El fuego procedía de la arboleda que crecía en una pequeña hondonada al otro lado de los campos de labor, pero resultaba imposible determinar con claridad dónde estaba el foco, puesto que la vegetación de la zona era muy tupida.

—Tendremos que ir a mirar —afirmó Peters.

—Svedberg dijo que no podíamos abandonar nuestro puesto —objetó Norén—. Bajo ninguna circunstancia.

—No nos llevará más de diez minutos —insistió Peters—. ¿Qué temes que ocurra, hombre?

—No temo nada —atajó Norén—. Pero una orden es una orden.

Pese a todo, hicieron lo que Peters decía. Dieron marcha atrás y tomaron el camino fangoso que conducía hacia el resplandor. Comprobaron, al llegar, que lo que ardía era un viejo bidón de gasolina que alguien había llenado de papeles y plásticos, lo que hacía que el fuego desprendiese un claro fulgor. Pero el fuego mismo estaba ya casi extinguido.

—¡Qué raro, ponerse a quemar basura a estas horas! —exclamó Peters echando un vistazo a su alrededor. El lugar estaba desierto.

—Volvamos a la casa —dijo Norén.

Apenas veinte minutos más tarde estaban de nuevo en su puesto. La impresión era de calma absoluta. Las luces estaban apagadas y el padre y la hija de Wallander, dormidos.

Bastantes horas después llegó Svedberg a relevarlos.

—Todo normal —aclaró Peters, sin mencionar la pequeña excursión nocturna.

Svedberg estuvo dormitando hasta que amaneció. A las ocho de la mañana empezó a preguntarse por qué nadie salía de la casa, pues sabía que el padre de Wallander era muy madrugador.

A las ocho y media empezó a sospechar que algo no iba bien. Salió del coche y entró en el jardín, llegó hasta la puerta y, al asir el picaporte, se dio cuenta de que la llave no estaba echada. Hizo sonar el timbre y aguardó, pero nadie fue a abrirle. Entró en el vestíbulo en penumbra y aplicó el oído. Todo estaba en silencio. De pronto le pareció oír unos arañazos, sin saber de dónde procedían exactamente. Sonaba como un ratón abriéndose paso a través de una pared. Se dejó guiar por el ruido hasta llegar a una puerta cerrada, a la que llamó. Un rugido semi ahogado fue cuanto recibió por respuesta. Entonces forzó la puerta. El padre de Wallander estaba tendido en su cama, atado de pies y manos y amordazado con una cinta adhesiva de color negro.

Svedberg se quedó petrificado. Con sumo cuidado, retiró la cinta adhesiva y desató las cuerdas. Se aplicó a inspeccionar toda la casa. La habitación en la que dormía la hija de Wallander estaba vacía y no había nadie más.

—¿Cuándo ocurrió?

—Anoche —respondió el anciano—. Poco después de las once.

—¿Cuántos eran?

—Uno.

—¿Uno?

—Sí, un hombre. Pero tenía un arma.

Svedberg se levantó con la mente en blanco.

Se dirigió hacia el teléfono y llamó a Wallander.

El ácido olor a manzanas verdes.

Eso fue lo primero que la invadió al despertar. Después, cuando abrió los ojos en la oscuridad, no había allí nada más que soledad y miedo. Estaba tendida sobre un suelo de piedra que olía a tierra húmeda. No se oía nada, pese a que el profundo temor que sentía mantenía expectantes y alerta todos sus sentidos. Tanteó con extremo cuidado la superficie irregular del piso, que no estaba enlosado, sino con baldosas de piedra, de lo que dedujo que se hallaba en un sótano. En la casa de Österleden, donde vivía su abuelo y en donde se encontraba cuando un hombre desconocido la despertó brutalmente y la arrastró consigo, había un suelo idéntico en la despensa.

Cuando no halló nada más que sus sentidos pudiesen registrar, empezó a sentir un ligero mareo y un dolor de cabeza cada vez más intenso. No sabía cuánto tiempo había estado enterrada en aquella negrura y aquel silencio. El reloj se había quedado sobre la mesita de noche. Sin embargo, tenía la firme sensación de que habían sido muchas las horas transcurridas desde que se la llevaron.

Podía mover los brazos, pero tenía los tobillos encadenados y, al tantear con las manos, notó que le habían puesto un candado. La idea de estar encadenada le dio frío. Pensó de forma fugaz que a la gente, normalmente, la ataban con cuerdas, más suaves, más blandas. Las cadenas le hacían pensar en un tiempo pasado, en tiempos de esclavitud y

de autos de fe.

Pero lo más desagradable de su despertar fue el tomar conciencia de la ropa que llevaba puesta. Notó enseguida que no era su ropa, que eran prendas extrañas, la forma, el color que no podía ver pero que le parecía sentir con la yema de los dedos y, sobre todo, el fuerte olor a detergente. No era su ropa. Alguien la había vestido con ellas. Alguien le había quitado el camisón y le había puesto aquellas prendas, desde la ropa interior hasta los zapatos. Un atropello que le daba ganas de vomitar. Se le agravó la sensación de mareo y sostuvo la cabeza entre las manos, balanceándose suavemente hacia delante y hacia atrás.

«No puede ser verdad», pensaba desesperada. Pero era real y era capaz incluso de recordar todo lo ocurrido.

Estaba soñando, aunque no recordaba qué exactamente. Despertó en el momento en que un hombre, de repente, le tapó la boca y la nariz con una toalla. La inundó un olor penetrante, antes de que la invadiese una sensación sorda de adormecimiento. La luz de la lámpara que había fuera de la cocina penetraba en su habitación con un fuerte resplandor. Vio un hombre ante sí. Tenía el rostro muy cerca del suyo. Ahora, al pensar en él, recordó que olía intensamente a loción, pese a que iba sin afeitarse. El hombre no había dicho ni una palabra y, aunque la habitación estaba en penumbra, pudo distinguir sus ojos y pensó que no podría olvidarlos nunca. A partir de ahí, no recordaba nada de lo ocurrido hasta que no despertó sobre aquel suelo húmedo.

Por supuesto que sabía por qué había sucedido aquello. El hombre cuyo rostro tuvo tan cerca del suyo y que la adormeció era sin duda el perseguido por su padre y también su perseguidor. Aquellos ojos eran los de Konovalenko, tal y como ella los había imaginado antes. El asesino de Victor Mabasha, el que había matado a un policía y el que estaba decidido a matar a otro, a su propio padre. Él fue quien se escurrió hacia

su habitación, quien la vistió y le puso cadenas en los tobillos.

El ruido que la portezuela de acceso al sótano hizo al abrirse la pilló desprevenida. Pensó después que el hombre habría estado allá arriba, escuchando. Una luz muy intensa inundó el agujero en que se hallaba. Quién sabe si no lo habrían planeado así, para deslumbrarla. Entrevió una escalerilla que alguien dejó caer desde arriba, un par de zapatos marrones y un par de pantalones que se le acercaban. Finalmente, un rostro. El mismo rostro y los mismos ojos que la atacaron. Apartó la mirada para no quedar deslumbrada, pero también porque el terror volvía a paralizarla. Se dio cuenta de que el sótano era más grande de lo que pensaba. En la oscuridad, las paredes y el techo le habían parecido más próximos. Se le ocurrió que tal vez el sótano tuviese la misma superficie que toda la casa.

El cuerpo del hombre se interponía entre ella y la luz que penetraba por el hueco de la puerta. Llevaba una linterna en una mano. En la otra, sostenía un objeto de metal que no pudo reconocer de inmediato, pero que enseguida identificó como unas tijeras.

Entonces, lanzó un grito desgarrador, prolongado. Pensó que había bajado por aquella escalera para matarla y que se disponía a hacerlo con unas tijeras. Asió las cadenas que le atenazaban los tobillos y empezó a tirar de ellas, como si hubiese podido liberarse con las manos. Él le enfocaba la linterna sobre el rostro, con lo que éste no era más que una silueta sobre la intensidad de la luz de fondo.

De repente, volvió la linterna dirigiéndola hacia su propio rostro. La sostenía bajo la barbilla, de modo que adquiría el aspecto de un cráneo sin vida. Ella enmudeció. Su grito no hizo sino aumentar su propio pánico. Entonces, sintió un cansancio extraño. Algo le indicaba que era demasiado tarde, que no tenía sentido oponer resistencia.

De pronto, el cráneo empezó a hablar.

—Es inútil que grites —afirmó Konovalenko—. Nadie puede oírte. Además, corres el riesgo de irritarme. En ese caso, puedo llegar a hacerte daño. Será mejor que guardes silencio.

Había pronunciado las últimas palabras como en un susurro.

«¡Papá!», rogó Linda en silencio. «Tienes que ayudarme».

Después, todo ocurrió muy deprisa. Con la misma mano con la que sostenía la linterna, asió un mechón de sus cabellos, tiró de él y empezó a cortarlo. Ella se estremeció por el dolor, por lo brutal de la agresión. Él la sujetaba con tanta fuerza que no podía moverse. Oyó el chasquido seco, las afiladas hojas de las tijeras abriéndose y cerrándose en torno a su nuca, justo debajo del lóbulo de las orejas. Todo sucedió con gran rapidez. Después, la soltó y ella volvió a sentir náuseas. Su pelo, ahora cortado, constituía un paso más en la humillación, como el que la hubiesen vestido mientras ella estaba inconsciente.

Konovalenko enrolló el cabello hasta convertirlo en una bola y se lo guardó en el bolsillo.

«Este hombre está enfermo», se dijo. «Es un loco, un sádico, un perturbado que mata sin inmutarse».

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por una nueva orden de Konovalenko, quien dirigía ahora la linterna hacia su garganta, adornada por un colgante en forma de laúd que sus padres le habían regalado cuando cumplió quince años.

—El colgante —indicó Konovalenko—. Quítatelo.

Ella obedeció, poniendo sumo cuidado en no rozar su mano en el momento de entregárselo. Luego, sin mediar palabra, Konovalenko se marchó. Subió por las escaleras y cerró la portezuela, abandonándola a la oscuridad.

Una vez sola, se arrastró hasta toparse con una de las paredes y llegó gateando hasta el rincón, donde se acurrucó intentando esconderse.

Ya la noche anterior, después del exitoso secuestro de la hija del policía, Konovalenko había hecho salir a Tania y a Sikosi Tsiki de la cocina. Necesitaba con urgencia estar a solas y en aquella casa, la última que Rykoff había alquilado en su vida, y cuya habitación más grande era precisamente la cocina. Estaba decorada en estilo antiguo, con vigas vistas, un gran horno y alacenas sin puertas para la porcelana. Algunos utensilios de cobre cubrían una de las paredes. A Konovalenko le dio por pensar en su propia niñez en Kiev, en aquella cocina enorme del koljós donde su padre fue comisario político.

Se dio cuenta, no sin sorpresa, de que echaba de menos a Rykoff. No se trataba sólo de la certidumbre de que ahora tuviese que soportar sin ayuda una carga mayor en lo tocante a los asuntos de intendencia. Había además un sentimiento que apenas si podía calificar de nostalgia o dolor, aunque sí logró hacerle experimentar una especie de abatimiento. Durante sus muchos años de servicio como oficial del KGB, el valor de la vida humana en general, salvo la suya propia y la de sus dos hijos, se había ido reduciendo a recursos computables o, en caso contrario, elementos prescindibles.

En aquellos tiempos estuvo en todo momento rodeado de la muerte, siempre repentina, de unos y otros, por lo que las reacciones de tipo sentimental habían terminado desapareciendo casi por completo. No obstante, la muerte de Rykoff le había afectado, lo que consiguió incrementar su odio por el siempre inoportuno policía. Ahora tenía a su hija a sus pies y sabía que ella era el cebo ideal para atraerlo. Aun así, la idea de la venganza no lo eximía totalmente del peso de su decaimiento. En cualquier caso, ahora se encontraba allí, en la cocina, bebiendo vodka con cierta medida, para no embriagarse demasiado, y contemplaba de vez

en cuando su imagen en un espejo que colgaba de la pared. Se le antojó de pronto que su rostro era feo. ¿Habría empezado a envejecer? ¿O sería, tal vez, que la caída del imperio soviético llevaba aparejada la degradación relativa de su propia dureza y frialdad?

A las dos de la madrugada, cuando Tania ya dormía o, al menos, fingía dormir y Sikosi Tsiki se había encerrado en su habitación, se dirigió a la cocina, donde estaba el teléfono, para llamar a Jan Kleyn. Había sopesado a fondo lo que pensaba decirle. Consideró que no había motivo alguno para ocultarle la muerte de uno de sus colaboradores, pues no estaba mal que Jan Kleyn supiese que el trabajo de Konovalenko no estaba exento de riesgos. Aunque también tomó la determinación de mentirle una vez más, diciéndole que también había liquidado al fastidioso policía. Tan convencido estaba de que lo conseguiría, ahora que tenía a la hija en el sótano, que osó dar la muerte de Wallander por supuesta.

Jan Kleyn lo escuchó sin hacer ningún comentario. Konovalenko sabía que su silencio era la mejor calificación que podía obtener. Por su parte, Jan Kleyn le explicó que Sikosi Tsiki debía regresar a Sudáfrica en breve y le preguntó si albergaba algún tipo de duda acerca de sus aptitudes y si había dado muestras de debilidad, tal y como en su día hiciera Victor Mabasha. Konovalenko aseguró que no era ése el caso, lo cual era, al igual que la muerte del policía, una suposición suya, ya que el tiempo que le había quedado para dedicar a Sikosi Tsiki había sido, hasta el momento, muy limitado. El único conocimiento que poseía en realidad era la impresión general de que se trataba de un hombre que podría calificarse de petrificado desde el punto de vista de los sentimientos. Casi nunca, por no decir nunca, se lo veía reír y ejercía un autocontrol tan impecable como su vestimenta.

Así pues, pensaba que podría enseñarle cuanto necesitaba saber

durante unos cuantos días de instrucción intensa, una vez que Wallander y su hija hubiesen desaparecido. En cualquier caso, él había afirmado que Sikosi Tsiki no los defraudaría y Jan Kleyn se había mostrado satisfecho y había concluido la conversación pidiéndole a Konovalenko que lo llamase de nuevo transcurridos tres días, pues le proporcionaría entonces las instrucciones precisas para preparar el regreso de Sikosi Tsiki a Sudáfrica.

Las palabras cruzadas con Jan Kleyn le habían devuelto parte de la energía que creía haber perdido con el estado de decaimiento provocado por la muerte de Rykoff. Se sentó a la mesa de la cocina y pensó que el secuestro de la hija había resultado tan fácil que casi le daba vergüenza. No le había llevado más de unas horas averiguar dónde vivía el abuelo después de la visita de Tania a la comisaría de Policía de Ystad. Él mismo realizó la llamada telefónica a la que respondió una asistente. Tras presentarse como comercial de la compañía telefónica Televerket, preguntó si se había producido algún cambio en los datos del domicilio y del titular, pues estaban preparando la siguiente edición de la guía de teléfonos. Tania había comprado un mapa detallado de Escania en la papelería Ystads Bokhandel.

Dieron, pues, con la casa, que mantuvieron vigilada a una distancia prudente. La asistente se había marchado tarde aquel día y pocas horas después un coche de la policía aparcaba en la calle, junto a la casa. Una vez que estuvo seguro de que no habría más vigilancia que aquel coche, ingenió con facilidad la maniobra mediante la cual distraería la atención de los agentes. Así, regresó a la casa de Tomelilla, preparó el bidón de gasolina que había encontrado en el trastero y dio a Tania las instrucciones pertinentes. En dos coches, uno de los cuales habían alquilado en una gasolinera de por allí, volvieron a la zona donde vivía el abuelo, encontraron el bosquecillo, concretaron una hora y se pusieron

manos a la obra. Tania prendió el fuego y tuvo tiempo de desaparecer antes de que los policías llegasen para investigar la procedencia del incendio, tal y como habían planeado.

Konovalenko era consciente de que no disponía de mucho tiempo, por lo que la empresa suponía un reto aún mayor. No tardó en forzar la puerta de la calle antes de atar y amordazar al abuelo en su cama. Luego adormeció a la hija y la trasladó al coche que esperaba ante la puerta. Todo esto no le llevó más de diez minutos por lo que, cuando la policía regresó a su puesto de vigilancia, él ya había desaparecido. Tania había comprado algo de ropa para la joven y la vistió mientras aún estaba inconsciente. Entonces, él la llevó al sótano, donde la encerró después de inmovilizarle las piernas con una cadena y un candado.

La maniobra había resultado, por lo tanto, de lo más sencilla y Konovalenko se preguntaba si el resto también lo sería. Había observado que la chica llevaba una cadena de oro con un colgante y pensó que su padre lo reconocería. Sin embargo, también quería darle otra imagen de la situación, un mensaje amenazador que no le permitiese albergar la menor duda acerca de hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Decidió entonces que le cortarían el pelo y se lo enviaría al padre, junto al colgante. «El pelo cortado de una mujer huele a muerte y destrucción», resolvió. «Él es policía, así que sabrá interpretar el mensaje».

Konovalenko se sirvió otro vaso de vodka y miró por la ventana de la cocina. Amanecía. El aire era cálido y se recreó en la idea de que no tardaría en estar viviendo bajo un sol permanente, lejos de este clima tan distinto en el que uno nunca sabía el tiempo que haría de un día para otro.

Se echó a dormir unas horas. Miró el reloj al despertar y comprobó que eran las nueve y cuarto del lunes 18 de mayo. A estas alturas, supuso, Wallander sabría ya que su hija había sido secuestrada y estaría esperando a que Konovalenko se pusiese en contacto con él.

«No le vendrá mal esperar un poco más», se dijo. «Cada hora transcurrida hará el silencio más insoportable y su preocupación será mayor que su capacidad para controlarla».

La trampilla que daba al sótano en el que se encontraba la hija del policía estaba justo detrás de la silla de Konovalenko. Éste prestaba atención de vez en cuando, pero no se oía absolutamente nada.

Konovalenko permaneció un momento aún sentado y meditabundo, hasta que se levantó para ir a buscar un sobre en el que puso los mechones de pelo y el colgante.

Se acercaba la hora de ponerse en contacto con Wallander.

La noticia del secuestro de Linda sobrecogió al inspector. Lo desesperó, lo hizo montar en cólera. Sten Widén, que por casualidad se encontraba en la cocina cuando sonó el teléfono y que, además, fue quien respondió, vio boquiabierto cómo Wallander arrancaba el teléfono de la pared y lo arrojaba por la ventana abierta al despacho de Widén. Después detectó el miedo de Wallander; un miedo desnudo sin tapujos. Y comprendió que algo terrible había sucedido. La compasión era un sentimiento que él asociaba a ideas muy dispares, pero no fue así en esta ocasión. El dolor de Wallander por lo que le había ocurrido a su hija y por no poder remediarlo de ningún modo le afectó profundamente y lo movió a sentarse en cuclillas junto a él con la mano apoyada en su hombro.

Entretanto, Svedberg había desplegado una energía arrolladora. Tras comprobar que el padre de Wallander no había sufrido ningún daño y que tampoco parecía especialmente conmovido, llamó a casa de Peters. Su mujer contestó al teléfono y le comunicó que estaba durmiendo después de la guardia nocturna. Pero, tras el rugido de Svedberg, no le cupo la menor duda de que había que despertarlo de inmediato. Cuando Peters, medio dormido, se puso al teléfono, Svedberg le dio media hora para

localizar a Norén y presentarse con él en la casa que se les había ordenado vigilar. Peters, que conocía bien a Svedberg, supo enseguida que éste no lo habría despertado si no hubiese ocurrido algo grave. Sin formular una sola pregunta, le prometió que no tardarían antes de llamar a Norén. Cuando ambos llegaron a la casa del abuelo, Svedberg los recibió sin preámbulos poniéndolos al corriente de la brutal noticia.

—Bien, supongo que no nos queda más que contarlo todo tal y como sucedió —admitió Norén, quien ya la noche antes había tenido un vago presentimiento de que aquel bidón de gasolina resultaba algo raro en medio del bosque.

Svedberg escuchaba a Norén mientras Peters, que tanto había insistido para que fuesen a investigar el foco del fuego, permanecía en silencio. Sin embargo, Norén no lo hizo responsable único de la breve ausencia, sino que presentó los hechos como si ambos hubiesen tomado la decisión de común acuerdo.

—Espero, por vuestro bien, que la hija de Wallander resulte ilesa de todo esto —amenazó Svedberg.

—¿Secuestrada? —preguntó entonces Norén—. ¿Por quién? Y ¿por qué?

Svedberg les lanzó una mirada grave antes de contestar.

—Tenéis que prometerme una cosa —declaró—. Si la cumplís, intentaré olvidar que ayer actuasteis contra órdenes expresas. Si nada le sucede a la chica, nadie sabrá lo ocurrido. ¿Está claro?

Ambos asintieron.

—Ninguno de los dos oyó ni vio nada ayer noche y, sobre todo, la hija de Wallander no ha sido secuestrada. En otras palabras, aquí no ha pasado nada.

Peters y Norén lo contemplaron interrogantes.

—Estoy hablando en serio —subrayó Svedberg—. Nada sucedió

anoche. No lo olvidéis. Es lo único que os pido. Es muy importante, tenéis que creerme.

—¿Hay algo que podamos hacer? —inquirió Peters.

—Sí, marchaos a casa y seguid durmiendo —ordenó Svedberg.

Svedberg empezó a buscar, en vano, alguna huella en el jardín y en el interior de la casa, e incluso en el bosquecillo donde se hallaba el bidón de gasolina, pero lo único que encontró fueron las huellas de un coche que llegaban hasta allí. Regresó a la casa para hablar de nuevo con el padre de Wallander, que estaba en la cocina tomando café y parecía muy asustado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó angustiado. Mi nieta no está.

—No lo sé —admitió Svedberg con total honestidad—. Pero estoy seguro de que todo se arreglará.

—¿Tú crees? —dijo el padre de Wallander con tono poco convencido—. Oí lo indignado que estaba Kurt al teléfono. Por cierto, ¿dónde está? ¿Qué es lo que está pasando, en realidad?

—Será mejor que él mismo lo explique todo —repuso Svedberg poniéndose en pie—. Voy a verlo ahora mismo.

—Salúdalo de mi parte. Dile que yo estoy bien.

—Así lo haré —prometió Svedberg antes de salir.

Cuando Svedberg giró con el coche hacia la casa de Sten Widén, se encontró con que Wallander estaba fuera, descalzo sobre la gravilla. Eran ya casi las once de la mañana. Antes de entrar en la casa, Svedberg ya le había explicado lo que él pensaba que habría ocurrido, sin ocultarle la forma tan simple en que Peters y Norén fueron engañados y distraídos durante los escasos minutos necesarios para secuestrar a su hija. Al final, le dio también el recado del padre.

Wallander lo había estado escuchando con atención y, sin embargo, él tenía la sensación de que había algo ausente en su expresión. En

condiciones normales se miraban a los ojos cuando hablaban, pero ahora la mirada de Wallander deambulaba nerviosa y sin objetivo. Svedberg intuyó que sus pensamientos estarían con su hija, dondequiera que la tuviesen retenida.

—¿Alguna huella? —preguntó Wallander.

—Ni una.

El inspector asintió y ambos entraron en la casa.

—He estado intentando pensar —dijo Wallander una vez dentro.

Svedberg pudo ver que le temblaban las manos.

—Está claro que es Konovalenko el autor del secuestro —prosiguió—. Es lo que me temía. Todo es culpa mía. Tendría que haber estado allí y todo habría sido diferente. Ahora está utilizando a mi hija para llegar hasta mí. Al parecer, no cuenta con la ayuda de ningún cómplice, sino que actúa por cuenta propia.

—Tiene por lo menos uno —objetó Svedberg—. Si comprendí bien a Peters y a Norén, no es posible que le diera tiempo a él solo de prender fuego al bidón de gasolina y luego de atar y amordazar a tu padre y llevarse a tu hija.

Wallander reflexionó un instante.

—Fue Tania quien encendió el bidón, la mujer de Vladimir Rykoff. Es decir, que son dos. No sabemos dónde están. Seguramente en alguna casa a las afueras, cerca de Ystad. Alguna casa muy aislada, que habríamos podido encontrar de haber sido otras las circunstancias. Dada la situación, no podemos dedicarnos a eso.

Sten Widén se acercó con paso quedo hasta la mesa y les sirvió café. Wallander lo miró antes de asegurar:

—Yo necesito algo más fuerte.

Widén volvió con una botella de whisky medio vacía. Sin pensárselo dos veces, Wallander se echó un buen trago directamente de la botella.

—He estado intentando imaginar lo que ocurrirá ahora —explicó—. Se pondrá en contacto conmigo y utilizará la casa de mi padre. Es allí donde tendré que esperar a que me llame. No sé cuál será su propuesta. En el mejor de los casos, mi vida por la de ella. En el peor, algo en lo que no quiero ni pensar.

Miró a Svedberg.

—Eso es lo que creo. ¿Tú qué opinas? ¿Me equivoco?

—Lo más probable es que estés en lo cierto —admitió Svedberg—. La cuestión es, ¿qué hacemos?

—Nadie hará nada —se apresuró a advertir Wallander—. No habrá ni un solo policía en torno a la casa, nada. Konovalenko es capaz de olerse el menor peligro. He de estar solo en la casa, con mi padre. Tu misión consiste en procurar que nadie aparezca por allí.

—No podrás hacerlo tú solo —dijo Svedberg—. Tienes que permitir que te ayudemos.

—No quiero que mate a mi hija —repuso Wallander—. Tengo que hacerlo solo.

Svedberg comprendió que daba por terminada la conversación. Wallander había tomado una decisión y no estaba dispuesto a dejarse convencer.

—Te llevaré a Löderup.

—No hace falta —advirtió Sten Widén—. Puedes llevarte el Duett.

Wallander asintió. Al levantarse, estuvo a punto de caer mareado pero pudo sostenerse agarrándose al borde de la mesa.

—No es nada —aseguró.

Svedberg y Sten Widén se quedaron un momento en el jardín viendo cómo se alejaba con el Duett.

—Me pregunto cómo acabará todo esto —confesó Svedberg.

Pero Sten Widén no dijo nada.

Cuando Wallander llegó a Löderup se encontró con que su padre estaba pintando en el estudio.

Por primera vez en su vida, el anciano había abandonado su eterno tema, un paisaje al atardecer, con o sin urogallo en primer plano. Aquel día surgía de su pincel un paisaje, pero más oscuro, más caótico. La composición carecía de cohesión, el bosque parecía emerger directamente del lago, las montañas del fondo se abalanzaban sobre el espectador.

Wallander llevaba ya unos minutos esperando cuando el padre dejó los pinceles y se dio la vuelta. Entonces vio que el anciano estaba asustado.

—Vamos adentro —propuso el padre—. Le dije a la asistenta que se quedase en casa.

Al decir esto, le puso la mano en el hombro. Wallander no podía recordar la última vez que había tenido un gesto semejante.

Una vez dentro, le contó a su padre todo lo ocurrido. Era evidente que el padre no veía orden ni concierto en todos aquellos acontecimientos que se entremezclaban e interferían; pese a todo, él quería ofrecerle una imagen de lo que había estado pasando durante las tres últimas semanas. Tampoco quiso ocultarle el hecho de que había matado a una persona, ni que Linda se encontraba en una situación de grave peligro. El hombre que la tenía prisionera, el mismo que lo había atado y amordazado a él, era un ser despiadado.

Al final del relato, el padre se contempló las manos con gesto cansado.

—Yo lo solucionaré todo —lo animó Wallander—. Soy un buen policía. Esperaré hasta que se ponga en contacto conmigo, lo que puede

ocurrir en cualquier momento, aunque también puede hacerme esperar hasta mañana, quién sabe.

La tarde iba deshaciéndose dejando paso a la noche sin que Konovalenko se hubiese manifestado, tal y como él esperaba. Durante ese tiempo, Svedberg lo llamó en dos ocasiones, pero Wallander no tenía ninguna novedad que comunicarle. Le dijo a su padre que saliese de nuevo a pintar al estudio, pues no soportaba verlo allí sentado en la cocina mirándose las manos fijamente. En condiciones normales, el anciano habría montado en cólera por haber recibido una orden de su hijo, pero aquel día se levantó y salió sin decir nada. Wallander deambulaba en nervioso ir y venir, se sentaba un instante para levantarse de nuevo al momento. Por dos veces intentó comer algo, pero no consiguió probar bocado. El profundo tormento que sentía, el desasosiego y la impotencia le impedían pensar con claridad. La imagen de Robert Åkerblom le vino a la memoria en varias ocasiones, pero él la ahuyentaba como si de un mal presentimiento se tratase, como si fuese una premonición maligna del destino de su hija.

Llegó la noche sin noticias de Konovalenko. Svedberg llamó para avisar de que ya estaba en casa, si lo necesitaba. Por su parte, Wallander llamó a Sten Widén aunque, en realidad, no tenía nada nuevo que decirle. A las diez de la noche mandó a su padre a la cama. Hacía una noche clara de primavera. Se sentó un momento en los peldaños de la escalera, junto a la puerta de la cocina. Una vez que estuvo seguro de que su padre dormía, llamó a Riga para hablar con Baiba Liepa, pero no hubo respuesta. Lo intentó de nuevo media hora más tarde. Baiba ya estaba en casa. Con mucha calma, le contó que su hija había sido secuestrada por un hombre muy peligroso. Le confesó que no tenía con quién hablar, lo que, en aquel preciso momento, era cierto. Después le pidió disculpas de nuevo por aquella ocasión en que la había llamado y la había despertado

cuando estaba bebido.

Intentó describirle sus sentimientos por ella, pero tenía la sensación de no haberlo conseguido. Las palabras en inglés le sonaban demasiado ajenas. Antes de concluir la conversación, le prometió que la llamaría otro día. Ella lo escuchó, prácticamente en silencio durante toda la conversación, hasta el punto de que Wallander dudó de si de verdad había hablado con ella o si no habrían sido figuraciones suyas. No durmió durante toda la noche. De vez en cuando se hundía en uno de los viejos y desgastados sillones de su padre y cerraba los ojos. Pero cuando ya estaba a punto de caer vencido por el sueño, despertaba sobresaltado. Continuó su ir y venir como si estuviese recorriendo su propia vida. Al amanecer se asomó al jardín y quedó un instante contemplando a una liebre inmóvil y solitaria.

Era ya martes, 19 de mayo.

Poco después de las cinco, empezó a llover.

El mensaje le llegó hacia las ocho.

Un taxi de Simrishamn entró en el jardín. Wallander, que oyó el coche a lo lejos, llegó a la puerta cuando aquél ya se había detenido. El conductor salió y le entregó un sobre bastante abultado.

La carta iba dirigida a su padre.

—Es para mi padre —aclaró—. ¿De dónde viene?

—Una señora lo dejó para enviar en la central de taxis de Simrishamn —explicó el taxista, que parecía tener prisa y no muchas ganas de mojarse—. Ella pagó la carrera, así que no hay nada más. No hace falta recibo.

Wallander asintió, concluyendo que habría sido Tania, que ahora ella desempeñaría el papel de su marido.

El taxi desapareció. Estaba solo en la casa, pues su padre había empezado ya a pintar en el estudio.

Era un sobre acolchado. Lo examinó con atención antes de empezar a abrirlo, con sumo cuidado. Al principio no distinguió lo que había en su interior. Luego reconoció el cabello de Linda y el colgante.

Permaneció en la silla petrificado, mirando los mechones de pelo esparcidos sobre la mesa y empezó a llorar. El dolor había ascendido un nivel más y ya no se sintió capaz de soportarlo. ¿Qué le habría hecho Konovalenko a su hija? ¿Se sentía tan culpable por haberla involucrado en todo aquel asunto!

Se obligó, pues, a leer la nota que también había en el sobre.

Exactamente doce horas después, Konovalenko se pondría en contacto con él de nuevo. «Tenían que verse para resolver sus problemas», decía el mensaje. «Hasta ese momento, Wallander no haría nada más que esperar. Cualquier contacto con la policía pondría en peligro la vida de su hija».

La carta iba sin firmar.

Volvió a contemplar los mechones de Linda. Pensó que el mundo estaba indefenso ante una maldad de tal magnitud. Y, en tal caso, ¿cómo podría, él solo, hacer nada para detener a Konovalenko?

Se le ocurrió que eso, precisamente, sería lo que Konovalenko pretendía que pensase. Le había concedido, además, doce horas en las que no podría albergar ninguna esperanza de que existiese una solución distinta de aquella que Konovalenko había prescrito.

Wallander permaneció paralizado, sentado en la silla.

No tenía la menor idea de qué hacer.

Karl Evert Svedberg se había hecho policía, en su día, debido a una única razón que, por otro lado, siempre hizo lo posible por ocultar.

Sufría de un miedo incontrolable a la oscuridad.

Desde su más tierna infancia había tenido que sobrevivir a las noches con la lámpara de la mesilla encendida. Al contrario de lo que les ocurría a los demás niños, su miedo no fue desapareciendo con la edad. Muy al contrario, aumentó durante la adolescencia y, con el miedo, se acrecentó también su vergüenza por sufrir un defecto que apenas si podía denominarse otra cosa que cobardía. Su padre, que era panadero y se levantaba todos los días a las dos y media de la mañana, le había propuesto dedicarse al mismo oficio. Puesto que él dormía durante el día, el problema se resolvería fácilmente.

La madre era modista. Sus cada vez más escasos clientes la consideraban bastante buena y muy habilidosa en la tarea de diseñar sombreros de señora personales y personalizados. Ella entendía que la cuestión revestía mucha mayor gravedad. Así, llevó al niño a un psicólogo infantil, que sólo supo decirle que el problema desaparecería con los años. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Su miedo crecía sin que él mismo atinase a comprender de dónde procedía. Al fin, decidió que se haría policía. Se figuraba que el mejor medio para combatir aquel miedo a la oscuridad era incrementar su valor.

A pesar de todo, aquel día de primavera, el martes 19 de mayo,

Svedberg despertó con la lamparita encendida. Por si fuera poco, había adquirido la costumbre de cerrar con llave la puerta del dormitorio. Vivía solo, en un apartamento en el centro de Ystad, ciudad en la que había nacido y que no solía abandonar de buen grado ni para ir de excursión.

Apagó la lámpara, se estiró y se levantó. No había dormido bien aquella noche. Los sucesos relacionados con Kurt Wallander, que el día anterior culminaron con el descubrimiento del padre atado y la hija secuestrada, lo habían llenado de indignación y de miedo. Sabía que tenía que ayudar a su compañero y se había pasado la noche meditando sobre la manera de pasar aquel umbral de silencio que Wallander le exigía. Finalmente, poco antes del amanecer, tomó una decisión. Intentaría localizar la casa en la que se escondía Konovalenko, pues suponía que la hija de Wallander estaría prisionera allí.

Llegó a la comisaría poco antes de las ocho. Su único punto de partida era lo ocurrido en el campo de prácticas unas noches atrás. Martinson había sido el encargado de examinar las escasas pertenencias de los dos cadáveres hallados sin encontrar nada llamativo. Sin embargo, Svedberg había tomado aquella mañana la decisión de revisar los objetos otra vez. Entró, pues, en la habitación donde guardaban las pruebas y otros efectos de los distintos delitos hasta dar con las bolsas que buscaba. En los bolsillos del africano, Martinson no había hallado absolutamente nada, lo cual era, sin duda, algo extraordinario. Svedberg devolvió a su lugar la bolsa de plástico, que sólo contenía algunos granos de arena. Procedió después a vaciar sobre la mesa, con sumo cuidado, el contenido de la otra bolsa.

En los bolsillos del hombre obeso Martinson había encontrado cigarrillos, un encendedor, restos de tabaco, pelusas de procedencia indefinible y otras porquerías típicas. Svedberg observó con interés el material y centró su atención de inmediato en el encendedor, que tenía

impreso un texto publicitario prácticamente desdibujado. Lo sostuvo a la luz para intentar adivinar lo que ponía. Dejó la bolsa y se llevó el encendedor a su despacho. Habría una reunión a las once para dar cuenta de los avances realizados en la búsqueda de Konovalenko y Wallander. Hasta entonces, quería aprovechar el tiempo. Sacó una lupa de uno de los cajones, enderezó el flexo de la mesa y se aplicó a examinar el encendedor.

Tras un minuto, aproximadamente, empezó a acelerársele el corazón. No sólo pudo leer el texto, sino que además era una pista. Aún era demasiado pronto para predecir si lo llevaría a conseguir algo. El encendedor llevaba impresos los restos de un anuncio publicitario del supermercado ICA de Tomelilla. Aquello no tenía por qué implicar nada en concreto. Rykoff podía haberlo conseguido en cualquier parte. Sin embargo, también era posible que hubiese visitado el supermercado de Tomelilla. En tal caso, la cajera probablemente recordase a un hombre que hablaba sueco con acento extranjero y, ante todo, que era extremadamente obeso. Svedberg se guardó el encendedor en el bolsillo y se marchó de la comisaría sin dejar dicho adonde iba.

Se puso, pues, en camino hacia Tomelilla. Al llegar, se dirigió al supermercado ICA, enseñó su placa y expresó su deseo de hablar con el encargado, un joven que se presentó como Sven Persson. Svedberg le mostró el encendedor y le explicó el porqué de su visita. El encargado meditó intentando hacer memoria, pero denegó con la cabeza tras un instante: no recordaba que ninguna persona especialmente obesa hubiese estado comprando en su comercio durante los últimos días.

—Será mejor que hables con Britta, la cajera, sugirió. Aunque mucho me temo que no tiene muy buena memoria o, por lo menos, algo despistada sí que es.

—¿Es la única cajera que tenéis? —quiso saber Svedberg.

—Tenemos una chica extra los sábados, pero hoy no está.

—Llámalala y dile que venga de inmediato —ordenó Svedberg.

—¿Tan urgente es?

—Sí, así que ve ahora mismo.

El encargado fue a llamar por teléfono a la cajera. Svedberg había dejado muy claro lo que quería. Esperó hasta que Britta, de unos cincuenta años, hubo terminado de atender a un cliente que llevaba un buen taco de cupones de descuento. Svedberg se presentó.

—Quiero saber si ha estado comprando aquí un hombre muy obeso durante los últimos días.

—Hay muchos hombres gordos que compran aquí todos los días —repuso Britta sorprendida.

Svedberg reformuló su pregunta.

—No quiero decir gordo, sino extremadamente obeso. Una montaña que, además, no habla bien el sueco. ¿Ha estado aquí?

Britta intentaba recordar. Svedberg se dio cuenta de que su creciente curiosidad dispersaba su capacidad de concentración.

—No ha hecho nada digno de interés, es simplemente que quiero saber si ha estado aquí o no.

—No —declaró al fin—. Si hubiese estado aquí, lo recordaría. Estoy a dieta, así que me fijo en la gente.

—¿Te has ausentado algún día últimamente?

—No.

—¿Ni siquiera una hora?

—A veces tengo que salir a hacer algún recado.

—¿Quién se encarga de la caja entonces?

—Sven.

Svedberg vio sus esperanzas reducidas al mínimo. Dio las gracias y paseó por la tienda mientras esperaba la llegada de la otra cajera. Al

mismo tiempo, intentaba pensar qué hacer si la pista del encendedor no lo conducía a ninguna parte. ¿Dónde hallaría otro punto de partida?

La chica que trabajaba los sábados era muy joven, apenas diecisiete años. Era muy corpulenta y Svedberg experimentó enseguida cierta angustia ante la idea de tener que hablarle de gente gorda. El encargado la presentó como Annika Hagström. Svedberg se acordó de una mujer del mismo nombre que solía aparecer en televisión y se sintió algo inseguro sobre cómo iniciar la conversación. El encargado se retiró discreto y los dejó junto a una estantería llena de comida para animales.

—Creo que trabajas aquí los sábados —empezó.

—Estoy en paro. No hay trabajo. Lo único que hago es trabajar de cajera aquí los sábados.

—Sí, no está nada fácil la cosa —dijo Svedberg intentando dar un tono comprensivo a su comentario.

—La verdad es que he estado pensando en hacerme policía —añadió ella.

Svedberg la miró atónito.

—Pero no creo que me siente bien el uniforme —prosiguió—. ¿Por qué vas tú de paisano?

—No siempre lo llevamos.

—A lo mejor me lo pienso otra vez —resolvió la joven—. ¿Qué es lo que se supone que he hecho?

—¡Nada! —atajó Svedberg—. Sólo quería preguntarte si has visto aquí a un hombre con un aspecto diferente —explicó al tiempo que se le encogía el estómago por haberse expresado de un modo tan torpe.

—Diferente, ¿en qué sentido?

—Un hombre muy obeso que no habla bien el sueco.

—¡Ah, bueno! Ése —repuso ella.

Svedberg la miró fijamente.

—Estuvo aquí el sábado pasado —continuó.

Svedberg sacó su bloc de notas.

—¿Cuándo?

—Pasadas las nueve.

—¿Estaba solo?

—Sí.

—¿Recuerdas qué compró?

—Un montón de cosas. Varias cajas de té, entre otras. Se llevó cuatro bolsas llenas.

«Era él», se dijo Svedberg. «Los rusos beben té como nosotros café».

—¿Cómo pagó?

—Llevaba dinero en metálico en uno de los bolsillos.

—¿Qué impresión te causó? ¿Estaba nervioso o algo así?

Las respuestas de la chica eran claras y rápidas.

—Tenía prisa. Fue echando la comida en las bolsas sin ton ni son.

—¿Dijo algo?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que tenía acento extranjero?

—Dijo «buenos días» y «gracias». Se nota enseguida.

Svedberg asintió. Ya no le quedaba más que una pregunta.

—Imagino que no sabes dónde vive.

La joven frunció el ceño meditabunda.

«¿Será posible que pueda responder también a esta pregunta?», pensó

Svedberg fugazmente.

—Vive por las casas próximas a la gravera.

—¿La gravera?

—¿Sabes dónde está la Universidad Popular?

Svedberg asintió.

—Cuando la pases, gira a la izquierda, y luego a la izquierda otra vez.

—¿Cómo sabes que vive por allí?

—Detrás de él, en la cola, había un señor que se llama Holgerson. Siempre charla mientras paga. Dijo que no había visto a un tipo tan gordo en su vida. También dijo que lo había visto a la puerta de alguna casa de por allí, por la gravera. Por esa zona hay algunas que están vacías. Holgerson sabe todo lo que pasa en Tomelilla.

Svedberg se guardó el bloc de notas en el bolsillo. Tenía prisa.

—¿Sabes una cosa? Me pregunto si no será buena idea que te hagas policía, después de todo.

—¿Qué ha hecho ese hombre?

—Nada —mintió Svedberg—. Si volviera por aquí, es muy importante que disimules y que no se entere de que nadie ha preguntado por él. Y menos un policía.

—No voy a decir nada. ¿Puedo ir a visitar la comisaría algún día?

—Claro. Llama y pregunta por mí. Pregunta por Svedberg. Yo te enseñaré todas las dependencias.

A la chica se le iluminó el rostro.

—Pues seguro que llamo un día.

—Sí, pero no antes de un par de semanas —advirtió Svedberg—. Tenemos mucho trabajo estos días.

Abandonó el supermercado y siguió las instrucciones de la joven cajera. Al llegar al desvío que conducía hasta la gravera, se detuvo y se bajó del coche. Sacó unos prismáticos que llevaba en la guantera y trepó a una trituradora abandonada.

Había dos jardines al otro lado de la gravera, bastante alejados el uno del otro. Una de las casas estaba semiderruida, mientras la otra se encontraba en mejores condiciones. No vio ningún coche aparcado en el jardín y la casa parecía vacía. Ningún camino pasaba por delante de la casa. Nadie que no tuviese que ir allí utilizaría la calle sin salida para

cambiar de sentido.

Se mantuvo en el lugar, esperando y observando con los prismáticos. Empezó a caer una lluvia fina.

Casi treinta minutos más tarde, la puerta se abrió de repente y dio paso a una mujer. Svedberg supuso que se trataba de Tania. Fumaba un cigarrillo, totalmente inmóvil, pero Svedberg no pudo ver su rostro, parcialmente oculto tras un árbol.

Dejó los prismáticos y concluyó que tenía que ser aquella casa. La chica de la tienda era muy observadora y además tenía buena memoria. Se bajó de la trituradora y regresó al coche. Eran ya más de las diez y decidió llamar a la comisaría y decir que estaba enfermo. No tenía tiempo que perder en más reuniones.

Debía hablar con Wallander.

Tania tiró la colilla y la aplastó con el tacón. Pero permaneció fuera, bajo la llovizna, tan en consonancia con su estado de ánimo. Konovalenko se había retirado con el nuevo africano y a ella no le interesaba lo más mínimo lo que tuvieran que discutir. Vladimir la había mantenido informada mientras vivió. Sabía que iban a matar a un político importante en Sudáfrica. Pero no tenía ni idea del nombre ni del motivo. Seguro que Vladimir se lo había mencionado en alguna ocasión, sólo que ella no se había molestado en almacenarlo en su memoria.

Había salido al jardín para disfrutar de unos minutos de soledad. Apenas si había tenido tiempo de pensar en las consecuencias de la muerte de Vladimir. Además, le sorprendían el dolor y la pena que sentía. Su matrimonio no había sido nunca nada más que un acuerdo lleno de ventajas de tipo práctico para ambos.

Durante la huida de una Unión Soviética en vías de descomposición,

se habían prestado apoyo mutuo. Más tarde, cuando llegaron a Suecia, ella había encontrado sentido a su vida ayudando a Vladimir en sus distintas empresas. Todo cambió, no obstante, al aparecer Konovalenko. Al principio, ella se sintió atraída por él. Su actitud decidida, su seguridad en sí mismo, contrastaban con la personalidad de su marido, y Tania no vaciló cuando Konovalenko empezó a mostrar un interés más claro por ella. No obstante, no tardó en comprender que la utilizaba. Su frialdad, su desprecio profundo por los demás, la asustaban. Konovalenko había llegado a dominar la vida de ambos totalmente.

De vez en cuando, por las noches, hablaban de romper con todo y empezar de nuevo, lejos del campo de influencia de Konovalenko. Pero nunca lo llevaron a la práctica y, ahora, Vladimir estaba muerto. En aquel jardín de una casa solitaria de Suecia, Tania sentía que echaba de menos a su marido. No sabía lo que sucedería de ahora en adelante. Konovalenko estaba obsesionado con la idea de eliminar al policía que había matado a Vladimir y que le había causado tantos contratiempos. Así que decidió que los planes de futuro tendrían que esperar hasta que todo se hubiese arreglado, hasta que el policía estuviese muerto y el africano hubiese regresado para llevar a cabo su misión. Era consciente de que, lo quisiera o no, dependía de Konovalenko. En el exilio, por lo general, no había vuelta atrás. Vagamente y cada vez con menor frecuencia, se entregaba al recuerdo de la ciudad de Kiev, de donde tanto ella como su esposo procedían. Lo que le dolía no eran los recuerdos, sino su convencimiento de que nunca volvería a ver aquel lugar y a aquellos seres que constituyeron la base de su existencia. Era una puerta cerrada a cal y canto de modo implacable. Cerrada con llave; la llave, perdida. Los últimos vestigios habían desaparecido con Vladimir.

Pensó en la joven prisionera en el sótano. Durante los últimos días, no le había preguntado a Konovalenko ninguna otra cosa. ¿Qué haría con

ella? Él le había dicho que la dejaría ir en cuanto tuviese al padre, pero Tania dudaba de que estuviese diciéndole la verdad. La idea de que la matase también a ella la hacía estremecerse.

Le costaba poner en orden sus sentimientos. Sentía un odio manifiesto por el padre de la chica, que había matado a su esposo de una forma brutal, según Konovalenko, y sin más explicaciones por su parte. Y al mismo tiempo le parecía que sacrificar también a la hija del policía era ir demasiado lejos. En cualquier caso, sabía perfectamente que no podría hacer nada por impedir que ocurriese ya que, al menor signo de oposición por su parte, Konovalenko dirigiría su fuerza letal también contra ella.

Arreció la lluvia, sintió frío y entró en la casa. A través de la puerta cerrada se oía murmurar a Konovalenko. Entró en la cocina y miró la portezuela del suelo. El reloj de la pared indicaba que ya era hora de llevarle a la chica algo de comida y bebida. Ya tenía preparados unos bocadillos y un termo en una bolsa de plástico. Hasta ahora, la muchacha del sótano no había tocado siquiera lo que le llevaba, así que le bajaba siempre lo que había dejado la vez anterior. Encendió la lámpara que Konovalenko había instalado y abrió la portezuela con una linterna en la mano.

Linda estaba acurrucada en un rincón, encogida como si sufriese un fuerte dolor de estómago. Tania iluminó el orinal que había en el suelo. Estaba limpio. La invadió un sentimiento de compasión por la muchacha. Había estado un tiempo encerrada en su propio dolor por Vladimir y no le había quedado lugar para ningún otro sentimiento. Sin embargo, ahora, al ver a la joven agazapada, paralizada por el miedo, comprendió que la maldad de Konovalenko no tenía límites. No existía razón alguna para que aquella muchacha tuviese que estar en un sótano oscuro con cadenas en los pies. Podría haber estado encerrada en cualquiera de las habitaciones de la planta alta y amarrada para que no pudiese escapar.

La chica no se movía. Pero seguía con la mirada los movimientos de Tania, que no soportaba la visión de su cabello cortado. Se sentó en cuclillas a su lado.

—Todo acabará muy pronto.

La joven no respondió. Sus ojos se clavaban en los de Tania.

—Debes intentar comer algo —la animó—. Pronto pasará todo.

«El miedo ha empezado a devorarla», se dijo. «Se la está comiendo por dentro».

De repente, supo que tenía que ayudar a Linda. Era algo que podía costarle la vida, pero tenía que hacerlo. La crueldad de Konovalenko era una carga demasiado pesada para su conciencia.

—Pronto habrá pasado todo —le susurró al oído, dejando la bolsa junto a ella antes de volver a subir las escaleras. Cerró la portezuela y se dio la vuelta.

El susto hizo que lanzara un grito. Konovalenko había aparecido de repente a su lado, con esa manera suya de aproximarse a la gente sin hacer ruido. A veces le daba la sensación de que su capacidad auditiva había alcanzado un nivel sobrenatural. Como un animal nocturno, era capaz de percibir lo que escapaba al oído de otras personas.

—Está dormida —susurró Tania.

Konovalenko la miró con gravedad. Después esbozó de pronto una sonrisa antes de abandonar la cocina sin pronunciar palabra.

Tania se hundió en una silla y encendió un cigarrillo. Le temblaban las manos. Pero sabía que su decisión era irrevocable.

Svedberg llamó a Wallander poco después de la una.

Wallander respondió después de la primera señal. Svedberg había estado pensando en su apartamento sobre la manera de convencer a

Wallander de que no podía enfrentarse solo a Konovalenko una vez más. Sin embargo, sabía que su colega no estaba ya en condiciones de reaccionar según el buen juicio, sino que se encontraba en un punto en el que los impulsos regían sus actos tanto como el sentido común. Lo único que podía hacer era suplicarle a Wallander que no se entregase sin ayuda al enfrentamiento con el ruso. «En cierto modo, no está muy en sus cabales», se convencía a sí mismo. «Su manera de actuar se rige más bien por el miedo a lo que pueda ocurrirle a su hija, así que está en condiciones de cometer cualquier locura».

Svedberg fue derecho al grano.

—He encontrado la casa de Konovalenko —declaró.

Creyó poder percibir el sobresalto de Wallander al otro lado del hilo telefónico.

—Encontré una pista entre los objetos hallados en los bolsillos de Rykoff. No me voy a detener en los detalles, pero esa pista me llevó al supermercado ICA de Tomelilla. Una empleada de excelente memoria me ayudó. La casa, una antigua finca, está situada al este de Tomelilla, junto a una gravera que parece llevar cerrada mucho tiempo.

—Espero que no te haya visto nadie —dijo Wallander.

Svedberg percibió que su voz reflejaba el cansancio y la tensión.

—No, nadie. Puedes estar tranquilo.

—¿Cómo podría estar tranquilo?

Svedberg no respondió.

—Creo que sé dónde está la casa de que me hablas —prosiguió Wallander—. Si lo que dices es cierto, nos da una ventaja sobre Konovalenko.

—¿No ha vuelto a llamar?

—Hasta las ocho de la tarde no habrán pasado doce horas —repuso Wallander—. Él será puntual. Y yo no pienso hacer nada hasta que no se

ponga en contacto conmigo de nuevo.

—Será un desastre si te enfrentas a él tú solo. No quiero ni imaginar lo que puede ocurrir.

—Ya sabes que no hay otra salida. Aunque no ignoro dónde se encuentra, sé que tiene la casa bajo vigilancia constante. Dondequiera que decida verme, tendrá el control absoluto de la situación. Nadie más que yo podrá acercarse a él. Ya te puedes figurar lo que ocurriría si descubre que no estoy solo.

—Sí, lo entiendo, pero creo que debemos intentarlo al menos.

Hubo un minuto de silencio.

—Voy a tomar medidas, ¿sabes? No pienso decirte dónde vamos a vernos. Comprendo que tus intenciones son buenas, pero no puedo correr el menor riesgo. Gracias por localizar la casa. Es un favor que nunca olvidaré.

Wallander colgó el auricular.

Svedberg se quedó sentado, con el suyo en la mano.

¿Qué podía hacer ahora? No se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que Wallander se quedase con la información sin querer revelarla o utilizarla.

Colgó el teléfono mientras pensaba que podía ser que su colega no creyese que necesitaba ayuda, pero que él sí creía preciso prestársela. Por lo tanto la cuestión era a quién recurrir.

Se detuvo junto a una ventana a contemplar la torre de la iglesia que se vislumbraba más allá de los tejados de las casas. Cuando Wallander necesitó refugio después de la noche del campo de tiro, decidió ponerse en contacto con Sten Widén. Svedberg no lo había visto nunca antes. Ni siquiera había oído a Wallander mencionar su nombre. Sin embargo, estaba claro que eran buenos amigos y que se conocían desde hacía tiempo, puesto que Wallander había recurrido a él. Así pues, Svedberg

decidió hacer lo mismo. Abandonó el apartamento, se metió en el automóvil y se marchó. Arreciaba la lluvia y, por si fuera poco, había empezado a soplar el viento. Fue conduciendo por el camino de la playa y pensó que era preciso poner fin, cuanto antes, a cuanto había estado ocurriendo durante las últimas semanas. Todo aquello era demasiado para un distrito policial tan pequeño como el de Ystad.

Encontró a Sten Widén en los establos. Estaba en pie ante un compartimento enrejado en el que un caballo se balanceaba nervioso y coceaba la pared de madera de vez en cuando. Era un caballo alto y esbelto. Svedberg no se había subido a un caballo en su vida, le infundían gran respeto y no comprendía cómo nadie podía dedicar su existencia, de forma voluntaria, a cuidarlos y entrenarlos.

—Está enferma —explicó Widén inopinadamente—. Pero no sé qué tiene.

—Parece inquieta —dijo Svedberg vacilante.

—Es el dolor —repuso Widén.

Sacó la regleta y entró en el box. Al agarrar el ronzal, el animal se tranquilizó enseguida. Entonces se inclinó para ver de cerca la pata delantera izquierda. Svedberg se inclinó a su vez, con gran cautela, sobre el borde del box para ver qué hacía.

—Está inflamada, ¿lo ves? —preguntó Widén.

Svedberg fue incapaz de distinguir la hinchazón, pero murmuró vagamente, asintiendo. Sten Widén dio unas palmadas al caballo antes de salir.

—Tengo que hablar contigo —dijo Svedberg.

—Vamos adentro —lo invitó Widén.

Una vez en la casa, Svedberg descubrió a una señora de edad sentada en el sofá, en un salón bastante sucio. Pensó que no encajaba bien en aquel ambiente, pues vestía con gran elegancia, iba muy maquillada y

adornada con costosas joyas. Sten Widén sorprendió su mirada de asombro.

—Está esperando a su chófer —aclaró Widén—. Es la propietaria de dos caballos que yo me encargo de entrenar.

—¡Ah, ya!

—Es la viuda de un constructor de Trelleborg. No tardará en marcharse a casa. De vez en cuando viene aquí y se queda ahí sentada un rato. Yo creo que se siente muy sola.

Svedberg quedó sorprendido por el tono de empatía con que Widén había pronunciado estas últimas palabras.

Se sentaron en la cocina.

—En realidad, no estoy muy seguro de saber por qué me encuentro aquí. Bueno, en realidad, sí que lo sé: es para pedirte ayuda. Lo que no sé es qué tipo de ayuda puedes prestarme.

Dicho esto, le refirió el asunto de la casa de Tomelilla. Sten Widén se levantó y fue a revolver en un armario abarrotado de papeles y de programas de carreras de caballos. Al fin, logró sacar un mapa sucio y bastante estropeado. Lo desplegó sobre la mesa y Svedberg le señaló el lugar donde se encontraba la casa con un lápiz de punta roma.

—No tengo la menor idea de lo que Wallander pretende hacer. Sólo sé que piensa enfrentarse a Konovalenko él solo porque no se atreve a otra cosa, a causa de su hija. Yo lo entiendo, claro está. El problema es que él solo no tiene la menor posibilidad de reducir a ese hombre.

—Es decir, que estás decidido a ayudarle —quiso saber Widén.

—Sí, pero yo tampoco puedo hacerlo solo. No se me ocurrió nadie más que tú, pues otro o varios policías más sería un imposible. Por eso vine a verte. Tú lo conoces, eres su amigo.

—Puede.

—¿¿Puede?! —exclamó más que preguntó Svedberg.

—Es cierto que nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero no nos hemos visto en más de diez años.

—No lo sabía. Pensé que era otra la situación...

Un coche entró y se detuvo en la explanada del jardín. Sten Widén se levantó y acompañó a la viuda. Svedberg empezó a pensar que había cometido un error y que Widén no era el buen amigo de Wallander que él había imaginado.

—¿Qué es lo que has pensado? —preguntó el instructor de caballos al entrar de nuevo en la cocina.

Svedberg lo puso al corriente. Llamaría a Wallander poco después de las ocho. Éste no le transmitiría con exactitud lo que le hubiese dicho Konovalenko, pero esperaba conseguir que le revelase la hora del encuentro. Con este dato, él y preferentemente alguien más irían a la finca durante la noche para estar allí, ocultos pero dispuestos si hiciese falta ayudar a Wallander.

Sten Widén lo escuchaba con su semblante inexpresivo. Cuando Svedberg terminó, se levantó y salió de la cocina. El policía empezó a pensar si no habría ido al cuarto de baño pero, cuando Widén regresó a la cocina, llevaba en la mano una escopeta.

—Tenemos que hacer algo para ayudarle —sentenció escueto.

Se sentó y comenzó a examinar la escopeta mientras Svedberg sacaba su arma reglamentaria, para demostrar que también él estaba armado. Sten Widén hizo una mueca.

—Poca cosa para cazar a un loco desesperado —afirmó.

—¿Puedes dejar los caballos?

—Ulrika, una de las chicas que me ayuda en los establos, duerme aquí.

Svedberg se sentía inseguro en compañía del supuesto amigo de Wallander. Su parquedad de palabras y su personalidad tan singular lo

hacían estar tenso, aunque también lleno de gratitud por no tener que enfrentarse él solo a la situación.

A las tres de la tarde el policía se marchó a casa. Acordaron que llamaría a Sten Widén en cuanto hubiese hablado con Wallander. De camino hacia Ystad, compró los periódicos de la tarde, que acababan de salir. Los hojeó sentado en el coche. Tanto Konovalenko como Wallander seguían siendo noticia, aunque ya no de primera página.

De repente, Svedberg se imaginó unos titulares que le provocaban más temor que ninguna otra cosa. Titulares ilustrados con una fotografía de la hija de Wallander.

Lo llamó a las ocho y veinte. Konovalenko se había puesto en contacto con él.

—Ya sé que no quieres contarme lo que vais a hacer —se lamentó Svedberg—. Pero dime al menos cuándo.

Wallander vaciló un instante antes de responder.

—Mañana, a las siete de la mañana.

—Pero no junto a la casa —insistió Svedberg.

—No, en otro lugar. No me preguntes más.

—¿Qué va a ocurrir?

—Ha prometido dejar libre a mi hija. Ya no sé más.

«Sí que lo sabes», pensó Svedberg. «Sabes perfectamente que intentará matarte».

—Kurt, ten mucho cuidado.

—Claro —respondió aquél antes de colgar.

Svedberg estaba seguro de que el encuentro tendría lugar en la finca. La respuesta de Wallander fue demasiado rápida. Permaneció inmóvil, sentado tal y como estaba.

Después llamó a Sten Widén. Decidieron que se verían en casa del policía hacia medianoche y de allí partirían hacia Tomelilla.

Tomaron una taza de café en la cocina de Svedberg.

Fuera, llovía sin cesar.

A las dos menos cuarto de la noche se pusieron en marcha.

El hombre apareció de nuevo a la puerta de su casa de Bezuidenhout Park. Era ya la tercera mañana consecutiva que Miranda lo veía de pie al otro lado de la calle, estático, expectante. Podía verlo a través de la tenue cortina de la ventana del salón. Era blanco, vestía traje y corbata y parecía algo desorientado en aquel ambiente. Había descubierto su presencia muy temprano, poco después de que Matilda hubiese salido para ir a la escuela. Reaccionó de inmediato, ya que era algo insólito que hubiese gente parada en su calle. Por las mañanas, los hombres que vivían en los chalés de por allí abandonaban el barrio en sus coches camino del centro de Johannesburgo. Algo más tarde se marchaban las mujeres, en sus propios coches, para ir a la compra, para pasar un rato en el instituto de belleza o, simplemente, desaparecer. Vivía en Bezuidenhout una facción decepcionada e inquieta de la clase media blanca, formada por aquellos que no habían sido capaces de alcanzar las posiciones más altas de la clase alta blanca del país.

Miranda sabía que muchos de esos blancos consideraban la idea de emigrar algún día, lo que implicaba la revelación de una verdad más: para muchas de aquellas personas, Sudáfrica no había sido una patria incondicional donde la tierra y la sangre discurrían por las venas de todos los blancos sin distinción. Aunque habían nacido allí, no dudaron en considerar la posibilidad de huir cuando De Klerk pronunció su discurso a la nación en el mes de febrero, cuando Nelson Mandela quedó liberado

de su prisión y todo presagiaba que se avecinaban nuevos tiempos en los que tal vez otros negros irían a vivir, como Miranda, a Bezuidenhout.

Sin embargo, aquel hombre que había en la calle era un extraño. No pertenecía al barrio y Miranda se preguntaba qué habría ido a buscar allí. Una persona que permanece inmóvil en la calle desde el amanecer debe de estar buscando algo, quizás un objeto perdido o un sueño. Ella estuvo contemplándolo tras la cortina un buen rato hasta que comprendió que el hombre blanco estaba mirando su casa. Al principio sintió miedo. ¿Vendría de parte de las autoridades, de alguna instancia desconocida, uno de esos órganos de control intangibles que aún dominaban la vida de los negros en Sudáfrica? Ella esperaba que se diese a conocer, que llamase a su puerta. Pero cuanto más tiempo permanecía allí parado, más dudaba ella de que así resultase. Por otro lado, no llevaba ningún maletín. Miranda estaba acostumbrada a que los blancos sudafricanos se dirigiesen a los negros con perros, policías, silbidos de porras y vehículos blindados o por la vía administrativa. Sin embargo, aquel hombre no llevaba ningún maletín ni ninguna otra cosa en sus manos.

La primera mañana Miranda iba de vez en cuando hasta la ventana para comprobar si seguía allí. Pensaba en él como en una estatua que nadie supiera muy bien dónde colocar ni para qué usar. Al volver a mirar poco antes de las nueve, la calle ya estaba vacía. No obstante, el hombre volvió al día siguiente al mismo lugar con los ojos puestos, como el día anterior, en su ventana. Tuvo el mal presentimiento de que venía por Matilda. Era posible que perteneciese a la policía secreta y que los vehículos oficiales con agentes uniformados se mantuviesen a la espera, ocultos e invisibles desde su ventana. Pese a todo, había algo en el comportamiento de aquel individuo que la hacía vacilar. Fue entonces cuando se le ocurrió por vez primera que quizás estuviese allí simplemente para hacerle ver y comprender que no era peligroso, que no

constituía ninguna amenaza, que le estaba dando tiempo para que se acostumbrase.

Aquella era, pues, la tercera mañana, la del miércoles 20 de mayo, y allí estaba de nuevo. De repente, tras echar un rápido vistazo a su alrededor, el hombre cruzó la calle en dirección a su verja y llegó hasta su puerta por el sendero empedrado. Ella estaba aún tras la cortina cuando sonó el timbre. Precisamente aquel día Matilda no había ido al instituto, pues se había despertado con fiebre y dolor de cabeza; malaria, tal vez, y se hallaba durmiendo en su habitación. Miranda cerró la puerta del dormitorio con cuidado antes de abrir. El hombre había llamado solamente una vez, lo que indicaba que sabía que había alguien en casa y que estaba seguro de que le abrirían.

«Es joven», constató Miranda al verlo ante sí al otro lado de la puerta.

—¿Miranda Nkoyi? —preguntó el hombre con voz bien timbrada—.

¿Le importaría que entrase a su casa un momento? Le prometo no molestarla mucho rato.

Percibió una especie de alarma interior pero, pese a todo, le permitió entrar, lo condujo a la sala de estar y le ofreció asiento.

Georg Scheepers se sentía, como de costumbre cuando se hallaba solo ante una mujer negra, algo inseguro. No le ocurría muy a menudo, casi siempre cada vez que se quedaba a solas con alguno de los secretarios negros que empezaron a aparecer en la fiscalía cuando las leyes racistas comenzaron a suavizarse un poco. Tomó conciencia de que, en realidad, era la primera vez en su vida que se encontraba solo con una mujer negra en su propia casa.

Tenía la sensación recurrente de que los negros lo despreciaban, con lo que siempre buscaba, en su presencia, indicios de aversión. El sentimiento de culpabilidad no se revelaba nunca de forma tan patente como cuando se encontraba solo ante una persona negra, pero ahora notó,

además, que su indefensión aumentaba si se trataba de una mujer. Se le ocurrió que tal vez hubiese sido distinto con un hombre pues, por su condición de hombre blanco, llevaba siempre una ventaja que ahora había desaparecido de forma inesperada, y tuvo la sensación de que se le hundía la silla hasta creer estar sentado en el suelo.

Había dedicado los últimos días y el fin de semana anterior a intentar penetrar en lo más profundo del secreto de Jan Kleyn. A aquellas alturas, sabía que Jan Kleyn visitaba la casa de Bezuidenhout de forma regular y que así había sido durante muchos años, desde que Kleyn llegó a Johannesburgo una vez finalizados sus estudios. Gracias a la influencia de Werve y a sus propios contactos, había conseguido averiguar que el agente secreto ordenaba transferencias mensuales por una respetable suma de dinero a favor de Miranda Nkoyi.

De este modo supo que Jan Kleyn, un empleado de confianza del servicio de inteligencia, un bóer orgulloso de sus convicciones, compartía en secreto su vida con una mujer negra, por la que estaba dispuesto a asumir cualquier riesgo. Si el presidente De Klerk podía ser considerado como un traidor, no podría decirse menos de Kleyn.

Sin embargo, Scheepers intuía que no había hecho más que raspar ligeramente la rugosa superficie del secreto, por lo que había tomado la decisión de visitar a la mujer. No tenía intención de revelar su identidad y además, según suponía, existía la posibilidad de que ella nunca le hablase a Kleyn de su visita. En caso de que lo hiciese, aquél lo identificaría enseguida como Georg Scheepers. No obstante, no llegaría a saber nunca por qué lo invadiría el miedo a que el secreto saliese a la luz y a que Scheepers dispusiese de los elementos necesarios para ejercer control sobre él. Por supuesto que Jan Kleyn podía tomar la decisión de asesinarlo pero, también contra esa eventualidad creía Scheepers disponer de un remedio. En efecto, no pensaba abandonar aquella casa sin

haberle dejado claro a Miranda que había más personas, fuera del círculo cerrado del servicio de inteligencia, que estaban al corriente de la vida secreta de Kleyn.

Miranda lo miraba, lo penetraba con la mirada. Era muy hermosa. La belleza había sobrevivido, solía sobrevivir a todo, a la humillación, a la coacción y al dolor, mientras hubiese resistencia. Lo feo, lo atrofiado, lo debilitado hasta el exterminio seguía los pasos de la resignación.

Se obligó a decirle la verdad. Que el hombre que solía visitarla, el que costeaba su casa y que probablemente era su amante, era un hombre sobre el que pesaban fundadas sospechas de estar maquinando una conspiración contra el estado y contra la vida de muchos civiles. Mientras hablaba, tuvo la impresión de que algunos datos le resultaban familiares, en tanto que otros constituían una novedad para ella. Al mismo tiempo le pareció percibir en la mujer una curiosa reacción de alivio, como si hubiese estado esperándose o quizás incluso temiendo que el motivo de la visita hubiese sido otro bien distinto. Scheepers empezó a pensar de qué podía tratarse y se figuraba que estaría relacionado con el secreto, la escurridiza sensación de que había más puertas ocultas a la espera de ser abiertas.

—Necesito saberlo todo —afirmó—. En realidad, no tengo ninguna pregunta concreta que formular. Tampoco quiero que pienses que estoy exigiéndote que declares en contra de tu hombre. Pero es que se trata de algo muy serio, de una amenaza contra nuestro país de tales dimensiones que ni siquiera puedo decirte quién soy.

—Pero tú eres su enemigo —intervino ella—. Cuando la manada presiente el peligro, siempre hay algún animal que se despista en la huida y se extravía, y ése es su fin. ¿No es eso lo que ocurre?

—Es posible. Es muy posible que sea eso lo que esté ocurriendo.

Estaba sentado de espaldas a la ventana. Justo en el momento en que Miranda utilizaba la metáfora de los animales y la manada, Scheepers

notó un movimiento imperceptible en la puerta que había detrás de Miranda, como si alguien hubiese empezado a girar el picaporte para luego arrepentirse enseguida. Cayó entonces en la cuenta de que no había visto a la joven abandonar la casa aquella mañana. La joven que suponía era hija de Miranda.

Existía una circunstancia curiosa de la que había tenido conocimiento durante las investigaciones de los últimos días. Miranda Nkoyi estaba inscrita como asistente soltera de un hombre llamado Sydney Houston, que pasaba la mayor parte de su tiempo en un rancho que poseía en las grandes llanuras al este de Harare. Los términos y procedencia del acuerdo con este ganadero ausente no habían sido difíciles de dilucidar para Scheepers, sobre todo desde que supo que Jan Kleyn y Houston habían sido compañeros de facultad. Pero ¿y la otra mujer, la hija de Miranda? Ella no estaba registrada, simplemente no existía, aunque ahora estaba escuchando la conversación entre él y Miranda desde detrás de la puerta.

Este pensamiento lo sorprendió en aquel momento, si bien más tarde llegó a comprender que habían sido sus prejuicios los que le habían impedido ver las cosas tal y como eran, aquellas barreras raciales invisibles que organizaban su vida y ordenaban su mentalidad. Así, comprendió de pronto quién era la chica que los escuchaba a escondidas. Ése era el tremendo secreto de Jan Kleyn, que ahora salía a la luz pese a que él lo había guardado con tanto celo. Era como una fortaleza que se hubiese visto obligado a ceder al asedio enemigo. La verdad había logrado mantenerse oculta por el simple hecho de resultar inverosímil. Jan Kleyn, la estrella del servicio de inteligencia, el bóer luchador e implacable, tenía una hija con una mujer negra. Una hija a la que seguramente amaba por encima de todo.

Tal vez incluso tuviese el convencimiento de que Nelson Mandela

tenía que morir para que su hija negra pudiese continuar viviendo y ennobleciéndose gracias a su proximidad con el mundo blanco sudafricano. Aquella hipocresía resultaba, para Scheepers, merecedora del odio más profundo, pues le hacía considerar inútil su propia resistencia. Sin embargo, esto le hizo reflexionar también sobre el grado de dificultad de la tarea que el presidente De Klerk y Nelson Mandela se habían impuesto a sí mismos, pues no era ésta otra que la de la de crear un sentimiento de comunidad entre personas que se tenían por traidores los unos a los otros.

Miranda no apartaba la vista del visitante. No podía adivinar sus pensamientos, pero lo notaba alterado.

Él paseó la mirada por la habitación. La posó primero sobre el rostro de la mujer para después fijarse en una fotografía de la muchacha que había sobre la chimenea.

—Tu hija, ¿no es así? —inquirió—. La hija de Jan Kleyn.

—Matilda.

Scheepers recordó lo que había leído sobre el pasado de Miranda.

—Como tu madre.

—Así es.

—¿Amas a tu marido?

—Él no es mi marido. Es el padre de mi hija.

—¿Y ella?

—Ella lo odia.

—En este momento está escuchándonos detrás de la puerta.

—Está enferma con fiebre.

—Sí, pero nos espía.

—¿Por qué no habría de querer oír lo que decimos?

Scheepers asintió comprensivo.

—Necesito saberlo todo —aseguró—. Reflexiona sobre cualquier

detalle que pueda llevarnos a localizar a quienes pretenden conducir a nuestro país al caos antes de que sea demasiado tarde.

Aquel momento que tanto había ansiado Miranda llegaba por fin. Hasta entonces se había imaginado que nadie más que su hija estaría presente cuando ella revelase el resultado de sus incursiones nocturnas en los bolsillos de Jan Kleyn y de sus anotaciones de lo que decía en sueños. Sin embargo, ahora veía que no y se preguntaba cómo era posible que, sin saber siquiera cómo se llamaba, confiase plenamente en aquel hombre. ¿Se debía acaso esta actitud suya a lo vulnerable que se lo veía allí sentado? ¿A su inseguridad ante ella? ¿Acaso no podía confiarse más que ante la debilidad?

«Es la felicidad de la liberación», pensó. «Eso tiene que ser lo que siento en este momento. Como emerger del fondo del mar con la certeza de estar limpia».

—Durante mucho tiempo, estuve en la creencia de que era un simple funcionario —comenzó Miranda—. No tenía la menor sospecha de que estuviese cometiendo ningún delito. Pero un día me enteré.

—¿Por quién?

—Puede que se lo diga, pero aún es pronto. Una no debe hablar más que en el momento oportuno.

Scheepers lamentó haberla interrumpido.

—Pero él ignora que yo lo sé. Ésa ha sido mi ventaja. Puede que haya sido mi salvación o que llegue a ser mi muerte. El hecho es que durante cada una de sus visitas me levanto por la noche y le registro los bolsillos. He estado copiando el contenido de cada una de las notas, por pequeñas que hayan sido, y memorizando su incoherente palabrería nocturna para transmitirlo todo después.

—¿A quién?

—A quienes nos defienden.

—Yo también os defiendo.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Eso no tiene importancia.

—He estado hablando con hombres negros cuyas vidas se hallan tan marcadas por el secreto como la de Jan Kleyn.

Él había oído rumores, pero nunca hubo pruebas. Sabía que los servicios secretos, tanto los civiles como los militares, siempre andaban a la caza de sus propias sombras. La más recurrente de las historias que se contaban era la de la existencia de unos servicios secretos exclusivos de los negros, tal vez directamente relacionados con el Congreso Nacional Africano, o quién sabe si como una organización independiente. En el seno de dicha organización se estudiaban las acciones, las estrategias y la identidad de quienes elaboraban los planes. Ahora empezaba a comprender que Miranda le estaba revelando la veracidad del rumor.

«Jan Kleyn es hombre muerto», concluyó. «Las personas a las que considera el enemigo le han estado vaciando los bolsillos y él ni siquiera se ha enterado».

—Sólo me interesa la información relativa a los últimos meses —advirtió Scheepers—. ¿Qué has encontrado en estos últimos meses?

—Lo olvidé después de contarlo —repuso ella—. ¿Para qué iba a realizar el esfuerzo de recordarlo?

Comprendió que Miranda decía la verdad. De nuevo intentó persuadirla de que tenía que facilitarle una entrevista con alguno de los hombres para los que ella solía descifrar lo que hallaba en los bolsillos y los sueños de Jan Kleyn.

—¿Por qué habría de fiarme de ti? —interpeló Miranda.

—No tienes por qué —admitió él—. La vida no ofrece garantías, sólo riesgos.

Ella guardó silencio en actitud reflexiva.

—¿Ha matado a mucha gente? —inquirió. Hablaba en voz alta, como para que la hija pudiese oírla.

—Sí, a muchos.

—¿Negros?

—Negros.

—¿Delincuentes negros?

—Algunos sí, otros no.

—¿Por qué los mató?

—Porque no querían hablar. Por rebeldes. Por ser portadores de la semilla de la rebelión.

—Como mi hija.

—Yo no conozco a tu hija.

—Pero yo sí.

Miranda se levantó de pronto.

—Vuelve por aquí mañana. Es posible que haya una persona que quiera verte. Ahora puedes irte.

Salió de la casa y, cuando llegó al coche, aparcado en una perpendicular, notó que tenía la frente empapada de sudor. Partió de allí pensando en su propia debilidad y en la fortaleza de aquella mujer. Se preguntaba si habría un futuro en el que pudiesen convivir y reconciliarse.

Matilda no salió de su habitación tras su marcha. Miranda no quiso molestarla pero, por la noche, pasó un buen rato sentada sobre el borde de su cama.

La fiebre subía y bajaba sin ton ni son.

—¿Triste? —le preguntó a su hija.

—No —repuso ésta—. Simplemente, ahora lo odio aún más.

Scheepers recordaría su visita a Kliptown como un descenso a los infiernos que hasta aquel momento de su vida había conseguido evitar. En efecto, al seguir el camino blanco que conducía a los bóers desde la cuna hasta la tumba, había recorrido, en realidad, sólo medio camino. Aquel día se vio obligado a poner sus pies en el otro sendero, el sendero negro. Nunca sería capaz de borrar de su memoria lo que allí tuvo ocasión de contemplar. Hasta tal punto quedó conmovido. Y no era de extrañar, pues se trataba de la vida de veinte millones de personas a quienes les estaba vedado llevar una existencia digna, personas que morían antes de tiempo; unas vidas de cautiverio que nunca podían desarrollarse plenamente.

Se presentó de nuevo en la casa de Bezuidenhout a las diez de la mañana del día siguiente. Fue Miranda quien le abrió la puerta, pero habría de ser su hija Matilda quien lo condujese hasta el hombre que se había mostrado dispuesto a entrevistarse con él. Se sentía como si le hubiesen concedido un gran privilegio. Matilda era tan hermosa como su madre y, aunque tenía la piel más clara, había heredado sus ojos. Le costaba ver ningún rasgo del padre en su rostro. Era posible que ella se apartase de su padre con tanto encono que ni siquiera se permitía a sí misma parecersele en el físico.

La joven recibió a Scheepers con reserva y apenas asintió con la cabeza cuando él le tendió la mano. De nuevo lo invadió la sensación de inseguridad, también ante la hija, aunque no era más que una adolescente. Empezó a sentir angustia ante la incertidumbre de la aventura a la que estaba entregándose. ¿Era posible que la mano de Jan Kleyn controlase esta casa de un modo muy distinto del que le habían hecho creer? Sin embargo, ya era tarde para retroceder. Un viejo coche oxidado, con el tubo de escape suelto y los parachoques partidos se detuvo ante la casa. Matilda abrió la puerta y lo miró sin pronunciar palabra.

—Pensé que íbamos a vernos aquí —dijo Scheepers vacilante.

—Vamos a hacer una visita a otro mundo —replicó Matilda.

Se sentó, pues, en el asiento trasero y percibió un olor que más tarde identificaría como similar al del gallinero de su infancia. El hombre que iba al volante llevaba una visera encajada hasta las cejas. Se volvió a mirarlo sin decir nada. Cuando se pusieron en marcha, Matilda y el conductor empezaron a hablar en una lengua que Scheepers no comprendía, pero que pudo identificar como xhosa. Iban en dirección sudoeste, a gran velocidad.

No tardaron en dejar tras de sí el centro de Johannesburgo, en dirección a la gran red de autovías en las que los carriles se diversificaban en distintos sentidos. «¿Es a Soweto adonde me llevan?», intuyó Scheepers. Pero se equivocó. Pasaron Meadowsland, donde el humo hiriente estaba como apelmazado sobre el paisaje polvoriento. El conductor detuvo el vehículo poco después de que hubiesen pasado la aglomeración de casas semiderruidas, perros, niños, gallinas y coches destrozados. Matilda salió del coche y se sentó a su lado, en el asiento de atrás. Entonces vio que llevaba en la mano una capucha negra.

—A partir de aquí no puedes ver por dónde vamos —afirmó la joven.

Él protestó apartándole la mano.

—¿Qué es lo que temes? Tú decides...

Scheepers le arrebató la capucha de un tirón.

—¿Por qué? —inquirió.

—Hay más de mil ojos —respondió ella—. Tú no verás a nadie, y nadie podrá verte a ti.

—¿Qué clase de respuesta es ésa? Eso es más bien una adivinanza —exclamó irritado.

—Para ti, para mí no. ¡Elige!

Se puso la capucha y prosiguieron. La carretera era cada vez peor

pero el conductor no aminoraba la marcha por ello. Scheepers intentaba amortiguar el traqueteo como podía, pero no pudo evitar darse varios golpes en la cabeza contra el techo del coche. Perdió la noción del tiempo transcurrido y la capucha le pinchaba la cara y el cuello.

El coche frenó hasta detenerse. Desde algún lugar se oía el ladrido rabioso de un perro. De vez en cuando se oía la música de alguna radio. Pese a la capucha, sentía el olor que despedían las hogueras. Matilda le ayudó a salir del coche y le quitó el capuchón. Al darle en la cara, la luz del sol lo cegó. Una vez que los ojos se hubieron habituado a la claridad, pudo comprobar que se encontraba en medio de un conglomerado de chabolas de latón corrugado, cartones, sacos, trozos de plástico, lonas... Había incluso algunas en las que los restos de un coche viejo constituían una de las habitaciones. Apestaba a basura. Un perro flaco y desastrado se olfateaba una pata. Observó con atención a aquellas personas, que arrastraban una vida miserable. Ninguna de ellas pareció notar su presencia. No había en sus rostros indicios de amenaza, pero tampoco de curiosidad, sino simplemente de indiferencia. Comprendió que, a sus ojos, él no existía.

—Bienvenido a Kliptown —dijo Matilda—. Puede que sea Kliptown, pero también puede tratarse de cualquier otro suburbio de chabolas. Todas estas ciudades son iguales, así que nunca encontrarías el camino para volver tú solo. La misma pobreza, la misma pestilencia, los mismos habitantes.

Lo condujo hacia el interior de aquel hacinamiento de viviendas que se le antojó un laberinto que no tardó en engullirlo, arrebatándole todo su pasado. Después de haber recorrido unos metros, se encontró desorientado por completo. Pensó en lo disparatado de ir caminando por aquel lugar acompañado de la hija de Jan Kleyn. Pero precisamente ese disparate era la herencia que ahora pretendían alterar para luego eliminar

desde la raíz.

—¿Qué ves? —preguntó de pronto Matilda.

—Lo mismo que tú.

—¡No! —atajó la joven—. ¿No te produce indignación?

—Por supuesto que sí.

—A mí no. La indignación es una escalera de muchos peldaños. Tú y yo no estamos a la misma altura.

—Tal vez tú te encuentres en lo más alto.

—Casi.

—¿Acaso el panorama es distinto?

—Desde lo más alto, uno puede ver el otro lado. Cebras pastando en atentas manadas. Antílopes que se liberan de la fuerza de la gravedad. Una cobra que se oculta en un hormiguero abandonado. Mujeres acarreando agua.

Matilda se detuvo frente a él.

—Yo veo mi propio odio en sus ojos —le espetó—. Pero eso tus ojos no son capaces de distinguirlo.

—¿Qué se supone que he de responder? —se lamentó Scheepers—. A mí me parece que vivir aquí debe de ser un auténtico infierno. La cuestión es si yo soy el culpable.

—Puede que sí. Depende.

Se adentraron aún más en el laberinto y él comprendió que, ciertamente, nunca sería capaz de salir de allí por sus propios medios. «La necesito», se dijo. «Como siempre; los blancos siempre hemos necesitado a los negros. Y ella lo sabe».

Matilda se detuvo ante un barracón algo mayor que los demás, aunque compuesto de los mismos materiales. Se sentó en cuclillas junto a la puerta, confeccionada con una plancha de yeso mal apuntillada.

—Puedes entrar —declaró la joven—. Yo te espero aquí.

En un primer momento le costó trabajo distinguir nada en la oscuridad pero, transcurrido un instante, vislumbró una sencilla mesa de madera, algunas sillas y un farol que despedía volutas de humo. Al poco, empezó a desgajarse de las sombras el cuerpo de un hombre que observaba a Scheepers con media sonrisa. Éste pensó que tendría su misma edad, aunque el hombre parecía más corpulento, tenía barba e irradiaba la misma dignidad que había hallado tanto en Miranda como en Matilda.

—Georg Scheepers —dijo el hombre soltando una breve carcajada, antes de indicarle que ocupase una de las sillas.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —barbotó Scheepers, cada vez más inseguro.

—Nada, olvídalo —repuso el hombre—. Puedes llamarme Steve.

—Sospecho que ya sabes por qué quería hablar contigo.

—No es a mí a quien quieres ver —aseguró el hombre llamado Steve—. Tú quieres entrevistarte con alguien que pueda hablarte acerca de Jan Kleyn y proporcionarte la información que te falta. Da la casualidad de que he venido yo, pero podría haber sido otra persona.

—¿Podemos ir al grano? —lo acució Scheepers, que empezaba a impacientarse.

—Los blancos andáis siempre mal de tiempo —observó Steve—. Nunca he podido comprender por qué.

—Jan Kleyn —concretó Scheepers.

—Un hombre peligroso —afirmó Steve—. Para todos, no sólo para nosotros. Los cuervos han estado graznando por las noches. Nosotros desciframos e interpretamos sus graznidos y creemos haber comprendido que va a ocurrir algo que sembrará el caos. Y no nos interesa. Ni al Congreso Nacional Africano ni a De Klerk. De ahí que, antes de que hable yo, tendrás que decirme lo que sabes tú. Después, es muy posible

que entre los dos seamos capaces de arrojar alguna luz sobre los rincones más oscuros de este asunto.

Scheepers no le reveló cuanto sabía, aunque sí lo más importante, lo cual entrañaba ya un riesgo considerable. No sabía con quién estaba hablando y, aun así, no le quedaba otro remedio que hablar. Steve lo escuchaba acariciándose la barbilla.

—Es decir, que han llegado bastante lejos —comentó una vez que Scheepers hubo concluido—. Lo esperábamos, pero estábamos seguros de que antes algún bóer enloquecido intentaría cortarle el cuello a De Klerk por traidor.

—Sí, un asesino a sueldo, sin nombre y sin rostro. Pero ese hombre puede haber entrado en escena con anterioridad, incluso en los círculos más próximos a Jan Kleyn. Tal vez los cuervos de los que me hablas pudieran recabar más información al respecto. El individuo puede ser un blanco, pero también un negro. Descubrí un dato que indica que recibirá una gran cantidad de dinero, un millón de rand, si no más.

—Tendríamos que poder averiguar de quién se trata —aseguró Steve—. Jan Kleyn suele elegir primera clase. Si es un sudafricano, blanco o negro, lo encontraremos.

—Encontradlo y detenedlo —conminó Scheepers—. Y matadlo. Está claro que hemos de colaborar.

—No —rechazó Steve—. Hoy nos hemos visto por primera y última vez. Nuestros puntos de partida son divergentes, tanto en este caso como en el futuro. No hay otra posibilidad.

—¿Por qué no?

—No hemos compartido nuestros secretos. Todo es aún demasiado incierto, demasiado dudoso. Evitamos por sistema todo pacto que no resulte indispensable. No olvides que somos enemigos y que la guerra lleva años minando nuestro país, aunque vosotros no habéis querido

verlo.

—Nuestro modo de ver las cosas es distinto al vuestro.

—Sí —convino Steve—. Eso es, precisamente.

La conversación no había durado ni dos minutos y, a pesar de ello, Steve se levantó dándole a entender que la daba por concluida.

—Tienes a Miranda —dijo Steve conciliador—. A través de ella puedes ponerte en contacto conmigo.

—Sí, tengo a Miranda pero..., hemos de detener el atentado.

—Así es, pero yo creo que ése es vuestro cometido, pues los recursos siguen en vuestras manos. Yo no tengo nada, más que un barracón. Y a Miranda y a Matilda. Imagínate lo que ocurriría si el atentado llega a producirse.

—Prefiero no hacerlo —admitió Scheepers.

Steve se quedó observándolo en silencio durante un instante antes de salir por la puerta sin despedirse. Scheepers lo siguió hasta salir a la intensa claridad del exterior. Matilda lo condujo de vuelta al coche, donde volvió a ocupar el asiento trasero con la capucha puesta. En la oscuridad, empezó a pergeñar un boceto de lo que habría de decirle al presidente.

El presidente De Klerk soñaba con termitas de forma recurrente.

Se veía a sí mismo en una casa donde los pequeños y hambrientos insectos habían invadido todos los suelos, las paredes y los muebles. Ignoraba por qué había ido a aquella casa. Entre las losetas crecía la hierba, los cristales de las ventanas estaban quebrados y sentía el roer de las termitas como un escozor insoportable en su propio cuerpo. Disponía, en aquel sueño, de un tiempo muy reducido para escribir un discurso importante. La persona que solía redactar sus intervenciones había

desaparecido y se veía obligado a hacerlo personalmente. Pero, cuando empezaba a escribir, un chorro de termitas salía disparado de su pluma.

Solía despertar en ese punto. Sumido en la oscuridad y el duermevela, lo asaltaba siempre la idea de que el sueño pudiese contener el presagio de una verdad. ¿No sería ya demasiado tarde? Cabía la posibilidad de que el proyecto que tenía entre manos, su deseo de salvar Sudáfrica de la destrucción sin dejar por ello de preservar al máximo la posición influyente y destacada de los blancos, sobrepasase con mucho la paciencia de los negros. En realidad, nadie, salvo Nelson Mandela, podía convencerlo de que no había otro camino. De Klerk sabía que compartían el mismo miedo a la violencia desbocada, al caos destructivo imposible de domeñar y caldo de cultivo propicio para un golpe militar revanchista o para la formación de varios grupos étnicos que se entregarían al absurdo de combatirse entre sí hasta que todo quedase reducido a nada.

Eran las diez de la noche del jueves 21 de mayo. De Klerk sabía que el joven fiscal Scheepers lo aguardaba ya sentado en la antesala. Pero el presidente no se sentía aún preparado para recibirlo. Estaba cansado, tenía la cabeza abotargada a causa de todos los problemas a los que se veía obligado a buscar solución. Se levantó del sillón y se acercó a una de las altas ventanas. Había ocasiones en que la magnitud de la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros lo paralizaba. Sentía que era demasiado para una sola persona.

Había ocasiones en que se apoderaba de él un deseo instintivo de huir, de volverse invisible, de echar a correr hacia la arboleda y desaparecer sin más, descomponerse en un espejismo. Pero sabía que no podía hacer tal cosa. Era posible que aquel dios con el que cada vez le costaba más hablar y en el que cada día creía menos siguiese agraciándolo con su protección. Se preguntaba cuánto tiempo le quedaba, en realidad. Su estado de ánimo era muy inestable y lo mismo pensaba que el déficit de

tiempo era excesivo que se congratulaba considerando que, pese a todo, aún le quedaban cinco años. Tiempo, eso era lo que necesitaba. Su gran plan de posibilitar al máximo la transición hacia una sociedad nueva y a la vez conquistar para su partido un gran número de votos negros exigía tiempo. Sin embargo, era consciente de que hasta Nelson Mandela le negaría el tiempo que no se invirtiese en preparar esa transición.

Él mismo consideraba que había un toque de falsedad en todo cuanto hacía. «En el fondo», admitía para sus adentros, «también yo soy transmisor de ese sueño imposible que consiste en pretender que mi país cambie algún día. La diferencia que pueda haber entre mí mismo y un fanático capaz de defender dicho sueño a punta de pistola es mínima. Llevamos bastante retraso en Sudáfrica, pues lo que está ocurriendo ahora tendría que haber sucedido hace ya muchos años. Pero, ya se sabe, la historia no se rige por una línea prefijada e invisible».

Regresó a su escritorio e hizo sonar el timbre. Scheepers entró al momento. De Klerk había aprendido a apreciar su energía y su meticulosidad, y a condescender con el rasgo de ingenuidad e inocencia que hallaba en el joven fiscal. También aquel bóer tendría que aprender que, ocultas bajo la blanda arena, aguardaban rocas de cortantes aristas.

Escuchó la exposición de Scheepers con los ojos entrecerrados. Las palabras alcanzaban su conciencia y quedaban allí almacenadas. Cuando el fiscal hubo concluido, De Klerk lo miró inquisitivo.

—Supongo que cuanto he oído hasta ahora se ajusta a la realidad.

—Sí —aseveró Scheepers—. No cabe la menor duda.

—¿Seguro?

—Seguro.

De Klerk meditó un instante antes de proseguir.

—Es decir, que pretenden matar a Nelson Mandela. El ejecutivo de ese comité secreto ha designado y pagado a un miserable asesino a sueldo

para ejecutar el atentado. El asesinato se va a cometer próximamente, aprovechando alguna de las múltiples apariciones en público de Mandela. La consecuencia más directa será el caos, un baño de sangre, el colapso total. Un grupo de boere influyentes aguardan tras los bastidores para hacerse cargo de la dirección del país. Las leyes fundamentales y las funciones sociales quedarán fuera de juego. Se creará un régimen corporativo que repartirá el poder en tres partes iguales, una para los militares, otra para la policía y otra para los ciudadanos. El futuro será un estado de excepción perpetuo. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —musitó Scheepers—. Si se me permite especular sobre la fecha, creo que el atentado se producirá el 12 de junio.

—¿Por qué?

—En esa fecha, Nelson Mandela pronunciará un discurso en Ciudad del Cabo. Tengo información acerca del interés, tan enorme como inusitado, que el servicio de información militar ha mostrado por la planificación de seguridad de la policía local. Hay además otros datos que apuntan a que es una fecha probable. Soy consciente de que no es más que una conjetura, pero estoy convencido de que está bien fundamentada.

—Disponemos, pues, de tres semanas. Tan sólo tres semanas para detener a esos locos.

—Si es que es así —advirtió Scheepers—. No podemos ignorar la posibilidad de que esos datos de fecha y escenario se hayan puesto en circulación precisamente como una pista falsa. Los implicados en este asunto son personas muy habilidosas. El atentado podría llevarse a cabo mañana mismo.

—Es decir, en cualquier momento y en cualquier lugar —concluyó De Klerk—. Y no hay nada que podamos hacer para evitarlo.

Guardó silencio mientras Scheepers permanecía expectante.

—He de hablar con Nelson Mandela —resolvió el presidente al fin—. Es preciso que se dé cuenta de lo que está en juego.

Después miró a Scheepers.

—Hemos de detener a estos individuos lo antes posible.

—¡Si ni siquiera sabemos quiénes son! ¿Cómo puede detenerse lo que no se conoce?

—Pero ¿y el hombre al que han contratado?

—Tampoco sabemos quién puede ser.

De Klerk lo miró pensativo.

—Algo en la expresión de tu rostro me dice que tienes un plan.

Scheepers notó que se sonrojaba.

—Señor presidente —comenzó—. Creo que Jan Kleyn, el hombre clave de los servicios secretos, es la pieza fundamental de la maquinación. En mi opinión, debe ser encarcelado sin dilación. Por supuesto, existe el riesgo de que no nos revele ningún dato o incluso de que se decida por el suicidio. Pero no veo cómo podríamos llamarlo a interrogatorio si no lo encarcelamos directamente.

De Klerk asintió.

—En ese caso, haremos como dices. La verdad es que disponemos de un buen número de funcionarios expertos en interrogatorios que suelen sacarle la verdad a la gente.

«A gente negra que luego muere en circunstancias misteriosas», se dijo Scheepers.

—Lo mejor sería, a mi entender, que yo mismo dirigiese el interrogatorio, puesto que soy la persona más informada —sugirió el fiscal.

—¿Crees que podrás vértelas con ese hombre?

—Sí.

El presidente se levantó, dando así por concluida la reunión.

—Jan Kleyn será arrestado mañana —sentenció De Klerk—. A partir de ahora, quiero que se me mantenga informado de forma permanente. Todos los días.

Se despidieron. Scheepers le hizo un gesto al viejo conserje que aguardaba en la antesala antes de atravesar en su coche la ciudad con la pistola en el asiento del acompañante.

De Klerk permaneció largo rato reflexionando junto a la ventana.

Luego, se aplicó a reemprender el trabajo durante unas horas más.

Fuera, en la antesala, el viejo conserje andaba estirando las alfombras y alisando los asientos de las sillas. No dejaba de pensar en lo que había oído mientras escuchaba a escondidas detrás de la puerta del despacho privado del presidente. Comprendía que se trataba de una situación de extrema gravedad. Entró en la habitación que utilizaba como modesto despacho y sacó el enchufe que conectaba con la centralita. Detrás de un panel de madera que estaba suelto, había otro cable cuya existencia sólo él conocía. Al levantar el auricular, se estableció una línea directa, sin pasar por la centralita.

Marcó un número de teléfono.

La respuesta no tardó en producirse. Jan Kleyn no se había ido a dormir aún.

Kleyn escuchó al conserje. Estaba claro que le aguardaba una noche de insomnio.

Cuenta atrás hacia el vacío.

Cuenta atrás hacia el vacío

Bien entrada la noche, Sikosi Tsiki mató un ratón con un certero lanzamiento de su cuchillo. Tania ya se había ido a dormir mientras Konovalenko esperaba que fuese la hora apropiada para llamar a Sudáfrica y hablar con Jan Kleyn, quien le proporcionaría las últimas instrucciones acerca del regreso de Sikosi Tsiki. Además, tenía la intención de empezar a hablar con él sobre su futuro como inmigrante en aquel país. No se percibía ni un solo ruido procedente del sótano. Tania, que había bajado a ver a la chica no hacía mucho, le explicó que estaba dormida.

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía totalmente satisfecho. Se había puesto en contacto con Wallander y le había exigido un salvoconducto sin firma a cambio de que le devolviese a su hija sana y salva. Wallander le daría una semana y se aseguraría, además, de que las pesquisas de la policía se encaminasen por derroteros equivocados. Dado que Konovalenko pretendía regresar a Estocolmo de inmediato, Wallander habría de procurar que siguiesen buscándolo en el sur de Suecia.

Por supuesto que no había en todo aquello el menor atisbo de verdad, pues su intención era, en realidad, matar tanto al padre como a la hija. Se preguntaba si el policía habría creído realmente en sus palabras. En tal caso, Wallander volvía a ser el policía de pueblo que Konovalenko identificó en su día. No obstante, no pensaba cometer el error de

subestimar a Wallander por segunda vez.

Había dedicado la mayor parte de aquel día a Sikosi Tsiki. Al igual que había preparado a Victor Mabasha, Konovalenko repasó con el nuevo candidato una serie de sucesos relacionados con el atentado, todos ellos muy dispares pero igual de probables. Tenía la impresión de que Sikosi Tsiki era más perspicaz que Mabasha. Por otro lado, se mostraba del todo indiferente a los comentarios racistas, fugaces pero inequívocos, que el ruso no podía evitar dejar caer de vez en cuando. Pensó que, en los próximos días, tendría que intensificar la provocación para poder determinar el límite del control de sí mismo.

Pese a todo, había un rasgo que ambos candidatos compartían, de modo que Konovalenko empezó a preguntarse si no sería inherente a la naturaleza africana. En efecto, ambos hacían gala del mismo absoluto hermetismo, que convertía en imposible la tarea de siquiera imaginar lo que pensaban en realidad. Ni que decir tiene que este rasgo lo irritaba bastante. Estaba acostumbrado a poder ver a través de las personas y figurarse lo que pensaban, lo que le permitía adelantarse a sus reacciones.

Observó a aquel hombre negro que acababa de ensartar a un ratón en un rincón con aquel cuchillo curvo tan extraño.

«Éste cumplirá», se dijo. «Un par de días más de planificación y entrenamiento con las armas y estará listo para regresar. Él será mi salvoconducto a Sudáfrica».

Sikosi Tsiki se levantó y recuperó su cuchillo. Se dirigió luego a la cocina, donde sacó el cuerpo del ratón de la hoja, lo tiró a la basura y lavó el cuchillo. Konovalenko lo miraba con atención mientras daba pequeños sorbos de su vaso de vodka.

—Nunca hasta ahora había visto un cuchillo con la hoja curva —aseguró.

—Mis antepasados los fabricaban hace más de mil años —repuso

Sikosi Tsiki.

—¿Con la hoja curva? —insistió Konovalenko—. ¿Por qué?

—Nadie sabe por qué. Sigue siendo un secreto. El día que éste se descubra, la hoja perderá su fuerza.

Se marchó poco después a su habitación dejando a Konovalenko algo desconcertado ante una respuesta tan enigmática. Oyó cómo Tsiki cerraba la puerta con llave.

Konovalenko se había quedado solo. Apagó las luces, salvo la que había junto al teléfono. Miró el reloj. Las doce y media. Llamaría a Jan Kleyn en unos minutos. Aplicó el oído, pero todo estaba en silencio en el sótano. Se sirvió otro vodka, que guardaría hasta haber hablado con Jan Kleyn.

La conversación con Sudáfrica no duró mucho.

Jan Kleyn escuchó a Konovalenko. Éste le aseguraba que Sikosi Tsiki no causaría ningún problema, que no cabía la menor duda de su estabilidad mental. Entonces le dio las directrices que tenía que seguir. Quería que Sikosi Tsiki volviera a Sudáfrica en un máximo de siete días. El nuevo cometido de Konovalenko consistía, pues, en hacerse cargo de los pormenores de su salida de Suecia y procurar que el billete de regreso a Johannesburgo quedase reservado y confirmado. A Konovalenko le dio la impresión de que tenía prisa, de que estaba estresado por algún motivo. Ni que decir tiene que no podía asegurar que así fuese, pero dicha sensación le afectó lo suficiente como para que se le fuese de la cabeza comentarle su propio viaje hacia Sudáfrica, de modo que la conversación concluyó sin que hubiese pronunciado una sola palabra acerca del futuro. Cuando colgó el auricular, se sentía insatisfecho.

Se bebió de un trago el vaso de vodka preguntándose si Jan Kleyn no tendría en mente gastarle una mala pasada y engañarlo. Pero rechazó la idea pues estaba, además, convencido de que sus servicios y su

experiencia eran necesarios en Sudáfrica. Se tomó otro vaso y salió a orinar a la escalera de la entrada. Estaba lloviendo. Permaneció allí contemplando la neblina y se le ocurrió que, después de todo, debería sentirse satisfecho. Dentro de escasas horas, el problema que ahora tenía entre manos estaría resuelto y estaba a punto de cumplir su misión. Después podría dedicarse al futuro. Además, aún tenía que decidir si llevaría a Tania a Sudáfrica o si haría con ella lo que con su esposa, dejarla allí.

Cerró con llave la puerta de la calle, entró en su habitación y se acostó. No se quitó la ropa, sólo se echó por encima una manta. Tania tendría que dormir sola aquella noche, pues él necesitaba descansar.

Ella, por su parte, seguía despierta en su dormitorio y oyó a Konovalenko cerrar la puerta y echarse en la cama. Estaba tumbada, sin moverse y a la escucha. Tenía miedo. En el fondo, sabía que resultaría imposible sacar a la joven del sótano y abandonar la casa sin que él la oyese. Tampoco parecía viable echar la llave de su habitación sin hacer ruido. Lo había estado intentando durante el día, mientras Konovalenko y el africano se hallaban fuera practicando con el fusil en la gravera. En cualquier caso, si lo consiguiese, él podría saltar por la ventana de su dormitorio. Pensó que si hubiera tenido somníferos, podría haberlos disuelto en una de sus botellas de vodka. Pero no se tenía más que a sí misma y sabía que, pese a todo, debía intentarlo. Así, había ya preparado una pequeña bolsa de viaje con dinero y algo de ropa, que había escondido en el cobertizo, donde también había dejado el chubasquero y las botas.

Miró el reloj. La una y cuarto. Sabía que había citado al policía al amanecer. Para entonces, ella y la muchacha debían encontrarse muy

lejos. Se levantaría en cuanto oyese que Konovalenko empezaba a roncar. Tenía un sueño ligero y se despertaba con frecuencia, pero nunca durante la primera media hora.

Seguía sin saber muy bien por qué lo hacía. Tenía el convencimiento de que ponía en peligro su propia vida. Pero era como si no sintiese la necesidad de darse a sí misma ninguna explicación, como si se tratase de uno de esos cometidos que la vida nos impone sin nuestra intervención.

Konovalenko daba vueltas en la cama. Era la una y veinticinco. Había noches en las que prefería no dormir, sino simplemente descansar tumbado sobre la cama. Si ésta resultaba ser una de esas noches, no tendría la menor posibilidad de ayudar a la joven. Notó que esta idea le infundía aún más temor, como si se tratase de una amenaza mayor, si cabe, que la del peligro que pudiese correr ella misma.

A las dos menos veinte oyó por fin roncar a Konovalenko. Aplicó el oído durante medio minuto, aproximadamente, y se levantó de la cama con gran sigilo. Estaba totalmente vestida y, en el puño bien apretado, llevaba la llave para abrir la cerradura de las cadenas que rodeaban los tobillos de la chica. Abrió la puerta de su habitación y empezó a caminar evitando los listones que crujían. Se deslizó hasta la cocina, encendió la linterna y se dispuso a levantar con extremo cuidado la portezuela de acceso al sótano. Sabía que era un momento crítico, pues la muchacha podía empezar a gritar. Hasta el momento no lo había hecho, pero era consciente de que podía suceder. Konovalenko seguía roncando.

Bajó la escalera con cautela. La joven estaba tumbada y acurrucada con los ojos abiertos. Tania se sentó en cuclillas y empezó a susurrarle palabras al oído, al tiempo que le acariciaba el cabello trasquilado. Le contó que iban a marcharse de allí, pero que tenía que guardar silencio absoluto. La muchacha no reaccionó. Los ojos seguían abiertos pero inexpresivos. La asustó la idea de que fuese incapaz de moverse, de que

el pánico la hubiese paralizado. Se vio obligada a ponerla de lado para poder acceder al candado. En aquel momento, de forma inesperada, la chica empezó a patear y a dar manotazos. Tuvo el tiempo justo de ponerle la mano en la boca antes de que empezase a chillar. Tania era fuerte y apretaba la mano con todas sus fuerzas. Un único grito ahogado habría bastado para hacer despertar a Konovalenko. La sola idea le produjo escalofríos. Era capaz de apuntillar la portezuela y dejarlas a las dos en la oscuridad de aquel sótano. Tania continuó murmurando su plan mientras le presionaba la boca con la mano. La mirada de la chica se había reavivado y Tania supuso que ahora sí la comprendería. Empezó a retirar la mano con sumo cuidado, abrió el candado y le quitó las cadenas.

En ese preciso momento notó que los ronquidos de Konovalenko habían cesado. Contuvo la respiración..., hasta que se dejaron oír de nuevo. Se levantó con rapidez, subió hasta la portezuela y la cerró. La muchacha había comprendido y ahora estaba de pie y en silencio, aunque su mirada había recobrado la expresividad.

De repente se oyeron unos pasos allá arriba y sintió que se le paraba el corazón. ¡Había alguien en la cocina! Los pasos se detuvieron. «Va a abrir la puerta», auguró cerrando los ojos. «A pesar de todo, me ha oído».

Entonces percibió claramente el sonido liberador de una botella. Konovalenko se había levantado para tomarse otro vodka. Los pasos se fueron alejando. Tania enfocó su rostro con la linterna y esbozó una sonrisa. Tomó después la mano de la chica y la sostuvo mientras esperaba. Transcurridos diez minutos, abrió la portezuela despacio. Konovalenko había empezado a roncar de nuevo. Le explicó a la muchacha en qué consistía su plan. Irían sin hacer ruido hasta la puerta de la calle. Tania había engrasado la cerradura durante el día y confiaba en poder abrirla sin que chirriase.

Si todo iba bien, caminarían juntas hasta haberse alejado del jardín.

Por el contrario, si algo inesperado sucedía, si Konovalenko despertaba, abriría la puerta de un tirón y saldrían corriendo cada una por su lado. ¿Lo habría comprendido? Correr, simplemente echar a correr si se presentaba algún imprevisto. La humedad del ambiente amenazaba lluvia, pero la neblina les facilitaría el pasar inadvertidas. Le insistió en que tenía que seguir corriendo, sin mirar atrás. Se dejaría ver y se daría a conocer tan sólo cuando llegase a una casa o cuando viese pasar un coche. Pero lo más importante, si quería salvar su vida, era correr.

Tania no sabía si la joven la había entendido, pero imaginaba que así era. Sus ojos habían despertado de nuevo a la vida, por más que aún le fallasen las piernas. Tania prestó atención una vez más, antes de dar la señal. Ella subió primero y volvió a aplicar el oído antes de tenderle la mano a la joven. Había que darse prisa en subir, pues no iba a poder aguantar mucho antes de que la escalera empezase a crujir. La chica salió despacio al suelo de la cocina. Tuvo que entrecerrar los ojos, a pesar de que la luz era bastante tenue. «Estaba quedándose ciega allá abajo», constató Tania. La tomó del brazo con firmeza y empezaron a dirigirse hacia el vestíbulo y la puerta muy despacio, con una lentitud infinita. Konovalenko seguía roncando. Tania descorrió con cuidado la cortina que separaba el pasillo del vestíbulo, siempre con la joven aferrada a su brazo.

Allí se encontraban al fin, ante la puerta de la calle. Se dio cuenta de que estaba empapada en sudor y, al ir a girar la llave, notó que le temblaban las manos. Pero, al mismo tiempo, empezaba a atreverse a confiar en que todo saliese bien. Comenzó a girar la llave. Había un punto en el que la cerradura ofrecía resistencia y, si la giraba demasiado aprisa, produciría un chasquido. Sintió que la llave se encajaba levemente y continuó haciéndola girar con tanto cuidado como le fue posible. Había logrado pasar el momento más crítico. Hasta entonces, no se había oído

ni un solo ruido. Con un gesto tranquilizador hacia la joven, abrió la puerta.

En ese mismo instante oyó un estallido a sus espaldas. Sobresaltada, se dio la vuelta y comprobó que la muchacha había volcado el paragüero sin querer. No tuvo que esforzarse en aplicar el oído para comprender lo que ya estaba ocurriendo. Abrió la puerta de un tirón, propinó un empujón a la joven para que saliese a la calle lluviosa y desdibujada por la niebla y le gritó que corriese. La muchacha se quedó impasible al principio. Tania empezó a empujarle hasta que echó a correr. En menos de unos segundos había desaparecido en el gris de la bruma.

Tania sabía que ya era tarde para ella, pero no quería darse por vencida. Sobre todo, no quería mirar hacia el lado por el que había huido la hija del policía y emprendió la carrera en sentido opuesto, en un intento de despistar a Konovalenko, para que no pudiese estar seguro de qué dirección había tomado la joven y proporcionarle así unos segundos más.

Llegó a la mitad del patio antes de que Konovalenko le hubiese dado alcance.

—¿Qué haces? —le gritó éste—. ¿Te encuentras mal?

Ella comprendió que aún no había visto que la portezuela del sótano estaba abierta. No se daría cuenta de lo ocurrido hasta que no entrase en la casa, con lo que proporcionaría a la chica una ventaja suficiente. Konovalenko no podría dar con ella.

Se percató, de pronto, de lo cansada que estaba y sabía que había actuado correctamente.

—Sí, no me encuentro bien —admitió fingiendo estar mareada.

—Vayamos adentro —propuso Konovalenko.

—Espera, creo que necesito un poco de aire fresco.

«Le daré lo que esté en mi mano», se dijo. «Cada segundo que pase,

su ventaja será mayor. De todos modos, yo ya no tengo salvación».

La chica atravesaba la noche a la carrera, bajo la lluvia. Ignoraba por completo dónde se encontraba, tan sólo corría. Tropezaba, se levantaba de nuevo y seguía corriendo. Llegó a una plantación, de donde unas liebres salieron huyendo asustadas. Se sentía como una de ellas, como un animal perseguido. El barro se le adhería a las suelas de los zapatos y al final resolvió quitárselos y proseguir en calcetines. La hacienda se le antojaba infinita. La niebla le impedía ver y no parecía que hubiese nada más que ella misma y las liebres. Por fin, ya exhausta, llegó a una carretera sin asfaltar y los guijarros le lastimaban los pies descalzos. De pronto se acabó la gravilla y se encontró en una carretera asfaltada. La línea discontinua resplandecía en la oscuridad. No sabía hacia dónde dirigirse, pero continuó caminando, sin atreverse aun a pensar en lo ocurrido, como si una maldad invisible, ni animal ni persona, la acechase aún, como una ráfaga de viento helado que la acompañase en su huida.

Entonces vio los faros de un coche que se acercaba. Era un nombre que venía de ver a su novia. Aquella noche habían reñido. Por algún motivo y él había decidido marcharse a su casa. Mientras conducía, iba pensando que, de haber tenido dinero suficiente, se habría ido de viaje. A cualquier sitio. Lejos de allí. Los limpiaparabrisas chillaban a compás y había poca visibilidad. De repente, distinguió un bulto delante del coche. Al principio creyó que se trataba de un animal y frenó, antes de detener el vehículo. Entonces vio que era una persona. No podía creer lo que veían sus propios ojos, una joven descalza, con las ropas embarradas y el pelo trasquilado. Estaba pensando que tal vez se hubiese producido un accidente cerca de allí, cuando vio que la muchacha se sentaba en mitad de la carretera. Muy despacio, salió del coche y se dirigió hacia ella.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó el hombre.

Ella no respondió.

El joven no veía sangre por ninguna parte, como tampoco se divisaba ningún coche volcado en el arcén. Pero sí se dio cuenta de que la muchacha apenas si podía sostenerse en pie.

—Pero ¿qué es lo que te ha sucedido? —insistió.

Mas tampoco en esta ocasión obtuvo respuesta.

A las dos menos cuarto, Sten Widén y Svedberg abandonaron el apartamento de Ystad. Llovía cuando se sentaron en el coche del policía. A unos tres kilómetros de la ciudad, Svedberg notó que se le había pinchado una de las ruedas traseras. Se salió de la carretera preocupado por si la rueda de repuesto no estaría también en mal estado, pero cuando fueron a cambiarla comprobó que no era así. No obstante, el pinchazo había malogrado sus planes. Svedberg había calculado que Wallander estaría llegando a la casa antes del amanecer. Por eso decidió salir muy temprano, para no correr el riesgo de encontrarse con él por la carretera.

Sin embargo, eran ya las tres de la madrugada cuando aparcaron el coche a la sombra de un espeso arbusto situado a más de un kilómetro de la gravera y de la casa. Acuciados por la falta de tiempo, se movían con rapidez a través de la niebla. Atravesaron una plantación que se hallaba al norte de la gravera. Según Svedberg, lo mejor sería tumbarse a vigilar tan cerca de la casa como pudiesen. Pero, puesto que no sabían por qué lado iba a llegar Wallander, era preciso controlar los laterales de la casa para evitar que los descubriese. Habían estado tratando de imaginarse por qué parte del jardín aparecería Wallander y ambos habían coincidido en que seguramente lo haría por el oeste, pues por allí el terreno era más accidentado y estaba plagado de arbustos, elevados y densos, que se extendían hasta la valla.

En consecuencia, decidieron aproximarse a la casa desde el este.

Svedberg había divisado un montón de paja vieja en medio de un sendero que dividía dos plantaciones. En caso necesario, podrían ocultarse en él. Para las tres y media ya habían tomado posiciones, ambos con las armas preparadas.

La casa se adivinaba en la niebla. Todo estaba en calma. Sin saber muy bien por qué, Svedberg tuvo la sensación de que había algo anormal. Sacó los prismáticos, limpió las lentes y recorrió con ellos la pared de la casa. Había luz en una ventana y supuso que era de la cocina, pero no veía nada fuera de lo común. No creía que Konovalenko estuviese durmiendo. Estaría allí, en silenciosa espera. Tal vez incluso se encontrase fuera de la casa.

Ambos aguardaban presa de una gran tensión, cada uno sumido en su propio mundo.

Al cabo de un rato, Sten Widén divisó a Wallander, que se acercaba por el lado oeste, tal y como ellos habían previsto. Eran ya las cinco de la mañana. Widén, que tenía buena vista, pensó al principio que sería una liebre o un ciervo que se ocultaba entre los arbustos. Como no estaba seguro, rozó el brazo de Svedberg y le hizo una seña. Svedberg volvió a sacar los prismáticos y pudo distinguir el rostro de Wallander entre los arbustos.

Ninguno de los dos sabía lo que iba a ocurrir. ¿Estaría siguiendo Wallander las instrucciones de Konovalenko o se habría decidido por intentar sorprenderlo? ¿Dónde estaría Konovalenko? ¿Y la hija de Wallander?

Se mantuvieron a la espera. En la casa no parecía haber movimiento. Sten Widén y Svedberg se turnaban para mirar la expresión helada del rostro de Wallander. Svedberg volvió a experimentar la sensación de que algo no iba bien. Miró el reloj y comprobó que su compañero llevaba casi una hora entre los arbustos y en la casa no había movimiento alguno.

De repente, Sten Widén le pasó los prismáticos a Svedberg. Wallander había empezado a levantarse. Se deslizó con rapidez hasta la casa y se detuvo, pegado al muro, con la pistola en la mano. Svedberg comprendió entonces que su compañero había decidido plantarle cara a Konovalenko y se le encogió el estómago ante la idea. Sin embargo, no podían hacer nada más que continuar a la espera. Sten Widén tenía el fusil contra la mejilla y apuntaba a la puerta de la calle. Wallander corrió agazapado, para evitar que lo viesan por alguna ventana, hasta llegar a la puerta. Svedberg vio que aguzaba el oído al tiempo que manipulaba el picaporte con cuidado. La puerta no estaba cerrada con llave. Sin pensárselo dos veces, la abrió de golpe y entró. Widén y Svedberg salieron arrastrándose del montón de paja.

Ya no actuaban según un plan concreto, pero ambos sabían que tenían que seguir a Wallander. Llegaron hasta la casa y se quedaron bajo el voladizo del tejado. El silencio reinaba aún en el interior del edificio. Svedberg comprendió entonces que su mal presentimiento se hallaba más que justificado: la casa estaba vacía; allí no había nadie.

—Se han marchado todos —le dijo a Widén—. Aquí no queda nadie.
Sten Widén lo miró sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente, lo sé —repuso abandonando el escaso abrigo del voladizo y llamando a Wallander, quien apareció en la escalera sin dar muestras de sorpresa al verlos.

—Mi hija no está —explicó.

Se lo veía agotado, exhausto y con toda probabilidad al borde del derrumbamiento.

Entraron en la casa y trataron de detectar e interpretar las posibles pistas. Sten Widén se mantenía algo apartado mientras los dos policías inspeccionaban la casa. Wallander no hizo ningún comentario acerca del

hecho de que lo hubiesen seguido hasta allí. Svedberg supuso que, en el fondo, Wallander sabía que no lo abandonarían y que tal vez incluso les estuviese agradecido.

Fue Svedberg quien encontró a Tania. Al abrir la puerta de uno de los dormitorios, vio la cama deshecha y, sin saber qué pudo impulsarlo a ello, miró debajo de la cama. Allí estaba. Por un instante creyó con pavor que era la hija de Wallander, pero enseguida se dio cuenta de que era la otra mujer. Antes de avisar a los demás, fue a mirar debajo de las otras camas. También abrió el congelador y los armarios. Una vez que estuvo seguro de que la hija de Wallander no estaba allí, lo llamó para mostrarle lo que había encontrado. Levantaron la cama y la apartaron. Sten Widén seguía manteniéndose al margen. Cuando vio la cabeza de la mujer, volvió la vista y salió al jardín a vomitar.

El rostro había desaparecido y no quedaba en su lugar más que una masa sangrienta en la que resultaba imposible distinguir los rasgos. Svedberg fue a buscar una toalla para cubrirlo antes de examinar el cuerpo. Encontró cinco heridas de bala que parecían seguir un modelo: dos disparos en sendos pies, dos en las manos y uno en el corazón. Al comprobarlo, se sintió aún peor.

Dejaron el cadáver y continuaron la inspección de la casa, pero no hallaron nada. Abrieron la portezuela de acceso al sótano y bajaron. Svedberg consiguió ocultar la cadena a la que se figuró que habría estado sujeta la hija de su compañero. Pero Wallander adivinó enseguida que era en aquel lugar oscuro donde la habían tenido prisionera. Svedberg lo vio apretar la boca con rabia y se preguntó cuánto tiempo aguantaría sin estallar.

Regresaron a la cocina. Svedberg descubrió una gran cacerola llena de agua mezclada con sangre. Al introducir el dedo, comprobó que aún estaba tibia y empezó a comprender lo ocurrido. Se dispuso a recorrer de

nuevo la casa, muy despacio, en un intento de interpretar las distintas pistas, de hacerles reproducir una imagen. Finalmente, propuso que se sentasen un momento. Wallander se mostraba apático. Svedberg estuvo meditando un buen rato. ¿Se atrevería a hacerlo? Suponía una gran responsabilidad pero al fin se decidió.

—No sé dónde estará tu hija, pero estoy seguro de que está viva.

Wallander lo miró sin replicar.

—Creo poder explicar lo que ha sucedido —prosiguió—. Como es lógico, no puedo estar seguro de que haya sido así pero sí interpretar el significado de las piezas del rompecabezas, unir las y ver qué imagen nos dan. Yo creo que la mujer asesinada intentó ayudar a tu hija. Ignoro si logró huir o no. Tal vez haya conseguido escapar, o puede que Konovalenko le haya dado alcance. Los indicios son equívocos. Mató a Tania con un sadismo que podría interpretarse como signo claro de que tu hija logró escapar. Aunque también puede tratarse de su reacción ante el simple hecho de que hubiese intentado ayudarlo. Él halló en la traición de Tania motivo suficiente para dar rienda suelta a su maldad infinita. Le despellejó la cara con agua hirviendo. Luego, le disparó en los pies, después en las manos y, finalmente, en el corazón. Prefiero no imaginarme cómo pasó los últimos momentos de su vida. Después, Konovalenko se marchó, lo cual interpreto como otro indicio de que tu hija está viva, pues, si ella logró huir, él ya no podía considerar la casa como un lugar seguro. Por otro lado, también puede haberlo puesto nervioso el hecho de que se hubiesen oído los disparos. Esto, más o menos, es lo que creo que ha sucedido. Aunque, por supuesto, los hechos pueden haberse desarrollado de manera muy distinta.

Habían dado las siete. Los tres guardaban silencio.

Svedberg se levantó y se dirigió adonde estaba el teléfono. Llamó a Martinson, que tardó en acudir, pues estaba en el cuarto de baño.

—Hazme un favor —rogó Svedberg—. Vete con el coche a la estación de tren de Tomelilla y recógeme allí dentro de una hora, ¿de acuerdo? Pero no le digas a nadie adonde vas.

—¿También a ti va a darte por hacer cosas raras? —inquirió Martinson.

—No, descuida, pero se trata de algo muy importante.

Colgó el auricular y miró a Wallander.

—Por ahora, no hay nada que puedas hacer, salvo dormir. Vete a casa con Sten. O, si quieres, te llevamos a casa de tu padre.

—¿Cómo quieres que duerma? —preguntó Wallander ausente.

—Metiéndote en la cama. Haz lo que te digo. Si de verdad quieres ayudar a tu hija, tendrás que dormir y descansar. En el estado en que te encuentras ahora mismo, no tardarás en ser un estorbo.

Wallander asintió.

—Creo que lo mejor será que me vaya a casa de mi padre —admitió.

—¿Dónde has dejado el coche? —quiso saber Widén.

—Deja, ya voy yo a buscarlo. Necesito tomar un poco el aire.

El inspector salió mientras los dos se miraban, demasiado cansados y afectados por lo que habían visto como para hacer ningún comentario.

—Me alegro de no ser policía —confesó Widén cuando vio el Duett entrar en el patio, y señaló con la cabeza a la habitación donde habían encontrado a Tania.

—Gracias por tu ayuda —repuso Svedberg.

Los vio marcharse mientras se preguntaba cuándo acabaría aquella pesadilla.

Sten Widén dejó a Wallander en casa de su padre. No habían cruzado una sola palabra durante el trayecto.

—Te llamaré luego —dijo Widén a modo de despedida.

Se quedó allí un rato mientras Wallander se dirigía hacia la casa con paso cansino.

«¡Pobre diablo!», exclamó para sus adentros. «¿Cuánto tiempo más podrá aguantarlo?»

El padre estaba sentado junto a la mesa de la cocina. No se había afeitado y, por el olor que Wallander percibió, tampoco parecía que se hubiese duchado. Se sentó frente a él.

Ambos permanecieron en silencio durante un buen rato.

—Está durmiendo —dijo el padre al fin.

Wallander apenas oyó con claridad lo que acababa de decir.

—Está durmiendo plácidamente —repitió.

Las palabras llegaron por fin a penetrar el cerebro abotargado de Wallander.

«¿Quién estaba durmiendo?»

—¿Quién? —preguntó agotado.

—Mi nieta.

Wallander le clavó la mirada. Después se levantó y se dirigió al dormitorio. Abrió la puerta muy despacio.

Allí estaba Linda, profundamente dormida. Tenía el pelo cortado tan sólo por un lado de la cabeza, pero era ella. Wallander permaneció inmóvil junto a la puerta. Después se acercó hasta la cama y se sentó en cuclillas sin hacer otra cosa que mirarla fijamente. No quería saber cómo lo había conseguido ni lo que había ocurrido ni cómo había llegado a casa. Tan sólo quería mirarla. Seguía acechando su mente la certeza de que Konovalenko estaba allá fuera, en alguna parte. Pero en aquel momento no le preocupaba lo más mínimo. En aquel momento, la única persona que existía para él era su hija.

Se tumbó en el suelo, junto a la cama, se acurrucó como pudo y se

durmió. Su padre lo tapó con una manta y cerró la puerta. Se fue luego al estudio y continuó pintando. Ya había retomado su antiguo motivo y, en efecto, estaba a punto de acabar uno de sus cuadros, con urogallo.

Martinson llegó a la estación de tren de Tomelilla poco después de las ocho. Salió del coche y saludó a Svedberg.

—¿Qué es eso tan importante? —preguntó sin disimular su irritación.

—Ya lo verás —respondió Svedberg—. Pero te advierto que no es una visión muy agradable.

Martinson frunció el entrecejo.

—¿Qué ha sucedido?

—Konovalenko ha vuelto a hacer de las suyas. Tenemos otro cadáver del que encargarnos, una mujer.

—¡Dios mío!

—Ven conmigo —pidió Svedberg—. Por cierto, hemos de hablar de muchas cosas.

—¿Wallander tiene algo que ver en todo esto? —quiso saber Martinson.

Pero Svedberg no lo oyó, pues ya había empezado a caminar hacia el coche.

Martinson debería aguardar un poco más para conocer lo ocurrido.

El miércoles por la noche, ya bastante tarde, se cortó el pelo. Como para erradicar el malévolos recuerdo.

Después empezó a contárselo todo. Wallander había insistido en que fuese a ver a un médico, pero ella no accedió.

—El pelo crecerá solo, ningún médico puede hacer que crezca más rápido.

Wallander temía lo que le esperaba, temía que su hija lo hiciese responsable de la experiencia vivida. Por otro lado, tampoco le sería fácil defenderse. Todo era culpa suya, pues él la había involucrado en aquella historia, así que ni siquiera podía aducir que se hubiese tratado de un accidente. Sin embargo, ella insistía en que no necesitaba asistencia médica, por el momento, y él no trató de forzarla.

Linda no había llorado más que una vez durante aquel día. De repente, justo cuando estaban a punto de sentarse a comer, miró a su padre y le preguntó qué le había pasado a Tania. Él le dijo la verdad, que estaba muerta, aunque le evitó los detalles de la tortura a que la había sometido Konovalenko. Confiaba en que los periódicos fuesen más o menos discretos con el tema. Le confesó también que aún no lo habían detenido.

—Pero la policía va tras su pista y hay una orden de búsqueda y captura sobre él —añadió enseguida—. Ya no podrá atacar como le venga en gana.

El propio Wallander dudaba de que lo que acababa de decir fuese

cierto. Konovalenko seguía siendo tan peligroso como antes. Por otra parte, sabía que él saldría de nuevo en su busca, pero no aquel día, aquel miércoles en que su hija le había sido devuelta de las sombras, el silencio y el miedo.

Había hablado por teléfono con Svedberg una vez durante el día, ya entrada la tarde. Le pidió que le dejara descansar y meditar aquella noche, y le aseguró que daría señales de vida el jueves. Svedberg le contó que la investigación iba a toda máquina y que no había rastro de Konovalenko.

—Pero no está solo —le confió Svedberg—. En aquella casa había otra persona. Rykoff está muerto y Tania también. Ya había matado a Victor Mabasha. Es decir, que tendría que estar solo ahora, pero no es así. Había otra persona con él. La cuestión es de quién se trata.

—No sé —repuso Wallander—. ¿Tal vez un nuevo ayudante desconocido para nosotros?

Poco después de haber hablado con su compañero, lo llamó Sten Widén. Wallander supuso que Svedberg y él estaban en contacto, pues Widén le preguntó cómo se encontraba su hija, a lo que Wallander repuso que se pondría bien.

—He estado pensando en aquella mujer —comenzó Widén—. Intentaba comprender cómo alguien puede hacer algo semejante con otro ser humano.

—Hay quien puede —contestó Wallander—. Y, por desgracia, parece que son bastante más numerosos de lo que nosotros creemos.

Una vez que Linda se hubo dormido, Wallander salió al estudio donde el padre trabajaba en su pintura. Si bien sospechaba que podía tratarse de un cambio de ánimo transitorio, le había parecido apreciar una mayor facilidad para la comunicación entre ambos durante los sucesos de los últimos días. Por otro lado, se preguntaba hasta qué punto comprendería

en realidad su padre octogenario cuanto acontecía.

—¿Sigues empeñado en casarte? —preguntó Wallander sentado sobre un taburete.

—Claro, uno no se anda con bromas con esas cosas tan serias —repuso el padre—. Nos casamos en junio.

—A mi hija le has dado una invitación, pero a mí no.

—Ya te llegará.

—¿Dónde pensáis casaros?

—Aquí.

—¿Aquí, en el estudio?

—¿Por qué no? Pienso pintar un enorme paisaje con el horizonte de fondo.

—¿Y qué crees que dirá Gertrud?

—Ha sido idea suya.

El padre se volvió hacia él con una sonrisa. Wallander se echó a reír. No podía recordar cuándo fue la última vez que se rió con ganas.

—Gertrud es una mujer poco común —explicó el padre.

—Sí, eso parece.

El jueves por la mañana, Wallander se sintió descansado al despertar. La alegría al ver que su hija no había sufrido ningún daño le había renovado las energías. Sin embargo, no podía dejar de pensar en Konovalenko. Empezaba a estar preparado de nuevo para ir en su busca.

Poco antes de las ocho, llamó a Björk con un repertorio de excusas minuciosamente confeccionadas.

—¿Kurt? ¡Dios mío! ¿Cómo estás? ¿Dónde estás? ¿Qué demonios ha ocurrido?

—Supongo que sufrí una pequeña crisis —aclaró Wallander en un

tono callado y despacioso, con el que intentaba inspirar confianza—. Pero ya estoy mejor. Creo que tendría suficiente con un par de días más de tranquilidad.

—Claro, tienes que darte de baja —dijo Björk terminante—. No sé si te has enterado de que dimos una orden de búsqueda para localizarte. Todo esto ha sido muy desagradable, pero necesario. Retiraré la orden de inmediato y enviaré una nota de prensa. El inspector de policía desaparecido ha regresado tras unos días de enfermedad. A propósito, ¿dónde estás?

—En Copenhague, mintió Wallander.

—¿Puede saberse qué estás haciendo ahí?

—Estoy descansando en un hotel.

—Me imagino que no piensas decirme cómo se llama ese hotel, ni dónde está.

—Mejor no.

—Necesitamos que vuelvas lo antes posible. Pero recuperado. Están ocurriendo cosas terribles. Martinson y Svedberg, bueno, todos, nos sentimos un poco desvalidos sin ti. Acabaremos solicitando ayuda a Estocolmo.

—Estaré de vuelta el viernes. No necesito pedir la baja.

—No te imaginas qué alivio oírte decir eso. Hemos estado muy preocupados. ¿Qué fue lo que ocurrió en realidad allá en la niebla?

—Escribiré un informe. Nos vemos el viernes.

Dio por concluida la conversación y empezó a pensar en lo que le había dicho Svedberg. ¿Quién sería aquel desconocido? ¿Quién era aquel que seguía a Konovalenko como su propia sombra? Se tumbó en la cama boca arriba mirando fijamente al techo. Muy despacio, fue repasando en su mente todo lo ocurrido desde aquel día en que Robert Åkerblom entró en su despacho.

Recordó los diversos esquemas mentales que se había ido haciendo e intentó hallar algo nuevo en el entramado de pistas entrecruzadas de que disponía. Como consecuencia, lo invadió de nuevo la sensación de que este caso se le escapaba de las manos. Aún no había llegado a tocar ese fondo en el que todo lo que ocurría tenía su origen. «Sigo sin conocer el verdadero motivo», admitía para sus adentros.

Por la noche llamó a Svedberg.

—No hemos encontrado nada que indique hacia dónde se dirigen —declaró Svedberg en respuesta a la pregunta de Wallander—. Por otro lado, creo que es cierta mi teoría sobre lo que sucedió durante la noche o, al menos, no se me ocurre ninguna otra explicación sensata para los hechos.

—Necesito tu ayuda —pidió Wallander—. Tendría que ir a la casa esta noche.

—No querrás decir que vas a ir en busca de Konovalenko tú solo, ¿verdad? —inquirió Svedberg aterrado.

—En absoluto —repuso Wallander—. Es que mi hija perdió una medalla mientras estuvo prisionera. ¿No la habréis encontrado vosotros?

—No, que yo sepa.

—¿Quién hará la guardia allí esta noche?

—Seguro que no habrá más que un coche patrulla que le eche un vistazo de vez en cuando.

—¿No podrás mantener a ese coche apartado un par de horas, entre las nueve y las once? Oficialmente, estoy en Copenhague, como ya te habrá dicho Björk.

—Sí, ya lo sé.

—¿Cómo hago para entrar en la casa?

—Hay otro juego de llaves en la boca del canalón, en la esquina derecha de la casa. Allí lo encontrarás.

Wallander se preguntaba si Svedberg había creído su historia de la medalla, que era una excusa bastante transparente, pues de haber estado allí, la policía la habría encontrado. Tampoco sabía exactamente lo que creía que iba a encontrar. Svedberg se había convertido en un excelente investigador del lugar del crimen durante los últimos años, hasta el punto de que Wallander llegó a pensar que un día alcanzaría el nivel de Rydberg. Si hubiera habido algo importante, él lo habría encontrado. Lo único que Wallander podía hacer, en realidad, era hallar nuevas interpretaciones y conexiones entre los hechos.

Pese a todo, sabía que era allí donde debía empezar a buscar. Lo más verosímil era, por supuesto, que Konovalenko y el acompañante desconocido hubiesen regresado a Estocolmo, pero no era seguro.

Salió hacia Tomelilla a las ocho y media. Hacía calor y conducía con la ventanilla abierta. Se acordó de pronto de que aún no había hablado con Björk de sus vacaciones.

Aparcó el coche en el patio y fue a buscar la llave. Cuando entró en la casa, encendió todas las luces. Dio una vuelta, sin saber muy bien por dónde empezar a buscar, así que anduvo de aquí para allá intentando decidir lo que perseguía en realidad. Una pista que lo condujese hasta Konovalenko, un destino. Un indicio de quién podía ser aquel compañero de viaje desconocido. Algo que le revelase por fin lo que había detrás de todo aquello. Se sentó en una de las sillas a reflexionar sobre lo que había visto en las habitaciones tras una primera ronda, al tiempo que dejaba correr la mirada a su alrededor. No veía nada llamativo.

«De aquí no sacaré nada», pensó abatido. «Aunque Konovalenko se haya marchado a toda prisa, no ha dejado ninguna pista tras de sí. El cenicero que hallé en Estocolmo fue una excepción. Esas cosas sólo ocurren una vez».

Se levantó de la silla y recorrió la casa por segunda vez, más despacio

ahora, más atento. De vez en cuando se detenía, levantaba un mantel, hojeaba una revista, tanteaba debajo de las sillas. Nada. Fue inspeccionando los dormitorios, dejando para el final la habitación en la que habían hallado a Tania. Nada. En la bolsa de la basura, que Svedberg sin duda había examinado ya, había un ratón muerto. Wallander lo removió con un tenedor y comprobó que no había muerto en una trampa, sino que había sido atravesado por un cuchillo.

«Un cuchillo», se dijo. «Konovalenko no usa cuchillos, tiene fijación por las armas de fuego. Seguramente ha sido el acompañante el que lo ha matado».

Recordó que Victor Mabasha llevaba siempre encima un cuchillo, pero estaba muerto, en el depósito de cadáveres. Abandonó la cocina y entró en el cuarto de baño. Konovalenko no había dejado rastro de su presencia allí. Regresó a la sala de estar y se sentó de nuevo, aunque en otra silla en esta ocasión, para tener otra perspectiva.

«Siempre se produce algún olvido. Se trata de descubrirlo».

Con un nuevo impulso, recorrió la casa una vez más, sin resultado. Cuando volvió a tomar asiento, eran las nueve y cuarto. Se le agotaba el tiempo.

Las personas que habían habitado aquella casa eran muy ordenadas. Había un lugar para cada cosa. De ahí que empezase a buscar algo que estuviese fuera de lugar, hasta que su mirada se detuvo en una de las estanterías. Los libros estaban en perfecto orden, con los lomos bien derechos, todos salvo uno que sobresalía de la última balda. Era un mapa de carreteras de Suecia, publicado por el Real Club de Automovilismo. Habían introducido una pestaña de la sobrecubierta entre dos hojas. Abrió el libro y vio que se trataba de un mapa de carreteras del este de Suecia, parte de Småland, la provincia de Kalmar y Öland.

Observó el mapa. Fue a sentarse junto a una mesa y orientó la

lámpara a fin de ver mejor. Había leves señales hechas a lápiz sobre algunos puntos, como si alguien hubiese seguido una carretera con el lápiz en la mano y lo hubiese dejado caer de vez en cuando sobre el papel. Había una señal sobre la fortaleza de Ölandsbro, en Kalmar. En la parte inferior del mapa, más o menos a la altura de Blekinge, encontró otra señal. Reflexionó un instante y buscó el mapa de Escania, pero éste no tenía marcas de ningún tipo, de modo que regresó al primer mapa. Las tenues marcas de lápiz describían el recorrido de la carretera de la costa hasta Kalmar. Dejó el libro y fue a la cocina para llamar a casa de Svedberg.

—Estoy en la casa —explicó Wallander—. ¿Te sugiere algo Öland?

Svedberg meditó un instante.

—Nada.

—¿No encontrasteis ningún bloc de notas cuando examinasteis la casa? ¿Ninguna agenda de direcciones o teléfonos?

—Tania tenía un pequeño almanaque de bolsillo en su bolso, pero sin anotaciones.

—¿Ningún papel suelto?

—Si miras en la chimenea, verás que quemaron algunos papeles —sugirió Svedberg—. Examinamos las cenizas, pero no hallamos nada. ¿Por qué Öland?

—He encontrado un mapa, pero no creo que tenga nada que ver.

—Lo más seguro es que Konovalenko haya regresado a Estocolmo —afirmó Svedberg—. Me imagino que habrá acabado más que harto de Escania.

—Sí, es lo más probable. Perdona que te haya molestado. No tardaré en marcharme de aquí.

—¿Algún problema con la llave?

—No, estaba donde me indicaste —repuso Wallander.

Colocó el mapa de carreteras en su lugar. Se inclinaba a creer que Svedberg tenía razón: Konovalenko habría regresado a Estocolmo.

Volvió a la cocina a beber agua y vio la guía que estaba debajo del teléfono. La sacó y, al abrirla, vio que alguien había escrito a lápiz una dirección en el interior de la portada, Hemmansvägen 14. Reflexionó un instante antes de marcar el número del servicio de información telefónica. Cuando lo atendieron, solicitó el número de un abonado llamado Wallander, con domicilio en la calle de Hemmansvägen, número 14, de Kalmar.

—No hay ningún abonado de apellido Wallander en esa dirección —aclaró la telefonista.

—Puede que esté a nombre de su jefe —mintió Wallander—. Pero no recuerdo su nombre.

—¿No será Edelman? —preguntó la telefonista.

—¡Exacto! ¡Ése es! —exclamó Wallander.

Tomó nota del número de teléfono y colgó tras darle las gracias a la señorita. Permaneció inmóvil unos minutos, sin dar crédito a su sospecha. ¿Era posible que Konovalenko tuviese otro refugio en el que hallar cobijo y, además, en Öland?

Apagó las luces, echó la llave y la dejó en el canalón. Soplaban una brisa suave y hacía una noche templada con sabor a verano. La decisión estaba tomada. Se sentó al volante, abandonó la casa y se puso en marcha en dirección a Öland.

Hizo una parada en Brösarp para llamar a casa. Contestó su padre.

—Está dormida —le explicó—. Hemos estado jugando a las cartas.

—No iré a casa esta noche, pero no os preocupéis. Tengo un montón de trabajo rutinario atrasado, ella ya sabe que me gusta trabajar de noche. Ya os llamaré mañana por la mañana.

—Ven cuando puedas —repuso el padre.

Wallander colgó el auricular con la sensación de que tal vez fuese cierto que la relación con su padre estaba mejorando, pues había otro tono en sus conversaciones.

«¡Ojalá que perdure! Después de todo, quizá este desastre tenga alguna consecuencia positiva...»

Llegó a la fortaleza de Ölandsbro hacia las cuatro de la mañana. No estaba cansado, pues había parado dos veces, una para repostar gasolina y otra para dormir un rato. Contempló el puente que se alzaba imponente ante él y los destellos del agua bajo el sol del amanecer. En la cabina telefónica del aparcamiento donde había estacionado su coche halló una guía vieja y rasgada. Vio en el plano que la dirección que buscaba se hallaba al otro lado del puente.

Antes de dirigirse en coche hacia allí, sacó la pistola de la guantera y comprobó que estaba cargada. Recordó de pronto aquel verano, hacía ya muchos años, en que, junto con sus padres y su hermana Kristina, había visitado Öland y Alvaret, donde acamparon durante una semana. Entonces no había ningún puente. Tenía una imagen imprecisa de la pequeña embarcación en la que atravesaron el estrecho. Aquella semana se presentaba a su memoria más como una sensación luminosa que como una sucesión de acontecimientos. Una vaga impresión de algo irrecuperable lo dominó durante un instante, antes de que sus pensamientos se centrasen de nuevo en Konovalenko. Intentó persuadirse de que, con toda probabilidad, estaba cometiendo un error, que Konovalenko no tenía por qué ser el autor de aquellas marcas a lápiz y que pronto estaría de regreso a Escania.

Se detuvo al llegar al final del puente, donde había un gran plano de la ciudad, que fue a consultar. Hemmansvägen era una perpendicular a la calle por la que se llegaba al zoológico. Se sentó en el coche y giró a la derecha. Era temprano, por lo que no había aún mucho tráfico.

Transcurridos unos minutos, encontró la calle. Dejó el coche en un pequeño aparcamiento, pues había visto que la zona estaba cerrada al tráfico de vehículos de motor.

La calle estaba flanqueada por sendas hileras de casas de estilo dispar, nuevas y viejas, todas ellas con extensos jardines. Empezó a caminar. Desde el otro lado de la verja de la primera casa, el número tres, un perro lo miró con desconfianza. Continuó hasta poder calcular, desde una distancia prudencial, cuál era el número catorce. Vio que se trataba de una de las casas más antiguas, con mirador y cierto exceso en la cuidada decoración de madera. Retrocedió entonces por el mismo camino. Quería intentar aproximarse a la casa por la parte del jardín, pues no podía correr el menor riesgo. A pesar de todo, cabía la posibilidad de que Konovalenko y su acompañante misterioso se encontrasen allí.

A espaldas de la casa había un polideportivo. Al trepar por la valla, se desgarró una de las perneras del pantalón, a la altura del muslo. Al abrigo de las gradas de madera, fue acercándose a la casa. Era amarilla, de dos plantas coronadas por una torre en una de las esquinas. Apoyado contra la valla, había un quiosco de perritos calientes a medio desguazar. Agazapado, fue corriendo hasta la garita del vigilante del estadio. Una vez allí, sacó la pistola.

Todo estaba en calma. En un rincón del jardín había una caseta para las herramientas. Permaneció inmóvil, observando la casa, durante cinco minutos. Se deslizó después de rodillas, por detrás del trastero, hasta la valla, que era poco estable y difícil de salvar. A punto estuvo de caer hacia atrás, aunque consiguió recuperar el equilibrio y saltar al estrecho espacio que quedaba entre la valla y la caseta. Notó que le faltaba el aliento. «Debe de ser la maldad», resolvió. «El soplo de Konovalenko que, sin cesar, envía sus emanaciones sobre mi nuca».

Asomó la cabeza con cuidado y observó la casa desde aquella nueva

posición. Todo seguía tranquilo. El jardín parecía una selva, de tan descuidado como estaba. Junto a él había una carretilla llena de hojas del otoño anterior. Empezó a pensar si la casa no estaría deshabitada. Tras un instante, estaba casi convencido de que así era. Se animó a salir del abrigo que le ofrecía el trastero y echó a andar a paso ligero hacia la fachada, que recorrió hacia la derecha, con el fin de alcanzar el lado opuesto del porche, donde suponía que estaba la puerta de entrada.

Un erizo que apareció inopinadamente a sus pies lo hizo estremecerse. Lanzó sus espinas con un sonido sibilante antes de desaparecer. Wallander se había guardado la pistola en el bolsillo, pero la volvió a sacar sin saber con exactitud el motivo. El sonido cortante de una sirena de niebla se dejó oír desde el estrecho. Giró a la altura del desagüe del canalón y se encontró junto a una de las fachadas laterales de la casa. «Pero ¿qué estoy haciendo aquí? Si es que hay alguien viviendo en esta casa, será, con seguridad, una pareja de ancianos que están despertándose de su plácido sueño. ¿Qué van a decir cuando encuentren a un inspector despistado que se ha colado en su jardín a hurtadillas?» Siguió hasta el desagüe siguiente y miró al frente.

Y allí estaba Konovalenko, sobre el sendero de grava, orinando junto al mástil de la bandera. Iba descalzo, vestía unos pantalones y llevaba la camisa desabrochada. Wallander no se movió. Aun así, algo puso en guardia a su enemigo, tal vez ese instinto suyo para presentir el peligro inminente. Se dio la vuelta. Wallander tenía la pistola en la mano. Durante una décima de segundo, ambos sopesaron la situación. Wallander comprendió que Konovalenko había cometido el error de abandonar la casa desarmado y éste era consciente de que el inspector podría matarlo o, al menos, alcanzarlo, antes de que él llegase a la puerta, así que la situación era bastante delicada para él.

Rápidamente, se abalanzó hacia un lado, de modo que, durante un

instante, quedó fuera del campo de visión de Wallander. Luego corrió a toda velocidad, desviándose en zigzag de vez en cuando, hasta llegar y saltar la valla. Estaba ya, pues, en la calle Hemmansvägen cuando Wallander comprendió lo que estaba ocurriendo y empezó a correr tras él. Todo había sucedido en cuestión de segundos, por lo que no tuvo tiempo de advertir que Sikosi Tsiki los observaba desde una ventana.

Sikosi Tsiki comprendió que estaba sucediendo algo grave. No sabía de qué se trataba, pero era consciente de que tenía que aplicar las instrucciones que Konovalenko le había dado el día anterior. «Si ocurriese algún imprevisto, sigue las instrucciones que encontrarás en el sobre. Así podrás volver a Sudáfrica. Puedes ponerte en contacto con el hombre al que ya viste antes de partir, el mismo que te pagará y te proporcionará las últimas directrices.» Aguardó, pues, un momento junto a la ventana antes de sentarse junto a una mesa y abrir el sobre. Una hora más tarde, abandonó la casa y desapareció.

Konovalenko le llevaba una ventaja de unos cincuenta metros y Wallander se preguntaba cómo podía correr tan rápido. Se dirigían al lugar en el que Wallander había aparcado su coche y..., ¡Konovalenko tenía el suyo estacionado en el mismo aparcamiento! Wallander no pudo contener una maldición e intentó acelerar el paso sin que la distancia disminuyese un ápice. Pensó fugazmente que su intuición no lo había traicionado. Konovalenko alcanzó un Mercedes, abrió la puerta, que no estaba cerrada con llave, y arrancó.

Todo sucedió tan rápido que Wallander supuso que la llave se hallaba puesta. Konovalenko estaba preparado, pese a haber cometido el error de salir de la casa sin llevar un arma. En ese momento, el inspector percibió un destello y, de forma instintiva, se hizo a un lado. El proyectil le pasó por delante con un silbido y fue a estrellarse contra el asfalto. Se arrastró hasta colocarse tras un aparcamiento para bicicletas confiando en que no

lo viese. Después oyó un chirrido y el coche salió disparado.

Echó a correr hasta su propio coche, manoteando con las llaves y pensando que, con toda probabilidad, habría perdido ya el rastro de Konovalenko. Sin embargo, estaba seguro de que lo primero que haría el ruso sería abandonar Öland Si se detenía, conseguirían rodearlo tarde o temprano. Wallander pisó el acelerador hasta el fondo. Divisó a Konovalenko a la altura de la rotonda que había justo antes del puente. Hizo un adelantamiento temerario para dejar atrás a un camión y estuvo a punto de perder el control cuando se le fue el coche hacia la zona ajardinada de la rotonda. Continuó la persecución por el puente. Iba pisándole los talones al Mercedes pero tenía que ocurrírsele algo, pues sospechaba que no tendría ninguna posibilidad de atrapar a Konovalenko si se prolongaba la persecución en coche.

Finalmente, todo acabó en el punto más alto del puente.

Konovalenko no había aminorado la marcha en ningún momento, pero Wallander había logrado no despegarse de él. Cuando estuvo seguro de que no le daría a ninguno de los vehículos que venían en sentido contrario, sacó la pistola por la ventanilla y disparó con la intención de darle al coche. Falló el primer disparo pero, debido a un inexplicable golpe de suerte, logró hacer estallar una de las ruedas traseras con el segundo. El Mercedes empezó a patinar de inmediato sin que Konovalenko lograra mantener la estabilidad.

Wallander pisó el freno al tiempo que el coche de Konovalenko se estrellaba con gran estruendo contra la baranda de hormigón del puente. El inspector no podía ver qué le había ocurrido al conductor pero, sin pensárselo dos veces, metió la primera y aceleró en dirección al coche accidentado. El cinturón de seguridad se le clavó en el pecho con el impacto. Accionó la palanca de marchas para meter la marcha atrás, pisó el acelerador y se oyó el chirrido de las ruedas mientras tomaba nuevo

impulso.

Repitió la maniobra, con lo que el coche de Konovalenko se desplazó unos cuantos metros más. Wallander retrocedió, salió del coche y permaneció detrás de la puerta. Tras él, la cola de vehículos era cada vez mayor. Algunos de los conductores abandonaron sus vehículos al ver los molinetes que Wallander hacía con su pistola, indicándoles que se apartasen. El mismo colapso automovilístico estaba produciéndose en el carril contrario y, aunque Konovalenko seguía sin aparecer, efectuó algunos disparos contra los restos de su vehículo.

El segundo proyectil provocó la explosión del depósito de gasolina sin que Wallander pudiese averiguar después si fue su disparo lo que provocó el incendio o si la gasolina se prendió por otros motivos. En cualquier caso, el coche quedó enseguida envuelto en abundantes llamas y una densa humareda. El inspector empezó a aproximarse al vehículo con gran cautela.

Konovalenko se consumía, pasto de las llamas.

Estaba boca arriba, aprisionado por el volante, con el torso asomando por la luna delantera. Wallander no olvidaría jamás su mirada intensa e inquisitiva, como si no diese crédito a lo que le sucedía. Su cabello empezó a arder y, segundos después, estaba muerto. El sonido de las sirenas se acercaba desde la distancia. Regresó despacio a su coche, lleno de abolladuras, y se apoyó sobre la puerta.

Alzó la vista y contempló el estrecho de Kalmar. Percibió los destellos del agua, el perfume del mar. Era incapaz de pensar. La sensación de que algo había concluido lo aturdió. Entonces oyó una voz que, a través de un altavoz, ordenaba que alguien tirase su arma. Le llevó un rato tomar conciencia de que la voz se dirigía a él. Se dio la vuelta y vio los coches de bomberos y de la policía. El de Konovalenko seguía ardiendo. Wallander miró su pistola antes de lanzarla sobre la baranda

del puente. Algunos agentes se le acercaban pistola en mano, mientras él agitaba su placa.

—¡Soy el inspector Wallander! —gritaba—. ¡Soy policía!

No tardó en quedar rodeado por un grupo de colegas de Småland que lo miraban con desconfianza.

—Soy policía, me llamo Wallander —repitió—. Seguro que me habéis visto en los periódicos. Hubo una orden de búsqueda sobre mí la semana pasada.

—Sí, a mí me suena tu cara —afirmó uno de los policías, que tenía un pronunciado acento de Småland.

—El que está achicharrándose en el coche es Konovalenko —aclaró Wallander—. El que disparó contra el colega de Estocolmo, entre otros muchos.

Wallander miró a su alrededor.

Un sentimiento entre la felicidad y el alivio crecía en su interior.

—¿Nos vamos? —propuso—. Necesito un café. Aquí ya se acabó el espectáculo.

Jan Kleyn fue detenido en su despacho de las dependencias del servicio de inteligencia a la hora del almuerzo, el viernes 22 de mayo. Poco después de las ocho de la mañana, el fiscal jefe Wervey había recibido y escuchado el resultado de las indagaciones del fiscal Scheepers y conocía la decisión del presidente De Klerk desde la noche antes.

Sin ningún comentario, firmó una orden de detención y una autorización judicial de registro domiciliario. Scheepers había propuesto que el inspector Borstlap se hiciese cargo de la detención, ya que éste le había causado una impresión muy positiva durante la investigación de la muerte de Van Heerden. Cuando Borstlap dejó a Jan Kleyn en una de las salas de interrogatorios, fue a comunicarle a Scheepers, que se encontraba en uno de los despachos contiguos, que la detención no había planteado problema alguno.

Sin embargo, había hecho una observación que consideró importante e incluso preocupante. Él tenía un conocimiento muy limitado de la causa de que se llamase a interrogatorio a un hombre del servicio de inteligencia. Scheepers lo había justificado apelando al secreto requerido para todas las acciones relacionadas con la seguridad de la nación. No obstante, le había confiado a Borstlap que el presidente De Klerk estaba al corriente de todo. De ahí que el inspector considerase oportuno hacer a Scheepers partícipe de su observación.

En efecto, Borstlap vio con claridad que a Jan Kleyn no le había

sorprendido su detención y que sus muestras de indignación no habían sido más que una mala interpretación. Concluía de ello que alguien tenía que haber advertido a Jan Kleyn de lo que iba a suceder. Puesto que parecía claro que la decisión de su detención se había tomado con la mayor rapidez, se le ocurrió que era preciso contar con la eventualidad de que Jan Kleyn tuviese contactos entre los círculos más próximos al presidente, e incluso con algún topo que operase en el seno de la dirección general de la fiscalía.

Scheepers escuchó con atención el razonamiento de Borstlap. En realidad, no habían pasado ni doce horas desde que el presidente había tomado su decisión. Aparte de él, los únicos que estaban al corriente eran Werve y el propio Borstlap. El fiscal comprendió que debía informar de inmediato al presidente de que era probable que hubiese micrófonos en su despacho, así que le pidió a Borstlap que lo dejase a solas un momento mientras realizaba una llamada telefónica importante. Pero no pudo hablar con De Klerk, que se hallaba reunido y no estaría disponible hasta después de mediodía, según le informó su secretario.

Scheepers abandonó el despacho y fue al encuentro de Borstlap. Había decidido demorar el interrogatorio a Kleyn. No se había hecho ilusiones sobre la posibilidad de que éste se pusiese nervioso al no saber por qué lo habían detenido. Era más bien por sí mismo por lo que lo aplazaba, pues sentía cierto grado de inseguridad ante la confrontación con aquel hombre.

Partieron hacia la casa de Jan Kleyn, a las afueras de Pretoria. Borstlap conducía mientras Scheepers lo acompañaba hundido en el asiento trasero. De repente, le vino a la memoria la imagen de la leona blanca que había visto junto con Judith. Se le ocurrió que muy bien podía ser la imagen de África. El animal sereno, la quietud reinante antes de que se levante dispuesto a desplegar todas sus fuerzas. El depredador al

que no se puede herir, sino tan sólo matar cuando nos ataca.

Scheepers miró por la ventanilla mientras se preguntaba cómo iba a desarrollarse su vida. Se preguntaba si aquel gran proyecto, tal y como De Klerk y Nelson Mandela lo habían diseñado, el que supondría el repliegue definitivo de los blancos, llegaría a buen puerto. ¿Acaso no cabía la posibilidad de que no trajese más que el caos y la violencia incontrolada? ¿Y tal vez también una guerra civil encarnizada de desenlace impredecible, donde las posiciones y las distintas alianzas estuviesen en constante cambio? «El Apocalipsis», se decía. «El día del juicio que hemos estado intentando apresar como un espíritu soberbio en una botella de cristal. ¿No se vengará el espíritu cuando la botella se quiebre?»

Se detuvieron ante las rejas de la gran mansión de Jan Kleyn. Borstlap ya lo había informado, en el momento de la detención, de que registrarían su domicilio y le había pedido las llaves. Pero Kleyn se negó, con gesto dramático de hombre humillado. Entonces el inspector le explicó que, de no acceder, tendrían que forzar la puerta, así que Jan Kleyn acabó por entregarle su llavero. A la puerta de la casa había un guarda y un jardinero. Scheepers los saludó y se presentó. Le echó un vistazo al jardín amurallado, diseñado según una estética de líneas rectas y cuidado tan en extremo que parecía sin vida. «Así he de imaginarme también a Jan Kleyn», resolvió. «Su vida corre paralela a sus líneas ideológicas, sin lugar para lo diferente, ni en cuanto a ideas ni en cuanto a sentimientos, ni siquiera en el jardín. La única excepción es su secreto, Miranda y Matilda».

Entraron en la casa. Un criado negro los miró con sorpresa. Scheepers le pidió que aguardase fuera mientras ellos inspeccionaban la casa. Le encargó además que advirtiese al guarda y al jardinero que debían permanecer cerca de la casa mientras no se les indicase lo contrario.

La casa estaba amueblada de forma costosa y sencilla. Vieron que Jan Kleyn prefería el mármol, el acero y las buenas maderas a otros materiales. Algunas litografías, que recreaban la historia sudafricana, adornaban las paredes, además de espadas, pistolas antiguas y aparejos de caza. Sobre la chimenea emergía de la pared un trofeo de caza, una cabeza de kudú disecada, con una impresionante corona de retorcidos cuernos. Mientras Borstlap examinaba la casa, Scheepers se encerró en el despacho de Jan Kleyn. El escritorio estaba vacío. Había un archivador metálico con cajones contra una de las paredes. Scheepers buscaba una caja fuerte que no encontró. Bajó las escaleras hasta el salón, donde Borstlap estaba revisando una estantería.

—Tiene que haber una caja fuerte —aseguró Scheepers.

Borstlap sacó el llavero de Kleyn.

—Puede, pero no tenemos la llave.

—Seguro que ha elegido un lugar en el que supone que nunca se le ocurriría mirar a nadie —conjeturó Scheepers—. Es decir, que por ahí es por donde debemos empezar a buscar. ¿Dónde se supone que no se nos va a ocurrir rebuscar?

—Delante de nuestras narices —afirmó Borstlap—. El lugar más evidente resulta a veces el mejor escondite, pues es el que más nos cuesta ver como tal.

—Concéntrate en buscar la caja fuerte. En las estanterías no hallaremos nada.

Borstlap asintió y volvió a colocar en su sitio el libro que tenía en la mano. Scheepers regresó al despacho. Se sentó ante el escritorio y empezó a sacar un cajón detrás de otro.

Dos horas después, seguía sin encontrar nada relevante para la investigación. Los documentos a los que pudo acceder eran todos relativos a la vida privada de Jan Kleyn y no contenían ningún dato de

interés, aunque también los había relacionados con su colección de monedas. Para su sorpresa, Scheepers descubrió que Kleyn era portavoz de la Asociación de Numismática de Sudáfrica y que dedicaba gran parte de su tiempo y esfuerzo a los coleccionistas del país. Otro rasgo divergente de la norma, aunque sin importancia para el caso, en opinión del fiscal.

Borstlap inspeccionó la casa de forma exhaustiva por dos veces, sin encontrar la caja fuerte.

—Aquí tiene que haber una caja fuerte, en alguna parte —insistió Scheepers.

Borstlap llamó al criado negro y le preguntó dónde estaba la caja fuerte. El hombre lo miró sin comprender.

—Una especie de armario secreto —explicó Borstlap—. Escondido, siempre cerrado.

—No hay ninguno —respondió entonces el hombre.

Borstlap lo mandó salir sin ocultar su indignación. Se dispusieron a retomar la búsqueda. Scheepers intentaba detectar algún tipo de irregularidad en el plan arquitectónico de la casa, ya que no era infrecuente el que los sudafricanos construyesen sus cajas fuertes en el interior de los muros o bajo los suelos, pero sin resultado. Mientras el inspector se colaba en el estrecho desván linterna en mano, el fiscal salió al jardín y se puso a observar la casa desde fuera. No tardó ni un minuto en hallar la solución. No había salida para los humos, así que entró y se puso en cuclillas junto a la chimenea. Enfocó la bóveda con la linterna y vio que la caja fuerte estaba incrustada en el muro. Al manipular ligeramente el picaporte notó con asombro que no estaba cerrada con llave. En ese momento, Borstlap bajaba las escaleras.

—¡Un lugar bien pensado! —exclamó Scheepers.

Borstlap se mostró de acuerdo, algo irritado por no haberlo

encontrado él mismo.

Scheepers se sentó junto a la mesa de mármol que había al lado del gran sofá de piel. Borstlap había salido a fumar al jardín. Scheepers se aplicó a revisar los documentos de la caja fuerte. Halló entre ellos seguros, algunos sobres con monedas antiguas, el contrato de compraventa de la casa, unas veinte acciones y algunas obligaciones del Estado. Los apartó y se concentró en un librito de notas negro que también halló en el interior de la caja, y empezó a hojearlo. Estaba repleto de anotaciones impenetrables, una mezcla de nombres, lugares y combinaciones de cifras. Scheepers decidió que se lo llevaría, pues necesitaba tiempo para estudiarlo con tranquilidad. Devolvió los papeles a su lugar y salió en busca de Borstlap.

De repente, se le ocurrió una idea. Llamó a los tres hombres que aguardaban en cuclillas y los observó con detenimiento.

—¿Vino alguien a visitar a Kleyn ayer noche? —inquirió.

—Eso sólo lo puede saber Mofololo —respondió el jardinero.

—Y Mofololo no está aquí ahora, claro.

—No, no viene hasta las siete.

Scheepers asintió satisfecho pensando en volver a esa hora.

Regresaron a Johannesburgo no sin antes detenerse a tomar un almuerzo ya algo tardío. A las cuatro y cuarto se despidieron ante la comisaría. Scheepers no podía retrasar el interrogatorio de Kleyn por más tiempo. Tenía que empezar inmediatamente. Pero antes quería intentar hablar con De Klerk.

Jan Kleyn quedó muy sorprendido ante la llamada nocturna del conserje de De Klerk. Él ya sabía, como era lógico, que habían designado a un joven fiscal llamado Scheepers como encargado de aclarar cuantas sospechas hubiese acerca de la conspiración. Siempre había pensado que le sacaba una ventaja más que suficiente al individuo que intentaba

seguirle la pista; pero la llamada le hizo tomar conciencia de que el joven Scheepers se hallaba más cerca de lo que él creía.

Así pues, se levantó, se vistió y se preparó para una larga noche de vigilia. Calculó que tendría hasta, como mínimo, las diez de la mañana del día siguiente, pues Scheepers necesitaría al menos un par de horas para diligenciar los documentos necesarios para su detención. Por otro lado, tenía que asegurarse de que había dado todas las instrucciones precisas para que la operación no corriese el riesgo de fracasar. Bajó a la cocina y se preparó un té antes de sentarse a escribir un guión. No eran pocas las circunstancias que debía recordar y tomar en consideración, pero tenía tiempo.

El hecho de que pretendiesen detenerlo constituía una complicación inesperada, aunque había contado con ellas en sus planes. Resultaba irritante, pero no por ello imposible de gestionar. Puesto que no podía predecir cuánto tiempo lo tendría retenido el joven fiscal, se veía en la necesidad de planificar como si tuviesen la intención de mantenerlo detenido hasta que se produjese el atentado contra Mandela.

De este modo, su primera tarea de aquella noche sería precisamente sacarle partido a la situación en la que se encontraría a partir del día siguiente. Mientras estuviese encarcelado, nadie podría acusarlo de complicidad en las distintas acciones que había que emprender. Meditó con detenimiento en todo cuanto sucedería en los próximos días. Pasada la una de la mañana llamó a Franz Malan.

—Vístete y ven a mi casa —le ordenó.

Franz Malan estaba medio dormido y algo desconcertado. Kleyn no dijo su nombre.

—Vístete y ven —repitió.

Malan no hizo preguntas.

Poco más de una hora después, pasadas las dos, entraba en la sala de

estar de Jan Kleyn. Las cortinas estaban corridas. El guarda nocturno que le había abierto la verja tenía instrucciones, bajo amenaza de despido inmediato, de no mencionar nunca a personas ajenas el nombre de las visitas que Kleyn recibiera a deshoras. A cambio, para garantizar el silencio del vigilante, Jan Kleyn le pagaba un salario muy alto para su puesto.

Franz Malan estaba nervioso, pues sabía que Kleyn jamás lo habría llamado de no haber surgido algo grave e inesperado.

Apenas si había tenido tiempo de sentarse cuando ya le había dicho Kleyn el motivo de su llamada intempestiva, lo que había ocurrido, lo que habría de suceder al día siguiente y lo que tenían que dejar organizado aquella misma noche. Todo aquello puso aún más nervioso a Malan, pues comprendió que su responsabilidad aumentaría bastante más de lo que él deseaba realmente.

—Ignoramos cuánto ha logrado averiguar Scheepers —prosiguió Kleyn—. Pero tenemos que tomar algunas medidas cautelares. La primera y más importante es la disolución del Comité y, al mismo tiempo, hacer que disminuya el interés por Ciudad del Cabo y el 12 de junio.

Franz Malan lo miró atónito. ¿Era posible que estuviese hablando en serio? ¿Acaso pretendía hacer recaer toda la responsabilidad de la ejecución sobre él?

Jan Kleyn advirtió su inquietud.

—No tardaré en estar libre de nuevo —aseguró—. Entonces retomaré el mando y la responsabilidad será mía de nuevo.

—Eso espero —repuso Malan—. Pero ¿disolver el Comité...?

—Es necesario. Scheepers puede haber llegado más lejos de lo que nos imaginamos.

—Me pregunto cómo lo habrá conseguido.

Jan Kleyn se encogió de hombros, sin poder ocultar su indignación.

—Como nosotros, sirviéndose de cuanto sabe y de cuantos contactos tiene a su alcance. Como nosotros, sobornando, amenazando, mintiendo para sonsacar información. Para nosotros no hay límites, como tampoco los hay para quienes nos vigilan. El Comité ya no podrá reunirse más. Tendrá que dejar de existir, que es lo mismo que decir que nunca ha existido. Nos pondremos en contacto con cada uno de los miembros esta misma noche. Pero antes tendremos que dejar zanjadas otras cuestiones.

—Si Scheepers tiene conocimiento de que planeábamos algo para el día 12 de junio, tendremos que suspender los planes. El riesgo es demasiado grande.

—Ya es algo tarde para eso —objetó Kleyn—. Además, Scheepers no está seguro de nada. Si lo desorientamos con una pista falsa que apunte en otra dirección, acabará creyendo que el 12 de junio en Ciudad del Cabo es una treta para desviar su atención del verdadero objetivo. Le daremos la vuelta a todo.

—¿Cómo?

—Durante el interrogatorio de mañana tendré la posibilidad de orientar su pensamiento a nuestra conveniencia.

—¡Pero eso no será suficiente!

—Por supuesto que no.

Jan Kleyn sacó un pequeño bloc de notas negro, cuyas páginas en blanco mostró a Malan.

—Pienso llenarlo de inconsistencias esta misma noche —explicó Kleyn—. Anotaré aquí y allá el nombre de algún lugar y algunas fechas. Todas salvo una estarán tachadas. La que quede no será «el 12 de junio, Ciudad del Cabo». Dejaré el libro en mi caja fuerte, que no cerraré con llave, como si hubiese intentado quemar los documentos importantes a toda prisa.

Franz Malan se mostró de acuerdo. Ya empezaba a creer que Kleyn tenía razón, que sería posible dejar una falsa pista.

—Sikosi Tsiki está en camino —prosiguió Kleyn, al tiempo que le daba un sobre—. Tú tendrás que encargarte de recibirlo, llevarlo a Hammanskraal y darle las últimas instrucciones la víspera del 12 de junio. Lo encontrarás todo escrito en este sobre. Lo mejor será que lo leas ahora para comprobar que todo está claro. Después empezaremos a llamar por teléfono a los miembros del Comité.

Mientras Malan leía todas las instrucciones, Jan Kleyn se dedicó a garabatear en el bloc de notas una serie de combinaciones de cifras y nombres del todo carentes de sentido. Tomó la precaución de utilizar distintos bolígrafos para dar la impresión de que había estado haciendo aquellas anotaciones durante un periodo de tiempo prolongado. Reflexionó un instante antes de decidirse por Durban, 3 de julio. Sabía que el Congreso Nacional Africano iba a celebrar allí una reunión importante en esa fecha. De este modo esperaba estar sembrando la semilla de una pista falsa que Scheepers seguiría.

Franz Malan concluyó su lectura y dejó los papeles sobre la mesa.

—No dice nada acerca de qué armas va a utilizar —señaló.

—Konovalenko ha estado entrenándolo en el uso de un fusil de larga distancia. Encontrarás una copia exacta en el almacén subterráneo de Hammanskraal. ¿Alguna otra aclaración?

—No —contestó Malan.

Se dispusieron a realizar las llamadas telefónicas desde las tres líneas de que disponía Kleyn en su casa y que ahora enviaban sus señales a distintas partes de Sudáfrica. Los destinatarios respondían adormilados para quedar de inmediato totalmente despiertos. A algunos los llenó de preocupación la noticia, mientras otros tan sólo tomaron nota de la nueva situación. Unos pocos tuvieron dificultad en recobrar la calma y dormirse

de nuevo, en tanto que otros no tuvieron más que darse la vuelta en la cama y conciliar el sueño sin mayor inconveniente.

El Comité había quedado disuelto. En realidad, nunca había existido, puesto que había desaparecido sin dejar otro rastro que los rumores de su existencia. Sin embargo, no tendrían dificultad en volver a fundarlo en muy poco tiempo. En aquellos momentos, no sólo no resultaba necesario sino que constituía, además, un peligro. Lo que en verdad importaba, la disponibilidad de sus miembros para prestarse a llevar a cabo lo que consideraban la única solución al futuro de Sudáfrica, permanecía intacto. Eran hombres pertinaces que nunca cejarían en su empeño. Su crueldad era real, pero sus ideas descansaban sobre unos cimientos fatuos e ilusorios, sobre mentiras, fanatismo y desesperación. De hecho, para algunos de ellos, el principal motivo de su actividad era el odio.

Franz Malan se marchó a casa a través de la noche.

Entretanto, Jan Kleyn se dedicó a ordenarlo todo, sin olvidar dejar abierta la caja fuerte. A las cuatro y media de la mañana se echó para descansar unas horas. Se preguntaba quién le habría proporcionado a Scheepers todos aquellos datos. No podía librarse de la desagradable sensación de que se le había escapado algo.

Alguien lo había traicionado.

Pero no se le ocurría quién.

Scheepers abrió la puerta de la sala de interrogatorios.

Jan Kleyn estaba sentado en una silla junto a una de las paredes y lo recibió con una sonrisa. Scheepers había tomado la determinación de acogerlo con una actitud correcta y amable. Había dedicado una hora a repasar el bloc de notas y seguía sin estar muy seguro de que el atentado contra Nelson Mandela se hubiese pospuesto hasta la reunión de Durban.

Había tratado de sopesar las ventajas y los inconvenientes de semejante cambio sin hallar ninguno definitivo. Por otro lado, no tenía la menor esperanza de que Jan Kleyn fuese a proporcionarle la verdadera respuesta. A lo sumo, podría sonsacarle algún que otro dato que le indicase el camino que debía seguir.

Scheepers se sentó frente al detenido, consciente de que tenía ante sí al padre de Matilda. Conocía el secreto, aunque sabía perfectamente que no podría utilizarlo si no quería poner en grave peligro la vida de las dos mujeres. También comprendía que no podría retener a Jan Kleyn por mucho tiempo. De hecho, ya se comportaba como si estuviese dispuesto a abandonar la sala en cualquier momento.

Una secretaria entró y se sentó ante una mesita situada en un rincón.

—Jan Kleyn —comenzó Scheepers—. El motivo por el que se te ha detenido es que pesa sobre ti una fundada sospecha de que formas parte y quizás incluso eres responsable de actividades subversivas e intento de asesinato. ¿Tienes algo que decir al respecto?

Jan Kleyn no perdió su sonrisa al responder.

—Lo que tengo que decir es que no tengo la menor intención de decir nada hasta que no cuente con la asistencia de mi abogado.

Scheepers quedó algo desconcertado. Según el procedimiento habitual, una persona que acaba de ser detenida tiene derecho a ponerse en contacto de inmediato con un abogado.

—Todo ha ido según el reglamento —añadió Kleyn, como si hubiese leído el pensamiento del fiscal—. Pero el abogado no ha llegado aún.

—Sí, pero podemos empezar a verificar los datos personales —afirmó Scheepers—. Para eso no necesitamos la presencia de ningún abogado.

—Por supuesto que no.

Scheepers abandonó la sala en cuanto hubo anotado todos los datos y

dejó dicho que lo avisaran tan pronto como el abogado se hubiese presentado. Cuando entró en la sala de espera de los fiscales, estaba empapado en sudor. La superioridad impasible de Jan Kleyn lo había acobardado. ¿Cómo podía permanecer impertérrito ante unas acusaciones que, si llegaban a demostrarse, le granjearían sin duda la pena de muerte?

Scheepers se sintió inseguro, de repente, de poder llevar el interrogatorio como el personaje requería. Se preguntaba si no sería mejor pedirle a Wervey que propusiera a otro fiscal más experimentado. Por otro lado, sabía que el fiscal jefe confiaba en que él fuese capaz de llevar a cabo el cometido que le habían asignado. Wervey nunca ofrecía una oportunidad dos veces, de modo que sus posibilidades de hacer carrera disminuirían de forma sensible si se mostraba indeciso en esta ocasión. Se quitó la americana y se enjuagó la cara con agua fría. Después volvió a repasar las preguntas que había preparado.

Finalmente, también consiguió hablar con De Klerk, al que reveló enseguida sus sospechas acerca de los micrófonos ocultos. De Klerk lo escuchó sin interrumpirlo.

—Haré que lo investiguen —afirmó dando por concluida la conversación.

Eran ya casi las seis de la tarde cuando le anunciaron que había llegado el abogado. Ya en la sala de interrogatorios, vio que éste, sentado junto a Jan Kleyn, era un hombre de unos cuarenta años, que dijo llamarse Kritzinger. Se dieron la mano y se saludaron con sequedad. Scheepers se dio cuenta enseguida de que ambos se conocían de antes. Existía la posibilidad de que Kritzinger hubiese retrasado su llegada a propósito, a fin de proporcionarle a Jan Kleyn un respiro, además de crispar los nervios del fiscal. Sin embargo, esta idea surtió el efecto contrario en Scheepers, quien se sintió sereno y libre de la inquietud que lo había invadido horas antes.

—Ya estoy al tanto de la orden de detención —empezó Kritzinger—. Se trata de acusaciones de extrema gravedad.

—Sí, tan graves como el delito de amenazar contra la seguridad del país —repuso Scheepers.

—Mi cliente niega de forma categórica dichas acusaciones. Exijo que se lo ponga en libertad de inmediato. Me pregunto si es sensato detener a personas cuya tarea diaria consiste precisamente en hacer todo lo posible por defender la seguridad nacional.

—Hasta nueva orden, seré yo quien haga las preguntas y su cliente quien habrá de contestar, no yo.

Scheepers echó un vistazo a sus papeles.

—¿Conoce usted a Franz Malan?

—Sí —respondió Kleyn al punto—. Trabaja en la sección del ejército que se encarga de diligenciar documentación secreta relativa a la seguridad de la nación.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Con motivo de la acción terrorista contra aquel restaurante situado a las afueras de Durban. Nos llamaron a ambos para colaborar en la investigación.

—¿Tiene conocimiento de la existencia de una organización secreta, constituida por *boere*, que se denomina a sí misma «Comité»?

—No.

—¿Está seguro?

—Mi cliente ya ha contestado la pregunta una vez —protestó Kritzinger.

—No hay nada que me impida formular la misma pregunta más de una vez —atajó Scheepers cortante.

—No conozco la existencia de ningún Comité —repitió Kleyn.

—Tenemos motivos suficientes para creer que dicho Comité está

preparando un atentado contra uno de los líderes nacionalistas negros —aclaró Scheepers—. Se barajan, en relación con tal atentado, diversas fechas y lugares. ¿Tiene algún conocimiento de esto?

—No.

Scheepers sacó entonces el bloc de notas.

—Durante el registro de su domicilio la policía ha encontrado hoy este bloc. ¿Lo reconoce?

—Por supuesto que lo reconozco. ¡Es mío!

—En él figuran una serie de anotaciones de fechas y lugares. ¿Podría explicarme qué significan?

—Pero ¿es posible? —exclamó Kleyn lanzando una mirada a su abogado—. Se trata de anotaciones privadas, de cumpleaños y citas con mis amigos.

—¿Qué tiene usted que hacer en Ciudad del Cabo el 12 de junio?

Jan Kleyn no pestañeó al responder.

—Nada en absoluto. Tenía una cita con un amigo coleccionista, pero la cancelamos.

Scheepers se percató de que Jan Kleyn seguía sin inmutarse.

—¿Qué me dice de Durban, el 13 de julio?

—Nada.

—¿Nada?

Jan Kleyn se volvió hacia su abogado y le susurró algo al oído.

—Mi cliente no desea responder a esa pregunta por motivos personales —declaró Kritzinger.

—Con independencia de las razones personales de su cliente, yo quiero una respuesta a esa pregunta.

—Esto es una locura —se lamentó Jan Kleyn e hizo un gesto de sumisión con los brazos.

Scheepers notó que había empezado a sudar y que le temblaban las

manos.

—Todas las preguntas que ha formulado hasta el momento han sido insustanciales —le reprochó el abogado—. De seguir así, no tardaré en exigir el fin del interrogatorio y la puesta en libertad inmediata de mi cliente.

—Cuando se trata de un caso de amenaza contra la seguridad del país, la policía y los fiscales contamos con grandes prerrogativas —advirtió Scheepers—. Así es que quiero una respuesta a mi pregunta.

—Mantengo una relación con una mujer de Durban —mintió Jan Kleyn—. Se trata de una mujer casada, por lo que los encuentros exigen la mayor discreción.

—¿La ve con regularidad?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

Jan Kleyn y Kritzinger protestaron al unísono.

—Bien, dejemos a un lado el nombre de la dama, por el momento —cedió Scheepers—. Ya tendremos tiempo de volver sobre el asunto. Pero, si, como asegura, se ven con regularidad y anota además las citas en este bloc, ¿no resulta algo extraño que no haya más que una anotación de Durban?

—La verdad, consumo un mínimo de diez blocs de notas al año —explicó Kleyn—. Suelo tirar los usados, cuando no los quemo.

—¿Dónde los quema?

Jan Kleyn parecía haber recuperado la calma.

—En el fregadero, o en el cuarto de baño —aclaró Kleyn—. Como el fiscal ya sabe, mi chimenea no tiene tiro. Los antiguos dueños lo cerraron y nunca se me ocurrió abrirlo de nuevo.

El interrogatorio proseguía. Scheepers volvió sobre las preguntas acerca del Comité secreto, pero las respuestas fueron las mismas.

Kritzinger protestaba de vez en cuando. Tras casi tres horas formulando sus preguntas, Scheepers decidió dar la sesión por concluida. Se levantó y declaró sin mayor explicación que Jan Kleyn permanecería en prisión. Kritzinger montó en cólera, pero Scheepers no se doblegó. La ley le permitía retenerlo por lo menos otras veinticuatro horas.

Ya había anochecido cuando salió para dejarle un informe a Wervey, quien le había prometido aguardar en su despacho hasta que él llegase. Se apresuró a través de los pasillos desolados hasta la puerta entreabierta del fiscal jefe. Wervey dormitaba sentado en su silla. Dio unos toquecitos en la puerta y entró, al tiempo que Wervey abría los ojos. Scheepers tomó asiento.

—Jan Kleyn no ha proporcionado dato alguno sobre la conspiración ni sobre el atentado, ni tampoco creo que vaya a hacerlo. Por otro lado, no tenemos nada que lo relacione ni con lo uno ni con lo otro. Durante el registro de su domicilio, sólo hallamos un objeto de interés, oculto en su caja fuerte, un bloc de notas con diversas fechas y lugares. Todas ellas estaban tachadas, salvo una: Durban, 3 de julio. Sabemos que Nelson Mandela pronunciará un discurso allí en esa fecha. La fecha y el lugar de los que hemos venido sospechando hasta ahora, Ciudad del Cabo, 12 de junio, aparece tachada en el bloc.

Wervery se enderezó en la silla y pidió que le mostrase el bloc. Scheepers lo llevaba en el maletín. Wervey lo hojeó despacio a la luz del flexo.

—¿Qué explicación dio? —quiso saber al concluir su lectura.

—Dijo que eran citas concertadas con amigos. Pero en Durban dijo tener una relación con una mujer casada.

—Mañana empezarás por ahí.

—El caso es que se niega a revelar su identidad.

—Hazle saber a Kleyn que permanecerá en prisión si no responde a

esa pregunta.

Scheepers lo miró sorprendido.

—Pero ¿eso se puede hacer?

—Mi joven amigo —dijo Wervey—. Todo se puede hacer cuando uno es fiscal jefe y ha alcanzado la edad que tengo yo. No olvides que un hombre de la calaña de Jan Kleyn sabe lo que tiene que hacer para borrar del todo cualquier rastro. Hemos de vencerlo en el combate. Y de ser necesario, con medios poco ortodoxos.

—A pesar de todo, me pareció verlo inseguro en un par de ocasiones —vaciló Scheepers.

—De todos modos, ya sabe que vamos pisándole los talones —apuntó Wervey—. Presiónalo todo lo que puedas mañana. Haz las mismas preguntas, una y otra vez, desde puntos de vista diferentes. Pero dispara al mismo lugar, siempre al mismo lugar.

Scheepers asintió.

—Hay algo más —señaló—. El inspector Borstlap, que fue el responsable de la detención, afirmó haber tenido la clara impresión de que Kleyn no parecía sorprendido. Y eso a pesar de que muy pocas personas, y durante escasas horas, conocían lo que iba a suceder.

Werverly lo observó largo rato antes de responder.

—Este país está en guerra —aseguró—. Las paredes oyen, con oídos humanos o electrónicos. El ir por ahí revelando secretos puede convertirse en un arma muy superior a cualquier otra. No lo olvides nunca.

Así terminó la conversación. Scheepers salió y se detuvo un momento en la escalera a aspirar el aire fresco. Estaba muy cansado. Empezó a caminar hacia su coche con la intención de marcharse a casa pero, cuando estaba a punto de abrir la puerta, uno de los vigilantes del aparcamiento surgió de las sombras.

—Un hombre me ha dejado esto para usted —dijo el vigilante al tiempo que le tendía un sobre.

—¿Quién?

—Un hombre negro —aclaró el vigilante—. Pero no dijo su nombre, sólo que era importante.

Scheepers tomó el sobre con cuidado. No pesaba mucho, así que era imposible que contuviese una bomba. Despidió al vigilante con un gesto de asentimiento, abrió la puerta y se sentó en el coche. Entonces abrió el sobre para leer, a la tenue luz del interior del vehículo, el contenido de la carta.

«El terrorista quizás es un hombre llamado Victor Mabasha».

La carta iba firmada por Steve.

Scheepers sintió que se le aceleraba el corazón.

«¡Por fin!», exclamó para sus adentros.

Salió entonces derecho a su casa. Judith lo esperaba con la comida preparada. Pero, antes de sentarse a comer, llamó a casa del inspector Borstlap.

—¿Te dice algo el nombre de Victor Mabasha? —preguntó Scheepers.

Borstlap meditó unos segundos antes de contestar.

—No.

—Mañana por la mañana repasarás todos los registros y cuanta información tengas informatizada. Victor Mabasha es un hombre negro, probablemente el brazo ejecutor del atentado, el hombre que buscamos.

—¿Has conseguido hacer cantar a Jan Kleyn? —inquirió Borstlap lleno de admiración.

—No. Pero en este momento no tiene importancia de dónde haya salido la información —afirmó antes de colgar.

«Victor Mabasha», repitió mientras se sentaba a la mesa. «Si es cierto

que eres tú, te pararemos los pies antes de que sea demasiado tarde».

Fue justo aquel día, en Kalmar, cuando Kurt Wallander empezó a darse cuenta de lo mal que se encontraba. Aunque después, cuando del asesinato de Louise Åkerblom y la consiguiente pesadilla no quedaba ya en el recuerdo más que una serie de imágenes irreales, como una representación desierta de público en un paisaje remoto, entonces se empeinaría en asegurar que en realidad se había dado cuenta cuando vio a Konovalenko tendido en el puente de Öland con los ojos espantados y el cabello en llamas. Ése era para él el punto de partida, que se resistía a cambiar aunque los recuerdos y las dolorosas experiencias que había sufrido iban y venían en su mente como imágenes cambiantes en un calidoscopio. Sin embargo, fue en Kalmar donde perdió el timón. A su hija le confesó que fue como si se hubiese iniciado una cuenta atrás cuyo objetivo no era otro que el vacío. Así, el facultativo de Ystad al que acudió a mediados de junio y que intentó averiguar el porqué de su decaimiento, escribió en su parte médico que «la depresión comenzó, según el paciente, mientras se tomaba una taza de café en la comisaría de Kalmar al mismo tiempo que un hombre ardía sobre un puente».

En efecto, había estado en la comisaría de Kalmar bebiendo café, agotado y muy desanimado. Quienes lo vieron durante aquella media hora, con los hombros caídos e inclinado sobre su taza, recibieron la impresión de que se encontraba ausente y poco tratable. O tal vez meditabundo. En cualquier caso, nadie se le acercó para hacerle

compañía o simplemente preguntarle cómo se encontraba.

Todos trataban al peculiar policía de Ystad con una mezcla de respeto e inseguridad. En resumidas cuentas, lo dejaron en paz mientras intentaban poner orden en el caos originado en el puente y atender la apabullante avalancha de llamadas telefónicas de periódicos, emisoras de radio y canales de televisión. Transcurrida aquella media hora, se levantó de repente y pidió que lo condujesen a la casa amarilla de la calle Hemmansvägen. Al pasar por el lugar del puente en el que el coche de Konovalenko aún humeaba como una cáscara quemada, mantuvo la vista fija al frente. Ya en la casa, no obstante, tomó el mando de inmediato, olvidando por completo que la investigación había quedado en manos de un agente de la policía de Kalmar llamado Blomstrand. Pese a todo, lo dejaron hacer y desplegar su energía arrolladora durante unas horas.

Ya parecía haber olvidado a Konovalenko y había centrado su interés en dos circunstancias principales. Quería saber quién era el dueño de la casa y hablaba sin cesar del supuesto acompañante de Konovalenko. Ordenó que preguntaran a los vecinos y que se pusieran en contacto con taxistas y conductores de autobús. «Konovalenko no estaba solo», repetía una y otra vez. «¿Quién era el hombre o la mujer que había estado con él y que ahora había desaparecido sin dejar huella?» Resultó que no pudo hallar respuesta inmediata para ninguna de sus preguntas.

El registro de la propiedad y los vecinos dieron información contradictoria acerca del propietario real de la casa. Hacía unos diez años que había muerto el entonces dueño de la propiedad, un viudo archivero de profesión llamado Hjalmarson. Su hijo vivía en Brasil, era representante de una empresa sueca según algunos vecinos, tratante en armas, según otros, y ni siquiera había venido a Suecia para asistir al entierro. Fueron unos años de gran inquietud en Hemmansvägen, aseguraba un subdirector de la diputación de Kronoberg, ya retirado, que

hacía las veces de portavoz de los vecinos de la casa amarilla. De ahí que todos lanzasen un suspiro de alivio cuando retiraron el letrero de venta y llegó el camión de la mudanza con las pertenencias de un oficial de la reserva ya jubilado. El nuevo propietario resultó ser tan anticuado como un mayor de los húsares de Escania, un vestigio inexplicable del siglo pasado.

Se llamaba Gustaf Jernberg y se comunicaba con su entorno profiriendo pequeños rugidos a los que imprimía un sello de amabilidad. Volvió el desasosiego, no obstante, cuando comprobaron que Jernberg pasaba la mayor parte del tiempo en España, pues padecía reumatismo. Durante su ausencia, ocupaba la casa un nieto de unos treinta y cinco años, arrogante y descarado, que en absoluto respetaba las reglas de la comunidad. Se llamaba Hans Jernberg, pero tan sólo sabían que se dedicaba a los negocios y que aparecía y desaparecía en visitas relámpago, a menudo acompañado de gente un tanto rara.

La policía empezó a buscarlo de inmediato y acabó por localizarlo hacia las dos de la tarde en un despacho de Gotemburgo. Wallander habló con él por teléfono personalmente. Al principio no parecía comprender nada de lo que le estaba diciendo pero Wallander, que aquel día no estaba de humor como para dedicarse a sonsacarle la verdad a la gente con buenas maneras, lo amenazó con enviarle a la policía de Gotemburgo, dándole a entender, además, que no sería posible mantener a la prensa al margen de lo que sucediese. En medio de la conversación telefónica, uno de los agentes de la policía de Kalmar apareció con una nota que colocó ante las narices de Wallander. Según dicha nota, habían buscado a Hans Jernberg en varios registros y habían hallado que estaba en estrecha relación con movimientos neonazis del país. Wallander tardó un instante en dar con la pregunta clave con la que sorprender al hombre que tenía al otro lado del hilo telefónico.

—¿Puedes decirme qué opinión te merece un país como Sudáfrica? —inquirió.

—No veo la relación que eso pueda tener con este asunto —repuso Jernberg.

—Contesta a mi pregunta —lo acució Wallander impaciente—. En caso contrario, me veré obligado a llamar a los colegas de Gotemburgo.

Tras un breve silencio, el hombre cedió.

—Considero que Sudáfrica es uno de los países mejor dirigidos de todo el mundo. Y me creo en el deber de prestar mi apoyo a los blancos que viven allí.

—Como por ejemplo, cederles la casa a delincuentes rusos que le hacen el juego a los sudafricanos.

En esta ocasión, la respuesta de Hans Jernberg denotó auténtica sorpresa.

—No comprendo en absoluto lo que me quieres decir.

—Por supuesto que sí lo comprendes. Pero ahora quiero que contestes a otra pregunta. ¿Cuál de tus amigos tuvo acceso a la casa durante la semana pasada? Piénsalo antes de dar una respuesta. A la menor ambigüedad, haré que un fiscal firme una orden de detención contra ti. Y créeme que así será.

—Ove Westerberg —confesó Jernberg—. Un viejo amigo mío que tiene una constructora aquí en la ciudad.

—¡Su dirección! —exigió Wallander. Jernberg se la facilitó sin vacilar.

El asunto estaba muy enredado, pero algunos agentes de la policía de Gotemburgo habían trabajado con eficacia y arrojado algo de luz sobre lo ocurrido en la casa amarilla durante aquellos días. Resultó que Ove Westerberg simpatizaba tanto con la política sudafricana como su amigo Hans Jernberg. A través de una red de contactos bastante intrincada, le

habían preguntado si la casa amarilla podía estar disponible para unos huéspedes de Sudáfrica a cambio de una buena suma. Puesto que Jernberg se encontraba en el extranjero durante aquellos días, Westerberg no lo informó del suceso. Wallander supuso que Westerberg se habría quedado con el secreto y con el dinero.

Sin embargo, Westerberg ignoraba quiénes eran aquellos huéspedes sudafricanos y ni siquiera estaba al corriente de que hubiesen estado allí. Wallander no pudo averiguar más aquel día. La policía de Kalmar tendría que encargarse de continuar profundizando en el asunto de la posible conexión entre los neonazis suecos y los defensores sudafricanos del *apartheid*, así como de descubrir quién había estado con Konovalenko en la casa amarilla. Mientras los agentes se dedicaban a interrogar a los vecinos, los taxistas y los conductores de autobús, Wallander se aplicó a examinar la casa con detenimiento. Pudo comprobar que habían estado utilizando dos dormitorios, y que además los habían abandonado a toda prisa. Pensó que, en esta ocasión, era muy probable que Konovalenko hubiese olvidado algo. Había salido de la casa con la intención de regresar, pero no lo hizo.

Ni que decir tiene que cabía la posibilidad de que el otro huésped se hubiese llevado consigo las pertenencias de Konovalenko; como también era probable que la prevención de su adversario resultase ser ilimitada. ¿Quién sabe si, temeroso de un posible asalto nocturno, no ocultaba los objetos personales más importantes antes de irse a dormir? Wallander llamó a Blomstrand, que estaba inspeccionando el trastero, y le pidió que ordenase a todos los agentes disponibles que registrasen la casa en busca de un bolso o maletín, sin precisar el tamaño o el tipo.

—Algún bolso con algo dentro —explicó—. Tiene que estar en alguna parte.

—¿Qué es lo que hay dentro? —inquirió Blomstrand.

—No lo sé —admitió Wallander—. Documentos, dinero, ropa... Tal vez un arma. No sé.

Iniciaron la búsqueda. Al cabo de un rato, empezaron a llevarle bolsas de distinto tipo al piso de abajo. Le quitó el polvo a una carpeta de piel que contenía fotografías y cartas antiguas, la mayor parte de ellas con el encabezado «Amada Gunvor» o «Querido Herbert». En otra de ellas, tan polvorienta como la primera, halló una colección de estrellas de mar y conchas exóticas. Pero Wallander no perdía la esperanza y aguardaba armado de paciencia. Sabía que tenía que haber, en algún rincón de la casa, alguna pertenencia de Konovalenko que los pondría sobre la pista de su compañero. Durante la espera, llamó tanto a su hija como a Björk. Todo el país conocía ya la noticia de lo ocurrido aquella mañana. Wallander tranquilizó a su hija explicándole que se encontraba bien y que ya había pasado todo. Aquella misma noche estaría de regreso en Ystad y luego podría emprender su viaje en coche a Copenhague y pasar allí unos días. Notó en el tono de voz de la joven que no quedaba muy convencida ni de lo uno ni de lo otro, lo que le hizo reflexionar sobre el hecho de que le había tocado en suerte una hija a la que no podía engañar.

La conversación con Björk concluyó cuando Wallander, colérico, colgó con brusquedad el auricular, reacción que tenía con él por primera vez en todos los años en que habían trabajado juntos. El motivo de aquel ataque no fue otro que las dudas de Björk acerca de la capacidad de discernimiento de Wallander por haberse lanzado a la caza de Konovalenko sin comunicárselo a nadie y totalmente solo. Wallander comprendió que la opinión de Björk no era infundada, pero lo indignó que sacase a relucir el tema justo cuando se encontraba en medio de una fase crítica de la investigación. Por su parte, Björk interpretó el que Wallander montase en cólera como indicio inequívoco de que, por desgracia, su estado anímico no era del todo equilibrado. De ahí que

advirtiera a Martinson y a Svedberg que no lo perdiesen de vista.

Finalmente, fue el propio Blomstrand quien encontró el maletín que Wallander esperaba. Konovalenko lo había escondido detrás de un montón de botas apiladas en un armario de la limpieza que había en el pasillo de servicio entre la cocina y el comedor. Era un maletín de piel, cerrado con una combinación; Wallander se preguntó si no habría una bomba instalada en la cerradura. ¿Qué ocurriría si lo abrían a la fuerza? Blomstrand salió como un rayo hacia el aeropuerto de Kalmar para que lo pasasen por el control de rayos X, donde les aseguraron que no había nada que indicase que fuese a explotar si lo forzaban.

Cuando por fin la abrieron, encontraron una serie de documentos, billetes, algunos pasaportes y una gran cantidad de dinero. Además, había un arma pequeña, una pistola modelo Beretta. Konovalenko era el titular de todos los pasaportes, expedidos en Suecia, Finlandia y Polonia, aunque con diferentes nombres: Mäkelä en el finlandés y el germanizante Haussmann en el polaco. Había cuarenta mil coronas suecas y once mil dólares americanos. Pero lo que Wallander quería saber era si aquellos documentos arrojarían alguna luz acerca de la identidad del acompañante desconocido.

No fue poca su irritación cuando descubrió que la mayor parte de los papeles estaba escrita en una lengua extranjera que creyó poder identificar como ruso, idioma del que no comprendía una sola palabra. Parecía que se trataba de anotaciones que Konovalenko había ido realizando de forma sucesiva, ya que había una serie de fechas indicadas al margen.

—Tenemos que encontrar a alguien que hable ruso y que nos pueda traducir esto de inmediato —afirmó dirigiéndose a Blomstrand.

—Podemos intentar pedírselo a mi mujer —repuso éste.

Wallander lo miró inquisitivo.

—Ha estudiado ruso —explicó—. Está muy interesada en la cultura rusa, sobre todo en la literatura del siglo diecinueve.

Wallander cerró el maletín y se lo encajó debajo del brazo.

—Vámonos ahora mismo —resolvió—. Supongo que se pondrá muy nerviosa con este lío.

Blomstrand vivía en una casa adosada situada al norte de Kalmar. Su esposa resultó ser una mujer inteligente y abierta que agradó a Wallander. Mientras se tomaban un café y unos bocadillos en la cocina, se llevó los papeles a su despacho, donde de vez en cuando buscaba una palabra en el diccionario. Le llevó casi una hora traducir y escribir el texto. Pero Wallander obtuvo una traducción completa que se sentó a leer con avidez.

Fue como estar leyendo sus propias experiencias, pero desde otra perspectiva. En efecto, halló en ellas la explicación a muchos detalles pero, sobre todo, comprendió que la clave de quién era aquel compañero de viaje desconocido que, además, había logrado abandonar la casa amarilla sin que nadie se percatase, era una muy distinta a la que él había podido imaginar. Así, descubrió que Sudáfrica había enviado a un sustituto de Victor Mabasha. Un africano llamado Sikosi Tsiki. Llegó a Suecia a través de Dinamarca. «Su instrucción no está completa», escribía Konovalenko. «Pero es suficiente. Además, supera a Mabasha en sangre fría y fortaleza mental.» Acto seguido, aludía a un hombre sudafricano llamado Jan Kleyn. Wallander supuso que era un eslabón importante, aunque no había ninguna pista que lo llevase hasta la organización que, ahora estaba seguro, se hallaba detrás de todo lo sucedido. Una vez concluida su lectura, informó a Blomstrand de sus conclusiones.

—Hay un africano que está a punto de abandonar Suecia. Esta mañana se encontraba en la casa de Hemmansvägen. Alguien tiene que haberlo

visto, alguien tiene que haberlo llevado en coche a algún lugar. No puede haber atravesado el puente a pie y podemos descartar la posibilidad de que siga en Öland. Por supuesto que puede haberse marchado en un vehículo propio, pero lo más importante es que en estos momentos pretende salir del país. No sabemos adonde irá, pero sí que lo hará, y tenemos que detenerlo.

—No será fácil —objetó Blomstrand.

—Será difícil, pero no imposible —subrayó Wallander—. Después de todo, el número de personas negras que pasen el control de pasaportes durante un día debe de ser limitado.

Wallander le dio las gracias a la mujer de Blomstrand y ambos regresaron a la comisaría. Una hora más tarde, ya circulaba en todo el país la orden de búsqueda del africano desconocido, y poco después, la policía dio con un taxista que, aquella misma mañana, había ido a buscar a un africano al aparcamiento situado al final de la calle de Hemmansvägen. Aquello había ocurrido después de que el coche de Konovalenko se hubiese incendiado y el puente hubiese quedado bloqueado. Wallander supuso que el africano se había ocultado fuera de la casa durante unas horas. El taxista lo dejó en el centro de Kalmar, donde el africano pagó, salió del taxi y desapareció, pero no fue capaz de dar una buena descripción. Se trataba de un hombre alto y musculoso, llevaba pantalones claros, camisa blanca y una chaqueta oscura. No tenía más datos, salvo que le habló en inglés.

A última hora del mediodía no había ya nada que Wallander pudiese hacer en Kalmar. Cuando atrapasen al africano fugitivo, podrían colocar la última pieza del rompecabezas.

En la comisaría se ofrecieron a llevarlo en coche hasta Ystad, pero denegó agradecido, pues prefería estar solo. Poco después de las cinco de la tarde, abandonó la ciudad, no sin antes despedirse de Blomstrand, ante

quien se disculpó por haber tomado el mando de forma tan poco respetuosa durante unas horas.

Tras estudiar el mapa, comprobó que el camino más corto era la carretera que pasaba por Växjö. Los bosques parecían no ir a terminar nunca y hallaba en ellos un eco de su propio estado de introspección. Hizo una parada en Nybro para comer algo. Pese a que lo que más ansiaba era olvidar cuanto le había sucedido, se obligó a sí mismo a llamar por teléfono a Kalmar para ver si habían dado con la pista del africano, pero la respuesta fue negativa.

Volvió al coche y continuó bosque a través, hasta llegar a Växjö, donde se le planteó la duda de si seguiría por Älmhult o si, por el contrario, tomaría el camino de Tyngsryd. Al fin se decidió por este último, pues quería encaminarse cuanto antes en dirección sur.

Pasado Tyngsryd y al girar hacia Ronneby, un alce apareció en mitad del camino. A la pálida luz del atardecer, no lo descubrió hasta que no lo tuvo delante del coche. Al momento, con el chirrido de los frenos resonándole en los oídos, comprendió que había reaccionado demasiado tarde. Chocaría de frente con el enorme rumiante y ni siquiera llevaba el cinturón de seguridad. Sin embargo, el alce se dio la vuelta de forma inesperada y pudo sortearlo sin rozarlo.

Se detuvo en el arcén y quedó allí inmóvil, el corazón le latía con violencia, respiraba de forma entrecortada y se sentía mareado. Al cabo de un rato, ya más tranquilo, salió del coche y permaneció unos minutos contemplando el bosque silencioso. «Una nueva llamada de atención de la muerte», concluyó. «No creo que me queden muchas más oportunidades.» Se preguntaba por qué razón el milagro de haber evitado estrellarse contra el alce no lo hacía sentirse eufórico, sino que más bien

experimentaba una sensación de culpa indefinida, de remordimiento.

De nuevo se vio invadido de aquel vacío deprimente que había sentido por la mañana mientras se tomaba el café en la comisaría. Lo que le habría gustado hacer en realidad habría sido dejar el coche donde estaba, adentrarse en el bosque y desaparecer sin dejar el menor rastro. No para nunca más volver, pero sí el tiempo suficiente como para recuperar el equilibrio y combatir la sensación de vértigo que le habían infundido los sucesos de las últimas semanas. Sin embargo, se sentó en el coche para continuar en dirección sur, aunque esta vez se acordó de ponerse el cinturón de seguridad. Llegó a la carretera principal de Kristianstad y giró hacia el oeste.

A eso de las nueve paró de nuevo a tomar un café en un establecimiento que tenía abierto las veinticuatro horas, donde algunos camioneros taciturnos miraban a un grupo de jóvenes que alborotaban entregados a un videojuego. Wallander no probó el café hasta que no estuvo frío, pero terminó por bebérselo entero y regresó al coche.

Poco antes de medianoche entraba en el patio de la casa de su padre. Linda salió a recibirlo. Él le sonrió, agotado, y le aseguró que estaba bien. Le preguntó si no habían recibido ninguna llamada de Kalmar, pero ella negó con la cabeza. Los únicos que habían llamado fueron algunos periodistas que habían conseguido averiguar el teléfono del abuelo.

—Ya han arreglado tu apartamento, así que puedes volver a instalarte allí cuando quieras —dijo Linda.

—Está bien —repuso él.

Se preguntaba si no debería llamar a Kalmar, pero se sentía demasiado cansado y decidió esperar al día siguiente.

Aquella noche se quedaron hablando hasta tarde, sin que Wallander mencionase una palabra acerca de su estado anímico, pues era algo que quería mantener en secreto por el momento.

Siguiendo las instrucciones de emergencia de Konovalenko, Sikosi Tsiki tomó el bus rápido desde Kalmar a Estocolmo, adonde llegó poco después de las cuatro de la tarde. Su avión para Londres salía de Arlanda a las siete. Se equivocó de camino y no encontró los autobuses del aeropuerto, así que tomó un taxi. El taxista, que abrigaba cierta desconfianza hacia los extranjeros, le exigió que pagase por adelantado, así que Tsiki le dio un billete de mil coronas antes de hundirse en un rincón del asiento trasero, ignorante de que estaba siendo buscado por la policía de todos los puestos de control de pasaportes.

Sí sabía, no obstante, que saldría del país como ciudadano sueco, Leif Larson, un nombre que pronto aprendió a pronunciar. Estaba muy tranquilo, pues confiaba en Konovalenko. Al pasar el puente, vio desde el taxi que había ocurrido algo, pero pensó que Konovalenko habría terminado por reducir al desconocido que había invadido su jardín aquella mañana.

El taxista le dio la vuelta al llegar al aeropuerto de Arlanda y le preguntó si quería un recibo, a lo que él negó con un gesto. Entró en la galería de las salidas, pasó por facturación y, camino del control de pasaportes, se detuvo en un quiosco de prensa para comprar algunos periódicos ingleses.

De no haber ocurrido así, lo habrían detenido en el control de pasaportes. Pero resultó que, durante los escasos minutos que tardó en elegir los periódicos y luego pagarlos, se produjo el cambio de guardia en los puestos de control. Uno de los policías que se incorporaron fue a los servicios. El otro, una joven llamada Kerstin Anderson, se había presentado muy tarde al aeropuerto aquel día. Se le había estropeado el coche y llegó con la lengua fuera. Era una mujer cumplidora y entregada

a su trabajo que, en condiciones normales, se presentaba con el tiempo suficiente para revisar las incidencias del día y la relación de personas buscadas. Pero justo aquel día no tuvo tiempo de hacerlo, por lo que Sikosi Tsiki pasó el control policial con su pasaporte sueco y su amplia sonrisa sin ningún tipo de problema. La puerta se cerró tras él al mismo tiempo que el compañero de Kerstin Anderson regresaba de los servicios.

—¿Algo que debamos tener en mente para esta noche? —consultó la joven a su colega.

—Un sudafricano negro —repuso éste lacónico.

Entonces pensó en el africano que acababa de pasar, sólo que él era sueco. Hasta las diez de la noche no llegó el jefe de guardia a preguntar si todo iba bien.

—No olvidéis al africano —les recordó—. No tenemos ni idea de cómo se llama o de qué pasaporte tiene.

Kerstin Anderson sintió que se le encogía el estómago.

—Pero ¿no era sudafricano? —inquirió Kerstin.

—Lo más seguro, pero eso no implica que no haya dejado el país con un pasaporte de otra nacionalidad.

La joven agente le relató enseguida lo ocurrido hacía algunas horas. Tras un tiempo de actividad febril, hallaron que el africano con pasaporte sueco había volado a Londres con la compañía BEA a las siete de la tarde.

El avión había salido a su hora, ya había aterrizado en Londres y los pasajeros habían pasado el control de pasaportes londinense. Entretanto, Sikosi Tsiki había roto su pasaporte sueco, que echó a un retrete, y empezó a ser un ciudadano zambiano de nombre Richard Motombwane. Puesto que era pasajero de tránsito, no había tenido que pasar ningún control, ni usar ninguno de los dos pasaportes, ni el sueco ni el zambiano. Además, disponía de dos billetes y, puesto que no llevaba equipaje, la

azafata de facturación de Suecia no miró más que el billete hasta Londres. En la ventanilla de tránsito de Heathrow mostró su segundo billete, el que lo llevaría a Lusaka. El primero había ido a parar al mismo lugar que el pasaporte sueco.

A las once y media, el DC-10 Nkowazi de Zambia Airways despegó con destino a Lusaka, donde Sikosi Tsiki aterrizó a las seis y media de la mañana del sábado. Tomó un taxi hasta el centro de la ciudad, donde sacó un billete, reservado con anterioridad, de la compañía SAA, para el vuelo de la tarde a Johannesburgo. Pero en esta ocasión viajaba como Sikosi Tsiki. Regresó al aeropuerto de Lusaka, se dirigió primero a facturación y luego a almorzar al restaurante de la galería de salidas. A las tres de la tarde, subió a bordo para aterrizar, poco antes de las cinco, en el aeropuerto Jan Smuts, a las afueras de Johannesburgo. Lo recibió Franz Malan, que lo condujo directamente a Hammanskraal. Tras mostrarle la orden de ingreso del medio millón de rand que constituía el segundo plazo del pago por sus servicios, lo dejó solo no sin antes advertirle que volvería al día siguiente.

Entretanto, Tsiki no podría abandonar la casa ni salir fuera del recinto vallado. Una vez solo, tomó un baño. Estaba cansado, pero satisfecho. El viaje no había presentado problemas y lo único que lo inquietaba era qué habría ocurrido con Konovalenko. Sin embargo, no sentía la menor curiosidad por saber a quién tendría que matar en realidad, dada la enorme suma de dinero que iba a recibir. ¿Acaso había alguien que pudiese valer tanto dinero? Dejó la pregunta en el aire y antes de medianoche ya se había acurrucado entre el frescor de las sábanas, se durmió al poco tiempo.

La mañana del sábado 23 de mayo se producían, de forma casi simultánea, dos sucesos. En Johannesburgo, Jan Kleyn quedaba en libertad. Scheepers le comunicó, no obstante, que estuviese preparado

para que requiriesen su comparecencia para nuevos interrogatorios. Desde su ventana, vio cómo Jan Kleyn y su abogado Kritzinger se dirigían a sus respectivos coches. Scheepers había solicitado la vigilancia permanente de Kleyn. Ya se imaginaba que éste habría contado con que tomaría esta medida, pero quería así obligarlo, como mínimo, a mantener una línea de cierta pasividad.

No había logrado sonsacarle a Kleyn ningún dato que hubiese completado la imagen precaria que tenía del Comité. Sin embargo, sí estaba ahora seguro de que el auténtico lugar del atentado sería Durban, 3 de julio, y no Ciudad del Cabo, 12 de junio. Jan Kleyn había dado muestras de intenso nerviosismo cada vez que había hojeado el bloc de notas durante el interrogatorio y le resultaba imposible figurarse que nadie pudiese obligarse a reacciones físicas tales como los sudores y el temblor de manos como los que él había manifestado.

Lanzó un bostezo. Deseaba que toda aquella historia perteneciese ya al pasado aunque al mismo tiempo se sentía satisfecho ante la certeza de que las posibilidades de que Wervej apreciase su contribución habían aumentado de forma considerable.

Dio en pensar, de pronto, en la leona blanca que habían visto tendida junto al río, a la luz de la luna.

No tardarían en poder ir a visitarla otra vez.

Más o menos al mismo tiempo que Jan Kleyn abandonaba su prisión en el hemisferio sur, Kurt Wallander tomaba asiento ante su escritorio de la comisaría de Ystad. Los colegas que se encontraban en sus puestos aquella mañana del sábado lo felicitaron calurosamente. Como respuesta, él les había brindado su media sonrisa acompañada de un murmullo inescrutable. Lo primero que hizo al entrar en su despacho fue cerrar la

puerta y descolgar el teléfono. Se sentía como si tuviese una fuerte resaca, pese a no haber probado ni una gota de alcohol. Se sentía culpable. Le temblaban las manos y transpiraba copiosamente, hasta el punto de que le llevó unos diez minutos reunir las fuerzas necesarias para echar mano del auricular y llamar a la policía de Kalmar. Blomstrand atendió la llamada y le dio la poco alentadora noticia de que era probable que el africano al que buscaban hubiese salido del país la tarde anterior, desde el aeropuerto de Arlanda.

—¿Cómo es posible? —preguntó indignado.

—Una combinación de negligencia y mala suerte —explicó Blomstrand, aclarándole lo ocurrido.

—¿Para eso tanto esfuerzo? —se lamentó una vez que Blomstrand hubo concluido.

—Una buena pregunta —concedió el agente de Kalmar—. A decir verdad, yo también me lo pregunto a menudo.

Wallander dio por terminada la conversación y mantuvo el auricular descolgado. Abrió la ventana y dejó entrar el canto de un pájaro posado sobre la rama de un árbol. El día prometía ser caluroso. Pronto estarían a primeros de junio, pero el mes de mayo había transcurrido sin que él notase que los árboles habían florecido, que las flores se habían abierto paso a través de la tierra y que su olor lo envolvía todo.

Se sentó de nuevo ante el escritorio. Le quedaba por realizar una tarea que no podía dejar para la semana siguiente, así que introdujo un folio en la máquina de escribir, tomó su diccionario de inglés y empezó a redactar un informe para sus desconocidos colegas de Sudáfrica. Refería en él lo que sabía acerca del atentado que planeaban cometer y les hablaba con todo lujo de detalles acerca de Víctor Mabasha. Al llegar a la muerte de Mabasha, introdujo otro folio. Estuvo escribiendo durante una hora, y concluyó el informe con el dato más importante, el hecho de que otro

hombre, llamado Sikosi Tsiki, había sido designado como sustituto. Por desgracia, añadía, había logrado salir de Suecia. Era de suponer que estuviese camino de Sudáfrica.

Escribió su nombre, buscó el número de teletipo de la sección sueca de la Interpol y les pidió que se pusiesen en contacto con él si deseaban obtener más información. Dejó luego el teletipo en la recepción con el encargo de que lo enviasen sin falta a Sudáfrica aquel mismo día.

Se marchó después a casa, donde entraba por primera vez desde el día de la explosión.

Se sentía extraño en su propio apartamento. Los muebles dañados por el hollín estaban amontonados en un rincón, cubiertos con un plástico. Sacó una silla y se sentó.

El aire era irrespirable.

Se preguntaba cómo superaría todas aquellas experiencias.

Mientras él meditaba, su teletipo había llegado a Estocolmo, donde un sustituto poco experimentado había de enviarlo a Sudáfrica. Pero por un fallo técnico y una falta imperdonable de control, la segunda página quedó sin enviar. La consecuencia de dicha casualidad fue que, la tarde del 23 de mayo, la policía sudafricana quedó informada de que un terrorista llamado Victor Mabasha iba camino de Sudáfrica. Los agentes de la Interpol de Johannesburgo que recibieron el mensaje consideraron su contenido bastante extraño. No iba firmado y parecía truncado de forma abrupta al final. Sin embargo, el inspector Borstlap les había ordenado que le hiciesen llegar de inmediato todos los teletipos procedentes de Suecia. Puesto que éste llegó a Johannesburgo el sábado por la noche, no lo recibió hasta el lunes por la mañana. Al leerlo, se puso en contacto con Scheepers enseguida.

Hallaron la confirmación en la carta del misterioso Steve.

El hombre al que buscaban se llamaba Victor Mabasha.

También a Scheepers le pareció que el final del mensaje era un tanto brusco y le llamó la atención que no figurase el nombre de quien lo había redactado. Sin embargo, puesto que no constituía más que una confirmación de algo que ya sabían, no removi6 más el tema.

A partir de aquel momento, todos los recursos disponibles se destinaron a la búsqueda y captura de Victor Mabasha. Todas las comisarías fronterizas recibieron la alarma. Todos los efectivos estaban preparados.

El mismo día que fue puesto en libertad por Georg Scheepers, Jan Kleyn llamó a Franz Malan desde su casa de Pretoria. Estaba convencido de que sus teléfonos estaban intervenidos, pero disponía de otra línea cuya existencia nadie conocía, más que el supervisor especial de las líneas de comunicación exclusivas de ciertos agentes de los servicios de inteligencia de Sudáfrica. Había, pues, una serie de teléfonos conectados que no existían de forma oficial.

Franz Malan quedó muy sorprendido. No sabía que Jan Kleyn hubiese quedado libre aquel mismo día. Puesto que era de suponer que el teléfono de Malan también estuviera intervenido, Kleyn inició la conversación con una contraseña que tenían acordada para evitar que dijese algo que no debía transmitirse por teléfono. Así, simularon un error al marcar el número de teléfono. Kleyn preguntó por un tal Horst, se disculpó y colgó. Franz Malan comprobó el significado concreto de la contraseña en la lista de códigos. Dos horas después de la llamada, debería llamar desde una cabina telefónica concreta a otro teléfono público.

Jan Kleyn tenía mucho interés en ponerse al corriente de lo sucedido mientras él estaba siendo interrogado. Franz Malan tenía que asumir que no le quedaba otro remedio que seguir siendo el responsable, pese a la liberación de Kleyn. Éste no dudaba de su capacidad para despistar a posibles seguidores, pero arriesgaba demasiado si se veía con Malan personalmente o si visitaba Hammanskraal, adonde Sikosi Tsiki estaría a

punto de llegar, si es que no se encontraba ya allí.

Al atravesar en su coche la verja del jardín, Kleyn no tardó más que unos minutos en identificar el coche del hombre que lo había de seguir. Además, sabía que también habría un coche delante de él, aunque en aquellos momentos no le preocupaba lo más mínimo. Por supuesto que el hecho de que se detuviese en una cabina telefónica para efectuar una llamada despertaría la curiosidad de los espías, que darían parte de inmediato. Sin embargo, nunca podrían averiguar el tema de la conversación.

A Jan Kleyn le sorprendió que Sikosi Tsiki estuviese ya en el país y se preguntaba por qué no lo habría llamado Konovalenko. En su plan conjunto de control del proceso habían acordado que aquél recibiría la confirmación de que Tsiki había llegado sin novedad. Dicha comprobación se produciría, como máximo, a las tres horas del tiempo previsto de aterrizaje. Jan Kleyn le dio a Franz Malan unas instrucciones bastante escuetas, además de indicarle desde qué cabinas se llamarían al día siguiente. Mientras hablaba con él, Kleyn intentó averiguar si Malan parecía estar más inquieto de lo conveniente, pero no observó nada anormal, sino la forma habitual y algo nerviosa de expresarse de su cómplice.

Concluida la conversación, se fue a almorzar a uno de los restaurantes más caros de Pretoria. Pensó con satisfacción en cómo le sentaría a Scheepers el ver la cuenta que le presentase el espía que lo seguía, al que pudo divisar sentado al otro lado del local. En algún lugar de su subconsciente, Kleyn había tomado ya la decisión de que Scheepers no era digno de seguir viviendo en Sudáfrica, según el modo en que el país quedaría organizado de nuevo en pocos años, a partir de las antiguas normas que, desde su creación, siempre habían sido defendidas por la comunidad bóer.

Sin embargo, había momentos en los que Jan Kleyn se sentía invadido por el presentimiento de que todo aquello no era más que una idea condenada al fracaso absoluto. No había vuelta atrás. Los bóers habían perdido; aquel país, que les había pertenecido durante tanto tiempo, quedaría en el futuro bajo el gobierno de mandatarios negros, contrarios a permitir la pervivencia de la existencia privilegiada de los blancos. Una especie de clarividencia pesimista de la que no podía defenderse. No obstante, se reponía enseguida de tales momentos de flaqueza gracias a su autocontrol, concluyendo entonces que, sin duda, se había dejado influir por la postura siempre negativa que los sudafricanos de origen británico adoptaban ante los *boere*. «Bien saben ellos que nosotros somos el verdadero espíritu de este país», se decía. «El pueblo elegido por Dios y por la Historia en todo este continente somos nosotros, y no ellos. De ahí ese resentimiento impío que nos profesan y del que no pueden liberarse».

Pagó la cuenta, dejó ver su sonrisa al pasar ante la mesa de su seguidor, un hombre con sobrepeso y de baja estatura que transpiraba de forma ostensible, y se marchó a casa en su coche. Pudo ver en el espejo retrovisor que al hombre bajito le había llegado el relevo.

Una vez que hubo aparcado el coche en el garaje, prosiguió con el metódico análisis de quién habría podido traicionarlo al proporcionar información a Scheepers. Se sirvió una copita de oporto y fue a sentarse en el salón. Corrió las cortinas y apagó todas las lámparas, a excepción de uno de los discretos focos que iluminaban algunos de sus cuadros, pues siempre pensaba con más lucidez en la penumbra.

Los días que había pasado con Scheepers lo habían abocado a albergar un odio aún más intenso hacia el orden reinante en el país. Por supuesto que era una humillación que él, oficial de confianza y funcionario leal de los servicios de inteligencia, hubiese sido detenido como sospechoso de

incitación a actividades subversivas. La actividad a la que él se dedicaba era, de hecho, todo lo contrario. Sin esa labor que tanto él como el Comité habían estado llevando a cabo en secreto, el riesgo de que el país se viniese abajo resultaba más real que imaginario. En aquel momento, con su copa de oporto entre las manos, se sentía más convencido que nunca de que Nelson Mandela tenía que morir. Sin embargo, no lo veía ya como un atentado, sino como una ejecución puesta en práctica según la ley oficiosa que él representaba.

Había además otra característica inquietante que contribuía a su indignación. Desde el momento en que su fiel conserje del equipo personal del presidente lo llamó, se dio cuenta de que tenía que haber alguien que le hubiese transmitido a Scheepers una serie de datos que le habría sido imposible descubrir por sí mismo. Resultaba, pues, bastante simple concluir que alguna persona muy próxima lo había traicionado y no le quedaba otro remedio que tratar de averiguar de quién se trataba lo antes posible.

Su mayor motivo de inquietud era, no obstante, el hecho de que Franz Malan no quedase libre de toda sospecha en este sentido. Ni él ni ningún otro miembro del Comité. Aparte de estos hombres, había dos o tal vez tres de sus colaboradores del servicio de inteligencia a quienes no habría resultado difícil investigar en su vida y que, por razones que no imaginaba, hubiesen decidido delatarlo.

Sentado en la oscuridad, reflexionaba acerca de todos y cada uno de esos hombres, buscando entre sus recuerdos alguna pista que lo orientase, sin obtener ningún resultado. Trabajaba según un método ecléctico que aplicaba la intuición, los datos y la exclusión de variables. Así, se preguntaba quién podía beneficiarse delatándolo, a quién le podía resultar tan odiosa su persona como para que el intento de venganza justificase el riesgo de ser descubierto. Así, mediante ese procedimiento, redujo el

grupo de personas sospechosas de dieciséis a ocho. Cada vez que repetía el proceso, quedaban menos candidatos, hasta que se quedó sin ninguno, con lo que su pregunta continuaba sin respuesta.

Entonces se le ocurrió por primera vez si no habría sido Miranda. En aquel momento, cuando ya no había nadie más, se vio obligado a cuestionarse si no habría sido ella. La sola idea lo llenó de indignación. Era inadmisible, imposible. Pese a todo, allí estaba la semilla de la sospecha, inevitable. Una sospecha a la que tendría que obligarla a enfrentarse. Daba por supuesto que era injusto, pues estaba seguro de que ella no podía engañarlo sin que él lo notase en el acto, de modo que el asunto quedaría zanjado en cuanto hubiese hablado con ella. Tenía que ahuyentar sus malos pensamientos cuanto antes, visitarlas en Bezuidenhout uno de los próximos días. Hallaría la solución entre las personas que figuraban en la lista que acababa de revisar. Sólo que aún no la había encontrado. Desechó tanto los pensamientos como los papeles que tenía ante sí y se dispuso a dedicar algo de tiempo a su colección de monedas. Solía tranquilizarlo el contemplar la belleza de las monedas e imaginarse su valor. Tomó una reluciente moneda de oro, bastante antigua. Se trataba de uno de los primeros rand Kruger: su pervivencia en el tiempo era comparable a la de las tradiciones de los bóers. La puso a la luz de la lámpara que había sobre el escritorio y vio que tenía una mancha pequeñísima, casi imperceptible. Frotó la superficie amarilla con el paño hasta que la moneda volvió a brillar impoluta.

Tres días más tarde, la noche del miércoles, fue a visitar a Miranda y a Matilda a Bezuidenhout. Puesto que no quería que sus espías le siguiesen el rastro hasta Johannesburgo, los despistó ya en el centro de Pretoria con un par de maniobras bastante sencillas. A pesar de ello,

estuvo atento al retrovisor cuando salió a la autovía en dirección a Johannesburgo. Además, dio algunas vueltas por la zona comercial de Johannesburgo para comprobar que no estaba en un error. Entonces giró hacia el barrio y las calles que lo conducirían a Bezuidenhout. No era nada habitual que las visitase en mitad de la semana y, mucho menos, sin haberles avisado con anterioridad. Sería, pues, una sorpresa para las dos mujeres. Poco antes de llegar, paró en un supermercado y compró comida suficiente para la cena de los tres. Eran aproximadamente las cinco y media cuando entró en la calle en la que se encontraba la casa.

Al principio pensó que se había confundido. Pero luego vio que, en efecto, un hombre salía por la verja de Miranda y Matilda a la acera.

Un hombre negro.

Frenó junto al bordillo y vio al hombre caminar en dirección a donde él se hallaba, aunque por la otra acera. Echó las cortinillas para el sol del parabrisas con el fin de evitar que el hombre pudiese verlo y lo observó atentamente desde esta posición, hasta que lo reconoció de pronto. Se trataba de un hombre al que él había tenido vigilado durante mucho tiempo. Pese a que nunca había logrado confirmar sus sospechas, los agentes de los servicios de inteligencia tenían una idea bastante clara de que pertenecía a una de las facciones más radicales del Congreso Nacional Africano, considerada responsable de una serie de atentados con bomba contra edificios comerciales y restaurantes. Solía llamarse Martin, Steve o Richard.

Jan Kleyn lo vio pasar de largo y desaparecer.

Quedó petrificado. Reinaba en su cabeza un desconcierto tal que le llevaría mucho tiempo desbrozarlo. Sin embargo, no había ya vuelta atrás. Las sospechas que se había negado a considerar como fundadas habían resultado ser ciertas. Al haber eliminado, uno tras otro, a los posibles autores de su delación hasta no quedarle ni uno, había

contemplado la única posibilidad correcta: sólo quedaba Miranda. Era tan cierto como inexplicable. Durante un instante, el dolor lo invadió por completo. Después, la frialdad vino a sustituirlo. Era como si el termómetro hubiese caído en su interior, a toda velocidad, a medida que crecía la ira.

Por un momento, el amor se convirtió en odio, siempre dirigido a Miranda, sin contar a Matilda, a la que consideraba inocente, como otra víctima de la traición de su madre. Apretó las manos en torno al volante intentando doblegar su ansia de pisar el acelerador, dirigirse hacia la casa, abrir la puerta y mirar a los ojos a Miranda por última vez. Al contrario, no se acercaría a la casa hasta que no hubiese recuperado la calma, al menos en apariencia, ya que consideraba que la indignación incontrolada habría denotado una debilidad que no quería mostrar ni ante Miranda ni ante su hija.

Aquello era del todo inexplicable. En su vida, cada una de sus acciones había tenido un punto de partida y un objetivo determinados. ¿Por qué lo habría traicionado Miranda? ¿Por qué arriesgaba la buena vida que él le había proporcionado a ella y a la hija de ambos?

Simplemente, no lo comprendía. Y cuando no comprendía algo, se enfurecía. Él había consagrado su vida a combatir el desorden, concepto en el que incluía cuanto no estaba del todo claro. Así, aquello que él no comprendía, debía ser combatido del mismo modo que las demás fuentes de la desorientación y ruina crecientes en la sociedad.

Permaneció, pues, un buen rato sentado en el coche, hasta que oscureció y no se puso en marcha hacia la casa hasta que no hubo recobrado la calma. Percibió un débil movimiento tras la cortina de la gran ventana del salón. Tomó las bolsas de la comida y atravesó la verja.

Le sonrió cuando ella le abrió la puerta. Por brevísimos espacios de tiempo, tan cortos que casi no era capaz de percibirlos, deseaba que nada

de aquello hubiese sucedido, que no hubiesen sido más que imaginaciones suyas. Sin embargo, ahora sabía cuál era la verdad, y deseaba averiguar qué había detrás de todo aquello.

La penumbra de la habitación impedía distinguir la negrura de su rostro.

—¡Hola! ¡Vengo a haceros una visita! —exclamó—. Pensaba daros una sorpresa.

—Pues es la primera vez —replicó Miranda.

Le pareció que su voz sonaba áspera y extraña. Le habría gustado distinguir sus facciones con más claridad. ¿Acaso imaginaba que él había visto a aquel hombre salir de la casa? En ese preciso momento, Matilda salía de su habitación. Lo miró sin decir nada. «Ella lo sabe», resolvió Kleyn. «Ella sabe que su madre me ha traicionado. ¿Cómo podría protegerla sino con su silencio?»

Dejó las bolsas del supermercado en el suelo y se quitó el chaquetón.

—Quiero que te marches —afirmó ella.

—Sí, claro.

En un primer momento pensó que no había oído bien y se volvió con el chaquetón en la mano.

—¿Me estás pidiendo que me vaya?

—Así es.

Miró un instante el chaquetón antes de dejarlo caer en el suelo. Entonces la golpeó, con todas sus fuerzas, justo en el rostro. Ella perdió el equilibrio y cayó, aunque no llegó a desvanecerse. Antes de que lograra levantarse, él ya la había agarrado por la camisa levantándola del suelo.

—Me pides que me vaya —repitió Kleyn respirando hondo—. ¡Tú eres quien tendría que marcharse! Pero no, no irás a ninguna parte.

La arrastró hasta el salón y la echó en el sofá de un empujón. Matilda hizo un intento de ir a ayudar a su madre, pero él le rugió que se estuviese

quieta.

Se sentó en una silla, frente a ella. La penumbra de la habitación le produjo de nuevo sensación de mareo. Dio un salto de la silla y fue a encender todas las lámparas que había. Entonces vio que le sangraba la nariz, y también la boca. Volvió a tomar asiento con la mirada clavada en ella.

—He visto salir a un hombre de tu casa —dijo él a bocajarro—. Un hombre negro. ¿Qué vino a hacer aquí?

Ella no respondió. Ni siquiera lo miraba. Tampoco se preocupaba de la sangre que le corría por la barbilla y que había empezado a gotear.

Jan Kleyn pensó que en realidad aquello no tenía sentido. Tanto daba qué le hubiese dicho o qué hubiese hecho Miranda. Lo importante era que lo había traicionado. No había posibilidad de continuación. Tampoco sabía qué iba a hacer con ella, pues no era capaz de imaginarse una venganza digna del delito. Miró a Matilda, que seguía inmóvil. Tenía en el rostro una expresión que no le había visto antes, pero no sabía decir qué era exactamente, y esto lo llenaba de inseguridad. Entonces vio que Miranda estaba observándolo.

—Quiero que te vayas ahora mismo —insistió—. Y no quiero que vengas a buscarme nunca más. Ésta es tu casa, así que puedes quedártela. Nosotras nos mudaremos a otra.

«¿Cómo se atreve a enfrentarse a mí?», se preguntaba Kleyn. Sintió que la ira se apoderaba de nuevo de su corazón y se contuvo para no seguir golpeándola.

—Nadie va a marcharse de aquí —concluyó—. Lo único que quiero es que me lo cuentes todo.

—¿Qué es lo que quieres escuchar?

—Quiero saber la verdad de con quién has estado hablando sobre mí y lo que le has dicho. Y también por qué.

Ella lo miró a los ojos. La sangre ya se le estaba secando en la nariz y en la barbilla.

—Le he contado lo que he ido encontrando en tus bolsillos, mientras dormías. Y lo que decías en sueños, lo anotaba y se lo contaba también. Es posible que esa información no tenga ningún valor. Pero yo espero que sea tu ruina.

Miranda hablaba con ese tono de voz tan ajeno, tan agrio. Él se dio cuenta de que ésa era su auténtica voz; la que le había conocido durante todos aquellos años era fingida. Como todo lo demás. Ya no hallaba nada verdadero en su relación con Miranda.

—¿Qué habrías sido tú sin mí?

—Tal vez habría muerto —admitió ella—. Pero seguramente habría sido feliz.

—Habrías vivido entre chabolas.

—Sí, pero es posible que hubiésemos participado en su exterminio.

—¡No mezcles a mi hija en esto!

—Tú eres padre de una niña, Jan Kleyn. Pero no tienes una hija. Tú no tienes nada más que la semilla de tu propia destrucción.

Había un cenicero de cristal sobre la mesa que los separaba. Como no sabía qué decir, lo agarró y lo lanzó con todas sus fuerzas contra la cabeza de Miranda. Ella logró apartarse de modo que el cenicero cayó a su lado, sobre el sofá. Jan Kleyn se puso de pie de un salto, tiró la mesa, tomó el cenicero y lo sostuvo sobre la cabeza de ella. Pero entonces oyó un ruido sibilante, casi animal, a su espalda. Vio a Matilda que se le acercaba desde un rincón. Chillaba con la boca entrecerrada. Él no comprendió lo que le decía, pero sí vislumbró que sostenía un arma en la mano.

Matilda disparó. Lo alcanzó justo en medio del tórax. Vivió apenas un minuto, antes de morir tendido en el suelo.

Las dos mujeres lo miraban, según podía distinguir aún en una imagen cada vez menos nítida. Intentaba decir algo, se esforzaba por aferrarse a la vida que se le escapaba. Pero no había nada a lo que aferrarse. No había nada en absoluto.

Miranda no sintió ningún alivio, pero tampoco experimentó temor alguno. Observó a su hija, que le había dado la espalda al hombre muerto. Miranda le quitó la pistola y se fue a avisar a aquel hombre llamado Scheepers que las visitó un día. Tenía el número anotado en un papel. Lo había buscado hacía unos días; ahora sabía por qué.

Le contestó, diciendo su nombre, una mujer, Judith. Llamó a su marido, quien no tardó en acudir al teléfono. Le prometió que se pondría en camino hacia Bezuidenhout de inmediato y le pidió que no hiciese nada mientras esperaba.

Scheepers le explicó a Judith que la cena tendría que esperar, aunque no le dijo por qué razón y ella contuvo el deseo de preguntarle. Ya no tardaría en terminar ese cometido especial, según él mismo le había aclarado el día anterior. Después, todo volvería a la normalidad y podrían pasar otro fin de semana en el parque Kruger para ver si la leona blanca seguía allí y si continuaba infundiéndoles tanto miedo como la última vez.

Llamó a Borstlap. Tuvo que probar en varios números hasta que consiguió localizarlo. Le dio la dirección y le pidió que no entrase hasta que él no hubiese llegado.

Cuando llegó a Bezuidenhout, Borstlap ya lo esperaba a la puerta, sentado en el coche. Miranda abrió y les indicó que pasasen al salón. Scheepers puso la mano en el hombro de Borstlap, sin decir ni una palabra, en señal de que aguardase.

—Ese hombre que está muerto ahí dentro era Jan Kleyn —aclaró al fin.

Borstlap lo miró sorprendido, como esperando una continuación que nunca se produjo.

Jan Kleyn estaba muerto. Impresionaba contemplar la palidez y la delgadez extrema de su rostro. Scheepers intentaba decidir en su fuero interno si aquello era el resultado de un crimen o si simplemente se trataba de una tragedia, pero no parecía poder llegar a ninguna conclusión.

—Me golpeó —explicó Miranda—. Y le disparé.

Scheepers estaba mirando a Matilda mientras su madre pronunciaba aquellas palabras y vio la reacción de sorpresa de la joven al oírlas. El fiscal comprendió que había sido ella quien lo había matado, que ella le había disparado a su padre, aunque la sangre en el rostro de Miranda era claro indicio de que Kleyn la había golpeado.

«¿Tuvo tiempo de comprenderlo todo antes de morir?», se preguntaba Scheepers. «¿Acaso comprendió que iba a morir y que era su propia hija la que sostenía el arma definitiva?»

Sin decir nada, le indicó a Borstlap con un gesto que lo siguiese hasta la cocina y, una vez dentro, cerró la puerta.

—No me importa cómo lo hagas —comenzó—. Pero quiero que te lleves de aquí el cadáver y que consigas que parezca un suicidio. Jan Kleyn fue detenido y sometido a interrogatorio. No soportó la humillación y quiso defender su dignidad quitándose la vida. Eso tendrá que bastar. Tampoco suele resultar difícil silenciar sucesos relacionados con el servicio de inteligencia. Quiero que empieces a encargarte de todo esta misma tarde.

—Arriesgaría mi puesto —advirtió Borstlap.

—Tienes mi palabra de que no arriesgarás nada, aseguró Scheepers.

Borstlap lo observó un instante.

—¿Quiénes son estas mujeres?

—Nunca las has visto —atajó el fiscal.

—Imagino que, sin duda, se trata de la seguridad de Sudáfrica —ironizó Borstlap.

—Sí, precisamente.

—Es decir, otra mentira fabricada en nombre de nuestro país —concluyó el inspector—. Sudáfrica es una fábrica de mentiras en cadena que no descansa. Me pregunto qué ocurrirá cuando todo se venga abajo.

—¿Por qué crees que estamos intentando impedir que se cometa un atentado? —le recordó Scheepers.

Borstlap asintió despacio.

—Haré lo que me pides.

—Tú solo.

—Nadie me verá. Dejaré el cuerpo en la calle. Además, puedo conseguir que se me designe como responsable del caso.

—Yo las informaré del plan para que te abran la puerta cuando vuelvas —añadió Scheepers antes de que Borstlap se marchase.

Miranda había cubierto el cuerpo de Jan Kleyn con una sábana. De repente, Scheepers tomó conciencia del agotamiento que le producían todas las mentiras que lo rodeaban y de las que él también era, en cierto modo, responsable.

—Ya sé que fue tu hija quien le disparó. Pero eso carece de importancia, al menos para mí. Si no es así para vosotras dos, siento no poder ayudaros a superarlo. El cuerpo desaparecerá de aquí esta misma noche. El policía que acaba de irse vendrá a buscarlo y dirá que ha sido un suicidio. Es preciso que nadie sepa nunca la verdad. Y os puedo garantizar que así será.

Scheepers distinguió un brillo de gratitud y de sorpresa en los ojos de Miranda.

—Sí, en cierto modo, podría decirse que fue un suicidio —prosiguió

Scheepers—. Un hombre que vive tal y como él lo hizo no puede esperarse otro final.

—Ni siquiera tengo lágrimas que derramar por él —afirmó Miranda—. No hay nada.

—Yo lo odiaba —dijo Matilda de forma inesperada.

Scheepers vio que estaba llorando.

El fiscal meditaba sobre el hecho de que matar a una persona, por más odio que uno sienta o por desesperado que esté, debía de abrir una grieta en el alma, una herida de la que nunca se sana del todo. Por otro lado, él era su padre; un padre al que ella no había elegido, pero al que tampoco podía negar como tal.

No permaneció allí mucho tiempo, pues comprendió que necesitaban estar a solas. Sin embargo, Miranda le pidió que volviese alguna vez. Él le prometió que así lo haría.

—Nos mudaremos de aquí —le advirtió Miranda.

—¿Adónde?

Ella se encogió de hombros.

—Eso es algo que yo no puedo decidir sola. Tal vez lo mejor sería que Matilda eligiese el lugar.

Scheepers volvió a casa y se sentó a cenar meditabundo y abstraído. Cuando Judith le preguntó cuánto tiempo más le llevaría aquella misión especial, sintió remordimientos.

—No mucho más —le prometió.

Poco antes de medianoche, recibió una llamada de Borstlap.

—Sólo quería comunicarte que Jan Kleyn se ha suicidado y que su cuerpo aparecerá mañana en un aparcamiento situado entre Johannesburgo y Pretoria.

«¿Quién le tomará el relevo?», se preguntó Scheepers cuando colgó el auricular. «¿Quién dirigirá ahora el Comité?»

El inspector Borstlap vivía en una casa en el barrio de Kensington, uno de los más antiguos de Johannesburgo. Estaba casado con una enfermera que siempre tenía turno de noche en el mayor hospital militar de la ciudad. Puesto que sus tres hijos eran ya mayores, Borstlap pasaba solo la mayor parte de las noches. Solía llegar a casa tan cansado que lo único que podía hacer era sentarse a ver la televisión. De vez en cuando bajaba a un pequeño taller que se había preparado en el sótano, donde se sentaba a recortar siluetas, habilidad que había heredado de su padre, aunque nunca logró ser tan bueno como él. Sin embargo, era una actividad relajante la de ir recortando figuras, con mano cauta pero decidida, en aquella cartulina negra y blanda.

Aquella noche precisamente, ya en casa, una vez que hubo trasladado el cadáver de Jan Kleyn al mal iluminado aparcamiento, que ya conocía bien, pues se había cometido allí un asesinato no hacía mucho, no le resultó nada fácil relajarse. Así, se sentó a recortar siluetas de los rostros de sus hijos, al tiempo que reflexionaba acerca de los últimos días de trabajo en colaboración con Scheepers.

Lo primero que pensó fue que se encontraba a gusto en compañía del joven fiscal. Era inteligente y enérgico y, además, tenía imaginación. Sabía escuchar a los demás y reconocer sus errores. No obstante, Borstlap se preguntaba qué era lo que Scheepers se traía entre manos, en realidad. Comprendía que se trataba de un asunto grave, de detener una conspiración, un atentado contra la vida de Nelson Mandela. El resto de la información de que disponía estaba salpicada de lagunas. Se figuraba que se trataba de una maquinación de envergadura, pero no tenía la menor idea de quiénes estaban implicados, salvo Jan Kleyn.

De este modo, lo invadía en ocasiones la sensación de que estaba

participando en la investigación del caso un poco a ciegas. Así se lo había confesado a Scheepers, quien se había contentado con admitir que lo comprendía, pero que no había nada que él pudiese hacer por paliar aquella sensación, ya que su potestad era limitada a la hora de revelar detalles relativos a aquel secreto de Estado que le habían encomendado.

La mañana del lunes, al ver sobre su mesa el teletipo de Suecia, la reacción de Scheepers fue inmediata y enérgica. Tras un par de horas de búsqueda, hallaron, llenos de excitación, el nombre de Victor Mabasha en los registros. Vieron que, en varias ocasiones, lo habían considerado sospechoso de haber actuado como asesino a sueldo. Nunca llegaron a probarlo. De lo que pudieron leer entre líneas, se desprendía además que era muy inteligente y que solía aderezar sus delitos con detalles y medidas de seguridad que camuflaran tanto al autor como el motivo.

Su último domicilio conocido se encontraba en Ntibane, a las afueras de Umtata, cerca de Durban, lo que confirmó enseguida otro valor a la información sobre el atentado que sospechaban que iba a producirse en Durban el 3 de julio. Borstlap se puso en contacto de inmediato con sus colegas de Umtata, quienes le confirmaron que no dejaban de echarle un ojo a Mabasha. Aquella misma tarde, Scheepers y Borstlap salieron hacia Umtata. Decidieron que enviarían a algunos agentes a vigilar la casa de Mabasha y que harían una redada el martes, antes del amanecer.

Pero al llegar comprobaron que la casa estaba abandonada. A Scheepers le costó ocultar su decepción y a Borstlap le costó decidir cómo continuar con el caso. Regresaron, pues, a Johannesburgo y movilizaron todos los recursos disponibles para dar con su pista. El fiscal y el inspector acordaron que la explicación oficial sería, hasta nueva orden, que lo buscaban como sospechoso de una serie de violaciones graves a mujeres blancas en la provincia de Transkei.

Dieron orden, además, de que no se dijese una palabra sobre él a los

medios de comunicación. Durante aquellos días, trabajaron prácticamente las veinticuatro horas, pero no lograron hallar el menor rastro del hombre al que buscaban. Y ni siquiera le podían preguntar ya a Jan Kleyn.

Borstlap dejó las tijeras con un bostezo y se estiró un poco. Pensó con resignación que, al día siguiente, no tendrían más remedio que empezar de nuevo desde el principio. No obstante, el tiempo aún no apremiaba, ya fuese el 12 de junio o el 3 de julio, aún les quedaba algo de tiempo.

El inspector no estaba tan seguro como Scheepers de que la pista que apuntaba a Ciudad del Cabo no fuese más que una trampa y se decía que, en cierto modo, tendría que actuar como abogado del diablo con respecto a las conclusiones de Scheepers y mantener los ojos abiertos para ambas fechas.

A las ocho de la mañana del jueves 28 de mayo, se reunieron Borstlap y Scheepers.

—El cuerpo de Jan Kleyn ha sido hallado esta mañana, poco después de las seis —informó el inspector—. Lo encontró un automovilista que se había detenido a orinar. Llamaron a la policía enseguida. Yo mismo hablé por radio con el primer coche que llegó. Dijeron que se trataba de un suicidio, sin lugar a dudas.

Scheepers asintió. Era consciente de que había acertado al elegir al inspector Borstlap como colaborador.

—Tenemos dos semanas hasta el 12 de junio —le recordó—. Y algo más de un mes hasta el 3 de julio. Es decir, que aún contamos con tiempo para localizar a Victor Mabasha. Yo no soy policía, pero supongo que es un plazo razonable.

—Eso depende —dijo el inspector—. Victor Mabasha es un criminal experto. Sabe cómo mantenerse en la sombra durante un tiempo

prolongado. Puede que haya decidido ocultarse en algún escondrijo de la ciudad de casas flotantes. En ese caso, no lograremos dar con él en la vida.

—No nos queda otra salida —atajó Scheepers—. No olvides que mis prerrogativas me permiten solicitar prácticamente la cantidad de recursos que yo considere oportunos.

—No es ésa la manera de encontrarlo —explicó Borstlap—. Aunque el ejército entero rodease Soweto y llenases la ciudad de cazas en su busca, no lo encontrarías. Lo único que provocarías es un levantamiento popular.

—¿Qué es lo mejor, según tú?

—Una recompensa discreta de unos cincuenta mil rand —explicó Borstlap—. Sugerir con discreción a los bajos fondos que estamos dispuestos a pagar por encontrar a Victor Mabasha. Eso nos daría alguna posibilidad de dar con él.

Scheepers lo miró escéptico.

—¿Así es como trabaja la policía?

—No muy a menudo, pero a veces ocurre.

El fiscal se encogió de hombros.

—En fin, tú lo sabrás mejor que yo. Conseguiré el dinero.

—Haré que empiecen a propagar el rumor esta misma noche.

Entonces, Scheepers empezó a hablar de Durban. Tenían que visitar cuanto antes el estadio en el que Nelson Mandela pronunciaría su discurso ante la multitud. Tenían que averiguar qué medidas de seguridad pensaba adoptar la policía local. Elaborarían una estrategia que les permitiese reaccionar en caso de que no lograsen localizar a Victor Mabasha. A Borstlap le preocupaba que el fiscal no mostrase el mismo interés por la otra alternativa, así que decidió que llamaría a uno de sus colegas de Ciudad del Cabo para que lo informase de los recursos que

ellos tenían pensado desplegar el 12 de junio.

Aquella misma noche, Borstlap se puso en contacto con una serie de chivatos de la policía de los que recibía información más o menos fidedigna y útil con cierta regularidad.

Cincuenta mil rand era mucho dinero. La caza de Victor Mabasha había empezado de verdad.

A Kurt Wallander le dieron la baja por enfermedad el miércoles 10 de junio, con efecto inmediato. Según el médico, que juzgó a Wallander como un hombre introvertido y parco en palabras, el inspector tenía las ideas muy poco claras y no estaba nada seguro de lo que lo atormentaba en realidad. Le habló de sus pesadillas, de la falta de sueño, de los problemas de estómago que padecía, de los accesos de pánico nocturnos que le hacían pensar que se le pararía el corazón..., en resumidas cuentas, todos los síntomas habituales de un estado de estrés creciente con el consiguiente ataque como colofón. Durante el tiempo anterior a la baja Wallander estuvo visitando al doctor cada dos días. Los síntomas variaban de una visita a la siguiente y la peor de las molestias resultaba ser siempre una nueva. Empezaba, además, a sufrir ataques de llanto tan violentos como repentinos. El médico, que acabó dándole la baja por depresión profunda y que le recetó una combinación de terapia y antidepresivos, no tenía ningún motivo para dudar de la gravedad de la situación.

Durante un corto periodo de tiempo, había matado a una persona y contribuido de forma activa a que otra se quemase viva. Del mismo modo, tampoco podía dejar de sentirse culpable por la muerte de la mujer que sacrificó su vida para ayudar a escapar a su hija. Sin embargo, su mayor motivo de remordimiento era el que Victor Mabasha hubiese sido asesinado: Era natural que la reacción le hubiese sobrevenido en aquel

momento, puesto que Konovalenko estaba muerto y no tenía ya a quien perseguir ni por quien ser perseguido. La depresión indicaba, por paradójico que pudiera parecer, que se había visto aliviado de una pesada carga.

Ahora disponía de la tranquilidad y el tiempo necesarios para dedicarse a poner en orden sus asuntos, con lo que toda la pesadumbre que había contenido en su interior brotó arrasando los diques que la habían retenido hasta entonces. Wallander estaba, pues, de baja. Transcurridos unos meses, muchos de sus colegas empezaron a pensar que no se reincorporaría nunca. De vez en cuando, cada vez que les llegaban a la comisaría informes de sus curiosos viajes a Dinamarca o al Caribe, se preguntaban si no sería mejor que solicitase la jubilación anticipada. La sola idea despertaba gran desazón entre sus compañeros. Sin embargo, esto no llegó a suceder. Wallander volvió, aunque tardó mucho en hacerlo.

En cualquier caso, se encontraba en su despacho al día siguiente de haber recibido la baja, un día estival de calurosa calma en Escania. Aún le quedaba algún papeleo que arreglar, antes de recoger su escritorio y marcharse de allí para intentar remediar su decaimiento. La incertidumbre lo corroía por dentro y no cesaba de preguntarse si algún día podría regresar.

Aquel día, había llegado a la oficina a las seis de la mañana, sin haber pegado ojo en toda la noche. En el silencio que le brindaba aquella hora tan temprana, pudo concluir por fin el complejo informe sobre el asesinato de Louise Åkerblom y todos los sucesos relacionados con el crimen. Al leerlo, una vez terminado, experimentó como un nuevo descenso a los infiernos, como si hubiese repetido un viaje que no quisiera haber emprendido nunca. Por si fuera poco, se disponía a entregar un informe parcialmente falso. Él mismo no terminaba de

explicarse que ni sus extrañas desapariciones ni el tiempo que compartió en secreto con Victor Mabasha no se hubiesen descubierto aún.

Sus explicaciones, vagas por demás e incluso contradictorias, no habían despertado la desconfianza que se temió en un principio. Concluyó finalmente que se debía sin duda a que todos lo compadecían además de sentirse obligados por una especie de sentido corporativista, puesto que había matado a una persona.

Dejó el grueso archivador del informe sobre la mesa y fue a abrir la ventana. Desde algún lugar que no pudo precisar se oían las risas de unos niños.

«¿Cómo lo resumiría todo, si hubiese de hacerlo para mí mismo?», se preguntó. «La verdad es que me vi envuelto en una situación que no controlaba en absoluto. Cometí todos los errores que puede cometer un policía. Y lo peor fue que puse en peligro la vida de mi propia hija. Ella asegura que no me culpa por el tiempo aterrador que pasó encadenada en aquel sótano.

»Pero ¿tengo derecho a creer lo que dice? ¿Acaso no le he infligido un sufrimiento que, con toda probabilidad, saldrá a relucir tarde o temprano convertido en angustia, pesadillas y tal vez una vida truncada? Ése debe ser el principio de mi informe personal, ese informe que nunca llegaré a escribir. El que termina hoy con mi baja, prescrita por un médico que considera que estoy tan destrozado que no sabe cuándo podré volver».

Regresó al escritorio y se hundió en la silla. Si bien era cierto que no había dormido nada en toda la noche, él sabía que su agotamiento tenía otra causa, que procedía de lo profundo de su desánimo. ¿Acaso no sería el cansancio eso precisamente, desánimo? Pensó en lo que sería su vida a partir de aquel momento. El médico le propuso que empezase de inmediato a procesar sus experiencias en las sesiones de terapia, pero

Wallander lo interpretó como una orden que no tendría más remedio que cumplir. Sin embargo, ignoraba por completo lo que iba a decir.

Tenía ante sí la invitación a la boda de su padre. No sabía cuántas veces la había leído desde que la recogió del buzón hacía ya unos días. Su padre iba a casarse con la asistente social la víspera de San Juan, es decir, diez días después. Había hablado con su hermana Kristina en varias ocasiones, la más reciente durante una corta visita de ésta hacía unas semanas, en el momento de mayor caos. Cometió entonces la ligereza de pensar que lograrían que su padre renunciase a la idea. Ahora, sin embargo, no albergaba ya la menor duda de que su padre se casaría.

En cualquier caso, no podía negar que el hombre había estado de un humor excelente últimamente; mucho mejor de lo que él pudiera recordar, por más que rebuscase en su memoria. En efecto, el novio había pintado un fondo gigantesco en el estudio, donde había de celebrarse la ceremonia. Para sorpresa de Wallander, había plasmado allí exactamente el mismo paisaje que había estado pintando toda su vida, aquel bosque romántico y estático de siempre. La única diferencia era el tamaño. También había estado hablando con Gertrud, la mujer con la que su padre iba a contraer matrimonio. En realidad, fue ella la que insistió en que se vieran. A lo largo de la conversación, Wallander comprendió que lo quería de verdad, con lo que quedó conmovido y le aseguró a Gertrud que se alegraba por ellos.

Su hija había regresado a Estocolmo hacía más de una semana. Iría a Ystad para la boda y partiría desde allí directamente hacia Italia. Y todo aquello hizo que Wallander tomase conciencia de su propia soledad. Adondequiera que volviese la vista, encontraba la misma desolación.

Una tarde, tras la muerte de Konovalenko, fue a visitar a Sten Widén y dio cuenta de una botella de whisky casi entera. Estaba tan borracho que le confesó a su amigo lo desesperado y solo que se sentía, creyendo

que aquél era víctima del mismo sufrimiento, pese a que, de vez en cuando, compartiese la cama con las chicas que lo ayudaban en los establos, lo cual le proporcionaría al menos la ilusión de algo que tal vez pudiese calificarse de compañía.

Por otro lado, confiaba en que la antigua amistad ahora resucitada llegase a fraguar y mantenerse. No obstante, no se hacía ilusiones de recuperar el tipo de relación que mantuvieron durante su juventud, pues era consciente de que aquel sentimiento había desaparecido para siempre jamás.

Unos toquecitos en la puerta interrumpieron el hilo de sus pensamientos y le provocaron un sobresalto que le hizo reparar en el hecho de que, durante la última semana, había estado rehuyendo el trato con todo el mundo. La puerta se abrió, dejando ver la cabeza de Svedberg, que preguntó si interrumpía.

—He oído que vas a desaparecer por un tiempo —comenzó.

A Wallander se le hizo un nudo en la garganta.

—Sí, me temo que es necesario —murmuró al tiempo que se sonaba la nariz.

Svedberg notó que estaba emocionado y cambió de tema enseguida.

—¿Te acuerdas de las esposas que encontraste en un cajón en casa de Louise Åkerblom? —inquirió—. Las mencionaste de pasada en alguna ocasión, ¿lo recuerdas?

Wallander asintió. Aquellas esposas representaban para él la cara oculta de los Åkerblom, ese lado misterioso que todos llevamos dentro. De hecho y sin ir más lejos, el día anterior había estado dándole vueltas a cuáles serían sus propias esposas misteriosas y ocultas.

—Ayer estuve haciendo limpieza en el trastero —prosiguió Svedberg—. Tenía un montón de periódicos antiguos allí guardados que decidí tirar a la basura. Pero ya sabes lo que suele ocurrir, empecé a hojearlos y,

por casualidad, abrí uno por una página en la que había un artículo sobre artistas de variedades de los últimos treinta años. Además, incluían la fotografía del rey de las cajas herméticas, de las que se liberaba incluso estando esposado, conocido con el nombre artístico de El Hijo de Houdini. Su verdadero nombre era Davidsson y contaban cómo, finalmente, había abandonado aquel trabajo. ¿Sabes por qué?

Wallander negó con un gesto.

—Porque se convirtió a una secta cristiana, ¿no adivinas cuál?

—La Iglesia metodista —contestó Wallander pensativo.

—Así es. Leí todo el artículo y decía que estaba felizmente casado y que tenía varios hijos, uno de ellos una hija, llamada Louise, cuyo apellido de casada era Åkerblom.

—¡Las esposas...! —exclamó Wallander.

—Sí, no eran más que un recuerdo del pasado de su padre —completó Svedberg—. Así de sencillo. No sé lo que te habías imaginado tú, pero yo he de admitir que se me había ocurrido más de una idea sólo para adultos...

—Sí, a mí también.

Svedberg se levantó. Cuando ya estaba a punto de salir por la puerta, se dio la vuelta y añadió:

—¡Ah, sí! Se me olvidaba. ¿Te acuerdas de Peter Hanson?

—¿El ladrón?

—El mismo. Recordarás que le pedí que estuviese atento a la mercancía robada en tu apartamento, por si aparecía en el mercado. Y ayer me llamó. Por desgracia, la mayoría de tus cosas están por ahí dispersas y no vas a poder recuperarlas. Pero, por raro que te parezca, consiguió dar con un disco compacto que, según él, es tuyo.

—¿Te dijo cuál?

—Sí, apunté el nombre.

Svedberg rebuscó en sus bolsillos hasta encontrar un papel arrugado.

—*Rigoletto* —leyó—. De Verdi.

Wallander sonrió.

—Sí, es uno de los que más echo de menos. Dale las gracias a Peter Hanson de mi parte.

—Pero si es un ladrón —ironizó Svedberg—. ¿Cómo voy a darle las gracias?

Svedberg dejó el despacho con una risotada y Wallander se dispuso a revisar el resto de los montones de papeles que aún le quedaban por ordenar. Ya eran casi las once y había calculado estar listo para las doce del mediodía. En ese momento sonó el teléfono, que estuvo tentado de no descolgar. Pero al final contestó.

—Aquí hay un hombre que quiere hablar con el inspector Wallander —le aseguró una recepcionista cuya voz no reconoció, pues supuso que sería la sustitúa de Ebba.

—Tendrá que hablar con otro agente —repuso Wallander—. Hoy no recibo a nadie.

—Es que insiste —continuó la recepcionista—. No quiere hablar con ninguna otra persona. Dice que se trata de un asunto muy importante. Es danés.

—¿Danés? —se sorprendió Wallander—. ¿De qué se trata?

—Dice que es algo relacionado con un africano.

Wallander reflexionó un instante.

—Está bien, déjalo pasar.

El hombre que entró al despacho de Wallander se presentó como Paul Jörgensen, pescador de Dragör. Era muy alto y corpulento y, cuando Wallander le estrechó la mano, sintió como si se le hubiese quedado atrapada en una zarpa de hierro. Wallander le indicó que se sentase. Jörgensen encendió un cigarrillo y el inspector pensó con alivio en la

ventana que tenía abierta de par en par. Tuvo que rebuscar un rato en sus cajones hasta encontrar un cenicero.

—Tengo algo que contarle —comenzó Jörgensen—. Pero aún no he decidido si lo voy a hacer o no.

Wallander arqueó las cejas con asombro.

—Eso tendría que haberlo decidido usted antes de venir, ¿no?

En condiciones normales se habría indignado; ahora, él mismo notaba que su voz carecía del tono autoritario apropiado a la situación.

—Depende de si usted puede pasar por alto un leve incumplimiento de la ley —explicó Jörgensen.

Wallander empezaba a preguntarse si aquel hombre no le estaría tomando el pelo. En tal caso, había elegido un momento por demás desafortunado. Pero vio que no le quedaba otra salida que enfrentarse a una conversación que amenazaba con degenerar desde el principio.

—Me han informado de que tenía algo muy importante que decirme acerca de un africano. Si resulta ser tan importante como dice, cabe la posibilidad de que me muestre indulgente con un delito menor. Sin embargo, no puedo prometerle nada. Tendrá que decidir usted mismo, pero he de pedirle que lo haga.

Jörgensen lo observó con los ojos entrecerrados tras las virutas de humo del cigarrillo.

—Me arriesgaré —resolvió al fin.

—Lo escucho.

—Yo soy pescador en Dragör —comenzó Jörgensen—. Las cuentas me salen más o menos bien, para mantener el barco y la casa y para la cerveza de por la noche. Pero nadie rechaza un dinerillo extra si se presenta la oportunidad. De vez en cuando, doy paseos a los turistas por el lago, y así saco un sobresueldo. Pero también, aunque no ocurre con frecuencia, quizás un par de veces al año, hago viajes a Suecia, con

pasajeros que hayan perdido el transbordador, por poner un ejemplo. Una tarde, hace unas semanas, fui a Limhamn con un único pasajero.

Guardó silencio, de pronto, como si aguardase una reacción por parte de Wallander, que no hizo más que indicarle que continuase con un movimiento de cabeza.

—Era un hombre negro —prosiguió Jörgensen—. Tenía un buen inglés y era muy educado. Estuvo sentado conmigo en la cabina durante todo el viaje. En fin, creo que tengo que decir que ese viaje fue algo especial desde el principio. Me lo habían encargado con mucha antelación, un inglés que hablaba danés y que llegó al puerto una mañana. Me preguntó si podía cruzar el estrecho con un solo pasajero. A mí aquello no me olió muy bien, así que pedí una suma exagerada, para quitármelo de encima. Le pedí cinco mil coronas. Pero mire usted por dónde, sacó el dinero sin pestañear y me pagó por adelantado.

En este punto de la narración del pescador, Wallander empezó a interesarse en serio. Por un instante, se había olvidado de sí mismo para concentrarse del todo en lo que Jörgensen le contaba. Así, lo animó a que continuase.

—Yo estuve en alta mar en mis años mozos, por eso sé bastante inglés. Le pregunté a aquel hombre el motivo de su viaje a Suecia y me respondió que iba a visitar a unos amigos. Cuando me interesé por la duración de aquella visita, me aclaró que no tardaría más de un mes en regresar a África. Yo sospechaba que tras aquello no podía haber un negocio muy limpio, que aquel hombre quizás intentase quedarse en Suecia de forma ilegal. Puesto que ya nada puede probarse, me arriesgo a contarle.

Wallander alzó la mano.

—A ver, vamos a analizarlo todo más despacio. ¿Qué día ocurrió todo esto?

Jørgensen se inclinó para mirar el almanaque que Wallander tenía sobre la mesa.

—El miércoles 13 de mayo, hacia las seis de la tarde.

Wallander reflexionó y concluyó que la fecha podría cuadrar, que podría haberse tratado del sustituto de Victor Mabasha.

—¿Dijo que se quedaría un mes, más o menos?

—Sí, eso creo.

—¿Sólo lo cree?

—No, estoy seguro. Eso fue lo que dijo.

—Continúe —rogó Wallander—. Sin omitir ni un detalle.

—Bueno, fuimos hablando de todo un poco —continuó Jørgensen—. Era una persona extravertida y amable, pero a mí me daba la sensación de que no bajaba la guardia en ningún momento.

»No sé explicarlo mejor. Cuando llegamos a Limhamn, entré en el muelle y él bajó a tierra. Puesto que ya me habían pagado, di marcha atrás y puse rumbo de vuelta a Dinamarca. Y no habría vuelto a acordarme del asunto de no ser porque el otro día vi por casualidad un periódico sueco vespertino, de hacía unos días. Había en él una fotografía, en la primera página, en la que vi algo que me resultaba familiar. Iba con un artículo sobre un hombre que había muerto durante un enfrentamiento con la policía».

Jørgensen hizo una pequeña pausa.

—Usted también estaba en aquella fotografía.

—¿De cuándo era el periódico? —interrumpió Wallander— aunque, en realidad, lo sabía perfectamente.

—Creo que era de un jueves —vaciló Jørgensen—. Puede que fuera del día siguiente, del 14 de mayo.

—Continúe —lo animó Wallander—. Ya lo averiguaremos después si necesitamos saberlo.

—El caso es que me sonaba algo de aquella fotografía, pero no sabía qué. Hasta antes de ayer. Entonces caí en la cuenta de que reconocía a una de las personas de la fotografía. Cuando dejé al africano en Limhamn, un hombre inmenso lo estaba aguardando en el muelle. La verdad es que se mantenía algo apartado, como si no quisiera que lo viese nadie, pero yo tengo buena vista y sé que era el mismo de la foto. Entonces empecé a pensar en ello y me dije que tal vez fuese importante. Así que me tomé un día libre y vine hasta aquí.

—Ha hecho muy bien —aseguró Wallander—. No pienso tomar ninguna medida respecto a su colaboración en materia de inmigración ilegal a Suecia. Aunque se supone, como es natural, que interrumpirá tal actividad de inmediato.

—Ya lo he hecho —afirmó Jörgensen.

—A aquel africano, ¿podría describirlo?

—Tendría unos treinta años, bien formado, fuerte y ágil.

—¿Ningún otro detalle?

—No, que yo recuerde.

Wallander dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Ha hecho bien en venir —subrayó.

—Pensaba que tal vez no tuviese importancia.

—La tiene, y mucha. Gracias por haber venido a contármelo —dijo Wallander al tiempo que se ponía en pie.

—Gracias a usted —repuso Jörgensen antes de marcharse.

Wallander fue a buscar la copia del télex que había enviado a la Interpol de Sudáfrica. Meditó un instante antes de llamar a la Interpol de Estocolmo.

—Hola, soy el inspector Wallander, de Ystad —se presentó cuando por fin obtuvo respuesta—. Envié un télex para la Interpol de Sudáfrica hace unos días. Quería saber si han contestado.

—No creo, en tal caso le habríamos hecho llegar la respuesta de inmediato.

—¿Le importaría mirar, para asegurarnos? —rogó Wallander.

Transcurridos unos minutos, el agente volvió con la respuesta.

—Su mensaje de una página salió para la Interpol de Johannesburgo la noche del 23 de mayo. No nos ha llegado nada más que la confirmación de la recepción.

Wallander frunció el ceño.

—¿Ha dicho una página? Fueron dos las que envié.

—Sí, una. Aquí tengo la copia. La verdad es que parece que le falta el final.

Wallander miró la copia que tenía ante sí.

Si sólo habían recibido la primera página, la policía sudafricana seguía ignorando que Victor Mabasha había muerto y que, probablemente, habían enviado a otro hombre en su lugar.

Ahora suponía, además, que el atentado tendría lugar el 12 de junio, puesto que Sikosi Tsiki le había dicho a Jörgensen cuándo pensaba regresar a Sudáfrica.

Como consecuencia de todo ello, la policía sudafricana habría estado buscando, durante casi dos semanas, a un hombre que estaba muerto.

Era el 11 de junio, es decir, que el atentado tendría lugar al día siguiente.

«Mañana», pensó Wallander aterrado.

—¿Cómo cono ha podido suceder algo así? —rugió al teléfono—. ¿Cómo es posible que no hayan enviado más que la mitad del télex?

—No tengo ni idea —replicó el hombre al otro lado del hilo telefónico—. Eso tendrá que preguntárselo al que tenía guardia aquella noche.

—Sí, pero otro día —atajó Wallander—. Les enviaré enseguida otro

mensaje que quiero que hagan llegar a Johannesburgo inmediatamente.

—Es lo que solemos hacer.

Wallander colgó el auricular. «¿Cómo había podido ocurrir una cosa así?», se preguntó de nuevo. No se preocupó, no obstante, de formular una respuesta, sino que introdujo una hoja de papel en la máquina de escribir y redactó un mensaje muy breve.

«Victor Mabasha no es nuestro hombre, sino un individuo llamado Sikosi Tsiki, de unos treinta años de edad, bien formado, sin ningún rasgo llamativo. Este mensaje anula el anterior. Repito que Victor Mabasha no es nuestro hombre. Sikosi Tsiki es su supuesto sustituto. No tenemos fotografías. Buscaremos sus huellas dactilares».

Firmó el mensaje con su nombre y salió a la recepción.

—Envía esto ahora mismo a la Interpol de Estocolmo —le ordenó a la recepcionista, a la que veía por primera vez.

Se quedó allí mirando cómo enviaba el mensaje por fax y regresó a su despacho con el temor de que, seguramente, ya sería demasiado tarde.

De no haber estado de baja, habría exigido una investigación urgente para averiguar quién era el responsable de que se hubiese transmitido sólo la mitad de su télex. Pero dadas las circunstancias, no se le ocurrió o, más bien, no tenía fuerzas para dedicarse a ello.

Continuó haciendo limpieza en las montañas de papeles. Era ya casi la una cuando terminó. El escritorio estaba vacío. Cerró con llave sus cajones privados y se levantó. Sin mirar atrás, salió del despacho y cerró la puerta. No se topó con nadie por el pasillo, con lo que pudo salir de la jefatura sin que nadie lo viese, salvo la recepcionista.

No tenía ahora más que una meta. Cuando hubiese llevado a cabo su propósito, ya no le quedaría nada más por hacer. Su agenda interior estaba vacía.

Bajó la cuesta, pasó por delante del hospital y giró a la izquierda,

intentando pasar inadvertido pero con la sensación de que todo el mundo se fijaba en él. Al llegar a la plaza entró en la óptica y se compró unas gafas de sol. Continuó luego por la calle de Hamngatan, cruzó Österleden y pronto llegó a la zona del puerto. Había allí un café que abría durante el verano y desde el que él, hacía un año, más o menos, le había escrito una carta a Baiba Liepa. Pero fue una carta que nunca envió, pues luego salió al muelle y la rompió en pedazos, que volaron sobre la dársena.

En esta ocasión, no obstante, tenía intención de escribirle de nuevo y se había propuesto además echar la carta al correo. Llevaba un papel en blanco y un sobre franqueado en el bolsillo interior de su chaqueta. Se sentó, pues, en un rincón resguardado del viento, pidió un café y evocó el recuerdo de aquella otra vez, hacía un año. También en aquella ocasión había estado algo deprimido, aunque no podía compararse a su situación actual.

Puesto que no tenía una idea clara de qué escribir, empezó un poco al azar, hablándole del café en el que se encontraba en aquel momento, del tiempo que hacía, del pesquero blanco semicubierto por las verdosas redes que tenía justo al lado... Intentó describirle el perfume del mar, antes de empezar a relatar cómo se sentía. Le costaba encontrar las palabras en inglés, pero consiguió abrirse camino y avanzar hasta llegar a contarle que estaba de baja por tiempo indefinido y que dudaba de si volvería a ocupar su puesto algún día.

«Es posible que haya concluido mi último caso», escribió. «Por cierto, que lo he resuelto bastante mal, por no decir que no lo he resuelto en absoluto. Empiezo a creer que no soy la persona adecuada para la profesión que elegí. Durante muchos años estuve convencido de lo contrario; pero ahora no sé qué creer».

Leyó lo que había escrito y, aunque se sentía profundamente insatisfecho con el resultado, en especial con algunos fragmentos que le

parecieron demasiado difusos o poco claros, no se vio capaz de rehacerlo. Dobló, pues, el papel, lo metió en el sobre, lo cerró y pidió la cuenta.

Se encaminó hacia un buzón de correos que había en el pequeño embarcadero cercano y echó la carta por la ranura. Después, prosiguió su paseo por el muelle. Se sentó en un amarradero de piedra a contemplar cómo entraba en el puerto uno de los transbordadores de Polonia. El mar era ya gris acero, ya azul, ya verde... De pronto, se le vino a la cabeza la bicicleta que había encontrado aquella noche de niebla, que aún tenía escondida tras el trastero de la casa de su padre, y decidió que la devolvería a su lugar de origen aquella misma noche.

Media hora más tarde, se levantó y cruzó la ciudad en dirección a la calle de Mariagatan. Al abrir la puerta de su apartamento, se quedó de una pieza.

En mitad del salón había un equipo de música totalmente nuevo. Sobre el reproductor de discos compactos, había una nota: «Con nuestros mejores deseos de pronta recuperación y la esperanza de volver a verte cuanto antes. Tus compañeros».

Pensó que Svedberg aún tendría la llave extra que le dio para que pudiese abrirles a los albañiles después de la explosión. Se sentó en el suelo a contemplar el equipo. Estaba conmovido y le costaba contenerse. Pero pensó que no se lo merecía.

Aquel mismo día, el jueves 11 de junio, se produjo un corte en las líneas de transmisión de télex entre Suecia y todo el sur de África, desde las doce del mediodía hasta las diez de la noche, por lo que el mensaje de Wallander quedó en lista de espera. Así, hasta las once y media, el agente de guardia no pudo enviarlo a los colegas de Sudáfrica, quienes lo recibieron, lo anotaron en el registro y lo dejaron en la cesta de los

mensajes que habrían de ser distribuidos al día siguiente.

Por suerte, alguien recordó que había llegado una nota de un fiscal llamado Scheepers en la que se indicaba que todas las copias de los mensajes procedentes de Suecia se remitiesen a su despacho en el acto.

Sin embargo, no sabían qué había que hacer con los mensajes recibidos a última hora de la tarde o durante la noche. Tampoco encontraron la nota de Scheepers, que tendría que haber estado en el archivador del orden del día. Uno de los agentes de guardia pensaba que no tendría mayor importancia que el mensaje pasase la noche allí. Al otro lo irritó el hecho de no encontrar la nota de Scheepers, así que se dispuso a buscarla, aunque no fuese más que para mantenerse despierto. La encontró, media hora más tarde, en otro archivador. La nota de Scheepers era categórica: tenían que transmitirle por teléfono todos los mensajes recibidos después del horario habitual o por la noche, con independencia de la hora.

Eran ya casi las doce y, como resultado de todos aquellos infortunios, la mayoría de los cuales eran fruto de la negligencia o la pereza humanas, Scheepers no recibió la noticia de la llegada de aquel mensaje hasta las doce y tres minutos del viernes 12 de junio. Pese a estar convencido de que el atentado iba a producirse en Durban, no le había resultado fácil conciliar el sueño. Y así, mientras Judith, su esposa, dormía profundamente a su lado, él no dejaba de dar vueltas en la cama.

Se arrepentía de no haber llevado consigo a Borstlap a Ciudad del Cabo, pues habría sido, en el peor de los casos, una experiencia positiva. Por otro lado, le preocupaba que hasta él considerase extraño que aún no hubiesen recibido el menor soplo acerca del escondite de Victor Mabasha, pese a la sustanciosa recompensa que ofrecían. Borstlap había comentado en repetidas ocasiones que había algo extraño en aquel silencio tan absoluto en torno a Mabasha. Cuando Scheepers le preguntó

qué quería decir con exactitud, le respondió simplemente que no era más que una sospecha infundada.

Al sonar el teléfono que tenían junto a la cama, Judith reaccionó lanzando un grito. Scheepers echó mano del auricular como si hubiese estado esperando aquella llamada desde hacía mucho tiempo. Escuchó con atención el mensaje que el agente de la Interpol empezó a leerle. Tomó un bolígrafo que había en la mesilla de noche, pidió que se lo leyesen de nuevo y anotó, en el reverso de su mano izquierda, estas dos palabras: Sikosi Tsiki.

Colgó el auricular y quedó inmóvil en la cama. Judith, que había despertado, le preguntó si había sucedido algo grave.

—Nada que entrañe peligro para nosotros —la tranquilizó—. Aunque quizá sí para otra persona.

Marcó después el número de Borstlap.

—Ha llegado otro télex de Suecia. No será Victor Mabasha, sino un hombre llamado Sikosi Tsiki. El atentado se producirá mañana, con toda probabilidad.

—¡Joder! —exclamó Borstlap.

Quedaron en verse enseguida en el despacho de Scheepers. Judith se dio cuenta de que su marido tenía miedo.

—¿Pero qué es lo que ha ocurrido? —insistió.

—Lo peor que podía ocurrir —admitió él, antes de salir y perderse en la oscuridad de la noche.

Habían dado ya las doce y diecinueve minutos de la noche.

El viernes 12 de junio el día amaneció claro aunque algo frío en Ciudad del Cabo. Un banco de niebla, ahora disperso, se había adentrado temprano desde el mar hasta Three Anchor Bay. Se notaba que la estación fría se aproximaba al hemisferio sur. De hecho, ya se veía a muchos africanos cubiertos con gorros y gruesos chaquetones camino de sus lugares de trabajo.

Nelson Mandela había llegado a Ciudad del Cabo la tarde anterior. En cuanto despertó al amanecer, empezó a reflexionar sobre los acontecimientos que lo aguardaban aquel día. Era ésta una costumbre adquirida durante todos aquellos años de prisión en Robben Island. En efecto, allí aprendió, al igual que los demás prisioneros, a tomarse los días de uno en uno. Aún entonces, más de dos años después de haber recuperado la libertad, le costaba deshacerse de aquel viejo hábito.

Se levantó de la cama y se dirigió a la ventana, desde la cual se veía Robben Island flotando sobre el mar. Quedó sumido en una profunda reflexión por la multitud de recuerdos, el sinnúmero de momentos amargos que allí había sufrido, hasta poder saborear al fin el gran triunfo.

Pensó que era ya un anciano de más de setenta años, que el tiempo que le quedaba era limitado, que, al igual que el resto de los mortales, no viviría eternamente. Sin embargo, sí consideraba que debería poder vivir unos cuantos años más. Él, junto con el presidente De Klerk, tenía que gobernar el país, conducirlo a través del hiriente pero no por ello menos

extraordinario camino que los haría desembocar en la total erradicación del sistema del *apartheid*. El último reducto colonialista del continente negro caería por fin. Una vez alcanzado este objetivo, podría retirarse e incluso morir, si era necesario. Pero aún poseía una inmensa fuerza vital. Quería participar y ver a la población negra liberarse de tantos años de sumisión y de humillación. Sabía que iba a ser un camino arduo de recorrer, que la opresión había echado raíces en lo más hondo del espíritu africano.

Nelson Mandela era consciente de que resultaría elegido presidente, el primer presidente negro de Sudáfrica y, si bien no era algo que desease, tampoco contaba con ningún argumento para negarse.

«Es largo el camino», se decía. «Demasiado largo para un hombre que ha pasado en prisión casi la mitad de su vida adulta».

Esta idea lo hizo sonreír para sus adentros, aunque no tardó en recobrar su talante serio. Pensó en lo que le había dicho De Klerk la última vez que se vieron, la semana anterior. Que un grupo de *boere* de las altas esferas se había conjurado con la intención de matarlo, crear el caos y abocar al país al borde de la guerra civil.

Se cuestionaba si era posible. Ya sabía él que había muchos fanáticos entre los *boere*, personas que despreciaban a todos los negros, que los consideraban animales desprovistos de alma. Pero ¿serían tan ingenuos como para creer que era posible detener aquel proceso mediante una conspiración desesperada? ¿Podían estar tan ciegos, o quién sabe si tan atemorizados, que confiaban en la posibilidad de recuperar la vieja Sudáfrica? ¿Acaso no se daban cuenta de que eran una minoría, aunque aún influyente? ¿Estaban realmente dispuestos a sacrificar el futuro en un baño de sangre?

Nelson Mandela meneó la cabeza despacio. Le costaba creerlo. Seguro que De Klerk había exagerado un poco o quizás incluso

malinterpretado la información que había recibido. En cualquier caso, él no sentía ningún temor por su vida.

También Sikosi Tsiki había llegado a Ciudad del Cabo aquella tarde del jueves pero, a diferencia de la de Nelson Mandela, su entrada en la ciudad había pasado desapercibida. Había salido en autobús de Johannesburgo y, al llegar a su destino, bajó del vehículo, cogió su bolsa de viaje y se dejó engullir por la oscuridad sin que nadie se apercibiese de su presencia.

Había pasado la noche en la calle, en un rincón recóndito del parque Trafalgar. Al alba, más o menos a la misma hora en que Nelson Mandela se despertaba y meditaba junto a su ventana, él se dispuso a instalarse trepando tan alto como era preciso. Todo era tal y como aparecía en el mapa y las instrucciones que Franz Malan le había dado en Hammanskraal. Se sentía muy satisfecho de tener a su servicio a organizadores tan eficaces. No había nadie a su alrededor, ya que aquella colina pelada no era lugar apropiado para excursiones. El sendero que recorría los trescientos cincuenta metros de altura hasta la cima se extendía serpenteante por el otro lado de la loma. Ni siquiera se había molestado en hacerse con un vehículo para huir, ya que se sentía más libre si podía moverse a pie. Una vez cumplido su cometido, bajaría veloz por la ladera para ir a mezclarse con la muchedumbre, que exigiría venganza por la muerte de Nelson Mandela. Después, abandonaría Ciudad del Cabo.

A estas alturas sabía que se trataba de matar a Nelson Mandela. Lo supo el mismo día en que Franz Malan le reveló dónde y cuándo se iba a llevar a cabo el atentado. Se había enterado por la prensa de que el líder negro iba a pronunciar un discurso en el estadio Green Point, la tarde del

12 de junio. Contempló el óvalo del estadio que se extendía a sus pies, a unos setecientos metros de distancia. Sin embargo, la longitud del trayecto no le causaba la menor inquietud, pues sabía que podría disparar con fuerza y precisión satisfactorias gracias a la mira telescópica del fusil.

Cuando se enteró de que se trataba de Mandela, no se sorprendió lo más mínimo. En realidad, pensó que tendría que habersele ocurrido mucho antes, pues para que aquellos *boere* insensatos tuviesen la menor oportunidad de provocar una catástrofe nacional, era paso previo obligado el quitar de la circulación a Mandela. Mientras éste estuviese en pie y pudiese dirigirse a la población negra, ésta podría conservar el autocontrol. Sin él, era ya menos seguro que así sucediese pues, por otro lado, Mandela no tenía un sucesor claro.

Para Sikosi Tsiki sería como vengar una afrenta personal. En realidad, Nelson Mandela no era el responsable directo de que lo hubiesen expulsado del Congreso Nacional Africano. Sin embargo, como su más alto dirigente, no le pareció descabellado convertirlo en víctima de su venganza.

Sikosi Tsiki miró el reloj.

No le quedaba ya más que aguardar.

Georg Scheepers y el inspector Borstlap aterrizaron en el aeropuerto de Malan, a las afueras de Ciudad del Cabo, poco después de las diez, la mañana del viernes. Llegaron ojerosos y agotados, tras haber pasado la noche intentando recabar información acerca de Sikosi Tsiki. En efecto, habían sacado de sus camas y arrancado de sus sueños a especialistas y ayudantes informáticos de los distintos registros de la policía, que se habían presentado en la comisaría con los abrigos puestos sobre el

pijama. Por la mañana, llegado el momento de salir para el aeropuerto, el resultado de la investigación nocturna era deprimente.

Sikosi Tsiki no figuraba en ningún registro. Nadie había oído hablar de él. Era un completo desconocido para todos. A las siete y media se pusieron en camino hacia el aeropuerto Jan Smuts, en Johannesburgo y, una vez en el avión, dedicaron el viaje a intentar diseñar una estrategia de actuación. Eran conscientes de que sus posibilidades de detener a Sikosi Tsiki eran muy limitadas, por no decir inexistentes. No sabían qué aspecto tenía ni conocían ningún detalle acerca de él.

En cuanto aterrizaron en Ciudad del Cabo, Scheepers se apresuró a llamar por teléfono e informar al presidente De Klerk y hacer lo posible por que éste convenciese a Mandela de que suspendiese su aparición en público prevista para aquella tarde. Tuvo que montar en cólera y amenazar con detener a todos los policías del aeropuerto para convencerlos de que era quien decía que era. Entonces lo dejaron solo en un despacho. Tardó casi quince minutos en poder hablar con el presidente y explicarle, en pocas palabras, lo ocurrido durante la noche.

Sin embargo, De Klerk recibió su propuesta con bastante frialdad y reticencia. Mandela nunca cancelaría su discurso. Por otro lado, argumentaba, ya se habían equivocado antes de lugar y fecha, por lo que nadie podía asegurar que no se tratase de otro error. Además, el dirigente negro había aceptado que le aumentasen la vigilancia personal. El presidente de la República no podía hacer más, por el momento.

La impresión de Scheepers tras la conversación fue que, después de todo, De Klerk no estaba dispuesto a cualquier cosa por garantizar que Nelson Mandela no cayese víctima de un atentado. Se preguntaba con indignación cómo era posible que el presidente reaccionase así y se decía que tal vez él hubiese estado equivocado acerca de su postura.

En aquel momento, sin embargo, no tenía tiempo que dedicar a tales

reflexiones, sino que fue en busca de Borstlap, que acababa de recoger el coche que la policía de Johannesburgo había alquilado. Salieron, pues, en dirección al estadio Green Point, desde donde Nelson Mandela se dirigiría a la multitud en unas tres horas.

—Tres horas no es mucho tiempo —se lamentó Borstlap—. ¿Qué crees que podemos hacer, en realidad?

—No tenemos otra salida —aseguró Scheepers decidido—. Simplemente, tenemos que detener a ese hombre.

—A menos que detengamos a Mandela —sugirió Borstlap—. Es lo único que se me ocurre.

—Eso no funcionará —rechazó Scheepers—. Ese hombre se pondrá al micrófono a las dos de la tarde, tal y como está previsto. De Klerk se ha negado a pedirle que desista.

Se identificaron antes de acceder al estadio, donde ya habían dispuesto la tribuna. Por todas partes ondeaban las banderas del Congreso Nacional Africano, entre otras banderillas de colores. Los músicos y el grupo de baile ya estaban preparándose. El público no tardaría en empezar a presentarse desde los distintos barrios, Langa, Guguletu y Nyanga. Su llegada se vería acogida por la música ya que para ellos aquella reunión de carácter político era, en la misma medida, una fiesta popular.

Scheepers y Borstlap se colocaron junto a la tribuna y miraron a su alrededor.

—La cuestión decisiva es si tenemos que vérnoslas con un terrorista suicida o con alguien que quiere escapar con vida —señaló Borstlap.

—La segunda alternativa, más bien —afirmó Scheepers—. De eso podemos estar seguros. Un terrorista que está dispuesto a sacrificarse resulta peligroso por imprevisible, pero el riesgo de que falle es mayor. Se trata de un hombre que cuenta con salvar el pellejo una vez que le

haya disparado a Mandela.

—¿Cómo sabes que utilizará un arma de fuego? —inquirió Borstlap. Scheepers lo miró con una mezcla de sorpresa e irritación.

—¿Cómo lo iba a hacer si no? Si lo hiciese con un cuchillo y de cerca, lo atraparían y lo lincharían enseguida.

Borstlap asintió sombrío.

—En ese caso, tiene muchas posibilidades —admitió Borstlap—. No tienes más que mirar a tu alrededor. Puede haberse decidido por el tejado, alguna cabina de radio abandonada o apostarse fuera del estadio.

Borstlap señaló la colina de Signal Hill, que se empinaba escarpada a unos quinientos metros del estadio.

—Sí, tiene muchas posibilidades, repitió el inspector. Demasiadas.

—A pesar de todo, tenemos que detenerlo —insistió Scheepers.

Ambos comprendían que aquello implicaba que tendrían que elegir, arriesgarse a decantarse por la alternativa errónea pues, como era lógico, no tendrían tiempo de examinar todos los espacios en los que pudiese ocultarse el asesino. Scheepers calculaba que tendrían tiempo de comprobar una de cada diez posibilidades. Borstlap era algo más optimista.

—Disponemos de dos horas y treinta y cinco minutos —constató Scheepers—. Si Mandela es puntual, empezará a hablar transcurrido ese tiempo. Supongo que un terrorista no espera sin necesidad.

Scheepers había pedido que pusieran a su disposición a diez agentes expertos a las órdenes de un joven capitán de la policía.

—Nuestra misión es muy sencilla —explicó Scheepers—. Contamos con un par de horas para examinar el estadio. Estamos buscando a un hombre armado, negro y peligroso. Hay que encontrarlo y, a ser posible, capturarlo vivo. Si no se puede evitar, habrá que matarlo.

—¿Eso es todo? —preguntó el joven capitán lleno de asombro una

vez que Scheepers hubo concluido—. ¿No hay ninguna descripción del individuo?

—No tenemos tiempo de discutir —interrumpió Borstlap—. Detened a cuantos se comporten de un modo extraño o se encuentren donde no deban. Luego decidiremos si es la persona que buscamos o no.

—Tiene que haber una descripción —insistió el capitán, coreado por un murmullo de apoyo de sus diez hombres.

—Tener, tener, no tiene que haber nada —atajó Scheepers notando que empezaba a irritarse.

Dividiremos el estadio por zonas y empezaremos enseguida.

Buscaron en todo tipo de armarios y trasteros, se arrastraron por vigas y tejados. Scheepers abandonó el estadio, cruzó Western Boulevard y después la amplia avenida de High Level antes de empezar a trepar por la empinada colina. Tras haber recorrido unos doscientos metros, se detuvo. Estimó que la distancia era demasiado larga para resolver al fin que ningún terrorista elegiría una posición que quedase fuera de las instalaciones del estadio. Así, sudoroso y sin resuello, regresó a Green Point.

Sikosi Tsiki, que lo había descubierto desde el arbusto tras el que se ocultaba, supuso que sería un guardia de seguridad encargado de vigilar las inmediaciones del estadio. Se había figurado alguna medida de este tipo, por lo que no se sorprendió lo más mínimo. Sí lo había preocupado el hecho de que hubiesen enviado perros a vigilar la zona, pero el hombre al que vio subiendo por la ladera iba solo. Al verlo, se aplastó contra el suelo, mientras empuñaba la pistola con silenciador. Cuando vio que el hombre se daba media vuelta sin molestarse en subir hasta la cima, supo que todo iría bien. A Nelson Mandela no le quedaban más que un par de horas de vida.

El estadio había empezado a llenarse. Scheepers y Borstlap avanzaban

apretujados entre la ondulante multitud. El sonido de los tambores, la danza y los cantos inundaba el recinto. Scheepers sentía pánico ante la idea del fracaso. Tenían que encontrar al hombre que Jan Kleyn había designado para matar a Nelson Mandela.

Una hora más tarde, a treinta minutos de que comenzase el acontecimiento con la llegada de Mandela, el joven fiscal era un manojo de nervios. Borstlap intentaba calmarlo.

—No lo hemos encontrado —admitió—. Y ahora ya no nos queda mucho tiempo. La cuestión es qué hemos podido pasar por alto.

Miró a su alrededor y posó la mirada en la colina que se alzaba más allá del estadio.

—He estado allí —aclaró Scheepers.

—¿Qué viste?

—Nada, repuso.

Borstlap asintió pensativo. Empezaba a creer que no atraparían al terrorista hasta que no fuese demasiado tarde. Permanecieron así, en silencio, el uno junto al otro, mientras la muchedumbre los empujaba aquí y allá.

—No lo entiendo —dijo Borstlap.

—Está demasiado lejos —explicó Scheepers.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que está demasiado lejos?

—No hay nadie que pueda dar en el blanco desde una distancia tan grande —repuso Scheepers algo alterado.

A Borstlap le llevó un instante comprender que Scheepers seguía hablando de la colina. Entonces adoptó de pronto un tono grave.

—Dime exactamente qué hiciste —le pidió al tiempo que señalaba la cima.

—Subí un buen tramo y luego di media vuelta.

—¿Quieres decir que no has estado en la cima de Signal Hill?

—¡Te estoy diciendo que está demasiado lejos!

—No, no lo está —negó Borstlap—. Hay armas que disparan a más de un kilómetro de distancia sin fallar. Aquel punto se encuentra a ochocientos metros, como máximo.

Scheepers lo miró inquisitivo al tiempo que un alarido de júbilo procedente de la muchedumbre, que bailaba sin cesar, se elevaba sobre el lugar, seguido de un intenso retumbar de tambores. Nelson Mandela acababa de entrar en el estadio. Scheepers pudo divisarlo mientras saludaba con la mano, el cabello gris y la sonrisa en el rostro.

—¡Vamos! —gritó Borstlap—. Si está aquí, se esconde en algún lugar de la colina.

Sikosi Tsiki tenía una visibilidad inmejorable a través de la poderosa mira telescópica, que había retirado del arma y gracias a la cual pudo divisar muy de cerca la imagen de Nelson Mandela, al que había estado siguiendo con la vista desde que salió del coche, a las puertas del estadio. Constató que no tenía muchos guardaespaldas, que no parecía que hubiesen aumentado la vigilancia ni que estuviesen preocupados por la vida de aquel hombre de cabello gris.

Volvió a insertar la mira telescópica en el fusil, comprobó la carga y se sentó en la posición que había comprobado que era la mejor. Además, había montado ante sí un soporte de un metal ligero, un invento propio cuya finalidad era proporcionarle un punto de apoyo para los brazos.

Lanzó una mirada al cielo y concluyó que el sol no le causaría ningún inconveniente inesperado. Ni sombras ni reflejos ni rayos potentes que lo deslumbrasen. La colina estaba desierta. Se encontraba allí a solas con su armas, con la única presencia de unos pájaros que andaban dando saltitos por el suelo.

Ya no faltaban más que cinco minutos. Los gritos de júbilo procedentes del estadio le llegaban con toda su intensidad, pese a que se hallaba a más de medio kilómetro de distancia.

«Nadie podría oír el disparo», se dijo. Había dejado ante sí dos cargadores de repuesto envueltos en un pañuelo, pero contaba con no tener que recurrir a ellos. Los guardaría de recuerdo. Tal vez pudiese hacerse un amuleto con ellos algún día. Seguro que le daban suerte en su vida futura.

Sin embargo, evitó pensar en el dinero que recibiría después. Antes tenía que cumplir su misión.

Levantó el fusil y vio por la mirilla que Nelson Mandela ya se acercaba a la tribuna. Había tomado la decisión de dispararle en cuanto tuviese ocasión, pues no había motivo alguno para esperar. Bajó de nuevo el arma e intentó relajar los hombros mientras respiraba profundamente. Se tomó el pulso y comprobó que era normal. Todo era normal. Entonces, levantó de nuevo el arma, ajustó el cañón contra la mejilla derecha y guiñó el ojo izquierdo.

Nelson Mandela había alcanzado ya el pie del podio y quedaba parcialmente oculto por la gente que había a su alrededor. En ese momento, se liberó de las personas que lo rodeaban y subió a la tribuna, levantando ambos brazos por encima de la cabeza, como un vencedor. Una amplia sonrisa iluminaba su rostro.

Y Sikosi Tsiki disparó.

Pero una milésima de segundo antes de que la bala, a una velocidad endemoniada, abandonase el cañón del arma, sintió un empujón en el hombro. Le fue imposible detener la presión del dedo sobre el gatillo. El proyectil salió disparado. Sin embargo, el empujón provocó un desvío de cinco centímetros en el trayecto de la bala, que ni siquiera alcanzó el estadio, sino que se incrustó en un coche que había aparcado en una calle

bastante alejada de la zona.

Sikosi Tsiki se volvió a mirar.

Allí estaban, dos hombres blancos, ambos armados, que no dejaban de mirarlo casi sin aliento.

—Deja el arma en el suelo —ordenó Borstlap—. Despacio, con mucho cuidado.

Sikosi Tsiki obedeció. No le quedaba otra salida. Sabía que ninguno de aquellos dos hombres dudaría en disparar.

¿Qué había salido mal? ¿Quiénes eran aquellos hombres?

—Mantén las manos detrás de la cabeza —continuó Borstlap, al tiempo que le tendía a Scheepers un par de esposas. Éste se acercó y se las puso a Tsiki.

—¡Levántate! —gritó Scheepers.

Sikosi Tsiki hizo como le ordenaban.

—Llévalo al coche, que yo llegaré dentro de un momento —explicó Scheepers.

Borstlap se llevó a Sikosi Tsiki de la colina.

Scheepers permaneció allí escuchando los gritos de júbilo que se elevaban desde el estadio. Hasta oía la voz tan peculiar de Nelson Mandela por los altavoces. El sonido de unos y de otro parecía extenderse hasta muy lejos.

Estaba empapado en sudor, aún con la sensación de terror ante la idea de no encontrar al hombre que buscaban. Todavía no lo había invadido ésa otra, la de la liberación una vez cumplida la misión.

Pensó que acababan de vivir un momento histórico que, no obstante, nadie llegaría a conocer. De no haber llegado a tiempo a la cima de la montaña, de haber fallado la piedra que, en su desesperación, había lanzado contra el asesino, se habría producido otro momento histórico distinto, sólo que éste habría ocupado más que una nota al pie en los

futuros libros de historia, pues habría desencadenado un baño de sangre.

«Yo soy un bóer», reflexionaba. «Se supone que tendría que comprender a estos locos. Aunque yo no lo quiera, hoy por hoy, son mis enemigos. Tal vez hayan visto con claridad, en lo más recóndito de sus mentes, que la futura Sudáfrica los obligará a cuestionar cuanto han tenido por costumbre hasta el momento. Muchos de ellos no lo comprenderán nunca. Preferirán ver el país destrozado a base de sangre y fuego. Pero no triunfarán».

Contempló el mar mientras pensaba en qué le diría al presidente De Klerk. Henrik Wervej también esperaba un informe. Por otro lado, tenía pendiente una visita importante en una casa de Bezuidenhout Park. Comprobó que anhelaba volver a visitar a las dos mujeres.

No sabía qué iba a ser de Sikosi Tsiki. Eso era asunto del inspector Borstlap. Guardó el arma y los cargadores en una bolsa, pero dejó el soporte de metal.

Recordó de pronto la imagen de la leona blanca que vieron junto al río, a la luz de la luna.

Pensaba proponerle a Judith un nuevo viaje a la reserva. Quién sabe si la leona no estaría allí aún.

Abandonó la cima con los pensamientos bulléndole en la cabeza.

Mientras descendía, comprendió algo que antes le había pasado desapercibido.

Por fin había comprendido lo que significaba la leona blanca. Estaba allí para revelarles que, ante todo, él no era un bóer, un hombre blanco, sino que era africano.

La presente historia se desarrolla, en parte, en Sudáfrica, un país que ha vivido al borde del caos durante mucho tiempo. Tanto el trauma humano e interior como el social, más externo, han alcanzado un punto en el que muchos no creen poder ver más que una catástrofe inevitable de dimensiones apocalípticas.

Sin embargo, no debemos negarnos el beneficio de la esperanza: el imperio racista sudafricano acabará cayendo en el transcurso de un tiempo no muy dilatado. Precisamente en estos días se ha determinado la fecha provisional para las primeras elecciones libres de Sudáfrica, previstas para el 27 de abril de 1994, con las palabras de Nelson Mandela: «Hemos alcanzado, por fin, un punto sin retorno». Ya desde hoy podemos asegurar las consecuencias a largo plazo, con todas las reservas que merece cualquier adivinación sobre los derroteros políticos de un país: surgirá de esas elecciones un estado democrático de derecho.

A corto plazo, la previsión es algo más incierta. La comprensible impaciencia de la mayoría negra y de algunas facciones de la resistencia de la minoría blanca conducen al incremento constante de la violencia. Nadie está en condiciones de garantizar que se pueda evitar la guerra civil, como tampoco nadie podrá asegurar que no vaya a estallar. Lo único seguro es, con toda probabilidad, la incertidumbre.

Muchas son las personas que, incluso sin saberlo, han contribuido a la creación de los capítulos sudafricanos. Sin Iwor Wilkins y Hans Strydom y sus aportaciones básicas al descubrimiento de la verdad oculta tras la

asociación secreta Broederbond, la Hermandad, dicho secreto habría quedado velado también para mí.

La lectura de los textos de Graham Leach acerca de la cultura de los bóers constituyó una aventura en sí.

Finalmente, las narraciones de Thomas Mofololos arrojaron alguna luz sobre ciertas costumbres africanas, en especial las relativas al mundo de los espíritus.

Hay muchas otras personas cuyo testimonio y experiencia han revestido capital importancia para la novela. A todas ellas dedico aquí mi agradecimiento, sin mencionar a ninguna.

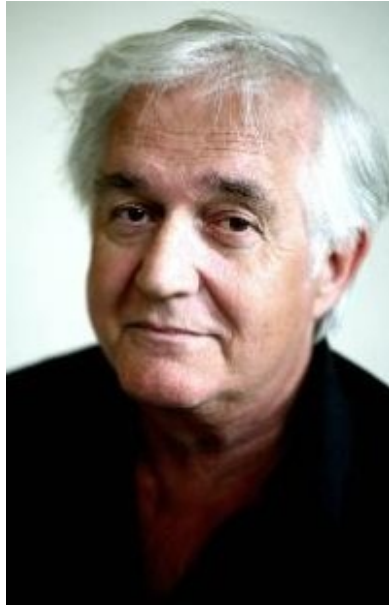
Este libro es una novela. Esto implica que los nombres de las personas y de los lugares así como las referencias temporales a que en ella aludimos no siempre son auténticos.

Las conclusiones, así como la narración, son responsabilidad mía.

De ellas no se ha de culpar a nadie, con independencia de que su nombre aparezca o no mencionado en la novela.

Henning Mankell

Maputo, Mozambique, junio de 1993



HENNING MANKELL (Estocolmo, 1948) es uno de los dramaturgos más populares de su país y autor de numerosas novelas. Debe su fama a la serie protagonizada por el inspector Kurt Wallander. En la actualidad vive entre Suecia y Mozambique, donde dirige el Teatro Avenida de Maputo. Entre sus últimas obras de ficción, cabe destacar *El retorno del profesor de baile*, *Antes de que hiele*, *El cerebro de Keneddy*, *Profundidades* y *Zapatos italianos*. En 2007 recibió el II Premio Pepe Carvalho.

[1] Véase *Los perros de Riga* (N. del E.). <<

[2] Véase *Asesinos sin rostro* (N. del E.). <<

[3] Se trata de la mañana del 30 de abril, día en que se celebra la llegada de la primavera y una festividad de gran raigambre en el norte de Europa. La noche del 29 se encienden hogueras en la que se queman maderas, ramas y utensilios de desecho, y en torno a las cuales las gentes comen, beben y entonan canciones típicas (*N. de la T.*) <<

[4] El tuteo inmediato entre desconocidos es una práctica social común en Suecia. Mantenemos este rasgo en la traducción, aunque pueda resultar llamativo para el lector de habla hispana. (*N. de la T.*). <<

[5] El personaje hace alusión al *System bolaget*, únicos comercios con autorización estatal para la venta de bebidas alcohólicas en Suecia. Éste, como la mayoría de los establecimientos comerciales suecos, cierra a las 18:00 horas. (*N. de la T.*). <<

[6] Especie de látigo corto y rígido, elaborado en piel seca de elefante o de rinoceronte, que utilizan algunas tribus, en especial sudafricanas, para capturar serpientes. El extremo más grueso termina en un mango rematado por un lazo en piel, en el que queda atrapado el reptil. (*N. de la T.*). <<

[7] Véase *Los perros de Riga* (N. del E.). <<